

LA INQUILINA DE WILDFELL HALL

de Anne Brontë



Publicado por [Libros Gratis Online](#).
Visita el sitio para [Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica](#), libros y novelas.

Esta obra está licenciada bajo una
[Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos](#).

[La Inquilina de Wildfell Hall de Anne Brontë](#)

A J. HALFORD, ESQ.

Querido Halford:

La última vez que nos vimos, me obsequiaste con un relato muy interesante y pormenorizado de los acontecimientos más notables de tu vida, ocurridos con anterioridad a nuestro primer encuentro; y a continuación me pediste a cambio parecidas confidencias. No encontrándome en aquel momento en un estado de ánimo propicio para la narración, decliné hacerlo, con la excusa de no tener nada especial que contar, y otras parecidas que fueron consideradas totalmente inadmisibles por tu parte; porque aunque cambiaste de inmediato de conversación, lo hiciste con el aire de un hombre que no se queja pero está profundamente dolido y tu semblante se cubrió con una nube que lo oscureció hasta el final de nuestra charla, y, por lo que sé, lo sigue oscureciendo; porque tus cartas se han distinguido desde entonces por una cierta rigidez y reserva dignas y al mismo tiempo semimelancólicas, que me habrían afectado seriamente si mi conciencia me hubiera acusado de merecerlas.

¿No te da vergüenza, mi querido amigo, a tu edad, cuando nos conocemos tan íntimamente y desde hace tanto tiempo y cuando te he dado tantas pruebas de franqueza y confianza, sin quejarme nunca de tu carácter, a su vez, taciturno y reservado? Pero, en fin, así es, supongo. No eres de natural comunicativo y pensaste que habías hecho una gran cosa y que habías dado en aquella ocasión una prueba sin parangón de confianza y amistad —que, sin duda, has jurado, será la última de este género—, y consideraste que lo menos que yo debía hacer, después de tan inmenso favor, era seguir tu ejemplo sin dudarlo ni un momento...

¡En fin...! No he cogido la pluma para hacerte reproches, ni para defenderme, ni para pedir disculpas por ofensas pasadas, sino para, si fuera posible, expiarlas.

Es un día lluvioso, diluvia más bien, la familia se ha ido de visita, yo estoy solo en mi biblioteca, he estado examinando cartas y papeles antiguos, húmedos, meditando sobre tiempos pasados... Así que estoy en el estado de ánimo adecuado para entretenerme con una historia del viejo mundo; y después de retirar los pies, bien chamuscados, de los quemadores, he girado sobre los talones y me he dirigido a la mesa para dedicar las líneas que preceden a mi viejo y hosco amigo. Ahora estoy a punto de obsequiarte con un esbozo —no, no un esbozo—, un relato completo y fiel de ciertas circunstancias relacionadas con el hecho más importante de mi vida —al menos de mi vida anterior a mi relación con Jack Halford—, y cuando lo hayas leído, acúsame,

si puedes, de ingratitud y reserva hostil.

Sé que te gustan las historias largas y que insistes mucho en los detalles concretos y circunstanciales, igual que mi abuela, así que no voy a ahorrártelos: mis únicos límites serán mi paciencia y mi propio placer.

Entre las cartas y los papeles de los que hablé, está un viejo y descolorido diario mío, que menciono para asegurarme de que no cuento sólo con la memoria —por muy tenaz que ésta sea— para apoyarme en mi relato, con el fin de no abusar demasiado de tu credulidad cuando me sigas a través de los pequeños detalles de la narración... Así que empecemos, pues, de una vez, con el primer Capítulo, ya que éste será un cuento con muchos capítulos...

CAPÍTULO I

UN DESCUBRIMIENTO

Debes retroceder conmigo al otoño de 1827. Mi padre, como sabes, fue una especie de hacendado caballero en el condado de...; y yo, por su expreso deseo, le sucedí en la misma tranquila ocupación, no de muy buena gana, pues la ambición me impulsaba hacia metas más elevadas, y la vanidad, desoyendo su voz, me decía que estaba enterrando mi talento en los campos, escondiendo mi inteligencia tras los arbustos. Mi madre habría hecho todo lo posible para persuadirme de que yo era capaz de grandes proezas; pero mi padre, que creía que la ambición era el camino más seguro hacia la ruina y el cambio una palabra equivalente a destrucción, no hubiera prestado atención a ningún plan para mejorar mi condición o la de mis semejantes. Me aseguró que todo era una necedad y me exhortó, con su aliento agonizante, a continuar por el viejo y buen camino, a seguir sus pasos y los de su padre antes que él, olvidándome de mis pretensiones, a pasar honradamente por el mundo, sin mirar a derecha ni izquierda, y a transmitir los acres paternos a mis hijos en un estado, al menos, tan floreciente como él me los dejaba a mí.

«¡En fin...! Un agricultor honrado y trabajador es uno de los miembros más útiles de la sociedad; y si dedico mis talentos al cultivo de mis tierras y a la mejora de la agricultura en general, con ello beneficiaré no sólo a mi familia y a mis subordinados, sino, en cierto modo, a toda la humanidad; por tanto, no habré vivido en vano».

Con este tipo de reflexiones trataba de consolarme al atardecer de un día frío, húmedo y gris de finales de octubre, mientras atravesaba los campos con paso cansino en dirección a mi hogar. Pero el resplandor de un fuego luminoso y rojo que se divisaba a través de la ventana del salón fue más eficaz para

levantarme el ánimo y reprocharme mis desagradecidas quejas, que todas las sabias reflexiones y buenas determinaciones que había obligado a forjar a mi mente. Yo era joven entonces, recuerda —tenía sólo veinticuatro años—, y no había adquirido la mitad del dominio que ahora tengo sobre mi espíritu, por insignificante que pueda ser.

Sin embargo, no debía entrar en aquel paraíso de bienaventuranza hasta haber cambiado mis botas llenas de barro por un par de zapatos limpios, mi tosco sobretodo por una respetable levita, y haber en general arreglado mi aspecto para estar presentable ante una sociedad decente; mi madre, con toda su benevolencia, era especialmente exigente en ciertos puntos.

Al subir a mi habitación me encontré en la escalera con una muchacha inteligente, bonita, de diecinueve años, con una figura aseada, regordeta, cara redonda, luminosa, frescas mejillas, rizos brillantes, arracimados, y ojos alegres y castaños. No necesito decirte que era mi hermana Rose. Es, estoy seguro, una madre de familia que conserva todavía su belleza, no menos evidente —a tus ojos— que aquel día feliz en que te fijaste en ella por primera vez. Nada me hizo pensar entonces que sería, años más tarde, la esposa de alguien desconocido hasta entonces para mí, pero destinado a convertirse más adelante en un amigo más íntimo que incluso ella misma, más entrañable que aquel muchacho malcriado de diecisiete años por quien fui empujado en el corredor cuando se dirigía abajo, estando a punto de hacerme perder el equilibrio, y quien, como correctivo de su imprudencia, recibió un sonoro golpe en la cabeza; la cual, sin embargo, no pareció muy afectada por el castigo, porque, además de ser más dura de lo normal, estaba protegida por una greña excesiva de cabellos cortos y rizados de color rojizo, que mi madre llamaba «albazano».

Al entrar en el salón encontramos a aquella venerada señora sentada en su sillón junto al fuego, concentrada en su labor de calceta, siguiendo su costumbre habitual, cuando no tenía nada que hacer. Había avivado los rescoldos de la chimenea y hecho un fuego resplandeciente para recibarnos; la criada acababa de llevar la bandeja para servir el té. Rose estaba sacando el bote del té y el azucarero del armario del oscuro aparador de roble, que brillaba como ébano pulido en la alegre media luz del salón.

—¡Vaya, ya estáis aquí los dos! —dijo mi madre alzando la voz y observándonos con detenimiento sin dejar de mover sus ágiles dedos y las brillantes agujas—. Cerrad la puerta y acercaos al fuego mientras Rose prepara el té; estoy segura de que estáis hambrientos. Decidme dónde habéis estado durante todo el día; me gusta saber por dónde andan mis hijos.

—He estado adiestrando al potro rucio (lo que no es tarea fácil), dirigiendo la arada de la última rastrojera (porque el yuntero no sabe orientarse) y

haciendo un plan de drenaje amplio y eficaz para las tierras bajas de pastos.

—¡Así me gusta! Y tú, Fergus, ¿qué has estado haciendo?

—Colocando trampas para los tejones.

Y entonces pasó a relatar minuciosamente su diversión, exponiendo los respectivos grados de destreza del tejón y los perros; mi madre aparentaba escuchar con gran atención y miraba el rostro animado de mi hermano con una expresión de maternal admiración que me pareció completamente desproporcionada.

—Ya es hora de que hagas algo de provecho, Fergus —dije yo tan pronto como una pausa momentánea en su relato me permitió dar mi opinión.

—¿Qué puedo hacer? —replicó él—. Mi madre no quiere dejarme embarcar ni entrar en el ejército, y estoy decidido a no hacer nada, salvo convertirme en una molestia tal para todos vosotros que agradezcáis el desembarazaros de mí de cualquier manera.

Nuestra madre le pasó dulcemente la mano por su corto y ondulado cabello. Él gruñó y trató de parecer arisco, y luego nos sentamos a la mesa en nuestros lugares, obedeciendo el requerimiento tres veces repetido de Rose.

—Ahora tomad el té —dijo ella—, y os contaré lo que he estado haciendo. He estado en casa de los Wilson. Es una verdadera lástima que no hayas venido conmigo, Gilbert, porque Eliza Millward estaba allí.

—Bueno, ¿y qué pasa?

—¡Oh, nada! No te voy a hablar de ella; sólo te diré que es una persona amable, encantadora, cuando está de buen humor, y que no me importaría llamarla...

—¡Cállate, no sigas, querida! ¡A tu hermano no se le ha pasado semejante idea por la cabeza! —murmuró con seriedad mi madre, levantando un dedo.

—Bueno —continuó Rose—, iba a contaros un montón de noticias importantes que oí allí. Estoy deseando contarlas desde entonces. Como sabéis, hace un mes se dijo que alguien iba a alquilar Wildfell Hall. Y... ¿qué creéis que ha ocurrido? ¡La casa está habitada desde hace más de una semana! ¡Y nosotros no sabíamos nada!

—¡Imposible! —gritó mi madre.

—¡Absurdo! —chilló Fergus.

—¡Está habitada, de verdad, y por una dama!

—¡Válgame el cielo! ¡La casa está en ruinas!

—Ha hecho habitables dos o tres habitaciones; vive allí sola, con una vieja criada.

—¡Oh, no! Eso lo estropea todo. Yo esperaba que fuera una bruja —observó Fergus, mientras cortaba una tostada gruesa y la untaba de mantequilla.

—¡No digas tonterías, Fergus! ¿No es extraño, mamá?

—¿Extraño? ¡Apenas puedo creerlo!

—Pues puedes creerlo, porque Jane Wilson la ha visto. Fue hasta allí con su madre, quien, naturalmente, cuando se enteró de que había una extraña en la vecindad estuvo en ascuas hasta que la vio y consiguió enterarse de todo lo que pudo sobre ella. Se llama señora Graham y está de luto, aunque no de luto riguroso, y es bastante joven, dicen, no más de veinticinco o veintiséis años, ¡y muy reservada! Hicieron todo lo posible para averiguar quién era, de dónde venía, todo; pero ni la señora Wilson, con sus obstinadas e impertinentes indiscreciones, ni la señorita Wilson, con sus hábiles maniobras, pudieron obtener una sola respuesta satisfactoria, o por lo menos una alusión casual, una expresión fortuita calculada para aliviar su curiosidad o que arrojara el más débil rayo de luz sobre su historia, sus circunstancias, o sus parientes. Por otra parte, apenas fue amable con ellas y evidentemente se mostró más deseosa de decir «adiós» que «mucho gusto en conocerlas». Pero Eliza Millward dice que su padre tiene intención de ir a visitarla pronto para darle algunos consejos pastorales, que, sospecha, ella necesita, pues, aunque se sabe que está viviendo en la casa desde comienzos de la semana pasada, no se presentó en la iglesia el domingo; y ella, es decir, Eliza, le rogará a su padre que la deje acompañarle, y estoy segura de que con sus zalamerías será capaz de sonsacarle algo. Ya sabes, Gilbert, que ella puede conseguir lo que se proponga. Y nosotros deberíamos visitarla. Creo que es lo adecuado.

—Naturalmente, querida. ¡Pobre! ¡Qué sola debe de sentirse!

—Hacedlo lo antes posible, os lo suplico; y no os olvidéis de informarme sobre cuánto azúcar echa en el té y qué clase de gorros y delantales usa; no os olvidéis de nada. No sé cómo podré vivir hasta saberlo —dijo Fergus con una expresión realmente seria.

Pero si pretendía que su ocurrencia fuera aclamada como un golpe maestro de ingenio, fracasó estrepitosamente, porque nadie se rió. Sin embargo, no pareció muy desconcertado por ello, porque después de haberse tomado un bocado de pan con mantequilla y cuando estaba a punto de tragarse un sorbo de té, le entraron unas irresistibles ganas de reír a consecuencia de lo que había dicho y se vio obligado a saltar de su asiento y salir disparado de la habitación, tosiendo y bufando; un minuto después se le oyó aullar en una

horrible agonía en el jardín.

En cuanto a mí, estaba hambriento, y me limité a acabar silenciosamente el té, el jamón y las tostadas, mientras mi madre y mi hermana seguían hablando, discutiendo las circunstancias aparentes y no aparentes y la probable o improbable historia de la misteriosa dama; pero debo confesar que, después del accidente de mi hermano, me llevé una o dos veces la taza a los labios y volví a ponerla sobre el platillo sin probar su contenido, al ver que corría el riesgo de empañar mi honorabilidad con una explosión similar.

Al día siguiente, mi madre y Rose se apresuraron a cumplimentar a la bella reclusa. Poco más sabían cuando volvieron; pero mi madre declaró que no lamentaba el viaje, porque si bien no había sido de gran utilidad para ella, se jactó de haber proporcionado alguna, lo cual era mejor todavía: había dado algunos consejos provechosos, que, creía, no serían del todo inútiles; la señora Graham, aunque fue poco complaciente con la curiosidad de sus interlocutoras y aparentó ser algo obstinada, no parecía incapaz de reflexión. Sin embargo, uno llegaba a preguntarse qué había hecho durante toda su vida, pues la pobre había mostrado una lamentable ignorancia sobre algunas cosas y ni siquiera se había avergonzado de ello.

—¿Sobre qué cosas, madre? —pregunté.

—Sobre el gobierno de la casa, los pequeños secretos de la cocina y todas esas cosas con las que las señoras deberían estar familiarizadas, tanto si necesitan hacer uso de sus conocimientos como si no. No obstante, le di algunos consejos útiles y varias recetas excelentes, cuyo valor evidentemente no pudo apreciar, pues me rogó que no me preocupara, que llevaba una vida tan tranquila y sencilla que estaba segura de que no tendría que hacer uso de ellos. «No importa, querida —le dije yo—; es algo que toda mujer respetable debería saber; además, aunque vive usted sola ahora, no siempre será así. Ha estado casada y probablemente (casi podría decir con toda seguridad) volverá a casarse». «Se equivoca usted, señora —dijo ella, casi con arrogancia—; estoy segura de que nunca volveré a casarme». Le contesté que yo sabía más de estas cosas.

—Supongo que será una viuda joven y romántica —dije— que se dispone a terminar sus días aquí, en soledad, y a llorar en secreto por su querido esposo desaparecido. No durará mucho.

—No, yo no lo creo así —observó Rose—. Después de todo no parecía muy desconsolada; es demasiado guapa, más bien atractiva diría. Tienes que verla, Gilbert; te parecerá una absoluta belleza, aunque difícilmente podrás encontrarla parecida a Eliza Millward.

—Bueno, puedo imaginar muchos rostros más hermosos que el de Eliza,

aunque no más encantadores. Estoy de acuerdo en que está lejos de ser perfecta, pero creo que si fuera más perfecta, sería menos interesante.

—¿Así que prefieres sus defectos a la perfección de otras personas?

—Exactamente, exceptuando la elegancia de mi madre.

—¡Oh, mi querido Gilbert, qué cosas dices! Sé que no hablas en serio; eso no puede ser cierto —dijo mi madre, y con el pretexto de que tenía algo que hacer salió, presurosa, de la habitación, para escapar a la contradicción que se estremecía en mi lengua.

Después Rose me facilitó más detalles referentes a la señora Graham. Su aspecto, sus modales, su vestido, incluso los muebles de la habitación en la que vivía fueron descritos con una claridad y precisión que superaban mi curiosidad; pero como no escuché con atención, no podría repetir la descripción, aunque quisiera.

El día siguiente fue sábado, y el domingo todo el mundo se preguntaba si la bella desconocida sacaría provecho de la amonestación del vicario e iría a la iglesia. Confieso que yo mismo miré con cierto interés hacia el viejo banco familiar perteneciente a Wildfell Hall, donde los rojos cojines descoloridos y la tapicería no habían sido tocados ni renovados durante años, y los austeros blasones, con sus lúgubres bordes de tela negra amarillenta, parecían mirar severamente desde la pared.

Y allí contemplé una figura alta, femenina, vestida de negro. Su rostro estaba vuelto hacia mí y había algo en él que, una vez visto, me invitó a mirarlo otra vez. El pelo era negro y brillante, dispuesto en bucles largos, un tipo de peinado bastante poco corriente en aquellos días, pero siempre elegante y apropiado; su tez era luminosa y pálida; no pude verle los ojos, pues estaban fijos en el devocionario, ocultos por los párpados caídos y unas pestañas largas y negras, pero las cejas eran expresivas y bien definidas; la frente era alta y despejada; la nariz, perfectamente aguileña, y los rasgos en general, intachables; sólo se observaba un ligero hundimiento alrededor de las mejillas y los ojos, y los labios, aunque finamente formados, eran un poco demasiado delgados, un poco demasiado apretados, y sugerían algo que denotaba un temperamento no muy dulce y amable; y pensé para mí:

«Preferiría admirarla desde esta distancia, bella señora, que compartir su hogar».

De pronto levantó la vista y se encontró con la mía; conscientemente no retiré mis ojos de los suyos; ella volvió a su libro, pero con una momentánea, indefinible expresión de sereno desdén, que fue indeciblemente irritante para mí.

«Cree que soy un mozalbete indiscreto —pensé—. ¡Muy bien! No tardará en cambiar de opinión. Sí, creo que vale la pena».

Pero entonces me di cuenta de que aquéllos eran pensamientos inapropiados para un lugar de culto y que mi comportamiento, en aquel momento, no era el debido. Sin embargo, antes de prestar atención al servicio, eché una mirada alrededor de la iglesia para ver si alguien me había estado observando; pero no, todos los que no estaban pendientes de su devocionario, lo estaban de la extraña dama, entre ellos mi buena madre y mi hermana, la señora Wilson y su hija; incluso Eliza Millward miraba furtivamente de reojo hacia el centro de atracción general. Luego me miró, sonrió afectadamente y se ruborizó, fijó con humildad la vista en el devocionario y se esforzó por componer su expresión.

De nuevo mi conducta era indecorosa, pero esta vez me lo hizo sentir un inesperado codazo que me propinó en las costillas mi petulante hermano. De momento, no pude reaccionar ante la afrenta más que pisándole el pie, demorando mi venganza hasta que hubiéramos salido de la iglesia.

Ahora, Halford, antes de terminar esta carta, te hablaré de Eliza Millward. Era la hija menor del vicario y una pequeña criatura realmente atractiva, por quien yo sentía no poca predilección; y ella lo sabía, aunque yo nunca había llegado a dárselo a entender claramente y no tenía una intención precisa de hacerlo, pues mi madre, que opinaba que no había mujer adecuada para mí en treinta kilómetros a la redonda, no podía soportar la idea de que me casase con aquel ser insignificante, quien, además de sus numerosos deméritos, no tenía veinte libras que pudiera llamar suyas. El cuerpo de Eliza era al mismo tiempo delicado y regordete, su cara, pequeña y casi tan redonda como la de mi hermana —la tez algo parecida a la suya, pero más suave y sin duda menos lozana—, nariz respingona, rasgos en general irregulares; en conjunto, era más encantadora que bonita. Pero sus ojos —no debo olvidar esta notable característica, pues en ella residía su atractivo principal, en apariencia al menos—, sus ojos eran largos y estrechos, el iris negro, o marrón muy oscuro, la expresión mudable, siempre cambiante, pero siempre o extraordinariamente —casi diría diabólicamente— maliciosa, o irresistiblemente fascinante; a menudo, ambas cosas. Su voz era melosa e infantil; su paso, ligero y silencioso como el de una gata; pero sus modales recordaban con frecuencia los de un precioso gatito juguetón, unas veces insolentes y algo ásperos, y otras, tímidos y recatados, según su propia y dulce voluntad.

Su hermana Mary era varios años mayor que ella, varios centímetros más alta, de una constitución más corpulenta y vulgar: una muchacha sencilla, tranquila y sensata, que había cuidado a su madre durante su última, larga y tediosa enfermedad, y que había sido el ama de casa y la esclava de la familia desde entonces hasta el momento presente. Contaba con la admiración y la

confianza de su padre, era amada por todos los gatos, perros, niños y pobres, y menospreciada y olvidada por todos los demás.

El reverendo Michael Millward era un caballero de edad, alto, grave, con un rostro de rasgos abultados, que se colocaba un sombrero de teja sobre la grande y cuadrada cabeza, llevaba un imponente bastón en la mano y se enfundaba las todavía poderosas piernas en calzones cortos y polainas, o medias negras de seda en ceremonias públicas. Era un hombre de ideas fijas, fuertes prejuicios y costumbres regulares, intolerante con toda clase de disidencia, que actuaba con la firme convicción de que sus opiniones eran siempre acertadas y que todo aquel que no estuviera de acuerdo con ellas debía ser o deplorablemente ignorante o intencionadamente ciego.

En mi infancia me había acostumbrado a mirarle siempre con un sentimiento de temor reverencial, que he superado no hace mucho, porque, si bien era paternalmente bondadoso con los mansos, era un hombre estricto, y censuraba con rigor nuestros pecadillos y faltas juveniles; además, en aquella época, siempre que venía a visitar a nuestros padres, nosotros teníamos que presentarnos ante él y recitar el catecismo, o repetir «cómo hace la laboriosa abejita» o cualquier otro himno, o —lo peor de todo— ser examinados sobre su última plática y las partes más importantes de ésta, que nunca podíamos recordar. A veces el honorable señor llegaba a censurar a mi madre por ser demasiado indulgente con sus hijos, haciendo referencia al viejo Eli, o a David y Absalón, lo cual era especialmente irritante para sus sentimientos; y a pesar de lo mucho que ella respetaba su persona y sus opiniones, una vez la oí exclamar:

—¡Cómo me gustaría que tuviera un hijo él! Así no estaría tan dispuesto a darle consejos a la gente; ya vería lo que cuesta mantener a raya a dos niños.

Tenía una loable preocupación por su salud: se levantaba muy temprano, daba un paseo antes de desayunar, insistía excesivamente en que la ropa fuera caliente y no estuviera húmeda, nunca se supo que predicara un sermón sin ingerir previamente un huevo crudo —aunque tenía buenos pulmones y una voz potente—, y era, en general, muy escrupuloso con lo que comía y bebía, aun sin ser en absoluto abstemio; despreciaba olímpicamente el té y otras aguas sucias, y era partidario de la cerveza, el tocino y los huevos, el jamón, el tasajo, y otras carnes fuertes, que se adaptaban bastante bien a su aparato digestivo, por lo que mantenía que eran buenas y saludables para todo el mundo, y confiadamente se las recomendaba a los más delicados convalecientes de dispepsia, a quienes, si no recibían los prometidos beneficios de sus prescripciones, les decía que era a causa de no haber perseverado y, si se quejaban de los resultados molestos provenientes de ellas, les aseguraba que eran fantasías suyas.

Me referiré brevemente a otras dos personas a las que he mencionado, antes de concluir esta larga carta. Son la señora Wilson y su hija. La primera era la viuda de un importante terrateniente, un viejo chismoso de mente estrecha, cuyo carácter no vale la pena describir. Tenía dos hijos: Robert, un agricultor zafio y rudo, y Richard, un joven retraído y aplicado, que estudiaba a los clásicos con la ayuda del vicario, preparándose para la universidad, con vistas a ingresar en la Iglesia.

Su hermana Jane era una muchacha de cierto talento y más ambiciosa. Por propio deseo había estudiado en un colegio y había recibido una educación superior a la de cualquier miembro de la familia. Había aprovechado el afinamiento y adquirido una elegancia considerable de modales; se desembarazó casi completamente de su acento provinciano y podía jactarse de más triunfos que las hijas del vicario. Además era considerada una belleza; aunque en ningún caso pudo contarme entre sus admiradores. Tenía unos veintiséis años, era bastante alta, muy delgada, su pelo no era ni castaño ni albazano, sino inequívoca, brillante y luminosamente rojo; su tez era bellísima y radiante; la cabeza, pequeña, el cuello, largo; la barbilla, graciosa, aunque muy corta, los labios, delgados y rojos; los ojos, de color castaño claro, inquietos y penetrantes, pero del todo desprovistos de poesía o sentimiento. Tuvo o pudo haber tenido muchos pretendientes de su rango, pero los rechazó desdeñosamente a todos; porque nadie, salvo un caballero, podía complacer su refinado gusto, y nadie, salvo un hombre rico, podía satisfacer su ambición ilimitada. Hubo un caballero, de quien había recibido últimamente ciertas atenciones bastante insinuantes, y a cuyo corazón, nombre y fortuna, eso se rumorea, ella había dirigido sus designios. Era el señor Lawrence, el joven hacendado cuya familia había ocupado primero Wildfell Hall, que había marchado de allí hacía unos quince años, para vivir en una mansión más moderna y cómoda en el pueblo vecino.

En fin, Halford, me despido de ti por ahora. Esto es el primer plazo de mi deuda. Si la moneda te satisface, dímelo, y te mandaré el resto en mis ratos libres: si prefirieres seguir siendo mi acreedor en vez de colmar tu monedero con unas piezas tan pesadas y torpes, házmelo saber, y agradeceré tu benevolencia, guardando gustosamente el tesoro.

Afectuosamente tuyo,

GILBERT MARKHAM.

CAPÍTULO II

UNA ENTREVISTA

Advierto con alegría, mi estimado amigo, que la nube de tu desazón ha desaparecido: la luz de tu semblante me bendice una vez más. Deseas la continuación de mi historia; así que, sin más dilaciones, paso a ofrecértela.

Creo que el día que mencioné en último lugar fue un domingo, el último del mes de octubre de 1827. El martes siguiente salí, con mi perro y mi escopeta, en persecución de cualquier pieza de caza que pudiera encontrar dentro del territorio de Linden Car; pero al no hallar ninguna, dirigí mi arma contra los halcones y las cornejas, cuyos pillajes, como sospeché, me habían privado de mejor presa. Con este fin abandoné los parajes más frecuentados — los valles arbolados, los sembrados y las praderas—, y comencé a subir la escarpada pendiente de Wildfell, el monte más alto y agreste de los alrededores; conforme se asciende por él, los setos, así como los árboles, se vuelven escasos y desmedrados, cediendo su sitio, finalmente, los primeros, a toscas vallas de piedras, parcialmente reverdecidas por el musgo y la yedra, y los segundos, a los alerces y los abetos escoceses, o a los solitarios endrinos. Los campos, como son ásperos y pedregosos y por completo inadecuados para el arado, se habían dedicado fundamentalmente al apacentamiento de las ovejas y el ganado; la capa de tierra era delgada y pobre: fragmentos de roca gris asomaban aquí y allá en las lomas cubiertas de hierba; arándanos y matorrales —reliquias de una floración más salvaje— crecían bajo los muros; y en muchas de las vallas, ambrosías y juncos usurpaban la supremacía de la escasa hierba; pero nada de eso era de mi propiedad.

Cerca de la cima de esta colina, a unos tres kilómetros de Linden Car, se alzaba Wildfell Hall, una retirada mansión de la época isabelina, construida con piedra gris oscura, de apariencia pintoresca y venerable, pero, sin duda, bastante fría y lúgubre para ser habitada, con gruesos parteluces de piedra y pequeñas celosías enrejadas, respiraderos desfigurados por el tiempo, y una situación demasiado solitaria, demasiado desabrigada... sólo protegida de los ataques del viento y el tiempo por un grupo de abetos escoceses, igualmente marchitados por las tormentas y con un aspecto tan lúgubre y austero como la misma casa. Detrás de ésta se extendían campos desolados y, más allá, la cima parda, cubierta de matorrales, de la colina; delante de ella (cercado por muros de piedra en los que se insertaba una puerta de hierro con grandes bolas de granito colocadas en la parte superior de los pilares, similares a las que decoraban el tejado y los gabletes), había un jardín, en otro tiempo poblado por todas las robustas plantas y flores que el suelo y el clima podían permitir y todos los árboles y arbustos que la esforzada tijera del jardinero podía tolerar, la mayoría prontos a tomar las formas que escogía darles; ahora, abandonado durante tantos años, sin cultivar ni arreglar, entregado a la maleza y el hierbajo, a las heladas y los vientos, a la lluvia y la sequía, presentaba un

aspecto verdaderamente singular. Los tupidos setos de ligustre que bordeaban el sendero principal estaban en sus dos terceras partes secos, y el resto crecía más allá de todo límite razonable; el viejo cisne de madera de boj que permanecía junto a la raedera había perdido el cuello y la mitad del cuerpo; las fortificadas torres de laurel que había en medio del jardín, el enorme guerrero que aún se erguía a uno de los lados de la puerta de entrada y el león que guardaba el otro, habían adquirido formas tan fantásticas que no recordaban nada que hubiera en la tierra o en el cielo, o en las aguas subterráneas; más bien, en mi imaginación juvenil, tenían todos una apariencia mágica que armonizaba con las misteriosas leyendas y las oscuras tradiciones que nos había contado nuestra niñera respecto a la encantada mansión y sus difuntos ocupantes.

Había conseguido matar un halcón y dos cornejas cuando llegué cerca de la casa; entonces, renunciando a la caza, seguí paseando para contemplar el viejo lugar y ver los cambios que había efectuado en él su nueva ocupante. No quería llegar hasta la misma puerta para husmear desde allí; así que me detuve junto al muro del jardín, miré y no vi cambio alguno, salvo en una de las alas, donde las ventanas rotas y el tejado destruido habían sido claramente reparados, y donde una delgada espiral de humo subía por los cañones de la chimenea.

Me quedé de pie, apoyado en mi escopeta, mirando los oscuros gabletes, y me sumergí en una vaga ensoñación, tejiendo una serie de caprichosas fantasías en las que se mezclaban a partes iguales los viejos recuerdos y la joven y bella ermitaña, ahora detrás de aquellos muros. Oí un ligero crujido y jadeos y al mirar hacia el jardín en dirección a donde procedían los ruidos, vi una diminuta mano que se elevaba por encima del muro: se aferró a la última piedra, y luego otra mano se alzó para agarrarse con firmeza; después apareció una frente pequeña y blanca, rematada por unos bucles de pelo castaño claro, con un par de ojos azul oscuro debajo, y la parte superior de una pequeña nariz marfileña.

Los ojos no advirtieron mi presencia, sino que destellaron de alegría al contemplar a Sancho, mi hermoso perdiguero blanco y negro, que estaba correteando por el campo con el hocico pegado al suelo. La pequeña criatura estiró el cuello y llamó a gritos al perro. El bondadoso animal se detuvo, miró hacia arriba y meneó la cola, sin acudir a la llamada. El niño, que parecía tener unos cinco años, trepó hasta la cima del muro y lo llamó una y otra vez; pero al ver que no conseguía su propósito, pareció tomar la determinación, como Mahoma, de ir a la montaña puesto que la montaña no iba a él, e intentó saltar; mas un impertinente cerezo, que crecía vigoroso cerca de allí, le cogió por el vestido con una de las aviesas y ásperas ramas que se extendían hasta el muro. Al intentar desembarazarse de ella, resbaló uno de sus pies y cayó, aunque no

al suelo; el árbol todavía lo tenía suspendido. Hubo una lucha silenciosa y luego se oyó un chillido; pero yo había dejado caer mi escopeta sobre la hierba y me precipité a coger al pequeño en mis brazos.

Le froté los ojos con su vestido, le dije que estaba perfectamente y llamé a Sancho para que le tranquilizara. Acababa de poner su manecita sobre el cuello del perro y empezaba a sonreír entre lágrimas, cuando oí, detrás de mí, el ruido de la puerta de hierro al abrirse y el roce de unas ropas femeninas; de pronto vi a la señora Graham abalanzarse sobre mí, el cuello desnudo y los cabellos movidos por el viento.

—¡Deje al niño! —dijo con una voz apenas más alta que un murmullo pero con un tono de sorprendente vehemencia y, cogiendo al pequeño, me lo arrebató, como si yo padeciera una enfermedad contagiosa; luego permaneció con una mano firmemente aferrada a la del niño y la otra en su hombro, fijando en mí sus ojos grandes, oscuros y luminosos, pálida, sin aliento, temblando de agitación.

—No estaba haciendo daño al niño, señora —dije yo, sin saber muy bien si me sentía sorprendido o disgustado—. Se cayó del muro y tuve la suerte de cogerle cuando estaba colgado peligrosamente de aquel árbol, y prevenir no sé qué catástrofe.

—Le pido disculpas, señor —balbuceó ella; se calmó de pronto, la luz de la razón pareció iluminar su ensombrecido espíritu y el rubor se extendió débilmente por sus mejillas—. No le conocía a usted... y pensé...

Se inclinó para besar al niño y rodeó cariñosamente su cuello con el brazo.

—Supongo que creyó usted que iba a raptar a su hijo.

Movió la cabeza con una sonrisa confundida y replicó:

—No sabía que había intentado trepar a la tapia. Tengo el placer de hablar con el señor Markham, ¿no es así? —añadió con cierta brusquedad.

Yo incliné la cabeza y me aventuré a preguntarle cómo lo sabía.

—Su hermana vino aquí hace unos días con la señora Markham.

—¿Nos parecemos tanto? —le pregunté, sorprendido, no muy halagado por la idea.

—Creo que se parecen en los ojos y la tez —replicó ella, con aire dubitativo, inspeccionando mi cara—, y creo que le vi a usted en la iglesia el domingo.

Sonreí. Hubo algo en aquella sonrisa, o en los recuerdos que despertó, que fue especialmente molesto para ella, porque su rostro adquirió de pronto la expresión orgullosa, fría, que había ocasionado de forma tan inexplicable mi

impertinencia en la iglesia: una expresión de desprecio, adoptada de una manera tan natural, sin cambiar en absoluto un solo rasgo, que en aquel momento me pareció la expresión normal de su rostro, de lo más provocadora para mí, porque no podía pensar que fuera fingida.

—Buenos días, señor Markham —dijo ella, y sin otra palabra o mirada, se retiró con su hijo al jardín; volví a mi casa malhumorado e insatisfecho. Me sería muy difícil explicarte por qué, y por tanto no lo intentaré.

Entré en mi casa sólo para dejar allí la escopeta y el cebador, y dar algunas instrucciones necesarias a uno de los labradores; luego me encaminé a la vicaría, para solazar mi espíritu y suavizar mi inquietud con la compañía y la conversación de Eliza Millward.

La encontré, como de costumbre, ocupada con una pieza de bordado (la manía del estambre no había empezado aún), mientras su hermana estaba sentada junto a una esquina de la chimenea, con el gato en sus rodillas, remendando un montón de medias.

—¡Mary, Mary, guárdalas! —estaba diciendo Eliza cuando entré en la habitación.

—¡No quiero! —fue la flemática respuesta; y mi presencia impidió que continuara la discusión.

—¡Qué mala suerte ha tenido, señor Markham! —observó la hermana menor con una de sus maliciosas y oblicuas miradas—. ¡Papá se acaba de ir al pueblo y probablemente no volverá hasta dentro de una hora!

—No importa; puedo arreglármelas para pasar unos minutos con sus hijas, si ellas me lo permiten —dije, acercando una silla al fuego y sentándome en ella, sin esperar el ofrecimiento.

—Bueno, si es usted amable y entretenido, no pondremos objeciones.

—Por favor, dejen que su tolerancia sea incondicional; porque no he venido para proporcionar placer, sino para buscarlo —contesté altivamente.

Sin embargo, me pareció razonable hacer un ligero esfuerzo para hacer mi compañía agradable; y aunque realmente pequeño, fue bastante afortunado, pues la señorita Eliza nunca estuvo de mejor humor. Parecíamos verdaderamente encantados, y conseguimos mantener una animada y alegre, aunque no muy profunda, conversación. Fue un poco mejor que un tête-à-tête, pues la señorita Millward no abrió nunca los labios, salvo para corregir ocasionalmente alguna afirmación casual o expresión exagerada de su hermana, y una vez para pedirle que recogiera la madeja de algodón, que había rodado bajo la mesa. Lo hice yo, sin embargo, como era mi deber.

—Gracias, señor Markham —dijo ella cuando se la entregué—, la hubiera

cogido yo misma, pero es que no quería molestar al gato.

—Mary, querida, eso no te disculpa a los ojos del señor Markham —dijo Eliza—; él odia los gatos, me atrevería a decir, como odia cordialmente a las viejas solteras, como todos los caballeros. ¿No es verdad, señor Markham?

—Creo que es algo natural en nuestro poco cariñoso sexo la aversión por los animalitos —repliqué—, porque ustedes, las mujeres, les prodigan muchas caricias.

—¡Bendecidlas, pequeños favoritos! —gritó ella en un estallido de entusiasmo, dando la vuelta y abrumando al animal de su hermana con una lluvia de besos.

—¡No, Eliza! —exclamó la señorita Millward, algo arisca, mientras la apartaba.

Pero ya era hora de que me fuera: por mucho que me apresurara llegaría tarde para el té, y mi madre era la puntualidad y el orden en persona.

Era evidente que mi bella amiga se mostraba reacia a despedirse de mí. Le estreché cariñosamente la mano al partir, y ella me recompensó con una de sus sonrisas más dulces y una de sus miradas más encantadoras. Volví a casa muy feliz, con el corazón rebosante de autocomplacencia e inundado de amor por Eliza.

CAPÍTULO III

UNA DISCUSIÓN

Dos días más tarde, la señora Graham se presentó en Linden Car, contrariamente a la suposición de Rose, quien sostenía la idea de que la misteriosa ocupante de Wildfell Hall desdeñaría por completo las observaciones comunes de la vida civilizada, opinión en la que la secundaban los Wilson, quienes atestiguaban que ni su visita ni la de los Millward habían sido devueltas todavía. Sin embargo, la causa de aquella omisión fue explicada, aunque no a la entera satisfacción de Rose. La señora Graham había traído consigo a su hijo, y cuando mi madre le expresó su sorpresa de que el niño fuera capaz de hacer una caminata tan larga, contestó:

—Es un paseo muy largo para él, pero debía traerle conmigo o renunciar del todo a la visita, porque nunca le dejo solo. Debo rogarle, señora Markham, que me excuse ante los Millward y la señora Wilson cuando los vea, pues me temo que no podré tener el placer de visitarlos hasta que mi pequeño Arthur sea capaz de acompañarme.

—Pero tiene usted una criada —dijo Rose—; ¿no podría dejar al niño con ella?

—Ella tiene otras ocupaciones que atender y, además, es demasiado vieja para correr tras el niño; y él es demasiado inquieto para estar sujeto a una mujer de edad.

—Pero le permitió usted ir a la iglesia.

—Sí, una vez; pero no lo hubiera hecho por ninguna otra razón, y creo que en lo sucesivo tendré que arreglármelas para llevarlo conmigo o quedarme en casa.

—¿Es tan travieso? —preguntó mi madre, bastante impresionada.

—No —replicó la dama, sonriendo tristemente, al tiempo que acariciaba con una mano el ondulado cabello de su hijo, que estaba sentado en un taburete a sus pies—, pero él es mi único tesoro y yo soy su única amiga, así que no nos gusta estar separados.

—Pero, querida, yo llamo a eso una chifladura —dijo mi franca madre—. Debería usted tratar de suprimir esos disparatados mimos, tanto para evitar que su hijo se eche a perder, como para salvarse usted del ridículo.

—¿Echarle a perder, señora Markham?

—Sí, es malcriar al niño. Incluso a su edad no tendría que estar siempre pegado a las faldas de su madre; debería aprender a avergonzarse de ello.

—Señora Markham, le ruego que no diga esas cosas, al menos delante de él. ¡Confío en que mi hijo no se avergüence nunca de querer a su madre! —exclamó la señora Graham con una energía que asombró a los presentes.

Mi madre trató de apaciguarla con una explicación, pero ella dio a entender que ya se había hablado bastante sobre el tema y cambió bruscamente de conversación.

«Tal como me lo había imaginado —me dije—. El temperamento de la dama no es muy dulce, a pesar de su rostro delicado, pálido y su frente despejada, donde la reflexión y el sufrimiento parecen haber dejado su huella por igual».

Durante todo ese tiempo yo permanecí sentado a la mesa en el otro extremo de la habitación, en apariencia absorto en la lectura de un número de la *Farmer's Magazine*, que dio la casualidad que estaba leyendo cuando llegó nuestra visitante. Había optado por no ser excesivamente cortés, y me había limitado a hacer una inclinación de cabeza cuando ella entró, y había seguido con mi ocupación.

Al poco rato, sin embargo, me di cuenta de que alguien se estaba

acercando a mí con paso cauteloso, lento y dubitativo. Era el pequeño Arthur, irresistiblemente atraído por mi perro Sancho, que estaba tendido a mis pies. Al levantar la vista, le vi a unos dos metros, observando ávidamente con sus claros ojos azules al perro, inmóvil, no por miedo al animal, sino por una timidez que le impedía acercarse a su dueño. No obstante, un arranque de valor le indujo a adelantarse. El niño, aunque tímido, no era hosco. Al minuto estaba arrodillado en la alfombra, con sus brazos alrededor del cuello de Sancho, y uno o dos minutos más tarde, el pequeño estaba sentado en mis rodillas, mirando con ávido interés los distintos tipos de caballos, ganado, cerdos y granjas modelo que aparecían en la revista que tenía delante. Miraba a su madre de vez en cuando para ver cómo le sentaba la idea de la recién nacida intimidad; y comprendí, por la mirada de ella, que, por una u otra razón, no se sentía cómoda con el lugar que ocupaba el niño.

—Arthur —dijo finalmente—, ven aquí. Estás molestando al señor Markham, está ocupado leyendo.

—De ninguna manera, señora Graham; le ruego que le deje aquí. Estoy tan entretenido como él —alegué yo. Pero ella volvió a llamarle con la mirada y haciendo un ademán.

—No, mamá —dijo el niño—, déjame ver estas estampas primero; después iré y te contaré cómo son.

—Vamos a tener una pequeña fiesta el lunes, cinco de noviembre —dijo mi madre—, y espero que venga usted, señora Graham. Puede traer al niño con toda tranquilidad; le aseguro que seremos capaces de cuidar de él. Así podrá usted excusarse con los Millward y los Wilson. Ellos también vendrán.

—Gracias, pero nunca voy a fiestas.

—¡Oh!, pero ésta será una velada muy familiar. Empezará temprano y no estaremos más que nosotros y los Millward y los Wilson, a la mayoría de los cuales ya conoce, y el señor Lawrence, su casero, a quien seguro ya conoce.

—Le conozco un poco, pero debe usted excusarme esta vez. Las tardes son ahora oscuras y húmedas y Arthur, me temo, es demasiado delicado para exponerle a su influencia con impunidad. Debemos dejar para más adelante el placer de su hospitalidad, hasta que vuelvan los días más largos y las noches sean más cálidas.

Entonces Rose, ante una insinuación de mi madre, sacó del armario del aparador una garrafa de vino, vasos y un pastel, y el refrigerio fue debidamente ofrecido a nuestros invitados. Éstos compartieron el pastel, pero rehusaron con obstinación probar el vino, a pesar de los hospitalarios intentos de su anfitriona por servírselo. Arthur, especialmente, huyó del rojo néctar como aterrorizado y disgustado, y estuvo a punto de llorar cuando le

insistieron en que lo tomara.

—No te preocupes, Arthur —dijo su madre—, la señora Markham cree que te sentaría bien después de un paseo tan agotador; ¡pero ella no va a obligarte a tomarlo! Preferiría que no insistiera, señora. No soporta ni siquiera la vista del vino —añadió—, y el olor casi le pone enfermo. Yo solía obligarle a beber un poco de vino o de licor suave con agua como medicina cuando estaba enfermo y la verdad es que conseguí que los detestara.

Todo el mundo se rió, excepto la joven viuda y su hijo.

—En fin, señora Graham —dijo mi madre secándose las lágrimas de alegría de sus brillantes ojos azules—, en fin, ¡me sorprende usted! La creía más sensata. ¡La pobre criatura va a convertirse en un completo calzonazos que nunca habrá tomado una copa de más! Piense únicamente en la clase de hombre que va usted a hacer de él, si insiste en...

—Me parece un plan excelente —la interrumpió la señora Graham con una seriedad imperturbable—. De esa manera espero salvarle al menos de un vicio degradante. Me gustaría poder proporcionarle los alicientes para cualquier otro plan que le resulte tan poco dañino.

—Pero de esa forma —dije yo—, nunca le convertirá en un hombre virtuoso. ¿En qué consiste la virtud, señora Graham? ¿Es la cualidad de ser capaz y estar dispuesto a resistir la tentación, o la de no tener tentaciones que resistir? ¿Es hombre fuerte aquel que supera grandes dificultades y es capaz de logros sorprendentes, aun con grandes esfuerzos musculares y con el riesgo de la subsiguiente fatiga, o aquel que está sentado todo el día sin más ocupación trabajosa que avivar el fuego y llevarse la comida a la boca? Si quiere ver a su hijo caminar honrosamente por el mundo, no debe intentar apartarle las piedras que se encuentre en el camino, sino enseñarle a caminar con firmeza por encima de ellas, no insistiendo en llevarle de la mano, sino dejándole que aprenda a ir solo.

—Le llevaré de la mano, señor Markham, hasta que tenga energía suficiente para ir solo. Y le apartaré tantas piedras del camino como pueda, y le enseñaré a evitar las demás, o a caminar firmemente por encima de ellas, como usted dice; porque cuando haya hecho todo lo posible por apartarle las piedras, quedarán todavía muchas para ejercitar toda la agilidad, entereza y cautela que pueda llegar a tener. Está muy bien hablar de la resistencia noble y de las pruebas de la virtud, pero por cada cincuenta... o cada quinientos hombres que se han rendido a la tentación, muéstreme uno que haya tenido la virtud de resistir. ¿Por qué voy a dar por seguro que mi hijo será uno entre mil, en vez de prevenirme contra lo peor y suponer que él será como su... como el resto de la humanidad si no procura evitarlo?

—Es usted muy lisonjera con todos nosotros —observé.

—A ustedes no los conozco; hablo de aquellos a los que sí conozco. Y si veo a toda la raza humana (con algunas raras excepciones) tropezar y equivocarse a lo largo del camino de la vida, hundirse en cada trampa, romperse los huesos en cada obstáculo del camino, ¿he de renunciar a utilizar todos los medios que estén a mi alcance para asegurarle un tránsito más llano y seguro?

—Sí, pero la forma más segura es esforzarse por fortalecerle contra la tentación, no quitársela del camino.

—Haré ambas cosas, señor Markham. Dios sabe que le asaltarán bastantes tentaciones, dentro y fuera, cuando yo haya hecho todo lo posible por presentar el vicio ante él como algo tan poco seductor como efectivamente es por propia naturaleza. Yo misma, en realidad, he tenido pocos estímulos para lo que el mundo llama vicio, pero he sufrido, sin embargo, tentaciones y pruebas de otra clase, que han requerido, en muchas ocasiones, más vigilancia y firmeza para hacerles frente de las que yo he sido capaz de oponerles hasta ahora. Y creo que esto es lo que reconocería la mayoría de la gente que está acostumbrada a la reflexión y deseosa de luchar contra sus perversiones naturales.

—Sí —dijo mi madre entendiendo a medias el sentido de sus palabras—, pero no juzgue a un muchacho por usted misma; mi querida señora Graham, permítame que la prevenga a tiempo contra el error, el fatal error lo llamaría yo, de asumir la responsabilidad de la educación del niño. Porque usted sea hábil en algunas cosas, y culta, no puede creerse a la altura de la tarea, no lo está usted en realidad; y si insiste en su pretensión, créame que se arrepentirá amargamente cuando el daño esté hecho.

—¡Supongo que habré de mandarle a la escuela para que aprenda a menospreciar la autoridad y el afecto de su madre! —dijo nuestra visitante con una sonrisa más bien amarga.

—¡Oh, no! Pero si quiere tener un muchacho que menosprecie a su madre, deje que ella lo guarde en su casa y se pase la vida mimándole, obligada a transigir con todas sus extravagancias y caprichos.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, señora Markham, pero nada está más lejos de mis principios y costumbres que comportarme de una manera tan criminal e irresponsable como la que usted dice.

—Bueno, pero usted le tratará como a una niña, echará a perder su espíritu y hará de él una señorita, estoy segura de ello, señora Graham, sean cuales fueren sus ideas. Le diré al señor Millward que hable con usted: él le explicará las consecuencias; se las expondrá de una manera tan clara como la luz del

día; y le diré lo que debe usted hacer. Estoy segura de que será capaz de convencerla en un minuto.

—No tiene necesidad de molestar al vicario —dijo la señora Graham mirándome; supongo que yo me sonreía ante la ilimitada confianza de mi madre en aquel notable caballero—. El señor Markham cree que sus poderes de convicción son por lo menos iguales a los del señor Millward. Si no le presto atención a él, tampoco me convencerá nadie, aunque sea capaz de hacer milagros, él puede decírselo. En fin, señor Markham, usted que sostiene que un muchacho no debería ser protegido del mal, sino enviado a luchar contra él, solo y sin ayuda, que no debería enseñársele a evitar las trampas de la vida, sino temerariamente precipitarle a ellas, o sobre ellas, para que busque el peligro en vez de esquivarlo, y alimentar su virtud con la tentación, le importaría...

—Discúlpeme, señora Graham, pero va usted muy deprisa. Yo no he dicho que haya de enseñarse a un niño a precipitarse en las trampas de la vida, o incluso a buscar premeditadamente la tentación con el pretexto de ejercitar la virtud de vencerla; yo sólo digo que es mejor armar y fortalecer a su héroe que desarmar y debilitar a su adversario; y si usted cultiva un roble joven en un invernadero, atendiéndolo solícitamente día y noche, protegiéndolo de cada soplo del viento, no puede esperar que se convierta en un árbol vigoroso, como aquel que ha crecido en el monte, expuesto a la acción de los elementos, ni siquiera protegido del golpe de la tempestad.

—De acuerdo, pero ¿usaría usted los mismos argumentos si se tratara de una muchacha?

—Por supuesto que no.

—No. Usted cree que debería ser tierna y delicadamente alimentada, como una planta de invernadero, enseñada a recurrir a los demás en busca de orientación y ayuda, y alejada todo lo posible del conocimiento del mal. ¿Sería usted tan amable de decirme por qué hace esta distinción? ¿Cree usted que una muchacha carece de virtud?

—Ciertamente, no.

—Pero usted afirma que la virtud sólo se pone al descubierto con la tentación; y usted piensa que una mujer no debe ser expuesta en absoluto a la tentación, ni informada lo más mínimo sobre el vicio o cualquier cosa relacionada con él. Debe ser, por lo tanto, que cree usted que es tan viciosa, o tan tonta, que no puede resistir la tentación; y aunque pueda ser pura e inocente siempre que se la mantenga ignorante y limitada, al carecer, sin embargo, de virtud real, enseñarle cómo pecar es al mismo tiempo hacer de ella una pecadora, y cuanto mayor sea su conocimiento, cuanto más amplia su

libertad, más profunda será su depravación; por el contrario, el sexo más noble posee una tendencia natural al bien que, protegida por una fortaleza superior, cuanto más se habitúa a pruebas y peligros más se desarrolla.

—¡Que el Cielo no permita que yo crea algo semejante! —interrumpí finalmente.

—Entonces quizá piense usted que los dos son débiles y propensos a errar, y que el más ligero error, la más mínima mancha de sombra, arruinaría a la una, mientras que el carácter del otro sería fortalecido y embellecido y su educación convenientemente rematada con un pequeño conocimiento práctico de las cosas prohibidas. Esta experiencia (por usar una expresión trillada) será para él como la tormenta para el roble, que aunque puede esparcir las hojas y quebrar las ramas más pequeñas, sirve en realidad para afianzar las raíces y endurecer y consolidar las fibras del árbol. Usted querría que animáramos a nuestros hijos a probar las cosas por su propia experiencia; por el contrario, nuestras hijas ni siquiera deben aprovecharse de la experiencia de los demás. Pero yo querría que ambos se beneficiaran de la experiencia de los demás, y de los preceptos de una autoridad más alta, que deberían conocer de antemano para rechazar el mal y elegir el bien, sin recurrir a pruebas experimentales para enseñarles el mal de la transgresión. Yo no enviaría al mundo a una pobre muchacha desarmada frente a sus enemigos e ignorante de las trampas que se tienden a su paso; ni la vigilaría y la protegería hasta que, desprovista de respeto por sí misma y de seguridad, perdiera el poder o la voluntad de cuidarse y protegerse ella misma; y en cuanto a mi hijo, si creyera que va a crecer para convertirse en lo que usted llama un hombre de mundo, uno que «sabe lo que es la vida», y jactarse de su experiencia, aunque la hubiera aprovechado de tal manera que finalmente se serenara y se convirtiera en un miembro útil y respetado de la sociedad, ¡preferiría que muriera mañana! ¡Lo preferiría mil veces! —repitió seriamente, apretando al niño contra ella y besando su frente con un cariño intenso. Éste, desde hacía algún rato, había abandonado a su nuevo compañero y permanecía de pie cerca de la rodilla de su madre, mirando su rostro y escuchando con silencioso asombro su incomprensible discurso.

—¡Bueno! Ustedes las damas siempre tienen que tener la última palabra, supongo —dije yo, observando que se levantaba y comenzaba a despedirse de mi madre.

—Puede usted tener todos los argumentos que quiera... pero no puedo quedarme a escucharlos.

—No, de eso se trata: sólo oyen ustedes de una discusión lo que quieren; el resto podemos decírselo a las paredes.

—Si tiene usted necesidad de decir algo más sobre el tema —contestó ella

mientras le tendía la mano a Rose—, debe usted llevar a su hermana a visitarme algún día y escucharé, con toda la paciencia que pueda usted desear, todo lo que quiera decir. Preferiría ser aleccionada por usted que por el vicario, porque tendría menos reparos en decirle, al final del discurso, que mi opinión sigue siendo la misma que al principio... como sería el caso, estoy persuadida, con el respeto debido a los dos lógicos.

—Sí, desde luego —contesté yo, decidido a mostrarme tan irritante como ella—; porque cuando una dama consiente en escuchar un argumento que va en contra de sus opiniones, siempre está decidida de antemano a resistirse a él, a escuchar solamente con sus oídos corporales, cerrando a cal y canto sus órganos mentales al razonamiento más poderoso.

—Buenos días, señor Markham —dijo mi bella antagonista con una sonrisa de conmiseración.

Sin dignarse replicar, se inclinó ligeramente y se dispuso a salir; pero su hijo, con infantil impertinencia, la detuvo exclamando:

—¡Mamá, no le has dado la mano al señor Markham!

Ella se volvió sonriente y me tendió la mano. Se la apreté rencorosamente; estaba molesto por la continua injusticia a la que me había sometido desde nuestro primer encuentro. Sin conocer nada de mi carácter y mis principios verdaderos, se sentía evidentemente predispuesta contra mí y parecía resuelta a mostrar que, en lo que me atañía y sobre cada particular, sus opiniones apuntaban muy por debajo de las que yo tenía de mí mismo. Yo era naturalmente quisquilloso; si no, no me hubiera sentido tan vejado. Quizá, también, estaba un poco mimado por mi madre y mi hermana, y algunas otras damas conocidas mías; y, sin embargo, yo no era de ningún modo un fatuo: de eso estoy plenamente convencido, lo creas o no.

CAPÍTULO IV

LA FIESTA

Nuestra fiesta del 5 de noviembre transcurrió agradablemente, a pesar de la negativa de la señora Graham a honrarla con su presencia. En realidad, es probable que de haber asistido a ella hubiera habido menos cordialidad, libertad y juego entre nosotros de los que hubo sin ella.

Mi madre, como de costumbre, estuvo alegre y habladora, servicial y amable; su única equivocación fue pretender con demasiada inquietud que sus invitados fueran felices, obligando a varios de ellos a hacer lo que sus espíritus

detestaban: a comer o beber, a sentarse frente a la chimenea o a hablar cuando les hubiera gustado permanecer en silencio. No obstante, lo soportaron muy bien, pues estaban dispuestos a divertirse.

El señor Millward fue generoso en dogmas importantes y bromas sentenciosas, anécdotas pomposas y discursos magistrales, pronunciados para la ilustración de la reunión en general y de la cautivada señora Markham, el cortés señor Lawrence, la juiciosa Mary Millward, el apacible Richard Wilson y el prosaico Robert en particular, que fueron los oyentes más atentos.

La señora Wilson estuvo más brillante que nunca, con su cargamento de noticias frescas y fariseísmo antiguo, entrelazados con preguntas y reflexiones triviales y observaciones a menudo repetidas, emitidas aparentemente con el único propósito de no dar un momento de descanso a sus órganos del lenguaje. Se había traído con ella su calceta y parecía como si su lengua hubiera hecho una apuesta con sus dedos para aventajarles en velocidad y movimiento continuo.

Su hija Jane estuvo, naturalmente, tan graciosa y elegante, tan ingeniosa y atractiva como posiblemente se había propuesto: había muchas mujeres que eclipsar y muchos hombres que seducir, y allí estaba, además, el señor Lawrence para ser apresado y subyugado. Sus pequeñas artes de seducción eran demasiado sutiles e incomprensibles para atraer mi atención, pero me pareció notar que había en ella un afectado aire de superioridad y una timidez poco propicia a su alrededor que anulaba todos sus avances. Cuando ya se había ido, Rose me comentó todas sus miradas, palabras y actitudes con una mezcla de agudeza y aspereza que me hizo maravillarme por igual de la artificiosidad de la dama y la sagacidad de mi hermana, y preguntarme si ésta no tendría un ojo puesto también en el potentado; pero no te alarmes, Halford, no lo tenía.

Richard Wilson, el hermano menor de Jane, se sentó en una esquina, aparentemente de buen humor, pero silencioso y tímido, deseoso de no llamar la atención, aunque interesado en escuchar y observar; y aunque estaba en cierto modo fuera de su elemento, habría sido bastante feliz a su manera si mi madre le hubiera dejado en paz; pero con su bondad equivocada, no dejó de perseguirle con sus atenciones, acosándole con toda clase de viandas con el pretexto de que era demasiado tímido para servirse él mismo, y obligándole a gritar desde el otro extremo de la habitación sus monosilábicas respuestas a las numerosas preguntas y observaciones con las que ella trataba vanamente de hacerle entrar en la conversación.

Rose me hizo saber que el joven nunca nos habría honrado con su compañía, si no llega a ser por la insistencia de su hermana Jane, que deseaba ansiosamente mostrar al señor Lawrence que tenía un hermano más

caballeroso y refinado que Robert. A este notable individuo lo había tratado con la misma solicitud para mantenerle apartado; pero él afirmó que no veía razón alguna para no divertirse un rato con Markham y la vieja dama (mi madre no era vieja, realmente), y la preciosa señorita Rose y el clérigo, como el que más; y estaba en su derecho, por otra parte. Así que habló de trivialidades con mi madre y con Rose, discutió con el vicario sobre los asuntos de la vicaría, de cosas del campo conmigo y de política con los dos.

Mary Millward también estuvo callada, pero no fue tan atormentada por la cruel amabilidad como Dick Wilson, porque tenía una manera cortante y decidida de contestar y rehusar, y se la consideraba más hosca que tímida. Fuera esto cierto o no, la verdad es que no complació ciertamente a la concurrencia, ni pareció disfrutar mucho con ella. Eliza me dijo que había venido sólo porque su padre había insistido en ello, habiéndosele metido en la cabeza que se dedicaba exclusivamente a las faenas caseras, olvidándose de las distracciones y las diversiones inocentes que eran propias de su edad y de su sexo. En general pareció estar de buen humor. Una o dos veces el ingenio y la alegría de algún privilegiado entre los presentes la hicieron reír; entonces observé que buscaba la mirada de Richard Wilson, que estaba sentado frente a ella. Como Richard estudiaba con el padre de Eliza, tenía cierta familiaridad con él, a pesar de las costumbres retraídas de ambos, y supongo que había una especie de camaradería entre los dos.

Mi Eliza estaba increíblemente encantadora, coqueta sin afectación, y sin lugar a duda más deseosa de llamar mi atención que la de los demás. Podía leerse claramente en su rostro encendido y en su pecho palpitante el placer que experimentaba al tenerme cerca de ella, sentado o de pie a su lado, al decirle algo al oído o al apretarle la mano al bailar, placer defraudado, sin embargo, por palabras y gestos atrevidos. Pero será mejor que refrene mi lengua: si hago alarde ahora de estas cosas, tendré que ruborizarme más tarde.

Seguiré, pues, hablando de las distintas personas que componían nuestra fiesta; Rose se mostró sencilla y natural, como siempre, llena de alegría y vivacidad.

Fergus fue impertinente y absurdo; pero su insolencia y extravagancia, si bien no elevaron el concepto en que lo tenían los demás, sirvieron para que éstos se rieran.

Finalmente (pues me excluyo a mí mismo), el señor Lawrence fue caballeroso y atento con todo el mundo, cortés con el vicario y las damas, especialmente con la anfitriona y su hija, y la señorita Wilson... ¡hombre descarriado!: no tuvo el gusto de preferir a Eliza Millward. El señor Lawrence y yo intimamos en una medida tolerable. Esencialmente reservado, y aunque abandonaba a menudo el apartado lugar de su nacimiento, donde había llevado

una vida solitaria desde la muerte de su padre, no tenía la oportunidad ni la inclinación de hacer muchas amistades; de todas las personas que había conocido, yo era (a juzgar por los resultados) el compañero más agradable para su gusto. A mí me agradaba el hombre, pero era demasiado frío, huraño y dueño de sí mismo para ganarse toda mi cordialidad. Él admiraba en los demás la franqueza y la sencillez, siempre que no fueran acompañadas por la vulgaridad, pero era incapaz de adquirir estas cualidades. La excesiva reserva sobre sus intereses particulares era realmente bastante irritante y fría; pero yo no se lo tenía en cuenta, pues estaba convencido de que su origen estaba menos en el orgullo y la falta de confianza en sus amigos que en una cierta delicadeza enfermiza y una timidez peculiar, de la que era consciente, aunque le faltaba energía para superarla. Su corazón era como una mimosa púdica que se abre un instante con la luz del sol, pero que se hace un ovillo y se contrae al menor roce con el dedo o el viento más ligero. Y, sobre todo, nuestra intimidad era más una predilección mutua que una amistad profunda y sólida, como la que existe entre tú y yo. A pesar de tus raptos de mal genio, Halford, con nada puedo compararte mejor que con una vieja chaqueta, intachable de textura, pero cómoda y holgada, que se ha adaptado a la forma del que la lleva, quien puede utilizarla como le plazca, sin ser molestado por el miedo a estropearla; por el contrario, el señor Lawrence era como una prenda nueva, elegante e impecable al mirarla, pero tan estrecha en los codos que uno temía romper las costuras si movía libremente los brazos, y tan suave y delicada en su superficie que uno no se atrevía a exponerla a una sola gota de lluvia.

Poco después de la llegada de los invitados, mi madre mencionó a la señora Graham, lamentó su inasistencia a la reunión y explicó a los Millward y los Wilson las razones que había dado por no haber devuelto sus visitas, esperando que ellos la excusaran, pues estaba segura de que no había pretendido ser descortés y que sería un placer para ella visitarlos en cuanto...

—Pero es una señora muy extraña, señor Lawrence —añadió—. No sabemos qué pensar de ella; quizá pueda usted decirnos algo, ya que es su inquilina y ella dijo que le conocía un poco.

Todas las miradas se volvieron hacia el señor Lawrence. Pensé que se azoraba demasiado al ser interrogado de aquella forma.

—¿Yo, señora Markham? —dijo—. Está en un error... yo no..., es decir, la he visto, desde luego, pero yo debería ser la última persona a la que recurriera usted para obtener información sobre la señora Graham.

Luego se volvió inmediatamente hacia Rose y le pidió que interpretara alguna melodía al piano para alegrar la reunión.

—No —dijo ella—, debe usted pedírselo a la señorita Wilson: ella es la que canta mejor y la que sabe más música.

La señorita Wilson puso objeciones.

—Cantará de buena gana —dijo Fergus— si se toma la molestia, señor Lawrence, de ponerse junto a ella y pasarle las hojas de la partitura.

—Lo haré con mucho gusto, señorita Wilson; ¿me permite?

La señorita Wilson alargó el largo cuello y sonrió, y le permitió guiarla hasta su instrumento, en donde tocó y cantó, con su mejor estilo, una pieza tras otra, mientras él permanecía pacientemente junto a ella, con una mano apoyada en el respaldo de la silla donde estaba sentada, volviendo con la otra las hojas de las partituras. Quizá el señor Lawrence disfrutara de la interpretación como ella —fue muy buena en su estilo—, pero no podría decir que me emocionara profundamente. La ejecución fue perfecta, pero careció de sentimiento.

Pero el tema de la señora Graham no se había acabado.

—No bebo vino, señora Markham —se excusó el señor Millward cuando le ofrecieron esta bebida—; tomaré un poco de cerveza. Siempre prefiero la cerveza que hace en su casa a cualquier otra cosa.

Halagada por el cumplido, mi madre llamó al timbre y le fue servida inmediatamente una jarra de porcelana de nuestra mejor cerveza al notable caballero, quien sabía muy bien cómo apreciar sus excelencias.

—¡Esto sí que es bueno! —dijo, llenando un vaso con un largo chorro hábilmente dirigido desde la jarra al recipiente para producir mucha espuma sin desperdiciar una gota. Después de contemplar el preciado líquido a la luz de una vela, tomó un largo trago. Luego se chupó los labios, respiró profundamente y volvió a llenar el vaso.

Mi madre le miraba llena de satisfacción.

—¡No hay nada como esto, señora Markham! —dijo él—. Siempre he sostenido que no hay nada comparable a su cerveza.

—Es una gran satisfacción para mí que le guste, señor. Siempre me ocupo personalmente de su elaboración, así como de la del queso y la mantequilla. Me gusta hacer bien las cosas.

—¡Eso está muy bien, señora Markham!

—Sin embargo, señor Millward, ¿le parece a usted mal beber de vez en cuando un poco de vino o incluso de licor? —dijo mi madre mientras le alargaba un humeante vaso de ginebra con agua a la señora Wilson, la cual afirmaba que el vino le sentaba mal al estómago, y cuyo hijo Robert estaba en aquel momento sirviéndose un buen vaso de lo mismo.

—¡Naturalmente que no! —replicó el oráculo con un jupiterino

movimiento de cabeza—. Todas estas cosas son una bendición si sabemos hacer uso de ellas.

—Pero la señora Graham no piensa lo mismo. Va a oír ahora lo que nos dijo el otro día. Le dije a ella que se lo contaría a usted.

Y mi madre hizo ante la concurrencia una detallada exposición de las equivocadas ideas de aquella dama y de su conducta en lo referente al asunto que se traía entre manos, concluyendo:

—¿No cree usted que es un error?

—¡Un error! —repitió el vicario con una solemnidad mayor de la habitual—. ¡Un crimen, yo diría que un crimen! No sólo es hacer del niño un tonto, sino despreciar los dones de la Providencia, enseñando a su hijo a pisotearlos.

A continuación desarrolló el tema con más amplitud, extendiéndose en la explicación de la insensatez e impiedad de aquella conducta. Mi madre le escuchó con la más profunda de las veneraciones; e incluso la señora Wilson concedió descanso a su lengua por un momento, escuchando en silencio, mientras sorbía con placer su ginebra con agua. El señor Lawrence permaneció sentado con el codo apoyado en la mesa, jugando distraídamente con un vaso de vino medio vacío y sonriendo secretamente para sí.

—Pero ¿no cree usted, señor Millward —sugirió cuando, por fin, aquel caballero hizo una pausa en su discurso—, que cuando un niño tiene una tendencia natural a la intemperancia, por culpa de sus padres o antecesores, por ejemplo, son aconsejables ciertas precauciones?

(Todo el mundo creía que el padre del señor Lawrence había acortado sus días por culpa de la intemperancia).

—Algunas precauciones, puede ser; pero la temperancia es una cosa y la abstinencia otra muy distinta.

—Pero he oído decir que, para algunas personas, la temperancia (es decir, la moderación) es casi imposible; y si la abstinencia es un mal (cosa con la que no todo el mundo está de acuerdo), nadie negará que el exceso es un mal mucho mayor. Algunos padres prohíben terminantemente a sus hijos que prueben las bebidas alcohólicas; pero la autoridad de un padre no puede durar toda la vida. Los niños tienen una tendencia natural a desear las cosas prohibidas; y en ese caso, un niño tendrá probablemente una gran curiosidad por saborear y probar el efecto de lo que ha sido tan alabado y disfrutado por otros y le ha estado tan prohibido, curiosidad que es por lo general satisfecha a la primera oportunidad; y una vez superada la prohibición podrían seguirse graves consecuencias. No pretendo ser un juez en estas cuestiones, pero me parece que el plan de la señora Graham, tal como usted lo describe, señora

Markham, por extraño que parezca, no carece de ventajas; en este caso el niño ya está libre de la tentación; no tiene una secreta curiosidad, ni el deseo imperioso de satisfacerla; está todo lo familiarizado con los tentadores licores que se pueda desear, y no le gustan en absoluto, sin haber sufrido sus efectos.

—¿Y le parece a usted correcto? ¿No he demostrado lo equivocado, lo contrario a las Escrituras y a la razón que es enseñar a un niño a mirar con desprecio y disgusto las bendiciones de la Providencia, en vez de hacer uso de ellas convenientemente?

—Usted considera el láudano una bendición de la Providencia —replicó el señor Lawrence, sonriendo—, y, sin embargo, nos aconsejaría a la mayoría de nosotros que nos abstuviéramos de probarlo, incluso con moderación. Pero no me gustaría que siguiera usted hasta el final mi símil demasiado al pie de la letra, en virtud de lo cual termino mi vaso.

—Y espero que tome otro, señor Lawrence —dijo mi madre, acercándole la botella.

Él declinó cortésmente el ofrecimiento y, separando la silla un poco de la mesa, se giró hacia mí —yo estaba sentado en el sofá junto a Eliza Millward— y me preguntó con indiferencia si conocía a la señora Graham.

—La he visto una o dos veces —contesté.

—¿Qué piensa usted de ella?

—No puedo decir que me guste mucho. Es hermosa; o mejor dicho, tiene un aspecto distinguido e interesante, pero nada amable. Me parece una mujer cargada de prejuicios y aferrada a ellos contra viento y marea, que hace girar todo alrededor de sus opiniones preconcebidas; demasiado dura, demasiado tajante, demasiado agria para mi gusto.

Él no contestó, pero pareció molesto y se mordió los labios. En seguida se levantó y se acercó a la señorita Wilson, tan repelido por mí, supongo, como atraído por ella. Apenas me fijé en ello en aquel momento, pero más adelante me vería obligado a hacer resurgir en mi memoria este y otros hechos igualmente insignificantes, cuando... pero no debo anticiparme.

Concluimos la velada bailando: a nuestro benemérito pastor no le pareció escandaloso estar presente en aquella ocasión, a pesar de que uno de los músicos del pueblo había sido requerido para dirigir nuestras evoluciones con su violín. Pero Mary Millward se empeñó obstinadamente en no unirse a nosotros; y lo mismo hizo Richard Wilson, a pesar de que mi madre le rogó con dureza que lo hiciera, e incluso se ofreció a ser su pareja.

De todas formas, nos las arreglamos bien sin ellos. Con una simple cuadrilla, y varias danzas campesinas, seguimos hasta una hora bastante

avanzada; al fin, después de pedirle a nuestro músico que tocara un vals, me disponía a enlazar la cintura de Eliza para girar al son de este baile delicioso, acompañados por Lawrence y Jane Wilson, Fergus y Rose, cuando el señor Millward se interpuso.

—¡No, no, no consiento esto! Vamos, ya es hora de volver a casa.

—¡Oh, no, papá! —suplicó Eliza.

—¡Ya es hora, hija mía, ya es hora! ¡Moderación en todas las cosas, recuerda! Ésta es la idea... «Deja que tu moderación sea conocida de todos los hombres».

Pero en revancha, seguí a Eliza al oscuro pasillo, donde, con el pretexto de ayudarla a ponerse su chal, me temo que debo considerarme culpable de haberle robado un beso a espaldas de su padre, mientras éste se envolvía la garganta y la barbilla en los pliegues de una gruesa bufanda de lana. ¡Pero, ay! Al volverme vi que mi madre estaba cerca de mí. La consecuencia fue que, no bien hubieron partido los invitados, me sometió a una seria reprimenda, que frenó el curso galopante de mis ideas y constituyó un desagradable fin de velada.

—Mi querido Gilbert —dijo—, ¡desearía que no hubieras hecho eso! Sabes cuán a pecho me tomo tu superioridad, cuánto te quiero y te valoro por encima de cualquier otra cosa en el mundo, y cuánto deseo verte bien situado en la vida, y cuánto me afligiría verte casado con esa muchacha, o con cualquier otra de la vecindad. No sé qué ves en ella. No sólo pienso en el dinero, nada de eso. Pero no tiene belleza, ni inteligencia, ni bondad, ni ninguna otra cosa que sea deseable. Si conocieses tu propia valía como yo la conozco, no soñarías con ello. ¡Espera un poco y verás! Si te unes a ella te arrepentirás durante toda tu vida cada vez que mires a tu alrededor y veas cuántas hay que son mejores. Acuérdate de lo que te digo: te arrepentirás.

—¡Bueno, madre, tranquilízate! ¡Detesto que me sermoneen! ¡Todavía no me voy a casar, te lo aseguro! Pero, en fin, ¿no puedo divertirme un poco?

—Sí, querido hijo mío, pero no de esa forma. De verdad, no deberías hacer esas cosas. Podrías perjudicar a la muchacha, si ella fuera como es debido; pero te aseguro que es una pequeña y astuta picara, como todo el mundo sabe, y quedarás atrapado en sus redes antes de que puedas darte cuenta de dónde estás. ¡Y si te casas con ella, Gilbert, me romperás el corazón! Ésa será una de las cosas que conseguirás si lo haces.

—Bueno, no llores por eso, madre —dije yo, pues las lágrimas brotaban de sus ojos—. ¡Ea!, deja que este beso borre el que le he dado a Eliza; no la injurias más y no te preocupes; pues te prometo que nunca... es decir, te prometo que antes de dar un paso importante que tú desapruebes seriamente,

lo pensaré dos veces.

Después de decir esto, encendí mi vela y me fui a la cama con el espíritu considerablemente sosegado.

CAPÍTULO V

EL ESTUDIO

El mes llegaba a su fin cuando, cediendo a la apremiante insistencia de Rose, la acompañé a una visita a Wildfell Hall. Para sorpresa nuestra, fuimos conducidos a una habitación en la que el primer objeto con el que tropezaron mis ojos fue un caballete de pintor; junto a él había una mesa ocupada por lienzos, botellas de óleo y barniz, una paleta, pinceles, pinturas, etc. Inclınados contra la pared había varios bocetos en diversas etapas de progresión, y unos cuantos cuadros terminados, la mayor parte, paisajes y retratos.

—Tengo que recibirlos en mi estudio —dijo la señora Graham—, no hay fuego en el salón hoy, y hace demasiado frío para que permanezcan en un sitio con la chimenea vacía.

Quitó de un par de sillas los artísticos trastos que las habían usurpado, nos rogó que nos sentáramos, y volvió a ocupar su asiento al lado del caballete. No se sentó exactamente frente a él, pero echaba una mirada a la pintura de vez en cuando mientras conversaba y la retocaba ocasionalmente con el pincel, como si le resultara imposible apartar la atención de su ocupación para fijarla en sus invitados. Era una perspectiva de Wildfell Hall, por la mañana temprano, desde el campo de abajo, que destacaba en oscuro relieve contra un cielo azul claro plateado, con unos pocos trazos rojos en el horizonte, dibujada y coloreada con fidelidad, y muy elegante y artísticamente pintada.

—Veo que su trabajo requiere toda su atención, señora Graham —observé yo—; debo rogarle que continúe; porque si consiente usted que nuestra presencia la interrumpa, nos veremos obligados a considerarnos unos intrusos inoportunos.

—¡Oh, no! —contestó ella, arrojando el pincel sobre la mesa como arrastrada por sorpresa a la cortesía—. No estoy tan acosada por las visitas que no pueda compartir unos cuantos minutos con los pocos que me honran con su compañía.

—Casi ha acabado usted su cuadro —dije, aproximándome para observarlo desde más cerca y mirándolo con mayor grado de admiración y deleite del que puedo expresar—. Unas cuantas pinceladas en primer término lo acabarán,

creo. Pero ¿por qué lo ha llamado usted Fernley Manor, Cumberland, en vez de Wildfell Hall, condado de...? —pregunté, aludiendo al nombre que había trazado en pequeños caracteres en la parte inferior del lienzo.

Pero me di cuenta inmediatamente de que acababa de cometer una impertinencia al hacerlo porque se sonrojó y dudó; pero, después de una pausa momentánea, contestó con una especie de franqueza desesperada:

—Porque tengo amigos, conocidos por lo menos, en el mundo a los que deseo ocultar mi actual residencia; y como podrían ver el cuadro, y podrían posiblemente reconocer el estilo, a pesar de las iniciales falsas que he pintado en la esquina, he tomado la precaución de darle un nombre falso al lugar también, con objeto de hacerles seguir una pista errada, si intentan dar conmigo de esta forma.

—Entonces, ¿no piensa usted quedarse con el cuadro? —dije yo, preocupado por decir cualquier cosa y cambiar de tema.

—No; no puedo permitirme el lujo de pintar por placer.

—Mamá manda sus cuadros a Londres —dijo Arthur—; y alguien se los vende allí y nos manda el dinero.

Al contemplar otros cuadros, me fijé en un bonito boceto de Lindenhope visto desde la cima de la colina, en otra vista de la casa iluminada por el sol en medio de la resplandeciente bruma de una tranquila tarde de verano, y en un sencillo pero sorprendente retrato de un niño que, con mirada de silenciosa pero profunda y desconsolada pena, cobijaba un manojo de flores blancas, mientras detrás de él se vislumbraban unas colinas bajas y oscuras y unos campos otoñales, y encima, un cielo melancólico y nublado.

—Ya ve usted qué triste escasez de temas —observó la bella artista—. He pintado la casa una vez a la luz de la luna, y supongo que debo volver a pintarla en un día nevado de invierno, y otra vez en un nublado anochecer; porque realmente no tengo otra cosa que pintar. Me han dicho que tienen ustedes una bonita vista del mar cerca de aquí. ¿Es eso cierto? ¿Puedo llegar allí dando un paseo?

—Sí, si no le importa andar seis kilómetros, aproximadamente. Un poco menos de doce, entre ida y vuelta, y por un camino un poco abrupto y fatigoso.

—¿En qué dirección se halla?

Describí la situación tan bien como pude, y estaba adentrándome en una explicación de los distintos caminos, senderos y campos que había que atravesar para llegar allí, las vueltas y revueltas, cuando me detuvo.

—¡Oh, pare! No me lo diga ahora: olvidaré cada palabra de sus direcciones antes de necesitarlas. No pienso ir hasta la próxima primavera; y entonces

quizá vuelva a molestarle. Ahora el invierno se nos viene encima y...

Se interrumpió de pronto, con una exclamación de sorpresa, y se levantó precipitadamente de su asiento, diciendo:

—Excúsenme un momento —y salió presurosa de la habitación, cerrando la puerta tras ella.

Sentí curiosidad por saber qué era lo que la había sobresaltado de aquella forma y miré por la ventana —pues sus ojos se habían posado descuidadamente en ella un momento antes—, pero sólo alcancé a ver los faldones de una levita de hombre que desaparecían detrás de un acebo que crecía entre la ventana y el porche.

—Es el amigo de mamá —dijo Arthur.

Rose y yo nos miramos.

—No sé qué pensar de ella —murmuró Rose.

El niño la miró con sorpresa. Al punto, ella empezó a hablar con él sobre cuestiones triviales, mientras yo me distraía mirando los cuadros. Había uno en un rincón oscuro en el que no me había fijado antes. Era un niño pequeño sentado sobre la hierba con el regazo lleno de flores. Los rasgos mesurados y los grandes ojos azules, sonrientes a través de una maraña de rizos ligeramente castaños, desparramados por su frente al haberse inclinado sobre su tesoro, guardaban el suficiente parecido con los del joven caballero que estaba frente a mí, para proclamarlo un retrato de Arthur Graham en su primera infancia.

Al cogerlo para acercarlo a la luz, descubrí otro detrás de él, que estaba vuelto contra el muro. Me aventuré a coger aquél también. Era el retrato de un caballero en la flor de su joven virilidad, bastante bien parecido. No estaba mal pintado, pero si la mano que lo había hecho era la misma que había pintado los demás cuadros, lo había hecho evidentemente algunos años antes; porque había en él una mayor preocupación por la minuciosidad de los detalles, y una menor frescura en el colorido y en aquella libertad en la pincelada que me deleitaban y me sorprendían en los otros. A pesar de lo cual, lo contemplé con un interés considerable.

Había un cierto carácter en los rasgos y en la expresión que lo señalaban, en el acto, como un retrato conseguido. Los brillantes ojos azules miraban al espectador con una especie de acecho burlón, uno casi esperaba verlos guiñar; los labios —quizá en exceso voluptuosamente gruesos— parecían dispuestos a abrirse en una sonrisa; las mejillas cálidamente coloreadas estaban realzadas por unas exuberantes patillas rojizas; mientras que el brillante pelo castaño, amontonado en abundantes y ondulados rizos, sobresalía demasiado sobre la frente y parecía indicar que su dueño estaba más orgulloso de su belleza que

de su inteligencia —en lo que, quizá, tenía razón—; no obstante, no parecía un necio.

No había tenido en mis manos el cuadro dos minutos cuando la bella artista volvió.

—Sólo era alguien que venía a propósito de los cuadros —dijo para excusarse por su brusca salida—. Le he dicho que espere.

—Me temo que se considerará un acto de impertinencia —dije—, el tomarse la libertad de mirar un cuadro que el artista ha vuelto contra la pared; pero ¿puedo preguntar...?

—Es un acto de gran impertinencia, señor, y por tanto le ruego que no pregunte nada, pues su curiosidad no será satisfecha —contestó ella, intentando compensar la acidez de su reprimenda con una sonrisa; pero pude apreciar, por el color de sus mejillas y el brillo de sus ojos, que se había molestado de veras.

—Sólo quería preguntarle si lo había pintado usted —dije, dejando de mal humor el cuadro entre sus manos; sin pizca de ceremonia me lo cogió, volvió a ponerlo rápidamente en el oscuro rincón vuelto contra el muro, colocó el otro contra él como antes y luego se volvió hacia mí y sonrió.

Pero yo no tenía ganas de sonreír. Me volví con negligencia hacia la ventana y permanecí allí mirando el desolado jardín, dejándola hablar con Rose durante un minuto o dos; luego, diciéndole a mi hermana que era hora de marcharse, le di la mano al pequeño caballero, me incliné fríamente ante la dama y me dirigí hacia la puerta. Pero después de despedirse de Rose, la señora Graham me tendió su mano con una sonrisa que no era nada desagradable.

Luego, con voz suave, dijo:

—No deje que el sol se ponga sobre su ira, señor Markham. Siento haberle ofendido con mis bruscas maneras.

Quando una dama tiene la condescendencia de excusarse, es imposible mantener el enfado, por supuesto; así que por una vez nos separamos como buenos amigos y en esta ocasión la presión de mi mano al apretar la suya fue cordial, no rencorosa.

CAPÍTULO VI

PROGRESO

Durante los cuatro meses siguientes no entré en casa de la señora Graham, ni ella en la mía; pero las damas siguieron hablando de ella, y nuestro conocimiento siguió, aunque lentamente, progresando. En cuanto a lo que decían, yo no prestaba mucha atención (en lo que se refería a la bella ermitaña, quiero decir), y la única información que retuve fue que un día muy frío se había aventurado a llevar a su hijo hasta la vicaría y que, desgraciadamente, nadie estaba en la casa excepto la señorita Millward; a pesar de lo cual se había quedado un largo rato y, según decían todos, habían tenido mucho que hablar la una con la otra y se habían separado con un deseo mutuo de volver a verse. Pero a Mary le gustaban los niños, y a las orgullosas madres les gustan aquellos que saben apreciar debidamente sus tesoros.

Mas yo mismo la vi algunas veces, no sólo cuando iba a la iglesia, sino cuando salía por las colinas, ya fuera en sus largas caminatas con un objeto concreto, ya fuera —en días especialmente buenos— en lentos paseos por el páramo o por los solitarios prados que rodeaban la vieja casa; ella con un librito en la mano y su hijo brincando a su alrededor; y en cada una de aquellas ocasiones, cuando la divisaba durante mis paseos solitarios a caballo o a pie, o mientras me dedicaba a mis tareas agrícolas, generalmente me las arreglaba para encontrarme con ella o abordarla, pues me agradaba bastante ver a la señora Graham y hablar con ella, y decididamente me gustaba hablar con su pequeño compañero, que, cuando se rompió el hielo de su timidez, me pareció un pequeño camarada cariñoso, inteligente y divertido; pronto nos convertimos en excelentes amigos, lo cual no me atrevería a decir hasta qué punto satisfacía a su mamá. Al principio sospeché que ella deseaba echar un jarro de agua fría sobre esta creciente intimidación —apagar, por así decir, la recién inflamada llama de nuestra amistad—, pero al descubrir, finalmente, a pesar de su prejuicio contra mí, que yo era del todo inofensivo e incluso bienintencionado, y que entre mi perro y yo proporcionábamos a su hijo una gran cantidad de placer que de otra manera no hubiera conocido, dejó de poner objeciones e incluso saludaba mi llegada con una sonrisa.

En cuanto a Arthur, me daba la bienvenida a gritos desde lejos y corría a mi encuentro separándose cincuenta metros de su madre. Si yo iba a caballo, él estaba seguro de que le invitaría a un galope o medio galope; o si había algún caballo de tiro a una distancia razonable le ofrecía que lo montara, lo que le gustaba casi más; pero su madre le seguía dificultosamente, no tanto, creo yo, para vigilar su comportamiento, como para asegurarse de que yo no metía ideas censurables en su mente infantil, pues siempre estaba atenta y nunca permitía que el niño estuviera fuera de su vista. Lo que más le gustaba era verle jugar y correr con Sancho, mientras yo caminaba a su lado, no, me temo, porque le gustara mi compañía (aunque yo me ilusionaba a veces con la idea), sino más bien por el placer que le proporcionaba ver a su hijo felizmente entregado al disfrute de aquellos juegos físicos tan convenientes para su tierna

compleción, ejercitados, sin embargo, tan raras veces por falta de compañeros de juego de su edad; y, quizá, su placer fuera no poco dulcificado por el hecho de estar yo con ella en vez de con él, incapaz, por tanto, de causarle ningún mal directa o indirectamente, con o sin intención.

No obstante, creo que ella disfrutaba realmente un poco conversando conmigo; y una luminosa mañana de febrero, durante un paseo de veinte minutos por el páramo, dejó a un lado su aspereza y reserva habituales y se entregó de pleno a la conversación, hablando con tanta elocuencia y profundidad de pensamiento y sentimiento sobre un tema en el que coincidía felizmente con mis propias ideas, y pareciendo tan hermosa además, que volví a casa entusiasmado. En el camino me sorprendí (moralmente) a mí mismo pensando que, después de todo, sería, quizá, mejor pasar mis días con una mujer como aquélla que con Eliza Millward; y luego, me ruboricé (figuradamente) por mi inconstancia.

Al entrar en el salón encontré a Eliza con Rose solas. La sorpresa no fue en absoluto tan agradable como debería haber sido. Charlamos durante mucho tiempo, pero la encontré bastante frívola e incluso un poco insulsa, comparada con la más madura y seria señora Graham. ¡Ay, la perseverancia humana!

«Sin embargo —pensé— no debería casarme con Eliza, puesto que mi madre se opone tan firmemente a ello, y no debería hacer creer a la muchacha que tengo la intención de hacerlo. Ahora bien, si este estado de ánimo continúa, tendré menos dificultad en emancipar mis afectos de su dulce pero inexorable poder; y, aunque la señora Graham pueda ser también censurable, puede permitírseme, como a los doctores, curar un mal mayor con otro menor, pues no me enamoraré perdidamente de la joven viuda, creo, ni ella de mí, estoy convencido, y si hallo un poco de placer en su compañía, con seguridad me será permisible buscarlo; y si la estrella de su divinidad fuera lo suficientemente luminosa para oscurecer el brillo de la de Eliza, tanto mejor; pero apenas puedo imaginarlo».

A partir de aquel momento raras veces dejaba pasar un buen día sin acercarme por Wildfell a la hora aproximada en que mi nueva conocida solía abandonar su ermita; pero con tanta frecuencia vi frustradas mis esperanzas de otra entrevista, tan voluble era ella en sus horas de salida, tan efímeras eran las ojeadas casuales que era capaz de disfrutar, que me sentí en cierto modo inclinado a pensar que ella se tomaba tantas molestias en evitar mi compañía como yo en buscar la suya; pero ésta era una suposición demasiado desagradable para mantenerla más que un momento, si podía ser práctico desecharla.

Sin embargo, estaba yo en el valle una tranquila y clara tarde del mes de marzo vigilando el allanamiento de los pastos y la reparación de una valla,

cuando vi a la señora Graham al fondo de la cañada, con un cuaderno de dibujo en las manos, absorta en el ejercicio de su arte, mientras Arthur se distraía construyendo diques y embalses en el arroyo poco profundo y pedregoso. Sentía necesidad de distraerme y no estaba dispuesto a dejar pasar una oportunidad tan rara; así que abandoné los pastos y la valla, y me encaminé rápidamente hacia aquel lugar, aunque no antes que Sancho, que, en cuanto divisó a su joven amigo, recorrió a galope tendido la distancia que nos separaba y se precipitó sobre él con una alegría tan impetuosa que hizo caer al chico en medio del riachuelo. Afortunadamente, las piedras lo protegieron de un verdadero baño y su tersura impidió que se hiciera demasiado daño como para no reírse por el desafortunado accidente.

La señora Graham estudiaba los detalles característicos de las distintas variedades de árboles en su desnudez invernal y copiaba, con un trazo vigoroso, aunque delicado, sus diversas ramificaciones. No habló mucho, pero yo me quedé a su lado y observé los movimientos del lápiz: era un placer verlo tan diestramente manejado por aquellos dedos elegantes y gráciles. Pero al cabo de un momento su habilidad fue menos perfecta, dudaron y temblaron ligeramente, y dejaron escapar algún trazo poco armonioso; y de pronto se detuvieron. Su dueña alzó un rostro sonriente hacia el mío y me dijo que su boceto no progresaba bajo mi vigilancia.

—Entonces —dije—, hablaré con Arthur hasta que lo haya terminado.

—Me gustaría dar un paseo a caballo, señor Markham, si mamá me lo permite —dijo el niño.

—¿Con qué caballo, muchacho?

—Me parece que hay uno en aquel campo —contestó él, señalando el sitio en que la fuerte yegua negra tiraba del rodillo.

—No, no, Arthur; está demasiado lejos —objetó su madre.

Pero prometí traerlo sano y salvo después de una o dos vueltas por el prado; y al mirar su rostro ansioso, sonrió y lo dejó marchar. Era la primera vez que consentía totalmente en que lo apartara de su lado una distancia de medio prado.

Montado en su monstruoso corcel y guiado solemnemente por el ancho y abundante prado, parecía la verdadera encarnación de la satisfacción y el deleite tranquilos y gozosos. El allanamiento, sin embargo, terminó pronto; pero cuando desmonté al galante caballero y lo devolví a su madre, ésta pareció bastante disgustada de que lo hubiera retenido tanto tiempo. Había cerrado su cuaderno de dibujo y, probablemente, llevaba ya algunos minutos esperando su regreso con impaciencia.

Dijo que ya era hora de volver a casa y me habría dado las buenas noches si yo no hubiera estado decidido a no separarme de ella todavía: la acompañé durante parte del camino, colina arriba. Se volvió más sociable y yo empezaba a sentirme verdaderamente feliz; pero cuando la vieja y fea mansión apareció ante nosotros, se detuvo y se volvió hacia mí mientras hablaba, como esperando que yo no fuera más lejos, que la conversación terminara allí y que me decidiera a irme; en verdad, ya era hora de hacerlo, porque «la tarde clara y fría» había «empeorado» rápidamente, el sol se había puesto y la gibosa luna brillaba de forma visible en el cielo gris pálido; pero un sentimiento casi de compasión me retenía. Resultaba duro dejarla en una casa tan solitaria y tan poco acogedora. Alcé la mirada hacia ella. Se levantaba ante nosotros silenciosa y torva. Una débil luz roja brillaba en las ventanas de una de las alas, pero todas las demás permanecían a oscuras y muchas, completamente desprovistas de cristal o marco, mostraban sus cavernas negras y abismales.

—¿No le parece un lugar desolado para vivir en él? —dije, después de un momento de silenciosa contemplación.

—Sí, a veces —contestó ella—. En las noches de invierno, cuando Arthur está en la cama y yo me quedo sentada ahí, sola, oyendo el gemido del viento helado que penetra en las viejas habitaciones ruinosas, no hay libros ni ocupaciones que puedan evitar el asalto de los negros pensamientos y de los temores... Pero es una locura ceder a tales debilidades, lo sé. Si Rachel está satisfecha con esta vida, ¿por qué no iba a estarlo yo? En realidad, nunca agradeceré bastante un asilo como éste, mientras lo tenga.

Esta última frase fue pronunciada en voz baja, más para sí misma que para mí. Luego me dio las buenas noches y se fue.

Apenas había dado unos pasos en el camino de vuelta a casa, cuando divisé al señor Lawrence, que, en una bonita jaca gris, subía por el difícil sendero que llevaba a la cima de la colina. Me separé un poco de mi camino para hablar con él, pues hacía algún tiempo que no nos veíamos.

—¿Era la señora Graham con quien hablaba usted hace un momento? —dijo, después de las primeras palabras que intercambiamos para saludarnos.

—Sí.

—¡Ah! Eso pensé. —Miró pensativamente la crin de su caballo, como si ésta, o cualquier otra cosa, le causaran un profundo disgusto.

—¡Bueno! ¿Qué ocurre?

—¡Oh, nada! —contestó—. Simplemente creí que no le gustaba —añadió tranquilamente, curvando sus labios en una sonrisa algo sarcástica.

—Aunque así fuera, ¿no puede un mayor conocimiento hacer cambiar de

opinión a un hombre?

—Sí, desde luego —replicó él, alisando con cuidado la enmarañada y abundante crin blanca de su jaca. Después, se volvió con presteza, fijó en mí sus ojos tímidos y castaños con una mirada firme y penetrante, y añadió—: Entonces, ¿ha cambiado usted de opinión?

—No puedo decir con exactitud que lo haya hecho. No, creo que mantengo mi opinión sobre ella, aunque ligeramente mejor.

—¡Oh! —Miró a su alrededor intentando encontrar otra cosa de la que hablar y, echando una mirada a la luna, hizo alguna observación sobre la belleza de la noche, a la que no contesté por encontrarla irrelevante.

—Lawrence —dije, mirando con calma su rostro—, ¿está usted enamorado de la señora Graham?

A pesar de que esto le ofendió profundamente, incluso más de lo que yo había esperado, el primer sobresalto de sorpresa causado por la audaz pregunta fue seguido por una risa nerviosa, como si la idea le divirtiera una enormidad.

—¡Enamorado de ella! —repitió—. ¿Qué le hace pensar en algo semejante?

—El interés que se toma por los progresos de mi amistad con la dama y mis cambios de opinión en lo que le conciernen. Pensé que podía estar celoso.

Volvió a reírse.

—¡Celoso! No... pero creía que iba usted a casarse con Eliza Millward.

—Pues creyó mal entonces; no voy a casarme ni con la una ni con la otra, que yo sepa.

—Entonces, creo que sería mejor que las dejase en paz.

—¿Va usted a casarse con Jane Wilson?

Se ruborizó y jugó con la crin otra vez, pero contestó:

—No, creo que no.

—Entonces sería mejor que la dejara usted en paz.

Ella no me dejará, podría haber dicho; pero sólo pareció desconcertado y no dijo nada durante un espacio de medio minuto; luego volvió a intentar cambiar de conversación. Esta vez dejé que así fuera, pues ya había sufrido bastante; una palabra más sobre el tema hubiera sido la gota que colma el vaso.

Llegué después de la hora del té, pero mi madre había dejado la tetera y los bollos en el hueco de la chimenea para que se mantuviesen calientes y, aunque

me riñó un poco, aceptó mis excusas en seguida; cuando me quejé del sabor del té, demasiado cargado, vertió lo que quedaba en el barreño y pidió a Rose que echara té fresco en la tetera y pusiera a hervir la marmita, servicios que fueron realizados en medio de una gran conmoción y ciertos comentarios notables.

—¡Vaya! Si hubiera sido yo, me habría quedado sin té; si hubiera sido Fergus habría tenido que conformarse con lo que hubiera quedado y le dirían que fuera agradecido, pues ya era mucho para él; pero tú... nunca hacemos demasiado por ti. Siempre lo mismo: si hay algo especialmente bueno en la mesa, mamá me guiña un ojo y me hace indicaciones con la cabeza para que me abstenga de tomarlo, y si no le hago caso me dice en voz baja: «No comas demasiado de eso, Rose; a Gilbert le gustará tomarlo en la cena». Yo no cuento en absoluto. En el salón es: «Vamos, Rose, retira tus cosas y arreglemos la habitación para que esté bonita cuando ellos vengan. Y aviva bien el fuego; a Gilbert le gusta un buen fuego». En la cocina: «Que ese pastel sea grande, Rose; estoy segura de que los muchachos estarán hambrientos. Y no le pongas demasiada pimienta, no les gustará, estoy segura»; o: «Rose, no pongas muchas especias en el pudín; a Gilbert le gusta sin condimentos». O: «No te olvides de poner muchas pasas en el bizcocho; a Fergus le gusta que haya muchas». Y si yo digo: «Pero, mamá, a mí no me gusta», entonces me dice que no debería pensar en mí. «Verás, Rose, en todas las labores domésticas hay que tener en cuenta sólo dos cosas: primero, lo que es conveniente hacer y, en segundo lugar, lo que sea más agradable para los hombres de la casa... para las mujeres basta cualquier cosa».

—Y es además muy buena doctrina —dijo mi madre—. Estoy segura de que Gilbert piensa así.

—En cualquier caso es una doctrina muy cómoda para nosotros —dije—; pero si quisieras realmente complacerme, madre, deberías tener en cuenta un poco más tu propia conveniencia; en cuanto a Rose, estoy seguro de que sabrá cuidarse y cuando haga un sacrificio o lleve a cabo un notable acto de abnegación, ya pondrá buen cuidado en hacerme saber su importancia. Pero en cuanto a ti, podría hundirme en la más grosera condición del sibaritismo y en el olvido de los deseos de los demás, por el mero hábito de estar constantemente atendido y tener todos mis deseos inmediata o anticipadamente satisfechos, en completa ignorancia de lo que se hace por mí, si Rose no me lo recordara de vez en cuando; y acogería toda tu bondad sin darle importancia, sin llegar a saber cuánto te debo.

—¡Ah!, y nunca lo sabrás, Gilbert, hasta que te cases. Entonces, cuando des con una muchacha vanidosa y frívola como Eliza Millward, sólo preocupada por satisfacer sus propios deseos y su egoísmo, o con una mujer descarriada, obstinada, como la señora Graham, ignorante de sus deberes

fundamentales e inteligente sólo para cosas que no le conciernen lo más mínimo, entonces notarás la diferencia.

—Me hará bien, madre; no he venido a este mundo para limitarme a ejercitar las mejores cualidades y los buenos sentimientos de los demás, ¿no?, sino para demostrarles los míos a ellos; y si me caso espero poder encontrar más placer en hacer feliz a mi mujer que en que ella me haga la vida agradable: preferiría dar a recibir.

—¡Oh! Eso son tonterías, querido, ideas juveniles. Te cansarás pronto de mirar y complacer a tu mujer, por muy encantadora que sea, y entonces empezarán los problemas.

—Bueno, entonces debemos soportar cada uno las cargas del otro.

—Entonces tendréis que colocaros cada uno en vuestro sitio. Tú te ocuparás de lo que te corresponde y ella, si es digna de ti, cumplirá con sus deberes; pero a ti te corresponde hacer lo que te guste y a ella complacerte. Creo que vuestro pobre, querido padre, fue el mejor marido que ha habido, y cuando pasaron los primeros seis meses de matrimonio, hubiera esperado tanto que él se saliera de su sitio para complacerme como que volara. Siempre dijo que yo era una buena esposa y que cumplía con mi obligación; y él siempre cumplió con la suya, ¡Dios le bendiga!, siempre fue prudente y puntual, pocas veces encontraba algo mal sin razón, siempre alabó mis comidas y no me acuerdo que echara a perder mis guisos llegando tarde. Y eso es más de lo que cualquier mujer puede esperar de un hombre.

¿Es así, Halford? ¿Es ése el límite de tus virtudes domésticas? Y tu feliz mujer, ¿no exige más?

CAPÍTULO VII

LA EXCURSIÓN

No muchos días después de esto, una apacible y soleada mañana —el suelo estaba más bien blando; la última nevada acababa de consumirse, dejando todavía una fina capa, aquí y allá, demorándose sobre la fresca hierba bajo los setos; pero junto a ellos, las primaveras asomaban ya entre su húmedo, oscuro follaje, y la alondra celebraba en lo alto el verano, el amor y la esperanza, y todas las cosas celestiales—; yo estaba en la ladera de la colina, disfrutando de aquellas maravillas y cuidando del bienestar de mis corderos y de sus madres, cuando, al mirar a mi alrededor, vi a tres personas ascendiendo por el valle.

Eran Eliza Millward, Fergus y Rose; así que atravesé el campo para ir a su

encuentro; al decirme que iban a Wildfell Hall, les dije que iba de buena gana con ellas, y ofreciendo mi brazo a Eliza, quien lo aceptó inmediatamente en lugar del de mi hermano, le dije a éste que podía volverse porque yo iba a acompañar a las damas.

—Siento comunicarte —exclamó él— que son ellas las que me acompañan, no yo a ellas. Todos le han echado un vistazo a esa maravillosa extraña menos yo y no podía soportar más tiempo mi miserable ignorancia, tenía que satisfacer mi curiosidad como fuera; así que le rogué a Rose que viniera conmigo a la casa y me presentara a ella de una vez. Me juró que no lo haría a menos que la señorita Eliza viniera con ella; así que fui a la vicaría a buscarla; hemos venido del brazo todo el camino, tan cariñosos como una pareja de enamorados. Y ahora tú la apartas de mi lado y encima quieres dejarme sin mi paseo y mi visita. Vuelve a tus campos y a tu ganado, palurdo; no estás a la altura de damas y caballeros como nosotros, que no tenemos otra cosa que hacer que husmear alrededor de las casas de nuestros vecinos, espiar sus escondrijos privados, rastrear sus secretos y encontrar defectos en sus chaquetas cuando no están hechas a nuestra medida. Tú no entiendes de placeres refinados.

—¿No podéis venir los dos? —sugirió Eliza, no haciendo caso a la última parte del discurso.

—¡Pues claro que sí! —gritó Rose—. Cuantos más mejor, y estoy segura de que necesitaremos toda la alegría que podamos llevar con nosotros a esa habitación grande, oscura y lúgubre, con sus estrechas ventanas enrejadas y su mobiliario triste y viejo, a no ser que nos conduzca otra vez a su estudio.

Fuimos todos juntos. La enjuta y vieja criada que nos abrió la puerta nos acompañó hasta un aposento semejante al escenario que Rose me había descrito como el de su primera visita a la señora Graham, una habitación considerablemente espaciosa y de techo alto, pero apenas iluminada por la luz que entraba por las antiguas ventanas; el techo, los entrepaños y la repisa de la chimenea eran de madera de roble oscura —esta última tallada primorosamente pero no con mucho gusto—, con mesas y sillas que hacían juego, una vieja librería a uno de los lados de la chimenea, ocupada por una mezcla heterogénea de libros, y al otro, un viejo piano vertical.

La dama estaba sentada en un sillón de respaldo alto; a un lado tenía una mesa pequeña, redonda, que contenía un escritorio y un tabaque, y al otro estaba su hijo, que, de pie y apoyando un codo en una de las rodillas de su madre, estaba leyendo en voz alta, con una maravillosa fluidez, un libro que tenía ella en su regazo; la madre tenía una mano sobre la espalda del niño y jugaba abstraída con los largos y rizados cabellos que caían sobre su marfileño cuello. Me sorprendió el agradable contraste que producían con los objetos

que los rodeaban; pero naturalmente sus posturas cambiaron de inmediato cuando entramos nosotros. Sólo pude contemplar el cuadro que formaban durante los breves segundos en que Rachel mantuvo la puerta entreabierta mientras nos anunciaba.

No creo que a la señora Graham le agradara mucho vernos: había algo indescritiblemente frío en su cortesía apacible y serena, pero no hablé mucho con ella. Me senté cerca de la ventana, un poco apartado del grupo. Llamé a Arthur y él, yo y Sancho pasamos un agradable rato juntos, mientras las dos jóvenes hostigaban a la madre con su charla y Fergus, sentado enfrente con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos de sus pantalones, se hundía en su asiento, mientras miraba al techo o a su anfitriona (de una forma tal, que de buena gana le hubiera sacado a puntapiés de la habitación), silbaba por lo bajo un fragmento de una de sus tonadas favoritas, interrumpía la conversación o colmaba una pausa (en cuanto ésta se presentaba) con comentarios y preguntas sumamente impertinentes. Una de estas veces dijo:

—Señora Graham, me extraña que haya elegido usted un lugar tan destartalado y tan ruinoso para vivir. Si no tenía usted los medios para restaurar y ocupar la casa entera, ¿por qué no alquiló una casita pequeña?

—Puede que sea demasiado presuntuosa, señor Fergus —contestó ella sonriendo—; puede que me sintiera especialmente atraída por esta mansión anticuada y romántica; aunque, en realidad, son muchas las ventajas que tiene sobre una casa pequeña. En primer lugar, como puede usted ver, las habitaciones son más amplias y aireadas; en segundo lugar, las piezas vacías que no pago pueden servir de cuartos trasteros, en el caso de que tenga algo que guardar en ellas; y sirven para que mi hijo pueda correr los días de lluvia cuando no puede salir; y finalmente hay un jardín en el cual él puede jugar y yo trabajar. —Luego, volviéndose hacia la ventana, continuó—: Como verá, he plantado ya algo. Hay un plantel de verduras tempranas en aquel rincón, y allí algunas campanillas de invierno y primavera que ya están en flor, y allá, también, un croco amarillo que se abre al sol.

—Pero ¿y lo mal situada que está, con los vecinos más cercanos a tres kilómetros de distancia y sin nadie que venga ni pase por aquí? Rose se volvería completamente loca en un sitio así. No puede vivir sin ver media docena de sombreros y trajes nuevos al día, por no hablar de lo que se oculta tras ellos; pero usted debe de pasarse todo el día sentada mirando por la ventana, sin ver otra cosa que alguna vieja que lleve sus huevos al mercado.

—No estoy segura de que la soledad del lugar no me pareciera una de sus cualidades más recomendables. No hallo el menor placer en ver pasar a la gente por las ventanas y me gusta estar tranquila.

—¡Oh!, eso es como decir que preferiría usted que nos ocupáramos de

nuestros propios asuntos y la dejáramos en paz.

—No. Un trato excesivo me disgusta; pero si tengo unos pocos amigos, naturalmente me gusta verlos de vez en cuando. Nadie puede ser feliz estando siempre solo. Por lo tanto, señor Fergus, si decide usted entrar en mi casa como amigo, le daré la bienvenida; si no, debo confesar que preferiría que se mantuviera alejado de ella. —Y volviéndose hizo algunas observaciones a Rose y a Eliza.

—Señora Graham —dijo él de nuevo al cabo de cinco minutos—, mientras veníamos hacia aquí discutíamos una cuestión que puede dilucidarnos con facilidad, ya que principalmente se refería a usted, y es que, a menudo, discutimos sobre los asuntos de nuestros vecinos, y nosotros, las plantas indígenas de este suelo, nos conocemos desde hace tanto tiempo, hemos hablado los unos de los otros tan a menudo, que estamos hastiados de este juego; por lo tanto la llegada de una extraña supone una contribución inapreciable a nuestras agotadas fuentes de diversión. Bueno, la cuestión, o cuestiones, que le pedimos que resuelva...

—¡Sujeta la lengua, Fergus! —gritó Rose, presa de temor y de ira.

—No quiero. Los enigmas que le pedimos que resuelva son éstos: primero, en lo que se refiere a su nacimiento, extracción y anterior residencia. Algunos la toman por extranjera y otros, por inglesa; algunos por procedente del norte y otros del sur; algunos dicen...

—Está bien, señor Fergus, le diré que soy inglesa, no veo qué razón podría tener nadie para dudarle, y que nací en el campo. Ni muy al norte, ni muy al sur de nuestra feliz isla; y que en el campo pasé la mayor parte de mi vida... Y ahora, espero que esté satisfecho, porque no estoy dispuesta a contestar a ninguna otra pregunta por el momento.

—Excepto ésta...

—¡No, ninguna más! —dijo ella riéndose, y, a continuación, dejó su asiento y buscó refugio en la ventana cerca de la cual yo estaba sentado; y, haciendo un esfuerzo desesperado por escapar a la persecución de mi hermano, inició una conversación conmigo.

—Señor Markham —dijo, al tiempo que su rápida pronunciación y sus vivos colores manifestaban su inquietud—, ¿ha olvidado usted la bonita vista marina de la que hablamos hace algún tiempo? Creo que voy a importunarle ahora para que me explique cuál es el camino más corto para llegar allí; pues si sigue haciendo buen tiempo, puede que me acerque y haga mi boceto; he agotado todos los demás temas pictóricos y siento verdaderos deseos de ver esa vista.

Estaba a punto de satisfacer su petición, pero Rose no consintió que lo hiciera.

—¡Oh, no se lo digas, Gilbert! —gritó—; irá con nosotros. Me imagino que se refiere a la bahía de..., ¿no, señora Graham? Es un camino muy largo, demasiado para usted e imposible para Arthur. Pero habíamos pensado organizar una excursión para ir a verlo, un día que hiciera bueno; y si quisiera esperar a que el buen tiempo se estabilizara, estoy segura de que todos estaríamos encantados de que viniera con nosotros.

La pobre señora Graham, aterrada, intentó excusarse, pero Rose, bien porque compadecía su vida solitaria, bien porque estaba deseosa de cultivar su amistad, se mostró decidida a no dejarla escapar; y todas las objeciones fueron descartadas. Le dijo que sería sólo un grupo pequeño, todos amigos, y que la mejor vista de todas era la de los acantilados de..., a casi siete kilómetros de distancia.

—Para los caballeros sólo es un agradable paseo —siguió diciendo Rose—, pero las señoras irán en coche y a pie, por turnos. Llevaremos nuestro coche con la jaca, en el cual habrá sitio de sobra para el pequeño Arthur y tres señoras, además de sus utensilios de pintura y las provisiones.

Así que, finalmente, la proposición fue aceptada; y, después de discutir la hora y algunos detalles más de la proyectada excursión, nos levantamos y nos despedimos.

Pero esto fue en marzo: un abril frío y húmedo y dos semanas de mayo pasaron antes de que nos atreviéramos a emprender nuestra expedición con la razonable esperanza de obtener ese placer que buscábamos en los paisajes amenos, una animada compañía, el aire fresco, un buen banquete y ejercicio, sin necesidad de caminos intransitables, vientos fríos o nubes amenazadoras. Por fin, una gloriosa mañana, reunimos nuestras fuerzas y nos pusimos en camino. El grupo estaba compuesto por la señora y el joven Graham, Mary y Eliza Millward, Jane y Richard Wilson, y Rose, Fergus y Gilbert Markham.

El señor Lawrence había sido invitado a venir con nosotros, pero por alguna razón que sólo él conocía nos había negado su compañía. Yo mismo solicité ese favor. Cuando lo hice, dudó y preguntó quiénes iban. Parecía casi decidido a venir después de haberme oído nombrar a la señorita Wilson, pero cuando mencioné a la señora Graham, pensando que el aliciente sería aún mayor, se produjo el efecto contrario, renunció a ello, y, para ser sincero, aquella decisión me agradó, aunque difícilmente hubiera podido decirte por qué.

Cuando llegamos a nuestro destino, era alrededor de mediodía. La señora Graham hizo a pie todo el camino hasta los acantilados; y el pequeño Arthur

también fue andando la mayor parte del tiempo; era ahora mucho más fuerte y activo que cuando llegó y no le gustaba ir en el coche con extraños mientras cuatro amigos —mamá, Sancho, el señor Markham y la señorita Millward— iban a pie, quedándose atrás, o atravesando campos y senderos lejanos.

Tengo un recuerdo muy agradable de aquel paseo, a lo largo del camino firme, blanco y soleado, sobre el que, aquí y allá, esparcían su sombra los árboles de un verde brillante, mientras las flores y los setos florecientes, de deliciosa fragancia, adornaban los bordes; o a través de prados y sendas a los que las flores y la brillante vegetación del delicioso mayo daban un aspecto glorioso. Es cierto: Eliza no estaba a mi lado, sino que iba con sus amigas en el coche, tan feliz, confiaba en ello, como yo me sentía; e incluso cuando los caminantes, habiendo abandonado el camino principal por un atajo a través de los campos, vimos desaparecer en la lejanía el pequeño coche a través de los verdes árboles y las enramadas, no odié aquellos árboles por quitar de mi vista el sombrero y el chal queridos, ni sentí que todos aquellos objetos se interpusieran entre mi felicidad y yo; porque, a decir verdad, me sentía demasiado feliz con la compañía de la señora Graham para lamentar la ausencia de Eliza Millward.

Bien es verdad que aquélla se mostró al principio muy irritante en su insociabilidad —al parecer no estaba dispuesta a hablar con nadie que no fuera Mary Millward o Arthur—. Ella y Mary caminaban juntas, casi siempre con el niño entre las dos; pero cuando el espacio lo permitía, yo siempre caminaba al lado de la señora Graham; Richard Wilson se colocaba junto a la señorita Millward, y Fergus iba de un lado a otro, según su capricho; al cabo de un rato ella se mostró más amable y, finalmente, conseguí acaparar su atención casi del todo. Entonces me sentí verdaderamente feliz, pues siempre que se dignaba conversar, me gustaba escuchar. Cuando sus opiniones y sus sentimientos se ajustaban a los míos, su extremada sensatez y su sensibilidad y gusto exquisitos me deleitaban; cuando diferían, su intransigente audacia en la declaración o la defensa de la diferencia, su severidad y perspicacia, excitaban mi imaginación: e incluso cuando me encolerizaba con sus miradas y palabras duras, y sus poco caritativas conclusiones sobre mí, sólo conseguía sentirme más insatisfecho conmigo mismo por haberla impresionado tan desfavorablemente y más deseoso de justificar mi carácter y mi disposición ante sus ojos, y, si era posible, ganar su estima.

Finalmente nuestro paseo terminó. Durante un rato, la altura y la escarpa creciente de las colinas habían interrumpido la vista del paisaje; pero cuando llegamos a la cima de una abrupta pendiente y miramos hacia abajo, el espacio se abrió ante nosotros ¡y el mar azul irrumpió ante nuestra vista!: de un profundo azul violeta, no en calma chicha, sino cubierto de brillantes rompientes. Centelleaban en su seno diminutas motas blancas, apenas

discernibles, incluso para la mirada más aguda, de las pequeñas gaviotas que jugaban en lo alto con sus blancas alas relucientes al sol: sólo se podían divisar dos embarcaciones y estaban muy lejos.

Miré a mi compañera para ver qué pensaba de aquel glorioso panorama. No dijo nada: pero permaneció inmóvil y lo contempló de una forma que me aseguró que no estaba decepcionada. Tenía unos ojos muy bonitos: no sé si te lo he dicho antes, pero eran grandes, claros y llenos de espíritu, y casi negros, no castaños, sino de un gris muy oscuro. Una brisa fresca y vivificadora llegaba desde el mar —suave, pura, saludable— que coloreaba vivamente sus labios y sus mejillas, por lo general demasiado pálidas. Ella sentía su estimulante influencia y yo también. Sentí que me estremecía, pero no me atreví a moverme mientras ella permanecía tan quieta. Había una expresión de alborozo contenido en su rostro, que se iluminó con una sonrisa de alegre y exaltada inteligencia cuando sus ojos se encontraron con los míos. Nunca me había parecido tan adorable: nunca, hasta ese momento, se había sentido mi corazón tan cálidamente unido a ella. No habría podido responder de las consecuencias, si nos hubieran permitido quedarnos allí solos dos minutos más. Afortunadamente para mi discreción, y probablemente para mi placer durante el resto del día, fuimos pronto requeridos para la comida: una colación muy respetable que Rose, ayudada por la señorita Wilson y Eliza, que habían compartido el coche de caballos con ella y llegado un poco antes que los demás, había dispuesto sobre una elevada plataforma que miraba al mar, protegida por el saliente de una roca y unos árboles inclinados.

La señora Graham se sentó a cierta distancia de mí. Eliza era mi vecina más cercana. Se esforzó en mostrarse amable, a su manera cortés y discreta, y estuvo, sin duda, tan fascinante y encantadora como siempre, aunque yo no pudiera notarlo. Pero pronto mi corazón latió por la señora Graham una vez más; y todos nos sentimos contentos y felices —que yo sepa— a lo largo de nuestro prolongado almuerzo.

Cuando éste terminó, Rose le pidió a Fergus que la ayudara a recoger los restos, los cuchillos, platos, etc., y a meterlos de nuevo en las cestas; la señora Graham cogió su silla de tijera y sus útiles de dibujo y, después de pedirle a la señorita Millward que se hiciera cargo de su querido hijo y recomendarle a éste encarecidamente que no se separase de su nueva niñera, nos dejó y se dirigió, subiendo por la empinada y pedregosa colina, hacia una eminencia más alta y más escarpada, desde donde la vista era aún mejor y donde prefería hacer su boceto, a pesar de que algunas de las damas le dijeron que aquél era un lugar peligroso y le aconsejaron que no lo intentara.

Cuando se fue me pareció que la diversión se había acabado, aunque resultara difícil decir en qué contribuía ella al júbilo de la reunión. Sus labios no habían dejado escapar ni una broma, ni una risa; pero su sonrisa había

alentado mi alborozo, sus observaciones perspicaces y sus palabras joviales aguzado insensiblemente mi ingenio, y hecho perder todo interés por lo que hacían o decían los demás. Incluso su presencia había alegrado mi conversación con Eliza, aunque yo no lo supiera; pero cuando se hubo ido, los juguetones disparates de Eliza dejaron de divertirme. Es más, me aburría, y divertirla me parecía aún más tedioso: aquel sitio distante donde la bella artista se había sentado y trabajaba con ahínco en su solitaria tarea me atraía irresistiblemente; no deseaba resistirme: mientras mi pequeña compañera intercambiaba unas cuantas palabras con la señorita Wilson, me levanté y me escabullí con astucia. Unas cuantas zancadas, después de trepar ligeramente por el camino, me llevaron sin dificultad al lugar en el que estaba sentada: un arrecife saliente de roca al borde del acantilado que descendía en abrupto sesgo, cortado en pico hasta la playa rocosa.

No me oyó llegar: la aparición de mi sombra sobre su papel le produjo una sacudida eléctrica. Rápidamente se volvió. Cualquiera de las damas que yo conocía hubiera gritado después de semejante susto.

—¡Oh! No sabía que fuera usted... ¿Por qué me ha asustado de esa forma? —dijo con cierta impertinencia—. Detesto que me sorprendan.

—¿Por quién me había tomado? —dije yo—: si hubiera sabido que era usted tan nerviosa, habría tenido más cuidado; pero...

—Bueno, no importa. ¿A qué venía? ¿Vienen todos?

—No; difícilmente cabrían en este pequeño saliente.

—Me alegro, porque estoy cansada de hablar.

—Bueno, no hablaré entonces. Sólo me sentaré y miraré cómo dibuja.

—Pero ya sabe usted que eso no me gusta.

—Entonces me contentaré con admirar este magnífico paisaje.

No puso objeción a esto y durante un rato dibujó en silencio. Pero no pude evitar que mi mirada se apartase de vez en cuando del espléndido panorama que teníamos a nuestros pies para posarla en la elegante mano blanca que sostenía el lápiz, el gracioso cuello y los rizos brillantes y lustrosos que caían sobre el papel.

«Si tuviera un lápiz y un trozo de papel —pensé—, podría hacer un boceto más bonito que el suyo, suponiendo que fuera capaz de dibujar fielmente lo que tengo ante mí».

Pero, aunque esta satisfacción me era negada, me sentía bastante complacido por estar sentado a su lado sin decir nada.

—¿Está usted ahí todavía, señor Markham? —dijo, volviéndose para

buscarme con la mirada, pues yo estaba sentado un poco más atrás sobre un resalto del acantilado cubierto de musgo—. ¿Por qué no va a divertirse con sus amigos?

—Porque estoy cansado de ellos, como usted; y tendré que soportarlos mañana... o en cualquier otro momento; en cambio, es posible que no tenga el placer de volverla a ver durante no sé cuánto tiempo.

—¿Qué estaba haciendo Arthur cuando se vino usted?

—Estaba con la señorita Millward, donde le dejó... Bien, pero esperando que mamá no tardara mucho. Por cierto, no me lo confió usted a mí —gruñí—, a pesar de tener el honor de una amistad más larga; pero la señorita Millward tiene el arte de atraer y divertir a los niños, aunque no sé si servirá para algo más —añadí, sin darle importancia.

—La señorita Millward tiene cualidades muy estimables, que usted no puede esperar percibir o apreciar. ¿Quiere decirle a Arthur que estaré allí dentro de unos minutos?

—Si es así, esperaré, con su permiso, a que pasen esos minutos; luego puedo ayudarla a bajar este difícil camino.

—Gracias. En ocasiones como ésta, me las arreglo mejor sin ayuda.

—Pero, al menos, podré llevarle la silla y el cuaderno de dibujo.

No me negó este favor, pero yo estaba bastante ofendido por su evidente deseo de desembarazarse de mí y empezaba a arrepentirme de mi perseverancia cuando me apaciguó un poco requiriendo mi juicio y mi gusto para resolver una duda que le planteaba su dibujo. Mi parecer, afortunadamente, mereció su aprobación, y la solución que le sugerí fue adoptada sin vacilaciones.

—Muchas veces he deseado en vano —dijo ella— poder contar con el juicio de otras personas cuando no podía confiar en mis ojos y en mi cabeza, por haber estado éstos tanto tiempo ocupados en la contemplación de un solo objeto, que no eran ya capaces de formarse una idea al respecto.

—Ése —contesté yo— es sólo uno de los males a los que la soledad nos expone.

—Cierto —dijo ella; y volvimos a sumergirnos en el silencio.

Aproximadamente dos minutos después, sin embargo, declaró que había completado su esbozo y cerró el cuaderno.

Al volver al lugar de nuestro almuerzo, descubrimos que todos lo habían abandonado, excepto tres: Mary Millward, Richard Wilson y Arthur Graham. Éste yacía dormido con la cabeza apoyada en el regazo de la dama; el otro

estaba sentado al lado de ella con la edición de bolsillo de algún autor clásico en sus manos. Nunca iba a ningún lado sin un compañero como aquél con el que sacar partido de sus momentos de ocio: toda ocasión que no fuera dedicada al estudio, o requerida, por su naturaleza física, para el mantenimiento de la vida, le parecía tiempo perdido. Incluso en aquel momento no podía abandonarse al disfrute del aire puro y de la balsámica luz del sol —aquel espléndido paisaje, aquellos dulces sonidos, la música de las olas y del viento suave en los árboles que lo protegían— e incluso con una dama a su lado (aunque no muy atractiva, lo reconozco) había tenido que sacar el libro para ocupar su tiempo leyendo mientras digería su sobrio almuerzo y reposaba sus miembros cansados, poco acostumbrados a tanto ejercicio.

Quizá, sin embargo, interrumpió de vez en cuando su lectura para intercambiar una palabra o una mirada con su compañera. En cualquier caso, ésta no pareció molesta en absoluto por su conducta; sus rasgos sencillos mostraban una expresión de alegría y serenidad desacostumbradas y, cuando llegamos, estaba estudiando complacientemente el rostro pálido y pensativo del joven caballero.

El camino de vuelta no fue tan agradable para mí, ni mucho menos, como lo había sido el resto del día. La señora Graham iba ahora en el coche, y Eliza Millward me acompañaba a pie. Ésta había notado mi preferencia por la joven viuda y evidentemente se sentía abandonada. No manifestó su disgusto con reproches mordaces, sarcasmos amargos, o un silencio hosco y enfurruñado: todos o cualquiera de estos medios los habría soportado fácilmente, o me habría reído de ellos; lo dio a entender con una especie de gentil melancolía, una tristeza reprobadora, dulce, que me llegó al corazón. Traté de animarla y aparentemente tuve cierto éxito en mi intento antes de terminar el paseo; pero, al hacerlo, mi conciencia me lo recriminó, pues sabía que, más pronto o más tarde, el lazo debía cortarse; aquello no era más que alimentar falsas esperanzas y aplazar el día fatal.

Cuando el coche se hubo aproximado a Wildfell Hall todo lo que el camino permitía (podría haber intentado subir por el largo y abrupto sendero, pero la señora Graham no lo hubiera consentido), la joven viuda y su hijo se apearon, cediendo el sitio del último a Rose; yo convencí a Eliza de que ocupara el sitio del cochero. Después de haberla ayudado a sentarse cómodamente, recomendarle que tuviera cuidado con el aire de la tarde y desearle las buenas noches cariñosamente, me sentí muy animado y me apresuré a ofrecer a la señora Graham mis servicios para llevarle sus utensilios a través de los campos, pero ella ya se había colgado su silla de tijera del brazo y llevaba en la mano su cuaderno de dibujo; e insistió en despedirse de mí allí mismo y en aquel instante, así como del resto de la compañía. Sin embargo, en aquella ocasión rechazó mi propuesta de ayuda de una manera tan amable y amistosa

que casi la perdoné.

CAPÍTULO VIII

EL REGALO

Habían pasado seis semanas. Era una espléndida mañana de finales de junio. La mayor parte del heno estaba recogido, pero la semana anterior había sido muy poco propicia; ahora que por fin había llegado el buen tiempo, y decidido a aprovecharlo lo más posible, había puesto a todos los hombres a trabajar en el henar y yo mismo estaba entre ellos, en mangas de camisa, con un ligero sombrero de paja en la cabeza, levantando brazadas de hierba húmeda y humeante, esparciéndola a los cuatro vientos, a la cabeza de una fila de criados y jornaleros. Trataba así de trabajar de la mañana a la noche con el mismo celo y constancia que podía exigir de cualquiera de ellos y de hacer prosperar la labor con mi propio esfuerzo al mismo tiempo que animaba a los trabajadores con mi ejemplo. Y he aquí que todas mis resoluciones se fueron al traste en un momento cuando de pronto apareció mi hermano corriendo hacia mí y me puso en la mano un pequeño paquete, recién llegado de Londres, que yo estaba esperando desde hacía algún tiempo. Rasgué el envoltorio y ante mis ojos apareció una elegante edición de Marmion.

—Me parece que sé para quién es eso —dijo Fergus, que permanecía de pie, mirándome, mientras yo examinaba complacido el volumen—. Es para Eliza.

Dijo esto con una mirada y un tono tan prodigiosamente intencionados que me satisfizo contradecirle.

—Estás equivocado, muchacho. —Cogiendo mi levita, deposité el libro en uno de sus bolsillos y luego me la puse—. Ven aquí, tú, vago, y sé útil por una vez. Quítate la chaqueta y ocupa mi lugar hasta que vuelva.

—¿Hasta que vuelvas?... ¿Y adónde vas, si puede saberse?

—El dónde es lo de menos. Lo único que a ti te importa es el cuándo; y estaré de vuelta para la hora de la comida, como muy tarde.

—¡Vaya! Y tendré que trabajar hasta entonces, ¿no es eso? ¿Y conseguir además que estos muchachos sigan trabajando de firme? ¡Bien, bien! Lo haré... por una vez. Vamos, muchachos, hay que estar ojo avizor. Ahora os ayudaré yo: y ¡ay del hombre, o de la mujer, que se detenga un momento, ya sea para mirar a las musarañas, para rascarse la cabeza o sonarse las narices! Ninguna excusa valdrá. Lo único que tenéis que hacer es trabajar, trabajar y

trabajar con el rostro cubierto de sudor, etcétera.

Le dejé arengando así a la gente, más para su diversión que para su edificación, y volví a casa. Después de arreglarme un poco, me dirigí con premura hacia Wildfell Hall con el libro en el bolsillo; pues éste estaba destinado a la estantería de la señora Graham. «¡Vaya! Entonces, ¿tú y ella habíais llegado a llevaros tan bien que hasta os hacíais regalos?». No del todo, viejo zorro; era mi primer experimento en esa dirección y estaba muy inquieto por conocer el resultado.

Nos habíamos encontrado varias veces después de la excursión a la bahía de..., y descubrí que no despreciaba mi compañía, siempre que la conversación se limitara a temas abstractos o de interés general; en cuanto rozaba el terreno sentimental o galante, o hacía el menor intento de expresar mi ternura con una mirada o una palabra, no sólo me castigaba alterando de inmediato sus modales, sino que yo me sabía condenado a encontrarla más fría y distante, cuando no completamente inaccesible, la próxima vez que buscara su compañía. Sin embargo, esta circunstancia no me desconcertaba demasiado, porque la atribuía no tanto al disgusto que mi persona pudiera causarle como a la firme resolución, tomada antes de que nos conociéramos, de no volver a casarse, debida probablemente, bien a un excesivo cariño a su anterior marido, bien al hecho de no haber podido soportarlos, ni a él ni al estado matrimonial. Es cierto que al principio parecía complacerse en mortificar mi vanidad y aplastar mi presunción: no dejaba escapar una sola ocasión, cuando surgía, de destacar mis defectos; y entonces, lo confieso, me sentía profundamente herido, aunque al mismo tiempo esto estimulaba mis deseos de revancha; pero desde hacía algún tiempo (al descubrir, sin duda, que yo no era el estúpido mequetrefe que había creído al principio) rechazaba mis modestas insinuaciones de una manera completamente diferente. Era una especie de disgusto serio, casi afligido, que muy pronto aprendí a evitar con todo cuidado.

«Por lo pronto debo afirmar mi posición como amigo —pensaba yo—. Como defensor y compañero de juegos de su hijo, como amigo leal, austero y llano de ella, y entonces, cuando me haya hecho indispensable para el bienestar y la alegría de su vida (como creo que puedo serlo), veremos qué puede hacerse».

Así que hablábamos de pintura, poesía y música, de teología y filosofía. Le presté un libro una o dos veces, y otra fue ella quien me lo prestó a mí: la abordaba en sus paseos siempre que podía; iba a verla a su casa siempre que me atrevía. La primera vez que invadí el recinto sagrado fue con el pretexto de llevarle a Arthur un pequeño cachorro tambaleante del que Sancho era el padre, que entusiasmó al niño más allá de toda expresión, y que, por lo tanto, no podía dejar de agradecer a su madre. La segunda excusa de la que me serví

fue la de llevarle un libro que, conociendo las particularidades de su madre, había seleccionado con todo cuidado y sometido a su aprobación antes de regalárselo. Luego, le llevé algunas plantas para el jardín, en nombre de mi hermana —después de haber persuadido a Rose de que se las mandara—. En cada una de aquellas ocasiones le pregunté por el cuadro que estaba pintando del boceto que había tomado en el acantilado, y fui admitido dentro del estudio, al tiempo que se me pedía opinión o consejo sobre los progresos realizados.

Mi última visita había sido para devolverle el libro que me había prestado; y fue entonces cuando, discutiendo casualmente la poesía de sir Walter Scott, expresó el deseo de leer *Marmion* y yo concebí la presuntuosa idea de regalárselo; y, al volver a casa, encargué inmediatamente el elegante tomito que había recibido esa mañana. Pero aún necesitaba otra excusa para introducirme en su ermita; así que me procuré un collar de cuero azul para el perrito de Arthur y, después de ser éste entregado y recibido con mucha mayor alegría y gratitud por parte de quien lo recibía de lo que el regalo valía o de lo que las egoístas razones de quien lo regalaba merecían, me aventuré a pedirle a la señora Graham que me permitiera ver la pintura una vez más, si todavía estaba allí.

—¡Oh, sí! Entre —dijo (pues nos había encontrado en el jardín)—. Está terminado y enmarcado, ya puedo mandarlo; pero deme usted su opinión y, si tiene alguna sugerencia que hacer, será... debidamente considerada, por lo menos.

La pintura era sorprendentemente hermosa: era como si la vista real hubiera sido trasladada al lienzo por arte de magia; pero expresé mi admiración en pocas palabras y en términos moderados, por miedo a disgustarla. Ella, sin embargo, observaba atentamente mis miradas y su orgullo de artista quedó sin duda satisfecho al leer la sincera admiración que mostraban mis ojos. Pero, mientras miraba, pensé en el libro y me pregunté de qué forma se lo ofrecería. Mi corazón desfalleció; pero decidí que no podía ser tan necio como para marcharme sin intentarlo siquiera. Era inútil esperar una oportunidad, inútil intentar improvisar un discurso para la ocasión. Cuanto más sencilla y naturalmente lo haga mejor, pensé; así que miré por la ventana intentando reunir fuerzas, luego saqué el libro, me volví y lo puse entre sus manos con esta corta explicación:

—¿Deseaba usted leer *Marmion*, señora Graham? Aquí está, si es usted tan amable de aceptarlo.

Un rubor momentáneo cubrió su rostro —quizá un rubor de compasiva vergüenza ante una forma tan zafia de hacer un regalo—. Examinó el volumen seriamente por los dos lados; luego volvió en silencio las páginas, frunciendo

las cejas al mismo tiempo y reflexionando con gravedad; luego cerró el libro y, devolviéndomelo, preguntó con tranquilidad su precio. Sentí que se me agolpaba la sangre en el rostro.

—Siento ofenderlo, señor Markham —dijo—, pero a menos que lo pague no puedo quedarme con el libro.

—¿Por qué no puede?

—Porque... —Se detuvo y miró la alfombra.

—¿Por qué no puede? —repetí con una voz tan irascible que ella alzó los ojos y me miró con firmeza.

—Porque no puedo imponerme unas obligaciones a las que nunca podré corresponder... Ya le debo bastante por su amabilidad con mi hijo; pero su agradecido afecto y sus propios buenos sentimientos deben recompensarle por ello.

—¡Qué disparate! —proferí.

Volvió sus ojos hacia mí de nuevo, con una mirada de sorpresa grave y tranquila, que me hizo el efecto de una bofetada, fuera ésa su intención o no.

—Entonces, ¿no va usted a quedarse con el libro? —pregunté, hablando un poco más suavemente que antes.

—Me quedaré con él encantada, si me permite pagarlo.

Le dije el precio exacto y los gastos de transporte suplementarios, con toda la serenidad de que fui capaz, pues la verdad es que estaba a punto de llorar de desencanto y de humillación.

Sacó su monedero y contó fríamente el dinero, pero vaciló en ponérmelo en la mano. Me miró con atención; con una voz consoladora y dulce, observó:

—Se siente usted ultrajado, señor Markham... Me gustaría hacerle comprender que... que yo...

—La comprendo perfectamente —dije—. Usted cree que si aceptara esta nadería de mí ahora, yo abusaría de ello en adelante; pero está usted equivocada: si se limitara a hacerme el favor de quedárselo, créame, no me haría ilusiones por esta razón y no lo consideraría un precedente de futuros favores, y es estúpido hablar de que contraiga obligaciones respecto a mí cuando debe saber que en un caso semejante la deuda es absolutamente mía, el favor me lo hace usted.

—Bien, entonces le tomaré la palabra —respondió ella con una sonrisa angelical, volviendo a guardar el odioso dinero en el portamonedas—, pero ¡no lo olvide!

—Recordaré... lo que he dicho; pero no castigue mi presunción retirándome su amistad, o espere que la expíe siendo más distante que antes —le dije extendiendo la mano para despedirme, pues estaba demasiado emocionado para seguir allí.

—Bueno, entonces sigamos como antes —replicó ella estrechando mi mano con franqueza; y mientras tuve su mano en la mía hube de hacer un gran esfuerzo para no llevarla hasta mis labios; pero eso habría sido una locura suicida. Ya había sido bastante temerario y este prematuro ofrecimiento hubiera estado muy cerca de dar el golpe mortal a mis esperanzas.

Volví apresuradamente a casa con el corazón y la cabeza agitados y ardientes, insensible a aquel sol abrasador de mediodía —sin pensar en otra cosa que en la mujer que acababa de dejar—, no lamentando nada salvo su impenetrabilidad y mi propia precipitación y falta de tacto —no temiendo más que su horrible firmeza y mi falta de habilidad para superarla—, no esperando nada... Pero basta ya, no te aburriré con mis esperanzas y temores contradictorios, mis serias reflexiones y resoluciones.

CAPÍTULO IX

UNA SERPIENTE EN LA HIERBA

Aunque podría decirse ahora que mis sentimientos se alejaban claramente de Eliza, no dejé del todo de hacer visitas a la vicaría, porque deseaba, por así decirlo, dejar que ella se desilusionara poco a poco, sin causar mucho dolor o atraer mucho resentimiento, o convertirme en el objeto de las habladurías de la parroquia; además, si me hubiera mantenido apartado del todo, el vicario, que consideraba que mis visitas se las hacía fundamentalmente, si no completamente, a él, se habría sentido ofendido por la negligencia. Pero cuando fui a su casa al día siguiente de mi entrevista con la señora Graham, él no estaba: una circunstancia para mí en absoluto tan agradable como lo había sido en ocasiones anteriores. La señorita Millward estaba allí, es verdad, pero ella, naturalmente, no era mucho más que nada. Sin embargo, decidí abreviar mi visita y hablar con Eliza de una manera fraternal y amistosa, actitud que nuestra antigua intimidad me daba derecho a adoptar y que no podía, pensé, ser una ofensa ni servir para alimentar falsas esperanzas.

Nunca tuve la costumbre de hablar de la señora Graham con ella ni con ninguna otra persona; pero no hacía tres minutos que me había sentado cuando Eliza aludió a aquella dama de una manera bastante curiosa.

—¡Oh, señor Markham! —dijo, con una expresión inquieta, suavizando la

voz hasta parecer un murmullo—. ¿Qué piensa usted de esas noticias horribles que corren sobre la señora Graham? ¿Puede usted alentarnos a no darles crédito?

—¿Qué noticias?

—¡Oh, vamos, tiene que saberlo! —Sonrió furtivamente y movió la cabeza.

—No sé nada sobre ellas. ¿Qué demonios quiere decir, Eliza?

—¡Oh, no me lo pregunte! No puedo explicárselo.

Cogió su pañuelo de batista, que había estado embelleciendo con un ancho encaje, y se concentró en su labor.

—¿Qué ocurre, señorita Millward? ¿Qué quiere decir? —dije, apelando a su hermana, que parecía estar absorta haciendo el dobladillo de una sábana grande.

—No lo sé —replicó—. Supongo que alguna calumnia que ha estado inventando algún ocioso. Yo nunca había oído hablar de ello hasta que Eliza me lo dijo el otro día; pero aunque toda la parroquia me volviera sorda contándomelo, no creería ni una sola palabra. ¡Conozco a la señora Graham demasiado bien!

—¡Estoy de acuerdo con usted, señorita Millward! Tampoco yo lo creo, sea lo que fuere.

—¡En fin! —observó Eliza con un suave suspiro—. Está bien tener una seguridad tan reconfortante sobre la dignidad de aquellos a los que amamos. Sólo deseo que vuestra confianza no se vea traicionada.

Y levantó el rostro y me dirigió una mirada de una ternura tan desconsolada que pudo haber ablandado mi corazón. Pero en aquellos ojos se escondía algo que no me gustaba; me pregunté cómo podía haberlos admirado alguna vez; el rostro honesto y los pequeños ojos grises de su hermana me parecieron más agradables; pero en aquel momento yo estaba indignado con Eliza por sus insinuaciones contra la señora Graham, que eran falsas, estaba seguro, tanto si ella lo sabía como si no.

No dije nada más sobre este asunto durante aquella visita y poco más sobre cualquier otro; dándome cuenta de que no podía recuperar totalmente mi ecuanimidad, me levanté y me despedí, excusándome con el pretexto de que tenía algo que hacer en la granja y a la granja me dirigí. Ni una sola vez la posible verdad de aquellos misteriosos rumores enturbió mis pensamientos; pero me preguntaba cuáles serían, quién los habría originado, en qué se basaban y cuál sería la mejor forma de silenciarlos o refutarlos.

Pocos días después se celebró otra de nuestras pequeñas reuniones, a la que había sido invitado el grupo habitual de amigos y vecinos, entre los que se contaba la señora Graham. En aquella ocasión no había podido servirse de la oscuridad del anochecer o de la inclemencia del tiempo como pretextos para no asistir y, con gran alivio por mi parte, vino. Sin ella todo aquello me habría parecido intolerablemente aburrido; pero su llegada trajo nueva vida a la casa, y aunque no debía descuidar al resto de los invitados, o esperar que me dedicase únicamente a mí la mayor parte de su atención y de su conversación, me prometí de antemano una velada poco común.

El señor Lawrence también vino. No llegó hasta poco después de que todos estuviéramos reunidos. Yo sentía curiosidad por ver cuál sería su actitud con la señora Graham. Una ligera inclinación fue todo lo que intercambiaron cuando entró; y después de haber saludado cortésmente al resto de los presentes, se sentó bastante apartado de la joven viuda, entre mi madre y Rose.

—¿Había visto usted alguna vez semejante habilidad? —murmuró Eliza, que era la persona que tenía más cerca—. ¿No diría usted que son dos completos desconocidos?

—Casi; ¿y qué?

—¡Y qué! ¿Pretende usted hacerme creer que lo ignora?

—¿Que ignoro qué? —pregunté, con una voz tan aguda que ella se sobresaltó y contestó:

—¡Por favor! No hable tan alto.

—Bueno, pues entonces explíqueme —contesté en un tono más bajo— qué quiere usted decir. Detesto los enigmas.

—Bueno, no puedo asegurarle que sea verdad, al contrario, pero ¿no ha oído...?

—No he oído nada, excepto lo que insinuó usted.

—Pues entonces debe de ser usted intencionadamente sordo, porque todos le dirán lo mismo; pero ya veo que sólo conseguiré enfadarlo si se lo digo, así que será mejor que me calle.

Apretó los labios y se cruzó de brazos con una expresión de humildad ofendida.

—Si no deseaba hacerme enfadar, debería haberse callado desde el principio; o si no, contar todo lo que tuviera usted que decir con honestidad y sencillez.

Ella volvió el rostro a un lado, sacó su pañuelo, se levantó y se acercó a la viuda, con la que permaneció un momento, evidentemente a punto de

deshacerse en llanto. Yo estaba asombrado, irritado, avergonzado, no tanto por mi rudeza como por su crueldad infantil. Sin embargo, nadie pareció fijarse en ella, y poco después nos llamaron a la mesa; en aquella región se tenía la costumbre de servir el té en la mesa, en todas las ocasiones, y convertirlo en una comida, ya que cenábamos temprano. Me senté: tenía a Rose a un lado y una silla vacía al otro.

—¿Puedo sentarme con usted? —dijo una voz suave cerca de mí.

—Si quiere... —fue la respuesta; y Eliza se deslizó en la silla vacía; luego, mirándome con una sonrisa medio triste, medio juguetona, murmuró:

—Es usted tan duro, Gilbert...

Le serví el té con una sonrisa algo despectiva y no dije nada porque no tenía nada que decir.

—¿En qué le he ofendido? —dijo más lastimeramente—. Me gustaría saberlo.

—Vamos, tómese el té, Eliza, y no diga tonterías —contesté, alcanzándole el azúcar y la crema.

Precisamente en aquel momento, se produjo una ligera conmoción al otro lado de mi asiento, ocasionada por la señorita Wilson, que venía a negociar un intercambio de asientos con Rose.

—¿Querría usted hacerme el favor de cambiar de sitio conmigo, señorita Markham? —dijo—, porque no quiero sentarme al lado de la señora Graham. Si a su madre le parece bien invitar a una persona así a su casa, no puede poner ninguna objeción a que su hija le haga compañía.

Esta última frase fue añadida en una especie de soliloquio después de irse Rose, pero no quise ser discreto y dejarla pasar.

—¿Le importaría explicarme qué quiere usted decir, señorita Wilson? —inquirí.

La pregunta la sorprendió un poco, pero no mucho.

—Señor Markham —dijo con frialdad, recobrándose rápidamente—, me sorprende bastante que la señora Markham haya invitado a una persona como la señora Graham; pero, quizá, no esté al corriente de que se considera poco respetable el modo de ser de esa señora.

—Ella no lo está, ni yo tampoco; y por lo tanto le agradecería que me explicara usted mejor a qué se refiere.

—No creo que sean éstos el lugar ni el momento oportunos para ese tipo de explicaciones; pero dudo de que sea usted tan ignorante como pretende;

debe conocerla tan bien como yo.

—Eso creo, e incluso un poco mejor; por lo tanto, si me explica lo que ha imaginado u oído en su contra, quizá pueda corregir sus opiniones.

—¿Puede decirme quién era su marido, o si alguna vez tuvo alguno?

La indignación me impidió hablar. No podía confiar en mi respuesta en un momento como ése y en aquel lugar.

—¿No se ha fijado usted nunca —dijo Eliza— en el gran parecido que existe entre ese niño suyo y...?

—¿Y quién? —preguntó la señorita Wilson con una expresión de fría, pero mordaz severidad.

Eliza se interrumpió asustada; había pretendido que su tímida sugerencia llegase sólo a mis oídos.

—¡Oh, lo siento! —dijo—, puede ser un error... quizá me equivoque. — Pero al decir estas palabras sus ojos poco ingenuos me lanzaron una furtiva mirada de escarnio.

—No necesita pedirme perdón —contestó su amiga—, pero no veo aquí a nadie a quien el niño se parezca, excepto a su madre; y cuando oiga usted rumores maliciosos, señorita Eliza, le agradeceré, es decir, creo que lo mejor que puede usted hacer es abstenerse de repetirlos. Supongo que la persona a la que aludía es el señor Lawrence; pero creo que puedo asegurarle que, en este aspecto, sus sospechas carecen totalmente de fundamento; y si él tiene alguna relación especial con la dama (cosa que nadie tiene derecho a afirmar), tiene por lo menos (y no puede decirse lo mismo de otros) el suficiente sentido de la dignidad para evitar que se sepa y comportarse en presencia de personas respetables como un conocido distante. Es evidente que le ha sorprendido y molestado encontrarla aquí.

—¡Sigan! —gritó Fergus, que estaba sentado al otro lado de Eliza y era la única persona que compartía aquel lado de la mesa con nosotros—. ¡Sigan de buen grado! ¡Pónganla verde, si quieren!

La señorita Wilson se enderezó con una fría mirada de desprecio, pero no dijo nada. Eliza hubiera respondido, pero la interrumpí diciendo, con toda la calma de la que fui capaz, aunque en un tono que traicionaba, sin duda, algo de lo que sentía:

—Basta. Dejemos este tema; si sólo somos capaces de hablar para calumniar a aquellos que son mejores que nosotros, guardemos silencio.

—Creo que es lo mejor que puedes hacer —observó Fergus—, y lo mismo piensa nuestro buen párroco; ha estado arengando a la compañía en su mejor

vena durante todo este rato y observándonos de vez en cuando con miradas de profundo disgusto, mientras estabais sentados aquí, murmurando irreverentemente; y una de las veces se ha interrumpido en medio de una historia o de un sermón, no sé cuál de las dos cosas, y ha fijado los ojos sobre ti, Gilbert, como diciendo: «Cuando el señor Markham haya acabado de coquetear con esas dos damas proseguiré».

No sabría contar qué más se dijo en la mesa, ni cómo tuve paciencia suficiente para seguir sentado hasta que acabamos de cenar. Recuerdo, sin embargo, que tragué con dificultad lo que quedaba del té que había en mi taza y que no comí nada; y que la primera cosa que hice fue mirar a Arthur Graham, que estaba sentado con su madre al otro lado de la mesa, y a Lawrence, que estaba un poco más cerca. Al principio, me pareció que había un parecido, pero después de considerarlos con mayor atención, llegué a la conclusión de que se trataba sólo de imaginaciones. Los dos, es verdad, tenían rasgos más delicados y huesos más pequeños de lo que correspondía a individuos del sexo fuerte; la tez de Lawrence era pálida y clara, y la de Arthur, delicadamente blanca; pero la nariz diminuta y algo respingona de Arthur nunca sería tan larga y recta como la del señor Lawrence; y aunque el contorno de su rostro no era lo suficientemente curvo para ser redondo y convergía con demasiada gracia en aquella pequeña barbilla en la que se formaba un hoyuelo para ser cuadrado, nunca podría convertirse en el largo óvalo del otro. Era evidente que los cabellos del niño tenían un color más luminoso y cálido del que hubiera podido tener nunca el caballero mayor, y que sus ojos azules, grandes y claros, aunque a veces precozmente serios, eran muy distintos de los tímidos ojos castaños del señor Lawrence, desde los que un alma sensible miraba hacia fuera con tanta desconfianza que parecía siempre dispuesta a refugiarse dentro de las ofensas de un mundo demasiado cruel, demasiado poco amistoso. ¡Qué miserable era por haber albergado aquella idea aunque fuera sólo un momento! ¿No conocía a la señora Graham? ¿No la había visto y conversado con ella, una y otra vez? ¿No estaba seguro de que era, en inteligencia, pureza y grandeza de espíritu, inconmensurablemente superior a cualquiera de sus detractores; de que era, por cierto, la persona más noble, más adorable de su sexo que nunca hubiera conocido, o incluso imaginado que existiera? Sí, y hubiera dicho con Mary Millward (que era una muchacha sensata) que aunque todo el condado dijera, o todo el mundo gritara aquellas horribles mentiras en mis oídos, no las creería, porque la conocía mejor que ellos.

Al mismo tiempo la cabeza me ardía de indignación y el corazón parecía a punto de saltar de su prisión con aquellas conflictivas pasiones. Miré a mis dos bellas vecinas con un sentimiento de odio y de desprecio que a duras penas conseguí disimular. Me había replegado en la clemencia de mi ensimismamiento y descuidaba groseramente a las damas; pero esto no me

importaba gran cosa: lo único que me importaba, además del importante objeto de mis pensamientos, era que se llevasen las tazas en la bandeja del té y no volver a hablar. Pensé que el señor Millward nunca acabaría de explicarnos que él no era un bebedor de té y que era altamente nocivo encharcar de aquella manera el estómago excluyendo así un sustento más sano, mientras de este modo ganaba tiempo para terminar su cuarta taza.

Finalmente acabamos de cenar. Me levanté y dejé la mesa y a los invitados sin una palabra de excusa: no podía soportarlos más tiempo. Salí fuera para refrescarme las ideas en el balsámico aire del atardecer y para ordenarlas o acariciar mis apasionados pensamientos en la soledad del jardín.

Para evitar que me vieran desde las ventanas bajé por una corta y tranquila avenida que bordeaba uno de los lados de la valla, al final de la cual se hallaba un asiento abrigado por las rosas y las madresevas. Allí me senté a pensar en las virtudes y los defectos de la dama de Wildfell Hall; pero sólo llevaba en esta ocupación dos minutos, cuando voces y risas, y unas siluetas que vi moverse a través de los árboles, me informaron de que los demás también habían salido a tomar el aire. Sin embargo, me arrimé a un rincón de la enramada, esperando retener su posesión a salvo de indiscretos y de intrusos. ¡Pero no —Dios lo confundiera—, alguien bajaba por la avenida! ¿Por qué no podían disfrutar de las flores y del sol en la parte abierta del jardín y dejarme a mí en el sombrío escondrijo, con los mosquitos y las moscas de agua?

Pero, al atisbar a través de la olorosa pantalla de ramas entretejidas intentando descubrir quiénes eran los intrusos (pues un murmullo de voces me indicaba que eran más de uno), mi fastidio desapareció de inmediato, dando paso a sentimientos muy diferentes que agitaron mi alma, ya inquieta; pues era la señora Graham la que recorría lentamente el paseo con Arthur a su lado, y nadie más. ¿Por qué estaban solos? ¿Habría hecho ya su efecto el veneno de las lenguas detractoras, les habrían vuelto todos la espalda? Entonces me acordé de que había visto a la señora Wilson, a primera hora de la tarde, arrimar su silla a mi madre e inclinarse hacia delante, evidentemente para comunicarle algún secreto importante y confidencial; y por el incesante meneo de su cabeza, las frecuentes torceduras de su arrugado semblante y los guiños y el malicioso parpadeo de sus ojos pequeños y feos, intuí que era un sabroso escándalo lo que se traía entre manos; y por la cautelosa intimidad de la comunicación supuse que alguna persona en aquel preciso instante era el desgraciado objeto de sus calumnias; y por todos estos indicios, junto con las miradas y los gestos de horror mezclado de incredulidad de mi madre, llegué entonces a la conclusión de que el objeto no había sido otro que la señora Graham. No salí de mi escondite hasta que ella estuvo a punto de alcanzar el final del sendero, para que mi aparición no la ahuyentara; y cuando me adelanté, se quedó inmóvil y pareció decidida a volverse.

—¡Oh, no permita que le importunemos, señor Markham! —dijo—. Veníamos aquí en busca de retiro, no a inmiscuirnos en su aislamiento.

—No soy un ermitaño, señora Graham, aunque reconozco que puedo parecerlo, abandonando de esta manera descortés a mis invitados.

—Temí que se sintiera usted indispuerto —siguió con una mirada de auténtica preocupación.

—Fue algo así, pero ya estoy bien. Siéntese aquí y descanse un poco, y no me diga que no le gusta esta enramada —dije, y alzando a Arthur lo acomodé en medio del banco, para que accediera su madre, quien, reconociendo que era un refugio tentador, se dejó caer en un extremo mientras yo tomaba posesión del otro.

Pero la palabra «refugio» me inquietó. ¿La había obligado la falta de amabilidad de aquella gente a buscar la paz en la soledad?

—¿Por qué la han dejado sola? —le pregunté.

—He sido yo quien los ha abandonado —fue la risueña contestación—. Estaba harta de tanta charla; no hay nada que me canse tanto. No comprendo cómo pueden seguir hablando de esa manera.

No pude evitar sonreírme ante la seriedad con que expresaba su asombro.

—¿Es que consideran un deber estar continuamente hablando —prosiguió —, de forma que nunca se paran a pensar, sino que se contentan con una cháchara sin sentido y vanas repeticiones cuando no se presentan temas de auténtico interés? ¿O es que de verdad les gusta ese tipo de conversación?

—Seguramente sí —dije yo—: sus mentes triviales no pueden abarcar grandes ideas, y sus cabezas huecas son arrebatadas por frivolidades que no conmoverían a un cerebro mejor dotado. La única alternativa para semejante tipo de conversación es zambullirse de cabeza en el cenagal del escándalo, que es su placer principal.

—Supongo que no serán así todos, ¿no? —exclamó la dama, sorprendida por la mordacidad de mi observación.

—Desde luego que no; excluyo a mi hermana de gustos tan envilecidos y a mi madre, si es que la incluía usted en su animadversión.

—No he dado a entender que tuviera animadversión contra nadie, y desde luego no pretendí hacer alusiones irrespetuosas a su madre. He conocido a personas sensibles hábiles en ese estilo de conversación cuando las circunstancias las obligaban a ello; pero es un don de cuya posesión no puedo jactarme. En esta ocasión he prestado atención todo el tiempo que he podido, pero cuando mis fuerzas me abandonaron me escabullí para buscar unos

minutos de descanso en este tranquilo paseo. Detesto hablar cuando no hay intercambio de ideas o sentimientos, ni se proporciona o recibe ningún provecho.

—Entonces —dije— si alguna vez la molesto con mi locuacidad, dígamelo y prometo no ofenderme; poseo la facultad de disfrutar de la compañía de aquellos a los que... de mis amigos, tanto en silencio como conversando.

—No le creo del todo; pero si fuera así, sería usted exactamente el compañero que me gusta.

—¿Soy yo, entonces, todo lo que usted desea en otros aspectos?

—No, no quiero decir eso. ¡Qué hermosos están esos pequeños racimos de hojas cuando los rayos del sol pasan entre ellas! —añadió, con el propósito de cambiar de tema.

Y parecían realmente hermosas cuando, a intervalos, los rayos de sol rasante penetrando la espesura de árboles y arbustos que estaban al otro lado del paseo, revelaban su oscuro verdor, mostrando retazos de hojas casi transparentes, de un verde dorado resplandeciente.

—Casi me gustaría no ser pintora —observó mi acompañante.

—¿Por qué no? Uno pensaría en un momento así que estaría usted exultante por el privilegio de ser capaz de imitar los diversos, brillantes y deliciosos tonos de la naturaleza.

—No; porque en lugar de entregarme totalmente al disfrute de ellos, como hacen los demás, siempre me atormento pensando en cómo podría producir el mismo efecto sobre un lienzo; y como eso no puede hacerse nunca, todo es mera vanidad y vejación del espíritu.

—Quizá no pueda usted hacerlo de una manera que le satisfaga, pero puede conseguir, y consigue, que los demás se deleiten con el resultado de sus esfuerzos.

—Bueno, después de todo no debería quejarme; quizá haya poca gente que se gane la vida con tanto placer por el trabajo que realizan como yo. Ahí viene alguien.

Pareció molesta por la interrupción.

—Son el señor Lawrence y la señorita Wilson —dije—, que vienen a disfrutar de un tranquilo paseo. No nos molestarán.

No podía descifrar la expresión de su rostro; pero me satisfizo no encontrar en ella los celos. ¿En virtud de qué iba yo a buscarlos?

—¿Qué tipo de persona es la señorita Wilson? —me preguntó.

—Es elegante y más distinguida que la mayoría de la gente que goza de una posición social como la suya; algunos dicen que es toda una dama, y agradable.

—Hoy me ha parecido fría y bastante arrogante en sus modales.

—No me extraña que le haya producido esa impresión. Posiblemente tiene prejuicios contra usted, porque creo que la considera una rival.

—¡A mí! ¡Imposible, señor Markham! —dijo, evidentemente sorprendida y molesta.

—Bueno, yo no sé nada —fue mi áspera respuesta; pues me pareció que su fastidio iba, sobre todo, dirigido contra mí.

La pareja estaba en aquel momento a pocos pasos de nosotros. Nuestro árbol estaba acogedoramente situado detrás de una esquina en donde terminaba el sendero, que allí se convertía en un camino más amplio que llegaba hasta el fondo del jardín. Cuando llegaron a la altura de ese lugar vi, por el aspecto de Jane Wilson, que dirigía la atención de su acompañante hacia nosotros; y tanto por su sonrisa, fría y sarcástica, como por algunos fragmentos aislados que alcancé a oír de sus palabras, supe que estaba inculcándole la idea de que sentíamos un gran apego el uno por el otro. Noté que él se sonrojaba hasta las orejas, nos lanzaba una furtiva mirada al pasar y seguía andando con aspecto grave, aunque, al parecer, sin responder a las observaciones de la señorita Wilson.

Así que era cierto que abrigaba algunas intenciones con respecto a la señora Graham; y, si hubieran sido honorables, no se habría mostrado tan preocupado por ocultarlas. Desde luego ella era intachable, pero él era detestable más allá de toda consideración.

Mientras estos pensamientos cruzaban como un relámpago por mi cabeza, mi compañera se levantó bruscamente y, llamando a su hijo, dijo que deseaba ir ya en busca de los demás y desapareció por la avenida. Sin duda había oído o adivinado alguna de las observaciones de la señorita Wilson, y por lo tanto resultaba bastante natural que decidiera no continuar aquel tête-à-tête durante más tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que en aquel momento mis mejillas ardían de indignación contra mi antigua amiga, cosa que ella pudo interpretar erróneamente como un rubor producido por una estúpida turbación. Por lo que consideré a la señorita Wilson acreedora de un rencor aún mayor; y cuanto más pensaba en su conducta, más la odiaba.

Ya había anochecido cuando me reuní con los invitados. La señora Graham ya se había arreglado para marcharse y se estaba despidiendo de los demás, que también volvían a sus casas. Le ofrecí, es más, le rogué que me permitiera acompañarla. En aquel momento Lawrence estaba de pie hablando con alguien

cerca de nosotros. No nos miró, pero, al oír mi solemne súplica, se detuvo en medio de una frase para escuchar la respuesta de la dama y siguió hablando, con una mirada de tranquila satisfacción, al oír que era negativa.

La negativa fue firme, aunque no arisca. Fue imposible convencerla de que atravesar aquellos campos y prados solitarios sin compañía podía ser peligroso para ella y para su hijo. Todavía había luz y no se encontraría con nadie; y en el caso de que así fuera, estaba segura de que la gente de aquel lugar era tranquila e inofensiva. De hecho, no quiso ni oír hablar de que alguien se pusiera en camino para acompañarla, aunque Fergus se dignara ofrecerle sus servicios por si resultaban más aceptables que los míos y mi madre le suplicara que le permitiera mandar a uno de los hombres de la granja para escoltarla.

Cuando se hubo ido, todo lo demás languideció, o algo peor. Lawrence intentó arrastrarme a una conversación, pero me marché, desairándolo, al otro lado de la habitación. Poco después la reunión se disolvió y él se despidió. Cuando se acercó a mí, me negué a ver su mano extendida y a oír sus buenas noches hasta que las repitió por segunda vez; y entonces, para desembarazarme de él, murmuré una respuesta ininteligible acompañada de un seco saludo con la cabeza.

—¿Qué ocurre, Markham? —murmuró.

Le contesté con una mirada de ira y de desprecio.

—¿Está usted enfadado porque la señora Graham no ha querido que la acompañara? —preguntó con una sonrisa pusilánime que casi me hizo perder el control.

Pero, tragándome todas las respuestas rabiosas, me limité a preguntar:

—¿Es esto asunto suyo?

—¡Oh, no! —contestó con irritante tranquilidad; alzando los ojos, me miró y añadió con solemnidad inusitada—: pero déjeme decirle, Markham, que si se ha hecho ilusiones al respecto, no le conducirán a ninguna parte; me duele verlo acariciando falsas esperanzas y perdiendo tiempo en inútiles esfuerzos, porque...

—¡Hipócrita! —exclamé. Él se quedó sin aliento, muy pálido, y, girando sobre sus talones, salió sin decir una palabra.

Le había herido en lo más vivo y me alegraba haberlo hecho.

CAPÍTULO X

UN CONTRATO Y UNA PELEA

Cuando todos se hubieron marchado, supe que la vil calumnia había estado circulando por la reunión y en presencia de la víctima. Rose, sin embargo, juró que ni la creía ni iba a creerla, y mi madre hizo la misma declaración, aunque me temo que no con una convicción tan real y tan firme.

Parecía tenerla siempre en la cabeza y solía irritarme con expresiones tales como:

—¡Vaya, vaya, quién lo hubiera pensado!... ¡Bueno, siempre me pareció que había algo extraño en ella!... Ya ves lo que ganan las mujeres afectando ser diferentes de los demás...

Un día dijo:

—Recelé de esa apariencia de misterio desde el principio... Pensé que no podía esconder nada bueno; pero resulta triste, muy triste, estar convencida de ello.

—Pero, madre, dijiste que no creías en esas historias —dijo Fergus.

—Y no las creo, querido; pero, a pesar de todo, deben tener algún fundamento, ¿no crees?

—El fundamento está en la crueldad y la falsedad del mundo —dije— y en el hecho de que el señor Lawrence ha sido visto por aquel camino una o dos veces al atardecer. Las habladorías del pueblo dicen que va a cortejar a la extraña señora, y los chismosos se han adueñado codiciosamente del rumor, para convertirlo en la base de sus infernales maquinaciones.

—Bueno, Gilbert, algo debe de haber en su conducta que fomenta semejantes rumores.

—¿Has observado tú algo en su conducta?

—No, desde luego; pero ya sabes que siempre dije que había algo extraño en ella.

Creo que fue precisamente aquella tarde cuando me atreví a llevar a cabo otra invasión de Wildfell Hall. Había transcurrido una semana desde nuestra velada. Me había pasado los días esforzándome por encontrarme con su dueña durante sus paseos; y siempre decepcionado (debía de habérselas arreglado deliberadamente para que así fuera), pasaba las noches dándole vueltas a mi cerebro en busca de algún pretexto para otra visita. Finalmente, llegué a la conclusión de que no podía soportar aquella separación durante más tiempo (a esas alturas, como verás, ya había llegado muy lejos); cogiendo de la biblioteca un viejo volumen que pensé que le interesaría —aunque no me

había atrevido a ofrecérselo todavía para una lectura cuidadosa por su estado ruinoso y poco presentable—, salí apresuradamente, no sin temer cómo sería recibido y cómo conseguiría hacer acopio de valor para presentarme con una excusa tan frágil. Pero quizá pudiera verla en el campo o en el jardín, y entonces la dificultad no sería muy grande: lo que me trastornaba tanto era la llamada formal a la puerta, con la probabilidad de ser llevado solemnemente por Rachel a la presencia de una anfitriona sorprendida y poco cordial.

Mi deseo, sin embargo, no fue satisfecho. No se veía a la señora Graham por ninguna parte; pero Arthur estaba jugando con su travieso perrito en el jardín. Me asomé por encima de la puerta y le llamé. Él quería que entrara, pero le dije que no podía hacerlo sin permiso de su madre.

—Iré a pedírselo —dijo el niño.

—No, no, Arthur, no debes hacer eso... pero si no está ocupada ruégale que venga un minuto: dile que quiero hablar con ella.

Corrió a hacer mi recado y volvió en seguida con su madre. ¡Qué adorable estaba con sus rizos oscuros flotando en la suave brisa de verano, sus hermosas mejillas ligeramente sonrosadas y una sonrisa radiante en el rostro! ¡Querido Arthur! ¿Qué no te debo por esto y por todos los otros felices encuentros? Gracias a él, en seguida me sentía libre de toda formalidad, terror y constreñimiento. En las cosas del amor, no hay mediador que pueda compararse a un niño alegre y de corazón sencillo siempre dispuesto a unir los corazones separados, a tenderse sobre el abismo hostil de la costumbre, a derretir el hielo de la fría reserva, a saltar por encima de los muros divisorios de la terrible formalidad y el orgullo.

—Bueno, señor Markham, ¿de qué se trata? —dijo la joven madre, abordándome con una agradable sonrisa.

—Quería que viera este libro y, si le gusta, que se lo quedara para leerlo durante sus ratos de ocio. No me excuso por haberla hecho salir en una tarde tan encantadora, aunque sea para una cuestión tan poco importante.

—Dile que entre, mamá —dijo Arthur.

—¿Le gustaría entrar? —preguntó la dama.

—Sí; me gustaría ver los progresos de su jardín.

—Y cómo han prosperado bajo mi cuidado las raíces de su hermana —añadió ella, mientras abría la puerta.

Paseamos por el jardín y hablamos de las flores, los árboles y el libro, y luego de otras cosas. La tarde era dulce y apacible, y así fue mi acompañante. Poco a poco me fui mostrando más tierno y afectuoso de lo que, quizá, me había mostrado nunca; pero todavía no había dicho nada concreto y ella no

intentó rechazarme; hasta que, al pasar delante de una rosa de Jericó que yo le había llevado hacía unas semanas, de parte de mi hermana, arrancó un capullo medio abierto y me rogó que se lo entregara a Rose.

—¿No puedo quedármelo yo? —le pregunté.

—No; pero aquí hay otro para usted.

En vez de limitarme a cogerlo en silencio, cogí también la mano que me lo ofrecía y clavé los ojos en su rostro. Ella no retiró la mano durante unos instantes, y yo vi en su mirada el brillo de un resplandor de éxtasis, un calor de excitación gozosa en su rostro —creí que la hora de mi victoria había llegado—, pero en seguida un recuerdo doloroso pareció atravesarla como un relámpago. Una nube de angustia le oscureció la frente, una palidez marmórea le blanqueó las mejillas y los labios; pareció producirse un momento de lucha interior. Con un esfuerzo repentino, retiró la mano y retrocedió uno o dos pasos.

—Ahora, señor Markham —dijo con una especie de heroica calma—, debo decirle con toda claridad que no puedo permitir esto. Me gusta su compañía, porque estoy sola aquí, y su conversación me complace más que la de cualquier otra persona; pero si no le satisface considerarme una amiga, una simple, distante, maternal amiga, debo rogarle que me deje ahora y evite verme en adelante; en realidad, en el futuro debemos comportarnos como extraños.

—Entonces, seré su amigo, o su hermano, o lo que usted quiera, únicamente si me permite seguir viéndola; pero dígame por qué no puedo ser nada más.

Se hizo una pausa confusa y pensativa.

—¿Se debe a una promesa imprudente?

—Algo parecido —contestó—. Quizá algún día pueda contárselo, pero de momento sería mejor que se marchara; ¡y nunca, Gilbert, me ponga en la dolorosa obligación de repetir lo que acabo de decirle! —añadió con la mayor seriedad, ofreciéndome su mano con una amabilidad sincera. ¡Qué dulce, qué musical sonaba mi nombre en su boca!

—No lo haré —repliqué yo—. Pero ¿perdona usted esta ofensa?

—Con la condición de que no vuelva a repetirla.

—¿Y puedo venir a verla de vez en cuando?

—Quizá... de tarde en tarde; siempre que no abuse del privilegio.

—No hago vanas promesas, pero ya verá.

—En el momento en que lo haga, nuestra intimidad habrá terminado, eso es todo.

—¿Y me llamará usted siempre Gilbert? Suena más fraternal y servirá para recordarme nuestro pacto.

Sonrió y repitió una vez más que me fuera; finalmente, juzgué prudente obedecerla. Ella volvió a entrar en la casa y yo bajé por la colina. Cuando bajaba, un ruido de cascos de caballo llegó hasta mis oídos y rompió el silencio de la rociada tarde; al mirar hacia el camino, vi a un solitario jinete que subía. Aunque estaba oscureciendo, le reconocí inmediatamente: era el señor Lawrence, que montaba su jaca gris. Eché a correr campo a traviesa, salté la valla de piedra y luego bajé por el camino para encontrarme con él. Al verme, frenó al caballo y pareció inclinado a volverse; pero, después de pensarlo, aparentemente juzgó mejor continuar su camino. Al acercarse me hizo una ligera inclinación de cabeza, arrimándose a la valla, con la intención de saltarla. Pero yo no tenía la intención de permitirselo: cogí el caballo por la brida y exclamé:

—¡Ahora mismo voy a aclarar este misterio, Lawrence! Dígame adónde va y cuáles son sus intenciones... ¡de una vez y para siempre!

—¿Quiere usted soltar la brida? —dijo él con serenidad—. Le está haciendo daño a mi jaca.

—Usted y su jaca me...

—¿Por qué es usted tan grosero y brutal, Markham? Es vergonzoso.

—¡Conteste usted mis preguntas... antes de salir de aquí! ¡Quiero saber lo que pretende usted con esta desleal duplicidad!

—No contestaré ninguna pregunta hasta que suelte usted la brida... aunque estemos aquí hasta mañana.

—Está bien —dije, soltando la brida, pero obstruyéndole todavía el paso.

—Hágame preguntas en otra ocasión, cuando hable usted como un caballero —dijo haciendo un esfuerzo para seguir adelante; pero yo volví a coger la brida y detuve al caballo, no menos sorprendido que su dueño ante un comportamiento tan zafio—. ¡Realmente, señor Markham, esto es demasiado! ¿Es que no puedo ir a ver a mi inquilina por asuntos de negocios, sin ser asaltado de esta manera por...?

—¡Ésta no es una hora para hablar de negocios, señor! Voy a decirle lo que pienso de su conducta.

—Sería mejor que dejara su opinión para una ocasión más oportuna —me interrumpió en voz baja—, por ahí viene el vicario.

Y era verdad; el vicario se acercaba por detrás; volvía con paso cansado a su casa de algún remoto lugar de su parroquia. Yo dejé de inmediato el camino libre al hacendado y él siguió hacia delante, saludando al señor Millward al pasar.

—¿Qué, Markham, una riña? —gritó este último, dirigiéndose a mí—. Y a causa de esa joven viuda, supongo. Pero déjeme que le diga, joven —añadió meneando la cabeza con aire de reprobación (aquí acercó su cara a la mía, con un aire importante, confidencial)—, ¡ella no merece la pena!

Y confirmó la declaración con un solemne movimiento de cabeza.

—¡Señor Millward! —exclamé en un tono de colérica amenaza que obligó al reverendo a volverse horrorizado, atónito ante aquella insólita insolencia, y a mirarme fijamente con una expresión que decía a las claras: «¿Cómo se atreve?». Pero yo estaba demasiado indignado para pedirle disculpas o decirle una palabra más; me volví y me di prisa en llegar a casa. Bajé a grandes zancadas el abrupto y quebrado camino y dejé al reverendo continuar como le viniera en gana.

CAPÍTULO XI

EL VICARIO DE NUEVO

Pon que han pasado unas tres semanas. La señora Graham y yo éramos ahora amigos declarados; o hermana y hermano, como decidimos considerarnos. Ella me llamaba Gilbert, por expreso deseo mío, y yo la llamaba Helen, porque había visto este nombre escrito en sus libros. En raras ocasiones intentaba verla más de dos veces por semana; e incluso, siempre que podía, procuraba que nuestros encuentros parecieran el resultado de una casualidad —pues pensaba en la necesidad de ser muy prudente— y, en general, me comportaba con una corrección tan desmesurada que no tuvo que llamarme la atención ni una sola vez. Sin embargo, no pude dejar de percibir que se sentía a veces desgraciada o insatisfecha consigo misma o con su posición, y realmente yo mismo no me sentía contento por lo último: esta actitud de indiferencia fraternal era muy difícil de mantener y yo me veía a menudo como un hipócrita abominable. También me di cuenta, o más bien lo sentí, que, a pesar suyo, «yo no le era indiferente», como dicen humildemente los héroes de novela, y aunque disfrutaba con gratitud de mi buena suerte, no podía dejar de desear y esperar algo mejor en el futuro; pero, naturalmente, me reservaba semejantes sueños todos para mí.

—¿Adónde vas, Gilbert? —dijo Rose una tarde, poco después del té,

cuando yo había estado todo el día ocupado en la granja.

—A dar un paseo —fue la respuesta.

—¿Cepillas siempre tu sombrero tan cuidadosamente, te peinas con tanto esmero y te pones unos guantes nuevos tan bonitos cuando sales a dar un paseo?

—¡No siempre!

—Vas a Wildfell Hall, ¿verdad?

—¿Por qué crees eso?

—Porque parece como si estuvieras... El caso es que me gustaría que no fueras tan a menudo.

—¡Tonterías, niña! No voy allí desde hace seis semanas... ¿Qué quieres dar a entender?

—Bueno, pero si yo estuviera en tu lugar no tendría tanto interés por la señora Graham.

—Vaya, Rose, ¿estás tú también de acuerdo con la opinión dominante?

—No —replicó ella, dubitativa—, pero he oído contar muchas cosas sobre ella últimamente, tanto en casa de los Wilson como en la vicaría; además, mamá dice que si fuera una persona normal no estaría viviendo allí sola. ¿No te acuerdas, Gilbert, de lo del falso título del cuadro que nos dijo en invierno y cómo lo explicó diciendo que tenía amigos y conocidos a los que no quería dar la dirección de su residencia actual, y que tenía miedo de que ellos la encontraran; y luego, de qué manera tan repentina abandonó la habitación cuando llegó aquella persona a quien no nos dejó ver ni de lejos, y a quien Arthur, con aire de misterio, llamó el amigo de su mamá?

—Sí, Rose, lo recuerdo todo y puedo perdonarte esas conclusiones poco caritativas, porque quizá, si no la conociera, relacionaría todas esas cosas y creería lo mismo que tú; pero, gracias a Dios, la conozco y no sería digno de considerarme un hombre si creyera todo lo que se dice de ella, a no ser que lo oyera de sus propios labios... Creería de ella cosas como ésas como las creería de ti, Rose.

—¡Oh, Gilbert!

—Bueno, ¿crees que podría creer en algo por el estilo... si los Wilson y los Millward se atrevieran a chismorrearlas?

—¡Espero que no, desde luego!

—¿Y por qué no?... Porque te conozco. Bien, pues a ella la conozco tanto como a ti.

—¡Oh, no! No conoces su vida anterior y el año pasado, por estas fechas, ni siquiera sabías que existía.

—No importa. Se puede saber más en una hora de lo sublime, generosa y profunda que es el alma de una persona viendo su corazón a través de sus ojos, de lo que se descubriría durante toda una vida, si dicha persona no estuviera dispuesta a revelarlo, o si no se tiene sensibilidad para comprenderlo.

—Entonces, ¿vas a ir a verla esta tarde?

—Puedes estar segura de que voy a ir.

—Pero ¿qué dirá mamá, Gilbert?

—No hace falta que mamá lo sepa.

—Pero tendrá que saberlo en algún momento, si esto sigue adelante.

—¡Seguir adelante!... No se trata de eso. La señora Graham y yo somos amigos... y lo seguiremos siendo; y nadie en el mundo podrá impedirlo... ni tiene derecho a interponerse entre nosotros.

—Pero si supieras lo que dicen, tendrías más cuidado, tanto por ella como por ti. Jane Wilson piensa que tus visitas a la vieja mansión son una prueba más de su depravación...

—¡Dios confunda a Jane Wilson!

—Y Eliza Millward está muy dolida contigo.

—Eso espero.

—Pues yo no lo haría, si estuviera en tu lugar.

—No harías ¿qué? ¿Cómo saben que voy allí?

—Nada se les escapa, están todo el día espiondo.

—¡Oh, nunca pensé en eso! ¡Y se han atrevido a convertir mi amistad en piedra de escándalo contra ella! Eso prueba la absoluta falsedad de sus otras mentiras, si es que hacía falta alguna prueba. Procura contradecirlas siempre que puedas, Rose.

—Pero es que no me hablan abiertamente de estas cosas: sólo sé lo que piensan por indirectas y alusiones, y por lo que otros dicen.

—Está bien, no iré hoy, ya que se está haciendo tarde. Pero ¡oh, que el demonio se lleve sus malditas y envenenadas lenguas! —murmuré con toda la amargura de mi alma.

Y en aquel preciso instante el vicario entró en la habitación; habíamos estado tan absortos en la conversación que no habíamos oído su llamada.

Después de saludar a Rose, que era una favorita del viejo caballero, tan jovial y paternalmente como de costumbre, se volvió hacia mí con cierta seriedad.

—Bien, caballero —dijo—, se ha convertido usted en un extraño. Hace... déjeme pensar —siguió diciendo con lentitud, mientras depositaba su voluminosa mole en el sillón que Rose le había acercado con excesiva solicitud—, hace exactamente seis semanas, según mis cálculos, que atravesó usted el umbral de mi puerta, habló con énfasis y golpeó con el bastón en el suelo.

—¿Ah, sí, señor? —dije.

—¡Sí, desde luego! —añadió, moviendo afirmativamente la cabeza y mirándome con una especie de solemnidad encolerizada, mientras sostenía el duro bastón entre las rodillas y cruzaba las manos detrás del cuello.

—He estado ocupado —dije, pues era evidente que se me exigía una explicación.

—Ocupado —repitió irrisoriamente.

—Sí, he estado recogiendo el heno; y la cosecha acaba de empezar.

—Ya.

En aquel momento entró mi madre y distrajo para mi provecho la atención del reverendo con una bienvenida locuaz y animada. Sentía profundamente que no hubiera venido un poco antes, a la hora del té, pero se ofrecía a prepararle uno inmediatamente, si quería hacerle el favor de compartirlo con ella.

—Para mí no, gracias —contestó—; tengo que estar en casa dentro de unos minutos.

—¡Oh, pero quédese y tome un poco! Estará hecho en cinco minutos.

Pero el reverendo rechazó la oferta con un majestuoso movimiento de mano.

—Le diré lo que voy a tomar, señora Markham —dijo—; tomaré un vaso de su excelente cerveza.

—¡Con mucho gusto! —exclamó mi madre, procediendo con presteza a tocar la campana y ordenar el predilecto brebaje.

—Al pasar por aquí —prosiguió—, se me ocurrió acercarme a verla y saborear su cerveza casera. He ido a ver a la señora Graham.

—¿De veras?

Afirmó gravemente con la cabeza y añadió con un énfasis horrible:

—Pensé que era a mí a quien incumbía hacerlo.

—¡Qué me dice! —profirió mi madre.

—¿Por qué, señor Millward? —pregunté. Me miró con severidad y, volviéndose hacia mi madre, repitió—: ¡Pensé que era a mí a quien incumbía! —Y dio en el suelo de nuevo con su bastón. Mi madre, oyente aterrorizada pero admirativa, se sentó enfrente.

—«Señora Graham», dije yo —continuó el reverendo, moviendo la cabeza al mismo tiempo que hablaba—, «¡estas informaciones son terribles!». «¿Cómo dice, señor?», preguntó ella, fingiendo no comprender lo que quería decir. «Es mi deber... como... su pastor», afirmé, «decirles a ustedes dos todo lo que considero censurable en su conducta y todo lo que tengo razón para sospechar, y lo que los demás me cuentan referente a ustedes». ¡Así se lo he dicho!

—¿De verdad lo hizo, señor? —grité, dando un brinco en mi asiento y golpeando la mesa con el puño. Él se limitó a mirarme y continuó, dirigiéndose a su anfitriona:

—Era un doloroso deber, señora Markham... ¡pero se lo dije!

—¿Y ella cómo se lo tomó? —preguntó mi madre.

—Se mostró insensible, me temo... ¡insensible! —replicó él con un desalentado movimiento de cabeza—; y, al mismo tiempo, hubo una clara manifestación de cólera impúdica y desencaminada. Se le puso la cara blanca y al echar el aliento entre los dientes lo hizo de un modo casi brutal; pero no intentó defenderse ni justificarse; y con una especie de calma desvergonzada (en verdad horrible de presenciar, en alguien tan joven) no sólo me dijo que mi amonestación era inútil, y mi consejo pastoral absolutamente improcedente, sino que mi presencia era desagradable mientras dijera aquellas cosas. Finalmente me retiré, viendo con toda claridad que nada podía hacerse... y afligido al comprobar que su caso no tenía remedio. Pero estoy decidido, señora Markham, a que mis hijas no tengan ninguna relación con ella. ¡Tome usted la misma resolución con respecto a los suyos! En bien de sus hijos... y de usted, joven —continuó, volviéndose con dureza hacia mí.

—En cuanto a mí, señor... —comencé a decir, pero, contenido por cierto impedimento en la voz, y dándome cuenta de que todo mi cuerpo temblaba de ira, no dije más, sino que me decidí más sabiamente por coger con furia el sombrero, salir disparado de la habitación y cerrar la puerta tras de mí con un golpe que hizo que la casa se estremeciera hasta sus cimientos, que mi madre gritara... y que se aliviara de momento mi agitado estado de ánimo.

Al minuto siguiente me vi corriendo a grandes zancadas en dirección a

Wildfell Hall. Con qué intención o propósito, apenas podía decirlo, pero algo debía hacer, y ningún otro objetivo se me ofrecía que ir allí; tenía que verla y hablar con ella, eso era evidente; pero no tenía idea definida sobre qué decir, o cómo actuar. Estos tormentosos pensamientos, una multitud de resoluciones se agolpaban en mi cabeza, y mi mente era algo poco mejor que un caos de pasiones en conflicto.

CAPÍTULO XII

UN TÊTE-À-TÊTE Y UN DESCUBRIMIENTO

Hice el camino en poco más de veinte minutos. Me detuve ante la puerta para secarme el sudor de la frente, recuperar el aliento y cierta serenidad. La veloz carrera había mitigado ya parte de mi agitación y con paso firme y tranquilo recorrí el sendero del jardín. Al pasar por delante del ala habitada del edificio, vi a través de la ventana abierta a la señora Graham, paseando lentamente de un lado a otro de su solitaria habitación.

Se mostró inquieta, e incluso desalentada, por mi llegada, como si pensara que yo había ido también a acusarla. Me había presentado ante ella con la intención de ofrecerle mi condolencia por la maldad del mundo y para ofrecerle mi ayuda frente a los abusos del vicario y sus viles informantes, pero de pronto me dio vergüenza mencionar el asunto y decidí no hacer referencia a él, a menos que ella me brindara la oportunidad.

—Vengo a una hora inoportuna —dije, aparentando una jovialidad que no sentía, con intención de tranquilizarla—; pero sólo voy a estar unos minutos.

Me dirigió una sonrisa, desmayada, es verdad, pero muy cariñosa o casi diría que agradecida, pues sus temores desaparecieron totalmente.

—¡Qué triste parece usted, Helen! ¿Por qué no tiene la chimenea encendida? —le dije, observando la lúgubre pieza.

—Estamos en verano todavía —replicó.

—Pero nosotros siempre encendemos el fuego por la tarde... si podemos soportarlo; y usted necesita uno, especialmente en esta casa fría y en esta triste habitación.

—Debería usted haber venido un poco antes, lo habría encendido para usted; pero ahora no vale la pena: usted dice que sólo estará unos minutos y Arthur se ha ido a la cama.

—A pesar de todo, es un capricho. ¿Ordenaría que encendieran la

chimenea, si llamo?

—¿Por qué, Gilbert? No parece tener frío —dijo ella risueñamente, mirando mi rostro, que sin lugar a dudas parecía bastante acalorado.

—No —repliqué—, pero quiero verla cómoda antes de irme.

—¡Cómoda! —repitió ella con una risa amarga, como si hubiera algo curiosamente absurdo en la idea—. Estoy bien como estoy —añadió en un tono de triste resignación.

Pero decidido a cumplir mi deseo, tiré de la campanilla.

—¡Dígaselo, Helen! —insistí, cuando se oyeron los pasos apresurados de Rachel al acercarse en contestación a las llamadas. No había más que volverse y pedirle a la criada que encendiera la chimenea.

Rachel hizo que la detestara aquel día por la mirada que me dirigió antes de partir en cumplimiento de su misión. Fue una mirada huraña, suspicaz, inquisitorial, que increpaba claramente: «¿Qué hace usted aquí?, me pregunto yo». Su señora no dejó de notarla y una sombra de malestar oscureció su frente.

—No debe quedarse mucho tiempo, Gilbert —me dijo cuando se cerró la puerta.

—No tengo intención de hacerlo —respondí, un poco impertinentemente, sin un ápice de ira en mi corazón contra nadie salvo la entrometida vieja—. Pero, Helen, tengo algo que decirle antes de irme.

—¿Qué es?

—No, no ahora. No sé todavía con precisión lo que es, o cómo decirlo —dije con más sinceridad que sabiduría; y luego, temiendo que me echara de la casa, comencé a hablar de asuntos triviales para ganar tiempo. Mientras tanto, Rachel entró a encender el fuego, lo que consiguió introduciendo un atizador al rojo vivo por entre las varillas de la parrilla, donde el combustible estaba ya dispuesto para la ignición. Me honró con otra de sus perversas e inhóspitas miradas al salir, pero, poco impresionado por ellas, seguí hablando; coloqué una silla para la señora Graham a uno de los lados del hogar y otra para mí en el otro, y me aventuré a sentarme, no muy seguro de que ella no quisiera verme marchar.

Al poco rato los dos nos sumergimos en el silencio y continuamos varios minutos observando el fuego, abstraídos: ella sumida en sus tristes pensamientos, yo pensando en lo delicioso que sería estar sentado así junto a ella sin ninguna otra presencia que restringiera nuestra comunicación (ni siquiera la de Arthur, nuestro mutuo amigo, sin el cual no nos hubiéramos conocido nunca), si pudiera aventurarme a decir lo que pensaba y a descargar

mi repleto corazón de los sentimientos que lo oprimían desde hacía tanto tiempo, y que ahora luchaba por retener con un esfuerzo que parecía imposible que pudiera prolongarse. Examiné los pros y los contras de abrirle mi corazón allí y entonces, implorando la correspondencia en el afecto, el permiso para mirarla a partir de aquel momento como mía, y el derecho y el poder de defenderla de las calumnias de lenguas malignas. Por un lado, sentía una confianza recién nacida en mi poder de persuasión, la fuerte convicción de que mi propio fervor espiritual me garantizaría la elocuencia, de que mi misma determinación, la absoluta necesidad de salir victorioso que yo sentía, debía proporcionarme lo que buscaba; por otro, temía perder el terreno que ya había ganado con tanto trabajo y habilidad, y destruir toda esperanza futura con una tentativa temeraria, cuando el tiempo y la paciencia podrían alcanzar el éxito. Era como decidir mi vida echando un dado; y, sin embargo, estaba dispuesto a tomar una decisión. En cualquier caso, rogaría una explicación que ella había medio prometido darme antes; preguntaría la razón de esta odiosa barrera, de este misterioso impedimento a mi felicidad, y, así lo creía yo, la suya.

Pero mientras consideraba la mejor manera de exponer mi petición, mi compañera despertó de su ensoñación con un suspiro apenas audible y, mirando hacia la ventana (donde una luna llena de un color rojo como la sangre, emergiendo por encima de una de las austeras, fantásticas siemprevivas, nos envolvía con su luz), dijo:

—Gilbert, se está haciendo tarde.

—Comprendo —dije—. Supongo que desea que me vaya.

—Creo que debería hacerlo. Si mis bondadosos vecinos llegan a saber de esta visita (como, sin duda ocurrirá) no la utilizarán en mi beneficio.

Dijo esto con lo que el vicario hubiera llamado, sin lugar a dudas, una sonrisa casi brutal.

—Déjelos que la utilicen como quieran —dije—. Qué importancia tienen sus pensamientos para usted o para mí, si estamos satisfechos con nosotros mismos, y el uno con el otro. ¡Dejémoslos que se vayan al diablo con sus maquinaciones, y sus mentirosas invenciones!

Esta explosión trajo a su rostro un flujo de color.

—¿Ha oído usted entonces lo que dicen de mí?

—He oído algunos detestables embustes; pero nadie salvo los tontos les darían crédito ni un momento, Helen, así que no deje que la inquieten.

—No pensaba que el señor Millward fuera un tonto, y él lo cree todo; pero por poco que puedan valorarse las opiniones de esa gente sobre uno, por poco que se los estime como individuos, no es agradable ser considerada una

mentirosa y una hipócrita, que se piense que una practica lo que aborrece, y que fomenta los vicios que desaprueba; no es agradable encontrarse con sus buenas intenciones frustradas y las manos mutiladas por la supuesta indignidad, y atraer la desgracia sobre los principios que una profesa.

—Es verdad; y si yo, con mi indiscreción y mi egoísta indiferencia por las apariencias, he contribuido de alguna manera a exponerla a esos males, déjeme rogarle no sólo que me perdone, sino que me permita reparar el daño. Autoríceme a salvar su buen nombre de cada acusación: concédame el derecho a identificar su honor con el mío, ¡y a defender su reputación como si fuera más preciosa que mi vida!

—¿Es usted un héroe como para unirse a alguien de quien sabe que todo el mundo sospecha y a quien desprecian todos los que la rodean, e identificar sus intereses y su honor con los suyos? ¡Piénselo! Es una cosa muy seria.

—¡Estaría orgulloso de hacerlo, Helen! Sería feliz más allá de toda expresión. Y si es ése el obstáculo para nuestra unión, está derribado. ¡Y usted debe... usted será mía!

Y levantándose de la silla en un frenesí de pasión, cogí su mano y se la hubiera besado, pero ella la retiró repentinamente, exclamando en la amargura de una aflicción intensa:

—¡No, no, eso no es todo!

—¿Qué es entonces? Usted me prometió que yo alguna vez sabría...

—Lo sabrá alguna vez, pero no ahora; me duele la cabeza terriblemente —dijo, poniéndose una mano sobre la frente—, y necesito descansar un poco... Desde luego, ¡ya me han pasado bastantes desgracias hoy! —añadió, casi con violencia.

—Pero no puede hacerle daño contarle —insistí: tranquilizaría sus pensamientos y así sabría cómo consolarla.

Ella movió la cabeza con desaliento.

—Si lo supiera todo, usted también me acusaría... quizá incluso más de lo que me merezco... aunque yo le he hecho daño —añadió en un suave murmullo, como si pensara en voz alta.

—¿Usted, Helen? ¡Imposible!

—Sí, no voluntariamente; yo no conocía la fuerza y la profundidad de su afecto. Creí (o al menos quise creer) que su interés por mí era tan frío y fraternal como afirmó usted que era.

—¿O como el suyo?

—O como el mío... debería haber sido... de una naturaleza tan egoísta, superficial que...

—Entonces, realmente, me hizo daño.

—Sé que lo hice y a veces lo sospeché; pero creí que, después de todo, no podía haber nada malo en dejar que sus fantasías y esperanzas se desvanecieran o se fijaran en un objeto más adecuado, mientras sus sentimientos amistosos permanecían conmigo. Mas si hubiera sabido la profundidad de su interés, el afecto generoso y desinteresado que parece sentir...

—¿Parece, Helen?

—Que usted siente, entonces, me habría comportado de otra manera.

—¿Cómo? ¡No me hubiera dado menos ánimos ni me hubiera tratado con más severidad! Y si usted cree que me ha hecho daño por entregarme su amistad, permitiéndome ocasionalmente que disfrutara de su compañía y su conversación, cuando todas las esperanzas de una intimidad más grande eran vanas (como siempre me dio a entender), si usted cree que me hizo daño por ello, está equivocada; porque semejantes favores, por sí mismos, no son sólo deliciosos para mi corazón, sino purificadores, enaltecedores, ennoblecedores para mi alma. ¡Y preferiría su amistad antes que el amor de cualquier otra mujer!

Poco confortada por esto, entrelazó las manos sobre la rodilla y mirando hacia arriba pareció, con una angustia silenciosa, implorar la ayuda divina; luego, volviéndose hacia mí, dijo con serenidad:

—Mañana, si se encuentra conmigo en el páramo alrededor de mediodía, le contaré todo lo que desea saber; y quizá vea usted la necesidad de interrumpir nuestra intimidad... si es que no decide alejarse de mí como de alguien que no merece su interés.

—A eso puedo responder con seguridad que no: no puede usted tener que hacer unas confidencias tan graves... debe de estar poniendo a prueba mi confianza, Helen.

—No, no, no —repitió ella con sinceridad—. ¡Me gustaría que fuera así! ¡Gracias a Dios no es un gran crimen lo que tengo que confesarle! Pero es más de lo que a usted le gustará oír, o quizá, de lo que está dispuesto a perdonar, y más de lo que puedo decirle ahora; ¡así que permítame rogarle que se vaya!

—Lo haré, pero contésteme una sola pregunta: ¿me ama usted?

—¡No la contestaré!

—Entonces mi conclusión es que sí; buenas noches.

Se apartó de mí para ocultar la emoción que no era capaz de dominar; sin embargo, yo cogí su mano y la besé fervorosamente.

—Gilbert, ¡váyase! —gritó con un tono de angustia tan conmovedor que sentí que era una crueldad desobedecer.

Sin embargo, me volví a mirar antes de cerrar la puerta y la vi inclinada sobre la mesa, con las manos apretadas sobre los ojos, sollozando convulsivamente; pero me retiré en silencio. Me di cuenta de que imponerle mi consuelo no serviría más que para agravar su sufrimiento.

Describirte todas las dudas y conjeturas, los temores, esperanzas y frenéticas emociones que se atropellaban y daban caza mutuamente en mi cerebro mientras descendía por la colina... ellos solos casi llenarían un volumen. Pero antes de recorrer la mitad del camino un sentimiento muy fuerte de compasión por aquella a la que había dejado había desplazado a todos los demás y parecía tirar de mí imperiosamente haciéndome aminorar el paso. Empecé a pensar: «¿Por qué voy tan deprisa en esta dirección? ¿Puedo encontrar acaso consuelo o alivio —paz, certidumbre, satisfacción, todo— o algo de lo que busco, en casa? ¿Puedo olvidarme allí de toda la agitación, tristeza, ansiedad que dejo tras de mí?».

Y me volví a mirar la vieja mansión. Poco más había visible que las chimeneas por encima de mi restringido horizonte. Retrocedí para tener una vista mejor. Cuando apareció ante mis ojos, me detuve un momento a contemplarla y luego continué moviéndome hacia el sombrío objeto que me atraía. Algo me decía que me acercara, que me acercara más todavía... y, por qué no, me lo rogaba. ¿No podía encontrar más satisfacción en la contemplación de aquel venerable edificio, con la luna llena brillando tan serenamente por encima de él en el cielo sin nubes —con aquel brillo amarillento y cálido peculiar de una noche de agosto— y la dueña de mi alma en su interior, que volviendo a mi hogar, donde todo, comparativamente, era luz, vida, alegría, y por tanto hostil a mí en el estado de ánimo en el que estaba sumido, sobre todo cuando sus moradores estaban más o menos imbuidos de aquella detestable opinión cuya sola idea hacía que me hirviera la sangre en las venas? ¿Y cómo podía soportar oír expresarla abiertamente... o insinuarla cautamente, lo que era peor? Ya me había causado bastante preocupación una especie de demonio murmurador que me había estado musitando al oído: «Puede ser cierto», hasta que yo había gritado: «¡Es falso! ¡Te desafío a que me convenzas!».

Podía ver a través de la ventana de su salón el resplandor rojo del fuego que brillaba oscuramente. Me acerqué al muro del jardín y permanecí de pie apoyado en él, con los ojos fijos en el enrejado, preguntándome qué estaría haciendo o pensando ella, sufriendo más bien, y deseando poder decirle sólo

una palabra, o incluso verla un instante, antes de irme.

No estuve mucho tiempo mirando, deseando, haciéndome preguntas. Salté por encima del muro, incapaz de resistir la tentación de echar una mirada a través de la ventana para ver si ella estaba más calmada que cuando nos despedimos; si la encontraba aún profundamente deprimida, quizá pudiera aventurarme a intentar decir una palabra de consuelo, expresar una de las muchas cosas que debiera haberle dicho antes, en lugar de agravar sus sufrimientos con mi estúpida impetuosidad. Miré. Su silla estaba vacía; también la habitación. Pero en aquel momento alguien abrió la puerta exterior y una voz —su voz— dijo:

—Sal fuera. Quiero ver la luna y respirar el aire de la noche; me hará bien..., si es que hay algo que pueda hacérmelo.

Allí estaban, pues, ella y Rachel, dispuestas a dar un paseo por el jardín. Deseé estar al otro lado del muro. Me quedé allí, sin embargo, a la sombra del espeso acebo, que, situado entre la ventana y el porche, en aquel momento me ocultaba; pero no me impidió ver a dos figuras que avanzaban visibles a la luz de la luna: la señora Graham seguida de otra persona..., no Rachel, sino un hombre joven, delgado y bastante alto. ¡Oh, cielos, cómo me latían las sienes! La ansiedad oscureció mi vista; pero pensé... sí, y la voz me lo confirmó... era el señor Lawrence.

—No debería preocuparte tanto, Helen —dijo—. Seré más prudente en el futuro; y a tiempo...

No oí el resto de la frase; él caminaba muy cerca de ella y hablaba con una voz tan suave que no pude captar las palabras. Mi corazón se desgarraba de odio; pero escuché atentamente, esperando la respuesta de ella. La oí con toda claridad:

—Pero debo irme de aquí, Frederick. Nunca podré ser feliz aquí... ni en ninguna otra parte, en realidad —dijo con una risa abatida—. No puedo quedarme en este lugar.

—Pero ¿dónde podrías encontrar un sitio mejor? —replicó él—. Un sitio tan apartado... tan cerca de mí: ten en cuenta todo eso.

—Sí —le interrumpió ella—, no podría desear nada más, si me dejaran tranquila.

—Pero, dondequiera que vayas, Helen, encontrarás los mismos motivos de enojo. No puedo permitir que te vayas: debo ir contigo, o ir a donde tú vayas; en todas partes hay muchos necios entrometidos, igual que aquí.

Mientras hablaban, llegaron a mi altura y luego siguieron hacia abajo por el sendero, y no oí el resto de su conversación; pero vi cómo él ponía su brazo

alrededor de la cintura de Helen, al mismo tiempo que ella ponía su mano cariñosamente en el hombro de él; luego una trémula oscuridad nubló mi vista, sentí que el corazón me fallaba y que mi cabeza ardía como el fuego. Salí precipitadamente y tambaleándome del lugar donde el horror me había clavado al suelo, y salté o me precipité al muro —no lo sé muy bien—, pero sé que después, como un niño furioso, me tiré al suelo y permanecí tendido sobre él en un paroxismo de ira y desesperación durante un tiempo que me sería imposible determinar; pero debió de ser mucho porque, después de aliviarme parcialmente con un torrente de lágrimas y mirar la luna, que brillaba sobre mí serena e indolente, tan poco influida por mi desgracia como yo por su apacible resplandor, y después de suplicar la muerte o el olvido, cuando me levanté e hice el camino de vuelta a casa (sin fijarme apenas por dónde iba, sino llevado instintivamente por mis pies), encontré la puerta cerrada con llave y a todo el mundo acostado, excepto a mi madre, quien se apresuró a contestar a mis golpes impacientes y me recibió con una lluvia de preguntas y reproches.

—Oh, Gilbert, ¿cómo has podido hacer eso? ¿Dónde has estado? Entra, te tengo la cena preparada, aunque no te lo mereces por haberme asustado de esa manera, después de haberte ido de casa esta tarde de un modo tan extraño. El señor Millward estaba... ¡Pobre muchacho! ¡Pareces enfermo! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué te ocurre?

—Nada, nada... dame una vela.

—Pero ¿no vas a cenar algo?

—No, quiero irme a la cama —dije, cogiendo una vela y acercándola a la que tenía ella en la mano.

—¡Oh, Gilbert, qué manera de temblar! —exclamó mi angustiada madre—. ¡Qué pálido estás...! ¡Dime qué te pasa! ¿Ha ocurrido algo?

—¡No es nada! —grité, a punto de soltar maldiciones, irritado porque la vela no se encendía—. He caminado demasiado deprisa, eso es todo. Buenas noches —añadí, reprimiendo mi indignación, y me dirigí a mi habitación, desentendiéndome del «¡Con esa prisa! ¿Dónde has estado?» que me llamaba desde abajo.

Mi madre me siguió hasta la misma puerta de mi dormitorio, con sus preguntas y sus consejos referentes a mi salud y mi comportamiento; pero yo le rogué que me dejara solo hasta la mañana siguiente. Al fin se retiró y me sentí aliviado cuando oí que cerraba la puerta de su habitación. Sin embargo, no podía conciliar el sueño y, en vez de intentar hacerlo, me puse a pasear rápidamente por la estancia, después de haberme quitado las botas para que mi madre no me oyera. Pero las tablas crujían y ella estaba atenta. No llevaba más de un cuarto de hora dando vueltas cuando vino hasta mi puerta de nuevo.

—Gilbert, ¿por qué no estás en la cama? ¿No dijiste que querías acostarte?

—¡Maldita sea! Ya voy —exclamé.

—Pero ¿por qué tardas tanto? Algo debe de rondarte por la cabeza...

—¡Por amor de Dios, déjame en paz y vete a la cama!

—¿No será la señora Graham la que te hace sufrir de esa manera?

—¡No, no, ya te he dicho que no me pasa nada!

—¡Dios quiera que no! —murmuró con un suspiro, al tiempo que volvía a su dormitorio. Yo me tiré sobre la cama sintiendo un profundo e irrespetuoso rencor hacia ella por haberme privado de la que parecía la única posibilidad de consuelo que me quedaba, encadenándome a aquel miserable lecho de espinas.

Nunca había tenido que sufrir una noche tan larga, tan desdichada como aquélla. Y, sin embargo, no la pasé completamente en vela: hacia la madrugada mis desordenados pensamientos comenzaron a perder toda pretensión de coherencia y se transformaron en sueños confusos y febriles, y, finalmente, siguió un intervalo de modorra inconsciente. Pero después el alba que siguió de amargo recuerdo, el despertar para descubrir que la vida era un vacío, y peor que un vacío, que rebosaba de angustia y miseria (no un simple desierto estéril, sino repleto de espinos y zarzas), para sentirme engañado, embaucado, desesperado, para encontrar mis sentimientos vejados, descubrir que mi ángel no era un ángel, y que mi amigo era un demonio encarnado... todo ello fue peor que si no hubiera dormido en absoluto.

Era una mañana fría y lúgubre, el tiempo había cambiado como mis esperanzas y la lluvia golpeaba los cristales de la ventana. No obstante, me levanté y salí; no para ocuparme de la granja, aunque me habría servido de excusa, sino para refrescar las ideas y recuperar, si era posible, un grado suficiente de compostura para encontrarme con la familia a la hora de la comida matinal sin tener que soportar observaciones provocativas y fastidiosas. Si conseguía mojarme bien, esto, acompañado de un pretendido exceso de esfuerzo antes del desayuno, podría justificar mi repentina pérdida del apetito; y si a continuación seguía un resfriado (cuanto más fuerte mejor), ello ayudaría a explicar los hoscos arranques de humor y el abatimiento melancólico que iba probablemente a oscurecer mi semblante durante mucho tiempo.

CAPÍTULO XIII

VUELTA AL TRABAJO

—¡Mi querido Gilbert! Me gustaría que trataras de ser un poco más amable —dijo mi madre una mañana, después de una cierta exhibición de mal humor por mi parte—. Dices que no te pasa nada y que no ha ocurrido nada que te haya entristecido y, sin embargo, no he visto nunca a nadie tan alterado como tú desde hace algunos días. No tienes una palabra amable para nadie; amigos y extraños, iguales y subordinados, todos reciben el mismo trato. Me gustaría que te corrigieras.

—Corregir ¿qué?

—Qué va a ser, tu extraño comportamiento. No sabes hasta qué punto te perjudica. Estoy segura de que no habría mejor carácter que el tuyo natural si dejaras que se manifestara libremente; así que no tienes excusa.

Mientras me sermoneaba de esta manera, cogí un libro y, dejándolo abierto sobre la mesa que había delante de mí, fingí estar profundamente absorto en su lectura. Me sentía incapaz de justificarme y al mismo tiempo no deseaba reconocer mis errores, no quería decir una palabra sobre el asunto. Pero mi excelente madre siguió con su amonestación, luego pasó a adularme y comenzó a acariciar mi cabello. Yo empezaba a sentirme un buen muchacho, pero mi perverso hermano, que estaba haraganeando por la habitación, excitó mi maldad al gritar repentinamente:

—¡No lo toques, madre! ¡Te morderá! Es un verdadero tigre con forma humana. Por mi parte le he desahuciado, he renegado de él, he roto con él completamente. Mientras aprecie en algo mi vida no estaré a menos de seis metros de él. El otro día casi me rompe el cráneo por cantar una inofensiva y bonita canción de amor, con el único propósito de entretenerle.

—¡Oh, Gilbert! ¿Cómo pudiste? —exclamó mi madre.

—Primero te dije que te callaras, Fergus, tú lo sabes —dije.

—Sí, pero cuando te aseguré que no había ningún mal en ello y me puse a cantar el verso siguiente, pensando en que podría gustarte más, me cogiste por un hombro y me empujaste contra el muro con tanta fuerza que creí que me había mordido la lengua hasta partírmela en dos, y que el lugar donde dio mi cabeza había quedado embadurnado con mis sesos; cuando me llevé la mano a la cabeza y vi que mi cráneo no estaba roto, pensé que era un milagro, no un error. ¡Pero pobre muchacho! —añadió con un suspiro sentimental—. Su corazón está roto, ésa es la verdad, y su cabeza...

—¿Te quieres callar? —grité, levantándome y mirando al muchacho con tanta ferocidad que mi madre, creyendo que tenía la intención de atacarle cruelmente, puso su mano sobre mi brazo y me suplicó que le dejara. Mi hermano salió afuera con paso lento y las manos en los bolsillos, cantando provocadoramente: «Por culpa de una hermosa mujer yo...».

—No voy a ensuciarme las manos con él —dije, en contestación a la intercesión maternal—. No le tocaría ni con unas tenazas.

Entonces me acordé de que tenía una entrevista pendiente con Robert Wilson, para tratar de la compra de cierto terreno que lindaba con mi granja, entrevista que había sido postergada día tras día, pues no sentía interés por nada en aquellas fechas; además, era propenso a la misantropía, y, sobre todo, me resistía especialmente a encontrarme con Jane Wilson y su madre. Aunque tenía razones demasiado buenas, entonces, para dar crédito a sus rumores sobre la señora Graham, no me parecían mejores por ello —como tampoco me lo parecía Eliza Millward—, y el solo pensamiento de encontrarme con ellas me repugnaba, ya que ahora no podía hacer frente a sus aparentes calumnias y mantenerme en mis convicciones como antes. Pero aquel día decidí hacer un esfuerzo para reincorporarme a mis ocupaciones. Aunque no encontrara ningún placer en hacerlo, sería menos fastidioso que la ociosidad y en cualquier caso más provechoso. Si bien la vida no me prometía placeres dentro de mi trabajo, al menos no se mostraba atractiva fuera de él; a partir de aquel momento me encadenaría al torno y a la faena como un desgraciado caballo de tiro que estuviera perfectamente amaestrado para hacer su labor, y trabajaría fatigosamente toda la vida, no del todo inútil, aunque no agradable, y sumiso si no contento con mi suerte.

Así resuelto, con una especie de sombría resignación, si se me permite una expresión semejante, encaminé mis pasos hacia la Granja Ryecote apenas convencido de que pudiera encontrar a su propietario en ella a aquella hora del día, pero esperando poder enterarme de en qué parte de sus tierras era más probable que se encontrara.

Estaba ausente, pero se le esperaba en casa dentro de pocos minutos y se me invitó a entrar en el salón y esperar. La señora Wilson estaba ocupada en la cocina, pero la habitación no estaba vacía y apenas logré reprimir un gesto de desagrado cuando entré en ella: allí, sentadas, estaban charlando la señorita Wilson y Eliza Millward. Sin embargo, decidí tranquilizarme y ser cortés. Eliza pareció haber tomado la misma determinación por su parte. No habíamos vuelto a vernos desde la tarde en que nos reunimos para tomar el té, pero no se notaba en ella ninguna emoción de placer o disgusto, ninguna intención de dramatizar, ni de dar a entender que su orgullo estaba herido: se mostró fría en su actitud, cortés en su conducta. Había incluso una desenvoltura y una alegría en sus modales y en su semblante de las que yo no tenía la pretensión de hacer gala, pero había un fondo de malignidad en su mirada, demasiado expresiva, que me decía a las claras que no se me perdonaba. Aunque ya no esperaba conquistarme, todavía odiaba a su rival y era evidente que se complacía en vengarse de ella descargando su odio sobre mí. Por otra parte, la señorita Wilson fue todo lo amable y atenta que se podía desear, y aunque yo no estaba

de humor para conversar, las dos damas se las arreglaron para mantener entre ellas el continuo y precioso fuego de la charla. Pero Eliza se aprovechó de la primera pausa oportuna para preguntarme en un tono casual si había visto últimamente a la señora Graham, con una mirada de soslayo, que pretendía ser alegremente perversa, en realidad desbordante de malicia.

—Últimamente, no —contesté en un tono indiferente, pero repeliendo sus odiosas miradas. Me sentía humillado por sentir que el color subía hasta mi frente, a pesar de mis tenaces esfuerzos por parecer inmovible.

—¿Cómo? ¿Está usted empezando a cansarse ya? ¡Yo creía que una criatura tan noble tendría el poder de atarle durante un año por lo menos!

—Preferiría no hablar de ella ahora.

—¡Ah! Entonces se ha convencido, por fin, de su error; ha descubierto por fin que su deidad no es precisamente la immaculada...

—Le ruego que no hable de ella, señorita Eliza.

—¡Oh, le pido disculpas! Ya veo que las flechas de Cupido han penetrado demasiado hondo en usted: las heridas, al ser más que superficiales, no están curadas todavía y sangran con la sola mención del nombre de la amada.

—Digamos más bien —se interpuso la señorita Wilson— que el señor Markham cree que ese nombre no es digno de ser mencionado en presencia de mujeres honestas. Me asombra, Eliza, que te refieras a esa desdichada persona. Deberías saber que hablar de ella es cualquier cosa menos agradable para las personas aquí presentes.

¿Cómo podía soportarse esto? Me levanté y estuve a punto de calarme el sombrero con un gesto de airada indignación y salir precipitadamente de la casa; pero dándome cuenta —justo a tiempo de salvar mi dignidad— de lo ridículo de un comportamiento semejante, que sólo habría proporcionado la oportunidad a mis bellas torturadoras de reírse con júbilo de mí por culpa de alguien a quien en el fondo de mi corazón reconocía indigno del menor sacrificio (aunque el fantasma de mi veneración y amor primeros me rondaba todavía de tal forma que no podía aguantar que su nombre fuera calumniado por otros), me limité a acercarme a la ventana. Después de permanecer allí algunos segundos mordiéndome vengativamente los labios, tratando de contener las impulsivas palpitaciones de mi pecho, le hice observar a la señorita Wilson que no parecía que su hermano estuviera a punto de llegar y añadí que, siendo mi tiempo precioso, sería mejor que volviera al día siguiente a una hora en que estuviera seguro de encontrarle en casa.

—¡Oh, no! —dijo ella—. Estoy segura de que vendrá dentro de un minuto; tiene algo que hacer en L... —el mercado de nuestro municipio— y necesitará

un pequeño refrigerio antes de ponerse en camino.

Acepté la proposición con la mejor buena voluntad y, por fortuna, no tuve que esperar mucho. El señor Wilson llegó poco después y, poco dispuesto como estaba yo a hablar de negocios en aquel momento y poco interesado por el terreno o su propietario, hice un esfuerzo para prestar atención al asunto que me había llevado a aquella casa y en seguida concluí el trato: quizá más a la satisfacción del próspero granjero de lo que él estaría dispuesto a reconocer. Luego, dejándole entregado a la discusión de su sustancial «refrigerio», abandoné de buena gana la casa y fui a vigilar a mis segadores.

Los dejé ocupados con su trabajo cerca del valle y subí por la colina, con la intención de inspeccionar un sembrado que estaba en la parte más alta y ver cuándo estaría listo para la siega. Pero no lo inspeccioné aquel día, porque, al acercarme a él, vi a no mucha distancia a la señora Graham y a su hijo que bajaban en la dirección opuesta. Ellos me vieron y Arthur echó a correr hacia mí; pero yo di la vuelta inmediatamente y me dirigí a mi casa con paso firme. Había tomado la determinación de no volver a encontrarme con su madre, y a pesar de lo aguda que sonaba su voz en mis oídos, llamándome para que «esperara un momento», me mantuve en mi decisión; él pronto abandonó la persecución considerándola inútil, o se detuvo llamado por su madre. En cualquier caso, cuando me volví a mirar cinco minutos más tarde, no pude ver a ninguno de los dos.

Este incidente me alteró y trastornó de la manera más inexplicable, a no ser que me digas que todo se debió a que las flechas de Cupido no sólo habían penetrado en mí demasiado hondo, sino que tenían púas y estaban muy arraigadas, y yo no había sido capaz todavía de arrancarlas de mi corazón. En cualquier caso, me sentí doblemente desgraciado el resto del día.

CAPÍTULO XIV

UN ASALTO

A la mañana siguiente me acordé de que yo también tenía que ir a L...; así que monté mi caballo y me puse en camino poco después del desayuno. Era un día frío y lluvioso, pero no me importaba: era el más adecuado para mi estado de ánimo. Probablemente iba a ser un viaje solitario, pues no era día de feria, y el camino que recorría era poco frecuentado los demás días; sin embargo, esto también era de mi agrado.

Iba al trote, rumiando amargas fantasías, cuando oí otro caballo que venía detrás de mí a no mucha distancia. No hice conjeturas sobre quién podría ser

el jinete, ni me detuve a pensar en ello en absoluto, pero al aminorar la marcha para subir una suave pendiente (o más bien al permitir que mi caballo aflojara el paso hasta andar perezosamente, pues, sumido en mis propios pensamientos, lo estaba dejando moverse a su gusto) fui perdiendo terreno y mi compañero de viaje me dio alcance. Me abordó llamándome por mi nombre, pues no era un desconocido: ¡era el señor Lawrence! Instintivamente los dedos de la mano que sostenían la fusta se estremecieron y se aferraron a su carga con una energía convulsa; mas refrené mi impulso y contestando al saludo con un movimiento de cabeza intenté adelantarme; pero él me secundó en el movimiento y comenzó a hablar del tiempo y la cosecha. Respondí a sus preguntas y observaciones de la manera más breve posible y me rezagué. Él hizo lo mismo y me preguntó si mi caballo estaba cojo. Le respondí con una mirada ante la cual sonrió plácidamente.

Yo estaba tan asombrado como exasperado ante la singular pertinacia y el descaro imperturbable de que hacía gala. Había creído que las circunstancias de nuestro último encuentro le habrían causado tal impresión que en adelante me trataría con frialdad y distancia; en lugar de ser así, parecía no sólo haber olvidado todas las ofensas anteriores, sino ser impenetrable a las descortesías de que estaba siendo objeto. Antes, la más leve insinuación, o la sola sospecha de frialdad en el tono o en la mirada habían bastado para rechazarle; ahora, una abierta rudeza no podía apartarle de mi camino. ¿Se había enterado de mi decepción y venía a comprobar el resultado y disfrutar con mi desesperación? Agarré la fusta con más fuerza que antes, pero me abstuve de levantarla y seguí cabalgando en silencio, esperando que se presentara un motivo más claro de ofensa para abrir las compuertas de mi alma y dejar salir la maldita cólera que se revolvía y crecía dentro de ella.

—Markham —dijo él en su habitual tono apacible—, ¿por qué se enfada con sus amigos por haberse llevado una desilusión? Sus esperanzas se han visto traicionadas; pero ¿por qué tengo yo la culpa? Le advertí a tiempo, pero usted no quiso...

No dijo más; impulsado por algún demonio que había en mi brazo, cogí la fusta por la pequeña trencilla y —rápido como el resplandor de un relámpago— le di en la cabeza con la empuñadura. Contemplé, no sin una sensación de salvaje satisfacción, la palidez instantánea, mortal, que se extendió por su rostro y las gotas rojas que se deslizaron por su frente, al tiempo que todo él se tambaleaba sobre la silla y caía después de espaldas al suelo. La jaca, sorprendida al verse libre de su carga de una manera tan inesperada, se puso sobre las patas traseras, hizo una cabriola, coceó un poco y luego hizo uso de su libertad para ponerse a comer la hierba que había en la cuneta, mientras su dueño yacía en el suelo, inmóvil como un cadáver. ¿Le había matado? Una mano helada pareció atenazarme el corazón y detener sus latidos cuando me

incliné sobre él, observando, sin atreverme a respirar, el rostro vuelto y cadavérico. Pero no: movió los párpados y dejó escapar un débil gemido. Volví a respirar: sólo estaba conmocionado por la caída. Le estaba bien empleado: eso le enseñaría a tener mejores modales en el futuro. ¡Le ayudaría a subirse al caballo! No. Después de un agravio de cualquier otra clase lo habría hecho; pero su ofensa era imperdonable. Podía montar él solo, si quería, en un momento: ya estaba empezando a moverse y a mirar a su alrededor, y su caballo estaba tascando tranquilamente al borde del camino.

Así, después de murmurar una maldición, abandoné al hombre a su suerte y, espoleando el caballo, me alejé al galope, excitado por una mezcla de sentimientos que no sería fácil analizar; y quizá, si lo hiciera, el resultado no sería muy honroso para mi carácter, puesto que no estoy seguro de que una especie de exultación por lo que había hecho no fuera uno de los sentimientos principales.

Poco después, sin embargo, la efervescencia comenzó a disminuir y no transcurrieron muchos minutos antes de que me diera la vuelta y desandara el camino para ocuparme de mi víctima. No fue un impulso generoso (ninguna clase de enternecimiento me llevó a hacerlo), ni siquiera el miedo a lo que podrían ser las consecuencias con las que tuviera que enfrentarme, si culminaba mi ataque al hacendado dejando a éste abandonado de aquella manera, y por tanto expuesto a un daño mayor; fue, simplemente, la voz de la conciencia y me atribuí aun un gran mérito por seguir con tanta puntualidad sus dictados; y juzgando el mérito de la proeza con arreglo al sacrificio implícito en ella, no me equivoqué demasiado.

Tanto el señor Lawrence como su jaca habían cambiado sus posiciones en cierto grado. La jaca se había alejado unos ocho o diez metros, y él se las había arreglado de alguna manera para quitarse de en medio del camino: le encontré entre sentado y reclinado en la cuneta, con el rostro muy pálido y demacrado todavía y con el pañuelo de batista (ahora más rojo que blanco) pegado a la cabeza. Debía haber sido un golpe tremendo; sin embargo, la mitad del mérito —o la culpa, como prefieras— de éste debe atribuirse a la fusta, que estaba adornada con una maciza cabeza de caballo de metal plateado. La hierba, al estar empapada por la lluvia, le proporcionaba al joven caballero un lecho bastante inhóspito; sus ropas estaban considerablemente enlodadas y su sombrero rodaba por el barro al otro lado del camino. Pero sus pensamientos parecían dirigirse sobre todo a su jaca, a la que miraba atentamente, en parte con una angustia inútil y en parte con un desesperado abandono a su suerte.

Desmonté y después de sujetar a mi animal al árbol más cercano, recogí su sombrero, con la intención de encajárselo en la cabeza; pero o bien él consideró su cabeza inadecuada para un sombrero, o el sombrero, en aquellas

condiciones, inadecuado para su cabeza, porque retirando la una, me quitó el otro de la mano y lo puso a un lado con desprecio.

—Se lo tiene merecido —murmuré.

El siguiente favor consistía en acercarle la jaca, lo que hice a continuación sin gran esfuerzo, ya que el animal estaba bastante tranquilo y sólo respingó y retrocedió un poco antes de que consiguiera sujetarlo por la brida. Pero además tenía que ver al jinete montado en su silla.

—Oiga usted, amigo..., truhán... perro... deme la mano y le ayudaré a montar.

No; se apartó de mí con asco. Intenté cogerle por un brazo. Él se separó como si yo tuviera una enfermedad contagiosa.

—¿Qué, no quiere? ¡Está bien! Por mí, puede quedarse sentado ahí hasta el día del juicio. Pero supongo que no querrá perder toda la sangre que tiene en el cuerpo. Sólo me dignaré vendarle la herida.

—Déjeme en paz, por favor.

—¡No faltaba más! Es un placer. Puede irse al infierno, si quiere, y decir que le he enviado yo.

Pero antes de abandonarle tiré la brida de su jaca sobre un mojón que había en la cuneta y le arrojé mi pañuelo, pues el suyo estaba empapado de sangre. Él lo cogió y me lo tiró de nuevo a mí, con odio y desprecio, con toda la fuerza de que fue capaz. No faltaba más que aquello para colmar la medida de sus ofensas. Después de maldecirle seriamente, aunque sin gritar, le dejé que se las arreglara solo, plenamente satisfecho de haber cumplido con mi obligación al intentar ayudarle, si bien olvidándome de que era yo el culpable de que se encontrara en aquellas condiciones y de la forma tan insolente en que le había ofrecido mis servicios. Así que me dispuse con ánimo sombrío a enfrentarme a las consecuencias en el caso de que decidiera decir que yo había intentado asesinarle, lo que no creía inverosímil, puesto que probablemente su tenaz negativa a aceptar mi ayuda estuviera inspirada en intenciones así de malignas.

Después de subir de nuevo a mi caballo, me volví a mirarle para ver cómo seguía, antes de alejarme. Se había puesto en pie y, agarrándose a la crin de su jaca, estaba intentando sentarse de nuevo en la silla; pero apenas había puesto un pie en el estribo cuando una náusea o un vahído pareció dejarle sin fuerzas: se inclinó hacia delante un momento, con la cabeza apoyada en el lomo del animal, y luego hizo otro intento, que, al ser ineficaz, le obligó a dejarse caer de nuevo en el sitio donde yo le había dejado, reposando la cabeza sobre el cenagoso césped, y, según todas las apariencias, reclinándose tan tranquilamente como si estuviera descansando en un sofá de su casa.

Debería haberle ayudado a pesar suyo, vendado la herida que él era incapaz de restañar, e insistir en ayudarle a subir al caballo y acompañarle hasta su casa; pero, además de mi indignación contra él, estaba la cuestión de qué decir a sus criados y a mi propia familia. O bien tendría que confesarme autor de la fechoría, lo que me haría pasar por demente, a menos que explicara también el motivo —y esto parecía imposible—, o bien debía prepararme una mentira, lo que parecía estar también fuera de lugar, sobre todo teniendo en cuenta que entonces el señor Lawrence revelaría toda la verdad, acarreando sobre mí una deshonra diez veces peor, a no ser que fuera yo tan malvado como para, aprovechando la ausencia de testigos, mantener mi propia versión de los hechos y hacerle parecer a él aún más canalla de lo que era. No; él sólo tenía un corte en la sien y algunas magulladuras como consecuencia de la caída, o de las pezuñas de su jaca; eso no podía matarle aunque se pasara allí la mitad del día; y aunque no pudiera salir del paso solo, lo más seguro es que alguien se acercase; era imposible que en todo el día nadie pasara por el camino salvo nosotros. En cuanto a lo que pudiera decir en adelante, asumiría el riesgo: si contaba mentiras, le contradeciría; si decía la verdad, lo encajaría lo mejor que pudiera. No estaba obligado a dar más explicaciones que las que considerara necesarias. Quizá él decidiera guardar silencio sobre el asunto, por miedo a que las averiguaciones llegaran hasta la causa de la disputa y dirigieran la atención pública a su relación con la señora Graham, la cual, bien por su propio interés o por el de ella, parecía estar muy interesado en mantener oculta.

Razonando de esta manera, llegué al trote a la ciudad, donde llevé a cabo puntualmente mis gestiones y me ocupé de los pequeños encargos que me habían hecho mi madre y Rose con una exactitud verdaderamente loable teniendo en cuenta las circunstancias del caso. Al volver a casa me asaltaron varias dudas acerca del desgraciado Lawrence. La pregunta: ¿y si le encontrara todavía tirado sobre la húmeda tierra, agonizando de frío y agotamiento... o ya rígido? cruzó por mi pensamiento de la manera más desagradable, y la aterradora posibilidad se ofrecía a mi imaginación con una dolorosa viveza conforme me acercaba al lugar en el que le había dejado. Pero no: gracias a Dios, tanto el caballo como el hombre habían desaparecido; no quedaba nada que fuera testimonio contra mí salvo dos cosas; bastante desagradables en sí mismas, sin duda, y con una apariencia verdaderamente fea, por no decir asesina: en un sitio, el sombrero empapado de lluvia y cubierto de lodo, mellado y roto por encima del ala por aquel vil mango de la fusta; en otro, el pañuelo rojo, remojado en un charco de agua aún profundamente teñida, por mucha lluvia que hubiera caído en el ínterin.

Las malas noticias vuelan rápido: apenas eran las cuatro de la tarde cuando llegué a casa y mi madre me recibió diciendo con expresión preocupada:

—¡Oh, Gilbert!, ¡qué accidente! ¡Rose ha ido de compras al pueblo y ha oído decir que el señor Lawrence ha sido derribado del caballo y que se lo han llevado a casa moribundo!

Esto me impresionó un poco, como puedes suponer; sin embargo, para mí fue reconfortante oír que se había fracturado el cráneo y roto una pierna, pues, estando seguro de la falsedad de esto último, no dudé de que el resto de la historia también era una exageración; y cuando oí a mi madre y a mi hermana lamentarse tan conmovedoramente por el estado en que se encontraba, me costó bastante trabajo reprimirme para no explicarles el alcance real de las heridas, puesto que lo conocía.

—Debes ir a verle mañana —dijo mi madre.

—Mejor hoy —sugirió Rose—; tienes mucho tiempo; puedes utilizar la jaca, ya que tu caballo está cansado. ¿Lo harás, Gilbert, en cuanto hayas comido algo?

—No, no. ¿Y cómo sabemos que no es una noticia falsa? Es demasiado im...

—Oh, yo sé que no lo es; todo el pueblo está impresionado. Y yo vi a dos personas que han estado con otras que han visto al hombre que le encontró. Esto parece exagerado, pero no lo es, si lo piensas bien.

—Bueno, pero Lawrence es un buen jinete, no parece probable que se cayera del caballo; y si fuera así, es muy poco probable que se rompiera los huesos de esa manera. Debe de ser una exageración, al menos.

—No, el caballo le coceó, o algo así.

—¿Qué? ¿Su pequeña y tranquila jaca?

—¿Cómo sabes que fue ese animal?

—Muy pocas veces monta otro.

—De todas formas —dijo mi madre—, irás a verle mañana. Sea verdad o mentira, una exageración o todo lo contrario, me gustaría saber cómo se encuentra.

—Puede ir Fergus.

—¿Por qué no tú?

—Él tiene más tiempo; yo estoy muy ocupado estos días.

—¡Oh! Pero, Gilbert, ¿cómo puedes estar tan tranquilo? No deberías pensar en tus ocupaciones, por una hora o dos, en un caso como éste... ¡cuando tu amigo está al borde de la muerte!

—¡Te digo que no lo está!

—¡Por lo que sabes, puede estarlo! No puedes asegurarlo hasta que le hayas visto. En cualquier caso debe de haber sido un accidente terrible para él y tú deberías ir a visitarle; se lo tomará muy mal si no lo haces.

—¡Maldita sea! No puedo. Nuestras relaciones no eran amistosas últimamente.

—¡Oh, mi querido muchacho! Desde luego, desde luego, tú no eres tan implacable como para llevar vuestras pequeñas diferencias hasta el extremo de...

—¡Pequeñas diferencias, dice! —murmuré.

—¡Bueno, pero ten en cuenta las circunstancias! Piensa cómo...

—Está bien, está bien, no me molestéis ahora. Ya pensaré en ello —repliqué.

Y mi decisión fue enviar a Fergus a la mañana siguiente con los buenos deseos de mi madre, para hacer las averiguaciones de rigor; en ningún momento se me ocurrió ir a mí, o enviar un mensaje. Cuando volvió, todo quedó aclarado: el joven hacendado tenía que guardar cama debido a la conjunción de una herida en la cabeza, algunas contusiones (producidas por la caída —sobre la que no entró en detalles— y el comportamiento posterior de su caballo) y un fuerte resfriado a consecuencia de haber permanecido tendido en el suelo bajo la lluvia; pero no había huesos rotos ni inmediata perspectiva de muerte.

Quedó claro entonces, que, por el bien de la señora Graham, no era su intención acusarme.

CAPÍTULO XV

UN ENCUENTRO Y SUS CONSECUENCIAS

Aquel día fue lluvioso, como el anterior; al atardecer el cielo comenzó a aclararse y la mañana siguiente se presentó agradable y prometedora. Yo estaba en la colina con los segadores. Un viento ligero rozaba el trigo; toda la naturaleza parecía regocijarse con la luz del sol. La alondra volaba alborozada entre las nubes plateadas que flotaban. La última lluvia caída había refrescado y aclarado el aire tan dulcemente, y limpiado el cielo, y dejado unas gemas tan relucientes sobre las ramas y las hojas, que ni siquiera los granjeros se atrevían a maldecirla. Pero ningún rayo de luz podía alcanzar mi corazón, ninguna

brisa podía refrescarlo; nada podía llenar el vacío que mi alegría, mi fe y mi esperanza en Helen Graham habían dejado, o ahuyentar los recuerdos sombríos y los posos amargos del amor todavía vivo que lo oprimía.

Estaba con la camisa remangada, contemplando, abstraído, la curva ondulante del trigo todavía no importunado por los segadores, cuando algo me tiró suavemente de los faldones y una vocecita, que no era ya agradable a mis oídos, me despertó con estas sorprendentes palabras:

—Señor Markham, mamá desea verle.

—¿Quiere verme, Arthur?

—Sí. ¿Por qué se sorprende tanto? —dijo medio riéndose, medio asustado ante el inesperado aspecto de mi rostro al volverse repentinamente hacia él—. Y ¿por qué hace tanto tiempo que no le vemos? ¡Venga...! ¿No quiere venir?

—Estoy ocupado ahora —respondí, sin saber muy bien qué decir.

Me miró con un aturdimiento infantil; pero antes de que yo pudiera hablar de nuevo, la dama se encontraba a mi lado.

—¡Gilbert, tengo que hablar con usted! —dijo en un tono de vehemencia reprimida.

Miré sus pálidas mejillas y sus ojos luminosos, pero no contesté.

—Es sólo un momento —me rogó ella—. Acérquese a este sembrado. —Eché un vistazo a los segadores, algunos de los cuales le estaban dirigiendo miradas de impertinente curiosidad—. Sólo le entretendré un minuto.

Atravesé con ella el barranco.

—Arthur, querido, corre y ve a mirar aquellos jacintos —dijo señalando unos que brillaban a cierta distancia, bajo la cerca a lo largo de la cual caminábamos.

El niño dudó, como si no quisiera separarse de mi lado.

—Ve, cariño —repitió ella, con más apremio, en un tono que aunque no era duro exigía una puntual obediencia, y la consiguió.

—¿Bien, señora Graham? —dije con serenidad y calma, pues, aunque la vi triste y la compadecí, me agradaba que estuviera en mi poder atormentarla.

Ella fijó los ojos en mí con una mirada que me llegó al corazón; y, sin embargo, me hizo sonreír.

—No le pregunto la razón de este cambio, Gilbert —dijo con una amarga serenidad—. La conozco demasiado bien; pero aunque no me importa que todo el mundo sospeche de mí y me condene, y pueda soportarlo con

tranquilidad, no puedo sufrir que haga usted lo mismo. ¿Por qué no vino a escuchar mi explicación el día que le dije que iba a dársela?

—Porque ocurrió que entretanto averigüé todo lo que iba a decirme... y un poco más, creo.

—¡Imposible, porque yo le hubiera contado todo! —gritó ella encolerizada —, ¡pero no lo haría ahora, porque ya veo que usted no se lo merece!

Y sus labios temblaron con la agitación.

—¿Puedo preguntarle por qué no?

Ella rechazó mi sonrisa burlona con una despreciativa mirada de indignación.

—Porque nunca me comprendería, pues de lo contrario no habría escuchado tan solícitamente a mis difamadores. Sería un error depositar mi confianza en usted... No es usted el hombre que yo creía. ¡Váyase! No me importa lo que piense de mí.

Me dio la espalda y yo me fui. Pensé que esto la atormentaría más que cualquier otra cosa, y creo que estaba en lo cierto porque cuando me volví a mirar un minuto más tarde la vi medio vuelta, como si esperara o deseara tenerme todavía a su lado; luego se quedó en esta postura y dirigió una mirada hacia atrás. Fue una mirada que más que ira expresaba una amarga angustia y desesperación, pero yo adopté de inmediato una actitud de indiferencia y fingí estar mirando a ninguna parte distraídamente. Supongo que se fue, porque después de demorarme para comprobar si se volvía o me llamaba, aventuré otra mirada y vi que estaba muy lejos, moviéndose con rapidez por el campo, con el pequeño Arthur corriendo junto a ella, al parecer hablando al mismo tiempo; sin embargo, mantenía su rostro fuera del alcance de la vista del niño como si tratara de ocultar una emoción incontrolable. Y volví a mis ocupaciones.

En seguida comencé a lamentar mi precipitación al dejarla tan pronto. Era evidente que me amaba...; probablemente se había cansado del señor Lawrence y deseaba que yo ocupara su lugar; si la hubiera amado y respetado menos al principio, la preferencia podría haberme agradado y entretenido; pero, ahora, el contraste entre su apariencia exterior y sus pensamientos —tal como me los imaginaba—, entre mi primera y mi actual opinión sobre ella, era tan horrible..., tan doloroso para mí, que borró toda consideración más frívola.

Y, sin embargo, tenía curiosidad por saber qué clase de explicación iba a darme, o me daría ahora (si la presionaba para que me la diera), cuál sería su confesión, cómo intentaría excusarse. Deseaba ardientemente saber qué menospreciar y qué admirar en ella; cuánto la tenía que compadecer y cuánto

que odiar; y, más aún, lo sabría. La vería una vez más y satisfaría mi deseo de saber bajo qué luz mirarla, antes de despedirnos. La había perdido para siempre, desde luego, pero no podía soportar, a pesar de todo, la idea de que nos hubiéramos despedido por última vez con tanta acritud y tristeza por ambas partes. Su última mirada se había clavado en mi corazón; no podía olvidarla. Pero ¡qué loco estaba! ¿No me había engañado, ofendido..., no había marchitado mi felicidad para siempre? «De todas formas, iré a verla — fue mi conclusión definitiva—, pero no hoy; hoy, esta noche, puede dedicarse a pensar en sus faltas y sentirse tan desgraciada como quiera; mañana la veré otra vez y sabré algo más sobre ella. La entrevista quizá le sea útil o quizá no. En cualquier caso, dará a la vida que ha condenado a la inmovilidad un aliento de conmoción, y puede calmar con la certeza algunos pensamientos inquietantes».

Dejé pasar la mañana del día siguiente, pero no toda la tarde. Todavía no eran las siete y yo había terminado mi trabajo del día; el sol se estaba poniendo, su luz roja bañaba la vieja mansión y flameaba en las ventanas enrejadas, cuando llegué, dando al lugar un aspecto alegre que no era el suyo. No necesito extenderme sobre los sentimientos que me invadieron al aproximarme al santuario de mi antigua deidad, aquel lugar lleno de miles de pensamientos deliciosos y sueños espléndidos, ahora oscurecidos por una funesta verdad.

Rachel me dejó entrar en el salón y fue a llamar a su señora, pues no estaba allí; sin embargo, su escritorio se hallaba abierto sobre la pequeña mesa redonda que estaba junto a la silla de respaldo alto, y sobre él había un libro. Su limitada aunque escogida colección de libros me era casi tan familiar como la mía; pero aquel volumen no lo había visto antes. Lo cogí. Se trataba de Los últimos días de un filósofo, de sir Humphrey Davy, y en la primera hoja ponía «Frederick Lawrence», escrito a mano. Cerré el libro, pero lo conservé en la mano, y me quedé de cara a la puerta, dando la espalda a la chimenea, esperando con tranquilidad la llegada de la dama, pues no dudaba que vendría. Poco después oí sus pasos en el vestíbulo. Mi corazón comenzó a latir deprisa, pero lo contuve con una maldición interna, no mostrando alteración alguna, al menos exteriormente. Ella entró tranquila, pálida, confiada.

—¿A qué debo este honor, señor Markham? —dijo con una dignidad tan solemne, aunque reposada, que casi me desconcertó.

No obstante contesté con una sonrisa y bastante descaro:

—He venido para oír su explicación.

—Le dije que no se la daría —contestó—. También le dije que no merecía usted mi confianza.

—Oh, muy bien —repliqué, dirigiéndome a la puerta.

—Espere un momento —dijo ella—. Ésta será la última vez que le vea: no se vaya todavía.

Quedé a la espera de sus órdenes.

—Dígame —continuó—, ¿en qué se basa usted para creer todas esas cosas que se dicen de mí? ¿Quién se las ha dicho? ¿A qué se refieren?

Guardé silencio un momento. Hizo frente a mi mirada con valor, como si su pecho hubiera sido acorazado con una inocencia consciente. Estaba decidida a saber lo peor y a enfrentarse a ello. «No puedo aplastar ese intrépido espíritu», pensé. Pero mientras disfrutaba en secreto de mi poder, me sentí inclinado a entretenerme con mi víctima como si fuera un gato. Mostrándole el libro que todavía tenía en la mano y, señalando el nombre que aparecía en la guarda, sin dejar de mirarla fijamente, le pregunté:

—¿Conoce usted a este caballero?

—Naturalmente que le conozco —respondió, y un rubor invadió sus rasgos; no podría decir si fue de vergüenza o de ira; más bien parecía lo último—. ¿Qué más, señor?

—¿Desde cuándo se ve con él?

—¿Quién le ha dado el derecho a pedirme explicaciones sobre éste o cualquier otro asunto?

—¡Oh, nadie! Es libre de contestar a mi pregunta o no. Y ahora, permítame que le pregunte: ¿se ha enterado de lo que le ha ocurrido hace poco a ese amigo suyo? Porque si no lo sabe...

—¡No permitiré que me insulte, señor Markham! —gritó, casi enfurecida por mi actitud—. Así que será mejor que se vaya de esta casa si es a eso a lo que ha venido.

—No he venido a insultarla: he venido a escuchar su explicación.

—Y yo le digo que no voy a dársela —replicó, paseando por la habitación en un estado de gran excitación, con las manos fuertemente entrelazadas, mientras de sus ojos se escapaban destellos de indignación—. No me dignaré explicar mi conducta a alguien capaz de bromear con unas sospechas tan horribles y que puede ser inducido a admitirlas con tan pocos escrúpulos.

—Yo no bromeo con ellas, señora Graham —contesté, abandonando por fin mi tono sarcástico—. ¡Desearía de verdad poder tomármelas a broma! ¡Y en cuanto a ser inducido admitir las sospechas, sólo Dios sabe lo ciego, estúpido e ingenuo que he sido hasta ahora, empeñándome en cerrar los ojos y tapar los oídos frente a todo lo que amenazaba desmoronar mi confianza en

usted, hasta que las pruebas desmintieron mi chifladura!

—¿Qué pruebas, señor?

—Está bien, se lo diré. ¿Se acuerda usted de la tarde que estuve aquí?

—La recuerdo.

—Hasta entonces, usted había dejado caer algunas insinuaciones que podrían haber abierto los ojos de un hombre más sensato; pero no tuvieron ese efecto sobre mí: seguí confiando y creyendo, esperando contra toda esperanza, y adorándola cuando no podía comprender. Ocurrió, sin embargo, que después de dejarla volví, llevado por la pura intensidad de mi lástima y el ardor del afecto, no atreviéndome a imponerle mi presencia abiertamente, pero incapaz de resistir la tentación de echar una mirada a través de la ventana, simplemente para ver cómo se encontraba; al parecer la había dejado sumida en la aflicción, y en parte culpaba de ello a mi falta de discreción y de dominio sobre mí mismo. Si hice mal, debo decir que fue sólo el amor lo que me impulsó, aunque el castigo fue bastante severo. Acababa de llegar a aquel árbol cuando usted salió al jardín con su amigo. Teniendo en cuenta las circunstancias, preferí no mostrarme y me quedé en la sombra hasta que hubieron pasado.

—¿Y cuánto oyó usted de nuestra conversación?

—Más que suficiente, Helen. Y me vino muy bien oírlo, porque algo menos importante no me hubiera curado de mi chifladura. Siempre dije y pensé que nunca creería una sola palabra pronunciada contra usted a menos que la oyera de sus propios labios. Todas las insinuaciones y afirmaciones de los demás las consideraba calumnias malignas e infundadas; incluso todo lo que parecía acusarla lo creía excesivo, y respecto a lo que parecía inexplicable de su situación confiaba en que usted podría explicarlo si quería.

La señora Graham había dejado de pasear. Se apoyó sobre uno de los extremos de la repisa de la chimenea, de cara al otro, cerca del cual yo estaba, con la barbilla apoyada en su mano cerrada, los ojos no ardiendo ya de ira, sino brillando con una excitación inquieta, a veces mirándome mientras hablaba, otras deslizándose por la pared de enfrente o fijándose en la alfombra.

—De todas formas tendría que haberme hablado —dijo— y oído lo que yo le hubiera dicho en mi descargo. Fue un error, y poco generoso por su parte, retirarse tan secreta y repentinamente, justo después de unas declaraciones de afecto tan apasionadas, sin suponer siquiera una razón para el cambio. Debería habérmelo dicho todo, aunque para mí fuera desagradable. Habría sido mejor que este silencio.

—¿Con qué finalidad lo hubiera hecho? Usted no podría haberme aclarado una cuestión que sólo me concernía a mí, ni podría haberme convencido de la

falsedad de la prueba que me habían proporcionado mis sentidos. Yo deseaba que nuestra intimidad cesara de inmediato, como usted misma había reconocido que sería el caso si yo llegaba a saberlo todo; sin embargo, no quería mortificarla, aunque (como usted misma reconoció) me había hecho mucho daño. Sí; me ha causado un daño que nunca podrá reparar usted, ni nadie. ¡Ha marchitado la frescura y la promesa de la juventud y convertido mi vida en un desierto! Aunque viviera cien años no podría recuperarme nunca de los efectos de este terrible golpe... ¡y nunca podría olvidarlo! A partir de ahora... Se ríe usted, señora Graham —dije, interrumpiéndome de golpe, incapaz de continuar con mi apasionada arenga debido a sentimientos inexpresables, incapaz de soportar que se riera verdaderamente de la imagen de la ruina que ella había forjado.

—¿De verdad? —dijo, mirándome con expresión seria—. No me di cuenta. Si lo he hecho no ha sido por el placer que me proporcionaba la idea del daño que le he causado. El Cielo sabe que me ha atormentado bastante la sola posibilidad; ha sido la alegría de descubrir que tenía usted un alma sensible y profunda al fin y al cabo, y que no me había equivocado del todo sobre sus cualidades. Pero las sonrisas y las lágrimas son iguales para mí; ninguna de las dos expresan sentimientos determinados: a veces lloro cuando soy feliz y sonrío cuando estoy triste.

Me miró de nuevo y pareció esperar una réplica; pero yo permanecí en silencio.

—¿Le gustaría saber que se equivocó en sus conclusiones? —continuó diciendo.

—¿Cómo puede preguntarlo, Helen?

—No digo que pueda justificarme del todo —dijo, hablando rápido y en voz baja, al tiempo que su corazón latía visiblemente y su pecho vibraba por la emoción—, pero ¿le gustaría saber que era mejor de lo que usted cree?

—Todo lo que pudiera restablecer mínimamente mi primera opinión de usted, justificar el interés que todavía siento y aliviar los tormentos de una indecible pesadumbre que me acompañan, ¡no sólo sería muy agradable sino que sería recibido con avidez!

Sus mejillas ardían y su cuerpo entero temblaba con el exceso de agitación. No habló, sino que se precipitó hacia su escritorio y, cogiendo nerviosamente lo que parecía un grueso álbum o un manuscrito, arrancó con impaciencia algunas hojas del final y puso el resto en mis manos, diciendo:

—No ha de leerlo todo, pero lléveselo a su casa.

Y salió a toda prisa de la estancia. Pero cuando yo ya me había ido y

descendía por el sendero, abrió la ventana y me llamó. Era sólo para decirme:

—Tráigalo cuando lo haya leído y no diga una palabra de lo que se cuenta ahí a nadie en absoluto. Confío en su honradez.

Antes de que pudiera contestar, había cerrado la ventana y se había dado la vuelta. Vi cómo se dejaba caer en la vieja silla de roble y se cubría el rostro con las manos. Había sufrido una tensión tan grande que fue inevitable que buscara alivio en las lágrimas.

Jadeando con impaciencia y luchando por reprimir mis esperanzas, volví con presteza a mi casa, corrí escaleras arriba hasta llegar a mi habitación, después de haberme provisto de una vela, aunque no había oscurecido del todo todavía; luego cerré la puerta con llave, decidido a no permitir ninguna interrupción; y sentándome ante la mesa abrí mi premio y me entregué a su lectura escrupulosa: primero, pasando apresuradamente las hojas, atrapando una frase aquí y allá, y luego, dispuesto en firme a leerlo entero.

Lo tengo ahora ante mí, y aunque no podrías leerlo con la mitad del interés con que yo lo hice, sé que no te contentarías con un resumen de su contenido; así que lo tendrás todo, salvo, quizá, algunos pasajes aquí y allá que sólo tenían un interés pasajero para quien lo escribió, o aquellos que sólo servirían para embrollar la historia más que para aclararla. Comienza de un modo un poco brusco, así... pero dejaremos su comienzo para otro capítulo, al que llamaremos...

CAPÍTULO XVI

LAS ADVERTENCIAS DE LA EXPERIENCIA

1 de junio de 1821. — Acabamos de regresar a Staningley —mejor dicho, regresamos hace algunos días—, y todavía no estoy instalada, y siento como si nunca fuera a estarlo. Dejamos la ciudad antes de lo que pensábamos, a consecuencia de la indisposición de mi tío; me pregunto cuál habría sido el resultado si nos hubiéramos quedado todo el tiempo. Estoy francamente avergonzada por mi recién nacida aversión a la vida del campo. Todas mis ocupaciones anteriores me parecen tediosas y aburridas; mis entretenimientos de antes, insípidos e inútiles. No puedo disfrutar de mi música porque no hay nadie que la escuche. No puedo disfrutar de mis paseos porque no me encuentro con nadie. No puedo disfrutar de mis libros, porque no tienen el poder de mantener mi atención: mi pensamiento está tan obsesionado con los recuerdos de las últimas semanas que no puedo concentrarme. Dibujar es lo que más me satisface, porque puedo hacerlo al mismo tiempo que pienso; y

aunque nadie, salvo yo misma y aquellos que no se interesan por ellas, puede contemplar mis creaciones posiblemente alguien lo haga en el futuro. Sin embargo, hay un rostro que intento pintar o esbozar siempre sin éxito; y esto me exaspera. En cuanto al dueño de ese rostro, no puedo quitármelo de la cabeza y, en realidad, nunca lo intento. Me pregunto si él alguna vez piensa en mí, y me pregunto si le volveré a ver. Luego podrían seguir una serie de incógnitas, preguntas que sólo el tiempo y el destino pueden contestar, con esta conclusión: suponiendo que todo lo demás fuera contestado afirmativamente, me pregunto si no me arrepentiré alguna vez (mi tía me diría que debería, si supiera lo que estaba pensando). Con qué claridad recuerdo la conversación que mantuvimos aquella tarde antes de salir para la ciudad, cuando estábamos sentadas junto al fuego, después de que mi tío se fuera a la cama con un ataque de gota.

—Helen —dijo ella, después de un silencio pensativo—, ¿piensas alguna vez en el matrimonio?

—Sí, tía, a menudo.

—¿Y has pensado alguna vez en la posibilidad de casarte o comprometerte antes de que termine la temporada?

—A veces, pero no creo en absoluto probable que lo haga.

—¿Por qué?

—Porque supongo que debe haber pocos, poquísimos, hombres en el mundo con los que me gustara casarme; y de esos pocos hay una posibilidad entre diez de que llegue a conocer a alguno; y si llegara a conocerlo, habría una posibilidad entre veinte de que fuera soltero, o de que se prendara de mí.

—Eso no es un argumento en absoluto. Puede ser muy cierto, y espero que lo sea, que haya muy pocos hombres con los que decidieras casarte. Es de suponer, realmente, que no desearas casarte con ninguno hasta que te lo pidiera: el afecto de una muchacha no debería ganarse nunca sin esfuerzo. Pero cuando es buscado, cuando la ciudadela del corazón es adecuadamente sitiada, es fácil que se rinda antes de que su dueña se dé cuenta, y a menudo en contra de su propio juicio, y oponiéndose a todas sus ideas preconcebidas sobre lo que podía haber amado, a menos que la muchacha sea muy cautelosa y discreta. Helen, quiero advertirte de estas cosas y exhortarte a que seas sensata y prudente desde el mismo comienzo de tu carrera, y a que no permitas que tu corazón lo robe la primera persona atolondrada o sin principios que lo ambicione. Verás, querida, sólo tienes dieciocho años; tienes mucho tiempo por delante, y ni tu tío ni yo tenemos prisa por que te separes de nosotros, y puedo aventurarme a decir que no te faltarán pretendientes. Puedes presumir de pertenecer a una buena familia, de poseer una fortuna y unas perspectivas

considerables; te puedo decir (porque, si no yo, otros lo harán) que eres bastante guapa, además, ¡y espero que no tengas nunca razones para lamentarlo!

—Espero que no, tía; pero ¿por qué temer lo contrario?

—Porque, querida, la belleza es la cualidad que generalmente, junto con el dinero, atrae más a la peor clase de hombres; y por tanto, es probable que le cause bastantes problemas a su poseedora.

—¿Has tenido problemas por ello, tía?

—No, Helen —dijo, con severidad inculpativa—, pero conozco a muchas que los han tenido; y algunas de ellas, por no tener cuidado, han sido las desdichadas víctimas del engaño; otras, por debilidad, han caído en trampas y tentaciones que sería terrible relatar.

—Bueno, no seré incauta ni débil.

—¡Acuérdete de Peter, Helen! No te envanezcas, sino observa. Vigila tus ojos y tus oídos como las entradas de tu corazón, y tus labios como su salida, no sea que te traicionen en un momento de descuido. Recibe cada atención con frialdad y desapasionamiento, hasta que hayas determinado y considerado debidamente la valía del pretendiente; deja que tus sentimientos sigan sólo a la aprobación. Primero estudia; luego aprueba; después ama. Deja que tus ojos sean ciegos a todos los atractivos externos, tus oídos sordos a la fascinación del halago y la conversación frívola. Éstos no son nada, peor que nada: trampas y ardides del tentador para inducir a una atolondrada a que se precipite a su propia destrucción. Los principios son lo primero, después de todo; a continuación están la sensatez, la respetabilidad y una fortuna moderada. Si te casaras con el hombre más guapo, más elegante y superficialmente agradable del mundo, no sabes bien la tristeza que te invadiría si, después, descubrieras que es un réprobo indigno, o incluso un idiota sin remedio.

—Pero, tía, ¿qué van a hacer todos los pobres locos y réprobos? Si todos siguieran tu consejo, el mundo se acabaría pronto.

—¡No lo creas, querida! A los hombres idiotas y a los réprobos nunca les faltarán compañeras mientras haya tantas mujeres que los igualen; pero tú sigue mi consejo. Y éste no es un asunto con el que se pueda bromear, Helen. Lamento que trates el asunto de esa manera tan frívola. Créeme, el matrimonio es una cosa seria.

Hablaba de una forma tan grave que una podría haberse imaginado que lo había aprendido a costa de su propia experiencia; sin embargo, no le hice más preguntas impertinentes y me limité a contestar:

—Ya sé que lo es; y también sé que tienes mucha razón en lo que dices; pero no debes temer por mí porque no sólo creería un error casarme con un hombre que careciera de sensatez o de principios, sino que nunca me sentiría tentada de hacerlo, pues nunca me gustaría, aunque fuera, por otro lado, muy atractivo y encantador; le detestaría, le despreciaría, me compadecería de él, sentiría por él cualquier cosa menos amor. Mi cariño no sólo debería fundarse en la aprobación, sino que lo estará y habrá de estarlo; porque sin aprobación yo no puedo amar. Es innecesario decir que tendría que ser capaz de respetar y venerar al hombre con el que me case, tanto como amarle, pues no puedo amar de otro modo. Así que no te preocupes.

—Espero que sea así —contestó.

—Yo sé que es así —insistí.

—Todavía no te han puesto a prueba, Helen; sólo podemos confiar en que sea así —dijo con su característico tono frío y cauto.

Me irritó su incredulidad; no obstante, no estoy segura de que sus dudas carecieran de sagacidad; me temo que me ha sido más fácil recordar su consejo que aprovecharme de él; en realidad a veces he tenido que poner en duda la solidez de sus teorías sobre estas materias. Sus consejos pueden ser buenos en la medida en que son válidos... en líneas generales; pero hay algunas cosas que ha pasado por alto en sus cálculos. Me pregunto si ha estado enamorada alguna vez.

Comencé mi carrera —o mi primera campaña, como la llama mi tío— acariciando esperanzas y fantasías radiantes —inspiradas fundamentalmente por esta conversación—, y llena de confianza en mi propia discreción. Al principio estaba encantada de la novedad y la emoción de nuestra vida londinense; pero pronto empecé a cansarme de su mezcla de turbulencia y frialdad, y a suspirar por la frescura y la libertad de nuestro hogar. Las personas que conocí, tanto los hombres como las mujeres, decepcionaron mis esperanzas, y unas veces me irritaban y otras me deprimían, pues pronto me cansé de estudiar sus peculiaridades y reírme de sus flaquezas —especialmente teniendo en cuenta que tenía que guardarme mis críticas porque mi tía no les habría prestado atención—, y estas personas me parecían irritantemente necias, pusilánimes y artificiales, sobre todo las mujeres. Los caballeros me causaron mejor impresión, pero quizá fuera porque los conocía menos o, quizá, porque me halagaban; pero no me enamoré de ninguno de ellos y si bien sus atenciones me complacían en un momento determinado, me irritaban al siguiente, porque me ponían de mal humor al poner al descubierto mi vanidad y me hacían temer estar volviéndome como alguna de aquellas damas a las que menospreciaba sinceramente.

Había un caballero mayor que me molestaba mucho. Era un viejo amigo de

mi tío, quien, creo, pensaba que yo no podía hacer nada mejor que casarme con él; pero, además de ser viejo, era feo y desagradable... y mal intencionado, estoy segura, aunque mi tía me riñó por decirlo; sin embargo, admitió que no era un santo. Y había otro, menos odioso, pero todavía más aburrido, porque mi tía le otorgaba su favor y estaba siempre imponiéndome su presencia y cantándome sus alabanzas. Se llamaba señor Boarham, pero prefiero llamarle Bor'em, por lo terriblemente aburrido que era; me estremezco todavía al recordar su voz, que zumbaba, zumbaba en mis oídos, mientras estaba sentado junto a mí, atormentándome con su prosa y engañándose a sí mismo con la idea de que estaba beneficiando a mi mente con una información útil, o inculcándome sus dogmas y corrigiendo mis errores de pensamiento, o quizá, pensando que hablaba poniéndose a mi nivel y que me divertía con su entretenida conversación. No obstante, era un hombre bastante honesto en general, me atrevería a decir, y si hubiera mantenido las distancias nunca le habría odiado. Tal como se comportaba, era casi imposible de soportar; porque no sólo me molestaba imponiéndome su presencia, sino que me impedía disfrutar de una compañía más agradable.

Una noche, sin embargo, en un baile, había sido más pesado que de costumbre y mi paciencia se había agotado. Parecía como si la velada en general estuviera condenada a ser insoportable: no había bailado más que una vez con un estúpido mequetrefe, y luego el señor Boarham se me había acercado y parecía decidido a no separarse de mí durante el resto de la noche. Nunca bailaba. Se sentó allí, con la cabeza cerca de mi rostro, haciendo creer a los mirones que era un amante consumado, reconocido; mi tía no nos quitaba ojo de encima, deseándole buena suerte. Intenté en vano apartarle de mí dando rienda suelta a mis exasperados sentimientos, e incluso a una rudeza evidente: nada pudo convencerle de que su compañía me era desagradable. Un silencio hosco era tomado como una atención extasiada y le daba la oportunidad de hablar; las respuestas mordaces eran recibidas como ocurrencias inteligentes de una viveza juvenil que sólo requerían una reprimenda indulgente; y las simples contradicciones no eran sino como el aceite para las llamas, y acarreaban una nueva serie de argumentos para defender sus dogmas, dejando caer sobre mí oleadas de razonamientos para abrumarme con convicción.

Pero había alguien entre los presentes que parecía apreciar mejor mi estado de ánimo. Era un caballero situado cerca de nosotros que llevaba cierto tiempo prestando atención a nuestra charla, evidentemente entretenido con la implacable pertinacia de mi acompañante y mi manifiesta incomodidad, riéndose para sí mismo ante la aspereza y el intransigente espíritu de mis réplicas. Al fin, sin embargo, se retiró y se acercó a la señora de la casa, con el aparente propósito de pedirle que nos presentara, pues, poco después, los dos vinieron y ella me lo presentó como el señor Huntingdon, el hijo de un antiguo amigo de mi tío. Me invitó a bailar. Yo acepté encantada, naturalmente; fue mi

acompañante durante el resto de la velada, que no fue larga, pues mi tía, como de costumbre, insistió en marcharse temprano.

Lamenté tener que irme porque había encontrado en mi nuevo conocido un acompañante muy vivaz y entretenido. Había una gran soltura y libertad en todo lo que decía y hacía, lo que proporcionó a mi mente una sensación de descanso y expansión después de toda la coacción y formalidad que me había visto obligada a sufrir. Podría decirse, es verdad, que sus modales y su manera de hablar era quizá demasiado audaces y descarados, pero yo estaba de tan buen humor y tan agradecida por mi liberación final del señor Boarham, que no me molestó.

—Bueno, Helen, ¿qué te parece el señor Boarham ahora? —preguntó mi tía una vez que nos acomodamos en el carruaje y partimos.

—Peor que nunca —contesté.

Ella pareció disgustada, pero no dijo nada más sobre el asunto.

—¿Quién era ese caballero con quien bailaste al final —continuó después de una pausa—, que fue tan solícito al ayudarte a poner el chal?

—No fue solícito en absoluto, tía, ni intentó ayudarme en absoluto hasta que vio que el señor Boarham se disponía a hacerlo; entonces se adelantó riéndose y dijo: «Vamos, la libraré de ese castigo».

—Te pregunté que quién era —dijo, con gélida gravedad.

—Era el señor Huntingdon, el hijo de un viejo amigo del tío.

—He oído hablar a tu tío del joven señor Huntingdon. Le he oído decir: «Es un buen muchacho, ese joven Huntingdon, pero un poco estrafalario, tengo la impresión». Así que ten cuidado.

—¿Qué quiere decir «un poco estrafalario»? —pregunté.

—Significa desprovisto de principios y propenso a todos los vicios característicos de la juventud.

—Pero yo he oído decir al tío que él también fue un muchacho malicioso y estrafalario cuando era joven.

Mi tía movió la cabeza con severidad.

—Entonces estaba bromeando, supongo —dije—, y hablaba por hablar. Al menos, no puedo creer que haya ningún mal en aquellos alegres ojos azules.

—¡Eso no es forma de razonar, Helen! —dijo con un suspiro.

—Bueno, deberíamos ser caritativas, tía... Además, no creo que sea un juicio falso: soy una excelente fisonomista y siempre juzgo el carácter de la

gente por su aspecto; no en función de si es guapa o fea, sino por el aspecto general de su semblante. Por ejemplo, yo sabría por tu cara que no tienes un carácter alegre, confiado; y sabría por la del señor Wilmot que es un viejo réprobo indigno, y por la del señor Boarham que no es una compañía agradable, y por la del señor Huntingdon que no es un tonto ni un bribón, aunque, posiblemente, tampoco un sabio ni un santo. De todas formas eso no me importa puesto que lo más probable es que no vuelva a encontrarme con él, como no sea como pareja ocasional en un salón de baile.

Sin embargo, no fue así, porque le vi a la mañana siguiente. Vino a visitar a mi tío y se disculpó por no haberlo hecho antes; explicó que acababa de volver del Continente y no se había enterado, hasta la noche anterior, de la llegada de mi tío a la ciudad. Después de eso le vi a menudo; a veces en público, a veces en casa. Era muy asiduo en presentar sus respetos a su viejo amigo, el cual, sin embargo, no se consideraba muy en deuda por sus atenciones.

—Me pregunto qué demonios quiere decir el muchacho viniendo tan a menudo —decía—. ¿Puedes decírmelo tú, Helen? ¿Eh? No tiene necesidad en absoluto de mi compañía, ni yo tampoco de la suya, de eso estoy seguro.

—Entonces, me gustaría que se lo dijeras —dijo mi tía.

—¿Por qué? ¿Con qué fin? Si yo no tengo interés en verle, quizá alguien sí (me guiñó un ojo). Además tiene una bonita y saneada fortuna, Peggy, ya lo sabes. No es tan buen partido como Wilmot, pero Helen no querrá oír hablar de semejante casamiento. En cierto modo esos tipos viejos no hacen buena pareja con las muchachas, a pesar de su dinero y su experiencia. Apuesto cualquier cosa a que ella preferiría a ese joven sin un penique que a Wilmot con su casa llena de oro, ¿verdad, Nell?

—Sí, tío; pero no es necesario que hagas ninguna comparación porque preferiría ser una solterona y una indigente que la señora Wilmot.

—¿Y la señora Huntingdon? ¿Qué te parecería ser la señora Huntingdon? ¿Eh?

—Te lo diré cuando haya considerado el asunto.

—¡Ah! Entonces necesita consideración. Y ahora, dime: ¿serías una solterona y no digamos una indigente?

—No puedo decirlo hasta que se me plantee la disyuntiva.

Y salí de la habitación para evitar que el interrogatorio llegara más lejos. Pero cinco minutos más tarde, cuando estaba mirando por la ventana, vi al señor Boarham acercarse hacia la puerta. Esperé durante casi media hora en una tensión incómoda, aguardando a cada minuto que me llamaran y anhelando inútilmente oírle marchar. Luego oí pasos en las escaleras y mi tía

entró en la habitación con un semblante solemne y cerró la puerta detrás de ella.

—Está aquí el señor Boarham, Helen —dijo—. Desea verte.

—¡Oh, tía! ¿No puedes decirle que no me encuentro bien? Es verdad... me enferma verle.

—¡Tonterías, querida! Éste no es un asunto frívolo. Ha venido por un motivo muy importante: pedir tu mano en matrimonio a tu tío y a mí.

—Espero que mi tío y tú le hayáis dicho que no estaba en vuestro poder dársela. ¿Qué derecho tiene él a preguntarle a nadie antes que a mí?

—¡Helen!

—¿Qué ha dicho el tío?

—Dijo que no iba a entrometerse en esta cuestión y que si era de tu gusto aceptar la atenta oferta del señor Boarham...

—¿Ha dicho atenta oferta?

—No; ha dicho que si querías aceptarla podías hacerlo; y si no, que eras libre de hacerlo.

—Me parece muy bien; y tú, ¿qué has dicho?

—Lo que yo he dicho no importa. ¿Qué dirás tú? Esto es lo importante. Él está esperando para preguntártelo; pero piénsalo bien antes de bajar, y si tienes intención de rechazarle, dame tus razones.

—Voy a rechazarle, desde luego, pero debes decirme cómo, porque quiero ser cortés y decidida al mismo tiempo. Y cuando me desembarace de él te explicaré mis razones.

—Tranquilízate, Helen; siéntate un momento y cálmate. El señor Boarham no tiene prisa porque no duda de que aceptes, y yo quiero hablar contigo. Dime, querida, ¿cuáles son las objeciones que le pones? ¿Acaso no es un hombre bueno y honrado?

—Sí.

—¿No es comedido, sensato, respetable?

—Sí, puede ser todo eso, pero...

—¡Pero, Helen! ¿Cuántos hombres así esperas encontrar en el mundo? ¡Bueno, honrado, comedido, sensato, respetable! ¿Es un carácter tan corriente como para que rechaces al poseedor de unas cualidades tan nobles sin un momento de duda? Sí, nobles, puedo llamarlas así. Piensa en el significado de cada una de ellas y en las inestimables virtudes que incluyen (y podría añadir

muchas más a la lista); piensa que todo esto lo ponen a tus pies y que está en tu mano asegurar esta bendición para el resto de tu vida: ¡un marido excelente y digno que te ama con ternura, pero no demasiado apasionadamente para no ver tus defectos; un marido que será tu guía a lo largo del peregrinaje por la vida y tu compañero en la felicidad eterna! Piensa, ¿cómo...?

—Pero yo le detesto, tía —dije, interrumpiendo aquel caudal de elocuencia tan insólito en ella.

—¡Le detestas, Helen! ¿Es esto un espíritu cristiano? ¿Le odias? ¡Un hombre tan bueno!

—No le odio como hombre sino como marido. Como hombre le quiero tanto que le deseo una esposa mejor que yo, una que sea tan buena como él, o mejor, si es que crees que es posible, suponiendo que a ella le gustara él; pero a mí nunca podría gustarme y por tanto...

—Pero ¿por qué no? ¿Qué defectos le encuentras?

—En primer lugar, tiene, como mínimo, cuarenta años, aunque a mí me da la impresión de tener bastantes más, y yo sólo tengo dieciocho; en segundo lugar, es muy mojigato e intransigente; tercero, sus gustos y su sensibilidad son del todo opuestos a los míos; cuarto, su aspecto, su voz y sus modales son especialmente desagradables para mí, y por último, siento una aversión por toda su persona que nunca podré superar.

—¡Entonces deberías superarla! Y por favor, compárale con el señor Huntingdon, dejando aparte la belleza (que no contribuye en absoluto al mérito del hombre, o a la felicidad de la vida matrimonial, y que tú misma has confesado a menudo que no tiene mucha importancia para ti), y dime quién es mejor.

—No me cabe la menor duda de que el señor Huntingdon es un hombre mucho mejor de lo que tú crees. Pero no estamos hablando de él, sino del señor Boarham; y como preferiría crecer, vivir y morir en bendita soledad antes que ser su esposa, lo más correcto sería que se lo dijera de una vez y le sacara de dudas. Así que déjame ir.

—Pero no le des una negativa tajante; no se espera en absoluto una cosa semejante y le ofendería mucho. Dile que no tienes intención de casarte de momento.

—Pero sí tengo intención de hacerlo.

—O que desearías conocerle mejor.

—Pero no quiero conocerle mejor, sino todo lo contrario.

Y sin esperar a más amonestaciones salí de la habitación y fui al encuentro

del señor Boarham. Estaba paseándose por la sala, al tiempo que canturreaba fragmentos de tonadas y mordisqueaba el puño de su bastón.

—Mi querida señorita —dijo inclinándose y sonriendo con gran complacencia—. Tengo el consentimiento de sus amables tutores para...

—Lo sé, señor —dijo deseando acortar la escena lo más posible—, y le estoy muy agradecida por su preferencia, pero debo rogarle que me disculpe por rehusar el honor que desea otorgarme; creo que no estamos hechos el uno para el otro, como usted mismo podría comprobar al poco tiempo si intentáramos la experiencia.

Mi tía tenía razón: era evidente que él no dudaba de que iba a aceptar, y que no esperaba en absoluto una negativa rotunda. Estaba turbado y sorprendido por semejante respuesta, pero no se sintió muy ofendido, pues no podía creer lo que había oído. Después de un carraspeo y una risita volvió al ataque.

—Sé, querida, que existe una disparidad considerable entre nosotros, en años, temperamento, y quizá en otras cosas; pero permítame asegurarle que no seré severo al señalar las faltas y flaquezas de una naturaleza joven y ardiente como la suya, y aunque me las confiese a mí mismo, e incluso las censure con la solicitud de un padre, créame, ningún amante juvenil podría ser más tiernamente indulgente con el objeto de su afecto que yo con usted; y, por una parte, permítame confiar en que mi experiencia de más años y mis hábitos de reflexión más serios no sean una deshonra a sus ojos, pues haré lo posible porque la conduzcan a la felicidad. ¡Vamos! ¿Qué dice? ¡Dejémonos de coqueterías y caprichos de señorita y hable claro de una vez!

—No puedo más que repetir lo que dije antes: estoy segura de que no estamos hechos el uno para el otro.

—¿Piensa realmente eso?

—Sí.

—Pero usted no me conoce. Querrá usted saber más de mí, tener más tiempo para...

—No, no quiero. Le conozco lo suficiente, y mejor de lo que me conoce usted a mí, pues de lo contrario nunca soñaría con unirse a alguien tan distinto, tan inapropiado para usted desde todos los puntos de vista.

—Pero, mi querida señorita, yo no busco la perfección. Puedo excusar...

—Gracias, señor Boarham, pero no abusaré de su bondad. Puede usted guardar su indulgencia y consideración para una destinataria más valiosa, que no sea para ellas una carga tan pesada.

—Pero permítame rogarle que pida consejo a su tía. Estoy seguro de que esa excelente dama...

—Ya he consultado con ella, y sé que sus deseos coinciden con los suyos; pero en un asunto tan importante como éste, me tomo la libertad de juzgar por mí misma, y ninguna opinión puede alterar mis inclinaciones, o inducirme a creer que semejante paso conduciría a mi felicidad, o a la suya. Y me asombra que un hombre de su experiencia y sensatez pensara en escoger semejante esposa.

—¡Ah, bueno! —dijo—. Yo mismo me he asombrado por ello a veces. En alguna ocasión me he dicho a mí mismo: «Bueno, Boarham, ¿qué es lo que pretendes? Ten cuidado, hombre. ¡Piensa antes de dar el salto! Ésta es una criatura dulce, encantadora, pero recuerda: ¡los atractivos más seductores para el amante, muy a menudo se convierten en las más grandes torturas para el marido!». Le aseguro que he hecho mi elección después de reflexionar mucho. La aparente imprudencia del casamiento me ha costado muchos quebraderos de cabeza durante el día y muchas horas de insomnio por la noche; pero al fin me sentí satisfecho al descubrir que no era, en verdad, imprudente. Me di cuenta de que mi dulce muchacha no carecía de defectos, pero entre éstos no estaba su juventud, que más bien era una promesa de virtudes todavía no desplegadas, una sólida base para presumir que sus pequeños defectos de carácter y sus errores de juicio, opinión y modales, no serían irremediables, sino que podrían ser corregidos o mitigados poco a poco con los esfuerzos de un consejero juicioso y atento. Y pensé que cuando yo no fuera capaz de controlar o guiar podría seguramente intentar perdonar, en bien de sus muchos méritos. Por tanto, queridísima muchacha, puesto que yo estoy satisfecho, ¿por qué iba usted a poner objeciones, en mi propio beneficio, al menos?

—Sin embargo, para decirle la verdad, señor Boarham, es por mi propio bien por lo que sobre todo pongo objeciones, así que dejemos este asunto. —Yo habría dicho: «Porque es algo peor que inútil seguir hablando de él», pero me interrumpió obstinadamente, diciendo:

—Pero ¿por qué? Yo la amaría, la estimaría, la protegería —etc., etc., etc.

No me molestaré transcribiendo la interminable serie de argumentos que intercambiamos. Basta con decir que le encontré muy molesto y que me fue muy difícil convencerle de que yo quería realmente decir lo que decía, y en verdad se mostró tan obstinado y tan ciego a mis intereses que no había la más mínima posibilidad de que ni él ni mi tía pudieran vencer mis objeciones. En realidad, no estoy segura de que llegara a imponerme después de todo; pero, cansada de que volviera tenazmente al mismo punto y de que repitiera una y otra vez el mismo argumento, obligándome a reiterar las mismas respuestas, al final me volví hacia él indignada y mis últimas palabras fueron:

—Se lo diré claramente: no puede ser. Ninguna consideración puede inducirme a contraer matrimonio en contra de mis deseos. Le respeto a usted (o al menos le respetaría si se hubiera comportado como un hombre sensato) pero no puedo amarle y nunca podría, y cuanto más habla más me repele usted; así que le ruego que no diga una palabra más sobre ello.

Después de esto me deseó buenos días y se retiró, desconcertado y ofendido, naturalmente; pero la culpa no fue mía.

CAPÍTULO XVII

MÁS ADVERTENCIAS

Al día siguiente acompañé a mis tíos a un convite en casa del señor Wilmot. Tenía hospedadas en su casa a dos damas: su sobrina Annabella (una muchacha vivaz y bella, o más bien una mujer joven de unos veinticinco años, demasiado coqueta para casarse, según su propia afirmación, pero enormemente admirada por el caballero, quien propagaba a los cuatro vientos que era una mujer espléndida) y su comedia prima Milicent Hargrave, que me había tomado una gran simpatía, creyéndome erróneamente algo mucho mejor de lo que era. Y yo, en compensación, le tenía un gran cariño. Excluiría por completo a la pobre Milicent de mi antipatía general por las damas que conocí. Pero no he mencionado la velada a causa de ella, o de su primo, sino en honor de otro de los invitados del señor Wilmot: el señor Huntingdon. Tengo una buena razón para recordar su presencia: fue la última vez que le vi.

Él no se sentó cerca de mí durante la cena, porque le tocó en suerte acompañar a una voluminosa anciana, y a mí ser acompañada por el señor Grimsby, un amigo suyo, pero que a mí me disgustaba sobremanera: había un aspecto siniestro en su semblante y una mezcla de brutalidad agazapada y doblez repugnante en su comportamiento, que no podía soportar. Qué costumbre tan aburrida es ésta, por cierto, entre las muchas fuentes de innecesaria incomodidad de esta vida supercivilizada. Si los caballeros deben acompañar a las damas al comedor, ¿por qué no pueden escoger aquellas que les gusten más?

No estoy segura, sin embargo, de que el señor Huntingdon me hubiera escogido a mí si hubiera tenido la libertad de elegir. Es muy posible que hubiera elegido a la señorita Wilmot, pues ella parecía decidida a acaparar su atención y él parecía dispuesto a rendirle el homenaje que le exigía. Al menos eso creí cuando vi cómo hablaban y se reían y las miradas que se dirigían ante el desdén y menosprecio de sus respectivos vecinos. Mi idea pareció

confirmarse después, al reunirse los caballeros con nosotras en el salón, cuando ella, nada más hacer él su entrada, le pidió levantando la voz que fuera el árbitro de una discusión que mantenía con otra dama, y el joven acudió a la llamada con presteza y decidió la cuestión en su favor sin un momento de duda —aunque, desde mi punto de vista, era obvio que la señorita Wilmot estaba equivocada—, quedándose luego a charlar familiarmente con ella y un grupo de mujeres. Entretanto yo estaba sentada junto a Milicent Hargrave en el extremo opuesto del salón, examinando sus dibujos más recientes, ayudándola con mis observaciones críticas y consejos, solicitados por ella. Pero a pesar de mis esfuerzos por mantener la compostura, mi atención se desviaba de los dibujos hacia el alegre grupo, y sin poder evitarlo me encolericé y, sin duda, puse mala cara, pues Milicent, creyendo que debía de estar cansada de sus manchas y garabatos, me rogó que me uniera al grupo y dejara para más tarde el examen del resto. Pero cuando trataba de convencerla de que no deseaba unirme a ellos y de que no estaba cansada, el señor Huntingdon se acercó a la pequeña mesa redonda a la que estábamos sentadas.

—¿Son suyos? —dijo, cogiendo negligentemente uno de los dibujos.

—No, son de la señorita Hargrave.

—¡Oh! Echémosles una ojeada.

Y sin prestar atención a las protestas de la señorita Hargrave, que decía que no valía la pena mirarlos, puso una silla cerca de mí y, cogiendo los dibujos de uno en uno de mi mano, los fue examinando y dejando sobre la mesa. No decía nada sobre ellos pero no paraba de hablar. No sé lo que Milicent Hargrave opinó de aquel comportamiento, pero yo encontré su conversación muy interesante, aunque, como descubrí luego, cuando me detuve a analizarla, lo que pretendía en realidad era burlarse de los diferentes miembros del grupo; y aunque hizo algunas observaciones agudas y otras en exceso burlonas, no creo que todas en general parecieran especialmente interesantes si las transcribiera aquí sin las accidentales ayudas de la mirada, el gesto, el tono, y aquel encanto inefable aunque indefinido que proporcionaba un halo a todo lo que hacía y decía; y que habría convertido en un placer mirar su cara y oír la música de su voz, aunque estuviera diciendo tonterías, y que hizo que me sintiera tan dolida con mi tía cuando puso fin a esta diversión, acercándose tranquilamente, con el pretexto de que quería ver los dibujos, de los que en realidad no entendía una palabra ni le importaban. Mientras hacía creer que los examinaba, se dirigió al señor Huntingdon en uno de sus tonos más fríos y repelentes, haciendo una serie de preguntas y observaciones de lo más triviales y formales, con el propósito de desviar su atención de mí... de molestarme, como pensé. Después de mirar todo el contenido de la carpeta, los dejé entregados a su tête-à-tête y me senté en un sofá, bastante apartada del grupo, sin pensar en lo extraña que podría parecer semejante conducta, tratando

simplemente de recuperarme de la vejación del momento en primer lugar, y dedicarme después al disfrute de mis propios pensamientos.

Pero no pude estar sola mucho tiempo. El señor Wilmot —que de todos los hombres era al que menos deseaba ver— se aprovechó de que estaba sola para sentarse junto a mí. Yo me había jactado de haber rechazado sus insinuaciones con tanta eficacia hasta el punto de pensar que no tenía nada que temer de su desafortunada preferencia; pero parece que estaba en un error: era tan grande su confianza, bien en su fortuna o en el poder de atracción que le quedaba, y tan firme su creencia en la debilidad femenina, que se creyó en condiciones para intentar el cerco de nuevo, lo que hizo con renovado ardor, incitado por la cantidad de vino que había bebido... una circunstancia que lo volvía infinitamente más repulsivo. Pero aunque le aborrecí una enormidad en aquel momento, no quise tratarle con rudeza, puesto que yo era su invitada y había estado disfrutando de su hospitalidad. Además no podía echar mano de un rechazo cortés pero decidido, ni me habría servido de nada haber podido hacerlo, pues era demasiado obtuso para percatarse de cualquier repulsa que no fuera tan clara y tajante como su propia desfachatez. La consecuencia fue que se fue poniendo cada vez más asquerosamente tierno y más repulsivamente cariñoso, y yo estaba al borde de la desesperación y a punto de decir no sé qué, cuando sentí que de pronto una mano cogía la mía, que estaba apoyada en uno de los brazos del sofá, y la apretaba con fervor. Instintivamente adiviné quién era, y al alzar la vista me mostré menos sorprendida que complacida al ver que el señor Huntingdon me sonreía. Era como pasar de un demonio torturador a un ángel de luz que venía a anunciarme que la época del tormento había terminado.

—Helen —dijo (él me llamaba con frecuencia Helen y yo nunca me molesté porque se tomara esta libertad)—, quiero que vea este cuadro. Estoy seguro de que el señor Wilmot la excusará por un momento.

Me levanté con presteza. Me cogió del brazo y me condujo a lo largo de la estancia hasta llegar delante de un espléndido cuadro de Van Dyck en el que me había fijado antes pero que no había examinado con atención. Después de un momento de contemplación silenciosa, estaba empezando a comentar su belleza y sus peculiaridades, cuando, oprimiendo alegremente la mano que todavía retenía en su brazo, me interrumpió diciendo:

—Olvídese del cuadro; no fue por él por lo que la traje aquí; fue para apartarla de aquel viejo disoluto y vil, que está mirando hacia aquí como si tuviera la intención de desafiarme por la afrenta.

—Le estoy muy agradecida —dije—. Ésta es la segunda vez que me libera de una compañía tan poco agradable.

—No me lo agradezca demasiado —contestó—: no es del todo por

generosidad hacia usted. En parte es por un sentimiento de rencor hacia sus torturadores, que hace que me complazca en hacerles una trastada a esos viejos, aunque no crea tener razón ninguna para temerlos como rivales. ¿La tengo, Helen?

—Usted sabe que los detesto a los dos.

—¿Y a mí?

—No tengo ninguna razón para detestarle.

—Pero ¿cuáles son sus sentimientos hacia mí, Helen? ¡Dígamelo! ¿Con qué ojos me mira?

Y volvió a oprimir mi mano; pero temía que hubiera más un poder consciente que ternura en su comportamiento, y sentí que no tenía derecho a arrancarme una confesión de mi preferencia cuando él por su parte no había hecho otra igual, y no supe qué responder. Por fin dije:

—¿Con qué ojos me ve usted?

—¡Dulce ángel! ¡Te adoro!

—Helen, ven un momento —dijo la voz clara, grave, de mi tía, que estaba muy cerca de nosotros. Y le dejé murmurando maldiciones contra su ángel maligno.

—Bueno, tía, ¿qué pasa? ¿Qué quieres? —dije, siguiéndola hasta el alféizar de la ventana.

—Quiero que vuelvas con tu acompañante cuando estés en condiciones —replicó ella, mirándome con dureza—; pero, por favor, quédate aquí unos momentos hasta que ese llamativo color se haya desvanecido un poco y tus ojos hayan recuperado algo de su expresión habitual. Me sentiría avergonzada si alguien te viera en el estado en que estás.

Naturalmente, semejante observación no sirvió para reducir el «llamativo color»; al contrario, sentí que la cara me ardía con las redobladas llamas de una mezcla de emociones, entre las cuales la más importante era de ira incontenible e indignación. No dije nada, sin embargo, sino que retiré la cortina y miré la noche, o mejor dicho, la farola de la plaza.

—¿Estaba el señor Huntingdon haciéndote una proposición de matrimonio, Helen? —inquirió mi demasiado atenta tutora.

—No.

—¿Qué estaba diciendo entonces? Yo oí algo muy parecido a eso.

—No sé lo que habría dicho si no le hubieras interrumpido.

—¿Y habrías aceptado, Helen, si te hubiera propuesto casarte con él?

—Desde luego que no... sin consultar antes con el tío y contigo.

—¡Oh! Me agrada, querida, que seas tan prudente. Bueno —añadió después de una pausa—, ya has llamado bastante la atención esta noche. Veo que las señoras están dirigiendo miradas curiosas hacia nosotras en este momento. Volveré con ellas. Ven tú también cuando te hayas tranquilizado lo suficiente como para tener tu aspecto habitual.

—Ya estoy tranquila.

—Entonces habla despacio y abandona este aspecto malicioso —dijo mi tranquila pero provocadora tía—. Volveremos a casa dentro de poco y entonces —añadió con solemnidad— tendré muchas cosas que decirte.

Así, fui a casa preparada para escuchar un formidable discurso. Ninguna de las dos habló mucho mientras nos dirigíamos a nuestro hogar en el carruaje; pero cuando entré en mi habitación y me dejé caer en el sillón para reflexionar sobre los acontecimientos del día, mi tía me siguió y, después de despedir a Rachel, que estaba colocando cuidadosamente mis vestidos, cerró la puerta y, poniendo una silla junto a mí o, mejor dicho, pegada a mí, se sentó. Con el debido respeto le ofrecí mi asiento más cómodo. Ella rehusó e inició así su conferencia:

—¿Recuerdas, Helen, la conversación que mantuvimos justo la noche antes de salir de Staningley?

—Sí, tía.

—¿Y te acuerdas que te previne para que no permitieras que robaran tu corazón aquellos que fueran indignos de poseerlo, y no entregaras tu afecto si no había una aprobación previa y si la razón y el juicio negaban su sanción?

—Sí, pero mi razón...

—Perdóname... ¿Recuerdas que me aseguraste que no había razón para inquietarse por tu bien, porque nunca te sentirías tentada a casarte con un hombre falto de sensatez y principios, por muy encantador y atractivo que fuera en otros aspectos, puesto que tú no podrías amarle, sino que le detestarías, despreciarías, te compadecerías de él, que sentirías por él cualquier cosa menos amor? ¿No fueron éstas tus palabras?

—Sí, pero...

—¿Y no dijiste que tu cariño debía fundarse en la aprobación, y que si no podías aprobar, honrar, respetar, no podías amar?

—Sí, pero yo apruebo, honro y respeto...

—¿Y de qué manera, querida? ¿Es acaso el señor Huntingdon un hombre de bien?

—Es un hombre mucho mejor de lo que tú crees.

—Eso no tiene nada que ver con lo que digo. ¿Es un hombre de bien?

—Sí... en ciertos aspectos. Tiene un buen carácter.

—¿Es un hombre de principios?

—Quizá no exactamente, pero es sólo por falta de reflexión: si tuviera a alguien que le aconsejara y le recordara lo que está bien...

—Aprendería en seguida, crees tú. ¿Y tú precisamente querías ser su maestra? Pero, querida, él es, creo, más de diez años mayor que tú. ¿Cómo es que eres tan rica en conocimientos morales?

—Gracias a ti, tía, he sido muy bien educada y he tenido siempre ante mí buenos ejemplos, los cuales, él, probablemente, no ha tenido; además, tiene un temperamento atrevido y un carácter alegre, irreflexivo, mientras que yo tiendo de forma natural a la reflexión.

—Bien, entonces acabas de reconocer que le falta sensatez tanto como principios...

—¡Mi sensatez y mis principios están a su servicio!

—¡Eso parece presuntuoso, Helen! ¿Crees que tienes suficiente para los dos? ¿Te imaginas que tu alegre, irreflexivo calavera consentiría en ser guiado por una jovencita como tú?

—No; yo no querría guiarle; pero creo que podría tener influencia suficiente para impedir que cometiera ciertos errores, y pensaría que mi vida estaría bien empleada en esforzarme por preservar de la destrucción una naturaleza tan noble. Él me escucha con interés cuando le hablo seriamente (y a menudo me atrevo a desaprobar su desconsiderada manera de hablar), y a veces dice que si me tuviera siempre a su lado nunca haría o diría una cosa maliciosa, y que una charla cotidiana conmigo lo convertiría casi en un santo. Puede ser en parte una broma y en parte una zalamería, pero sin embargo...

—Pero ¿todavía crees que puede ser verdad?

—Si pienso que hay algo de verdad en ello, no es por confianza en mi propia capacidad, sino en su bondad natural. Y no tienes derecho a llamarle calavera, tía; no es nada parecido.

—¿Quién te lo ha dicho, querida? ¿Qué me dices de esa historia de su relación con una mujer casada? ¿No te lo estaba contando la misma señorita Wilmot el otro día?

—¡Era mentira! ¡Mentira! —grité—. No creo una palabra de eso.

—¿Crees, entonces, que es un joven virtuoso, de buena conducta?

—No conozco con toda seguridad su carácter. Sólo sé que no he oído nada definitivo en contra de él, al menos, nada que pueda ser probado; y hasta que la gente no pueda probar sus difamatorias acusaciones no las creeré. Y sé una cosa: si ha cometido errores, éstos son los naturales en la juventud, aquellos sobre los que nadie piensa siquiera, porque lo que veo es que todo el mundo le aprecia, y las mamás le sonrían y sus hijas (la misma señorita Wilmot) están deseando atraer su atención.

—Helen, el mundo puede considerar veniales esos pecados; unas pocas madres sin principios pueden estar ansiosas por cazar a un hombre joven con fortuna sin tener en cuenta su carácter; y jovencitas insensatas pueden sentirse satisfechas de ganarse las sonrisas de un caballero tan atractivo, sin buscar más allá de la superficie; pero yo te consideraba mejor formada como para no ver con sus ojos y juzgar con su viciado entendimiento. ¡No creí que llamaras veniales estos errores!

—Ni yo tampoco, tía; pero si bien odio los pecados, amo al pecador, haría mucho por su salvación, incluso suponiendo que tus sospechas fueran ciertas en general, lo que no creo ni creeré.

—Está bien, querida, pregúntale a tu tío qué clase de amigos tiene ese joven, y si no está ligado a una pandilla de jóvenes disolutos y libertinos, a los que él llama sus amigos, sus magníficos camaradas, cuyo placer principal es encenagarse en el vicio, compitiendo unos con otros para ver quién va más deprisa y llega más lejos por el peligroso camino que conduce al lugar dispuesto por el diablo y sus ángeles.

—Entonces, le protegeré de ellos.

—¡Oh, Helen, Helen! ¡No sabes la desgracia que sería que unieras tu destino al de ese hombre!

—Tengo tanta confianza en él, tía, a pesar de todo lo que dices, que arriesgaría de buena gana mi felicidad para asegurar la suya. Dejaré los hombres mejores a aquellas que sólo tienen en cuenta su propio interés. Si ha obrado erróneamente, consideraré que vale la pena dedicar mi vida a salvarle de las consecuencias de sus errores anteriores y a luchar para hacerle volver al camino de la virtud. ¡Ojalá Dios me ayude!

Aquí terminó la conversación, pues al llegar a este punto se oyó la voz de mi tío, proveniente de su alcoba, que llamaba a mi tía para que se fuera a la cama. Estaba de mal humor aquella noche, porque se encontraba peor de su gota. El dolor le había aumentado progresivamente desde que llegamos a la

ciudad; mi tía se aprovechó de la circunstancia para convencerle a la mañana siguiente de que volviéramos de inmediato al campo, sin esperar a que terminara la temporada. Su médico apoyó y reforzó sus argumentos, y en contra de su costumbre, se apresuró tanto a hacer los preparativos del traslado (creo que tanto por mi bien como por el de mi tío), que partimos a los pocos días. Y no volví a ver al señor Huntingdon. Mi tía presume de que pronto le olvidaré, quizá cree que ya le he olvidado, porque nunca menciono su nombre; y puede seguir creyéndolo, hasta que volvamos a encontrarnos, si es que sucede alguna vez. Me pregunto si sucederá.

CAPÍTULO XVIII

LA MINIATURA

25 de agosto. — Ya estoy completamente metida en mi habitual rutina de ocupaciones invariables y entretenimientos apacibles, bastante contenta y alegre, aunque deseando que llegue la primavera con la esperanza de volver a la ciudad, no por sus diversiones y fiestas, sino por la posibilidad de encontrarme de nuevo con el señor Huntingdon, porque todavía está en mis pensamientos y en mis sueños. En todas mis ocupaciones, en todo lo que hago, veo u oigo, hay una última referencia a él; todos los conocimientos o habilidades los adquiero para ponerlos a su servicio o entretenerle algún día; todas las bellezas nuevas que descubro en la naturaleza o en el arte, las pinto para que se encuentren con su mirada, o las guardo en mi memoria para describírselas en un posible futuro. Al menos, ésta es la esperanza que acaricio, la ilusión que ilumina mi solitario camino. Después de todo, puede ser sólo un ignis fatuus, pero no puede haber mal alguno en que lo siga con mis ojos y me regocije con su brillo mientras no me aparte de la trayectoria que debo seguir, y creo que no me apartará porque he pensado detenidamente en el consejo de mi tía y ahora veo claro lo estúpido que sería sacrificarme por alguien que fuera indigno de todo el amor que puedo ofrecerle, e incapaz de corresponder a los sentimientos mejores y más profundos de mi corazón. Lo veo tan claro que aunque le volviera a ver, y se acordara de mí y me amara todavía (lo cual, ¡ay!, es muy poco probable teniendo en cuenta cuál es su situación y quién le rodea), y aunque me pidiera que me casara con él, estoy decidida a no aceptar hasta no estar segura de si es mi opinión sobre él o la de mi tía la más cercana a la verdad. Porque si la mía es totalmente equivocada, no es a él a quien amo, sino a una criatura de mi propia imaginación. Pero creo que no estoy equivocada —no, no—, hay algo secreto, un instinto que me dice que tengo razón. Hay una bondad esencial en él..., ¡y qué placer descubrirla! Y si se ha extraviado, ¡qué bendición hacerle volver! Si está ahora expuesto a

la perniciosa influencia de amigos corruptores y malignos, ¡qué gloria apartarle de ellos! ¡Oh! ¡Si pudiera creer ciegamente que el Cielo me ha encomendado esta misión!

Hoy es uno de septiembre; pero mi tío ha ordenado al guardabosques que no se ocupe de las perdices hasta que vengan los caballeros.

—¿Qué caballeros? —pregunté cuando oí aquello.

Había invitado a un reducido grupo de personas a cazar. Su amigo el señor Wilmot era una de ellas, y el amigo de mi tía, el señor Boarham, otra. Al principio me parecieron éstas unas noticias terribles, pero mis temores se desvanecieron como un sueño cuando me enteré de que ¡el señor Huntingdon era otro de los invitados! Mi tía, naturalmente, se opone a que él venga; hizo todo lo posible por disuadir a mi tío de invitarle; pero él, riéndose de sus objeciones, dijo que era inútil decir nada más, pues el daño ya estaba hecho: había invitado al señor Huntingdon y a su amigo, lord Lowborough, antes de salir de Londres, y ahora no quedaba más que fijar la fecha para que vinieran. Así que sé con seguridad que voy a verle. No puedo expresar mi alegría. Me resulta muy difícil ocultársela a mi tía, pero no quiero preocuparla con mis sentimientos hasta saber si debo ser indulgente con ellos o no. Si descubro que es mi deber insoslayable olvidarlos, no preocuparán a nadie salvo a mí; y si en realidad no encuentro nada que justifique mi renuncia a este afecto, me enfrentaré a lo que sea, incluso a la ira y el dolor de mi mejor amiga por su causa... seguramente, pronto lo sabré. Sin embargo, los invitados no llegarán hasta mediados de mes.

Vamos a tener también dos invitadas: el señor Wilmot va a traer a su sobrina y a la prima de ésta, Milicent. Supongo que mi tía piensa que la última me beneficiará con su compañía y el saludable ejemplo de su comportamiento comedido, y su espíritu dócil y humilde. No le estoy agradecida por esto, pero me satisfará la compañía de Milicent: es una muchacha dulce, buena, y me gustaría ser como ella o, al menos, parecerme más a ella.

19. — Ya están aquí. Llegaron anteayer. Todos los caballeros han ido a cazar y las damas están con mi tía en la sala, haciendo labor. Me he retirado a la biblioteca porque me siento muy desgraciada y quiero estar sola. Los libros no pueden distraerme; así que he abierto mi escritorio y trataré de explicar la causa de mi desasosiego. Este papel hará las veces del amigo confidencial en cuyo oído puedo verter los anegamientos de mi corazón. No sentirá compasión de mi angustia, pero por lo menos no se reirá de ella y, si lo guardo, no podrá contarlo; de esta forma, es, quizá, el mejor amigo que podría encontrar con este fin.

Primero permítaseme hablar de su llegada, de cómo me senté junto a mi ventana y estuve mirando a través de ella durante casi dos horas, antes de que

su carruaje cruzara las puertas del parque —porque todos los demás vinieron antes que él—, y qué profunda desilusión me llevé cada vez que llegaba alguien y no era él. Primero arribaron el señor Wilmot y las señoritas. Cuando Milicent hubo llegado a su habitación, abandoné mi puesto unos minutos para saludarla y tener una breve conversación privada, pues ella era ahora mi íntima amiga, después de habernos intercambiado largas cartas desde que nos separamos. Al volver a mi ventana, vi otro carruaje a la puerta. ¿Era el suyo? No; era el chariot feo y oscuro del señor Boarham; y ahí estaba él, en las escaleras, supervisando cuidadosamente la descarga de sus cajas y paquetes. ¡Vaya colección! Parecía que había proyectado una visita de seis meses por lo menos. Bastante tiempo después llegó lord Lowborough en su birlocho. Me pregunto si será uno de sus amigos disolutos. Yo diría que no, porque nadie podría llamarle un compañero alegre, estoy segura. Además, parece demasiado sobrio y caballero en su comportamiento para merecer tales sospechas. Es un hombre alto, delgado, de mirada triste, aparentemente entre los treinta y los cuarenta años, de un aspecto algo enfermizo y apesadumbrado.

Por fin, el ligero faetón del señor Huntingdon llegó bamboleándose alegremente por el césped. No pude verle más que un instante, porque en cuanto el vehículo se detuvo, él saltó a las escaleras del pórtico y desapareció dentro de la casa.

Entonces accedí a vestirme para la cena, un deber que Rachel había estado recordándome durante los últimos veinte minutos; y cuando esta importante obligación fue cumplimentada, acudí al salón, donde encontré al señor y la señorita Wilmot, y a Milicent Hargrave, ya reunidos. Poco después entró lord Lowborough y a continuación el señor Boarham, quien pareció muy dispuesto a olvidar y perdonar mi conducta anterior, y a esperar que una pequeña reconciliación y una firme perseverancia por su parte pudieran conseguir que yo entrara en razón. Yo estaba junto a la ventana, conversando con Milicent, y él se acercó a mí y empezó a hablar casi en su tono habitual, cuando entró en la estancia el señor Huntingdon.

«¿Cómo me saludará?», se preguntó mi desbocado corazón; y, en lugar de ir a su encuentro, me volví hacia la ventana para ocultar o dominar mi emoción. Pero después de saludar a sus anfitriones y a los demás huéspedes, vino hacia mí, apretó mi mano fervorosamente y murmuró que le alegraba volver a verme. En ese momento se anunció la cena, mi tía le pidió que acompañara hasta el comedor a la señorita Hargrave, y el odioso señor Wilmot, con muecas indescriptibles, me ofreció su brazo; fui condenada a sentarme entre él y el señor Boarham. Pero, después, cuando estuvimos otra vez todos reunidos en el salón, fui recompensada por tanto sufrimiento con unos deliciosos minutos de conversación con el señor Huntingdon.

En el transcurso de la velada, se le pidió a la señorita Wilmot que cantara y

tocara para entretenimiento de la concurrencia, y a mí que mostrara mis dibujos; y aunque a él le gusta la música, y ella es una consumada instrumentista, creo que estoy en lo cierto si afirmo que el señor Huntingdon prestó más atención a mis dibujos que a su música.

Hasta aquí todo fue bien; pero al oírle decir, sotto voce, pero con un énfasis peculiar: «¡Éste es el mejor de todos!», refiriéndose a uno de los dibujos, alcé la vista, interesada por saber a cuál se refería y, horrorizada, vi que contemplaba con complacencia la otra cara de la cartulina: ¡en ella había hecho yo un boceto de su rostro y me había olvidado de borrarlo! Para empeorar las cosas, angustiada, intenté arrebatárselo de la mano; pero él me lo impidió y exclamó:

—No, ¡por san Jorge que me quedará con él! —Y lo colocó sobre el chaleco y se abotonó la levita encima de él con una risa ahogada.

Entonces, acercando una vela, reunió todos los dibujos, tanto los que ya había visto como los que no, y murmurando:

«Ahora debo fijarme en las dos caras», comenzó ávidamente un examen que seguí al principio con bastante sangre fría, en la confianza de que su vanidad no iba a ser gratificada por ningún otro descubrimiento; porque, si bien debo reconocerme culpable de haber emborronado la cara posterior de varias cartulinas con intentos frustrados de delinear aquella fisonomía demasiado fascinante, estaba segura de que, salvo aquella desafortunada excepción, había borrado semejantes pruebas de mi apasionamiento. Sin embargo, el lápiz deja una marca sobre la cartulina que ninguna goma puede hacer desaparecer. Tal parece fue el caso de la mayoría de éstas; y, lo confieso, me estremecí cuando vi que las colocaba tan cerca de la vela y escudriñaba tan intensamente las superficies aparentemente en blanco; no obstante, confiaba en que no sería capaz de descifrar aquellos leves trazos a su entera satisfacción. Estaba equivocada, sin embargo. Una vez terminado su escrutinio, observó con tranquilidad:

—Por lo que veo, la parte posterior de los dibujos de las damas jóvenes, como las posdatas de sus cartas, son lo más importante e interesante de ellos.

Luego, apoyándose en el respaldo de su silla, reflexionó algunos minutos en silencio, sonriendo, complacido, para sí mismo. Después, mientras yo estaba buscando una frase mordaz con la que atajar su complacencia, se levantó y cruzó el salón para acercarse a Annabella Wilmot, que coqueteaba descaradamente con lord Lowborough. Se sentó en el sofá y no se separó de ella hasta que nos fuimos todos a la cama.

«¡Vaya! —pensé—. Así que me desprecia porque sabe que le amo».

Y este pensamiento hizo que me sintiera tan desgraciada que no sabía qué

hacer. Milicent vino, comenzó a admirar mis dibujos e hizo observaciones sobre ellos; pero no pude hablar con ella, no podía hablar con nadie; y, cuando trajeron el té, aproveché la puerta abierta y la ligera distracción que produjo su entrada, para salir del salón sin que lo notara nadie. Estaba segura de que no podría ni probarlo y busqué refugio en la biblioteca. Mi tía envió a Thomas en mi busca para preguntarme si no iba a ir a tomar té; pero yo le envié con el recado de que no lo tomaría hoy; y, afortunadamente, estaba demasiado ocupada con sus invitados para hacer más averiguaciones en aquel momento.

Como la mayor parte de los huéspedes habían hecho un largo viaje ese día, se retiraron pronto a descansar; cuando los hube oído a todos —al menos eso creí— subir las escaleras, me aventuré a salir para coger mi palmatoria del aparador del salón. Pero el señor Huntingdon se había quedado rezagado: estaba al pie de la escalera precisamente cuando abrí la puerta y al oír mis pasos en el vestíbulo —aunque apenas podía oírlos yo misma— retrocedió de inmediato.

—¿Es usted, Helen? —dijo—. ¿Por qué se escapó de nosotros?

—Buenas noches, señor Huntingdon —dije, decidida a no contestar la pregunta. Y me desvié para entrar en el salón.

—Me dará la mano, ¿verdad? —dijo, colocándose en el vano de la puerta, cerrándome el paso. Y me cogió la mano y la retuvo completamente en contra de mis deseos.

—¡Déjeme pasar, señor Huntingdon! —dije—. Deseo coger una vela.

—La vela puede esperar —replicó.

Hice un esfuerzo desesperado por liberar mi mano de la suya.

—¿Por qué tiene tanta prisa por dejarme, Helen? —dijo sonriendo con una autosuficiencia de lo más provocadora—. Usted no me detesta, estoy seguro.

—Sí, le detesto... en este momento.

—¡No! Es a Annabella Wilmot a quien detesta, no a mí.

—No tengo nada que ver con Annabella Wilmot —repuse, ardiendo de indignación.

—Pero yo sí, ya lo sabe —respondió con un énfasis singular.

—¡Eso no me importa! —repliqué.

—¿No le importa, Helen? ¿Sería capaz de jurarlo? ¿Lo jura?

—¡No, no lo juraré, señor Huntingdon! ¡Me voy! —grité, sin saber si reír o llorar, o estallar en una tempestad de cólera.

—¡Váyase entonces, fiera! —dijo; pero en el mismo momento en que soltaba mi mano, tuvo la audacia de ponerme el brazo alrededor del cuello y besarme.

Temblando de ira y agitación —y no sé de qué más—, me escapé, cogí la vela y me precipité escaleras arriba hasta llegar a mi habitación. ¡No habría hecho aquello de no haber sido por aquel odioso dibujo! ¡Y todavía lo tenía en su poder, como un monumento eterno a su orgullo y a mi humillación!

Apenas pude dormir esa noche y, por la mañana, me levanté confundida y turbada por la idea de encontrarme con él en el desayuno. No sabía qué actitud adoptar frente a él. Fingir una indiferencia fría y digna de poco serviría, después de lo que sabía de mi devoción. Sin embargo, debía hacer algo para atajar sus presunciones. No consentiría en sucumbir a la tiranía de aquellos ojos luminosos, risueños. En consecuencia, acogí su alegre saludo por la mañana todo lo fría y serenamente que mi tía pudiera haber deseado, y frustré con breves respuestas sus varios intentos de entablar conversación conmigo; por el contrario, traté al resto de los invitados con una jovialidad y afabilidad inhabituales, especialmente a Annabella Wilmot, e incluso el tío de ésta y el señor Boarham fueron tratados con una cantidad extra de cortesía, no por razones de coquetería, sino simplemente para mostrarle que mi frescura y reserva particulares no eran la consecuencia de un malhumor general o de un espíritu deprimido.

Él no iba, sin embargo, a sentirse afectado por una actuación semejante. No charló mucho conmigo, pero cuando lo hizo habló con un grado tal de libertad y franqueza —y benevolencia además— que parecía insinuar con claridad que sabía que sus palabras eran música para mis oídos; y cuando su mirada se encontraba con la mía iba acompañada de una sonrisa quizá presuntuosa, pero, oh, tan dulce, tan radiante, tan cordial, que posiblemente no pude ocultar mi ira; cualquier sombra de desagrado en seguida se desvanecía con ella como las nubes matinales con el sol del verano.

Poco después del desayuno todos los caballeros salvo uno, con impaciencia juvenil, emprendieron su expedición contra las desventuradas perdices; mi tío y el señor Wilmot en sus jacas, el señor Huntingdon y lord Lowborough a pie; el único que no salió fue el señor Boarham, quien, al ver la lluvia que había caído durante la noche, creyó prudente retrasarse un poco y unirse a ellos más tarde, cuando el sol hubiera secado la hierba. Y nos obsequió a todos con su larga y minuciosa disquisición sobre los males y peligros que van unidos a un suelo húmedo, expuesta con la más imperturbable solemnidad, entre las burlas y risas del señor Huntingdon y mi tío, quienes, dejando al prudente cazador que entretuviera a las damas con sus debates médicos, salieron intrépidamente con sus escopetas, encaminando primero sus pasos a los establos para echar una ojeada a los caballos y soltar a los perros.

Sin ningún deseo de compartir la compañía del señor Boarham toda la mañana, me dirigí a la biblioteca y allí instalé mi caballete y comencé a pintar. El caballete y los utensilios para pintar servirían de excusa a mi abandono del salón en el caso de que mi tía viniera a quejarse por la deserción, y además yo deseaba terminar el cuadro. Era uno en el que había puesto gran empeño y pretendía que fuera mi obra maestra, aunque la idea era algo presuntuosa. Con el azul radiante del cielo, las luces cálidas y brillantes, y las largas y profundas sombras, había tratado de expresar la idea de una mañana soleada. Me había aventurado a acentuar el verdor luminoso de la hierba y el follaje de la primavera o los primeros días del verano más de lo que se intenta comúnmente en la pintura. La escena representada era un páramo abierto en un bosque. Un grupo de oscuros pinos silvestres estaba situado en segundo término para resaltar la frescura dominante del resto; pero en primer término había parte de un nudoso tronco y de las largas ramas de un gran árbol del bosque, cuyo follaje era de un verde dorado y luminoso, no del color de la madurez otoñal, sino del de la luz del sol y la misma inmadurez de las escasas hojas extendidas. Sobre esta rama, que sobresalía en marcado relieve contra los sombríos pinos silvestres, estaba posada una amorosa pareja de tórtolos, cuyo plumaje blando y sombrío proporcionaba un contraste de otra naturaleza; y bajo ella, se veía a una muchacha arrodillada sobre el césped adornado con margaritas, con la cabeza vuelta y el hermoso pelo, revuelto, cayéndole sobre los hombros; las manos estaban entrelazadas, los labios separados, y los ojos mirando atentamente hacia arriba, en extasiada, aunque grave, contemplación de aquellos plúmeos amantes... demasiado profundamente absortos el uno en el otro para advertir su presencia.

Apenas me había puesto a trabajar en mi obra (que, sin embargo, no necesitaba más que algunos toques para estar acabada) cuando los cazadores pasaron por delante de la ventana de vuelta de los establos. La ventana estaba parcialmente abierta y el señor Huntingdon debió de verme al pasar, porque antes de medio minuto volvió y, dejando apoyada su escopeta contra la pared, se encaramó al marco, saltó dentro y se colocó ante mi cuadro.

—Muy bonito, en verdad —dijo, después de mirarlo con interés durante unos segundos—, y un estudio muy acertado de una muchacha. La primavera a punto de abrirse al verano, la mañana aproximándose al mediodía, la doncellez alcanzando la feminidad, y la esperanza asomándose a la fruición. ¡Es una dulce criatura! Pero ¿por qué no la pintó con el pelo negro?

—Pensé que el pelo claro le sentaría mejor. Como ve, la he pintado con ojos azules, regordeta, dulce y sonrosada.

—¡Por Dios! ¡Una verdadera Hebe! Me enamoraría de ella si no tuviera a la artista ante mí. ¡Dulce inocente! Está pensando en que llegará el día en que será cortejada y conquistada como esa bonita tórtola por un amante igual de

enamorado y fervoroso; y está pensando en lo agradable que será y lo tierna y fiel que ella será con él.

—Y quizá —sugerí— en lo tierno y fiel que él será con ella.

—Puede ser, porque la descabellada extravagancia de las fantasías de la esperanza no tiene límite a esa edad.

—¿Llama usted, entonces, a ésa, una de sus descabelladas, extravagantes quimeras?

—No, mi corazón me dice que no lo es. Pude haber pensado eso una vez, pero ahora digo: ¡dadme la muchacha que amo, y juraré una dedicación eterna a ella y sólo a ella, en el verano y en el invierno, en la juventud y en la vejez, en la vida y en la muerte!, si la vejez y la madurez deben llegar.

Dijo esto con tal gravedad que mi corazón brincó de placer; pero un minuto después cambió su tono de voz y preguntó, con una sonrisa significativa, si yo tenía «algún retrato más».

—No —respondí, ruborizándome por la confusión y la ira.

Pero mi carpeta estaba sobre la mesa; él la cogió y se sentó tranquilamente para examinar su contenido.

—Señor Huntingdon, éstos son mis bocetos sin terminar —dije alzando la voz—, y nunca dejo a nadie que los vea.

Y puse mi mano en la carpeta para quitársela, pero él la sujetó, asegurándome que «los bocetos sin terminar eran lo que más le gustaba».

—Pero yo detesto que se vean —respondí—. ¡No puedo dejarle la carpeta, de verdad!

—Déjeme ver entonces lo que tiene dentro —dijo; y en el mismo momento en que conseguía arrancarle la carpeta de la mano, extrajo hábilmente la mayor parte de su contenido y después de hojearlo un momento, gritó:

—¡Válgame el cielo, aquí hay otro! —Y escondió un pequeño óvalo de cartón en el bolsillo de su chaleco, un retrato en miniatura acabado que había dibujado con tanta fortuna como para decidirme a colorearlo con gran esfuerzo y cuidado. Pero estaba decidida a que no se quedara con él.

—Señor Huntingdon —grité—, ¡insisto en que me devuelva eso! Es mío y no tiene derecho a llevárselo. Démelo inmediatamente. ¡Nunca le perdonaré si no lo hace!

Pero cuanto más firmemente insistía, más conseguía enfurecerme él con su risa insultante y divertida. Al fin, sin embargo, me lo devolvió diciendo:

—Está bien, está bien, puesto que lo valora usted tanto, no le privaré de él.

Para demostrarle cómo lo valoraba, lo rompí en dos y lo arrojé a la lumbre. Él no esperaba una cosa así. Cesó su alborozo repentinamente y miró fijamente con mudo asombro el tesoro que se consumía; luego, con un indiferente: «¡bueno!, me iré a cazar», giró sobre sus talones y salió de la habitación por la ventana, como había entrado, y, colocándose el sombrero musitando una tonada, cogió su escopeta y desapareció de mi vista silbando. No me dejó turbada hasta el punto de no poder terminar el cuadro, porque me sentía satisfecha de haberle irritado.

Cuando volví al salón me encontré con que el señor Boarham se había aventurado a salir al campo en busca de sus camaradas y, poco después del almuerzo, al que ellos no pensaban asistir, me ofrecí a acompañar a las damas en un paseo y a mostrar a Annabella y a Milicent las bellezas del paisaje. Hicimos una larga excursión y volvimos a entrar en el jardín en el momento en que los cazadores regresaban de su expedición. Cansados y sucios por el viaje, casi todos ellos cruzaron por encima de la hierba para evitarnos, pero el señor Huntingdon, todo cubierto de polvo y lodo como estaba, y manchado con la sangre de su presa —para no pequeño escándalo del estricto sentido del decoro de mi tía—, se desvió de su camino para acercarse a nosotras con una jovial sonrisa y palabras para todas menos para mí; y colocándose entre Annabella Wilmot y yo, subió por el sendero y comenzó a relatar las diversas proezas y desastres del día, de una manera que me habría hecho reír convulsivamente si no estuviera enfadada con él; pero se dirigía sólo a Annabella y yo, naturalmente, le dejé a ella toda la risa y todas las bromas fingiendo la más absoluta indiferencia por todo lo que pasaba entre ellos; caminé distanciada, mirando en todas direcciones menos en la de ellos, mientras Milicent y mi tía iban delante, cogidas del brazo y conversando seriamente. Por último el señor Huntingdon se volvió hacia mí y, hablando en un murmullo confidencial, dijo:

—Helen, ¿por qué quemó mi retrato?

—Porque deseaba destruirlo —contesté con una aspereza que ahora es inútil lamentar.

—¡Oh, muy bien! —fue la respuesta—. Si usted no me aprecia debo dirigirme a alguien que lo haga.

Yo creí que era una broma, una mezcla de resignación burlona e indiferencia fingida; pero él inmediatamente volvió a colocarse junto a la señorita Wilmot y desde aquel momento hasta ahora —toda aquella tarde, todo el día siguiente, y el siguiente, y el siguiente y toda esta mañana (del día 22)— no ha vuelto a dirigirme una palabra amable o una mirada agradable, no ha hablado conmigo más que por pura necesidad y no me ha mirado más que de una manera fría y hostil, cosa que nunca le creí capaz de hacer.

Mi tía ha notado el cambio y aunque no ha indagado la causa ni me ha

hecho ninguna observación al respecto, me doy cuenta de que le causa placer. La señorita Wilmot también lo ha observado y triunfalmente lo atribuye a sus propios encantos y zalamerías. Pero la verdad es que me siento desgraciada, más de lo que me gustaría confesarme a mí misma. El orgullo se niega a ayudarme. Me ha metido en el aprieto y ahora no va a ayudarme a salir de él.

No pretendió hacerme daño; fue una broma más de su espíritu alegre y juguetón; y yo, con mi mordaz resentimiento —tan serio, tan desproporcionado a la ofensa—, he herido de tal forma sus sentimientos, le he ofendido tan gravemente, que me temo que nunca me perdonará. ¡Y todo por una simple broma! Él cree que no me gusta, y es posible que siga pensando lo mismo. Debo perderle para siempre, y Annabella podrá conquistarle y triunfar como desea.

Pero no es mi pérdida ni el triunfo de ella lo que lamento tan terriblemente, sino el hundimiento de mi querida esperanza de ganar el afecto que Annabella no se merece y el daño que se causará él a sí mismo al confiarle su felicidad. Ella no le ama: sólo piensa en sí misma. No puede apreciar lo bueno que hay en él: tampoco lo verá nunca, ni lo valorará, ni lo estimulará. No deplorará sus defectos ni intentará corregirlos, sino más bien los agravará con los suyos propios. Y dudo que no le engañe después de todo. Veo que está haciendo un doble juego: mientras se entretiene con el vivaz Huntingdon, hace todo lo posible por cautivar al triste amigo de éste, lord Lowborough; y si lograra poner a los dos a sus pies, el fascinante plebeyo tendría pocas probabilidades frente al noble lord. Aunque él se da cuenta del astuto juego de ella, éste no le inquieta, sino que más bien añade un nuevo aliciente a su diversión al oponer un obstáculo estimulante a su conquista, que de lo contrario sería demasiado fácil.

Los señores Wilmot y Boarham han aprovechado respectivamente la oportunidad que les ha proporcionado él al no prestarme atención para renovar sus insinuaciones; si yo fuera como Annabella y algunas otras me aprovecharía de la perseverancia de que hacen gala para tratar de provocarle y reavivar así su afecto; pero, justicia y honestidad aparte, me sería imposible hacerlo; ya me siento bastante molesta por sus actuales persecuciones como para intensificarlas más; e incluso si lo hiciera no produciría demasiado efecto sobre él. Me ve soportar las atenciones condescendientes y las insípidas conversaciones del uno y las intrusiones repulsivas del otro sin el más leve indicio de consideración por mí, o de resentimiento contra mis torturadores. No puede haberme amado nunca, pues de lo contrario no me habría abandonado tan gustosamente, y no seguiría hablando con todo el mundo de una manera tan alegre —riendo y bromeando con lord Lowborough y mi tío, tomando el pelo a Millicent Hargrave y coqueteando con Annabella Wilmot—, como si no le preocupara nada. Oh, ¿por qué no puedo odiarle? ¡Debo ser una

engreída, pues si no lo fuera desdeñaría echarle de menos como lo hago! Sin embargo, he de hacer acopio de todas las fuerzas que me quedan e intentar arrancarle de mi corazón. Ha sonado el timbre para que vayamos a cenar y aquí viene mi tía a reñirme por estar sentada todo el día ante mi escritorio en lugar de hacer compañía a los huéspedes: me gustaría... que se hubieran ido ya.

CAPÍTULO XIX

UN INCIDENTE

22 Noche. — ¿Qué he hecho? ¿Cuáles serán las consecuencias? No puedo reflexionar serenamente sobre ello; no puedo dormir. Debo recurrir a mi diario otra vez; lo pondré por escrito esta noche y ya veré lo que pienso de ello mañana.

Bajé a cenar decidida a mostrarme jovial y amable, y mantuve mi decisión muy honrosamente, teniendo en cuenta cómo me dolía la cabeza y lo desdichada que me sentía por dentro. No sé lo que me ha pasado últimamente; en verdad, mis energías, tanto mentales como físicas, deben de estar extrañamente deterioradas, pues de lo contrario no me habría comportado con tanta flaqueza en muchos aspectos como lo he hecho; pero no me he sentido bien estos últimos dos días; supongo que se debe a comer y dormir tan poco, y a pensar tanto, y a estar tan continuamente de mal humor. Pero sigamos: me estaba esforzando por tocar y cantar para entretenimiento y a petición de mi tía y Milicent, antes de que los caballeros entraran en el salón (a la señorita Wilmot nunca le gusta derrochar sus empeños musicales para regalar sólo los oídos de las damas). Milicent había pedido una cancioncilla escocesa y yo estaba en la mitad de la interpretación cuando ellos entraron. Lo primero que hizo el señor Huntingdon fue acercarse a Annabella.

—Señorita Wilmot, ¿sería tan amable de deleitarnos con su música esta noche? —dijo—. ¡Hágalo! Sé que querrá hacerlo cuando le diga que he estado anhelando todo el día oír el timbre de su voz. ¡Vamos! El piano está libre.

En efecto lo estaba, porque lo abandoné inmediatamente al oír su petición. Si hubiera estado dotada de un conveniente dominio de mí misma, me hubiera acercado a la dama yo también y habría unido gustosamente mis súplicas a las de él; con lo que habría frustrado sus esperanzas, si la afrenta hubiera sido hecha a propósito, o le habría hecho consciente de la ofensa, si hubiera sido producto de la irreflexión; pero me hirió demasiado profundamente y no pude hacer otra cosa que levantarme del taburete y dejarme caer en el sofá,

reprimiendo con dificultad la expresión audible de la amargura que sentía. Sabía que el talento musical de Annabella era superior al mío, pero esto no era razón para tratarme como una completa nulidad. El momento y la manera en que hizo su petición me parecieron un insulto injustificado; pude haber llorado de pura indignación.

Entretanto, ella se sentó al piano, exultante, y le brindó dos de sus canciones favoritas, con un estilo tan magnífico que incluso mi ira se tornó admiración, y escuché con una especie de placer melancólico las hábiles modulaciones de su poderosa y bien timbrada voz, tan adecuadamente acompañada por su briosa, perfecta interpretación al piano. Y mientras mis oídos se sumergían en la música, mis ojos se posaban en el rostro de su destinatario principal, encontrando un placer igual o superior en la contemplación de su expresivo semblante mientras permanecía de pie junto a ella, de aquellos ojos y aquella frente iluminados por un entusiasmo penetrante, y de aquella dulce sonrisa pasajera que aparecía como los rayos de sol en un día de abril. No era extraño que hubiera anhelado oírla cantar. Le perdoné entonces, de todo corazón, su falta de consideración conmigo y me sentí avergonzada por mi mezquino resentimiento ante semejante nadería; avergonzada también por aquellas penosas punzadas de envidia que me roían en lo más íntimo, a pesar de mi placer y admiración.

—Y ahora —dijo ella, deslizando alegremente sus dedos por el teclado, cuando hubo concluido la segunda canción—, ¿qué quiere que cante?

Pero al mismo tiempo que decía esto se volvió para mirar a lord Lowborough, que estaba un poco más atrás, apoyado en el respaldo de una silla, un espectador también atento que, a juzgar por su semblante, estaba experimentando los mismos sentimientos de placer y tristeza que yo. Pero la mirada que ella le dirigió decía claramente: «Escoja usted ahora. Ya le he complacido a él bastante y gustosamente me esforzaré por satisfacerle a usted»; animado de esta forma, su señoría se adelantó y, hojeando el libro de partituras, lo dejó abierto por la página de una canción que yo conocía y que había leído más de una vez con un interés que se derivaba del hecho de relacionarla en mi cabeza con el tirano que dominaba mis pensamientos. Y entonces, con los nervios a flor de piel y casi sin control, no pude oír aquellas palabras tan dulcemente susurradas, sin ciertos síntomas de emoción que no fui capaz de reprimir. Los ojos se me llenaron de lágrimas y escondí mi rostro en el cojín del sofá para que pudieran correr sin ser vistas mientras escuchaba. La melodía era sencilla, dulce y triste; todavía suena en mi cabeza, así como la letra:

¡Adiós a ti!, pero no adiós

a mis recuerdos más queridos de ti:

permanecerán todavía en mi corazón;
y me alegrarán y consolarán.
¡Oh, hermoso y lleno de gracia!
Si nunca te hubiese visto,
nunca habría imaginado que un rostro vivo
podía superar tanto los hechizos soñados.
Aunque no pudiera contemplar nunca más
esa forma, ese rostro tan querido para mí,
ni oír tu voz, me resignaría
a conservar, para siempre, su recuerdo.
Esa voz, la magia de cuyo timbre
puede despertar un eco en mi pecho,
haciendo surgir sentimientos que, solos,
pueden hacer feliz a mi extasiado espíritu.
Esa mirada risueña, cuyo destello solar
mi memoria no puede amar menos:
y, ¡oh, esa sonrisa!, cuyo alegre
resplandor ningún lenguaje mortal puede expresar.
¡Adieu!, pero déjame acariciar, todavía,
la esperanza con la que no puedo partir.
El desprecio puede herir, y la frialdad helar,
pero todavía arde en mi corazón.
¡Y quién sabe sino el Cielo, al fin,
contestar a mis súplicas mil,
y hacer que el futuro compense el pasado,
con alegría en vez de tristeza, con sonrisas en vez de lágrimas!

Cuando terminó, nada ansiaba tanto como estar fuera de la estancia. El sofá no estaba lejos de la puerta, pero no me atrevía a levantar la cabeza porque sabía que el señor Huntingdon estaba cerca de mí, y sabía también por el timbre de su voz, mientras contestaba a una observación de lord Lowborough, que su cara estaba vuelta hacia mí. Quizá un sollozo no ahogado

del todo había llegado hasta sus oídos y le obligó a mirar a su alrededor, ¡Dios no lo quiera! Sin embargo, con un gran esfuerzo, impedí que mis manifestaciones de debilidad llegaran más lejos, me sequé las lágrimas y, cuando creí que ya no me miraba, me levanté y abandoné inmediatamente el salón, refugiándome en mi cuarto favorito, la biblioteca.

No había más luz que la que proporcionaba el débil y rojo resplandor de los rescoldos que quedaban en la chimenea; pero yo no deseaba luz; sólo quería abandonarme a mis pensamientos sola y sin que nadie me molestara; me senté en un pequeño taburete delante del sillón, hundí la cabeza en el mullido asiento de éste y pensé, hasta que las lágrimas brotaron de nuevo y lloré como una niña. Poco después, sin embargo, la puerta se abrió suavemente y alguien entró en la habitación. Creí que era una sirvienta y no me moví. La puerta se cerró otra vez. Pero no estaba sola; una mano tocó con suavidad mi hombro y una voz dijo con dulzura:

—Helen, ¿qué ocurre?

No pude contestar.

—Debe usted, tiene usted que decírmelo —añadió, con más vehemencia, y la persona que hablaba se arrodilló junto a mí sobre la alfombra y se apoderó violentamente de mi mano. Pero yo la retiré, furiosa, y respondí:

—No es nada que le importe, señor Huntingdon.

—¿Está segura de que es algo que no me importa? —replicó él—. ¿Podría jurar que no estaba pensando en mí cuando lloraba?

Aquello era intolerable. Intenté levantarme pero él estaba arrodillado sobre mi vestido.

—Dígame —continuó—. Deseo saberlo, porque si estaba pensando en mí, tengo algo que decirle y si no, me iré.

—¡Váyase, entonces! —grité; pero temiendo que obedeciera y no volviera más, me apresuré a añadir—: ¡O diga lo que tiene que decir y acabe de una vez!

—Pero ¿cómo? —dijo—. Sólo se lo diré si estaba usted realmente pensando en mí. Contésteme, Helen.

—¡Es usted demasiado insolente, señor Huntingdon!

—En absoluto. Así que demasiado insolente, dice usted. ¿No me lo dirá entonces? Está bien, prescindiré de su orgullo de mujer, e interpretando su silencio como un «sí», daré por supuesto que yo era el objeto de sus pensamientos y la causa de su aflicción.

—Verdaderamente, señor...

—Si lo niega, no le contaré mi secreto —me amenazó.

No le interrumpí de nuevo, ni siquiera intenté apartarle de mí, aunque había vuelto a coger mi mano y me tenía medio abrazada con su otro brazo. Apenas me di cuenta de ello en aquel momento.

—Es éste —continuó—: que Annabella Wilmot, en comparación con usted, es como una aparatosa peonía al lado de un capullo de rosa, dulce y salvaje, perlado de rocío. ¡Y que la amo hasta la locura! Ahora dígame si le causa algún placer saber esto. ¿Otro silencio? Eso quiere decir sí. Entonces déjeme añadir que no puedo vivir sin usted, y si contesta «no» a esta última pregunta, me volverá loco: ¿Quiere concederme su mano? ¡Quiere! —gritó, estrechándose en sus brazos hasta ahogarme.

—¡No, no! —exclamé, tratando de liberarme de él—. Debe usted preguntárselo a mis tíos.

—Ellos no me rechazarán si tú no lo haces.

—No estoy segura de eso. Mi tía le aborrece.

—Pero tú no, Helen. Dime que no me amas y me iré.

—¡Me gustaría que se fuera! —respondí.

—Me iré ahora mismo si me dices que no me amas.

—Ya sabe que sí —respondí. Y de nuevo me estrechó en sus brazos y me colmó de besos.

En aquel momento mi tía abrió la puerta y se quedó frente a nosotros, vela en mano, en un estado de aturdimiento y turbación horrorizado, mirándonos alternativamente al señor Huntingdon y a mí. Nosotros nos habíamos puesto en pie de un salto y ahora estábamos bastante alejados el uno del otro.

Pero esta confusión sólo duró unos segundos. Recobrándose de inmediato, con una seguridad envidiable, él dijo:

—¡Le pido mil perdones, señora Maxwell! No sea demasiado severa conmigo. Le estaba pidiendo a su dulce sobrina que se uniera conmigo en matrimonio; y ella, como una muchacha honesta, me hace saber que no puede pensar en ello sin el consentimiento de sus tíos. Permítame que le suplique que no me condene usted a una desdicha eterna: si usted favorece mi causa, estaré salvado, porque estoy seguro de que el señor Maxwell no puede negarle nada.

—Hablaremos de esto mañana, señor —dijo mi tía fríamente—. Es un asunto que exige una deliberación seria y cuidadosa. De momento, sería mejor que volviera usted al salón.

—Pero mientras —suplicó él—, déjeme encomendarle mi causa a su más

indulgente...

—Ninguna indulgencia con usted, señor Huntingdon, debe interponerse entre mí y la consideración de la felicidad de mi sobrina.

—¡Cierto! Sé que ella es un ángel y yo un perro presuntuoso por soñar con la posesión de semejante tesoro; pero, a pesar de todo, preferiría morir antes que renunciar a ella en favor del hombre más bueno del mundo; y en cuanto a su felicidad, sacrificaría mi cuerpo y mi alma...

—Su cuerpo y su alma, señor Huntingdon... ¿Sacrificar su alma?

—Bueno, daría la vida...

—Nadie le pediría que la diera.

—La dedicaré, entonces... consagraré mi vida y todas sus facultades a la protección y a la defensa...

—Habaremos de ello en otra ocasión, señor; y me habría sentido dispuesta a juzgar más favorablemente sus pretensiones, si hubiera elegido usted otro momento y otro lugar, y, permítame añadir, otro modo, para su declaración.

—¿Por qué? Verá, señora Maxwell... —comenzó él.

—Perdone, señor —dijo ella con dignidad—, los invitados están preguntando por usted en la otra habitación. —Y se volvió hacia mí.

—Entonces tendrás que interceder tú por mí, Helen —dijo él, y finalmente se retiró.

—Sería mejor que marcharas a tu habitación, Helen —dijo mi tía con solemnidad—. Contigo discutiré este asunto también mañana.

—No te enfades, tía —dije.

—Querida, no estoy enfadada —replicó—. Estoy sorprendida. Si es verdad que le dijiste que no podías aceptar su ofrecimiento sin nuestro consentimiento...

—Es verdad —la interrumpí.

—Entonces, cómo pudiste permitir...

—No pude evitarlo, tía —grité, estallando en lágrimas. No eran lágrimas de tristeza, ni de temor por el disgusto que se había llevado ella, sino más bien la explosión de todos mis sentimientos tumultuosos y encontrados. Pero mi buena tía se conmovió al ver mi estado de agitación. Con una voz dulce repitió su recomendación de que me retirara y, besándome cariñosamente en la frente, me deseó buenas noches y me puso la vela en la mano. Yo me fui, pero mi cerebro seguía funcionando y no podía hacerme a la idea de dormirme. Me

siento más tranquila ahora que he escrito todo esto; me iré a la cama y trataré de ganar el dulce reparador de la cansada naturaleza.

CAPÍTULO XX

PERSISTENCIA

24 de septiembre. — Por la mañana me levanté descansada y alegre; más aún, intensamente feliz. La nube que pendía sobre mí, formada por las opiniones de mi tía y por el temor a no obtener su consentimiento, se disolvió en la luminosa refulgencia de mis propias esperanzas y en la conciencia demasiado deliciosa del amor correspondido. Era una espléndida mañana y salí a disfrutarla dando un tranquilo paseo en compañía de mis propios y dichosos pensamientos. La hierba estaba cubierta de rocío y diez mil hilos finísimos se ondulaban con la brisa; el feliz petirrojo derramaba su pequeña alma en canto, y mi corazón desbordaba de silenciosos himnos de gratitud y alabanza al Cielo.

Pero no me había alejado mucho cuando mi soledad fue interrumpida por la única persona que podía haber perturbado mis meditaciones sin ser considerado un intruso inoportuno: el señor Huntingdon se acercó a mí repentinamente. La aparición fue tan inesperada que podía haberla creído creación de una imaginación sobreexcitada, si sólo el sentido de la vista hubiera atestiguado su presencia; pero sentí de inmediato su fuerte brazo alrededor de mi cintura y su cálido beso en mi mejilla, mientras su vivo y alegre saludo —«¡mi Helen!»— repicaba en mi oído.

—Todavía no soy suya —dije, separándome con brusquedad a causa de este saludo demasiado presuntuoso—. Recuerde a mis tutores. No obtendrá fácilmente el consentimiento de mi tía. ¿No se da cuenta de que está predispuesta contra usted?

—Ya lo sé, amor mío; y debes decirme por qué para poder conocer la mejor manera de combatir sus objeciones. ¿Debo suponer que me cree un manirroto —prosiguió, dándose cuenta de que yo no deseaba responder— y concluye que apenas tendré unos pocos bienes que aportar al matrimonio? Si es así, debes decirle que la mayoría de mis bienes son inalienables y no puedo desembarazarme de ellos. Puede haber algunas hipotecas sobre los demás, algunas deudas y gravámenes poco importantes aquí y allá, pero nada que merezca la pena mencionar; y aunque reconozco que no soy tan rico como podría ser (o haber sido), creo, sin embargo, que podríamos arreglárnoslas bastante bien con lo que queda. Verás, mi padre era algo avaro, y sobre todo en

sus últimos días no veía otro placer en la vida que amasar riquezas; así que no es sorprendente que su hijo tuviera como principal placer disfrutarlas, como efectivamente fue el caso, hasta que mi encuentro contigo, querida Helen, hizo cambiar mis puntos de vista y ambicionar unas metas más nobles. Y la sola idea de tener que cuidarte bajo mi techo, me obligaría a moderar mis gastos y a vivir como un cristiano, por no hablar de toda la virtud y prudencia que inculcarías en mi mente con tus sabios consejos y tu dulce, atractiva bondad.

—Pero no es eso —dije—, no es en el dinero en lo que piensa mi tía. Está lejos de valorar la riqueza por encima de lo que ésta vale.

—¿Qué es, entonces?

—Ella quiere que... que me case con un hombre realmente bueno.

—¿Qué, un hombre «piadoso»? ¡Ejem! ¡Está bien, también lo seré! Hoy es domingo, ¿no? Iré a la iglesia por la mañana, por la tarde y por la noche, y mi comportamiento será tan devoto que me mirará con admiración y amor fraternal, como si fuera una antorcha sacada del fuego. Volveré a casa hirviendo como una caldera, impregnado del perfume y la unción del sermón del señor Vocinglero...

—El señor Leighton —dije, secamente.

—¿Es el señor Leighton un «dulce predicador», Helen? ¿Es un hombre amado, celestial, puro?

—Es un buen hombre, señor Huntingdon. Me gustaría poder decir lo mismo de usted.

—Oh, lo olvidaba, tú eres una santa también. Imploro tu perdón, amor mío, pero no me llames señor Huntingdon. Mi nombre es Arthur.

—No le llamaré de ninguna manera porque no tendré nada que ver en absoluto con usted si sigue hablando de ese modo. Si pretende decepcionar a mi tía como dice, es muy perverso; y si no, está muy equivocado al bromear sobre un asunto semejante.

—Me corregiré —dijo, terminando su risa en un suspiro de aflicción—. Ahora —continuó después de una pausa—, hablemos de otra cosa. Y acércate, Helen, y cógete a mi brazo; luego te dejaré ir. No puedo estar tranquilo mientras te veo pasear tan alejada.

Accedí, pero dije que debíamos volver pronto a la casa.

—Todavía falta mucho para que alguien baje a desayunar —contestó—. Hablaste de tus tutores hace un momento, Helen, pero ¿es que no vive tu padre?

—Sí, pero siempre consideré a mis tíos como mis tutores, pues lo son en

realidad, aunque no de nombre. Mi padre ha renunciado a ocuparse de mí. No le he visto nunca desde que murió mi madre cuando yo era una niña muy pequeña y mi tía, a petición suya, se ofreció a hacerse cargo de mí y me trajo a Staningley, en donde he vivido desde entonces; y no creo que mi padre se opusiera a nada que a ella le pareciera bien aprobar.

—Pero ¿aprobaría él algo a lo que ella considerara adecuado poner objeciones?

—No, no creo que le importe yo hasta ese punto.

—Su conducta es muy censurable. Pero no sabe qué ángel tiene por hija, lo cual es lo mejor que podría ocurrirme, puesto que si lo supiera, no querría deshacerse de semejante tesoro.

—Señor Huntingdon —dije—, supongo que sabrá que no soy una heredera.

Declaró que no le había preocupado lo más mínimo, y me rogó que no turbara la felicidad de que gozaba en aquel momento mencionando asuntos tan poco relevantes. Me satisfizo esta prueba de afecto desinteresado, pues Annabella Wilmot es la probable heredera de toda la fortuna de su tío, además de la de su padre, ya fallecido, de la que ya ha tomado posesión.

Insistí entonces en dirigir nuestros pasos hacia la casa; pero caminamos lentamente, sin dejar de hablar. No necesito repetir todo lo que dijimos: pasaré a relatar lo que ocurrió entre mi tía y yo después del desayuno, cuando el señor Huntingdon llamó aparte a mi tío, sin duda para hablarle de sus proyectos, y ella me hizo una seña para que la acompañara a otra habitación, donde una vez más inició una solemne amonestación, que, sin embargo, no sirvió en absoluto para convencerme de que sus puntos de vista eran mejores que los míos.

—Le consideras poco caritativo, tía, ya lo sé —dije—. Sus mismos amigos no son ni la mitad de malos de como te los imaginas. Por un lado está Walter Hargrave, el hermano de Milicent; le falta poco para ser un ángel, si es cierto la mitad de lo que dice ella. Está continuamente hablándome de él y cantando las alabanzas de sus muchas virtudes.

—Te harás una idea bastante equivocada del carácter de un hombre —respondió— si lo juzgas por lo que una hermana cariñosa dice de él. Los peores saben en general cómo ocultar sus fechorías a los ojos de sus hermanas y a los de sus madres.

—Luego está lord Lowborough —continué—, un hombre bastante decente.

—¿Quién te lo ha dicho? Lord Lowborough es un hombre desesperado. Ha disipado toda su fortuna en el juego y otras cosas, y ahora está buscando una

heredera para recuperarla. Se lo he dicho a la señorita Wilmot, pero todas sois iguales: ella respondió con altivez que me estaba muy agradecida, pero que creía saber cuándo un hombre la perseguía por su fortuna y cuándo por sí misma; se jactó de haber tenido bastantes experiencias en estos asuntos como para justificar su confianza en su propio juicio; y en cuanto a la falta de fortuna de su señoría, dijo que no le importaba, puesto que esperaba que la suya fuera suficiente para los dos; y de sus desvaríos afirmó que suponía que él no era peor que otros y que además se había corregido. ¡Sí, todos saben ser hipócritas cuando quieren engañar a una mujer enamorada y mal aconsejada!

—Bueno, yo creo que él es casi tan bueno como ella —dije—. Pero cuando el señor Huntingdon esté casado, tendrá pocas oportunidades de acompañar a sus amigos de soltero; y cuanto más malos sean, más me empeñaré en librarle de ellos.

—Estoy segura, querida; y cuanto peor sea él, supongo, más te empeñarás en librarle de sí mismo.

—Sí, teniendo en cuenta que no es incorregible, es decir, cuanto más me esfuerce en librarle de sus defectos, en darle una oportunidad de desembarazarse del daño accidental causado por el contacto con otros peores que él, y de hacer brillar la diáfana luz de su genuina bondad; en hacer lo que esté en mi mano por ayudar a su lado bueno frente a su lado malo y en hacer de él lo que habría sido si no hubiera tenido, desde el principio, un mal padre, egoísta y avaro, quien, para satisfacer sus sórdidas pasiones, le impidió disfrutar de las alegrías más inocentes de la infancia y la juventud, predisponiéndole así contra cualquier clase de prohibición; y una madre estúpida que se lo consintió todo, engañando a su marido por él y haciendo todo lo posible por favorecer esos gérmenes de extravagancia y vicio que era su deber reprimir; y luego esa pandilla de camaradas, como dice usted, que son sus amigos...

—¡Pobre hombre! —dijo ella sarcásticamente—. ¡Cómo le ha perjudicado su bondad!

—Ellos le han perjudicado —grité— y no le perjudicarán más. ¡Su mujer deshará lo que su madre hizo!

—En fin —dijo ella, después de una pausa—, debo decir, Helen, que tenía mejor opinión de tu sensatez y de tu gusto. No puedo comprender que puedas amar a un hombre así, ni que encuentres placer en su compañía, porque: «¿Qué relación tiene la luz con la oscuridad; o aquel que cree con un infiel?».

—Él no es un infiel; y yo no soy la luz, y él no es la oscuridad: su único y peor vicio es la irreflexión.

—Y la irreflexión —continuó mi tía— puede conducir a actos criminales,

y no será más que una pobre excusa a los ojos de Dios. El señor Huntingdon, supongo, no carece de las facultades que son comunes a todos los hombres; no es tan casquivano como para ser irresponsable: su Hacedor le ha dotado de una razón y una conciencia como a todos nosotros; las Escrituras son claras para él como para todos los demás y «si no les presta atención, tampoco lo hará aunque alguien se levante entre los muertos». Y, recuerda, Helen —continuó solemnemente—, «¡los perversos serán arrojados al infierno y olvidarán a Dios!». Y supón, incluso, que él continuara amándote y tú a él, y que pasarais por la vida juntos con una comodidad tolerable; ¿qué ocurriría al final cuando os vierais separados para siempre, tú quizá llevada a un estado de eterna bienaventuranza y él arrojado al lago que arde con un fuego inextinguible, allí para siempre...?

—No para siempre —exclamé—. Sólo «hasta que haya pagado su última deuda»; porque «si bien ninguna obra del hombre resiste el fuego, él sufrirá daño, aunque él mismo será salvado, pero igualmente por el fuego»; y Aquel que «es capaz de someter todas las cosas a Sí mismo hará que todos los hombres se salven», y «en la plenitud de los tiempos reunirá todas las cosas en una, en Cristo Jesús, que murió por todos los hombres, y en quien Dios reconciliará todas las cosas, sean de la tierra o del Cielo».

—¡Oh, Helen!, ¿dónde aprendiste todo eso?

—En la Biblia, tía. La he leído detenidamente y he encontrado casi treinta pasajes que pueden cimentar la misma teoría.

—¿Y ése es el provecho que sacas a tu Biblia? ¿Y no encontraste pasajes que pueden probar el peligro y la falsedad de semejantes convicciones?

—No; encontré, en realidad, algunos pasajes que, tomados en sí mismos, podría parecer que contradicen esa opinión; pero pueden ser interpretados de una manera diferente a como se ha hecho siempre, y en la mayoría de ellos la única dificultad está en la palabra que nosotros traducimos como «perpetuo» o «eterno». No conozco el griego, pero creo que significa estrictamente «por los siglos», y podría significar «sin fin» o «mucho tiempo». Y en cuanto al peligro de esta creencia, no la propalaría si creyera que cualquier pobre infeliz fuera a aprovecharse de ella para su propia perdición, pero es un pensamiento glorioso para guardar amorosamente en el corazón, ¡y no me desprenderé de él por nada del mundo!

Nuestra conversación terminó en este punto, pues era hora de prepararse para ir a la iglesia. Todo el mundo asistió al servicio de la mañana, salvo mi tío, que casi nunca va, y el señor Wilmot, que se quedó en casa con él, jugando a las cartas. Por la tarde la señorita Wilmot y lord Lowborough buscaron una excusa para no ir; pero el señor Huntingdon se brindó a acompañarnos de nuevo. No sé si fue para congraciarse con mi tía pero, si fuera así, ciertamente

debería haberse comportado mejor. Debo confesar que no me gustó en absoluto su conducta durante el servicio. Cogiendo su devocionario al revés, o abierto por cualquier sitio menos el que tocaba, no hizo más que mirar distraídamente, salvo cuando se encontraba con la mirada de mi tía o la mía; entonces dejaba caer la suya sobre su libro, con una expresión puritana de solemnidad ridícula que habría sido cómica si no hubiera sido demasiado enojosa. Una vez, durante el sermón, después de observar atentamente al señor Leighton durante algunos minutos, sacó su lápiz y cogió una Biblia. Dándose cuenta de que yo había observado este movimiento, me dijo al oído que iba a tomar nota del sermón; pero en lugar de esto, como yo estaba sentada junto a él, no pude evitar ver que estaba haciendo una caricatura del predicador, dibujando al respetable, devoto, anciano caballero, con la expresión y el aspecto del hipócrita más ridículo. Y sin embargo, al volver de la iglesia, le habló a mi tía del sermón con un interés tan serio y sincero que me sentí tentada de creer que lo había escuchado realmente y había sacado provecho de él.

Poco antes de cenar, mi tío me dijo que le acompañara a la biblioteca para discutir un asunto muy importante, que fue planteado en pocas palabras.

—Veamos, Nell —dijo—, el joven Huntingdon ha venido a pedirme tu mano. ¿Qué debo decir? Tu tía diría que no, pero ¿qué dices tú?

—Yo digo sí, tío —respondí sin vacilar, pues mis ideas al respecto eran muy claras.

—¡Muy bien! —gritó—. Ésa es una respuesta honrada y buena... ¡maravillosa en una muchacha! Bien, le escribiré a tu padre mañana. Estoy seguro de que dará su consentimiento; así que puedes considerar que el asunto está decidido. Habrías hecho mejor negocio aceptando a Wilmot, ésa es mi opinión; pero tú no estarás de acuerdo. A tu edad es el amor quien manda; a la mía, es el sólido, útil dinero. Imagino que nunca se te ocurriría examinar el estado de las finanzas de tu marido o complicarte la vida con dotes o cosas parecidas, ¿verdad?

—No, no creo.

—Bien, entonces considérate afortunada por tener cabezas más sensatas que piensan por ti. No he tenido tiempo todavía de examinar detenidamente los asuntos de ese joven bribón, pero por lo que sé, gran parte de la saneada fortuna de su padre ha sido derrochada; no obstante, creo que hay una bonita porción de ella intacta, y si se le dedican ciertos cuidados puede convertirse en algo considerable todavía; por otro lado debemos persuadir a tu padre para que te dé una dote decente, puesto que sólo tiene a otra persona además de ti de quien preocuparse; y si te portas bien, quién sabe, ¿qué puede impedir que me acuerde de ti en mi testamento? —continuó, con un guiño astuto y

acariciándose la nariz con los dedos.

—Gracias, tío, por eso y por toda tu generosidad —respondí.

—Bien, y le he preguntado a ese joven pisaverde sobre la cuestión de las dotes —continuó— y él parece dispuesto a ser bastante generoso en ese punto.

—¡Sabía que lo sería! —dije—. Pero, por favor, no te rompas la cabeza, ni la suya, ni la mía con este asunto. Todo lo que tengo será suyo y todo lo que él tiene será mío; ¿qué más podría pedir cualquiera de los dos? —Y estaba a punto de salir de la habitación, cuando él me hizo volver.

—Un momento, espera —exclamó—. Todavía no hemos mencionado la fecha. ¿Cuándo debe ser? Tu tía la retrasaría hasta Dios sabe cuándo, pero él está deseando atarse lo antes posible: no quiere saber nada de esperar más de un mes; y tú, supongo, serás de la misma opinión...

—En absoluto, tío; todo lo contrario: me gustaría esperar hasta después de las Navidades, por lo menos.

—¡Oh! ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! No vengas con ese cuento ahora. Yo sé cómo son estas cosas —exclamó; e insistió en su incredulidad.

Sin embargo, es absolutamente cierto. No tengo ninguna prisa. ¿Cómo voy a tenerla cuando pienso en el cambio trascendental que me espera y en todo lo que tengo que abandonar? Ya es bastante felicidad saber que vamos a unir nuestras vidas, que él me ama realmente, y que puedo amarle con tanta devoción y pensar en él tan a menudo como quiera. No obstante, insistí en consultar con mi tía la fecha de la boda, porque decidí que sus consejos no tenían que ser desatendidos del todo; todavía no se ha llegado a ninguna conclusión definitiva sobre el particular.

CAPÍTULO XXI

OPINIONES

1 de octubre. — Ya está decidido. Mi padre ha dado su consentimiento y se ha fijado la fecha en Navidad, por una especie de compromiso entre los partidarios de la precipitación y los de la demora. Milicent Hargrave va a ser una de las madrinas de la boda y Annabella Wilmot la otra; no es que yo sienta mucha simpatía por esta última, pero es amiga íntima de la familia y no tengo otra.

Cuando le comuniqué a Milicent mi compromiso, me sentí más bien irritada por su forma de aceptar la noticia. Se quedó mirándome con mudo

asombro y luego dijo:

—En fin, Helen, supongo que debería felicitarte... y me alegra verte tan feliz; pero no creí que le aceptaras. No puedo evitar sentirme sorprendida al ver que te gusta tanto.

—¿Por qué?

—Porque eres tan superior a él en todos los aspectos y él se comporta de una manera tan descarada y atrevida... que no sé cómo...; no sé, pero cuando le veo aproximarse siempre tengo deseos de apartarme.

—Pero es que tú eres tímida, Milicent, y eso no es culpa suya.

—Y luego su aspecto... —continuó—. La gente dice que es guapo, y desde luego lo es, pero no me gusta esa clase de belleza; y me sorprende que te guste a ti.

—¿Por qué?

—Bueno, verás, creo que no hay nada noble o elevado en su apariencia.

—¡Yo creo que lo que te sorprende es que me guste alguien tan distinto a los pomposos héroes de las novelas! ¡En fin! Dame mi amante de carne y hueso, y puedes quedarte con todos los sir Herberts y Valentines... si es que puedes encontrarlos.

—No me interesan —dijo—. A mí también me gustan los hombres de carne y hueso, pero quiero que el espíritu brille y resalte. ¿No crees que el señor Huntingdon tiene la cara demasiado colorada?

—¡No! —grité, indignada—. No es colorada en absoluto. No hay más que un color vivo, una saludable frescura en su tez; en ella el color cálido, sonrosado, de la piel se armoniza con el color más oscuro de las mejillas, exactamente como es debido. ¡No soporto a un hombre cuya tez sea sonrosada y blanca, como la cara de una muñeca, o toda pálida, o negra como el humo, o amarilla como la de un cadáver!

—Entonces, nuestros gustos son diferentes: a mí me gusta que sea pálida u oscura —respondió—. Pero a decir verdad, Helen, he estado engañándome con la esperanza de que algún día serías mi hermana. Yo esperaba que Walter te fuera presentado la próxima temporada; pensé que te gustaría y estaba segura de que tú le gustarías a él; disfrutaba por anticipado de la felicidad que sería para mí ver a las dos personas que más quiero en el mundo (exceptuando a mamá) unidas como una sola. Puede que él no sea exactamente lo que tú llamarías guapo, pero tiene un aspecto mucho más distinguido y es mejor y más agradable que el señor Huntingdon; estoy segura de que dirías lo mismo si le conocieras.

—¡Imposible, Milicent! Dices eso porque eres su hermana y por esa razón te perdonaré; pero nadie más podría menospreciar delante de mí a Arthur Huntingdon con esa impunidad.

La señorita Wilmot expresó su opinión sobre el tema casi con la misma claridad:

—Así, Helen —dijo, acercándose a mí con una sonrisa no muy cariñosa—, que vas a ser la señora Huntingdon, ¿verdad?

—Sí —respondí—. ¿No me envidias?

—¡Oh, no, querida! —exclamó—. Yo seré probablemente lady Lowborough algún día y entonces verás, querida, cómo seré yo la que podré preguntarte: «¿No me envidias?».

—A partir de ahora no envidiaré a nadie —repliqué.

—¿De verdad? ¿Tan feliz eres? —dijo ella, pensativa, y algo muy parecido a una nube de desilusión ensombreció su rostro—. ¿Y él te ama... quiero decir, te idolatra tanto como tú a él? —añadió con una mal disfrazada ansiedad por saber la respuesta.

—No quiero ser idolatrada —contesté—, pero estoy completamente segura de que me ama más que a cualquier otra persona en el mundo... como yo a él.

—Perfecto —dijo con un movimiento de cabeza—. Me gustaría... —Hizo una pausa.

—¿Qué te gustaría? —pregunté, molesta por su expresión vengativa.

—Me gustaría —continuó, con una risa— que todos los detalles atractivos y las cualidades deseables de los dos caballeros se encontraran reunidos en uno: que lord Lowborough tuviera el bello rostro y el buen carácter, la gracia, la alegría y el encanto de Huntingdon, o que Huntingdon tuviera el linaje, el título y la encantadora y antigua mansión familiar de Lowborough. Entonces me quedaría con él y tú podrías quedarte con el otro, y todos contentos.

—Gracias, querida Annabella, pero por mi parte me satisface más que las cosas sean como son; en cuanto a ti, me gustaría que estuvieras tan satisfecha con tu prometido como yo lo estoy con el mío —dije, y era bastante cierto, porque, aunque al principio me irritó su espíritu poco amistoso, su franqueza me conmovió, y el contraste entre nuestras respectivas situaciones era tal que yo podía permitirme muy bien compadecerla y desearle su bien.

Los conocidos del señor Huntingdon no parecieron complacerse más que los míos con la idea de nuestra futura unión. El correo de la mañana le trajo cartas de varios amigos, durante cuya lectura, sentado ante el desayuno, atrajo la atención de los demás comensales con la variedad singular de sus muecas.

Pero se las metió todas en el bolsillo, riéndose para sí mismo, y no dijo nada hasta que terminamos el desayuno. Luego, mientras los demás invitados se cernían sobre la chimenea u holgazaneaban por la habitación, se acercó a mí por detrás, apoyándose en el respaldo de la silla, con la cara pegada a mis rizos, y después de darme un pequeño beso, me dijo al oído las siguientes quejas:

—Helen, bruja, ¿sabes que has hecho caer sobre mí las maldiciones de todos mis amigos? Les escribí el otro día para darles a conocer mis maravillosos proyectos, y ahora en vez de un paquete de felicitaciones lo que tengo es un bolsillo lleno de amargas abominaciones y reproches. Ninguno de ellos ha tenido un buen deseo para mí o una palabra amable para ti. Dicen que ya no se divertirán más, que se acabaron los días felices y las noches gloriosas... y todo por mi culpa. He sido el primero en romper la jovial pandilla y ahora los demás, por pura desesperación, seguirán mi ejemplo. Yo era la vida y el sostén de la comunidad, me conceden el honor de decirlo, y he traicionado vergonzosamente la confianza...

—Puedes unirme a ellos de nuevo si quieres —dije, un poco irritada por el tono triste de su discurso—. Lamentaría interponerme entre un hombre, o grupo de hombres, y una felicidad tan grande; y quizá yo pueda arreglarme sin ti tan bien como tus desamparados amigos.

—Cielos, no —murmuró—, para mí es «todo por el amor o el mundo se perderá». Déjalos que se vayan... a donde les corresponde, por hablar cortésmente. Pero si supieras cómo han abusado de mí, Helen, me amarías todavía más por haber arriesgado tanto por ti.

Sacó sus arrugadas cartas. Creí que iba a enseñármelas y le dije que no quería verlas.

—No te las voy a enseñar, amor mío —dijo—. Son poco dignas de una dama la mayor parte de ellas. Pero mira. Éstos son los garabatos de Grimsby... sólo tres líneas, ¡el muy bribón! No dice mucho, es cierto, pero su silencio es más expresivo que las palabras de los demás, y cuanto menos dice, más piensa. Y ésta es la misiva de Hargrave. Está especialmente dolido conmigo, porque, figúrate, se había enamorado de ti por las cosas que le contaba su hermana y tenía intención de casarse contigo, tan pronto como se hubiera corrido sus juergas.

—Le estoy muy reconocida —observé.

—Y yo también —dijo—. Mira ésta: es la de Hattersley. Cada página está llena de acusaciones injuriosas, maldiciones amargas y quejas lamentables, y termina con el juramento de que él mismo se casará en venganza; se sacrificará a la primera solterona que decida ponerle el anillo... como si me

importara lo que haga.

—Bueno —dije—, si renuncias a tu intimidad con esos hombres, creo que no tendrás muchos motivos para lamentar la pérdida de su compañía, porque mi opinión es que nunca te hicieron mucho bien.

—Quizá no, pero juntos nos divertimos mucho también, aunque la alegría se mezcló con la tristeza y el dolor, como pudo comprobar Lowborough a su costa... ¡Ja! ¡Ja! —Y mientras se reía recordando los apuros de Lowborough, mi tío se acercó y le dio una palmada en el hombro.

—¡Vamos, muchacho! —dijo—. ¿Estás demasiado ocupado cortejando a mi sobrina para hacerle la guerra a los faisanes? ¡Recuerda que es primero de octubre! El sol brilla, la lluvia ha cesado... incluso Boarham no teme aventurarse con sus botas; Wilmot y yo os vamos a ganar a todos. ¡Nosotros, los viejos, somos los mejores cazadores!

—Hoy le demostraré lo que soy capaz de hacer —dijo mi acompañante—. Mataré a sus pájaros en masa, sólo por alejarme de mejor compañía que la suya o la de ellos.

Y después de decir esto se fue. No volví a verle hasta la hora de cenar. Me aburrí mucho. Me pregunto qué haré sin él.

Es muy cierto que los tres caballeros mayores habían demostrado ser cazadores mucho más perspicaces que los dos más jóvenes; tanto lord Lowborough como Arthur Huntingdon habían abandonado últimamente las cacerías para acompañarnos casi todos los días en nuestros paseos y excursiones. Pero estos tiempos felices se acercan rápidamente a su fin. Antes de quince días los invitados se irán, con gran pena por mi parte, pues disfruto más cada día, ahora que los señores Boarham y Wilmot han dejado de molestarme, que mi tía ya no me sermonea, y que yo he dejado de tener celos de Annabella (quien incluso ya no me disgusta tanto), y ahora que el señor Huntingdon se ha convertido en mi Arthur y puedo disfrutar de su compañía sin restricciones. ¿Qué haré sin él, repito?

CAPÍTULO XXII

RASGOS DE AMISTAD

5 de octubre. — El dulce líquido de mi copa no es puro: está rociado con un amargor que no puedo ocultarme ni disimular como quisiera. Puedo tratar de convencerme de que la dulzura predomina; puedo llamar a esas gotas amargas un aromático sabor; pero aunque diga lo que quiera, están ahí todavía

y no tengo más remedio que beberlas. No puedo cerrar los ojos ante los defectos de Arthur y cuanto más le amo más me preocupan. Su mismo corazón, en el que tanto confío, es, me temo, menos tierno y generoso de lo que pensaba. Al menos, hoy me ha dado una prueba de su carácter que parecía merecer un nombre más duro que el de desconsideración. Él y lord Lowborough nos acompañaban a Annabella y a mí en un largo, delicioso paseo a caballo; él iba a mi lado, como de costumbre, y Annabella y lord Lowborough iban un poco más adelantados, este último inclinándose sobre su compañera como si los dos sostuvieran una conversación tierna y confidencial.

—Estos dos nos tomarán la delantera, Helen, si no vamos con cuidado —observó Huntingdon—. Acabarán casándose, no cabe duda. Ese Lowborough está bastante colado. Pero sospecho que se encontrará en un aprieto cuando la consiga.

—Y ella se encontrará en un aprieto cuando lo consiga a él —dije—, si es verdad lo que he oído.

—Ni hablar. Ella sabe muy bien lo que se trae entre manos; en cambio él, pobre loco, se engaña a sí mismo con la idea de que será una buena esposa para él. Como ella le ha engatusado con alguna baladronada sobre la poca importancia que tienen el rango y la riqueza en los asuntos del amor y el matrimonio, cree que siente una gran predilección por él, que no lo rechazará por su pobreza y que no lo corteja por su linaje, sino que lo ama por ser como es.

—Pero ¿no está él cortejándola por su fortuna?

—No, no; eso fue lo primero que le interesó, desde luego; pero ahora se ha olvidado por completo de ello: no entra nunca dentro de sus cálculos, salvo simplemente como un dato importante sin el cual, por el propio bien de la dama, no podría pensar en casarse con ella. No; está muy enamorado. Creyó que no podría ocurrirle, pero le ha ocurrido una vez más. Estuvo a punto de casarse antes, hace dos o tres años, pero se quedó sin prometida al perder su fortuna. En Londres adquirió una mala costumbre: tenía una desgraciada pasión por el juego, y desde luego el tipo había nacido con mala estrella, porque por cada vez que ganaba perdía otras tres. Es un modo de atormentarse que nunca me ha gustado mucho. Cuando gasto mi dinero me gusta disfrutar de todo su valor: no me divierte malgastarlo con ladrones y fulleros; y en cuanto a ganar dinero, hasta ahora, siempre he tenido suficiente; es bastante angustioso estar intentando conseguir más cuando ves que se acaba el que tienes. Sin embargo, ha habido épocas en que he frecuentado las casas de juego simplemente para observar las peripecias de esos locos adoradores de la suerte. Te aseguro que es una experiencia muy interesante, Helen, y a veces muy divertida: me he reído mucho con los bobos y los locos. Lowborough

estaba bastante chiflado, no voluntariamente sino por necesidad. Siempre estaba decidido a dejarlo y nunca podía cumplir su decisión. Cada aventura era «sólo una vez más»: si ganaba un poco, esperaba ganar un poco más la próxima vez, y si perdía, no era lógico abandonar en esta coyuntura; tenía que seguir hasta recuperar lo perdido, por lo menos: la mala suerte no podía durar siempre; cada golpe de suerte era considerado como augurio de tiempos mejores, hasta que la experiencia demostraba lo contrario. Con el tiempo se desesperó y nosotros estábamos todos los días atentos por miedo a un suicidio... poca cosa, murmuramos algunos, pues su existencia había dejado de ser una adquisición para nuestro club. Al fin, sin embargo, sufrió un fuerte revés. Hizo una apuesta grande que afirmó sería la última, tanto si ganaba como si perdía. Había tomado una decisión semejante a menudo con anterioridad, y con la misma frecuencia no se había atenido a ella; y así fue esta vez. Perdió y mientras su contrincante recogía con una sonrisa todo el dinero de las apuestas, él se puso blanco como la cera, se apartó en silencio y se frotó la frente. Yo estaba presente en aquella ocasión; permanecía de pie con los brazos cruzados y los ojos fijos en el suelo y me di cuenta de lo que pasaba por su cabeza.

«—¿Va a ser la última, Lowborough? —dije, acercándome a él.

«—La penúltima —contestó con una torva sonrisa y, abalanzándose de nuevo hacia la mesa, la golpeó con una mano y, al tiempo que alzaba la voz por encima de toda la confusión del ruido de monedas y el murmullo de maldiciones y blasfemias que había en la sala, soltó una sonora y tremenda blasfemia y anunció que, pasase lo que pasara, aquel intento sería el último y que nunca más volvería a barajar una carta o a agitar un cubilete. Luego dobló su apuesta anterior y retó al que fuera a jugar contra él. Grimsby se ofreció inmediatamente a hacerlo. Lowborough le miró con ferocidad, porque Grimsby era casi tan conocido por su suerte como él por su mala estrella. A pesar de ello se pusieron a jugar. Pero Grimsby tenía mucha habilidad y pocos escrúpulos, y no podría decir si no se aprovechó de la impaciencia ciega del otro para hacer trampa. El caso es que Lowborough perdió otra vez y se sintió enfermo de muerte.

«—Deberías intentarlo de nuevo —sugirió Grimsby, inclinándose sobre la mesa. Y luego me guiñó un ojo.

«—No tengo nada con que intentarlo —dijo el pobre diablo con una sonrisa aterrorizada.

«—Oh, Huntingdon te prestará lo que quieras —dijo el otro.

«—No, ya oíste mi juramento —contestó Lowborough, despidiéndose con una serena desesperanza. Yo le cogí por un brazo y le conduje fuera.

»—¿Va a ser la última, Lowborough? —le pregunté cuando llegamos a la calle.

»—La última —contestó, sorprendiéndome en cierto modo. Y le llevé a casa, es decir, a nuestro club, pues estaba tan dócil como un chiquillo. Allí le hice beber brandy con agua hasta que pareció estar un poco más alegre, o un poco más animado, por lo menos.

»—¡Huntingdon, estoy arruinado! —exclamó, cogiendo de mi mano el tercer vaso. Se había bebido los demás en un silencio mortal.

»—¡No, hombre! —dije—. Descubrirás que un hombre puede vivir sin su dinero tan alegremente como una tortuga sin su cabeza o una avispa sin su cuerpo.

»—Pero estoy endeudado —dijo—, ¡estoy endeudado hasta el cuello! ¡Y nunca podré salir de esta situación!

»—Pero ¿cómo puedes decir eso? Hombres mejores que tú han vivido y han muerto endeudados. No pueden meterte en la cárcel, compréndelo, porque eres noble. —Le puse en la mano el cuarto vaso.

»—¡Pero odio estar endeudado! —gritó—. ¡No nací para ello y no puedo soportarlo!

»—Lo que no se puede curar, debe soportarse —dije, empezando a prepararle el quinto.

»—Y además he perdido a mi Caroline. —Y comenzó a gimotear como un niño, pues el brandy le había ablandado el corazón.

»—No importa —respondí—. Hay más de una Caroline en el mundo.

»—Sólo hay una para mí —replicó con un suspiro doloroso—. Y si hubiera cincuenta más, ¿quién podrá acercarse a ellas sin dinero?

»—Oh, alguien te aceptará por tu título; además, todavía te queda la hacienda familiar, es inalienable.

»—Dios quisiera que pudiera venderla para pagar mis deudas —murmuró.

»—Y además —dijo Grimsby, que acababa de llegar— puedes intentarlo otra vez. Si yo estuviera en tu lugar me daría otra oportunidad. Nunca me detendría en este punto.

»—¡Te digo que no! —gritó Lowborough. Se levantó y abandonó la habitación, tambaleándose, pues el alcohol se le había subido a la cabeza. No estaba muy acostumbrado a él entonces, pero después de aquello le tomó gusto para aliviar su inquietud.

»Fue fiel a su juramento de abandonar el juego (para no poca sorpresa de

todos nosotros), aunque Grimsby hizo todo lo posible para tentarle y que lo rompiera; pero entonces cogió otra costumbre que le preocupaba casi igual, pues pronto descubrió que el demonio de la bebida era tan negro como el del juego, y era casi tan duro librarse de aquél como de éste, sobre todo teniendo en cuenta que sus bondadosos amigos hacían todo lo posible por apoyar la causa de su insaciable sed.

—Entonces ellos también eran unos demonios —dije alzando la voz, incapaz de contener mi indignación—. Y usted, señor Huntingdon, por lo que parece, era el primero en tentarle.

—Bueno, ¿qué podíamos hacer? —respondió, quitándole importancia—. Lo hacíamos por su bien. No podíamos soportar ver al pobre hombre tan deprimido. Además era una carga para nosotros cuando se sentaba silencioso y abatido, bajo el triple efecto de la pérdida de su novia, la pérdida de su fortuna y la resaca de la noche anterior; por el contrario, cuando había bebido algo, si bien no estaba alegre, era una inagotable fuente de diversión para nosotros. Incluso Grimsby se reía con las cosas que decía; le hacían más gracia que mis alegres bromas o la risa contagiosa de Hattersley. Pero una noche estábamos hablando y bebiendo vino, después de una de nuestras cenas en el club, la mar de contentos (Lowborough haciendo brindis absurdos y oyendo nuestras canciones, aplaudiendo cuando no cantaba), cuando de pronto se quedó callado, con la cabeza apoyada en una mano y sin separar el vaso de los labios. Pero esto no era nuevo, así que no nos preocupamos de él y seguimos con nuestro jolgorio, hasta que, alzando la cabeza repentinamente, nos interrumpió en medio de una risotada exclamando:

»—Caballeros, ¿dónde acabará todo esto? ¿Quieren decírmelo ahora mismo? —Y se levantó.

»—¡Un discurso, un discurso! —gritamos—. ¡Escuchad, escuchad! ¡Lowborough va a echarnos un discurso!

»Él esperó serenamente a que el estruendo de los aplausos y el tintineo de los vasos cesara. Luego continuó:

»—Se trata sólo de esto, caballeros: creo que sería mejor no ir más lejos. Valdría más que lo dejáramos mientras podamos.

»—Eso, eso —gritó Hattersley—:

»Detente, pobre pecador, detente y piensa

»antes de seguir.

»No juegues más al borde

»de la aflicción eterna.

»—Justamente —respondió su señoría con la mayor solemnidad—. Y si decidís visitar el pozo sin fondo, no contéis conmigo. ¡Debemos despedirnos, compañeros, porque juro que no voy a dar un paso más hacia él! ¿Qué es esto? —preguntó, cogiendo su vaso de vino.

»—Pruébalo —le sugerí.

»—¡Es un caldo infernal! —exclamó—. ¡Renuncio a él para siempre! —Y lo vació encima de la mesa.

»—¡Llévalo otra vez! —dije yo alargándole la botella—, y déjanos brindar por tu renuncia.

»—Es un veneno asqueroso —dijo cogiendo la botella por el cuello— ¡y abjuro de él! Dejé el juego y dejaré también esto. —Estaba decidido a verter todo el contenido de la botella sobre la mesa, pero Hargrave se la quitó de la mano—. ¡Pues que caiga sobre ti la maldición! —dijo.

»Antes de salir de la habitación gritó:

»—¡Adiós, tentadores! —Y desapareció entre risotadas y aplausos.

»Estábamos convencidos de que volvería a sentarse con nosotros al día siguiente; pero ante nuestra sorpresa, vimos su sitio vacío; no volvimos a saber de él durante una semana; empezamos a pensar de verdad que iba a mantener su palabra. Finalmente, una noche, cuando ya estábamos casi todos reunidos, entró, silencioso e impenetrable como un fantasma; y se hubiera deslizado tranquilamente hasta su asiento, pero todos nos levantamos y le dimos la bienvenida, y varias voces se alzaron para preguntarle qué tomaría, y varias manos cogieron botellas y vasos para servirle; pero yo sabía que un buen vaso de brandy con agua le gustaría más y lo tenía casi preparado, cuando lo rechazó con un gesto de malhumor, diciendo:

»—¡Déjame en paz, Huntingdon! ¡Y vosotros tranquilizaos! No he venido a acompañaros: sólo he venido a estar con vosotros un rato, porque no puedo soportar mis pensamientos.

»Cruzó los brazos y se sentó en su silla; así que no le molestamos. Sin embargo, yo dejé el vaso cerca de él; al cabo de un rato, Grimsby dirigió mi atención hacia él por medio de un guiño significativo y al volver la cabeza vi que el vaso estaba vacío. Me hizo una seña para que volviera a llenarlo y me empujó lentamente la botella. Yo acepté la proposición de buena gana, pero Lowborough se dio cuenta de la pantomima y se irritó ante los gestos que estábamos intercambiando; arrojó el contenido a la cara de Grimsby, me tiró el vaso a la mía y salió precipitadamente de la habitación.

—Espero que te rompiera la cabeza —dije.

—No, querida —respondió, riéndose escandalosamente al recordar el

incidente—; lo habría hecho y, quizá, me hubiera partido la cara también, pero providencialmente este bosque de rizos (se quitó el sombrero y mostró su abundante cabellera color castaño) salvó mi cráneo e impidió que el vaso se rompiera hasta que cayó sobre la mesa.

»Después de esto —continuó—, Lowborough se mantuvo apartado de nosotros una o dos semanas más. Yo a veces me lo encontraba en la ciudad; como era demasiado bondadoso para sentirme resentido por su conducta descortés, y él no me guardaba rencor, nunca se mostraba reacio a hablar conmigo; por el contrario, se pegaba a mí y me seguía a donde fuera, salvo al club, las casas de juego y otros peligrosos lugares de recreo; estaba cansado de su estado de ánimo abatido y melancólico. Por fin conseguí que volviera al club, con la condición de que no le indujera a beber y durante algún tiempo continuó visitándonos casi todas las noches, absteniéndose todavía, con una perseverancia maravillosa, del «asqueroso veneno» del que había abjurado tan valerosamente. Pero muchos de los miembros de nuestro club protestaron por su conducta. No querían tenerle sentado allí como un esqueleto en una fiesta, en vez de contribuir con su cuota a la diversión general, siendo como una losa sobre todos y mirando, con ojos codiciosos, cada gota que se llevaban a los labios. Todos estaban de acuerdo en que no era justo y algunos sostenían que o se le obligaba a hacer lo que los demás hacían o se le expulsaba de la asociación; y juraron que la próxima vez que apareciera se lo dirían, y que si no hacía caso de la advertencia, pondrían en práctica su decisión. Yo le defendí en aquella ocasión y les propuse que le dejaran comportarse como hasta entonces durante un tiempo, insinuando que, con un poco de paciencia por nuestra parte, cambiaría de actitud y volvería a ser el de antes. Pero la verdad es que era bastante chocante que yo dijera esto, pues, aunque él se negaba a beber como un honrado cristiano, yo sabía muy bien que siempre tenía a mano una botella de láudano de la que no dejaba de beber, o, más bien, de la que renegaba o a la que se agarraba, absteniéndose un día y excediéndose el siguiente, igual que con los licores.

»Una noche, sin embargo, durante una de nuestras orgías (una de nuestras grandes fiestas, quiero decir) se deslizó dentro de la habitación como el fantasma en Macbeth y se sentó, como de costumbre, un poco separado de la mesa en la silla que nosotros siempre teníamos dispuesta para «el espectro», tanto si decidía ocuparla como si no. Me di cuenta por la cara que traía de que sufría los efectos de una dosis excesiva de su maligno confortador; pero nadie le habló y él no habló con nadie. Algunas miradas de reojo y el murmullo de que «el fantasma había llegado» fueron los únicos comentarios que suscitó su aparición y nosotros seguimos nuestro festín como antes, hasta que nos sorprendió a todos acercando repentinamente la silla, inclinándose hacia delante con los codos apoyados en la mesa y exclamando con una solemnidad amenazadora:

»—¡Bueno! Me intriga lo que podéis encontrar tan divertido. No sé lo que veis en la vida. ¡Yo sólo veo la negrura de la oscuridad y la pavorosa expectación del juicio y del fuego de la indignación!

»Todos los presentes le acercaron sus vasos al unísono y yo los coloqué delante de él formando un semicírculo; le di unas cariñosas palmaditas en la espalda y le recomendé que bebiera, esperando que pronto tendría el jubiloso aspecto de todos nosotros; pero él los apartó y murmuró:

«—¡Quitadlos de mi vista! No lo probaré, ya os lo dije. ¡No lo haré, no lo haré!

»Así que devolví los vasos a sus dueños, pero advertí que los miraba con un brillo de ávida pesadumbre mientras se alejaban. Luego se tapó los ojos con las manos para no verlos.

Dos minutos después, levantó la cabeza de nuevo y dijo en un murmullo ronco pero vehemente:

«—¡Y, sin embargo, debo! ¡Huntingdon, dame un vaso!

»—¡Toma la botella, hombre! —dije yo, poniéndole la botella de brandy en la mano...

—Pero ya está bien, estoy hablando demasiado —murmuró el narrador, sorprendido por la mirada que yo le dirigía—. Pero no importa —añadió con indiferencia, y se decidió a continuar el relato.

»Con una avidez desesperada cogió la botella y bebió directamente de ella hasta que se cayó de la silla y desapareció debajo de la mesa en medio de una tempestad de aplausos. La consecuencia de esta imprudencia fue algo así como un ataque de apoplejía, seguido de una seria meningitis cerebroespinal...

—¿Y cuál fue su opinión de sí mismo, señor? —pregunté al momento.

—Desde luego, me sentí muy arrepentido —respondió—. Fui a verle una o dos veces, no, no, dos o tres; más, unas cuatro veces, y cuando se encontró mejor lo traje de nuevo cariñosamente al redil.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que lo reintegré al seno del club y, compadeciéndome de la debilidad de su salud y de la depresión que sufría, le recomendé que «tomara un poco de vino para el bien de su estómago», y cuando ya estuvo suficientemente restablecido, que abrazara el plan media-via: ni-jamais-ni-toujours, que no se matara como un tonto ni se abstuviera como un mentecato, en una palabra, que se divirtiera como una criatura racional e hiciera lo que yo hacía. No creas, Helen, que soy un bebedor; no lo soy en absoluto, nunca lo he

sido y nunca lo seré. Valoro demasiado mi bienestar. Sé que un hombre no puede entregarse a la bebida sin sentirse un miserable la mitad del día y un loco la otra mitad; además, me gusta disfrutar de la vida en todos sus aspectos, lo que no puede hacer quien consiente en ser el esclavo de una sola inclinación. Y, aun más, la bebida estropea la buena apariencia de uno —concluyó, con la más vanidosa de las sonrisas, que hubiera debido irritarme más de lo que lo hizo.

—¿Y sacó lord Lowborough algún provecho de su consejo? —seguí preguntando.

—En cierto modo, sí. Durante algún tiempo se las arregló muy bien: era realmente un modelo de moderación y prudencia, algo que parecía excesivo a los ojos de los miembros de nuestra frenética hermandad; pero, de alguna manera, Lowborough no tenía el don de la moderación: si se inclinaba un poco hacia un lado debía caerse del todo antes de erguirse de nuevo; si se pasaba de la raya una noche, los efectos le dejaban tan deprimido al día siguiente que debía repetir la falta para repararla; y así un día y otro, hasta que su clamorosa conciencia le obligaba a detenerse. Y luego, en sus épocas de abstinencia, abrumaba a sus amigos de tal manera con sus remordimientos, terrores y penas, que éstos se veían obligados, por su propio interés, a hacerle ahogar sus penas en vino o cualquier otra bebida más fuerte que estuviera a mano; y una vez vencidos sus primeros escrúpulos de conciencia, no necesitaba que nadie le empujara, se volvía temerario a menudo y era tan bribón como cualquiera de ellos... pero sólo para lamentar todavía más su propia e inefable perversión y degradación una vez el ataque había pasado.

»Por fin, un día que estábamos los dos solos, después de reflexionar unos momentos, sumido él en uno de aquellos estados de ánimo sombríos y abstraídos, con los brazos cruzados y la barbilla hundida en el pecho, salió repentinamente de su estupor y, cogiéndome un brazo con violencia, dijo:

»—¡Huntingdon, esto no puede seguir así! Estoy decidido a acabar...

»—¿Cómo? ¿Vas a matarte? —dije.

»—No; voy a reformarme.

»—¡Vaya, eso no es nuevo! Llevas más de doce meses diciendo que vas a reformarte.

»—Sí, pero vosotros no me dejabais y yo era tan estúpido que no podía vivir sin vosotros. Pero ahora ya sé lo que me incita y lo que necesito para salvarme; estoy dispuesto a todo para conseguirlo. Sólo temo que no haya una oportunidad. —Y suspiró como si se le fuera a partir el alma.

»—¿De qué se trata, Lowborough? —pregunté, creyendo que se había

vuelto loco del todo.

»—Una esposa —contestó—, porque no puedo vivir solo, ya que la cabeza me estalla, y no puedo vivir con vosotros porque os ponéis de parte del diablo y en contra mía.

»—¿Quién, yo?

»—Sí, todos lo hacéis, y tú más que nadie, lo sabes muy bien. Pero si consigo casarme, con una mujer con bastante dinero para pagar mis deudas y darme una posición en el mundo...

»—Desde luego —dije.

»—... Y con la dulzura y la bondad suficientes —continuó— para hacer mi casa soportable y reconciliarme conmigo mismo, creo que aún lo conseguiría. Nunca volveré a enamorarme, es verdad; pero quizá eso no importe demasiado, me capacitaría para elegir con los ojos abiertos, y sería un buen marido a pesar de todo; pero ¿puede alguien enamorarse de mí? Ésta es la cuestión. Con tu apariencia y tu poder de fascinación (lo decía encantado) podría tener esperanzas; pero en mi caso, Huntingdon, ¿crees que me aceptará alguna mujer, arruinado y destrozado como estoy?

»—Seguro que sí.

»—¿Quién?

»—Bueno, cualquier solterona a la que nadie haga caso, hundiéndose rápidamente en la desesperación, estaría encantada de...

»—No, no —dijo—, debe ser alguien a quien pueda amar.

»—;Pero si acabas de decir que no volverías a enamorarte!

»—Bueno, amor no es la palabra... Alguien que pueda gustarme. ¡Buscaré por toda Inglaterra, por donde sea! —gritó en un arrebato de esperanza o desesperación—. Tenga éxito o fracase, será mejor que precipitarme de cabeza hacia la destrucción en ese condenado club; así que adiós a él y a ti. Siempre que te encuentre en un terreno honesto o bajo un techo cristiano, me complacerá verte; ¡pero no vuelvas a llevarme a ese escondrijo del diablo!

»Aquél era un lenguaje vergonzoso, pero le di la mano y nos despedimos. Mantuvo su palabra, y desde entonces ha sido un modelo de corrección, por lo que yo sé; pero hasta hace poco no he tenido mucha relación con él. A veces buscaba mi compañía, pero con frecuencia la rehuía por miedo a que volviera a llevarle por el camino de la destrucción, y yo encontraba la suya no muy divertida, sobre todo porque a veces trataba de despertar mi conciencia y apartarme de la perdición de la que él mismo consideraba que había escapado. Pero cuando me encontraba con él rara vez le preguntaba por sus esfuerzos y

pesquisas matrimoniales, y, en general, poco tenía tampoco que contarme. Las madres se echaban atrás ante sus arcas vacías y su reputación de jugador, y las hijas ante su frente ceñuda y su temperamento melancólico. Además, él no las entendía; carecía del espíritu y la seguridad necesarios para llevar a cabo su plan.

»En esto le dejé cuando fui al Continente; y cuando volví, a finales de año, le encontré todavía soltero, desconsolado, aunque, desde luego, con un aspecto un poco menos de maldito exiliado de la tumba que antes. Las damas jóvenes habían dejado de temerle y comenzaban a encontrarle bastante interesante; pero las mamás eran todavía implacables. Fue por esta época, Helen, cuando mi buen ángel hizo que me encontrara contigo y, desde entonces, no he tenido ojos ni oídos para nadie más. Pero, entretanto, Lowborough conoció a nuestra encantadora amiga, la señorita Wilmot (por medio de la intercesión de su buen ángel, te diría él), aunque no se molestó en poner sus esperanzas en una persona tan admirada y cortejada hasta que luego intimaron más aquí, en Staningley; y ella, en ausencia de sus demás admiradores, sin duda empezó a fijarse en él y a animarle en sus tímidos avances. Luego comenzó a esperar de verdad el alba de unos días más alegres; y si bien, durante un tiempo, oscurecí sus proyectos interponiéndome entre él y su sol (por lo que estuve a punto de precipitarle de nuevo en el abismo de la desesperación), no hice más que intensificar su ardor y fortalecer sus esperanzas cuando decidí abandonar el campo en busca de un tesoro más radiante. En una palabra, como te he dicho, está perdidamente enamorado. Al principio podía percibir mal que bien los defectos de la muchacha, y le producían bastante desasosiego; pero su pasión y la habilidad de ella no le permiten ver ahora nada, salvo las perfecciones de su adorada y su asombrosa buena suerte. Anoche vino a verme rebosante de felicidad.

»—¡Huntingdon, no soy un desecho! —dijo, cogiéndome la mano y apretándomela como si yo fuera un virrey—. Todavía queda para mí la felicidad, incluso en esta vida... ¡Ella me ama!

»—¡Vaya! —exclamé—. ¿Te lo ha dicho?

»—No, pero ya no puedo dudarle. ¿No ves lo intencionadamente amable y afectuosa que es? ¡Y conoce el alcance absoluto de mi ruina y no le importa nada! Sabe lo loca y perversa que ha sido mi vida, y no teme confiar en mí; y mi linaje y mi título no son un atractivo para ella, porque no le importan nada. Es el ser más generoso y magnánimo que pueda imaginarse. Ella me salvará, en cuerpo y alma, de la destrucción. Me ha ennoblecido ya en mi propia estima y me ha hecho tres veces más sabio, mejor y más grande de lo que era. ¡Oh, si la hubiera conocido antes, cuánta degradación y miseria me habría evitado! Pero ¿qué habré hecho para merecer una criatura tan generosa?

»—Y lo mejor de la broma —continuó diciendo el señor Huntingdon, riéndose— es que la astuta coqueta no ama de él más que su título y su linaje, y “esa encantadora mansión familiar”.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Me lo dijo ella misma: «Al hombre en sí lo desprecio totalmente; pero la verdad es que ya es hora de que haga una elección, pues si voy a esperar a alguien que sea capaz de ganar mi estima y afecto, me quedaré soltera, porque ¡los detesto a todos!». ¡Ja! ¡Ja! Sospecho que en eso se equivoca; pero en cualquier caso es evidente que no siente amor por él, pobre muchacho.

—Entonces, deberías decírselo a él.

—¿Qué? ¿Y estropearle a la pobre muchacha todos sus planes y esperanzas? No, no; eso sería traicionar su confianza, ¿no, Helen? ¡Ja! ¡Ja! Además, eso le rompería el corazón a él. —Y volvió a reírse.

—En fin, señor Huntingdon, no sé lo que encuentra tan divertido en este asunto. Yo no veo nada de qué reírme.

—Me río de ti en este momento, amor mío —dijo, redoblando sus risotadas.

Y dejándole que se divirtiera solo, toqué a Ruby con la fusta y la puse a medio galope para unirme a nuestros compañeros. Habíamos ido al paso todo este tiempo y nos habíamos alejado mucho de ellos. Arthur en seguida me alcanzó; pero no dispuesta a hablar con él, puse al animal al galope. Él hizo lo mismo con el suyo y no disminuimos nuestro paso hasta que alcanzamos a la señorita Wilmot y lord Lowborough, a un kilómetro de las puertas del parque. Evité toda conversación hasta que llegamos al final de nuestro paseo, cuando me disponía a saltar del caballo y desaparecer dentro de la casa, antes de que él me ofreciese su ayuda; pero mientras trataba de desprender mi traje de montar de la silla, él me bajó de ella y me sujetó con las dos manos, afirmando que no me dejaría ir hasta que le hubiera perdonado.

—No tengo nada que perdonar —dije—. No me ha molestado.

—No, querida. ¡Ojalá fuera así! Pero estás enfadada porque fue a mí a quien Annabella confesó su falta de estima por su pretendiente.

—No, Arthur, no es eso lo que me disgusta: es su comportamiento en general con su amigo; y si quiere que le perdone, vaya ahora a decirle qué clase de mujer es aquella a la que adora tan apasionadamente y en la que ha depositado sus esperanzas de felicidad futura.

—Ya te dije, Helen, que eso le rompería el corazón, sería la muerte para él; además, sería una vileza para la pobre Annabella. No puede hacerse nada por él ahora; es inútil tratar de convencerle. Además, ella puede mantener el

engaño hasta el final y entonces él será tan feliz con la ilusión como si fuera realidad; o quizá sólo descubra su error cuando haya dejado de amarla; y si no, es mucho mejor que la verdad vaya desvelándose poco a poco. Así, pues, ángel mío, espero haberte explicado el caso con claridad y convencido de que no puedo hacer la reparación que me pides. ¿Qué otra petición tienes que hacerme? Habla y obedeceré gustoso.

—Sólo tengo una —dijo con tanta seriedad como antes—: en el futuro no se burlará de los sufrimientos de los demás, y utilizará su influencia con sus amigos para ayudarles a combatir sus malas inclinaciones, en lugar de apoyarlas para perjudicarlos.

—Haré todo lo posible —dijo— por recordar y ejecutar todos los mandatos de mi ángel tutelar. —Y después de besar mis dos manos enguantadas, me dejó marchar.

Cuando entré en mi habitación, me sorprendió ver a Annabella Wilmot ante mi tocador, examinándose tranquilamente en el espejo mientras jugaba con una mano con la fusta de empuñadura de oro y con la otra levantaba la falda de su largo vestido.

«Desde luego es una criatura magnífica», pensé, mientras contemplaba aquella figura alta, bien proporcionada, y el reflejo de su bello rostro en el espejo que estaba frente a mí, con el pelo oscuro brillante, ligera y graciosamente alborotado a consecuencia del paseo a caballo, la tez morena radiante por el ejercicio y los ojos negros destellando con un brillo inusitado. Al darse cuenta de mi presencia, se volvió, exclamando con una risa que era más maligna que alegre:

—¡Helen! ¿Por qué has tardado tanto? He venido a comunicarte una maravillosa noticia —continuó, sin importarle la presencia de Rachel—. Lord Lowborough me ha pedido que me case con él y yo he aceptado graciosamente. ¿No me envidias, querida?

—No, amiga mía —dijo, «ni a él tampoco», añadió mentalmente—. ¿Y él te gusta, Annabella?

—¿Gustarme? Desde luego que sí... ¡estoy locamente enamorada!

—En fin, espero que seas una buena esposa para él.

—Gracias, querida. ¿Y qué más esperas?

—Espero que os améis los dos y seáis felices.

—Gracias; ¡y yo espero que tú seas una buena esposa para el señor Huntingdon! —dijo con una reverencia regia, y se retiró.

—¡Oh, señorita! ¿Cómo ha podido decirle usted eso? —exclamó Rachel.

—¿Decir qué? —respondí.

—Que usted esperaba que fuera una buena esposa para él. ¡Es increíble!

—Porque ésta es mi esperanza... o, mejor dicho, mi deseo. Ella está más allá de toda esperanza.

—¡Bueno! —dijo—. Lo que sí espero es que él sea un buen marido para ella. Abajo se dicen cosas extrañas. Dicen...

—Ya lo sé, Rachel. Lo sé todo; pero ha cambiado. Y abajo no tienen por qué contar cuentos de sus amos.

—No, señorita, o de lo contrario habrían dicho también algunas cosas sobre el señor Huntingdon.

—No quiero saberlas, Rachel; son mentira.

—Sí, señorita —dijo con serenidad, mientras seguía arreglándome el pelo.

—¿Las crees tú, Rachel? —pregunté, después de una pausa.

—No, señorita, en absoluto. Verá, cuando los criados se juntan, les gusta hablar de sus amos y a algunos, un poco por fanfarronear, les gusta dar la impresión de que saben más de lo que parece, y sueltan insinuaciones y cosas sólo para asombrar a los demás. Pero si yo fuera usted, señorita Helen, pondría mucha atención antes de dar el salto. Creo que una dama nunca es demasiado cuidadosa al elegir marido.

—Desde luego que no —dije—; pero date prisa, ¿quieres, Rachel? Quiero vestirme.

Y realmente estaba deseando deshacerme de la buena mujer, porque me encontraba en un estado de ánimo tan melancólico que apenas podía contener las lágrimas mientras ella me vestía. Corrieron por mis mejillas no por lord Lowborough, ni por Annabella, ni por mí, sino por Arthur Huntingdon.

13. — Se han ido. Él se ha ido. Vamos a estar separados durante más de dos meses... ¡más de diez semanas! Un tiempo muy largo para vivir sin verle. Pero ha prometido escribirme a menudo, y me ha hecho prometer que le escribiré más a menudo todavía, porque él estará ocupado arreglando sus asuntos y yo no tendré otra cosa mejor que hacer. En fin, creo que tendré siempre muchas cosas que decir. ¡Oh, pero cuánto vamos a tardar en estar juntos continuamente para poder intercambiar nuestros pensamientos sin la intervención de estos fríos mensajeros, la pluma, la tinta, el papel!

22. — Ya he recibido varias cartas de Arthur. No son largas, pero son muy dulces, iguales que él; llenas de afecto fervoroso y de un humor vivo y alegre; pero —siempre hay un «pero» en este mundo imperfecto—, pero a veces me gustaría que hablara en serio. No puedo conseguir que escriba o hable con

verdadera formalidad. No me preocupa mucho ahora, pero si es siempre así, ¿qué haré con la parte seria de mí misma?

CAPÍTULO XXIII

PRIMERAS SEMANAS DE MATRIMONIO

18 de febrero de 1822. — Esta mañana temprano, Arthur montó su caballo de caza y partió con gran alborozo tras los podencos. Estará fuera todo el día, así que me entretendré con mi abandonado diario, si es que puedo llamar así a una composición tan irregular. Hace exactamente cuatro meses que lo abrí por última vez.

Ahora estoy casada, y soy la señora Huntingdon de Grassdale Manor. Mi experiencia matrimonial alcanza ya las ocho semanas. ¿Lamento el paso que di? No, aunque debo confesarme sinceramente a mí misma que Arthur no es lo que yo creí al principio, y si le hubiera conocido tan bien al comienzo de nuestra relación como ahora, probablemente nunca le habría amado, y si le hubiera amado primero y luego hubiera hecho el descubrimiento, me temo que habría considerado mi deber no casarme con él. No cabe duda de que podría haberle conocido antes, pues todo el mundo estaba deseando contarme cosas de él y él mismo no era un completo hipócrita. Pero yo me empeñaba tenazmente en permanecer ciega y ahora, en vez de lamentarme por no conocer bien su carácter antes de unirme indisolublemente a él, me alegro de ello, pues me ha salvado de librar una gran batalla con mi conciencia y por consiguiente me ha ahorrado una gran cantidad de preocupación y dolor; y, sea lo que fuere lo que tuviera que haber hecho, mi deber ahora es sencillamente amarle y no separarme de él, y esto está de acuerdo con mi inclinación.

Está muy enamorado de mí... casi demasiado. Me conformaría con menos caricias y más racionalidad. ¡Me gustaría ser menos un animalito mimado y más una amiga, si pudiera elegir, pero no voy a quejarme! Sólo tengo miedo de que su cariño pierda en profundidad lo que gane en pasión. A veces me parece como el fuego de las hojas y las ramas secas comparado con el de un sólido carbón, muy brillante y caliente; pero si ardiera y no dejara nada salvo cenizas, ¿qué haría? Pero no ocurrirá, no puede ocurrir, estoy decidida, y estoy segura de que tengo fuerza para mantenerlo vivo. Así que desecharé de una vez este pensamiento. Pero Arthur es egoísta, no tengo más remedio que reconocerlo; y, en realidad, admitirlo me produce menos dolor del que se podría esperar, porque le amo tanto que puedo perdonarle sin esfuerzo que se ame a sí mismo: le gusta que le complazcan, y para mí es un deleite complacerle, y si lamento esta tendencia suya no es por mi propio bien, sino

por el suyo.

El primer ejemplo me lo proporcionó con motivo de nuestro viaje de novios. Él quería que fuera corto y rápido, porque todos los sitios del Continente le eran familiares: muchos habían perdido interés para él y otros nunca lo habían tenido. La consecuencia fue que, después de recorrer a toda velocidad parte de Francia e Italia, volví casi tan ignorante como antes, sin haberme familiarizado ni con personas ni con costumbres, y muy poco con cosas; la cabeza me bullía con una abigarrada confusión de objetos y escenarios. Es cierto que algunos me dejaron una impresión más agradable que otros, pero ésta se veía amargada por el recuerdo de que mis emociones no habían sido compartidas por mi compañero; por el contrario, cuando yo había expresado un interés especial por algo que veía o deseaba ver, él se había sentido molesto, por cuanto probaba que podía encontrar placer en algo que no tenía relación con él.

En París sólo estuvimos de paso, y él no me dio tiempo ni para ver la décima parte de las bellezas y los objetos valiosos de Roma. Quería llevarme a casa, dijo, para tenerme para él solo y para verme instalada felizmente como la señora de Grassdale Manor, tal cual era: sencilla, ingenua e incitante. Y como si yo fuera una frágil mariposa, expresó su miedo a que perdiera el color plateado de mis alas al ponerme en contacto con la sociedad, especialmente la de Roma y París; y, más aún, no tuvo escrúpulos en decirme que en ambas ciudades había damas que le arrancarían los ojos si llegaban a verle conmigo.

Todo esto me irritó, naturalmente; sin embargo, lo que me turbó no fue tanto la desilusión que me llevé como la decepción que él me causó, y el apuro en que me vi al tratar de dar una explicación a mis amigos por haber visto y observado tan poco sin echarle una partícula de culpa a mi compañero. Pero cuando llegamos a casa —a mi nueva y encantadora casa—, yo me sentí tan feliz y él fue tan cariñoso que se lo perdoné todo espontáneamente; y estaba empezando a creer que mi suerte era demasiado buena y mi marido demasiado bueno para mí, aunque no demasiado bueno para este mundo, cuando, el segundo domingo después de nuestra llegada, me horrorizó e impresionó con otra muestra de su exigencia irrazonable. Volvíamos a casa andando después del servicio de la mañana. Era un día frío pero agradable. Como vivimos cerca de la iglesia yo había preferido no utilizar el coche de caballos.

—Helen —dijo—, no estoy del todo satisfecho contigo.

Le expresé mi deseo de saber qué era lo que había hecho mal.

—¿Prometes corregirte si te lo digo?

—Sí, si puedo, y sin ir contra mis principios.

—¡Ah! Ya salió, ¿no ves? No me amas con todo tu corazón.

—No te comprendo, Arthur (al menos espero que no): por favor, contesta, ¿he hecho o dicho algo inconveniente?

—No es nada que hayas hecho o dicho; es algo que eres... eres demasiado religiosa. Desde luego me gusta que una mujer sea religiosa, y creo que tu piedad es uno de tus encantos más grandes, pero, como pasa con otras buenas cualidades, pueden llevarse demasiado lejos. En mi opinión, la religión de una mujer no debería hacer disminuir su devoción por su señor terrenal. Está bien que purifique y espiritualice su alma, pero no que se olvide de su corazón y se eleve por encima de todos sus sentimientos humanos.

—¿Estoy yo por encima de los sentimientos humanos? —dije.

—No, cariño, pero estás haciendo más progresos en tu camino hacia la santidad de lo que yo quisiera; durante estas dos horas he estado pensando en ti y deseando encontrarme con tus ojos, pero tú estabas tan absorta en tus rezos que ni siquiera me has dedicado una mirada. Creo que es suficiente para tener celos del Hacedor, lo cual está muy mal. Así que, por el bien de mi alma, no vuelvas a excitar unas pasiones tan perversas.

—Daría todo mi corazón y toda mi alma a mi Hacedor si pudiera —contesté— y a ti ni un átomo más de lo que Él permite. ¿Quién eres tú para dártelas de dios y atreverte a disputar la posesión de mi corazón con Aquel a quien debo todo lo que tengo y todo lo que soy, todas las mercedes que he disfrutado y pueda disfrutar, tú entre ellas, si es que eres una merced, lo cual estoy medio inclinada a dudar?

—No seas tan dura conmigo, Helen; y no me pellizques el brazo de esa manera; me estás metiendo los dedos hasta el hueso.

—Arthur —continué, aflojando la presión de mi mano—, no me amas ni la mitad de lo que yo te amo; y, sin embargo, si me amaras mucho menos no me quejaría si amaras más a tu Hacedor. Me alegraría verte tan absorto en tus rezos que ni siquiera tuvieras una mirada para mí. Pero, en realidad, no perdería nada en el cambio, porque cuanto más amaras a tu Dios, más profundo, puro y verdadero sería tu amor por mí.

Ante mi respuesta se limitó a reír y a besarme la mano, llamándome dulce fanática. Luego, quitándose el sombrero, añadió:

—Pero mírame bien, Helen: ¿qué puede hacer un hombre con una cabeza como ésta?

La cabeza no parecía tener ningún defecto, pero cuando puso mi mano encima de ella, ésta se hundió en un lecho de rizos, alarmantemente profundo, sobre todo en el medio.

—¿Te das cuenta? No estoy hecho para ser un santo —dijo él riéndose—.

Si Dios hubiera querido que fuera un hombre religioso, ¿por qué no me dio Él un órgano apropiado de veneración?

—Eres como el criado —respondí— que, en lugar de emplear su único talento al servicio de su amo, se lo devuelve sin mejorar, alegando, como excusa, que él sabía que era «un hombre duro, que cosecha donde no ha sembrado, que recoge donde no ha esparcido». A quien le es dado poco, le será pedido poco, pero a todos se nos pide el mayor esfuerzo de que seamos capaces. A ti no te falta la capacidad de veneración, ni fe ni esperanza, ni conciencia ni razón, ni ninguna otra cualidad cristiana, si decidieras emplearlas; pero todos nuestros talentos aumentan con el uso, y todas las facultades, tanto buenas como malas, se fortalecen con el ejercicio; por tanto, si decides utilizar las malas, aquellas que conducen al mal, hasta convertirlas en tus dueñas, y abandonas las buenas hasta que desaparecen, sólo tú eres responsable de ello. Pero tú tienes talento, Arthur, dones naturales de corazón, espíritu y carácter, dones que muchos cristianos mejores que tú desearían poseer, con tal de que los emplearas al servicio de Dios. Nunca esperaré que te convirtieras en un beato, pero es perfectamente posible ser un buen cristiano sin dejar de ser un hombre feliz y alegre.

—Hablas como un oráculo, Helen, y todo lo que dices es indudablemente cierto; pero escucha esto: estoy hambriento y veo ante mí una comida buena y abundante; se me dice que si me abstengo de probarla hoy tendré mañana un suntuoso banquete, consistente en toda clase de golosinas y manjares exquisitos. Bien, en primer lugar, me opondría a esperar hasta mañana cuando tengo delante de mí los medios para aplacar mi hambre; en segundo lugar, las sólidas viandas de hoy son para mí más que los manjares exquisitos que me son prometidos; en tercer lugar, yo no veo el banquete de mañana, y ¿cómo sé que no es todo una fábula inventada por el tipo de cara grasienta que me aconseja que me abstenga para quedarse él con todas las buenas vituallas? En cuarto lugar, esta mesa debe estar preparada para alguien, y, como dice Salomón, «¿quién puede comer, o quién puede disfrutar esto aparte de mí?». Y por último, con tu permiso, me sentaré y satisfaré mis deseos de hoy y no me preocuparé de mañana. Quién sabe, pero quizá pueda asegurarme éste y aquél.

—Pero no se te exige que te abstengas de la abundante comida de hoy; únicamente se te aconseja que comas esas viandas más vulgares con tal moderación que no te incapacite para disfrutar del selecto banquete de mañana. Si a pesar de ese consejo, eliges embrutecerte ahora, comiendo y bebiendo en exceso hasta el punto de convertir las buenas vituallas en veneno, ¿a quién echarás la culpa si después, mientras tú sufres los tormentos de la glotonería y la embriaguez de ayer, ves a hombres más moderados sentarse a disfrutar del espléndido banquete que tú no puedes ni probar?

—Muy cierto, santa patrona; pero, de nuevo, nuestro Salomón dice: «No

hay nada mejor para un hombre que comer, beber y ser alegre».

—Y también —repliqué— dice: «Regocíjate, oh, hombre joven, en tu juventud; y sigue los impulsos de tu corazón y lo que ven tus ojos; pero recuerda que por todas estas cosas Dios te pedirá cuentas en el juicio».

—Pero, Helen, estoy seguro de que he sido muy bueno durante las últimas semanas. ¿Qué has visto de malo en mí y qué querías que hiciera?

—Nada más que lo que haces, Arthur: tu comportamiento es correcto hasta ahora; pero me gustaría que cambiaras de idea: me gustaría que te fortalecieras contra la tentación y no llamaras mal al bien y bien al mal; querría que reflexionaras más profundamente, miraras más allá, aspiraras a más de lo que haces.

Habíamos llegado a la puerta, así que me callé; pero le dejé después de darle un apasionado abrazo empapado en lágrimas. Entré en la casa y subí las escaleras para quitarme la gorra y la capa. No deseaba añadir nada más sobre el asunto para que éste no le inspirara aversión, ni tampoco yo.

CAPÍTULO XXIV

PRIMERA PELEA

25 de marzo. — Arthur se está cansando, no de mí, creo, sino de la vida ociosa y tranquila que lleva; y no me asombra, porque tiene pocas fuentes de entretenimiento: no lee más que periódicos y revistas para cazadores; y cuando me ve ocupada leyendo un libro, no descansa hasta que consigue que lo cierre. Cuando hace buen tiempo se las arregla para pasarlo bastante bien, pero en los días lluviosos —que han sido los más frecuentes últimamente— es bastante penoso comprobar su aburrimiento. Hago todo lo que puedo para entretenerle, pero es imposible hacer que se interese por aquello de lo que más me gusta hablar; por otra parte, a él le place hablar de cosas que no pueden interesarme —que incluso me molestan— y éstas son las que más le gustan; su entretenimiento favorito es sentarse o recostarse junto a mí en el sofá y contarme anécdotas de sus amores anteriores, que siempre se refieren a la decepción de alguna muchacha fiel o al engaño de un marido confiado; y cuando yo expreso mi horror e indignación entonces él lo atribuye todo a los celos, y se ríe hasta que las lágrimas le ruedan por las mejillas. Al principio yo solía deshacerme en lágrimas o encolerizarme, pero viendo que su placer aumentaba en proporción a mi ira y mi agitación, he tratado de reprimir mis sentimientos y escuchar sus revelaciones en el silencio de un sereno desprecio; pero a pesar de ello, él lee en mi rostro la lucha interior e interpreta la

amargura de mi alma por su indignidad como el dolor que deja en mí la herida de los celos; y cuando se ha divertido suficientemente, o teme que mi disgusto se convierta en algo demasiado serio para su comodidad, intenta besarme y calmarme para que sonría otra vez. ¡Nunca sus caricias fueron tan mal recibidas como en esos momentos! Éste es el egoísmo hipócrita desplegado ante mí y ante las víctimas anteriores que se enamoraron de él. Hay veces en que, con un arrepentimiento momentáneo —o un desánimo pasajero—, me pregunto: «¿Qué has hecho, Helen?». Pero censuro esa voz interior y rechazo los intrusos pensamientos que se agolpan en mi cabeza. Aunque él fuera diez veces más sensual e insensible a las ideas buenas y elevadas, sé que no tengo derecho a lamentarme. Y no me lamento ni me lamentaré. Le amo todavía y le seguiré amando, y no me arrepiento ni me arrepentiré de haber unido mi destino al suyo.

4 de abril. — Hemos tenido un altercado. Los detalles son como siguen:

Arthur me había contado, a retazos, toda la historia de su aventura con lady F..., a la que antes no daba crédito. Fue un consuelo, sin embargo, descubrir que en este caso la dama había sido más culpable que él, pues en aquella época él era un muchacho y ella había sido claramente la que había dado los primeros pasos, si es cierto lo que él dice. La odié por ello, porque parecía como si hubiera contribuido a su corrupción. Cuando empezó a hablar de ella el otro día, le rogué que no la mencionara, no podía soportar que se pronunciara su nombre.

—No porque la hayas amado, Arthur, sino porque te hizo daño y engañó a su marido y, en general, era una mujer abominable, a quien no deberías mencionar sin avergonzarte.

Pero él la defendió diciendo que tenía un marido chocho a quien era imposible amar.

—Entonces, ¿por qué se casó con él? —dije.

—Por su dinero —fue su respuesta.

—Entonces eso fue otra indignidad, y la solemne promesa que hizo de amarle y respetarle fue otra más, que no hizo más que agravar la última.

—Eres demasiado dura con la pobre señora —se rió—. Pero no te preocupes, Helen, ella no me importa ahora; nunca he amado a ninguna ni la mitad de lo que te amo a ti, así que no debes temer que te abandone como a ellas.

—Si me hubieras contado todas estas cosas antes, Arthur, nunca te habría dado la ocasión de hacerlo.

—¿De verdad, cariño?

—¡Estoy completamente segura de que no!

Se rió, incrédulo.

—¡Me gustaría poder convencerte ahora! —grité, separándome de su lado. Y por primera vez en mi vida, y espero que la última, deseé no haberme casado con él.

—Helen —dijo, con más seriedad—, ¿sabes que si creyera lo que acabas de decir me pondría furioso? Pero, gracias a Dios, no lo creo. Aunque estés ahí de pie con esa cara pálida y esos ojos que echan chispas, mirándome como una verdadera tigresa, conozco tu corazón quizá un poco mejor de lo que lo conoces tú misma.

Sin decir una palabra abandoné la sala y me encerré con llave en mi habitación. Al cabo de una media hora vino hasta mi puerta; primero intentó abrirla y luego llamó con los nudillos.

—¿No me dejas entrar, Helen? —dijo.

—No, me has disgustado —respondí—, y no quiero ver tu cara ni oír tu voz hasta mañana.

Se quedó allí un momento como si estuviera aturdido o no supiera qué responder a semejante afirmación; luego se fue.

Esto ocurrió una hora después de cenar: yo sabía que para él sería muy triste quedarse sentado solo hasta la hora de acostarse, y esto suavizó considerablemente mi resentimiento, pero no me obligó a ceder. Estaba decidida a demostrarle que mi corazón no era su esclavo y que podía vivir sin él si quería. Me senté y le escribí una larga carta a mi tía, en la que, naturalmente, no le decía nada de esto. Poco después de las diez de la noche le oí subir de nuevo, pero pasó de largo por delante de mi puerta y fue derecho a su gabinete, de donde no salió en toda la noche.

Estaba bastante inquieta por ver cómo me acogía a la mañana siguiente, y mi decepción no fue pequeña cuando le vi entrar en la habitación donde desayunábamos con una sonrisa indolente.

—¿Estás todavía enfadada, Helen? —dijo, acercándose a mí como para saludarme. Me dirigí fríamente a la mesa y empecé a servir el café, haciéndole notar que se había retrasado bastante.

Silbó por lo bajo y se acercó perezosamente a la ventana, donde permaneció unos minutos contemplando el grato panorama que ofrecían las nubes grises y sombrías, la lluvia cayendo, el césped empapado y los árboles húmedos, deshojados... murmurando maldiciones contra el tiempo. Luego se sentó para desayunar. Cuando probó el café dijo que estaba «c...e frío».

—No deberías haber dejado que se enfriara —dije.

No contestó y terminamos de desayunar en silencio. Fue un alivio para los dos que nos trajeran el correo. Había un periódico, una o dos cartas para él y un par de cartas para mí, que tiró en la mesa sin decir nada. Una era de mi hermano, la otra de Milicent Hargrave, que está ahora en Londres con su madre. Las suyas, creo, eran cartas comerciales y en apariencia poco interesantes, pues las metió en el bolsillo murmurando algunas interjecciones que yo habría censurado en otra ocasión. Extendió el periódico ante él y pareció profundamente absorto en su lectura durante el resto del desayuno y bastante tiempo después.

Leer y contestar mis cartas y la dirección de los asuntos domésticos me tuvieron ocupada toda la mañana; después del almuerzo me puse a dibujar y, desde la hora de cenar hasta irme a la cama, leí. Entretanto, el pobre Arthur no sabía qué hacer para entretenerse u ocupar su tiempo. Deseaba dar la impresión de estar tan atareado y despreocupado como yo: si el tiempo se lo hubiera permitido, sin duda habría ordenado que le prepararan su caballo y se habría dirigido a algún lugar alejado —no importaba adónde— después del desayuno, y no hubiera vuelto hasta la noche; de haber habido una dama a su alcance, que no tuviera menos de quince años ni más de cuarenta, habría procurado resarcirse y dedicarse a coquetear o a intentar coquetear con ella; pero, para íntima satisfacción mía, como no podía recurrir a estas fuentes de entretenimiento, sus suplicios fueron realmente lamentables. Después de bostezar sobre el periódico y garabatear cortas contestaciones a sus cartas aún más cortas, dedicó el resto de la mañana a ir de una habitación a otra, a observar las nubes y maldecir la lluvia, acariciando, azuzando y maltratando, alternativamente, a sus perros, a veces tumbándose en el sofá con un libro que se sentía incapaz de leer, y a menudo mirándome fijamente cuando creía que no me daba cuenta, con la vana esperanza de encontrar en mi rostro huellas de lágrimas, o algún indicio de angustia llena de remordimientos. Pero yo me las arreglé para conservar una serenidad apacible, aunque seria, durante todo el día. En realidad no estaba enfadada, sentía pena por él y deseaba reconciliarme; pero me había empeñado en que diera él el primer paso, o, al menos, que manifestara alguna señal de espíritu humilde y contrito; porque si era yo quien lo hacía, sólo conseguiría alimentar su vanidad, aumentar su arrogancia y echar a perder la lección que deseaba darle.

Se quedó mucho rato en el comedor después de la cena, y me temo que bebió más vino que de costumbre, aunque no lo suficiente para desatar su lengua, porque cuando entró y me halló ocupada tranquilamente con mi libro, demasiado absorta en él para levantar la cabeza con motivo de su entrada, se limitó a murmurar una expresión de contenida censura y, cerrando la puerta con fuerza, se encaminó al sofá y se tumbó sobre él cuan largo era,

disponiéndose a dormir. Pero Dash, su cocker favorito, que estaba tendido a mis pies, se tomó la libertad de saltar encima de él y empezar a lamerle la cara. Lo apartó de un golpe, y el pobre perro gimió y corrió a acurrucarse de nuevo junto a mí. Cuando se despertó, una media hora después, lo llamó de nuevo, pero Dash le miró soñoliento y sólo meneó un poco el extremo de su cola. Lo llamó más autoritariamente, pero Dash se acercó más a mí y me lamió la mano como implorando protección. Exasperado, su dueño agarró un pesado libro y se lo arrojó a la cabeza. El pobre perro soltó un aullido lastimero y corrió hacia la puerta. Le dejé salir y luego recogí tranquilamente el libro.

—Dame ese libro —dijo Arthur en un tono no muy cortés.

Se lo di.

—¿Por qué has dejado salir al perro? —preguntó—. Sabías que yo quería que viniera a mi lado.

—¿Qué podía hacerme suponer eso? —respondí—. ¿Que le tiraras el libro a la cabeza? ¿O iba quizá dirigido a mí?

—No; pero ya veo que también te alcanzó —dijo, mirándome la mano, que también había recibido un golpe y tenía algunos rasguños.

Seguí leyendo y él se esforzó por hacer lo mismo; pero, al poco rato, después de varios bostezos portentosos, declaró que su libro era una «condenada basura» y lo arrojó encima de la mesa. Luego siguieron ocho o diez minutos de silencio, durante la mayor parte de los cuales, creo, me miró fijamente. Por fin, su paciencia se agotó.

—¿Qué libro es ése, Helen? —preguntó.

Se lo dije.

—¿Es interesante?

—Sí, mucho.

Seguí leyendo, o fingí seguir leyendo, al menos; no puedo decir que existiera mucha comunicación entre mis ojos y mi cerebro, pues aunque los primeros se deslizaban sobre las páginas, el último se preguntaba inquieto cuándo volvería a hablar Arthur, qué diría y qué contestaría yo. Pero no volvió a hablar hasta que me levanté a hacer té, y sólo fue para decir que él no quería. Continuó tumbado perezosamente en el sofá, alternativamente cerrando los ojos y mirando el reloj o a mí, hasta la hora de acostarse; cuando me levanté, cogí una vela y me retiré.

—¡Helen! —gritó, cuando yo ya había salido de la habitación.

Me volví y esperé sus órdenes.

—¿Qué quieres, Arthur? —dije por fin.

—Nada —respondió—. ¡Vete!

Me fui pero, al oírle murmurar algo cuando estaba cerrando la puerta, me volví de nuevo. Me pareció oír algo muy parecido a «maldita perra», pero yo estaba deseando que fuera algo más.

—¿Me estabas diciendo algo, Arthur? —le pregunté.

—No —fue la respuesta, y cerré la puerta y me fui. No le volví a ver hasta la mañana siguiente en el desayuno, cuando bajó una hora después de lo que tenía por costumbre.

—Te has retrasado mucho —fue mi saludo matinal.

—No tenías ninguna necesidad de esperarme —fue el suyo; y se dirigió a la ventana otra vez. El tiempo era exactamente igual al del día anterior.

—¡Oh, esta maldita lluvia! —murmuró. Pero después de estudiar detenidamente el paisaje durante un minuto o dos, pareció ocurrírsele una brillante idea, porque de pronto exclamó—: ¡Pero ya sé lo que voy a hacer! —Y luego se volvió y ocupó su sitio en la mesa. La saca de correos estaba todavía allí esperando que la abrieran. La abrió y examinó su contenido, pero no dijo nada sobre él.

—¿Hay algo para mí? —pregunté.

—No.

Abrió el periódico y comenzó a leer.

—Sería mejor que tomaras el café —sugerí—; se te enfriará otra vez.

—Puedes irte —dijo—, si ya has desayunado. No te necesito.

Me levanté y me retiré a la habitación vecina, preguntándome si íbamos a tener otro día tan triste como el anterior, deseando fervientemente que terminara esta mutua tortura. Poco después le oí tocar la campanilla y dar algunas órdenes sobre su guardarropa, lo que me pareció que significaba que tenía intención de hacer un largo viaje. Luego mandó llamar al cochero y oí algo acerca del coche y los caballos, Londres, y mañana a las siete de la mañana; todo lo cual me sorprendió e intranquilizó no poco.

«No debo dejarle, de ninguna manera, que vaya a Londres —me dije—; hará toda clase de diabluras y yo tendré la culpa. Pero la cuestión es: ¿cómo voy a alterar sus planes? En fin, esperaré un poco, a ver si lo menciona».

Esperé una hora y otra, angustiada; no me dijo ni una palabra sobre ello, ni sobre ninguna otra cosa. Silbaba y les hablaba a los perros y deambulaba de habitación en habitación, al igual que lo había hecho el día anterior. Por fin

empecé a pensar que debía ser yo quien sacara el tema, y estaba tratando de encontrar la manera de hacerlo, cuando apareció John y, sacándome del apuro sin pretenderlo, nos transmitió el siguiente mensaje del cochero:

—Perdone, señor, Richard dice que uno de los caballos tiene un resfriado muy fuerte y cree que si no tuviera usted ningún inconveniente en hacer el viaje pasado mañana en vez de mañana, él podría curarlo hoy para así...

—¡Maldita imprudencia la suya! —exclamó el amo.

—Perdone, señor, pero dice que sería mucho mejor que lo pensara —insistió John—, porque espera que haya un cambio de tiempo dentro de poco, y dice que no es conveniente, cuando un caballo está tan resfriado y medicado, que...

—¡Que el diablo se lleve al caballo! —gritó el caballero—. En fin, dígame que lo pensaré —añadió, después de reflexionar unos instantes. Me lanzó una mirada inquisitiva una vez que el criado se retiró, esperando encontrar alguna señal de alarma y profundo asombro; pero, estando sobreaviso, me protegí con una expresión de estoica indiferencia. Su semblante se desmoronó al cruzarse con mi serena mirada, apartó la suya con patente decepción y se acercó a la chimenea, donde permaneció en una actitud de franco abatimiento, apoyado en la repisa con la frente hundida en el brazo.

—¿Adónde quieres ir, Arthur? —pregunté.

—A Londres —respondió con gravedad.

—¿Para qué? —pregunté.

—Porque no puedo ser feliz aquí.

—¿Por qué no?

—Porque mi esposa no me ama.

—Ella te amaría con todo el corazón si tú lo merecieras.

—¿Qué debo hacer para merecerlo?

Esto sonó bastante humilde y serio, y yo estaba tan emocionada, entre la tristeza y la alegría, que no tuve más remedio que hacer una pausa de varios segundos antes de aclarar mi voz para contestar.

—Si ella te da su corazón —dije—, tú debes acogerlo con gratitud, y no despedazarlo, y reírte en su cara, porque ella no puede arrancárselo.

Él se volvió y se quedó mirándome con la espalda apoyada en la repisa de la chimenea.

—Ven entonces, Helen. ¿Vas a ser una muchacha buena?

Esto parecía demasiado arrogante, y la sonrisa que acompañó a la frase no me gustó. De ahí que dudara en contestar. Quizá mi primera respuesta había implicado demasiado: había oído que mi voz vacilaba y podía haber visto que me secaba una lágrima.

—¿Vas a perdonarme, Helen? —continuó, en un tono más humilde.

—¿Estás arrepentido? —respondí, acercándome a él y sonriéndole.

—¡Apesadumbrado! —contestó con una expresión triste, pero con una sonrisa alegre acechando en los ojos y en las comisuras de sus labios; mas esto no pudo detenerme y me eché en sus brazos. Me abrazó apasionadamente, y aunque yo era un mar de lágrimas, creo que nunca fui tan feliz en mi vida como en aquel momento.

—Entonces, ¿no irás a Londres, Arthur? —dije, cuando cedió el primer arrebato de lágrimas y besos.

—No, amor mío... a no ser que vengas conmigo.

—Iré encantada —respondí—, si crees que el cambio te divertirá y si aplazas el viaje hasta la próxima semana.

Consintió con placer, pero dijo que no era necesario hacer tantos preparativos, ya que no pensaba estar mucho tiempo, pues no quería que la gran ciudad me moldeara a su gusto y perdiera mi fresca campestre y mi personalidad relacionándome demasiado con las damas mundanas. Esto me pareció una tontería, pero no deseaba contradecirle en aquel momento: me limité a decir que mis hábitos eran muy domésticos, como él sabía muy bien, y que no tenía especial interés en mezclarme con el mundo.

Así que vamos a ir a Londres el lunes, es decir, pasado mañana. Han pasado cuatro días desde que terminó nuestro enfado, y estoy segura de que nos ha sentado bien a los dos: me ha hecho apreciar a Arthur mucho más, y le ha obligado a él a comportarse mucho mejor conmigo. Desde entonces, nunca ha intentado molestarme con la más ligera alusión a lady F..., o con algunos de los desagradables recuerdos de su vida anterior. Me gustaría borrarlos de mi memoria, o conseguir que él considere estas cuestiones a la misma luz que yo lo hago. ¡En fin! Lo que ha ocurrido es algo, sin embargo, que le ha hecho comprender que éstos no son asuntos apropiados para una broma conyugal. Podrá darse cuenta de más cosas alguna vez. No pondré límite a mis esperanzas; a pesar de las predicciones de mi tía y de mis inexplicables temores, estoy segura de que vamos a ser felices.

CAPÍTULO XXV

PRIMERA AUSENCIA

El 18 de abril fuimos a Londres; el 8 de mayo yo regresé, cumpliendo el deseo de Arthur: completamente en contra del mío, pues le dejé solo. Si hubiera venido conmigo, me habría sentido complacida de volver a casa, pues mientras estuvimos allí me obligó a llevar una vida tan bulliciosa y agitada que, en este corto espacio de tiempo, me quedé completamente agotada. Parecía decidido a exhibirme ante sus amigos y conocidos en particular, y ante el público en general, en cualquier ocasión que se presentaba y sobre todo cuando el lucimiento podía ser mayor. Daba la impresión de que me consideraba un valioso objeto del que estaba orgulloso; pero hube de pagar un precio muy alto por esta satisfacción porque en primer lugar, para complacerle, tuve que contrariar mis gustos más queridos: mis principios casi arraigados sobre una forma de vestir sencilla, oscura y sobria; debía destellar con costosas joyas, engalanarme como una mariposa pintada, justo lo que, hacía mucho tiempo, había decidido no hacer nunca; y esto no fue un sacrificio pequeño. En segundo lugar, me esforzaba continuamente por satisfacer sus atrevidas aspiraciones y hacer honor a su elección, en mi conducta y proceder generales, temiendo decepcionarle con alguna torpeza o algún rasgo de inexperta ignorancia sobre las costumbres de la sociedad, sobre todo cuando me tocaba el papel de anfitriona, que se me pedía desempeñar con no poca frecuencia. Y en tercer lugar, como ya insinué antes, estaba cansada de la muchedumbre y el bullicio, el apresuramiento y el cambio incesante de una vida tan ajena a mis costumbres anteriores. Por fin, descubrió que los aires de Londres no me sentaban muy bien y que suspiraba por mi hogar en el campo, por lo que debía regresar inmediatamente a Grassdale.

Yo le aseguré sonriente que el caso no era tan urgente como él parecía creer, pero que deseaba ciertamente volver a casa si él también quería. Respondió que tendría que quedarse una o dos semanas más, pues ciertos asuntos pendientes requerían su presencia.

—Entonces, me quedaré contigo —dije.

—Eso no puede ser, Helen —fue su respuesta—: mientras estés aquí habré de ocuparme de ti y desatender mis negocios.

—Pero no tendrás que hacerlo —repliqué—. Ahora que sé que tienes asuntos de los que ocuparte, insisto en que te dediques a ellos y me dejes sola. A decir verdad, estoy deseando descansar un poco. Puedo dar mis paseos a pie y a caballo por el parque como siempre; y tus negocios no pueden tenerte todo el día ocupado; por lo menos te veré a las horas de comer y a última hora de la tarde, y eso será mejor que estar a leguas de ti y no verte en absoluto.

—Pero, amor mío, no puedo permitir que te quedes. ¿Cómo puedo poner

en orden mis cosas cuando sé que estás aquí, abandonada...?

—No me sentiré abandonada: mientras estés cumpliendo con tu deber, Arthur, nunca me quejaré. Si me hubieras dicho que tenías algo que hacer, a estas alturas ya habrías hecho la mitad; en cambio ahora debes recuperar el tiempo perdido con doble esfuerzo. Dime lo que es y seré tu capataz, en lugar de ser un obstáculo.

—No, no —insistió la terca criatura—, debes irte a casa, Helen; debo tener la satisfacción de saber que estás bien y a salvo, aunque lejos. Tus luminosos ojos están cansados y esa tierna y delicada lozanía ha desaparecido de tus mejillas.

—Eso se debe sólo a tanto ajeteo y bullicio.

—Te digo que no; se debe al aire de Londres; estás suspirando por las frescas brisas de tu casa en el campo, y las sentirás antes de que pasen dos días más. Y recuerda tu situación, queridísima Helen; de tu salud depende la salud, si no la vida, de nuestra futura esperanza.

—Entonces, ¿quieres que me vaya?

—Sí, quiero, y te acompañaré yo mismo hasta Grassdale, y luego volveré. No estaré ausente más de una semana o quince días como mucho.

—Pues si debo irme, me iré sola; si tú tienes que quedarte, no es necesario que malgastes tu tiempo en el viaje de ida y vuelta.

Pero a él no le gustaba la idea de mandarme sola.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué clase de inútil criatura me has tomado —repliqué—, que no puedes permitirme recorrer ciento cincuenta kilómetros en nuestro propio carruaje, atendida por nuestro criado y nuestra doncella? Si vienes conmigo ten la seguridad de que te retendré. Pero dime, Arthur, ¿qué aburrido asunto es ése? ¿Por qué no lo mencionaste nunca antes?

—Es algo que tengo que hacer con mi abogado —dijo.

Me habló algo sobre un terreno que deseaba vender para pagar una parte de los gravámenes sobre su patrimonio; pero, o bien la explicación fue un poco confusa, o yo estaba bastante torpe, porque no pude entender con claridad cómo podía retenerle esto en la ciudad una quincena después de irme yo. Ahora me resulta más difícil todavía comprender cómo podía retenerle un mes, pues hace ese tiempo que le dejé y aún no he tenido noticias de él. En todas las cartas me promete estar conmigo dentro de pocos días y siempre me engaña o se engaña a sí mismo. Sus excusas son vagas e insuficientes. No me cabe duda de que anda de nuevo con sus antiguos camaradas. ¡Oh, por qué le dejé! ¡Cómo me gustaría que volviera!

29 de junio. — No sé nada de Arthur todavía; llevo muchos días buscando, buscando en vano una carta de él. Las tuyas, cuando llegan, son unas cartas cariñosas, si es que las palabras bonitas y los epítetos cariñosos pueden atribuirles ese título, pero muy cortas, y llenas de excusas triviales y promesas en las que no puedo confiar; ¡y, sin embargo, cómo las echo de menos! ¡Con qué ansia abro y devoro estas contestaciones breves y escritas a toda prisa a las tres o cuatro largas cartas que hasta ahora ha recibido de mí!

¡Oh, es cruel dejarme tanto tiempo sola! Él sabe que no tengo a nadie con quien hablar aparte de Rachel, pues no tenemos vecinos aquí, excepto los Hargrave, cuya residencia difícilmente puedo vislumbrar desde estas ventanas (las más altas), oculta por esas colinas bajas y llenas de árboles que están más allá del Dale. Me puse muy contenta cuando me enteré de que Milicent estaba tan cerca de nosotros; su compañía sería un consuelo para mí ahora, pero ella todavía está en la ciudad con su madre: no hay nadie en el Grove, salvo la pequeña Esther y su institutriz francesa, pues Walter está siempre fuera. En Londres vi a ese dechado de perfecciones masculinas: apenas parecía merecer los elogios de su madre y su hermana, aunque me dio la impresión de ser más tratable y agradable que lord Lowborough, más cándido y con una mente más elevada que el señor Grimsby, y más refinado y caballeroso que el señor Hattersley, el otro de los dos únicos amigos que Arthur consideró oportuno presentarme. ¡Oh, Arthur, por qué no vienes! ¡Por qué no me escribes de una vez! Hablaste de mi salud: ¿cómo puedes esperar que recupere aquí mi lozanía y vigor, atrapada día tras día por la soledad y la angustia? Te serviría de lección encontrar cuando vinieras que mi buen aspecto ha desaparecido del todo. Les rogaría a mis tíos, o a mi hermano, que vinieran a verme, pero no quiero quejarme de mi soledad delante de ellos. Y la verdad es que la soledad es el menor de mis males; pero ¿qué está haciendo? ¿Qué es lo que le mantiene alejado? Es esta pregunta, siempre repetida, y las sugerencias que suscita lo que me enloquece.

3 de julio. — Mi última y amarga carta le ha arrancado, por fin, una contestación, y bastante más larga de lo habitual; sin embargo, aún no sé qué pensar de ella. Me reprocha alegremente el rencor y la amargura de mi último desahogo, me dice que no puedo hacerme una idea de la multitud de compromisos que le retienen lejos de mí, pero asegura que, a pesar de ellos, estará conmigo antes de que termine la próxima semana, aunque es imposible para un hombre tan ocupado como él fijar una fecha precisa para su regreso; entretanto me exhorta a que tenga paciencia, «la primera de las virtudes de la mujer», y quiere que recuerde el dicho, «la ausencia hace al corazón más cariñoso», y me consuela con la confianza de que cuanto más tiempo esté separado de mí, más me amará cuando vuelva: y hasta que regrese, me ruega que siga escribiéndole asiduamente, porque, aunque se encuentra demasiado cansado y a menudo demasiado ocupado para contestar mis cartas una por

una, le gusta recibirlas diariamente, y que si cumplo mi amenaza de no volver a escribirle como castigo por su abandono, se enfadará tanto que hará todo lo posible por olvidarme. Añade esta ligera información sobre la pobre Milicent Hargrave:

Tu pequeña amiga Milicent es probable que no tarde mucho en seguir tu ejemplo y tome sobre sí el yugo del matrimonio en unión de un amigo mío; Hattersley, como sabes, todavía no ha cumplido su horrible amenaza de ofrecer su preciosa persona a la primera solterona que decida mostrar ternura por él; pero está resuelto a cumplir su decisión de ser un hombre casado antes de que termine el año: «Únicamente —me dijo—, quiero casarme con alguien que me deje hacer las cosas a mi manera, no como tu esposa, Huntingdon; ella es una criatura encantadora, pero parece como si siempre se saliera con la suya y pudiera encolerizarse cuando se presenta la ocasión» (yo pensé: «en eso tienes razón, amigo», pero no se lo dije). «Debo tener a mi lado un alma buena, tranquila, que me deje hacer lo que me gusta, ir a donde quiera, quedarme en casa o salir, sin una palabra de reproche o queja; no puedo soportar que me molesten». «Bueno —dijo—, yo conozco a alguien que te viene como anillo al dedo, si no te importa el dinero, y es la hermana de Hargrave, Milicent». Quiso que se la presentara inmediatamente, porque dijo que él tenía el dinero necesario... o lo tendría de sobra cuando su viejo padre decidiera desaparecer de escena. Como ves, Helen he hecho un favor a tu amiga y a mi amigo.

¡Pobre Milicent! Pero no puedo imaginarme que se vea obligada nunca a aceptar semejante pretendiente, alguien que está tan lejos de lo que ella considera que debe ser un hombre digno de ser respetado y amado.

5. — ¡Ay! Estaba equivocada. He recibido una larga carta de ella esta mañana, en la que me dice que ya está comprometida y que espera casarse antes de fin de mes.

Apenas sé qué decir —escribe— o qué pensar. A decir verdad, Helen, no me agrada la idea en absoluto. Si voy a ser la esposa del señor Hattersley, debo intentar amarle; y lo intento con todas mis fuerzas, pero he hecho pocos progresos todavía; y lo peor de todo es que cuanto más lejos está de mí, más me gusta: me asusta con sus modales bruscos y sus extrañas bravatas, y temo la idea de casarme con él. «Entonces, ¿por qué le has aceptado?», me preguntarás; yo no sabía que le había aceptado; pero mamá me dice que sí y él parece pensar lo mismo. Yo no tenía intención de hacerlo, pero no quería darle una negativa rotunda por miedo a que mamá se enfadara y entristeciera (pues sabía que ella quería que me casara con él), y deseaba hablar con ella primero sobre esto, así que le contesté con lo que yo creí una evasiva, una respuesta en parte negativa; pero ella dice que fue tan buena como una aceptación, y que él pensaría que yo soy muy caprichosa si intentaba ahora echarme atrás. Y la

verdad es que estaba tan confusa y asustada en aquel momento, que apenas sé lo que dije. Y cuando volví a verle me abordó con la seguridad de que era su prometida e inmediatamente comenzó a arreglar las cosas junto con mamá. No tuve el valor de contradecirles entonces, ¿y cómo puedo hacerlo ahora? No puedo; pensarían que estoy loca. Además, mamá está tan encantada con la idea de la boda...; cree que lo ha arreglado todo muy bien para mí, y no puedo soportar la idea de decepcionarla. Yo le pongo objeciones a veces, y le digo lo que siento, pero no puedes imaginarte cómo habla. El señor Hattersley es el hijo de un próspero banquero, como sabes, y Esther y yo no tenemos fortuna, y Walter poca; así que la buena de mamá quiere vernos a todos bien casados, es decir, unidos a cónyuges muy ricos. Dice que cuando yo esté bien instalada y no tenga que preocuparse de mí, descansará; y me asegura que será una buena cosa tanto para la familia como para mí. Incluso Walter está encantado con la idea, y cuando le confieso la aversión que siento por mi futuro marido, dice que es una estupidez infantil. ¿Crees que es una estupidez, Helen? No me importaría si viera alguna posibilidad de ser capaz de amarle y admirarle, pero no puedo. No hay en él nada que sea digno de estima y afecto: es diametralmente opuesto a lo que yo me imaginaba que debía ser mi marido. No intentes persuadirme porque mi destino ya no puede cambiarse: ya se están haciendo los preparativos para este importante acontecimiento; y no digas nada en contra del señor Hattersley, porque quiero pensar bien de él; y aunque yo misma he hablado mal, lo hago por última vez; a partir de ahora, nunca me permitiré una palabra de menosprecio, aunque parezca merecerla; y quienquiera que se atreva a hablar despectivamente del hombre a quien he prometido amar, respetar y obedecer, deberá esperar mi serio disgusto. Después de todo, pienso que es tan bueno como el señor Huntingdon, si no mejor; y, sin embargo, tú le amas y parece que estás contenta y feliz; y quizá a mí me suceda lo mismo. Debes decirme, si puedes, que el señor Hattersley es mejor de lo que parece, que es honrado, honorable, sincero; de hecho, un perfecto diamante en bruto. Puede ser todo esto, pero yo no le conozco. Sólo conozco la apariencia y es lo que espero que sea lo peor de él.

Su carta concluye así: «Adiós, querida Helen, espero ansiosamente tu consejo, pero procura que sea el acertado».

¡Ay, pobre Milicent! ¿Qué valor puedo darte, o qué consejo, salvo que es mejor plantarse ahora temerariamente, aunque sea a costa de encolerizar a la madre, al hermano y al prometido, que consagrar toda tu vida, de aquí en adelante, a la tristeza y al lamento inútil?

Sábado, 13. — Ha pasado ya la semana y no ha venido. Se está acabando el dulce verano sin que yo reciba una brisa de placer y él la disfrute. He estado tanto tiempo anhelando esta estación con la cariñosa, ilusionada esperanza de disfrutarla tan dulcemente juntos...; y de que, con la ayuda de Dios y mis

esfuerzos, fuera el medio de elevar su espíritu y refinar su gusto hasta que apreciara debidamente los placeres saludables y puros de la naturaleza, la paz y el sagrado amor. Pero ahora, de noche, cuando veo cómo el sol redondo y rojo se hunde serenamente tras esas colinas pobladas de árboles, dejándolas dormir en una bruma cálida, roja, dorada, sólo pienso en el hermoso día que hemos perdido los dos; y por la mañana, cuando me despiertan el gorjeo y el aleteo de los gorrones y el canto alegre de las golondrinas —ocupados todos en alimentar a sus crías y llenar de vida y alegría sus pequeños cuerpos—, abro la ventana para aspirar el aire fragante y vivificante, y contemplo el maravilloso paisaje, risueño por el rocío y los rayos del sol. Demasiado a menudo deshonro este escenario glorioso con lágrimas de ingrata tristeza porque él no puede sentir su influjo refrescante; y cuando vago por los viejos bosques y me encuentro con las pequeñas flores silvestres que me sonríen en el sendero, o me siento a la sombra de nuestros nobles fresnos al borde del agua, con sus ramas oscilando suavemente con la brisa estival que murmura entre su emplumado follaje, con los oídos llenos de esa música suave mezclada con el ligero zumbido de los insectos, los ojos abstraídos en la superficie cristalina del pequeño lago que se extiende ante mí, con los árboles que se agolpan en su orilla, algunos inclinándose graciosamente a besar sus aguas, otros elevando sus copas a lo alto con majestad, pero con sus gruesas ramas extendidas sobre el margen, todos ellos reflejándose claramente en lo hondo, muy en lo hondo de su profundidad cristalina... Aunque a veces los saltos de los insectos acuáticos quiebran las imágenes, y a veces, durante unos segundos, toda la superficie se hace añicos con una brisa que sopla demasiado áspera... Sin embargo, nada de eso me produce placer. Cuanto mayor es la felicidad que la naturaleza despliega ante mí, más me lamento de que no esté él aquí para disfrutarla; cuanto mayor es la bendición que podríamos disfrutar juntos, más siento nuestra desdicha de estar separados (sí, nuestra: él debe de ser desdichado aunque quizá no lo sepa); y cuanto más se complacen mis sentidos, más se oprime mi corazón, porque él lo tiene confinado entre el polvo y el humo de Londres... quizá encerrado entre las cuatro paredes de su abominable club.

Pero sobre todo, de noche, cuando entro en mi solitaria alcoba y levanto la cabeza para contemplar la luna del verano, «dulce regente del cielo», que pende sobre mí en la «bóveda azul oscuro del firmamento», derramando un diluvio de resplandor argénteo sobre el jardín, y el bosque, y el agua, tan pura, tan serena, tan divina, me pregunto: ¿dónde está ahora? ¿Qué está haciendo en este momento? Totalmente ajeno a este paisaje celestial... quizá divirtiéndose con sus alegres camaradas, quizá... ¡Dios, ayúdame, es demasiado!

23. — ¡Ha venido por fin, gracias a Dios! Pero ¡qué cambiado está!, colorado y febril, distraído y lánguido, su belleza ha disminuido extrañamente, su vigor y su viveza han desaparecido. No le he reprendido con el gesto ni la

palabra; ni siquiera le he preguntado qué ha estado haciendo. No tengo valor para hacerlo, porque creo que se avergüenza de sí mismo. Debe de estar pesadoso de verdad, y una pregunta semejante sería penosa para los dos. Mi indulgencia le complace, le emociona incluso, me atrevería a decir. Dice que se alegra de estar de nuevo en casa, y Dios sabe lo que me alegra tenerle de nuevo, incluso en el estado en que se encuentra. Se pasa casi todo el día tumbado en el sofá, y yo me paso horas cantando y tocando el piano para él. Me ocupo de contestar sus cartas en su lugar, y le llevo todo lo que necesita; a veces le leo, otras le hablo, y otras me limito a sentarme junto a él, acariciándole en silencio. Sé que no se lo merece, y temo que no le hago ningún bien, pero por esta vez le perdonaré, libre y enteramente. Le impulsaré hacia la virtud si puedo y nunca volveré a permitirle que me deje sola.

Le complacen mis atenciones, quizá está agradecido por ellas. Le gusta tenerme cerca, y aunque es brusco y displicente con sus criados y sus perros, es amable y cariñoso conmigo.

No sé cuál sería su reacción si no me anticipara tan solícitamente a sus deseos y evitara con tanto escrúpulo o desistiera en el acto de hacer algo que pudiera molestarle o irritarle, aunque fuera mínimamente. ¡Con qué intensidad deseo que sea merecedor de todos estos cuidados! Anoche, mientras estaba sentada junto a él, con su cabeza en mi regazo, pasando mis dedos por sus hermosos cabellos, este pensamiento hizo llenar mis ojos de desconsoladas lágrimas, como me ocurre a menudo; pero en esta ocasión una lágrima cayó en su rostro y le obligó a mirar hacia arriba. Sonrió, pero no de una manera ofensiva.

—¡Helen, querida! —dijo—. ¿Por qué lloras? Sabes que te quiero. —Y apretó mi mano contra sus labios febriles—. ¿Qué más podrías desear?

—Únicamente, Arthur, que te amaras a ti mismo, tan verdadera y fielmente como yo te amo.

—¡Eso sería realmente difícil! —respondió, apretándome con cariño la mano.

24 de agosto. — Arthur es el mismo otra vez, tan vigoroso y atolondrado, tan inconstante como siempre, y tan impaciente y difícil de entretener como un niño mal criado, y casi igual de malicioso también, sobre todo cuando el tiempo lluvioso le obliga a quedarse en casa. Me gustaría que tuviera algo que hacer, alguna ocupación útil, o profesión, o empleo, algo en que ocupar su cabeza o sus manos durante unas horas al día, que le obligara a pensar en algo más que en su propio placer. Podría ocuparse de la granja, como un caballero del campo, pero no tiene el menor conocimiento sobre estas cosas y no se pararía a considerarlo ni un momento...; o comenzar algún estudio literario, o aprender a dibujar o a tocar el piano, ya que le gusta tanto la música...; a

menudo trato de convencerle de que aprenda piano, pero es demasiado perezoso para semejante empeño: tiene tanta idea de cómo esforzarse para remontar dificultades como de dominar sus apetitos naturales; y estas dos cosas son su ruina. Hago responsables de las dos a su severo aunque negligente padre y a su indulgente madre. Si alguna vez soy madre lucharé con tesón contra este crimen de la excesiva indulgencia. Difícilmente podría darle un nombre más suave cuando pienso en los males que trae consigo.

Por fortuna, se acerca la época de caza y entonces, si el tiempo lo permite, tendrá bastante ocupación persiguiendo y acabando con las perdices y los faisanes; no tenemos urogallo, pues de lo contrario podría estar ocupado en este momento, en vez de tumbarse bajo la acacia tirándole de las orejas a Dash. Pero dice que es muy triste cazar solo; le gustaría tener uno o dos amigos que le acompañaran.

—Pues que sean aceptablemente decentes, Arthur —dije. La palabra «amigo», en sus labios, hacía que me estremeciera: sé que fue uno de sus «amigos» quien le indujo a quedarse solo en Londres tanto tiempo. En realidad, por lo que se le ha escapado o ha insinuado alguna que otra vez, no me cabe ninguna duda de que les enseñaba mis cartas, para que vieran con qué celo su esposa velaba por sus intereses y cuán tristemente lamentaba su ausencia; y de que le convencieron para que se quedara una semana tras otra, y se precipitara en toda clase de excesos para evitar que le tomaran por un estúpido dominado por su mujer, y quizá para demostrar lo lejos que podía llegar sin correr el peligro de resquebrajar la fervorosa veneración de la cariñosa criatura. Es una idea odiosa, pero no creo que sea falsa.

—Bueno —respondió—, pensé que lord Lowborough podía ser uno de esos amigos; pero no hay posibilidad de conseguir que venga sin su esposa, nuestra común amiga, Annabella; así que debemos pedírselo a los dos. Ella no te preocupa, ¿verdad, Helen? —me preguntó con un brillo malicioso en los ojos.

—Desde luego que no —respondí—. ¿Por qué iba a preocuparme? ¿Y quién más?

—El otro sería Hargrave. Le gustaría venir, aunque viva tan cerca, porque tiene poco campo donde cazar, y podemos extender nuestras capturas en el suyo, si queremos; es absolutamente respetable, como sabes, Helen, todo un caballero; también he pensado en Grimsby: es un tipo bastante decente y tranquilo. ¿Tienes alguna objeción que poner a Grimsby?

—Le detesto; sin embargo, si quieres que venga, intentaré soportar su presencia durante un tiempo no muy largo.

—Es todo un prejuicio, Helen... una simple antipatía de mujer.

—No. Tengo sólidas razones para mi aversión. ¿Es eso todo?

—Bueno, creo que sí. Hattersley estará demasiado ocupado, acariciando y besuqueando a su esposa, para que le sobre tiempo para escopetas y perros, de momento —respondió.

Y eso me recuerda que he recibido varias cartas de Milicent desde que se casó, y que está, o pretende estar, muy contenta con su suerte. Confiesa que ha descubierto innúmeras perfecciones y virtudes en su marido, algunas de las cuales, me temo, serían difíciles de apreciar para ojos menos parciales, aunque las buscaran hasta volverse ciegos; y ahora que se ha acostumbrado a su voz chillona y a sus modales bruscos y descortesés, afirma que no encuentra dificultad en amarle como una esposa debería hacer, y me ruega que queme aquella carta en la que hablaba tan imprudentemente en contra de él. Así que confío en que logre ser feliz, a pesar de todo; pero, si lo fuera, sería absolutamente una recompensa por su bondad de corazón; porque si hubiera escogido considerarse la víctima del destino, o de la sabiduría mundana de su madre, podría haber sido completamente desgraciada; y si, por cumplir con su deber, no se hubiera esforzado todo lo posible por amar a su marido, sin duda, le habría odiado hasta el fin de sus días.

CAPÍTULO XXVI

LOS INVITADOS

23 de septiembre. — Nuestros huéspedes llegaron hace tres semanas. Lord y lady Lowborough hace ahora más de ocho meses que se casaron; le concederé a la dama el derecho a decir que su marido es otro hombre; su apariencia, su espíritu y su carácter han mejorado ostensiblemente desde que le vi por última vez. Aunque aún pueden mejorarse más. No siempre está alegre, no siempre está contento, y ella se queja a menudo de su malhumor a pesar de que es la última persona que debería hacerlo, puesto que nunca lo descarga sobre ella, salvo como consecuencia de una conducta que provocaría a un santo. Él la adora todavía e iría al fin del mundo por complacerla. Ella conoce su poder y lo utiliza; sabe perfectamente que adular y halagar es más seguro que mandar, y suaviza con astucia su despotismo con las suficientes zalamerías para hacer que él se sienta un hombre afortunado y feliz.

Ella tiene otra manera de atormentarle que me convierte en una compañera de fatigas... o podría convertirme en eso, si me considerara tal. Ésta consiste en coquetear abierta aunque no escandalosamente con el señor Huntingdon, quien está deseando seguirle el juego; pero no me preocupo por ello, porque,

para él, no se trata más que de satisfacer su vanidad, y de un deseo malicioso de provocar mis celos, y, quizá, de torturar a su amigo; y a ella, sin duda, la guían los mismos motivos, con la diferencia de que hay menos afán de juego y más malicia en sus maniobras. Por tanto, en lo que a mí se refiere, es obvio que mi interés consiste en decepcionarlos a los dos conservando una alegre e imperturbable serenidad en todo momento; en consecuencia, me esfuerso por dar a entender la gran confianza que tengo en mi marido y la total indiferencia por la habilidad de mi atractiva invitada. Al primero no le he llamado la atención más que una vez, y fue por reírse del semblante deprimido y angustiado de lord Lowborough una noche, después de haber estado los dos especialmente provocadores; y en esa ocasión, la verdad es que me explayé a gusto sobre el tema y le reprendí con bastante severidad; sin embargo, él se limitó a reír y dijo:

—Te da pena, ¿verdad, Helen?

—Me da pena cualquier persona que es tratada injustamente —contesté— y también me dan pena aquellos que la ofenden.

—¡Vaya, Helen, estás tan celosa como él! —gritó, riéndose todavía más; y me fue imposible convencerle de su error. Así, a partir de entonces, he tenido mucho interés en evitar cualquier alusión al asunto, y dejar a lord Lowborough que se cuide por sí mismo. Él carece del poder o la intuición para seguir mi ejemplo, aunque trata de ocultar su incomodidad todo lo mejor que puede; no obstante, se le acaba notando en la cara, y su malhumor asoma a intervalos, aunque no con la expresión de un resentimiento abierto: ellos nunca llegan tan lejos como para justificarlo. Sin embargo, confieso que a veces yo misma me siento celosa —dolorosa y amargamente celosa— cuando ella canta y toca el piano para él, y él se apoya en el instrumento y alaba su voz con un entusiasmo no fingido; entonces sé que está realmente encantado y que no tengo el poder de suscitar en él un fervor similar. Puedo entretenerle y complacerle con mis sencillas canciones, pero no fascinarle de esa forma.

Si quisiera, podría vengarme, ya que el señor Hargrave muestra una disposición muy cortés y atenta conmigo en mi calidad de anfitriona, una vez que se ha dado cuenta de la negligencia excesiva de Arthur, no sé si por sentir una compasión equivocada hacia mí, o por hacer alarde de su buena crianza en comparación con el abandono de su amigo; en cualquier caso, sus cumplidos me resultan muy desagradables. Si Arthur es un poco descuidado, resulta naturalmente irritante ver el exagerado defecto por el contraste; y ser compadecida como esposa desatendida, cuando no me considero tal, es un insulto que apenas puedo soportar. Pero en beneficio de la hospitalidad, hago lo posible por reprimir mi resentimiento poco razonable y comportarme con una cortesía decente con nuestro invitado, quien, no tengo más remedio que decirlo, no es, en absoluto, un compañero desagradable: tiene talento para la

conversación, así como una cultura y un gusto considerables, y habla sobre cosas que a Arthur no le interesan y que sería imposible mencionarle. Pero a Arthur no le gusta que hable con él y se muestra visiblemente enojado por simples gestos de cortesía; no quiero dar a entender que mi marido sospeche indignamente de mí —o de su amigo, creo—, sino que no le gusta que tenga otra fuente de placer que no sea él, otros homenajes y consideraciones que no sean los que decida otorgarme: sabe que él es mi sol, pero cuando decide retirarme su luz le gustaría que mi cielo se oscureciera completamente; no soporta que pueda recurrir a una luna para mitigar la pérdida. Esto me parece injusto y a veces siento la tentación de atormentarle como se merece; pero no caeré en la tentación: si lleva demasiado lejos su juego con mis sentimientos, encontraré otros medios de mantenerlo a raya.

28. — Ayer fuimos al Grove, la abandonada casa del señor Hargrave. Su madre nos decía con frecuencia que le permitiéramos disfrutar de la compañía de los amigos de su querido Walter; en esta ocasión nos había invitado a una cena y había reunido a toda la gente principal de los alrededores para recibirnos. La velada fue muy agradable, pero yo no pude sacarme de la cabeza lo que le habría costado. No me gusta la señora Hargrave; es una mujer pretenciosa, egoísta, mundana e interesada. Tiene el dinero suficiente para vivir con comodidad, pero no sabe cómo utilizarlo juiciosamente, y ha transmitido a su hijo el mismo defecto; ella se esfuerza continuamente por guardar las apariencias, con ese deplorable orgullo que esquivo la apariencia de pobreza como si fuera un delito. Agobia a sus subordinados, acosa a sus criados y priva a sus hijas y a sí misma de las comodidades reales de la vida, porque no consentiría en ceder un palmo en la apariencia exterior ante aquellos que son tres veces más ricos que ella; y, sobre todo, porque está decidida a que su queridísimo hijo pueda «codearse con el caballero de más alto rango de la tierra». Supongo que este hijo es un hombre de gustos caros —no un manirroto temerario, o un hombre abandonado a la sensualidad, sino alguien a quien le gusta «que todo lo que está a su alrededor sea elegante», y llegar hasta un cierto límite en los excesos juveniles—, no tanto para satisfacer sus preferencias como para mantener su reputación de hombre de la alta sociedad y de amigo respetable entre sus licenciosos camaradas; aunque es demasiado egoísta para tener en cuenta cuántas comodidades podrían conseguirse para su sacrificada madre y sus hermanas con el dinero que de esta forma malgasta en sí mismo: siempre y cuando ellas puedan hacer una respetable aparición en la ciudad una vez al año, les concede poca importancia a las luchas y ataques privados que tienen por escenario su casa. Éste es un duro juicio sobre el «querido, noble y generoso Walter», pero me temo que es demasiado justo.

El afán de la señora Hargrave por conseguir buenas bodas para sus hijas es en parte la causa, y en parte el resultado, de estos errores: haciendo un buen

papel en sociedad con el lucimiento de sus hijas espera obtener mejores oportunidades para ellas; al vivir éstas por encima de sus posibilidades volcándose materialmente sobre su hermano, las deja sin dote y las convierte en cargas para sus manos. Pobre Milicent, me temo que ya ha sido sacrificada a las maniobras de esta equivocada madre, que se congratula de haberse quitado de encima tan satisfactoriamente su deber maternal y espera hacer lo mismo con Esther. Pero Esther es una niña todavía, una alegre criatura de catorce años: tan buena y tan cándida y sencilla como su hermana; pero con un espíritu intrépido que, sospecho, a su madre le va costar doblegar para cumplir sus propósitos.

CAPÍTULO XXVII

UNA FECHORÍA

9 de octubre. — Fue la noche del 4, poco después de tomar el té. Annabella había estado cantando y tocando el piano, con Arthur, como de costumbre, a su lado; había terminado su canción, pero todavía permanecía sentada ante el instrumento; él estaba apoyado en el respaldo de su silla, conversando en voz baja, con su rostro muy cerca del de ella.

Miré a lord Lowborough. Estaba en el otro extremo de la habitación, hablando con los señores Hargrave y Grimsby; pero le vi lanzar hacia su mujer y su anfitrión una rápida e impaciente mirada de reojo, que expresaba una intensa inquietud, ante la que Grimsby sonrió. Decidida a interrumpir el tête-à-tête, me levanté y, seleccionando una partitura del libro que estaba sobre el atril, me acerqué al piano con la intención de pedirle a la dama que la tocara; pero me quedé estupefacta y sin habla al verla escuchando, con lo que parecía una sonrisa exultante en su rostro sonrojado, los susurros de Arthur, con su mano abandonada a la de él. La sangre se agolpó primero en mi corazón y luego en mi cabeza, porque había algo más: casi en el mismo momento en que me aproximaba, Arthur miró rápidamente por encima de su hombro a los demás ocupantes de la habitación, y luego le besó con fervor la rendida mano. Al levantar los ojos me vio y los bajó de nuevo, confundido y aterrado. Ella también advirtió mi presencia y me lanzó una mirada de perverso desafío. Dejé la partitura sobre el piano y me alejé. Me sentía enferma, pero no abandoné la habitación; afortunadamente, se estaba haciendo tarde, y no podía faltar mucho para que la reunión se disolviera. Fui a la chimenea e incliné la cabeza sobre la repisa. Dos minutos más tarde alguien se acercó a preguntarme si me sentía indispuesta. Yo no respondí; la verdad es que en aquel momento no sabía lo que me habían dicho; pero alcé los ojos mecánicamente y vi al

señor Hargrave junto a mí, sobre la alfombra.

—¿Quiere que le traiga un vaso de vino? —murmuró.

—No, gracias —respondí y, apartándome de él, miré a mi alrededor. Lady Lowborough estaba junto a su marido, que estaba sentado, inclinada sobre él, hablándole dulcemente y sonriéndole; y Arthur estaba junto a la mesa, hojeando un libro de grabados. Me senté en la silla más próxima a él y el señor Hargrave, viendo que sus servicios no eran necesarios, se retiró discretamente. Poco después la reunión se disolvió, y, mientras los huéspedes se retiraban a sus habitaciones, Arthur se acercó a mí, sonriendo con la mayor seguridad.

—¿Estás muy enfadada, Helen? —murmuró.

—Esto no es una broma, Arthur —dije seriamente, pero con toda la calma que pude—, a menos que pienses que es una broma perder mi afecto para siempre.

—¿Cómo? ¿Tanto te ha molestado? —exclamó, risueño, cogiéndome la mano entre las suyas; pero yo la retiré, indignada, casi con asco, pues era obvio que estaba bebido.

—Entonces debo arrodillarme —dijo y, arrodillándose ante mí con las manos juntas en actitud de súplica, continuó—: ¡Perdóname, Helen! ¡Perdóname, querida Helen, nunca lo volveré a hacer! —Y escondiendo el rostro en su pañuelo, fingió sollozar ruidosamente.

Cogí una vela y, dejándole así, me escabullí de la habitación y subí las escaleras lo más rápido que pude. Pero él descubrió en seguida que le había dejado solo y, corriendo detrás de mí, me rodeó con sus brazos justo cuando ya había entrado en la alcoba y estaba a punto de cerrar la puerta.

—¡No, no, cielos, no huirás de mí de esa manera! —gritó. Luego, alarmado por mi agitación, me rogó que no me encolerizara de aquel modo, diciéndome que estaba pálida y que me pondría mortalmente enferma si lo hacía.

—Déjame, entonces —murmuré; y él me soltó en el acto; afortunadamente, porque yo estaba furiosa. Me dejé caer en la butaca y me esforcé por recuperarme, pues quería hablarle con serenidad. Él permaneció de pie junto a mí, pero no se atrevió a tocarme o a hablar durante unos segundos; luego, acercándose un poco más, puso una rodilla en el suelo, no en actitud de humildad bufa, sino para ponerse a mi altura, apoyó una mano en un brazo de la butaca y empezó a decir en voz baja:

—Todo es una estupidez, Helen... una simple broma, nada... a lo que merezca la pena dedicar un solo pensamiento. ¿No comprenderás nunca —continuó con más audacia— que no tienes que temer nada de mí, que te amo

total y enteramente? Y si —prosiguió con una sonrisa furtiva— alguna vez presto atención a otra, puedes perdonarlo muy bien, porque esos juegos son fugaces como un relámpago, mientras que mi amor por ti arde constantemente y para siempre como el sol. Pequeña tirana exagerada, no...

—¿Quieres callarte un momento, Arthur? —dije—. Escúchame y no creas que tengo un ataque de celos. Estoy muy tranquila. Mira mi mano —y la extendí solemnemente hacia él, pero la cerré sobre la suya con una energía que parecía contradecir mi afirmación, lo que le hizo sonreír—. No hay razón para reírse, señor —dije, sin dejar de apretar el puño, mirándole fijamente hasta casi intimidarlo—. Puede usted encontrar muy divertido, señor Huntingdon, entretenerse suscitando mis celos; pero tenga cuidado no vaya a ser que lo que suscite sea mi odio. Y cuando haya logrado que mi amor se extinga, le resultará muy difícil hacerlo arder de nuevo.

—Está bien, Helen, no volveré a ofenderte. Pero no quise dar a entender nada, te lo aseguro. Había bebido mucho vino, y en aquel momento no era yo mismo en realidad.

—A menudo bebes demasiado vino, y ésta es otra costumbre que detesto. —Él alzó la vista hacia mí, atónito ante mi firmeza—. Sí —continué—; nunca lo había mencionado porque me avergonzaba hacerlo; pero ahora te diré que eso me preocupa y puede mortificarme si continuas haciéndolo y dejas que el hábito se apodere de ti, lo que ocurrirá si no te detienes a tiempo. Pero todo tu comportamiento con lady Lowborough no es imputable al vino; esta noche sabías perfectamente lo que estabas haciendo.

—Bien, lamento haberlo hecho —dijo, con más tozudez que arrepentimiento—. ¿Qué más?

—Lo lamentas porque te vi, no hay duda —le respondí fríamente.

—Si no me hubieras visto —murmuró, mirando la alfombra— no habría causado ningún mal.

Me sentí a punto de estallar; pero estaba decidida a ocultar mis emociones y contesté con calma:

—¿Crees que no?

—No —respondió él con audacia—. Después de todo, ¿qué he hecho? No es nada. Lo que ocurre es que has decidido convertirlo en motivo de acusación y desgracia.

—¿Qué pensaría lord Lowborough, tu amigo, si lo supiera todo? ¿Qué pensarías tú mismo, si él o alguien se hubiera comportado conmigo como tú lo has hecho con Annabella?

—Le volaría los sesos.

—Entonces, Arthur, ¿cómo puedes no darle importancia a una ofensa por la que encontrarías justificado volarle los sesos a alguien, como tú dices? ¿Carece de importancia que juegues con los sentimientos de tus amigos y los míos, tratando de robarle a un hombre el cariño de su mujer, cuando él lo valora más que su dinero, con lo que el robo es todavía más deshonesto? ¿Se puede bromear con las promesas del matrimonio? ¿No significa nada para ti faltar a ellas para divertirse y tentar a otra persona a hacer lo mismo? ¿Puedo amar a un hombre que hace semejantes cosas y sostiene alegremente que no tienen ninguna importancia?

—Tú tampoco cumples tus promesas matrimoniales —dijo, levantándose indignado y poniéndose a pasear de un lado a otro—. Prometiste honrarme y obedecerme, y ahora intentas intimidarme con bravatas; me amenazas y acusas, y dices que soy peor que un forajido. Si no fuera por tu situación, Helen, no lo consentiría tan dócilmente. No me gusta que una mujer mande en mí, aunque sea mi esposa.

—¿Qué harás entonces? ¿Seguirás haciendo lo mismo hasta que te odie, y luego me acusarás de romper mis promesas?

Se quedó callado un momento y luego respondió:

—Nunca me odiarás. —Volviendo a su postura anterior, a mis pies, repitió con más vehemencia—: No puedes odiarme mientras yo te ame.

—Pero ¿cómo puedo creer que me amas si tu conducta sigue siendo la misma? Ponte por un momento en mi lugar: ¿pensarías que te amo si me comportara como tú lo haces? ¿Crearías en lo que yo dijera y me respetarías y confiarías en mí en semejantes circunstancias?

—Nuestros casos son diferentes —respondió—. Forma parte de la naturaleza de una mujer ser constante, amar a un hombre, sólo a uno, ciega, tiernamente y para siempre. ¡Dios las bendiga, maravillosas criaturas! ¡Y a ti más que a ninguna! Pero debes tener piedad de nosotros, Helen; debes ser más tolerante con nosotros, porque como dijo Shakespeare:

Por mucho que nos alabemos,
nuestros caprichos son más huidizos y efímeros,
más anhelantes, vacilantes, más rápidamente perdidos y ganados
que los de las mujeres.

—¿Quieres decir con eso que he perdido tu afecto y lo ha ganado lady Lowborough?

—No. El Cielo sabe que la considero simple polvo y cenizas en comparación contigo, y seguiré pensando lo mismo, a no ser que me apartes

de ti con tu excesiva severidad. Ella es una hija de la tierra y tú eres un ángel del Cielo; sólo te pido que no seas demasiado rígida en tu divinidad y que recuerdes que yo soy un pobre y débil mortal. Vamos, Helen, ¿no vas a perdonarme? —dijo, cogiéndome cariñosamente una mano y mirándome con una sonrisa inocente.

—Si lo hago, volverás a ofenderme.

—Juro por...

—No jures; tengo tanta fe en tu palabra como en tu juramento. Me gustaría poder confiar en ambos.

—Inténtalo, Helen: ¡confía en mí, perdóname esta vez y verás! Vamos, sufro los tormentos del infierno esperando que digas una palabra.

No la pronuncié, pero puse mi mano sobre su hombro y le besé en la frente, y luego me deshice en lágrimas. Me abrazó con ternura; desde entonces hemos sido buenos amigos. Ha sido decentemente comedido en la mesa y su comportamiento con lady Lowborough ha sido impecable. El primer día se mantuvo alejado de ella siempre que pudo sin olvidar por ello sus deberes de anfitrión; desde entonces ha sido amable y educado, pero nada más, al menos en presencia mía, si bien creo que en todo momento. Ella parece disgustada y arrogante y lord Lowborough está más alegre y se muestra más cordial con su anfitrión que antes. Pero estoy deseando que se vayan, porque siento tan poca simpatía por Annabella que es todo un esfuerzo ser educada con ella, y como es la única mujer que hay en la casa, aparte de mí, me veo obligada a estar con ella. La próxima vez que nos invite la señora Hargrave saludaré su idea como un alivio. Se me ha ocurrido pedir permiso a Arthur para invitar a la vieja dama a quedarse con nosotros hasta que se marchen los invitados. Creo que lo haré. Ella lo tomará como una amable atención y, aunque su compañía no me agrada mucho, será en verdad bien recibida como una tercera persona que se coloca entre lady Lowborough y yo.

La primera vez que las dos estuvimos a solas, después de aquella desgraciada noche, fue una hora o dos después del desayuno del día siguiente, cuando los caballeros salieron, después del tiempo habitual dedicado a escribir cartas, a leer el periódico y a conversar inconexamente. Permanecimos sentadas en silencio durante dos o tres minutos. Ella estaba ocupada en su labor y yo miraba sin atención las columnas del periódico, al que hacía ya veinte minutos había sacado todo el jugo. Para mí era un momento de penoso azoramiento y pensé que para ella debía de serlo infinitamente más; pero al parecer estaba equivocada. Ella fue la primera en hablar y, sonriendo con el mayor descaro, dijo:

—Tu marido estaba muy alegre anoche, Helen; ¿lo está a menudo?

Sentí que me hervía la sangre en la cara; pero era mejor que ella atribuyera la conducta de Arthur a aquello que a cualquier otra cosa.

—No —respondí—, y confío en que nunca vuelva a estarlo.

—Le amonestaste, ¿verdad?

—No, pero le dije que no me gustaba su comportamiento y me prometió que no se repetiría.

—Me dio la impresión esta mañana de que estaba muy manso —continuó —; tú, Helen, veo que has estado llorando. Ése es nuestro gran recurso, ¿sabes?, pero ¿no te escuecen los ojos? ¿Eres capaz de llorar en cualquier momento?

—Nunca lloro para producir un efecto, ni puedo concebir que nadie lo haga.

—Bueno, no sé; nunca he tenido ocasión de intentarlo; pero creo que si Lowborough llegara a cometer tales inconveniencias le haría llorar a él. No me extraña que te hayas enfadado, porque estoy segura de que le daría a mi marido una lección que no olvidaría fácilmente por una ofensa menos grave que ésta. De todas formas, él nunca haría una cosa parecida, porque para eso le mantengo a raya.

—¿Estás segura de que no te atribuyes equivocadamente todo el mérito? Por lo que he oído, lord Lowborough era tan notable por su templanza algún tiempo antes de casarse contigo como lo es ahora.

—Oh, te refieres al vino; sí, no corre peligro por eso. Y en cuanto a mirar de soslayo a otra mujer, también se cuida muy bien de hacerlo, y seguirá así mientras yo viva, porque adora hasta el suelo que piso.

—Desde luego. ¿Y estás segura de merecerlo?

—Bueno, en cuanto a eso, no sé qué decir: como sabes, todas somos criaturas débiles, Helen; ninguna de nosotras se merece que la adoren. Pero ¿estás segura de que tu querido Huntingdon se merece todo el amor que le prodigas?

No supe qué contestar a aquello. Estaba ardiendo de ira, pero me esforcé por ocultarlo y me limité a morderme el labio inferior y fingir que arreglaba mi labor.

—De todas formas —continuó, aprovechándose de la ventaja—, puedes consolarte con la seguridad de que te mereces todo el amor que él te da.

—Me halagas —dije—, pero, al menos, puedo intentar merecerlo.

Y luego cambié de conversación.

CAPÍTULO XXVIII

SENTIMIENTOS PATERNALES

25 de diciembre. — En la Navidad del año pasado yo era una novia con el corazón rebosante de felicidad y llena de ardientes esperanzas respecto al futuro, aunque no exentas de temores. Ahora soy una esposa: mi felicidad no se ha desmoronado, pero es moderada; mis esperanzas han disminuido, pero no desaparecido; mis temores han aumentado, pero no se han confirmado todavía del todo; y, gracias a Dios, soy madre además. Dios me ha enviado un alma para que la eduque para el Cielo y me ha concedido una nueva felicidad más serena, y esperanzas más firmes como consuelo.

Pero parece como si detrás de la esperanza siempre tuviera que agazaparse el miedo, y cuando aprieto a mi adorado pequeño contra mi pecho, cuando velo su sueño con indescriptible deleite y un mundo de esperanza anida en mi corazón, siempre rondan por ahí uno o dos pensamientos dispuestos a poner freno a mi gozo; uno: me lo pueden arrebatar; otro: puede acabar maldiciendo su propia existencia. En el primer caso, tengo este consuelo: el brote, aunque arrancado, no se marchitaría, sólo sería trasplantado a un terreno más adecuado para que él madurara y creciera bajo un sol más luminoso; y aunque en este caso yo no podría presenciar y alentar el despliegue del intelecto de mi hijo, al menos éste sería arrancado de las garras del sufrimiento y los pecados de la tierra, y mi visión del mundo me dice que esto no sería un gran daño; pero mi corazón se encoge sólo de imaginar esta posibilidad y me susurra que no podría soportar verle morir, y renunciar en favor de una tumba fría y cruel a esta forma tan acariciada, cálida de vida frágil —carne de mi carne y altar de esa llama pura que sería la dulce tarea de mi vida mantener inmaculada y a salvo del mundo—, e implora ardientemente que el Cielo le permita seguir siendo mi consuelo y mi alegría y me deje a mí ser su escudo, su instructora, su amiga, para guiarle por el peligroso camino de la juventud y prepararle para ser el servidor de Dios mientras esté en la tierra y un santo bendecido y honrado cuando esté en el Cielo. Pero en el caso del segundo pensamiento, si ha de vivir para decepcionar mis esperanzas y frustrar todos mis esfuerzos — para convertirse en un esclavo del pecado, una víctima del vicio y la desgracia, una maldición para otros y para sí mismo—. ¡Padre Eterno, si Tú has previsto semejante vida para él, llévatelo de mi lado ahora mismo por grande que sea mi angustia, y arráncalo de mi pecho para acogerlo en el Tuyo ahora que es todavía un corderillo sin mancha ni malicia!

¡Mi pequeño Arthur! Duermes en tu sueño inconsciente y dulce, diminuto

epítome de tu padre, pero aún sin mancha como esa nieve limpia que ha caído del Cielo. ¡Que Dios te libre de sus errores! ¡No sabes cómo vigilaré y lucharé para protegerte de ellos! Se despierta; extiende sus bracitos hacia mí; sus ojos se abren; se encuentran con mi mirada, pero no me responden. ¡Mi pequeño ángel! No me conoces; no puedes pensar en mí ni amarme todavía; y, sin embargo, con qué fervor se ata mi corazón al tuyo; ¡qué agradecida me siento por toda la alegría que me das! Si tu padre pudiera compartirla conmigo... si pudiera sentir mi amor, mi esperanza y participar de mis resoluciones y proyectos para el futuro... no, si pudiera solamente congeniar con la mitad de mis puntos de vista y compartir la mitad de mis sentimientos, eso sería una bendición para él mismo y para mí: así se elevaría y purificaría su espíritu y él se sentiría más ligado a su hogar y a mí.

Quizá vaya sintiendo despertar interés y afecto por su hijo conforme crezca. De momento se siente complacido con la adquisición y espera que se convierta en un buen mozo y un heredero estimable; y eso es casi todo lo que puedo decir. Al principio fue para él una cosa de la que asombrarse y reírse, aunque no para tocarla: ahora es un objeto casi indiferente, salvo cuando se siente irritado por su «incapacidad» e «imperturbable estupidez» (como dice él), o por mi excesiva atención a sus necesidades. Muchas veces viene a sentarse cerca de mí cuando estoy ocupada con mis labores maternas. Al principio yo esperaba que fuera por el placer de contemplar a nuestro inapreciable tesoro; pero pronto descubrí que era para disfrutar de mi compañía y huir de la soledad. Yo le recibo con amabilidad, naturalmente, pero el mejor cumplido para una madre es apreciar a su pequeño. Me dejó muy impresionada en una ocasión: todo ocurrió unos quince días después del nacimiento de nuestro hijo, estando él conmigo en la habitación del niño. Habíamos guardado silencio los dos durante un tiempo. Yo estaba totalmente absorta en los cuidados del bebé y creí que él, a su vez, también lo estaba contemplando, al menos en la medida en que yo le creía capaz. Pero de pronto me sacó violentamente de mi ensimismamiento exclamando:

—¡Helen, acabaré odiando a ese granuja si sigues adorándole de esa manera tan demencial! ¡Estás loca por él!

Yo alcé la vista hacia él, asombrada e incrédula, para comprobar si estaba hablando en serio.

—No piensas en otra cosa —siguió diciendo, con el mismo énfasis—. Puedo ir o venir, estar presente o ausente, alegre o triste; a ti te da igual. En cuanto está por medio esa horrible criatura, te importa un comino lo que pueda pasarme a mí.

—Eso es falso, Arthur; cuando entras en la habitación me siento siempre doblemente feliz; cuando estás cerca de mí, notar tu presencia me encanta,

aunque no te mire; y cuando pienso en nuestro hijo, me complace la idea de que compartes mis pensamientos y sentimientos, aunque no hable de ellos.

—¿Cómo demonios voy a malgastar mis pensamientos y sentimientos en un pequeño idiota e inútil como ése?

—Es tu hijo, Arthur, y si eso para ti no significa nada, es mi hijo; y deberías respetar mis sentimientos.

—Bueno, no te enfades, no ha sido más que un lapsus —se excusó—, el crío me parece bien, sólo que no puedo adorarlo como tú.

—Como castigo, vas a cuidar un rato de él —dije yo, poniéndome en pie para dejar al bebé en los brazos de su padre.

—¡No, Helen, no...! —gritó, con el rostro descompuesto.

—¡Sí, sí...! Le querrás más cuando lo sientas en tus brazos.

Depositó la preciosa carga en sus manos y me retiré al otro extremo de la habitación, riéndome de la expresión ridícula de desconcierto con la que se sentó con el niño en los brazos mientras le miraba como si fuera un curioso ser de otra especie.

—Ven a cogerlo, Helen, ven —gritó por fin—. Como no vengas lo dejo caer.

Compadecida por su disgusto o, quizá, más bien, alarmada por la posición insegura del niño, le liberé de la carga.

—Bésale, Arthur, bésale... ¡Todavía no le has besado ni una vez! —dije, de rodillas, acercándoselo.

—Preferiría besar a su madre —replicó, abrazándome—. ¿Vale así?

Volví a sentarme en el sillón y obsequié a mi pequeño con una lluvia de besos cariñosos para compensar la negativa de su padre.

—¡Míralo! —gritó su celoso progenitor—. En un minuto has derramado más besos sobre esa pequeña ostra insensible y desagradecida de los que me has dado a mí en las últimas tres semanas.

—Ven, entonces, insaciable monopolista y recibirás tantos como quieras, a pesar de lo poco que te lo mereces y lo incorregible que eres... ¿Te parece bastante? No pienso darte ni uno más hasta que hayas aprendido a querer a mi niño como debería hacerlo un padre.

—Pero si el pequeño diablo me gusta...

—¡Arthur...!

—Bueno, el pequeño ángel me gusta bastante. —Y pellizcó su delicada

naricita para demostrar su afecto—. Pero lo que pasa es que no puedo quererle. ¿Qué es lo que hay que querer? Él no puede quererme a mí, ni a ti tampoco; no puede entender ni una palabra de lo que le dices, ni sentir la más mínima gratitud por el cariño que le prodigas. Espera a que pueda mostrar un poco de afecto por mí y entonces pensaré en quererle. De momento no es más que un pequeño egoísta insensible y sensual, y si tú ves algo adorable en él, me parece muy bien... Sólo que me asombra que lo veas.

—Si tú mismo, Arthur, fueras menos egoísta, no lo verías así.

—Posiblemente no, cariño; pero el caso es que no se puede remediar.

CAPÍTULO XXIX

EL VECINO

25 de diciembre de 1823. — Otro año ha quedado atrás.

Mi pequeño Arthur crece y se desarrolla. Es sano pero no robusto, lleno de vivacidad, dulce y juguetón, y ya afectuoso, emocionable e irritable, aunque pasará mucho tiempo antes de que pueda encontrar palabras para expresarlo. Por lo menos se ha ganado el corazón de su padre; y ahora mi terror constante es que no se estropee con la indulgencia imprudente de ese padre. Pero también debo prevenirme contra mi propia debilidad porque nunca supe hasta ahora lo fuertes que son las tentaciones de los padres de echar a perder a un hijo único.

Tengo necesidad del consuelo de mi hijo, porque (a este papel silencioso puedo confesárselo) en mi marido poco he encontrado. Le amo todavía, y él me ama a su manera, pero ¡oh, qué diferente del amor que podría haber dado y del que había esperado recibir una vez! Qué pocas afinidades reales existen entre los dos. ¡Cuántos pensamientos y sentimientos quedan tristemente enclaustrados dentro de mi alma! ¡Cuánto de mi yo más elevado y mejor sigue aún sin estar casado... condenado a endurecerse y agriarse en la oscura sombra de la soledad, o a degenerarse y marchitarse por falta de alimento en este malsano suelo! Pero, repito, no tengo derecho a quejarme; sólo permítaseme consignar la verdad —parte de la verdad, al menos— y ver de ahora en adelante si algunas verdades más sombrías emborronan estas páginas. Llevamos dos años juntos: el «romance» debe haberse marchitado del todo. Tengo la seguridad de que el afecto de Arthur ha descendido al escalón más bajo y de que he descubierto todos los males de su naturaleza; si ha de haber algún cambio, tendrá que ser para mejor, en cuanto nos acostumbremos el uno al otro: estoy segura de que no podemos caer más bajo. Y, si lo hacemos,

podré llevarlo bien... tan bien, por lo menos, como hasta ahora.

Arthur no es lo que se llama comúnmente un hombre malo: tiene muchas cualidades; pero es un hombre que carece de control de sí mismo o aspiraciones elevadas, un amante del placer, entregado a los goces animales; no es un mal marido, pero sus ideas sobre los deberes y ventajas del matrimonio no son las mías. A juzgar por las apariencias, su idea de una esposa es la de una cosa que le ama a uno devotamente sin salir de casa, que vela por su marido, le entretiene y procura su bienestar en todo momento, mientras él decide permanecer con ella; y que cuando él está ausente, se ocupa de sus intereses, domésticos y de otro tipo, y espera su regreso, sin importarle aquello en lo que él puede estar ocupado entretanto.

Al comienzo de la primavera, anunció su intención de ir a Londres: sus asuntos allí solicitaban su atención y su presencia, dijo, y no podían demorarse por más tiempo. Expresó su pena por tener que dejarme sola, pero esperaba que me entretuviera con el niño hasta que volviera.

—Pero ¿por qué dejarme? —dije—. Puedo ir contigo: estoy preparada para hacerlo en cualquier momento.

—¿Llevarías al niño a la ciudad?

—Sí, ¿por qué no?

La cosa era absurda: el aire de la ciudad no era conveniente para mí, ni para él, que era un niño de pecho; en tales circunstancias, el horario y las costumbres de Londres no me sentarían bien; y, en general, me aseguré que sería engorroso, nocivo y peligroso. Rebatí sus argumentos lo mejor que pude, porque temblaba ante la idea de que se fuera solo, y estaba dispuesta a sacrificarme por mi propio bien, más aún por el del niño, para evitarlo; pero al final me dijo tajante y algo impertinentemente, que no podía ir conmigo; estaba agotado por las intranquilas noches que le daba el niño y necesitaba un poco de descanso. Le propuse que viviéramos en habitaciones separadas; pero eso no serviría de nada.

—La verdad, Arthur —dije por fin— es que estás cansado de mi compañía y estás decidido a no llevarme contigo. Podrías haberlo dicho así desde el principio.

Lo negé, pero yo abandoné la habitación inmediatamente y corrí al cuarto del niño para ocultar mis emociones, ya que no podía contenerlas allí.

Estaba demasiado dolida para seguir expresando mi desacuerdo con sus planes, o volver a referirme al tema, salvo para llevar a cabo las gestiones necesarias para su partida y la dirección de los asuntos en su ausencia, hasta el día antes de irse, en que le exhorté seriamente a que se cuidara y se mantuviera

alejado del camino de la tentación. Él se rió de mi inquietud, me aseguró que no tenía razón para preocuparme y prometió seguir mi consejo.

—Supongo que es inútil pedirte que fijes un día para tu regreso —dije.

—No podría hacerlo con seguridad, teniendo en cuenta las circunstancias; pero te aseguro, amor mío, que no estaré fuera mucho tiempo.

—No deseo tenerte prisionero en casa —repliqué—. No me quejaría de que estuvieras meses enteros fuera y pudieras ser feliz tanto tiempo sin mí, siempre que supiera que estabas bien: pero no me agrada la idea de que estés allí con tus amigos, como tú los llamas.

—¡Bah, bah, qué tonta eres! ¿Crees que no puedo cuidar de mí mismo?

—No lo hiciste la última vez. ¡Pero esta vez, Arthur —añadí, con expresión decidida—, demuéstreme que puedes, y dame razones para que pueda confiar en ti sin temor!

Me lo prometió seriamente, pero de la misma manera en que se trata de consolar a un niño. ¿Y cumplió su promesa? No; desde ahora nunca podré confiar en su palabra. ¡Amarga, amarga confesión! Las lágrimas me ciegan mientras escribo. Se marchó a principios de marzo y no volvió hasta julio. En esta ocasión no me preocupé de buscarle excusas, y sus cartas fueron menos frecuentes, y más cortas, y menos afectuosas, sobre todo después de las primeras semanas: cada vez tardaban más en llegar y eran más concisas e inexpressivas. No obstante, cuando me abstuve de escribir, se quejó de mi abandono. Cuando le escribí cartas serias y frías, como confieso que hice al final, me reprochó mi rigor y dijo que era suficiente para ahuyentarlo de su hogar; cuando intentaba ser dulcemente persuasiva, se mostraba un poco más amable en sus respuestas y prometía regresar; pero yo, al menos, había aprendido a no tener en cuenta sus promesas.

Aquéllos fueron cuatro meses miserables, en los que mi ánimo osciló entre la angustia, la desesperación y la indignación; sentía piedad de él y de mí. Sin embargo, a pesar de todo, no estaba desconsolada; tenía a mi pequeño, inofensivo, querido, inocente, para consolarme, pero incluso este consuelo estaba muy amargado por un pensamiento que se repetía constantemente: «¿Cómo podré enseñarle a respetar a su padre y, no obstante, a no seguir su ejemplo?».

Pero recordé que yo me había buscado, en cierto modo, voluntariamente, estas aflicciones; y decidí soportarlas sin un suspiro. Al mismo tiempo decidí no entregarme a la tristeza por las transgresiones de otro, y esforzarme por divertirme todo lo que pudiera; además de la compañía de mi hijo y la de mi querida y fiel Rachel (que evidentemente se daba cuenta de mis pesares, aunque era demasiado discreta para mencionarlos), tenía mis libros y mi

pincel, mis tareas domésticas y la preocupación de procurar el bienestar de los pobres arrendatarios y jornaleros de Arthur. Buscaba y encontraba entretenimiento en la compañía de mi joven amiga Esther Hargrave: a veces iba a caballo a verla y una o dos veces vino ella a pasar el día en la finca. La señora Hargrave no visitó Londres aquella temporada; no teniendo hija que casar, creyó mejor quedarse en casa y economizar; para mi sorpresa, Walter vino a hacerle compañía a comienzos de junio y se quedó hasta casi finales de agosto.

La primera vez que le vi fue un dulce y cálido atardecer cuando estaba paseando por el parque con el pequeño Arthur y Rachel, que es al mismo tiempo niñera y doncella. Como, por mi ordenada vida y mis hábitos bastante activos, necesito que se ocupen poco de mí, y como ella me ha criado y deseaba criar a mi hijo, y era de toda mi confianza, preferí encargarle tan delicada función, ayudada por una niñera que está bajo sus órdenes, en vez de contratar a alguien; además, esto me ahorra dinero y desde que me he familiarizado con los asuntos de Arthur, he aprendido a valorar estas cosas; porque, por expreso deseo mío, casi la totalidad de las rentas de mi fortuna se dedica, y se dedicará durante años, al pago de sus deudas; el dinero que él se las arregla para malgastar en Londres es incalculable. Pero volvamos al señor Hargrave: yo estaba con Rachel al borde del agua, entreteniéndolo y haciendo reír al niño, que ella tenía en sus brazos, con una ramita de sauce cargada de amentos, cuando, con gran sorpresa mía, él entró en el parque, montado en su costoso caballo de caza negro, y atravesó el prado para encontrarse conmigo. Me saludó con una galantería muy fina, compuesta de delicadas palabras, pronunciadas además modestamente, como sin duda habría estado planeando conforme se acercaba. Me dijo que traía un mensaje de su madre, quien, al enterarse de que iba a dar un paseo a caballo en esta dirección, le había pedido que se acercara a la finca y me rogara que le proporcionara el placer de mi compañía en una cordial cena familiar que se celebraba al día siguiente.

—No estaremos más que nosotros —dijo—, pero Esther tiene muchas ganas de verla; y mi madre teme que se sienta usted sola en esta casa tan grande y tan aislada, y le gustaría persuadirla para que le proporcionara con más frecuencia el placer de su compañía y dispusiera de nuestra humilde morada hasta que el regreso del señor Huntingdon haga ésta un poco más comfortable.

—Es muy amable —respondí—, pero, como puede ver, no estoy sola; aquellos cuyo tiempo está ocupado raras veces se lamentan de su soledad.

—¿No vendrá, entonces, mañana? Mi madre se llevará una gran desilusión si no accede usted.

No me agradó que me compadeciera de aquella forma por mi soledad,

pero, sin embargo, prometí asistir a la cena.

—¡Qué atardecer más agradable! —comentó él, recorriendo con la vista el soleado parque, las imponentes pendientes, el plácido lago y los majestuosos grupos de árboles—. ¡Y en qué paraíso vive!

—Es un atardecer hermoso —contesté, y suspiré al pensar lo poco que había sentido su hermosura y lo poco que de dulce paraíso tenía para mí Grassdale, y cuánto menos todavía para el voluntario exiliado de su paisaje. No sé si el señor Hargrave adivinó mis pensamientos, pero con un tono de compasiva, medio dubitativa seriedad, me preguntó si había tenido alguna noticia del señor Huntingdon.

—Últimamente, no —respondí.

—Suponía que no —murmuró como para sí mismo, mirando pensativamente el suelo.

—¿No ha vuelto usted hace poco de Londres? —le pregunté.

—Precisamente ayer.

—¿Y le vio allí?

—Sí, le vi.

—¿Estaba bien?

—Sí, es decir —dijo, vacilando más todavía y con un aire de indignación contenida—, estaba todo lo bien que se merecía; pero, teniendo en cuenta las circunstancias, debería haberlo considerado increíble en un hombre tan afortunado como él.

Aquí alzó la vista y subrayó la frase dedicándome una solemne reverencia. Supongo que mi rostro estaba de color carmesí.

—Perdóneme, señora Huntingdon —continuó—, pero no puedo ocultar mi indignación cuando contemplo una ceguera y una perversión del gusto semejantes; aunque quizá usted no se da cuenta...

—No me doy cuenta de nada, señor, salvo de que él retrasa su regreso más de lo que yo esperaba; y si, en este momento, él prefiere la compañía de sus amigos a la de su esposa y las disipaciones de la ciudad a la tranquilidad de la vida en el campo, supongo que debo darles las gracias a esos amigos por ello. Sus gustos y ocupaciones son similares a los de él, y no veo por qué su conducta ha de despertar su indignación o su sorpresa.

—Se equivoca usted cruelmente conmigo —contestó—. He compartido muy poco la compañía del señor Huntingdon durante las últimas semanas; y en cuanto a sus ocupaciones y gustos, están por completo fuera de los míos.

Cuando yo no he hecho más que sorber y probar, él apura la copa hasta las heces; y si alguna vez, por un momento, he buscado ahogar la voz de la reflexión en la locura y la insensatez, o si he malgastado demasiado mi tiempo y mis talentos entre camaradas disipados y temerarios, Dios sabe que habría renunciado a ellos absolutamente y para siempre de haber tenido la mitad de las bendiciones que ese hombre con tanta ingratitud deja a sus espaldas, la mitad de los alicientes para la virtud y las costumbres ordenadas y hogareñas que él desprecia, ¡un hogar y una compañera semejantes para compartirlo! ¡Es infame! —dijo entre dientes—. Y no crea, señora Huntingdon —añadió, alzando la voz—, que podría culpabilizárseme de incitarle a perseverar en sus pretensiones; todo lo contrario, le he llamado la atención por su comportamiento una y otra vez, he expresado con frecuencia mi sorpresa ante su conducta, y le he recordado sus deberes y privilegios... pero sin ningún éxito; él sólo...

—Ya es suficiente, señor Hargrave; debería darse cuenta de que, cualesquiera que fueran las faltas de mi marido, sólo puede agravar el daño que me causan el oírlos de labios de un extraño.

—¿Soy entonces un extraño? —dijo con un tono triste—. Soy su vecino más cercano, el padrino de su hijo y el amigo de su marido; ¿no puedo serlo suyo también?

—A la verdadera amistad debe preceder un conocimiento íntimo; le conozco a usted poco, señor Hargrave, y sólo de oídas.

—¿Ha olvidado usted entonces las seis o siete semanas que pasé bajo su techo el último otoño? Yo no las he olvidado. Y sé lo suficiente de usted, señora Huntingdon, para creer que su marido es el hombre más envidiable del mundo, y yo sería el siguiente si me considerara digno de su amistad.

—Si supiera usted más de mí no lo creería, o si me conociera mejor no lo diría y no esperarí halagarme con el cumplido.

Retrocedí unos pasos mientras hablaba. Él se dio cuenta de que deseaba poner fin a la conversación; e inmediatamente después de captar la insinuación, me hizo una solemne reverencia, se despidió y condujo el caballo hacia el camino. Parecía molesto y dolido por la acogida poco amable que había dispensado yo a sus manifestaciones de condolencia. No estaba segura de haber hecho lo correcto al hablarle tan duramente; pero en aquel momento me había sentido irritada, casi insultada por su conducta; parecía como si se estuviera aprovechando de la ausencia y el abandono de mi marido, e insinuando incluso más que la verdad contra él.

Rachel se había apartado unos metros de mí durante nuestra conversación. El señor Hargrave se le acercó con su caballo y le pidió ver al niño. Lo cogió

cuidadosamente en sus brazos, le miró con una sonrisa casi paternal y oí que decía conforme se aproximaba:

—¡Y a éste también le ha abandonado!

Luego lo besó tiernamente y se lo devolvió a la halagada niñera.

—¿Le gustan los niños, señor Hargrave? —dije, procurando suavizar mi tono de voz.

—En general, no —respondió—, pero éste es un niño encantador y se parece a su madre —añadió, bajando la voz.

—Se equivoca en eso; es a su padre a quien se parece.

—¿No tengo razón, niñera? —dijo, apelando al juicio de Rachel.

—Creo, señor, que tiene algo de los dos —respondió ella.

Se marchó. Rachel dijo que era un caballero muy agradable. Yo tenía dudas al respecto.

En el curso de las seis semanas siguientes, le vi varias veces, pero siempre, salvo en una ocasión, en compañía de su madre, de su hermana o de ambas. Cuando iba a visitarlas, daba la casualidad de que siempre estaba en casa y, cuando ellas venían a visitarme, era él quien las traía en el faetón. Su madre, evidentemente, estaba, encantada de sus respetuosas atenciones y sus recién adquiridos hábitos domésticos.

La vez que me encontré a solas con él fue un día de principios de julio, soleado aunque no excesivamente caluroso. Yo había llevado al pequeño Arthur al bosque que rodea el parque, y una vez allí lo había sentado sobre las raíces cubiertas de musgo de una vieja encina; había reunido un ramo de campánulas y rosas, y estaba de rodillas delante de él, ofreciéndoselas una a una para que las cogiera entre sus diminutos dedos; disfrutando la belleza celestial de las flores, a través de sus ojos risueños; olvidándome momentáneamente de todas mis preocupaciones, riéndome con sus alegres risas, regocijándome con su placer. De pronto, una sombra eclipsó el pequeño espacio soleado del césped que se extendía ante nosotros; levanté los ojos y vi a Walter Hargrave de pie contemplándonos.

—Perdone, señora Huntingdon —dijo—, pero estaba fascinado: no tuve valor para acercarme e interrumpirlos, ni para privarme de la contemplación de semejante escena. ¡Qué fuerte crece mi ahijado! ¡Y qué contento está esta mañana!

Se acercó al niño y se detuvo a coger su mano; pero, al ver que sus caricias iban a producir probablemente lágrimas y lamentos, en lugar de demostraciones igual de amistosas, se apartó prudentemente.

—¡Qué placer y consuelo debe de ser esta pequeña criatura para usted, señora Huntingdon! —observó con un toque de tristeza en su entonación, mientras contemplaba admirado al niño.

—Así es —respondí; y a continuación me interesé por su madre y su hermana.

Él contestó amablemente a mis preguntas y luego volvió al tema que yo deseaba evitar, aunque con un cierto grado de timidez que atestiguaba su temor a ofenderme.

—¿No ha sabido nada de Huntingdon últimamente? —inquirió.

—Esta semana no —respondí. Las últimas tres semanas no, podría haber dicho.

—Yo he recibido una carta suya esta mañana. Me gustaría que fuera de tal clase que pudiera mostrársela a su esposa. —Hizo asomar un poco por el bolsillo de su chaleco una carta que tenía una dirección escrita con la letra todavía querida de Arthur, la miró con semblante ceñudo y volvió a guardarla, añadiendo—: Pero me informa de que tiene intención de regresar la próxima semana.

—Siempre dice eso cuando me escribe.

—¿De veras? Bueno, no me extraña. Pero a mí siempre me confesó que tenía intención de quedarse hasta este mes.

Aquello me dolió como un golpe: era una prueba de transgresión premeditada y de un sistemático incumplimiento de la verdad.

—No es más que una muestra del resto de su conducta —observó el señor Hargrave, mirándome pensativamente y leyendo en mi rostro, supongo, mis sentimientos.

—Entonces, ¿va a venir realmente la próxima semana? —dije, después de una pausa.

—Puede confiar en ello, si es que la seguridad le causa algún placer. ¿Es posible, señora Huntingdon, que pueda usted alegrarse de su regreso? —exclamó, escudriñando atentamente otra vez la expresión de mi rostro.

—Naturalmente, señor Hargrave; él es mi marido, ¿no?

—¡Oh, Huntingdon, no sabes lo que menosprecias! —murmuró con vehemencia.

Cogí en brazos a mi hijo y, deseándole buenos días, me despedí del señor Hargrave para mantener mis pensamientos a salvo de escrutinios en el sagrado lugar de mi hogar.

¿Y estaba contenta? Sí, encantada, aunque indignada por la conducta de Arthur, y aunque lamentaba que me hubiera engañado, y estuviera decidida a que él lo lamentara también.

CAPÍTULO XXX

ESCENAS DOMÉSTICAS

A la mañana siguiente yo misma recibí algunas líneas de él, que confirmaban las insinuaciones de Hargrave sobre su pronto regreso. Y llegó la semana siguiente, pero en unas condiciones físicas y mentales peores que antes. Sin embargo, esta vez no tenía intención de pasar por alto su abandono sin hacer alguna observación: no me pareció adecuado. Mas el primer día él estaba cansado del viaje y yo contenta por tenerle de nuevo conmigo: no le reprendería entonces; esperaría a mañana. A la mañana siguiente él seguía cansado; esperaría un poco más. Pero a la hora de cenar, cuando, después de haber desayunado a las doce una botella de agua carbónica y una taza de café bien cargada, de haber almorzado a las dos con otra botella de agua carbónica mezclada con brandy, empezó a sacarle defectos a todo lo que había sobre la mesa, afirmando que debíamos cambiar de cocinera, pensé que había llegado el momento.

—Es la misma cocinera que teníamos antes de que te fueras, Arthur —dije—. Entonces, estabas muy satisfecho en general con ella.

—Pues entonces es que has dejado que se descuidara mientras he estado fuera. ¡Comer esta asquerosa porquería es suficiente para envenenarle a uno! —Apartó con expresión caprichosa el plato que tenía delante y se dejó caer desesperado sobre el respaldo de su silla.

—Creo que eres tú el que ha cambiado, no ella —dije, con la máxima suavidad, porque no quería irritarle.

—Puede —respondió con aire indiferente, al mismo tiempo que cogía un vaso lleno de vino mezclado con agua; cuando se lo hubo bebido añadió—: ¡porque tengo un fuego infernal en mis venas que toda el agua del océano no puede apagar!

«¿Qué lo prendió?», estuve a punto de preguntar, pero en ese momento entró el mayordomo y comenzó a retirar las cosas.

—Dese prisa, Benson; ¡termine cuanto antes con ese ruido infernal! —gritó su señor—. ¡Y no traiga el queso, a menos que quiera que enferme de verdad!

Benson, algo sorprendido, se llevó el queso y se esforzó por quitar todo lo demás lo más deprisa y silenciosamente posible; pero, por desgracia, había una arruga en la alfombra, causada por el súbito retroceso de la silla de su señor, con la que tropezó, originando una alarmante conmoción en la bandeja llena de loza que llevaba en las manos, aunque ningún daño real, salvo la caída y la rotura de una salsera; pero, para mi indecible vergüenza y consternación, Arthur se volvió furioso hacia él y le maldijo con una vulgaridad brutal. El pobre hombre palideció y temblaba visiblemente cuando se inclinó a recoger los pedazos rotos.

—No ha sido culpa suya, Arthur —dije—. Tropezó con la alfombra; además, no ha pasado nada grave. No se preocupe por los pedazos ahora, Benson, puede recogerlos después.

Aliviado, Benson puso el postre en la mesa y se retiró.

—¿Qué pretendes, Helen, al salir en defensa del criado poniéndote en mi contra? —dijo Arthur una vez se hubo cerrado la puerta—. ¡Sabías que yo estaba confuso!

—No sabía que estuvieras confuso, Arthur, y el pobre hombre estaba asustado y dolido ante tu reacción.

—¡Pobre hombre encima! ¿Crees que puedo pararme a tener en cuenta los sentimientos de un bruto insensato como ése, cuando tengo los nervios destrozados por culpa de sus malditas equivocaciones?

—Nunca te habías quejado antes de tus nervios.

—¿Y por qué no iba a tener nervios como tú?

—Oh, no discuto tu derecho a tenerlos, pero nunca me quejo de los míos.

—No, ¿cómo ibas a hacerlo si nunca haces nada que los ponga a prueba?

—Entonces, ¿por qué pones a prueba los tuyos, Arthur?

—¿Crees que no tengo otra cosa que hacer más que quedarme en casa y cuidar de mí mismo como si fuera una mujer?

—¿Es imposible, entonces, que te cuides tú mismo como un hombre cuando estás fuera? Me dijiste que podías y que lo harías, además; y me prometiste...

—Vamos, vamos, Helen, no empieces con esa estupidez ahora. No puedo soportarlo.

—¿No puedes soportar qué? ¿Que te recuerde las promesas que no has cumplido?

—Helen, eres cruel. Si supieras cómo latía mi corazón y cómo se

estremecían todos los nervios de mi cuerpo mientras me hablabas, me perdonarías. Puedes compadecerte de un criado necio por romper un plato, pero no tienes compasión de mí, cuando la cabeza se me va y ardo con esta fiebre que me consume.

Apoyó la cabeza en la mano y suspiró. Me acerqué a él y le puse la mano en la frente. Efectivamente, estaba ardiendo.

—Vamos, ven conmigo al salón, Arthur; no tomes más vino. Has bebido varios vasos durante la cena y no has comido casi nada en todo el día. Eso no puede hacerte sentir mejor.

Con ruegos y caricias conseguí que abandonara la mesa. Cuando me trajeron al niño intenté que se entretuviera con él; pero al pequeño Arthur le estaban saliendo los dientes, y su padre no podía soportar sus lamentos. Decidí su expulsión al primer síntoma de mal humor y porque, en el curso de la noche, fui a compartir su exilio durante unos instantes, se me reprochó, a mi vuelta, que prefería la compañía de mi hijo a la de mi marido. Encontré a éste echado en el sofá tal como le había dejado.

—¡Vaya! —exclamó el ofendido, en un tono de afectada resignación—. No pensaba llamarte; quería saber cuánto tiempo te gustaría dejarme solo.

—No he estado fuera mucho tiempo, ¿no, Arthur? No ha llegado a una hora, estoy segura.

—Oh, claro, una hora no es mucho para ti, que estabas tan entretenida; pero para mí...

—No he estado entretenida —le interrumpí—. He estado cuidando a nuestro pobre pequeño, que no está nada bien, y no pude dejarle hasta que conseguí que se durmiera.

—Oh, no cabe duda de que estás rebosante de generosidad y compasión por todos menos por mí.

—¿Y por qué tendría que compadecerte? ¿Qué te pasa?

—¡Me pasa todo! ¡Después de todo lo desmejorado que estoy, cuando vengo a casa enfermo y cansado, anhelando un poco de bienestar, esperando encontrar atención y bondad, al menos, en mi esposa, ella tranquilamente me pregunta que qué me pasa!

—No te ocurre nada —le repliqué— que no te hayas buscado tú voluntariamente y en contra de mis consejos y súplicas.

—Basta, Helen —dijo enérgicamente, medio incorporándose en el sofá—; si me abrumas con una palabra más, llamaré al timbre y pediré que me traigan seis botellas de vino... y, ¡juro que me las beberé todas seguidas sin moverme

de aquí!

No dije más, sino que me senté delante de la mesa y cogí un libro.

—Déjame tranquilo por lo menos —continuó—, ya que me privas de otra clase de consuelo. —Y se volvió a hundir en el sofá recuperando su postura inicial, y cerrando lánguidamente los ojos como disponiéndose a dormir, con una respiración impaciente, a medio camino entre el suspiro y el gruñido.

No puedo decir cuál era el libro que tenía ante mí porque no llegué a mirarlo. Con los codos sobre la mesa y las manos tapándome los ojos, me entregué a un silencioso sollozo. Pero Arthur no estaba dormido: en cuanto oyó un ligero suspiro, levantó la cabeza y miró alrededor exclamando, impaciente:

—¿Por qué lloras, Helen? ¿Qué demonios pasa ahora?

—Lloro por ti, Arthur —respondí, secándome rápidamente las lágrimas; me levanté y me arrodillé ante él; cogí su flácida mano y continué—: ¿No te das cuenta de que eres una parte de mí? ¿Crees que puedes perjudicarte y degradarte sin que yo lo sienta?

—¿Degradarme, Helen?

—¡Sí, degradarte! ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

—Vale más que no me lo preguntes —dijo con una débil sonrisa.

—Y tú vale más que no lo cuentes; pero no puedes negar que has estado degradándote miserablemente. Has estado haciéndote un daño vergonzoso, perjudicando a tu alma y a tu cuerpo, y a mí también; ¡no puedo soportarlo con calma... y no quiero!

—¡Está bien, no me estrujes la mano tan frenéticamente, y no me inquietes de esa manera, por Dios! ¡Oh, Hattersley! Tenías razón; esta mujer será mi muerte, con sus sentimientos vehementes y su atractiva fuerza de carácter. Vamos, vamos, ten piedad de mí.

—¡Arthur, debes arrepentirte! —grité, en un frenesí de desesperación, rodeándole con mis brazos y hundiendo mi rostro en su pecho—. ¡Dime que lamentas lo que has hecho!

—Bueno, bueno, lo lamento.

—¡No lo lamentas, lo harás otra vez!

—No viviré para hacerlo otra vez si me tratas tan salvajemente —respondió, apartándose de él—. Casi me dejas sin respiración. —Se puso la mano en el pecho, y pareció realmente perturbado y enfermo.

—¡Ahora, tráeme un vaso de vino —dijo— para remediar lo que has

hecho, tigresa! Estoy a punto de desmayarme.

Me apresuré a traerle el remedio requerido. Pareció reanimarle considerablemente.

—¡Qué vergonzoso es —dije al coger de su mano el vaso vacío— que un hombre joven y fuerte como tú se haya reducido él solo a semejante estado!

—Si lo supieras todo, querida, dirías mejor: «¡Qué milagro es que puedas llevarlo tan bien!». He vivido más en estos cuatro meses, Helen, de lo que has vivido tú a lo largo de toda tu existencia, o de lo que vivirás hasta el fin de tus días, aunque sumen cien años; así que debo esperar pagarlo de alguna manera.

—Tendrás que pagar un precio más elevado de lo que supones si no tienes cuidado: perderás totalmente tu salud, y también mi afecto, si es que éste te importa algo.

—¿Cómo? ¿Sigues con el juego de amenazarme con la pérdida de tu afecto? Creo que no pudo ser muy verdadero al principio si se destruye tan fácilmente. Si no tienes cuidado, mi preciosa tirana, harás que lamente en serio mi elección y que envidie a mi amigo Hattersley por su pequeña y dócil esposa. Ella es todo un modelo para su sexo, Helen. La ha tenido con él toda la temporada en Londres y no ha sido en ningún momento un problema. Él pudo divertirse como quiso, al estilo normal de los solteros, y ella nunca se quejó de abandono; podía volver a casa a cualquier hora de la noche o de la mañana, o no volver; estuviera sombrío, sereno o gloriosamente borracho; podía hacer el loco o el tonto, según le apeteciera, sin temor a que le molestaran. Ella jamás le dirige una palabra de reproche o de queja, haga lo que haga. Él dice que no hay en toda Inglaterra una joya como ella y jura que no la cambiaría ni por todo un reino.

—Pero hace que para ella la vida sea una maldición.

—¡En absoluto! Ella no tiene más voluntad que la de él, y está siempre feliz y contenta, mientras él se divierte.

—En ese caso es una estúpida tan grande como él; pero yo sé que no lo es. He recibido de ella varias cartas en las que expresa su angustia por la manera de comportarse de su marido y donde se queja de que tú le incitas a cometer esas extravagancias. En una me ruega especialmente que utilice mi influencia sobre ti para que te vayas de Londres, y afirma que su marido nunca hizo semejantes cosas antes de que tú llegaras, y asegura que dejaría de hacerlas tan pronto como tú te despidieras y le dejaras guiarse por su buen sentido.

—¡Detestable traidorzuela! Dame esa carta y se la enseñaré, puedes estar tan segura como que estoy vivo.

—No, él no la verá sin el consentimiento de ella; y aunque llegue a leerla

no hay allí nada que pueda encolerizarle, como tampoco en ninguna de las otras. Ella nunca dice nada contra él; se limita a expresar su preocupación. Alude a su conducta en los términos más delicados y busca todas las excusas que se le ocurren. Y en cuanto a su propia tristeza, más bien la presiento que la veo expresada en sus cartas.

—Pero ella me ataca, y estoy seguro de que en eso cuenta con tu apoyo.

—No; le dije que sobreestimaba la influencia que yo tenía sobre ti, que a mí me gustaría poder alejarte de la tentación de la ciudad si pudiera, pero que tenía pocas esperanzas de conseguirlo, y que creía que estaba equivocada al suponer que tú arrastrabas al señor Hattersley o a cualquier otro al mal camino. Yo misma había mantenido la opinión contraria durante cierto tiempo, pero ahora creía que os corrompíais mutuamente; y que, quizá, si ella le llamaba con cuidado la atención a su marido, podía ser útil; pues, aunque era más maleducado que el mío, pensaba que estaba hecho de un material menos impenetrable.

—Así que os dedicáis a eso: ¡os dais ánimo la una a la otra para sublevaros, atacáis cada una al marido de la otra, y tú lanzas acusaciones contra el tuyo, para satisfacción de las dos!

—Según tu propia confesión —dije—, mi mal consejo ha tenido muy poco efecto sobre ella. Y en cuanto a los ataques y las acusaciones, las dos estamos demasiado avergonzadas de los vicios y los errores de nuestros respectivos maridos para convertirlos en el tema habitual de nuestra correspondencia. Amigas como somos, de buena gana nos ocultaríamos mutuamente vuestros deslices, incluso nos los ocultaríamos a nosotras mismas si pudiéramos, a no ser que conociéndolos pudiéramos evitarlos.

—¡Está bien, está bien! No vuelvas a echármelos en cara: no conseguirás nada bueno con ello. Ten paciencia conmigo, y carga con mi postración y mi mal humor un poco más, hasta que consiga quitarme esta maldita calentura de las venas; entonces me encontrarás más alegre y bondadoso que nunca. ¿Por qué no puedes ser tan amable y buena como fuiste la última vez? Te puedo asegurar que lo agradecí mucho.

—¿Y de qué sirvió tu gratitud? Me ilusioné con la idea de que estabas avergonzado de tus faltas, y confié en que nunca volverías a cometerlas; ¡pero ahora me has dejado sin esperanza!

—Mi caso es absolutamente desesperado, ¿verdad? Una consideración muy feliz si me liberara del dolor y la molestia que me producen los esfuerzos de mi querida y preocupada esposa por convertirme, y si la liberara a ella de la tarea y las molestias de semejantes esfuerzos, y a su dulce rostro y a sus acentos de plata de los efectos ruinosos de éstos. Un estallido emocional es

una cosa conmovedora alguna que otra vez, Helen, y un torrente de lágrimas es maravillosamente enternecedor; pero, cuando se prodigan demasiado a menudo, las dos cosas son condenadamente fastidiosas porque estropean la belleza de uno y abruman además a sus amigos.

A partir de entonces reprimí mis lágrimas y mis emociones todo lo que pude. Me ahorré las súplicas y los inútiles esfuerzos por tratar de convencerle, porque me di cuenta de que todo era en vano: Dios podría despertar aquel corazón, indolente y embrutecido por el desenfreno, y quitar el velo de la oscuridad sensual de sus ojos, pero yo no. Todavía me oponía y me molestaba cuando descargaba injustamente su mal humor en sus subordinados, que no podían defenderse, pero cuando sólo yo era su objeto, como era frecuentemente el caso, lo soportaba con paciente serenidad salvo a veces en que mi temperamento, agotado por los repetidos disgustos, o atormentado hasta el aturdimiento por alguna nueva muestra de irracionalidad, se manifestaba, a mi pesar, y me exponía a acusaciones de ferocidad, crueldad e impaciencia. Yo atendía todos sus deseos y requerimientos; pero, lo confieso, no con el mismo cariño ferviente de antes, porque no podía sentirlo; además, tenía ahora otra persona que reclamaba mi tiempo y mis cuidados: mi niño enfermo, por cuyo bien arrostraba y sufría los reproches y las quejas de su irrazonable y despótico padre.

Pero Arthur no es un hombre quisquilloso o irritable por naturaleza; tanto es así, que había algo casi ridículo en la incongruencia de este mal humor y esta irritabilidad espontáneas, que parecían calculadas para provocar la risa más que la ira, si no fuera por las dolorosas consideraciones que iban unidas a estos síntomas de un continente enfermo. Su carácter mejoró gradualmente conforme se restablecía su salud corporal, lo que ocurrió más pronto de lo que cabía esperar, gracias a mis tenaces esfuerzos; porque había todavía algo en él a lo que yo no renunciaba y un empeño por cuidarle que no quería abandonar. Su apetito por el estímulo del vino había aumentado, como demasiado bien había previsto yo. Ahora era para él algo más que un aliciente accesorio del trato social: era una importante fuente de placer en sí mismo. En esta época de debilidad y depresión se habría convertido en su medicina y soporte, en su consuelo, su entretenimiento y su amigo, y por tanto se habría hundido más y más, y encadenado para siempre a la abyección en la que había caído. Pero decidí que esto no iba a ocurrir nunca mientras me quedara alguna influencia sobre él; y aunque no pude evitar que bebiera más de lo que le convenía, sin embargo, con una perseverancia incesante, con benevolencia, firmeza y vigilancia, con halagos, cuidados y determinación, conseguí alejarle de la completa sumisión a ese detestable vicio, tan nocivo en sus avances, tan inexorable en su tiranía, tan desastroso en todos sus efectos.

Y en esto no debo olvidarme de que no poco le debo a su amigo, el señor

Hargrave. En esa época venía a visitarnos con frecuencia a Grassdale, y a menudo cenaba con nosotros. En estas ocasiones, me temo, Arthur habría tirado de buena gana el decoro y la prudencia por la ventana y se habría dado «una gran noche», tan a menudo como su amigo hubiera consentido en unirse a él en ese exaltado entretenimiento; si este último hubiera decidido complacerle, podría haber echado a perder en una noche o dos el trabajo de semanas y demolido con un solo golpe el frágil baluarte que tantos esfuerzos y trabajo me había costado construir. Tenía tanto miedo al principio que pasé por la humillación de insinuarle en privado mis temores por la propensión de Arthur a estos excesos, y de expresarle mi esperanza de que él no la favoreciera. Le complació esta señal de confianza y, efectivamente, no la traicionó. En aquella y posteriores ocasiones, su presencia sirvió de freno a su anfitrión más que de incitación a una intemperancia mayor; siempre consiguió levantarle de la mesa a tiempo y en condiciones aceptables; porque si Arthur desatendía insinuaciones tales como: «Bueno, no quiero entretenerte, tu mujer te espera», o: «No debemos olvidar que la señora Huntingdon está sola», insistía en abandonar la mesa y unirse a mí, con lo que su anfitrión, aunque fuera de mala gana, se veía obligado a seguirle.

Por lo tanto, aprendí a recibir al señor Hargrave como a un verdadero amigo de la familia, como un compañero inofensivo para Arthur, que alegraba su espíritu y le protegía del tedio de la absoluta ociosidad y de un total aislamiento de toda compañía salvo la mía, y como un valioso aliado para mí. En tales circunstancias no pude sino sentirme agradecida hacia él a la primera oportunidad no dudé en reconocer mi deuda; no obstante, cuando lo hice, algo me dijo que no todo iba bien, y de mis mejillas se apoderó un color vivo, que él acrecentó con su mirada firme y seria, mientras, por su manera de recibir mi reconocimiento, no hizo más que redoblar mis temores. El inmenso placer que sentía por serme útil estaba impregnado de lástima por mí y conmiseración hacia sí mismo; no sé por qué razón, pues no quise detenerme a preguntárselo ni darle la oportunidad de que me contara sus penas. Sus suspiros e insinuaciones de escondidas tribulaciones parecían provenir de un corazón henchido; pero o bien debe esforzarse por mantenerlas dentro de él, o bien debe suspirarlas en otros oídos que no sean los míos: ya había bastante intimidad entre nosotros. Me parecía mal que existiera entre el amigo de marido y yo un secreto del que él era el objeto y que además no conocía. Pero mi reflexión posterior era: «Si está mal, la culpa será de Arthur, no mía».

Además, no sé si, en aquel momento, me ruboricé por Arthur más que por mí misma. Porque, desde que Arthur y yo somos uno, me identifico de tal forma con él, que siento su degradación, sus caídas, sus transgresiones, como si fueran mías; me sonrojo por él, temo por él; me arrepiento por él, lloro, rezo y sufro por él como por mí misma; pero no puedo actuar por él. Y, por lo tanto, debo estar, y estoy, humillada, corrompida por la unión, tanto ante mis propios

ojos como ante los de la verdad. Estoy tan decidida a amarle, tan ansiosa por excusar sus errores, que continuamente estoy insistiendo en ellos y esforzándome por paliar el más disoluto de sus principios, o la peor de sus costumbres, hasta familiarizarme con el vicio y convertirme casi en un cómplice de sus pecados. Cosas que al principio me impresionaban y repugnaban, ahora sólo me parecen naturales. Sé que son un error, porque la razón y la palabra de Dios lo declaran así; pero estoy perdiendo gradualmente ese horror y repulsión instintivos que me fueron dados por naturaleza, o inculcados por los preceptos y el ejemplo de mi tía. Quizá, entonces yo era demasiado severa en mis juicios, pues aborrecía al pecador tanto como el pecado; ahora me jacto de ser más caritativa y comprensiva; pero ¿no me estoy volviendo también más indiferente e insensata? ¡Qué estúpida fui al soñar que tenía fuerza y pureza de sobra para salvarle y salvarme a mí misma! ¡Una presunción tan vana sería bien castigada si yo pereciera con él en el abismo del que trataba de salvarle! Sin embargo, ¡Dios me proteja de él y a Arthur también! Sí, mi pobre Arthur, todavía esperaré y rogaré por ti; y aunque escribo como si fueras un miserable vicioso sin remisión ni esperanza, son mis ansiosos temores, mis fervientes deseos los que me obligan a hacerlo; alguien que te amara menos estaría menos agriado, menos insatisfecho.

Su conducta ha sido últimamente lo que la gente llama irreprochable; pero sé que su corazón no ha cambiado; sé que la primavera se acerca, y temo profundamente sus consecuencias.

En cuanto empezó a recuperar el tono y vigor de su constitución exhausta y con ellos parte de su antigua intolerancia al retiro y el reposo, le sugerí que pasáramos unos días en la costa, para su entretenimiento y su mejor recuperación, y en beneficio también de nuestro pequeño. Pero no; los balnearios eran tan insoportablemente tristes... Además, uno de sus amigos le había invitado a pasar uno o dos meses en Escocia para mayor disfrute de la caza de la perdiz blanca y de la caza al acecho, y había prometido ir.

—Entonces, ¿vas a dejarme sola de nuevo, Arthur? —dije.

—Sí, amor mío, pero sólo para amarte más que nunca cuando vuelva y para recompensarte por las ofensas y las negligencias pasadas; esta vez no tienes por qué sentir miedo; no hay tentaciones en las montañas. Durante mi ausencia puedes ir a visitar Staningley, si quieres: ya sabes que tus tíos hacen tiempo que quieren que vayamos a verlos; pero en cierto modo hay una incompatibilidad tan grande entre la buena señora y yo que nunca me he sentido con ánimos de hacerlo.

Yo estaba deseosa de aprovechar este permiso, aunque no temía poco las preguntas y comentarios de mi tía concernientes a mi experiencia matrimonial, sobre la que había sido muy reservada en mis cartas, ya que no tenía muchas

cosas agradables que comunicar.

En la tercera semana de agosto, Arthur salió para Escocia y, poco después, le siguió el señor Hargrave, para mi íntima satisfacción. A los pocos días, fui con el pequeño Arthur y Rachel a Staningley, mi antiguo y querido hogar, que volví a ver, así como a sus queridos habitantes, con una mezcla de sentimientos de placer y dolor tan íntimamente fundidos que apenas pude distinguir el uno del otro, y no sabría a cuál de ellos atribuir las lágrimas, las sonrisas y los suspiros que despertaron aquellas escenas, voces y rostros familiares.

No habían pasado todavía dos años desde la última vez que los había visto y oído; pero parecía un tiempo mucho, mucho más largo ¡y no era extraño, si pienso en el inconmensurable cambio que se había producido en mí...! ¡Cuántas cosas no había visto, sentido, aprendido desde entonces! A mi tío, además, se le veía más viejo e inseguro, y a mi tía, más triste y seria. Creo que pensaba que me había arrepentido de mi apresuramiento, aunque no expresó abiertamente su convicción, ni me recordó, con aires de triunfo, sus consejos desatendidos, tal y como yo me había temido que haría; pero me observó muy de cerca, demasiado de cerca para mi gusto, y pareció desconfiar de mi buen humor, remarcando excesivamente cualquier asomo de tristeza o de pensamientos sombríos, atenta a cualquier observación casual hecha por mi parte para hacer sus propias deducciones en silencio. Al mismo tiempo, por el procedimiento de un solapado y aparentemente tranquilo interrogatorio que se renovaba de vez en cuando, me sacó muchas cosas que no le habría contado de otra manera; y poniendo todas las informaciones juntas, me temo, se hizo una idea bastante clara de los defectos de mi marido y de mis aflicciones, aunque no de las fuentes de consuelo y esperanza que me quedaban todavía; pues, aunque me esforcé por causarle una gran impresión con la idea de las buenas cualidades de Arthur y de nuestro afecto mutuo y de las muchas razones que tenía yo para sentirme agradecida y afortunada, ella recibió tales sugerencias con frialdad imperturbable, como si mentalmente estuviera sacando sus propias conclusiones; conclusiones que estaban, en general, estoy segura, muy alejadas de la verdad, aunque reconozco que yo exageré un poco el lado brillante del cuadro de mi situación. ¿Fue el orgullo lo que me hizo esforzarme tan ansiosamente por parecer satisfecha con mi suerte... o una determinación justa de llevar sola la carga que yo misma me había impuesto y preservar a mi mejor amiga de la más mínima participación en aquellas tristezas de las que había tratado de salvarme con tanto ahínco? Puede que fueran las dos cosas, pero estoy segura de que predominó el segundo motivo.

No prolongué mucho mi visita porque no sólo me sentía constreñida por la implacable vigilancia y la incredulidad de mi tía y oprimida hasta extremos que ella no podía imaginar por su continuado y silente reproche, sino porque

me daba cuenta de que mi pequeño Arthur era una molestia para su tío, aunque éste hiciera lo posible porque estuviera a gusto, y no era un gran entretenimiento para su tía, aunque estuviera dispuesta a complacerle y dedicarle su afecto.

¡Querida tía...! Me cuidaste con tanto cariño desde que era niña, me guiaste e instruiste con tanta atención durante mi infancia y juventud... Y ahora ¿no puedo ofrecerte a cambio nada más que esto: la decepción de tus esperanzas, la oposición a tus deseos, el desprecio a tus advertencias y consejos y el ensombrecimiento de tus últimos años con tristezas y miedos angustiosos por sufrimientos que no puedes aliviar? Casi se me partía de corazón de sólo pensarlo, y una y otra vez me esforzaba por convencerla de que era feliz y que estaba satisfecha con mi suerte; pero sus últimas palabras, al tiempo que me abrazaba y besaba al niño que tenía en mis brazos, antes de que yo entrara en el coche, fueron:

—Cuida a tu hijo, Helen. Puede que te queden todavía días felices. Puedo imaginarme muy bien el consuelo y el tesoro tan grande que es él para ti; pero si le mimas demasiado para alegrar tus sentimientos actuales, será demasiado tarde para arrepentirte de ello cuando tu corazón se haya roto.

Arthur no volvió a casa hasta varias semanas después de mi regreso a Grassdale; pero no me sentí tan preocupada por él entonces: creerle ocupado con la caza en las agrestes colinas de Escocia era muy diferente de saberle inmerso en medio de las corrupciones y tentaciones de Londres. Sus cartas ahora eran, si no muy largas ni emocionadas, más regulares de lo que lo habían sido nunca; y cuando regresó comprobé con gran alegría que, en vez de estar peor que cuando marchó, se mostraba más alegre y vigoroso y mejor en todos los aspectos. Desde entonces he tenido pocos motivos de queja. Todavía tiene una desgraciada predilección por los placeres de la mesa, a los que tengo que hacer frente y vigilar; sin embargo, le ha empezado a llamar la atención su hijo, y esto es una fuente cada vez mayor de diversión para él dentro de casa, mientras que la caza del zorro y de la liebre son una ocupación suficiente fuera de ella, cuando el suelo no está endurecido por el hielo; de esta manera, ya no depende enteramente de mí para su entretenimiento. Pero ahora estamos en enero: se acerca la primavera; y, repito, temo las consecuencias de su llegada. Esa dulce estación, que yo saludaba tan gozosamente como el tiempo de la esperanza y la alegría, despierta ahora con su regreso unas previsiones muy distintas.

CAPÍTULO XXXI

VIRTUDES SOCIALES

20 de marzo de 1824. — La temida estación ha llegado y Arthur se ha ido, como ya temía. En esta ocasión me hizo saber su intención de permanecer muy poco tiempo en Londres y trasladarse luego al Continente, donde estaría probablemente varias semanas; pero no creo que vuelva hasta al cabo de meses; ahora sé que para él los días significan semanas y las semanas meses.

Yo iba a acompañarle, pero un poco antes de ponernos en marcha, me permitió —y hasta me animó con urgencia y una apariencia de maravilloso sacrificio— que fuera a ver a mi desgraciado padre, que está muy enfermo, y a mi hermano, que se siente muy infeliz por la enfermedad y su causa y a quien no había visto desde el día del bautizo de nuestro hijo, del que fue padrino junto con el señor Hargrave y mi tía, que fue la madrina. No deseando abusar de la buena disposición de mi marido a quedarse solo, acorté mi visita todo lo que pude; pero cuando volví a Grassdale, él ya se había ido.

Dejó una nota para explicar su precipitada marcha argumentando que se había producido una emergencia inesperada que exigía su inmediata presencia en Londres, por lo que le era imposible esperar mi regreso; añadía que era mejor para mí no tratar de seguirle, ya que pretendía permanecer en la ciudad durante tan poco tiempo que no merecía la pena; y que como él podía viajar solo, naturalmente, por la mitad del precio que le costaría hacerlo conmigo, pensaba que era mejor demorar el viaje hasta el año siguiente, cuando ya hubiera conseguido arreglar las cosas de una manera más estable, tal como se proponía hacer ahora.

¿Era realmente así... o era todo una estratagema para asegurarse de que su viaje en busca de placeres no iba a verse coartado por mi presencia? Es doloroso dudar de la sinceridad de las personas a las que amamos, pero, después de tantas pruebas de falsedad y de indiferencia tan absoluta por los principios, ¿cómo puedo creer en una historia tan improbable?

Me queda una razón para el consuelo: tiempo atrás me había dicho que si alguna vez volvía a París o Londres sería más moderado que antes en sus aficiones, pues de lo contrario acabaría destruyendo su capacidad de disfrute. No ambicionaba, según él, vivir hasta una edad demasiado avanzada, sino sacarle jugo a la vida y, sobre todo, disfrutar de sus placeres hasta el final, para lo cual creía necesario economizar, pues temía no ser ya un varón tan apuesto como lo había sido, ni tan joven: había detectado últimamente algunas canas entre sus queridos rizos castaños; también sospechaba que había engordado un poco más de lo deseable, aunque esto se debía más bien a la buena vida y la ociosidad; por lo demás, se encontraba tan fuerte y animoso como siempre; pero no dijo nada sobre si otra temporada de locura y diablura sin medida, como la última, podía acabar con él. Sí; me dijo esto a mí... con todo el descaro y sin sonrojarse y con aquel brillo pícaro y socarrón en los ojos que

tanto me había embelesado antes, y aquella risa profunda y feliz cuyo sonido alegraba tanto mi corazón.

¡En fin! Tales consideraciones tienen más peso, sin duda, para él, que cualquier otra por la que yo pueda abogar. Ya veremos lo que ellas pueden hacer por su bien, ya que no me queda otra esperanza.

30 de julio. — Hace tres semanas que regresó, con una salud bastante mejor que antes, pero su carácter ha empeorado todavía más. Y, sin embargo, quizá estoy equivocada: soy yo la que es menos paciente y tolerante. Estoy cansada de sus injusticias, su egoísmo, y de su depravación sin esperanza — me gustaría expresarlo con una palabra más suave—; no soy un ángel, y mi corrupción se subleva contra ella. Mi pobre padre murió la pasada semana. A Arthur le irritó la noticia, porque vio que a mí me impresionaba y me causaba dolor, y tuvo miedo de que esta circunstancia estropeará su bienestar. Cuando hablé de encargar las ropas de luto, exclamó:

—¡Oh, detesto el negro! Sin embargo, supongo que debes llevarlo una temporada, para guardar las formas; pero espero, Helen, que no creas tu inexcusable deber adaptar tu rostro y tus modales al atuendo funerario. ¿Por qué ibas a tener que suspirar y gruñir, y yo sentirme incómodo porque un anciano caballero del condado de..., un total desconocido para los dos, haya creído oportuno beber hasta morir? ¡Pero, vaya, si estás llorando! Bueno, debe de ser pura afectación.

No quiso saber nada de que yo asistiera al funeral, o fuera un día o dos a hacerle compañía al pobre Frederick. Era absolutamente innecesario, dijo, y era irrazonable que yo lo deseara. ¿Qué era mi padre para mí? No le había visto más que una vez en mi vida desde que era una niña y sabía muy bien que yo no le importaba nada; y mi hermano, también era poco más que un extraño.

—Además, querida Helen —dijo, abrazándome con una ternura exagerada—, no puedo estar ni un solo día sin ti.

—Entonces, ¿cómo te las has arreglado para estar sin mí todos esos días? —dije.

—¡Ah! Pero entonces yo estaba dando tumbos por el mundo y ahora estoy en casa; y mi casa sin ti, mi diosa familiar, sería insoportable.

—Sí, en la medida en que me necesitas para tu comodidad; pero no dijiste eso entonces, cuando me forzaste a dejarte con el fin de poder marchar de tu casa sin mí —repliqué; pero antes de acabar la frase lamenté haberla pronunciado.

Parecía una acusación muy grave: si era falsa, era un insulto muy fuerte; si era verdad, era un hecho demasiado humillante para decírselo abiertamente a

la cara. Pero podría haberme ahorrado ese remordimiento. La acusación no despertó su vergüenza, ni su indignación: no hizo ningún intento de negarla o excusarse, sino que su contestación fue una larga risa ahogada, como si la negociación fuera una broma ingeniosa y divertida de principio a fin. ¡No cabe duda de que este hombre conseguirá finalmente que le deteste!

Entonces, conforme la elaboras, mi querida doncella,

ten presente que así debes beber la cerveza.

Sí; y la beberé hasta las heces: ¡y nadie, salvo yo misma, sabrá lo amarga que es!

20 de agosto. — Volvemos a estar donde estábamos. Arthur se encuentra casi en el mismo estado de antes y ha vuelto a sus antiguas costumbres. El mejor plan que he podido encontrar es cerrar los ojos al pasado y al futuro, en lo que a él, al menos, se refiere, y vivir sólo el presente; amarle cuando puedo; sonreírle (si es posible) cuando él sonríe, estar alegre cuando él está alegre, y contenta cuando es agradable; y cuando no lo es, intentar que lo sea, y si esto no sirve de nada, soportarle, excusarle y perdonarle tanto como pueda, y reprimir mis malignas pasiones para que no se agraven las suyas; no obstante, mientras de esta forma cedo y contribuyo a sus tendencias menos nocivas, hago todo lo que está en mi mano para salvarle de lo peor.

Pero no estaremos solos mucho tiempo. Pronto me veré obligada a atender al mismo selecto grupo de amigos que estuvieron con nosotros el penúltimo otoño, con la adición del señor Hattersley y, a petición mía, de su mujer y su hija. Tengo ganas de ver a Milicent y también a su pequeña. Tiene casi un año; será una encantadora compañera de juegos para mi pequeño Arthur.

30 de septiembre. — Nuestros invitados están aquí desde hace una o dos semanas; pero no he tenido tiempo hasta ahora de transcribir ningún comentario sobre ellos. No puedo superar mi antipatía por lady Lowborough. No se basa en una simple cuestión personal; es la mujer misma la que me repugna, porque no hay nada en ella que me guste. Evito su compañía siempre que puedo, sin violar las leyes de la hospitalidad, aunque cuando nos ponemos a conversar juntas, ella lo hace con la máxima cortesía, incluso con una aparente cordialidad. ¡Dios me libre de semejante cordialidad! Es como llevar escaramujo y flores de espino en la mano: luminosas para los ojos y aparentemente suaves al tacto; pero uno sabe que debajo hay espinas y de vez en cuando también siente; y quizá protesta contra el dolor estrujándolas hasta que se destruye su poder, aunque de algún modo son los propios dedos los que resultan lastimados.

Últimamente, sin embargo, no he visto en su conducta hacia Arthur nada que me indigne o alarme. Durante los primeros días creí que estaba muy

empeñada en ganar su admiración. Sus esfuerzos no pasaron inadvertidos para él, y con frecuencia le vi reír para sus adentros ante las astutas maniobras de ella; pero, dicho sea en su favor, las flechas caían a sus pies sin fuerza. Todas sus fascinantes sonrisas, sus altivos mohines, fueron siempre acogidos con el mismo inmutable, indiferente buen humor; hasta que, al ver que se mostraba verdaderamente impenetrable, ella cedió de repente en sus intentos y se volvió, en apariencia, tan indiferente como él. Desde entonces no he notado el más leve indicio de que Arthur se sienta tentado por ella, ni de que ella renueve sus esfuerzos de conquista.

Así es como debería ser: pero Arthur nunca permitirá que esté satisfecha con él. Desde que me casé, nunca he sabido, ni por una sola hora, lo que es esa dulce idea: «En la paz y la confianza estará tu descanso». Esos dos detestables hombres, Grimsby y Hattersley, han destruido toda mi labor en contra de su amor por el vino. Le animan diariamente a que sobrepase los límites de la moderación y, con no poca frecuencia, a cubrirse de ignominia con el exceso. Tardaré en olvidarme de la segunda noche después de su llegada. Nada más haberme retirado del comedor con las señoras, antes de que la puerta se cerrara detrás nuestro, Arthur exclamó:

—Y, ahora, muchachos, ¿qué me decís de un jolgorio formal?

Milicent me echó una mirada de reproche, como si yo pudiera evitarlo; pero su expresión cambió cuando oyó que la voz de Hattersley se alzaba a través de la puerta y la pared:

—¡Yo, soy vuestro hombre! Ordena que traigan más vino; ¡aquí no hay ni la mitad del que necesitamos!

Al poco de entrar nosotras en el salón, se nos unió lord Lowborough.

—¿Por qué has venido tan pronto? —exclamó su esposa con una expresión de desagrado de lo más molesta.

—Ya sabes que no bebo, Annabella —respondió él con seriedad.

—Bueno, pero podrías pasar un rato con ellos; ¡resulta tan tonto estar siempre pegado a las mujeres! ¡No sé cómo puedes!

Él le reprochó su comentario con una mirada de amargura y sorpresa, y, reprimiendo un suspiro, se mordió los labios con la vista fija en el suelo.

—Ha hecho bien en dejarlos solos, lord Lowborough —dije yo—. Confío en que continúe usted honrándonos tan pronto con su compañía. Y si Annabella conociera el valor de la verdadera sabiduría, y la miseria de la insensatez y... y de la intemperancia, no diría una tontería semejante, ni siquiera en broma.

Lord Lowborough levantó los ojos mientras yo hablaba, los volvió

gravemente hacia mí, con una mirada medio sorprendida, medio abstraída, y luego los dirigió hacia su esposa.

—Al menos —dijo ésta—, conozco el valor de un corazón cálido y un espíritu intrépido, varonil.

Y puntuó sus palabras con una mirada de triunfo dirigida a mí que parecía decir: «Lo que es más de lo que tú conoces», y una de escarnio a su marido que le llegó al alma. Esto me exasperó intensamente, pero no me correspondía a mí reprenderla ni, como parecía, expresar mi simpatía por su marido sin ofender los sentimientos de éste. Lo único que pude hacer, obedeciendo a mi impulso interior, fue ofrecerle una taza de café, llevándosela personalmente y antes de servir a las demás damas, como medio de compensar el desprecio de Annabella con mi excesiva deferencia. Él la tomó de mi mano mecánicamente, con una leve inclinación, pero en un minuto se incorporó y la dejó intacta sobre la mesa, mirando, no la taza, sino a su mujer.

—Está bien, Annabella —dijo en un tono ronco y profundo— puesto que te desagrada mi presencia, te libraré de ella.

—¿Vas a volver con ellos, entonces? —dijo su esposa con aire de indiferencia.

—No —exclamó él con un énfasis sorprendente y agrio—, ¡no volveré con ellos! ¡Y no me quedará ni un segundo más de lo que yo considere correcto, ni por ti ni por ningún otro tentador! Pero no debes preocuparte por eso; no volveré a molestarte imponiéndote mi compañía de una forma tan inoportuna.

Salió de la habitación, oí que se abría y se cerraba la puerta del vestíbulo e, inmediatamente después, al correr la cortina, le vi alejarse por el parque, en la oscuridad del húmedo y nuboso crepúsculo.

Escenas como ésta son siempre desagradables de presenciar. Nuestro pequeño grupo se hundió en un completo silencio por un momento. Milicent jugaba con su cucharilla, con un aspecto violento y confundido. Si Annabella sentía alguna vergüenza o incomodidad, intentó disimularla con una risita breve, atolondrada, y dirigiéndose con calma a servirse el café.

—Sería una buena lección para ti, Annabella —dije, por fin— que lord Lowborough volviera a sus antiguas costumbres, que estuvieron a punto de causarle la ruina y con las que tanto esfuerzo le costó romper; entonces te arrepentirías de tu comportamiento.

—¡En absoluto, querida! No me importaría que su señoría se emborrachara todos los días: me libraría de él más pronto.

—¡Oh, Annabella! —gritó Milicent—. ¡Cómo puedes decir unas cosas tan malignas! Sería realmente un castigo justo para ti que la Providencia te tomara

la palabra y te hiciera sentir lo que otras sienten...

Se detuvo al llegar hasta nosotras una algarabía de voces y risas procedentes del comedor, en la que hasta mi inexperto oído distinguió claramente la voz de Hattersley.

—Lo que tú sientes en este momento, ¿verdad? —dijo lady Lowborough con una sonrisa maliciosa, mirando con fijeza el angustiado semblante de su prima.

Ésta no dijo nada, pero apartó la cara y se secó una lágrima. En aquel momento se abrió la puerta y en el umbral apareció el señor Hargrave, un poco sonrojado, con los ojos brillando con una desacostumbrada vivacidad.

—¡Oh, me alegra que hayas venido, Walter! —gritó su hermana—. Pero me hubiera gustado que trajeras a Ralph.

—Del todo imposible, querida Milicent —respondió él con jovialidad—. He tenido muchos problemas para marcharme yo. Ralph intentó retenerme por medio de la violencia; Huntingdon me amenazó con la irrecuperable pérdida de su amistad y Grimsby, el peor de todos, hizo todo lo posible para que me avergonzara de mi virtud, recurriendo a los sarcasmos e insinuaciones ofensivas que sabía que podían herirme más. Como ven, señoras, deberían darme la bienvenida después de haber arrostrado tantos peligros y sufrido tanto por el favor de su dulce compañía.

Se volvió, risueño, hacia mí y me dedicó una reverencia una vez hubo concluido la frase.

—¿No está guapo ahora, Helen? —murmuró Milicent, con su orgullo fraterno imponiéndose, de momento, a toda otra consideración.

—Lo estaría —repliqué— si ese brillo en la mirada, los labios y las mejillas fueran naturales en él; pero vuelve a fijarte en él dentro de unas horas.

Entonces el caballero se sentó a la mesa cerca de mí y pidió una taza de café.

—Considero esto una perfecta ilustración de tomar el Cielo por asalto —dijo, cuando le acerqué la taza—. Ahora estoy en el paraíso; pero he tenido que abrirme paso entre el fuego y el diluvio para conquistarlo. El último recurso de Ralph Hattersley fue pegar su espalda a la puerta y jurar que no me dejaría pasar como no fuera a través de su cuerpo (bastante sólido, por cierto). Afortunadamente, no era ésta la única puerta y huí por la entrada lateral, atravesando la despensa del mayordomo, ante el desconcierto absoluto de Benson, que estaba limpiando la vajilla.

El señor Hargrave se rió, y también su prima; pero su hermana y yo permanecemos serias y calladas.

—Perdone mi ligereza, señora Huntingdon —murmuró él, con expresión más grave, al tiempo que alzaba la vista hacia mí—. Usted no está acostumbrada a estas cosas: padecerlas afecta a su espíritu demasiado sensible. Pensé en usted en medio de esos licenciosos fanfarrones y traté de persuadir al señor Huntingdon de que pensara en usted también; pero fue inútil: me temo que está decidido a divertirse esta noche; sería inútil tener el café preparado para él o sus camaradas; ya sería mucho que se reunieran con nosotros a tomar el té. Entretanto, desearía de veras poder apartar sus nombres de su pensamiento... y del mío también, pues detesto pensar en ellos; si, incluso en mi querido amigo Huntingdon, cuando pienso en el poder que tiene sobre la felicidad de alguien tan inmensamente superior, y el uso que hace de él. ¡Ese hombre es detestable!

—Sería mejor que no me lo dijera, entonces —le atajé—, porque, aunque sea malo, es parte de mí misma, y no puede usted hablar mal de él sin ofenderme.

—Perdóneme, entonces, porque preferiría morir antes que ofenderla. Pero no digamos una palabra más sobre él, de momento, si no le importa.

Por fin vinieron; pero eran más de las diez, y el té, que habíamos retrasado más de media hora, estaba casi frío. Aunque yo había deseado que vinieran, mi corazón se puso a latir desenfrenadamente al oír el alboroto que anunciaba su llegada. Milicent se puso pálida y estuvo a punto de levantarse cuando el señor Hattersley irrumpió en la habitación con una salva de ruidosos juramentos, que Hargrave intentó cortar suplicándole que tuviera en cuenta a las damas.

—Ah, haces bien en recordarme la presencia de las damas, miserable desertor —gritó, agitando su formidable puño en dirección a su cuñado—. ¡Si no fuera por ellas, sabes muy bien que te derribaría en un abrir y cerrar de ojos, entregando tu cuerpo a las aves del cielo y los lirios del campo!

A continuación, colocó una silla junto a lady Lowborough, se dejó caer sobre ella y empezó a hablarle con una mezcla de estupidez e imprudencia que más que ofenderla parecía divertirla, a pesar de que fingió molestarse por su insolencia y mantenerlo a raya con ocurrencias inteligentes y punzantes.

Entretanto, el señor Grimsby se sentó junto a mí, en la silla que había dejado vacante Hargrave cuando entraron, y con solemnidad afirmó que me agradecería una taza de té. Arthur se sentó junto a la pobre Milicent, acercándole confidencialmente la cabeza a la cara y acercándose más cada vez que ésta se retiraba. No era tan escandaloso como Hattersley, pero su rostro estaba colorado en exceso, reía sin cesar y, cuando me sonrojé por todo lo que le veía hacer y decir, me alegré de que decidiera hablar a su compañera en un tono tan bajo porque así nadie podía oír lo que decía salvo ella misma. En el mejor de los casos debió de tratarse de tonterías insoportables, porque la vi

muy violenta: primero enrojeció, luego empujó su silla con indignación y finalmente buscó refugio detrás de mí en el sofá. La única intención de Arthur parecía haber sido ocasionar algunos de estos desagradables efectos: se rió sin medida al ver que la había ahuyentado; acercó su silla a la mesa, se apoyó sobre ella cruzando los brazos, y se abandonó a un paroxismo de débiles, apagadas y estúpidas risas. Cuando se cansó de este ejercicio, levantó la cabeza y llamó en voz alta a Hattersley, y de ahí se siguió una clamorosa disputa sobre no sé qué.

—¡Qué estúpidos son! —exclamó el señor Grimsby, que no había dejado de hablarme al oído con una solemnidad sentenciosa; pero yo había estado demasiado absorta en el estado deplorable de los otros dos, sobre todo en el de Arthur, para hacerle caso.

—¿Ha oído alguna vez tantas tonterías, señora Huntingdon? —continuó—. Me avergüenzo de ellos: no pueden tomarse una botella entre todos sin que se les suba a la cabeza...

—Está usted echando la leche en el platillo, señor Grimsby.

—¡Ah! Sí, ya veo, pero es que estamos casi a oscuras. Hargrave, despabila esas velas, ¿quieres?

—Son de cera; no hay que despabilarlas —observé.

—La luz del cuerpo es el ojo —observó Hargrave, con una sonrisa sarcástica—. Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz.

Grimsby le rechazó con un ademán solemne y, volviéndose a mí, siguió tartamudeando, arrastrando las palabras de una manera extraña, con la misma expresión solemne de antes:

—Como te estaba diciendo, señora Huntingdon, no tienen el menor aguante: son incapaces de beberse media botella sin que les afecte de alguna manera; por el contrario... yo, bueno, he bebido tres veces más que ellos esta noche, y usted puede comprobar que estoy perfectamente sereno. Ahora bien, esto que puede parecerle a usted singular, creo que puedo explicárselo verás, sus cerebros (no digo nombres, pero usted entenderá a quién me refiero), sus cerebros son ligeros, para empezar, y los vapores del licor fermentado los vuelve más ligeros todavía, produciendo un aturdimiento absoluto, o desvarío, que tiene como consecuencia la intoxicación; mientras que mi cerebro, al estar compuesto de materiales más sólidos, absorbe una considerable cantidad de este alcohólico vapor sin que se produzca un resultado sensible...

—Creo que vas a experimentar un sensible resultado con ese té —interrumpió el señor Hargrave—, por la cantidad de azúcar que le has echado. En vez de un terrón como tienes por costumbre, le has echado seis.

—¿De veras? —replicó el filósofo, sumergiendo la cucharilla en la taza y sacando varios terrones medio disueltos, en confirmación del comentario—. ¡Vaya! Me doy cuenta. Como ve, señora, éstas son las consecuencias de estar distraído, de pensar demasiado mientras se está ocupado con las cosas normales de la vida. Ahora bien, si hubiera estado atento, como los hombres normales, en vez de distraído como un filósofo, no habría echado a perder esta taza de té y no me vería obligado a molestarla a usted para que me diera otra. Con su permiso, la vaciaré en este cacharro.

—Ése era el azucarero, señor Grimsby. Ahora ha echado a perder el azúcar también; y le agradeceré que llame al servicio para que traigan más, porque aquí está lord Lowborough al fin. Espero que su señoría tenga la amabilidad de sentarse con nosotros y me permita ofrecerle un poco de té.

Su señoría hizo una solemne reverencia en contestación a mi ofrecimiento, pero no dijo nada. Mientras tanto, Hargrave se ofreció a tocar la campanilla para que trajeran el azúcar, y el señor Grimsby lamentó su error, intentando probar que éste se debía a la sombra de la tetera y a la mala iluminación de la pieza.

Lord Lowborough había entrado uno o dos minutos antes sin que nadie lo advirtiera salvo yo, y se había quedado de pie delante de la puerta, mirando con terror la reunión. Luego se dirigió hacia Annabella, que estaba sentada de espaldas a él, con Hattersley todavía a su lado, aunque no le prestaba atención en ese momento, pues estaba ocupado en intimidar e insultar ruidosamente a su anfitrión.

—Bueno, Annabella —dijo su marido, inclinándose sobre ella por detrás—, ¿a cuál de estos tres «espíritus intrépidos, varoniles» te gustaría que me pareciera?

—¡Por todos los demonios, te parecerás a todos! —gritó Hattersley, levantándose y cogiéndole por el brazo con violencia—. ¡Eh, Huntingdon! —gritó—. ¡Ya le tengo! ¡Ven, hombre, y ayúdame! ¡Y que el Cielo me confunda si no consigo emborracharle antes de dejarle ir! ¡Pagará por todos sus delitos anteriores, tan seguro como que estoy vivo!

Luego siguió una vergonzosa disputa. Lord Lowborough, verdaderamente desesperado y pálido de ira, luchó en silencio para liberarse del loco que trataba de arrastrarle fuera de la habitación. Intenté obligar a Arthur a que interviniera en favor de su ultrajado huésped, pero lo único que consiguió hacer fue reírse.

—¡Huntingdon, estúpido, ven a ayudarme, vamos! —gritó Hattersley, algo debilitado por sus excesos.

—Estoy implorando para ti la ayuda divina, Hattersley —gritó Arthur—, y

ayudándote con mis oraciones. ¡No podría hacer nada más aunque me fuera la vida en ello! Estoy agotado. ¡Oh, oh! —Y echándose hacia atrás en su silla, se golpeó los muslos con las palmas de las manos y soltó un grito.

—¡Annabella, dame una vela! —dijo Lowborough, cuyo adversario le había rodeado la cintura con los brazos y se esforzaba ahora por arrancarle del quicio de la puerta, al que él se había aferrado furiosamente con toda la fuerza de la desesperación.

—¡No tomaré parte en vuestros violentos juegos! —replicó la dama, retrocediendo indiferente—. No sé cómo se te ocurre.

Pero yo cogí una vela y se la llevé. Lord Lowborough la tomó y acercó la llama a las manos de Hattersley, y la mantuvo allí hasta que éste empezó a rugir como una bestia salvaje, entonces se las soltó y le dejó libre. Luego desapareció, y supongo que se encerró en su habitación, pues no volvimos a verle hasta la mañana siguiente. Soltando juramentos y maldiciones, Hattersley se echó sobre la otomana que estaba junto a la ventana. Al ver la puerta libre, Milicent intentó entonces huir del escenario del oprobio de su marido; pero él la detuvo con una voz e insistió en que se le acercara.

—¿Qué deseas, Ralph? —murmuró ella, aproximándose a su marido de mala gana.

—Quiero saber qué te pasa —dijo él, poniéndola de rodillas como a una niña—. ¿Por qué estás llorando, Milicent? ¡Dímelo!

—No estoy llorando.

—Sí lo estás —insistió él, apartándole con violencia las manos del rostro—. ¿Cómo te atreves a mentir de esa manera?

—Ahora no estoy llorando —alegó ella.

—Pero has estado haciéndolo y hace un minuto también; y quiero saber por qué. ¡Vamos, dímelo!

—¡Déjame en paz, Ralph! Recuerda que no estamos en casa.

—No importa: ¡contestarás a mi pregunta! —exclamó su torturador; e intentó obtener la confesión por la fuerza, zarandeándola, mientras le hincaba implacablemente los dedos en sus débiles brazos.

—No permita que maltrate a su hermana de esa forma —le dije yo al señor Hargrave.

—Vamos, Hattersley, no puedo permitir eso —dijo el caballero, acercándose a la desgraciada pareja—. Deja a mi hermana en paz, por favor.

Hargrave intentó desprender los dedos del rufián del brazo de su hermana,

pero fue repelido súbitamente y casi arrojado al suelo por un violento golpe en el pecho acompañado por la siguiente advertencia:

—¡Eso por tu insolencia! Y aprende a no volver a interponerte entre lo que es mío y yo.

—¡Si no estuvieras borracho, responderías de lo que has hecho! —dijo Hargrave, pálido y sin aliento, tanto por la indignación como por los efectos inmediatos del golpe.

—¡Vete al diablo! —respondió su cuñado—. Vamos, Milicent, dime por qué estabas llorando.

—Te lo diré en otro momento —murmuró ella—, cuando estemos solos.

—¡Dímelo ahora! —gritó él, sacudiéndola de nuevo y apretándole el brazo de tal manera que la mujer contuvo la respiración y se mordió un labio para reprimir un grito de dolor.

—Se lo diré yo, señor Hattersley —dije—. ¡Estaba llorando porque se sentía avergonzada y humillada por usted! Porque no podía soportar verle comportarse de una manera tan lamentable.

—¡Váyase al diablo, señora! —dijo él entre dientes, con una mirada de estúpido asombro por mi «imprudencia»—. No era por eso, ¿verdad, Milicent?

Ella no dijo nada.

—¡Vamos, habla de una vez!

—No puedo decirlo ahora —repitió Milicent, sollozando.

—Pero puedes decir «sí» o «no» igual que has dicho «no puedo decirlo ahora». ¡Vamos!

—Sí —murmuró ella, dejando caer la cabeza y sonrojándose por el horroroso reconocimiento.

—¡Maldita muchacha impertinente y descarada! —gritó él, apartándola de su lado con tal violencia que cayó a sus pies; pero ella se levantó antes de que su hermano o yo pudiéramos acercarnos a prestarle ayuda y salió rápidamente de la habitación; supongo que subiría las escaleras sin pérdida de tiempo.

El siguiente objetivo de ataque fue Arthur, que estaba sentado enfrente y había, sin duda, disfrutado sobremanera de la escena.

—¡Vamos, Huntingdon! —exclamó su irascible amigo—. ¡No permitiré que te quedes ahí sentado riéndote como un idiota!

—¡Oh, Hattersley! —gritó Arthur, frotándose los vidriosos ojos—. Vas a acabar conmigo.

—Sí, lo haré, pero no como tú supones: ¡te arrancaré el corazón si me sigues irritando con esa risa imbécil! ¿Cómo? ¿Todavía te atreves? ¡Está bien! ¡A ver qué te parece esto! —gritó Hattersley, agarrando un taburete y arrojándolo a la cabeza de su anfitrión. Pero falló el blanco, y Arthur se dejó caer de nuevo en la silla, estremeciéndose con una débil risa, mientras las lágrimas le caían por el rostro en un espectáculo verdaderamente lamentable.

Hattersley siguió soltando imprecaciones y juramentos, pero fue inútil. Cogió entonces un montón de libros de la mesa que había delante de él y los lanzó, uno por uno, hacia el objetivo de su cólera, pero Arthur se rió más todavía. Al fin, se abalanzó sobre él lleno de furia y, cogiéndole por los hombros, lo sacudió con violencia, ante lo cual el otro rió y chilló de una manera escandalosa. Pero no vi más; pensé que ya había presenciado bastante la degradación de mi marido y, dejando que Annabella y los demás siguieran allí el tiempo que quisieran, me retiré, aunque no a dormir. Después de mandar a Rachel que descansara, me puse a pasear por mi habitación, angustiada por lo que había pasado e intranquila por no saber lo que podría ocurrir después, o cómo, o cuándo aquella desgraciada criatura subiría a acostarse.

Por fin vino lentamente, subiendo las escaleras a trompicones, ayudado por Grimsby y Hattersley. Ninguno de los dos caminaba con paso muy firme, pero se reían y mofaban de él, haciendo el ruido suficiente para que lo oyeran todos los criados. Arthur no se reía ya, sino que parecía enfermo y estupefacto. No escribiré nada más sobre esto.

Escenas tan lamentables (o casi) se han repetido más de una vez. No le digo mucho a Arthur al respecto, porque, si lo hiciera, sería más perjudicial que beneficioso; pero le doy a entender que me repugnan profundamente semejantes exhibiciones: siempre me ha prometido que no se repetirían; pero temo que está perdiendo el poco control y respeto por sí mismo que una vez poseyó. Antes se hubiera avergonzado de comportarse de esta manera, al menos delante de otros testigos que no fueran sus alegres camaradas, o gente como ellos. Su amigo Hargrave, con una prudencia y un dominio de sí mismo que ya desearía para Arthur, nunca se expuso a la deshonra de beber más que lo suficiente para sentirse un poco «achispado» y es siempre el primero que abandona la mesa, después de lord Lowborough, quien, más sensato aún, sigue saliendo del comedor inmediatamente después de nosotras. Pero ni una sola vez, desde que Annabella le ofendió tan profundamente, ha entrado en el salón antes que los demás: pasa los intermedios en la biblioteca, que yo me ocupo de que esté bien iluminada para su comodidad o, en las espléndidas noches de luna llena, paseando por los campos. Pero creo que ella se arrepiente de su mala conducta, pues no ha vuelto a hacer lo mismo desde entonces y últimamente se ha portado con maravillosa corrección con él, tratándole con una generosidad y consideración constantes, algo que no le había visto hacer

nunca. Yo fecho el inicio de esta mejora en el momento en que dejó de hacerse ilusiones de obtener la admiración de Arthur.

CAPÍTULO XXXII

COMPARACIONES: INFORMACIÓN RECHAZADA

5 de octubre. — Esther Hargrave se está convirtiendo en una hermosa muchacha. No ha terminado sus días escolares todavía, pero su madre la trae con frecuencia cuando viene a visitarme por las mañanas, una vez que los caballeros se han ido, y a veces pasa una o dos horas en compañía de su hermana, los niños y yo. Cuando vamos al Grove, hago todo lo posible por verla y hablo más con ella que con ninguna otra persona, porque siento un gran afecto por mi pequeña amiga, lo mismo que ella por mí. Sin embargo, me pregunto qué puede ver en mí que le guste, pues ya no soy la muchacha feliz y vivaz que era antes; pero no tiene otra compañía, salvo la de su antipática madre, la de su institutriz (una persona todo lo artificial y convencional que pudo encontrar su prudente madre para rectificar las cualidades naturales de su pupila) y, de vez en cuando, la de su sumisa y pacífica hermana. A menudo me pregunto cuál será su suerte en la vida, y lo mismo hace ella; pero sus especulaciones sobre el futuro están llenas de alegres esperanzas, como lo estuvieron las mías una vez. Me estremezco al pensar que ella, como yo, pueda descubrir su engañosa vanidad. Parece como si sintiera su posible desilusión incluso más profundamente que la mía. Me parece como si yo hubiera nacido con semejante destino, pero ella es tan alegre y confiada, tan puro su corazón y tan libre su espíritu, tan inocente y poco suspicaz además... ¡Oh, sería una crueldad hacer que se sintiera como me siento yo ahora, y enseñarle lo que ahora sé!

Su hermana también tiembla por ella. Ayer por la mañana, uno de los días más luminosos y hermosos de octubre, Milicent y yo estábamos en el jardín, disfrutando junto con nuestros hijos de una media hora escasa, mientras Annabella estaba echada en el sofá del salón, absorbida por la lectura de la última nueva novela. Habíamos estado correteando con los niños, casi tan alegre y fogosamente como ellos, y ahora descansábamos a la sombra de la alta y cobriza haya, para recuperar el aliento y arreglarnos el pelo, alborotado por el ajetreo y la traviesa brisa, mientras los niños daban tumbos en el ancho y soleado sendero. Mi Arthur vigilaba los pasos más débiles de la pequeña Helen y le señalaba las bellezas más brillantes de la orilla según andaban, con un parloteo semiarticulado, que ella entendía tan bien como cualquier otro modo de lenguaje. Después de reírnos por la bonita escena, comenzamos a

hablar de la vida futura de los niños; esto nos dejó pensativas. Las dos nos sumimos en una meditación silenciosa conforme caminábamos; supongo que una serie de asociaciones llevaron a Milicent a pensar en su hermana.

—Helen —dijo—, ves a menudo a Esther, ¿verdad?

—No muy a menudo.

—Pero tienes más oportunidades de verla que yo; ella te quiere, lo sé, y te respeta, además. Ninguna opinión valora tanto como la tuya; dice que tienes más sentido que mamá.

—Eso es porque es terca, y mis opiniones en general están más de acuerdo con las tuyas propias que con las de tu madre. Pero ¿por qué lo dices?

—Bueno, puesto que tienes tanta influencia sobre ella, me gustaría que la convencieras de que nunca, bajo ningún concepto, o por los argumentos de nadie, se case por dinero, o por el rango, o la posición, o cualquier otra razón mundana que no sea el verdadero afecto y la estima bien fundada.

—No hay necesidad de ello —dije— porque ya hemos hablado de este asunto y te aseguro que sus ideas sobre el amor y el matrimonio son todo lo románticas que se pueda desear.

—Pero las ideas románticas no van a servirle de nada; yo quiero que tenga las ideas claras.

—De acuerdo; pero, a mi juicio, lo que la gente critica como romántico está más cerca de la verdad de lo que se supone generalmente; porque, si bien las generosas ideas de la juventud se ven a menudo oscurecidas por las sórdidas perspectivas que ofrece la vida, eso apenas prueba que sean falsas.

—Está bien, pero si ves que sus ideas son como es debido, fortalécaselas, ¿quieres?, y confírmalas siempre que puedas; yo también tuve ideas románticas... No quiero decir que me queje de mi suerte, porque estoy completamente segura de que no... pero...

—Te comprendo —dije—, te conformas, pero no te gustaría que tu hermana sufriera lo mismo que tú.

—No... o más. Ella podría sufrir mucho más que yo; porque yo estoy realmente contenta, Helen, aunque no puedas creerlo: te juro que no miento si te digo que no cambiaría a mi marido por ningún hombre, aunque pudiera hacerlo con la misma facilidad con que arranco esta hoja.

—Está bien, te creo. Ahora que lo tienes, no lo cambiarías por ningún otro, pero cambiarías de buena gana algunas de sus cualidades por las de hombres mejores.

—Sí, de la misma manera que cambiaría algunas de mis propias cualidades

por las de otras mujeres; porque ni él ni yo somos perfectos, y deseo su perfección tanto como la mía. Él se corregirá, ¿no crees, Helen? No tiene más que veintiséis años.

—Puede hacerlo —contesté.

—Lo hará, lo hará —repitió ella.

—Perdona la escasa fuerza de mi conformidad, Milicent. No me gustaría por nada del mundo desalentar tus esperanzas, pero las mías se han visto decepcionadas tan a menudo, que me he vuelto tan incrédula en mis expectativas como la más aburrida de las octogenarias.

—¿Y, sin embargo, aún esperas... incluso en lo que se refiere al señor Huntingdon?

—Sí, lo confieso, «incluso» con respecto a él; porque parece como si la vida y la esperanza debieran acabar al mismo tiempo. ¿Y es mucho peor que el señor Hattersley, Milicent?

—Bueno, si quieres que te dé mi opinión sincera, creo que no se los puede comparar. Pero no deberías ofenderte, Helen, porque sabes que siempre digo lo que pienso, y tú puedes hacerlo también; no me importará.

—No estoy ofendida, querida; y mi opinión es que, si se los comparara, la diferencia, fundamentalmente, sería a favor de Hattersley.

La buena de Milicent se dio cuenta de lo que me costaba reconocer esto y, siguiendo un impulso infantil, expresó su compasión besándome repentinamente en la mejilla, sin decir una palabra, y luego, alejándose rápidamente, cogió en brazos a su niña y ocultó su rostro en el vestido de ésta. ¡Qué extraño es que lloremos tan a menudo los unos por las desgracias de los otros, cuando no derramamos ni una lágrima por las nuestras! Su corazón estaba bastante lleno de penas propias, pero se desbordó ante la idea de las mías. Yo también derramé lágrimas a la vista de sus compasivos sentimientos, aunque no había llorado por mí misma desde hacía muchas semanas.

Sin embargo, la satisfacción de Milicent por su elección no era del todo fingida. Ella ama de verdad a su marido y es demasiado cierto que éste no tiene nada que envidiar al mío. O bien se controla mejor en sus excesos, o bien, debido a su constitución más fuerte y dura, aquéllos producen un efecto mucho menos perjudicial en él; porque nunca acaba en un estado cercano a la imbecilidad y en su caso el peor efecto de una noche de vicio es un ligero aumento de la irascibilidad o, en otras ocasiones, un período de tétrica ferocidad a la mañana siguiente. No hay nada de esa apariencia deprimente, perdida... esa displicencia, esa consunción innoble, que deja exhausto a uno con verdadera vergüenza para el transgresor. Y, sin embargo, no era éste el

caso de Arthur antes; ahora puede aguantar menos de lo que aguantaba cuando tenía la edad de Hattersley; y si éste no se reforma, su capacidad de aguante puede venirse abajo igualmente cuando haya abusado de ella durante el mismo tiempo. Le lleva cinco años de ventaja a su amigo y sus vicios no le dominan todavía: no lo envuelven hasta el punto de haberse convertido en una parte de sí mismo. Parecen una prenda que le sienta holgada, como una capa de la que podría prescindir cuando quisiera... Pero ¿durante cuánto tiempo más podrá elegir? Aunque criatura sensual y de pasiones, indiferente a los deberes y privilegios superiores de los seres inteligentes, no es voluptuoso: prefiere los entretenimientos animales más activos y vigorizantes a los de tipo enervante y de relajación. No convierte en una ciencia la satisfacción de sus apetitos, ni en el caso de los placeres de la mesa ni en ningún otro; come de buena gana lo que le ponen delante sin degradarse con ese abandono al paladar y la vista: esa particularidad indecorosa en la aprobación o desaprobación que es tan odiosa de presenciar en las personas que estimamos. Arthur, me temo, se entregaría al lujo como el supremo bien y podría en último término sucumbir a los excesos más groseros, si no fuera por miedo a embotar irremediablemente sus apetitos y destruir su capacidad de disfrute futuro. Creo que, en cuanto a Hattersley, rufián torpe como él es, hay todavía base razonable para la esperanza; y... lejos de mi intención culpar a la pobre Milicent de los delitos de su marido, pero creo que si ella tuviera el valor o la voluntad de decir lo que piensa sobre aquéllos y mantuviera sus puntos de vista con decisión, habría más posibilidades de que él se contuviera y probablemente la trataría mejor y la amaría más, en definitiva. He llegado a esta conclusión, en parte por lo que él mismo me dijo no hace muchos días... Me propongo darle a ella algún pequeño consejo a la primera oportunidad; pero aún dudo, porque me doy cuenta de que su predisposición y sus ideas no son favorables y si mis consejos no fueran beneficiosos, causarían más perjuicio porque la harían más infeliz.

Era un día lluvioso de la semana pasada. La mayoría de los invitados mataban el tiempo en el salón del billar, pero Milicent y yo estábamos con el pequeño Arthur y con Helen en la biblioteca, con nuestros libros, nuestros niños, y la una con la otra, nos disponíamos a pasar una agradable mañana. De esta forma instaladas, no llevábamos recluidas más de dos horas, sin embargo, cuando entró el señor Hattersley, atraído, supongo, por la voz de su hija, pues le tiene un extraordinario cariño, así como ella a él.

Traía el olor de las cuadras, donde se había recreado con la compañía de sus semejantes, los caballos, desde la hora del desayuno. Pero eso no le importó a mi pequeña tocaya: tan pronto como la colosal figura de su padre oscureció el umbral de la puerta, dejó escapar un agudo chillido de placer y, apartándose de su madre, corrió haciendo aspavientos hacia él. Equilibrando su rumbo con los brazos extendidos y, abrazándose a sus rodillas, echó la

cabeza hacia atrás y le dedicó una sonrisa. Bien podía él mirar sonriente aquellos rasgos pequeños, bellos, radiantes de júbilo e inocencia, aquellos ojos azules, claros y brillantes, y aquel pelo rubio y suave que se desparramaba sobre el pequeño cuello marfileño y los hombros. ¿No pensaba él lo indigno que era de semejante pertenencia? Me temo que tal idea no le pasó por la cabeza. La cogió en brazos y luego siguieron unos minutos de juegos bruscos, durante los cuales es difícil decir quién de los dos, padre o hija, se reía y gritaba más alto. Finalmente, la turbulenta diversión terminó... de repente, como era de esperar: la pequeña se había hecho daño y empezó a llorar. El rudo compañero de juego la depositó en el regazo de su madre, rogándole que «la compusiera». Tan feliz por volver a aquella dulce consoladora como lo había sido al abandonarla, la niña se iluminó en sus brazos y enmudeció en seguida; hundiendo su cabeza en su pecho se quedó dormida.

Entretanto, el señor Hattersley se acercó a grandes zancadas a la chimenea, e interpuso su corpulencia entre nosotras y ésta, con los brazos en jarras, el pecho henchido, y mirándolo todo como si la casa y sus pertenencias fueran de su indiscutible propiedad.

—¡Maldito tiempo éste! —comenzó—. Me parece que no podremos ir a cazar hoy.

Luego, levantando repentinamente la voz, nos obsequió con unos versos de una alegre canción, que, como terminaban bruscamente, acabó silbando. Luego siguió hablando:

—Por cierto, señora Huntingdon, ¡qué estupenda caballada tiene su marido! No muy grande, pero es buena. ¡He estado examinando los ejemplares un poco esta mañana y le aseguro que Black Bess, Brey Tom y ese potro, Nimrod, son los mejores animales que he visto en mucho tiempo! —Luego siguió un examen minucioso de sus méritos, seguido de una descripción de las grandes cosas que pensaba hacer en las competiciones ecuestres, cuando su viejo padre creyera oportuno abandonar la escena—. No es que yo quiera que cierre sus cuentas —añadió—; por mí el viejo troyano puede tener los libros abiertos todo el tiempo que quiera.

—Eso espero, de verdad, señor Hattersley.

—¡Oh, sí! Sólo es mi forma de hablar. El hecho ha de ocurrir en algún momento, así que contemplo su lado más alegre. Eso es lo indicado, ¿verdad, señora H.? A propósito, ¿qué están haciendo las dos aquí? ¿Dónde está lady Lowborough?

—En el salón de billar.

—¡Qué criatura más espléndida! —continuó, mirando fijamente a su mujer, que cambió de color y pareció cada vez más desconcertada conforme él

hablaba—. ¡Qué figura más noble tiene y qué magníficos ojos negros! ¡Qué espíritu y qué lengua, también, cuando le gusta usarla! ¡La adoro! Pero no te inquietes, Milicent: ¡no la tomaría por esposa, aunque tuviera por dote un reino! Me satisface más la que tengo. ¡Vamos a ver! ¿Por qué estás tan enfurruñada? ¿No me crees?

—Sí, te creo —murmuró ella en tono de resignación medio triste, medio hosco, al tiempo que volvía a pasar la mano por el pelo de la pequeña que dormía, a la que había tendido sobre el sofá que había a su lado.

—Bueno, entonces, ¿te pone eso de tan mal humor? Ven aquí, Milly, y dime por qué no puede satisfacerte mi seguridad.

Ella se acercó y, poniendo su pequeña mano en el brazo de él, le miró y dijo en voz baja:

—¿Adónde nos lleva esto, Ralph? Sólo a este punto: que aunque admiras mucho a Annabella, por cualidades que yo no poseo, sin embargo prefieres tenerme a mí por esposa, lo que prueba simplemente que no crees necesario amar a tu esposa; te das por satisfecho con que ella pueda ocuparse de tu casa y cuidar a tu hija. Pero no estoy malhumorada; sólo estoy triste, porque —añadió con una voz más baja y trémula, retirando su mano del brazo de él y fijando los ojos en la alfombra— si no me amas, no me amas, y eso no tiene remedio.

—Muy cierto; pero ¿quién te ha dicho que no te amo? ¿Dije que amaba a Annabella?

—Dijiste que la adorabas.

—Es cierto, pero adoración no es amor. Adoro a Annabella, pero no la amo; y yo te amo, Milicent, pero no te adoro.

Como prueba de su afecto, agarró un puñado de sus rizos color castaño claro y pareció retorcerlos despiadadamente.

—¿De verdad, Ralph? —murmuró ella, con una débil sonrisa destellando entre sus lágrimas y acercando su mano a la suya, que él cogió con demasiada rudeza.

—Desde luego que sí —respondió él—, sólo que a veces me molestas bastante.

—¡Te molesto! —gritó ella, verdaderamente sorprendida.

—Sí, tú, pero sólo por tu excesiva bondad. Cuando un muchacho se ha pasado el día comiendo uvas pasas y ciruelas, desea un zumo de naranja agrio para variar. ¿No has observado nunca, Milly, la arena de la orilla del mar? ¡Qué agradable y suave parece, qué blanda y acariciadora se siente bajo los

pies! Pero si uno arrastra los pies durante media hora por esta suave y blanda alfombra (que se hunde bajo los pies, cediendo más cuanto más aprieta uno), acaba encontrándola fatigosa y desea poner los pies sobre una buena y firme roca que no se moverá una pulgada, tanto si uno se pone sobre ella, como si camina o salta; y aunque fuera dura como una piedra de molino, uno encontrará más cómodo pasear por ella a pesar de todo.

—Sé lo que quieres decir, Ralph —dijo Milicent, mientras jugaba nerviosamente con la correa de su reloj y recorría el contorno de la figura que había en la alfombrilla con la punta de su diminuto pie—. Sé lo que quieres decir, pero yo creía que te gustaba siempre que me sometiera; y ahora no puedo cambiar.

—Me gusta de verdad —replicó, atrayéndola hacia él y tirándole de nuevo del pelo—. No debes tener en cuenta mis palabras. Un hombre debe tener algo de que quejarse; y si no puede lamentarse de que su mujer le acose sin cesar con su perversidad y mal humor, debe lamentarse de que le agote con su cariño y amabilidad.

—Pero ¿por qué lamentarse en absoluto, a no ser que estés cansado e insatisfecho?

—Para excusar mis propias debilidades, desde luego. ¿Crees que estaría dispuesto a soportar toda la carga de mis pecados sobre mis hombros, mientras haya otra persona dispuesta a ayudarme y que no tiene ninguno propio con que cargar?

—No existe una persona semejante sobre la tierra —dijo ella gravemente; y luego, quitando la mano de él de su cabeza, la besó con una expresión de auténtica devoción y se precipitó hacia la puerta.

—¿Qué pasa ahora? —dijo él—. ¿Adónde vas?

—A arreglarme el pelo —contestó ella, sonriendo por entre sus desordenados cabellos—; me has despeinado.

—¡Vete, entonces! Una excelente mujercita —observó cuando ella hubo salido—, pero con una cabeza demasiado blanda. Casi se deshace en las manos de uno. Sé positivamente que a veces la maltrato cuando he bebido demasiado, pero no puedo evitarlo, porque ella nunca se queja, ni en el momento ni después. Supongo que no le importa.

—Puedo aclararle las ideas en esa cuestión, señor Hattersley —dijo—: a ella sí le importa; y también le importan todavía más algunas otras cosas, de las que usted, sin embargo, no sabe nada porque nunca la ha oído quejarse.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se queja delante de usted? —inquirió él, con una repentina chispa de furia lista para estallar en una llama si yo contestaba «sí».

—No —respondí—, pero la conozco desde hace más tiempo que usted y la he observado más detenidamente de lo que usted ha hecho. Y puedo decirle, señor Hattersley, que Milicent le ama más de lo que usted se merece, y que está en su poder hacerla muy feliz, en lugar de lo cual usted es su espíritu del mal, y, me aventuraré a decir que no pasa un día sin causarle algún daño, que usted podría ahorrarle si quisiera.

—Bueno, no es culpa mía —dijo, mirando con indiferencia el techo y hundiendo sus manos en los bolsillos del pantalón—; si mi forma de ser no se acomoda a la suya, debería decírmelo.

—¿No es ella exactamente la esposa que usted deseaba? ¿No le dijo usted al señor Huntingdon que debía tener una que se sometiera a todo sin un murmullo, que nunca le reprochara nada, hiciera lo que hiciera?

—Es cierto, pero no tendríamos que tener siempre lo que deseamos: echa a perder lo mejor que hay en nosotros, ¿verdad? ¿Cómo puedo dejar de hacer el villano cuando veo que para ella es lo mismo que yo me comporte como un cristiano o como un canalla, que es como la naturaleza me ha hecho? ¿Y cómo puedo evitar atormentarla cuando ella es tan incitantemente dócil y mansa, cuando se tiende a mis pies como un perro de aguas y nunca suelta ni un gemido para darme a entender que ya basta?

—Admito que si usted es un tirano por naturaleza, la tentación es fuerte; pero ningún espíritu generoso encuentra placer en oprimir al débil, sino más bien en darle ánimos y protegerle.

—Yo no la oprimo; pero es tan condenadamente aburrido estar siempre dando ánimos y protegiendo...; y luego ¿cómo puedo decir que la tiranizo cuando «desaparece y no da señales de vida»? A veces pienso que no siente nada en absoluto; y entonces sigo hasta que llora... y eso me satisface.

—Entonces, ¿se complace verdaderamente en oprimirla?

—¡No, se lo aseguro! Sólo cuando estoy de mal humor, o de un humor especialmente bueno y deseo causar dolor por el placer de consolar después; o cuando ella parece abatida y deseo que se estremezca un poco. A veces me provoca llorando por nada, sin querer decirme qué le pasa; y entonces, lo admito, eso me enfurece de una manera insufrible, sobre todo cuando pierdo el control de mí mismo.

—Como sin duda es generalmente el caso en ocasiones semejantes —dije—. Pero en el futuro, señor Hattersley, cuando la vea abatida, o llorando por «nada» (como usted dice), atribúyasele a usted mismo: esté seguro de que es algo que ha hecho usted mal, o su mala conducta general, lo que le causa dolor.

—No lo creo. Si fuera así me lo diría. No me gusta esa manera de abatirse y angustiarse en silencio, sin decir nada; no es justa. ¿Cómo puede ella esperar que corrija mis maneras a ese precio?

—Quizá cree que usted tiene más juicio del que posee, y se ilusiona con la esperanza de que algún día vea sus propios errores y los corrija, si lo deja a su propia reflexión.

—Puede ahorrarse sus burlas, señora Huntingdon. Tengo juicio suficiente para ver que no siempre me comporto adecuadamente; pero a veces pienso que eso no importa mucho, mientras no haga daño a nadie salvo a mí mismo...

—Es un asunto muy importante —le interrumpí— tanto para usted (como lo descubrirá más adelante a su costa) como para todos los que le rodean, sobre todo su esposa. Sin embargo, es una tontería hablar de no hacer daño más que a usted mismo; es imposible que se cause usted daño (especialmente por actos semejantes a los que aludimos) sin causarlo también a cientos, cuando no a miles, de personas en mayor o menor grado, tanto por el mal que causa como por el bien que deja de hacer.

—Estaba diciendo —continuó él—, o habría dicho si no me hubiera quitado la palabra, que a veces pienso que mi comportamiento sería mejor si estuviera unido a una persona que me llamara la atención siempre que estuviera equivocado, y me diera un motivo para hacer el bien y evitar el mal mostrándome decididamente su aprobación para el primero y su rechazo del segundo.

—Si no contara usted más que con la aprobación de su prójimo, eso serviría de poco.

—Bien, pero si tuviera una compañera que no fuera siempre sumisa y buena, sino que tuviera espíritu para pararme los pies de vez en cuando y decirme honradamente en todo momento lo que piensa, una como usted, por ejemplo... Ahora bien, le juro que si yo continuara con usted como lo hago con ella cuando estoy en Londres, me acaloraría demasiado para contenerme.

—Se equivoca conmigo: no soy una fiera.

—Bueno, mejor que sea así, porque no puedo soportar que me contraríen, y me gusta hacer mi voluntad tanto como a cualquier otro; únicamente creo que hacerlo demasiado no es bueno para ningún hombre.

—Yo nunca le contradeciría sin una razón, pero esté seguro de que siempre le haría saber lo que pensara de su conducta; y si me oprimiera en cuerpo, espíritu o rango, no tendría razones para suponer que «a mí no me importaba».

—Ya lo sé, señora mía; y creo que si mi mujer hiciera lo mismo, sería mejor para los dos.

—Se lo diré.

—No, no, déjela hacer a ella; hay mucho que decir por ambas partes. Y ahora que lo pienso, Huntingdon se queja a menudo de que no se parezca usted un poco más a ella... Ese canalla..., pero ve usted, después de todo, no puede hacer que cambie: es diez veces peor que yo. Estoy seguro de que le tiene miedo..., es decir, se porta muy bien cuando está usted delante, pero...

—Me pregunto entonces qué hace cuando se comporta mal —no pude dejar de decir.

—Si quiere que le diga la verdad, es realmente malo, ¿verdad, Hargrave? —dijo, dirigiéndose al hombre que había entrado en la habitación sin que yo me diera cuenta, pues estaba junto a la chimenea, de espaldas a la puerta—. ¿No es Huntingdon —continuó— un réprobo...?

—Su mujer no permitirá que se le censure impunemente —respondió el señor Hargrave, adelantándose—; pero debo decir que doy gracias a Dios por no ser como él.

—Quizá sería más apropiado —dije— que se viera como es y dijera: «Dios tenga compasión de un pecador como yo».

—Es usted severa —replicó el señor Hargrave, inclinándose ligeramente e irguiéndose luego con expresión orgullosa y ofendida. Hattersley se rió y le dio una palmada en el hombro. Separándose de él con un gesto de dignidad agraviada, el señor Hargrave se trasladó al otro lado de la alfombra.

—¿No es una vergüenza, señora Huntingdon? —dijo, alzando la voz, su cuñado—. Golpeé a Walter Hargrave cuando estaba borracho la segunda noche después de llegar, y desde entonces me trata con frialdad, aunque le pedí perdón a la mañana siguiente de haberlo hecho.

—La manera de pedírmelo —replicó el otro— y la claridad con que recordabas todo el incidente, me demostraron que no estabas tan borracho como para no darte cuenta de lo que estabas haciendo y no responsabilizarte totalmente de la afrenta.

—Pretendías interponerte entre mi mujer y yo —gruñó Hattersley— y eso es bastante para provocar a cualquier hombre.

—¿Lo encuentras justificado, entonces? —dijo su oponente, lanzándole una mirada llena de rencor.

—No, te aseguro que no lo habría hecho si no estuviera bajo una fuerte emoción; y si insistes en encontrarlo malicioso después de todo lo que he dicho para disculparme, hazlo si quieres, ¡y vete al infierno!

—Por lo menos yo no emplearía un lenguaje semejante en presencia de

una dama —dijo el señor Hargrave, ocultando su ira bajo una máscara de disgusto.

—¿Qué he dicho? —respondió Hattersley—. Sólo la verdad. «Se condenará si no perdona las ofensas de su hermano», ¿verdad, señora Huntingdon?

—Usted debería perdonarle, señor Hargrave, puesto que se lo pide —dije.

—¿Lo cree así? ¡Entonces lo haré!

Sonriendo casi con franqueza, dio unos pasos y ofreció su mano. Su cuñado la estrechó inmediatamente y la reconciliación, en apariencia, fue cordial por ambas partes.

—La afrenta —continuó Hargrave, volviéndose hacia mí— debió la mitad de su gravedad al hecho de haber sido infligida en su presencia; y puesto que usted me ruega que la perdone, lo haré, y la olvidaré también.

—Creo que la mejor satisfacción que puedo ofrecer es retirarme —murmuró Hattersley con una amplia sonrisa. Su amigo sonrió, y él abandonó la habitación. Esto me puso en guardia. El señor Hargrave se volvió seriamente hacia mí y dijo con aire grave:

—Querida señora Huntingdon, ¡cómo he deseado y temido este momento! No se alarme —añadió al ver que mi rostro enrojecía de ira—. No voy a ofenderla con ninguna petición o queja inútil. No voy a tomarme la libertad de molestarla con la mención de mis sentimientos o de sus perfecciones, pero tengo algo que revelarle y que debería usted saber, lo cual, no obstante, me duele indeciblemente...

—¡Entonces no se atormenta revelándolo!

—Pero es importante...

—Si es así, lo oiré inmediatamente, sobre todo si se trata de una mala noticia, como parece usted considerarla. En este momento tenía intención de llevar los niños a la niñera.

—¿No puede usted llamar para que vengan a por ellos?

—No, quiero hacer un poco de ejercicio subiendo hasta el último piso de la casa. Vamos, Arthur.

—Pero ¿volverá?

—De momento, no; no me espere.

—Entonces, ¿cuándo podré verla de nuevo?

—En el almuerzo —dije, poniéndome en camino con la pequeña Helen en

un brazo y llevando a Arthur de la mano.

Él se volvió murmurando alguna frase de censura impaciente, o de queja, en la que «cruel» fue la única palabra que pude entender.

—¿Qué tontería es ésta, señor Hargrave? —exclamé, deteniéndome en el umbral de la puerta—. ¿Qué quiere usted decir?

—Oh, nada... No creí que pudiera oír mi monólogo. Pero el hecho es, señora Huntingdon, que tengo que hacer una revelación (tan dolorosa para mí como para usted) y deseo que me conceda unos minutos de atención en privado en el momento y lugar que usted quiera acordar. No se lo pido por un motivo egoísta, ni por una causa que pueda alarmar su sobrehumana pureza; por tanto no tiene necesidad de matarme con esa mirada dé desdén frío y cruel. Conozco muy bien los sentimientos con los que se mira a los portadores de malas noticias...

—¿Cuáles son esos asombrosos secretos? —dije, interrumpiéndole con impaciencia—. Si es algo de verdadera importancia, dígallo en tres palabras antes de que me vaya.

—No puedo decirlo en tres palabras. Deje marchar a los niños y quédese conmigo.

—No; guárdese las malas noticias. Sé que es algo que no deseo oír y algo que me molestaría que me dijera.

—Lo ha adivinado demasiado bien, me temo; no obstante, desde que lo sé, creo que mi deber es revelárselo.

—Oh, ahórrenos la pena, y le eximiré de su deber. Usted se ha ofrecido a decírmelo; yo me he negado a oírlo: no le culparé de mi ignorancia.

—Está bien..., no se lo diré. ¡Pero si el golpe, cuando llegue, la coge desprevenida, recuerde que deseé amortiguarlo!

Le dejé. Estaba decidida a que sus palabras no me alarmaran. ¿Qué podía él, entre todos los hombres, revelarme que fuera tan importante como para que yo lo supiera? Seguro que era algún cuento exagerado sobre mi infortunado marido al que él quería sacarle el mayor partido para apoyar sus malas intenciones.

6. — No ha vuelto a hacer alusión a su trascendental misterio desde entonces, y no he visto razón alguna para arrepentirme de no haber querido oírlo. El temido golpe no ha caído todavía sobre mí, y no lo temo demasiado. Hasta ahora no tengo queja de Arthur: lleva más de una semana sin hacer ningún exceso y toda la semana pasada ha sido tan comedido en la mesa que percibo una notable diferencia en su aspecto y su carácter. ¿Puedo atreverme a esperar que siga siendo así?

CAPÍTULO XXXIII

DOS VELADAS

7. — Sí, ¡puedo confiar! Esta noche he oído a Grimsby y Hattersley quejarse de la inhospitalidad de su anfitrión. No sabían que yo me hallaba cerca, porque dio la casualidad de que estaba detrás de la cortina de la ventana, observando la salida de la luna por encima de la masa de altos, oscuros olmos situados más abajo del prado, preguntándome por qué Arthur estaba tan sentimental como para estar solo, apoyado contra una columna del porche, al parecer mirándola también.

—Me parece que ya no va a haber más alegres orgías en esta casa —dijo el señor Hattersley—. Sabía que su compañerismo no duraría mucho. Pero —añadió, riéndose— no esperaba que terminara de esta manera. Más bien creí que nuestra bonita anfitriona erizaría sus púas de puercoespín, y nos amenazaría con echarnos de la casa si no corregíamos nuestros modales.

—¿No previste esto entonces? —respondió Grimsby con una risa ahogada—. Pero él cambiará otra vez cuando se harte de ella. Si volvemos aquí dentro de un año o dos, lo haremos todo a nuestra manera, ya verás.

—No lo sé —respondió el otro—. Ella no es de esa clase de mujeres de las que te cansas en seguida; sea como fuere, el caso es que es diabólicamente irritante que no podamos divertirnos porque él ha decidido portarse bien.

—¡La culpa la tienen esas condenadas mujeres! —murmuró Grimsby—. ¡Son realmente el azote del mundo! Crean problemas y molestias por dondequiera que van, con sus caras falsas, bellas, y sus lenguas mentirosas.

En este punto salí de mi escondite y, sonriendo al señor Grimsby al pasar delante de él, abandoné la habitación y salí en busca de Arthur. Había visto que se dirigía a los matorrales, le seguí en esa dirección y le alcancé justo cuando se internaba en el umbroso sendero. Me sentía tan alegre, tan rebosante de cariño, que salté sobre él y le rodeé con mis brazos. Este inesperado abrazo tuvo un curioso efecto sobre él. Primero murmuró: «¡Cielos, querida!» y correspondió a mi abrazo con otro tan cariñoso como en otros tiempos, y luego se sobresaltó y, en un tono de absoluto terror, exclamó:

—¡Helen! ¿Qué demonios es esto? —Y vi, por la débil luz que se filtraba a través de los densos árboles, que había palidecido de la impresión.

¡Qué extraño que el impulso instintivo del cariño fuera la primera reacción, y luego siguiera la impresión de la sorpresa! Esto demuestra que el cariño es

auténtico: todavía no se ha cansado de mí.

—Te he sorprendido, Arthur —dije, riendo en mi alborozo—. ¡Qué nervioso estás!

—¿Por qué demonios lo has hecho? —gritó él, con bastante impertinencia, y librándose de mis brazos se pasó el pañuelo por la frente—. ¡Vuelve, Helen, vuelve inmediatamente a la casa! ¡Vas a morirte de frío!

—No me iré hasta que te haya dicho por qué he venido. Los demás te maldicen por tu temperancia y sobriedad, y he venido a darte las gracias por ello. Dicen que la culpa la tienen «esas condenadas mujeres», y que somos el azote del mundo; pero no permitas que se rían ni te echen en cara tus buenos propósitos, o tu cariño por mí.

Él se rió. Le estreché en mis brazos de nuevo y grité sin poder contener las lágrimas:

—¡Persevera! ¡Y te amaré más de lo que te he amado nunca!

—Está bien, está bien, lo haré —dijo, besándome apresuradamente—. Y ahora vete. Estás loca, criatura. ¿Cómo has podido salir con ese traje tan ligero en una noche de otoño?

—Es una noche gloriosa —dije.

—Es una noche que te llevará a la tumba como sigas aquí. ¡Corre, vamos!

—¿Ves mi muerte entre estos árboles, Arthur? —dije, porque miraba atentamente hacia los arbustos, como si la viera venir, y me costaba irme, en mi reencontrada felicidad y el renacimiento de mi esperanza y mi amor. Pero mi demora le puso furioso; así que le besé y volví corriendo a la casa.

Estuve de un humor excelente toda la noche. Milicent me dijo que yo era el alma de la reunión y me murmuró al oído que nunca me había visto tan radiante. Desde luego hablé por veinte y les sonreí a todos. Grimsby, Hattersley, Hargrave, lady Lowborough, todos compartieron mi fraternal bondad. Grimsby me miraba con la boca abierta, sorprendido; Hattersley se reía y bromeaba (a pesar del poco vino que se vio obligado a beber), pero se portó tan bien como supo; Hargrave y Annabella, por diferentes motivos y de distintas maneras, me imitaron, y sin duda los dos me superaron, el primero con su versatilidad discursiva y su elocuencia, la segunda en audacia y animación por lo menos. Milicent, encantada de ver a su marido, su hermano, y a su sobreestimada amiga en tan buena armonía, estaba animada y alegre también, a su manera. Hasta lord Lowborough se contagió del buen humor general: los ojos oscuros, verdosos, brillaban bajo sus melancólicas cejas; su sombrío semblante se embelleció con las sonrisas; todas las señales de abatimiento y orgullo o fría reserva habían desaparecido; nos dejó atónitos a

todos, no sólo por su jovialidad y animación generales, sino por sus ocurrencias esporádicas, verdaderamente ingeniosas y brillantes. Arthur no habló mucho, pero se rió y escuchó a los demás, y estuvo de muy buen humor, aunque no acalorado por el vino. Así, entre todos, celebramos una fiesta muy alegre, inocente y entretenida.

9. — Ayer, cuando Rachel vino a vestirme para la cena, me di cuenta de que había estado llorando. Quise saber la razón, pero parecía reacia a contármelo. ¿Se encontraba mal? No. ¿Había tenido malas noticias de sus amigos? No. ¿La había mortificado alguno de los criados?

—¡Oh, no, señora! —contestó—. No es por mí.

—¿Entonces qué es, Rachel? ¿Has estado leyendo novelas?

—¡Cielos, no! —dijo con un triste movimiento de cabeza; luego suspiró y continuó—: Pero si quiere que le diga la verdad, señora, no me gusta la manera de comportarse del señor.

—¿Qué quieres decir, Rachel? Su conducta es intachable estos días.

—Bueno, señora, si usted lo cree así, está bien.

Y siguió arreglándome el pelo con premura, en lugar de hacerlo con calma, como era su costumbre, murmurando medio para sí misma que era realmente un cabello hermoso. Cuando terminó, lo acarició, y me dio unos suaves golpecitos en la cabeza.

—¿Esos golpecitos de afecto van destinados a mi pelo? —dije, volviéndome, risueña, hacia ella; pero había una lágrima en sus ojos.

—Pero ¿qué te ocurre, Rachel? —exclamé.

—No lo sé, señora, pero si...

—Pero si ¿qué?

—Pues, si yo fuera usted no permitiría que lady Lowborough permaneciera en la casa ni un minuto más... ¡ni uno solo!

Me quedé como fulminada por un rayo; pero antes de que pudiera recuperarme de la impresión lo suficiente para pedir una explicación, Milicent entró en mi habitación, como hace frecuentemente cuando se viste antes que yo y se quedó conmigo hasta que fue hora de bajar. Debí de encontrarme una compañera muy huraña esta vez, porque las últimas palabras de Rachel sonaban en mis oídos. No obstante, esperaba —confiaba— que no tuvieran más fundamento que ciertos rumores vanos de los criados, deducidos de lo que habían observado en la conducta de lady Lowborough en el último mes, o, quizá, de algo que había pasado entre su señor y ella en la anterior visita de ésta. Durante la cena observé de cerca a los dos y no vi nada extraordinario en

la conducta de ninguno de ellos, nada destinado a levantar sospechas, salvo en mentes desconfiadas, lo que no era la mía; por tanto no quise sospechar.

Casi inmediatamente después de cenar, Annabella salió fuera con su marido para disfrutar con él de un paseo a la luz de la luna, pues era una noche espléndida como la anterior. El señor Hargrave entró en el salón un poco antes que los demás, y me propuso jugar una partida de ajedrez. Lo hizo sin esa triste, aunque altiva, modestia con la que suele dirigirse a mí, salvo cuando está alterado por el vino. Le miré la cara para ver si era ése el caso ahora. Me miró con firmeza: había algo en él que no comprendí, pero parecía bastante sereno. No deseando comprometerme con él, le dije que jugara con Milicent.

—Es una mala jugadora —dijo—. Quiero medir mi ingenio con el suyo. ¡Vamos! No me diga que le molesta dejar su labor. Sé que nunca la coge, salvo cuando no puede hacer nada mejor, para pasar el rato.

—Pero los jugadores de ajedrez son tan huraños... —objeté—; no se hacen compañía más que a sí mismos.

—Aquí no está más que Milicent, y ella...

—¡Oh, me encantará verlos jugar! —gritó nuestra mutua amiga—. ¡Con semejantes jugadores será todo un placer! Me pregunto quién ganará.

Acepté.

—Está bien, señora Huntingdon —dijo Hargrave, mientras colocaba las piezas sobre el tablero, hablando con seguridad y con un énfasis peculiar, como si diera a todas sus palabras un doble significado—, usted es una buena jugadora, pero yo soy mejor; será una partida larga y usted me la hará difícil, pero puedo ser tan paciente como usted, y, al final, estoy seguro de que ganaré.

Fijó sus ojos en mí con una expresión que no me gustó: aguda, descarada, insolente; ya medio victoriosa por el éxito anticipado.

—¡Espero que no, señor Hargrave! —repliqué con una vehemencia que debió sorprender, por lo menos, a Milicent; pero él se limitó a sonreír y murmuró:

—¡El tiempo lo dirá!

Nos pusimos a jugar: él, bastante interesado en el juego, pero tranquilo y sin miedo por el convencimiento de su agudeza superior; yo, inquieta por decepcionar sus expectativas, porque consideraba aquélla una contienda más seria que un juego —como imaginaba que él también—, y sentía un miedo casi supersticioso a ser vencida. En cualquier caso, no podía soportar la idea de que el presente acontecimiento añadiera un título más a su poder consciente (su autosuficiencia insolente, debería decir), o fomentara lo más mínimo su sueño de conquista. Su juego era cauteloso y profundo, pero yo me defendí

muy bien. Durante cierto tiempo la partida estuvo indecisa; al final, para gran alegría mía, la victoria parecía inclinarse de mi lado: le había comido varias de sus piezas más valiosas y desbaratado sus proyectos. Él se llevó la mano a la frente y se detuvo un momento, evidentemente perplejo. Yo me regocijaba con mi ventaja, pero no me atrevía a cantar victoria todavía. Por fin, alzó la cabeza y, haciendo tranquilamente su movimiento, me miró y dijo con serenidad:

—Bien, usted cree que va a ganar, ¿verdad?

—Eso espero —respondí, comiendo el peón que él había puesto en la diagonal de mi alfil con una expresión tan indiferente que creí que había sido un error; pero no era muy generoso, dadas las circunstancias, llamarle la atención sobre ello, y demasiado incauto, en aquel momento, prever las consecuencias de mi movimiento.

—Son esos álfiles lo que me inquieta —dijo—; pero el intrépido caballo puede asaltar al arrojado caballero —comiéndome el último alfil con su caballo—; y, ahora, una vez desaparecidas esas peligrosas piezas, triunfaré.

—¡Oh, Walter, cómo puedes decir eso! —gritó Milicent—. A ella le quedan todavía bastantes más piezas que a ti.

—Todavía tengo la intención de ponerle en un aprieto —dije—; y quizá, señor, se vea usted derrotado antes de que pueda evitarlo. Mire su reina.

La partida se complicó. Fue un juego largo, y le puse en aprietos, pero él era mejor jugador que yo.

—¡Qué jugadores más inteligentes! —exclamó el señor Hattersley, que había entrado en la habitación y llevaba cierto tiempo observándonos—. ¡Pero, señora Huntingdon, le tiembla la mano como si se lo jugara todo en esta partida! Y Walter, perro, ¡pareces tan frío y tranquilo como si estuvieras seguro de que vas a ganar, y tan astuto y cruel como si fueras a chuparle la sangre! Pero si yo estuviera en tu lugar, no la derrotaría de puro miedo: te odiará si lo haces... ¡por Dios, que lo hará! Lo veo en sus ojos.

—Cállese, ¿quiere? —dije. Su conversación me irritaba, pues mi posición en el tablero era muy mala. Tras unos cuantos movimientos, me quedé inextricablemente enmarañada en la trampa de mi adversario.

—¡Jaque —gritó él; busqué con angustia algún medio de escapar—. ¡Mate! —añadió tranquilamente, aunque con evidente placer. Había demorado la pronunciación de las dos últimas sílabas para saborear mejor mi consternación.

Me quedé estúpidamente desconcertada. Hattersley se rió y Milicent se quedó preocupada al verme tan nerviosa.

Hargrave me cogió la mano que descansaba sobre el tablero y,

presionándola firme y cariñosamente, murmuró:

—¡Vencida, vencida! —Y me miró con una expresión en la que la exultación se mezclaba con una pasión y una ternura que la hacían más insultante.

—¡No, nunca, señor Hargrave! —exclamé, retirando rápidamente mi mano.

—¿Lo niega? —respondió él, señalando el tablero con una sonrisa.

—No, no —respondí, dándome cuenta de lo extraña que podía parecer mi actitud—, me ha vencido en esta partida.

—¿Quiere jugar otra, entonces?

—No.

—¿Reconoce usted mi superioridad?

—Sí, como jugador de ajedrez.

Me levanté para coger mi labor.

—¿Dónde está Annabella? —preguntó Hargrave con expresión seria, después de echar un vistazo por la habitación.

—Salió con lord Lowborough —contesté, pues él me miraba esperando una respuesta.

—¡Y todavía no ha vuelto! —dijo, gravemente.

—Supongo que no.

—¿Dónde está Huntingdon? —mirando a su alrededor otra vez.

—Salió con Grimsby, como sabes —dijo Hattersley, reprimiendo una carcajada, que soltó cuando concluyó la frase.

¿Por qué se rió? ¿Por qué Hargrave los relacionó de aquella manera? ¿Era cierto, entonces? ¿Y era aquél el horroroso secreto que había deseado revelarme? Debía saberlo y pronto. Me levanté inmediatamente y salí de la habitación en busca de Rachel, para pedirle una explicación por sus palabras. Pero Hargrave me siguió hasta la antecámara y, antes de que pudiera abrir la puerta, puso suavemente la mano en la cerradura.

—¿Puedo decirle una cosa, señora Huntingdon? —dijo en un tono modesto, con la mirada baja.

—Si es algo que merece la pena oírse... —respondí, luchando por mantener la compostura, pues me temblaba todo el cuerpo.

Con amabilidad me acercó una silla. Yo simplemente apoyé una mano en

su respaldo y le rogué que continuara.

—No se alarme —dijo—. Lo que quiero decirle no significa nada por si mismo, y dejaré que saque usted sus propias conclusiones. ¿Ha dicho usted que Annabella no ha vuelto todavía?

—Sí, sí... ¡Siga! —dije, impaciente, pues temía que mi serenidad forzada me abandonara antes de que él me hiciera la revelación, cualquiera que fuera.

—¿Y ha oído —continuó— que el señor Huntingdon ha salido con Grimsby?

—¿Bien?

—Oí a este último decirle a su marido, o al menos al hombre se que se considera...

—¡Acabe de una vez, señor!

Hizo una inclinación de cabeza y siguió:

—Le oí decir: «¡Me las arreglaré, ya verás! Pasearán por la orillas; les saldré al encuentro allí y le diré a él que quiero hablarle de ciertas cosas con las que no tenemos por qué aburrir a la dama; y ella dirá que puede volver paseando a la casa. Entonces pediré disculpas, ya sabes, y todo eso, y le haré una señal a ella para que tome el camino de los matorrales. Yo le entretendré a él hablando de esos asuntos que mencioné, y de todo lo que se me ocurra, todo el tiempo que pueda, y luego le llevaré por el otro lado, parándome a contemplar los árboles, los campos, y todo de lo que se me ocurra decir algo».

El señor Hargrave hizo una pausa y me miró.

Sin decir una sola palabra ni hacer más preguntas, salí disparada de la habitación y luego de la casa. No podía soportar el tormento de la incertidumbre. No estaba dispuesta a sospechar en falso de mi marido por la acusación de aquel hombre, ni a creerle indignamente. Debía saber la verdad de una vez. Volé en dirección a los matorrales. Apenas había llegado a ellos cuando unas voces detuvieron mi carrera y mi aliento.

—Llevamos demasiado tiempo; él habrá vuelto ya —dijo la voz de lady Lowborough.

—Seguro que no, cariño —fue su respuesta—; pero puedes correr por el prado, y luego entrar todo lo compuesta que puedas; te seguiré poco después.

Las rodillas me temblaban; mi cerebro flotaba y giraba: estaba a punto de desmayarme. Ella no debía verme así. Me escondí entre los arbustos y me apoyé en un árbol para dejarla pasar.

—¡Ah, Huntingdon! —decía ella con aire de reproche, parándose donde yo

había estado con él la noche anterior—. ¡Fue aquí donde besaste a esa mujer!

Miró hacia atrás, hacia la oscuridad frondosa. Avanzando hasta allí, Arthur contestó con una risa indiferente:

—Bueno, cariño, no pude evitarlo. Ya sabes que debo portarme bien con ella mientras pueda. ¿No te he visto acaso besar al bobo de tu marido una veintena de veces? ¿Y me he quejado alguna vez?

—Pero dime, ¿no la amas un poquito todavía? —dijo ella, colocándole una mano en el brazo y mirándole con ansiedad; porque podía verlos con toda claridad, a la luz brillante de la luna llena, desde detrás de las ramas del árbol que me ocultaba.

—¡Te juro por lo más sagrado que no! —respondió él, besando su encendida mejilla.

—¡Dios mío, debería haberme ido! —dijo ella. Se separó bruscamente de él y se fue a toda prisa. Y ahí le tenía, delante de mí; pero no me sentía con fuerzas para enfrentarme en aquel momento. Tenía la lengua pegada al velo del paladar, estaba clavada en el suelo y casi me asombraba de que él no oyera los latidos de mi corazón por encima del suave suspirar del viento y el vacilante crujido de las hojas que caían. Parecía que los sentidos iban a fallarme, pero vi su oscura forma pasar delante de mí y, a través del zumbido que sonaba en mis oídos, le oí decir mientras miraba hacia el prado:

—¡Allá va la loca! ¡Corre, Annabella, corre! ¡Vamos, entra! ¡Ah, él no la ha visto! ¡Perfecto, Grimsby, reténle!

Y hasta su risa baja llegó hasta mí mientras se alejaba.

—¡Ayúdame, Dios mío! —murmuré, arrodillándome entre la húmeda maleza y los matorrales que me rodeaban, mirando el cielo iluminado por la luna a través del escaso follaje. Todo parecía oscuro y trémulo a mi empañada mirada. Mi ardiente, estallante corazón luchaba por volcar su agonía en Dios, pero no podía dar forma de oración a su angustia, hasta que una ráfaga de aire sopló sobre mí, la cual, al tiempo que esparcía las hojas muertas como esperanzas marchitas, refrescó mi mente y pareció reanimar un poco mi entumecido cuerpo. Luego, mientras elevaba mi alma en una súplica muda, grave, un flujo celestial pareció fortalecerme por dentro: respiré más aliviada; mi visión se aclaró; vi nítidamente brillar la limpia luna, y las ligeras nubes rozar el cielo limpio, oscuro; luego vi centellear las estrellas eternas; supe que su Dios era el mío, que Él era poderoso y estaba dispuesto a escuchar. «Nunca te abandonaré, ni te desampararé», parecía susurrar desde más arriba de sus miles de órbitas. No, no; sentí que Él no me dejaría sin consuelo: ¡a pesar del infierno y de la tierra, yo tendría fuerza para superar todas mis pruebas, y conquistaría filialmente un glorioso descanso!

Aliviada, confortada, aunque no tranquilizada, me levanté y volví a la casa. Debo confesar que gran parte de mi renacida fuerza y valor me abandonó cuando entré en ella y cerré la puerta al viento refrescante y el esplendoroso cielo. Todo lo que veía y oía parecía causar dolor a mi corazón: el vestíbulo, la lámpara, el hueco de la escalera, las puertas de los diferentes cuartos, el sonido social de las risas y la charla que provenían del salón. ¡Cómo iba a soportar mi vida futura! En esta casa, entre toda aquella gente... ¡O cómo iba a ser capaz de vivir! En aquel momento entró John en el vestíbulo y, al verme, me dijo que le habían mandado a buscarme, añadiendo que había llevado el té y que el señor deseaba saber si iba a tomarlo.

—Pregúntele a la señora Hattersley si es tan amable de hacer ella el té, John —dije—. Diga que no me encuentro bien esta noche y que deseo que me disculpen.

Me dirigí al comedor inmenso, vacío, en donde todo era silencio y oscuridad, sólo por oír el dulce suspiro del viento que soplaba fuera y ver el débil resplandor de la luz de la luna que atravesaba las persianas y las cortinas. Y allí di vueltas rápidamente de un lado a otro, sumida en mis amargos pensamientos. ¡Qué distinta era esta noche de la de ayer! La noche anterior, parecía, había sido el último resplandor agonizante de la felicidad de mi vida. ¡Qué pobre y ciega estúpida fui al ser tan feliz! Ahora podía comprender el extraño recibimiento que me había hecho Arthur entre los arbustos; la explosión de afecto estaba destinada a su amante; el sobrecogimiento de horror, a su esposa. Ahora, también, podía entender mejor la conversación entre Hattersley y Grimsby; no cabía duda de que hablaban de su amor por ella, no por mí.

Oí que se abría la puerta del salón; oí un ruido ligero y rápido de pasos que provenía de la antecámara, cruzaba el vestíbulo y ascendía las escaleras. Era Milicent, la pobre Milicent, que iba a ver cómo estaba yo; nadie más se preocupaba por mí; seguía siendo buena conmigo. No había derramado lágrimas hasta ese momento, pero entonces corrieron por mi rostro rápidas y libres. De esta forma, me hizo bien sin acercarse a mí. Infructuosa su búsqueda, bajó las escaleras más lentamente que cuando las había subido. ¿Entraría y me encontraría? No, se dirigió en la dirección opuesta y volvió a entrar en el salón. Me sentí más aliviada, pues no sabía cómo enfrentarme a ella o qué decirle. No deseaba confidente en mi aflicción. No merecía ninguno y no deseaba ninguno. Había tomado la carga sobre mí misma; que me dejaran soportarla sola.

Como se acercaba la hora habitual de retirarse, me sequé los ojos, y traté de aclarar mi voz y calmar mi espíritu. Debía ver a Arthur esa noche y hablar con él; pero lo haría serenamente: no le haría una escena, nada de lo que jactarse o lamentarse ante sus amigos, nada de lo que reírse con su amada.

Cuando los invitados se retiraban a sus alcobas abrí suavemente la puerta, y cuando él pasó le hice una seña para que entrara.

—¿Qué te ocurre, Helen? —dijo—. ¿Por qué no pudiste venir a hacer el té? ¿Y por qué demonios estás aquí, en la oscuridad? ¿Qué te pasa, mujer? ¡Pareces un fantasma! —continuó, examinándome a la luz de su vela.

—No te importa —contesté—; no parece que tengas ningún interés por mí; y yo ya no tengo ninguno por ti.

—¡San... to cielo! ¿Qué demonios es esto? —dijo entre dientes.

—Mañana te dejaré —continuó—. Y nunca volveré bajo este techo, salvo para venir a por mi hijo. —Hice una pausa para serenar mi tono de voz.

—Por todos los demonios, Helen, ¿qué es esto? —gritó—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Lo sabes perfectamente. No perdamos el tiempo en explicaciones inútiles, pero dime...

Juro vehementemente que no sabía de lo que le hablaba, e insistió en oír qué venenosa vieja había estado manchando su nombre y qué infames mentiras había sido yo lo bastante estúpida para creer.

—Ahórrate la molestia de caer en el perjurio y devanarte los sesos para ahogar la verdad con la mentira —repliqué con frialdad—. No he confiado en el testimonio de una tercera persona. Estaba entre los matorrales esta noche, y vi y oí por mí misma.

Esto fue suficiente. Dejó escapar por lo bajo una exclamación de espanto y desaliento, y murmurando: «¡Ahora lo entiendo!», colocó la vela en el asiento de la silla más cercana y, apoyando su espalda contra la pared, me miró con los brazos cruzados, desafiante.

—Bueno, ¿y qué? —dijo con la serena insolencia de la desvergüenza mezclada con la desesperación.

—Sólo esto —repliqué—: ¿dejarás que me lleve a nuestro hijo y lo que queda de mi fortuna y que me vaya?

—Irte ¿adónde?

—A cualquier parte, a donde esté a salvo de tu influencia perjudicial, y en donde me vea libre de tu presencia, y tú de la mía.

—No.

—¿Dejarás entonces que me quede con el niño, sin el dinero?

—No, ni dejaré que te vayas sin el niño. ¿Crees que voy a permitir ser el

objeto de las habladurías de todo el país por culpa de tus fastidiosos caprichos?

—Entonces debo quedarme aquí para ser odiada y despreciada. Pero de aquí en adelante somos marido y mujer sólo de nombre.

—Muy bien.

—Soy la madre de tu hijo y tu ama de casa, nada más. Así que ya no tienes por qué molestarte en fingir el amor que no puedes sentir. No te pediré más caricias cobardes, ni tampoco las ofreceré ni las toleraré. ¡No seré engañada con la cáscara hueca de la ternura conyugal, cuando has dado su sustancia a otra!

—Muy bien, si lo prefieres. Ya veremos quién se cansa primero, mi dama.

—Si me canso, será de vivir contigo en el mundo: no de vivir sin la mofa de tu amor. Cuando te canses de tus hábitos pecaminosos, y te muestres verdaderamente arrepentido, te perdonaré, y quizá intente amarte otra vez, aunque eso será muy difícil.

—Uf, y entretanto, ¿irás a hablarle de mí a la señora Hargrave, y le escribirás largas cartas a la tía Maxwell quejándote del maligno miserable con el que te has casado?

—No me lamentaré ante nadie. Hasta aquí me ha costado mucho ocultar tus vicios a todas las miradas y adornarte con virtudes que nunca poseíste; pero ahora debes mirarte a ti mismo.

Le dejé murmurando groserías para sí, y subí las escaleras.

—Está usted enferma, señora —dijo Rachel examinándome con profunda ansiedad.

—De verdad lo estoy, Rachel —dije, contestando más a sus tristes miradas que a sus palabras.

—Lo sabía, pues de lo contrario no habría mencionado una cosa semejante.

—Pero no te preocupes —dije, besando su pálida y arrugada mejilla—. Puedo soportarlo mejor de lo que imaginas.

—Sí, usted siempre fue muy «paciente». Pero si yo fuera usted no lo soportaría: ¡lo dejaría salir, lo gritaría bien alto! Y lo diría bien claro, ya lo creo... Le haría saber lo que...

—Ya he hablado —dije—; he dicho bastante.

—Entonces yo lloraría —insistió ella—. No tendría esa cara tan pálida, ni tendría un aspecto tan sereno. Mi corazón estallaría con eso dentro.

—He llorado —dije, sonriendo, a pesar de mi tristeza—; y ahora estoy serena, de verdad, así que no me inquietes, ama: no hablemos más de ello y no se lo digas a los criados. Ahora puedes irte. Buenas noches; y no alteres tu descanso por mí: dormiré bien... si puedo.

A pesar de esta resolución, encontré mi cama tan insoportable que, antes de las dos de la madrugada, me levanté y, a la luz de la vela que todavía ardía, me acerqué al escritorio y me senté en bata a referir los acontecimientos de la noche pasada. Era mejor ocuparse en algo que estar echada en la cama torturando mi cerebro con los recuerdos del lejano pasado y las anticipaciones del pavoroso futuro. He encontrado alivio describiendo las mismas circunstancias que han destruido mi paz, así como los detalles pequeños y triviales referentes a su descubrimiento. El sueño no podría, esta noche, haber hecho tanto por aclarar mis ideas y prepararme para enfrentarme a las ocupaciones del día... eso creo, por lo menos; y, sin embargo, cuando dejo de escribir, me encuentro con que la cabeza me duele terriblemente; y cuando me miro en el espejo me sorprende de mi apariencia ojerosa y cansada.

Rachel ha venido a vestirme y dice que se da cuenta de que he pasado una mala noche. Milicent sólo ha asomado la cabeza para preguntarme cómo me encontraba. Le dije que estaba mejor pero, para justificar mi aspecto, admití que no había descansado mucho por la noche. ¡Me gustaría que este día se hubiera acabado! Me estremezco ante la idea de bajar a desayunar. ¿Cómo me enfrentaré a ellos? No obstante, permítaseme recordar que no soy yo la culpable: no tengo razón alguna para tener miedo; y si ellos me menosprecian como la víctima de su culpa, yo puedo compadecer su estupidez y despreciar su menosprecio.

CAPÍTULO XXXIV

OCULTAMIENTO

Noche. — El desayuno transcurrió bien; mantuve la calma y frialdad durante todo el tiempo. Contesté sin alterarme todas las preguntas referentes a mi salud; y todo lo que parecía inhabitual en mi aspecto o en mis modales fue en general atribuido a la ligera indisposición que me había obligado a retirarme antes de tiempo la noche anterior. Pero ¿cómo voy a remontar los diez o doce días que deben transcurrir todavía antes de que se vayan? Además, ¿por qué demoran tanto su partida? Y cuando se hayan ido, ¿cómo aguantaré los meses y los años de mi futura vida en compañía de este hombre, mi mayor enemigo? Porque nadie podría herirme como él lo ha hecho. ¡Oh!, cuando pienso lo profunda y estúpidamente que le he amado, de qué manera tan loca

he confiado en él, con qué constancia he trabajado, estudiado, rezado y luchado por su bien; y con qué crueldad ha pisoteado mi amor, traicionado mi confianza, menospreciado mis ruegos y mis lágrimas, y mis esfuerzos por protegerle; ha aplastado mis esperanzas, destruido los mejores sentimientos de mi juventud y me ha condenado a una vida de miseria sin esperanza —hasta el punto de que puede hacerlo un hombre—... ¡LE ODIO! La palabra me mira fijamente como una confesión culpable, pero es verdad: le odio... ¡le odio! ¡Dios tenga compasión de su miserable alma!, y le haga ver y sentir su culpa... ¡No pido otra venganza! Conque pudiera comprender plenamente y sentir de verdad mis males, me consideraría vengada, y podría perdonarlo todo espontáneamente; pero está tan perdido, tan endurecido en su cruel depravación, que creo que en esta vida nunca lo hará. Pero es inútil seguir con este tema: permítaseme una vez disipar la reflexión en los pequeños detalles de los acontecimientos.

El señor Hargrave me ha fastidiado todo el día con su cortesía seria, compasiva y (eso cree él) discreta. Si fuera más discreta me molestaría menos, porque entonces podría desairarle; pero se esfuerza tanto por parecer realmente preocupado y amable, que no puedo hacerlo sin rudeza y una aparente ingratitud. A veces pienso que debería darle crédito por los buenos sentimientos que finge tan bien; pero luego pienso que mi deber es dudar de él teniendo en cuenta las peculiares circunstancias en que me encuentro. Su amabilidad puede no ser del todo fingida; no obstante, no dejemos que el puro impulso de gratitud hacia él haga que me olvide de mí misma; baste recordar la partida de ajedrez, las expresiones que utilizó con ese motivo, y aquellas indescriptibles miradas suyas, que tan justamente provocaron mi indignación, y creo que estaré bastante a salvo. He hecho bien en fijarlas en mi memoria tan detalladamente.

Creo que desea una oportunidad de hablarme a solas: me ha parecido que ha estado al acecho todo el día, pero me he encargado de frustrar sus planes. No es que tema algo que pueda decir, pero ya tengo bastantes preocupaciones sin necesidad de añadir sus insolentes consuelos, condolencias o cualquier otra cosa que pueda intentar; por el bien de Milicent, no deseo enfadarme con él. Se excusó de ir a cazar con los demás caballeros por la mañana con el pretexto de que tenía cartas que escribir; y en lugar de retirarse a la biblioteca a hacerlo, ordenó que le llevaran su cartera al salón, en donde yo estaba sentada en compañía de Milicent y lady Lowborough. Ellas habían reemprendido su labor; yo, menos para distraer mi mente que para evitar la conversación, me había provisto de un libro. Milicent se dio cuenta de que deseaba que no me molestaran, así que me dejó en paz. Annabella, sin duda, se dio cuenta también; pero ésa no era razón para refrenar su lengua o reprimir su alegría; así que se puso a charlar, dirigiéndose casi exclusivamente a mí y, con la mayor seguridad y familiaridad, se fue animando progresivamente a medida

que más frías y cortas se iban haciendo mis respuestas. El señor Hargrave reparó en que yo apenas podía soportarlo y levantando la mirada de su tablero, contestó en mi lugar, siempre que pudo, sus preguntas y observaciones e intentó que sus atenciones sociales se desviaran de mí a él; pero fue en vano. Quizá ella creyó que yo tenía jaqueca y no podía aguantar una conversación; en cualquier caso, vio que su locuaz vivacidad me molestaba, como pude observar por la maligna pertinencia con que insistía. Pero lo impedí eficazmente, poniendo en su mano el libro que yo había intentado leer, en cuya guarda había escrito de forma apresurada:

«Conozco demasiado bien tu carácter y tu conducta para sentir por ti una verdadera amistad y, como no poseo tu talento para la simulación, no puedo dar la impresión de tenerlo. Debo, por tanto, rogarte que de aquí en adelante cese todo intercambio familiar entre nosotras, y si todavía continúo tratándote con educación, como si fueras una mujer digna de consideración y respeto, comprende que se debe a la consideración que me merecen los sentimientos de tu prima Milicent, no los tuyos».

Después de leerlo con atención, se puso roja y se mordió un labio. Arrancando con discreción la hoja, la arrugó y la echó al luego; luego se dedicó sin prisa a pasar las páginas del libro, y, real o aparentemente, a leer su contenido. Poco después Milicent anunció su intención de dirigirse al cuarto de los niños y me preguntó si quería acompañarla.

—Annabella nos excusará —dijo—; está ocupada leyendo.

—No —gritó Annabella, alzando la vista repentinamente y tirando el libro sobre la mesa—; quiero hablar con Helen un minuto. Puedes irte, Milicent; ella te seguirá poco después. (Milicent se fue). ¿Me haces el favor, Helen? —continuó ella.

Su desvergüenza me dejó asombrada; pero accedí y la seguí hasta la biblioteca. Cerró la puerta y se acercó a la chimenea.

—¿Quién te dijo eso? —preguntó.

—Nadie; soy capaz de ver por mí misma.

—¡Ah, eres desconfiada! —gritó, sonriendo con un brillo de esperanza en los ojos. Hasta ese momento había habido una especie de desesperación en su osadía; ahora se sentía evidentemente aliviada.

—Si fuera desconfiada —repliqué—, habría descubierto tu infamia mucho antes. No, lady Lowborough, no baso mi acusación en la sospecha.

—¿En qué la basas, entonces? —dijo, dejándose caer sobre un sillón y estirando los pies hasta el guardafuegos de la chimenea, en un visible esfuerzo por parecer tranquila.

—Me gusta tanto pasear a la luz de la luna como a ti —respondí, fijando mis ojos en ella—; y da la casualidad de que los matorrales son uno de mis lugares favoritos.

Se volvió a ruborizar sobremanera y se quedó callada, apretándose un dedo con los dientes y mirando fijamente el fuego. Yo me complací en mirarla unos segundos con un sentimiento de malévola satisfacción; luego, encaminándome hacia la puerta, le pregunté tranquilamente si tenía algo más que decir.

—¡Sí, sí! —gritó con avidez, levantándose con precipitación—. Quiero saber si vas a decírselo a lord Lowborough.

—Supón que lo hago.

—Bueno, si estás dispuesta a airear el asunto, no puedo disuadirte, desde luego; pero si lo haces se producirá un terrible escándalo, y si no, creeré que eres la más generosa de los mortales; y si hay algo en el mundo que pueda hacer por ti... como... —Dudaba.

—Algo como renunciar a tu culpable relación con mi marido, supongo que quieres decir.

Se quedo callada por unos instantes, con una expresión de desconcierto y perplejidad mezclada con una furia que no se atrevía a mostrar.

—No puedo renunciar a lo que me es más precioso que la vida —murmuró en voz baja. Luego, alzó la cabeza repentinamente y fijo sus brillantes ojos en mí, para continuar, muy seria—: Pero Helen... o señora Huntingdon, o como quiera que desees que te llame... ¿se lo dirás a él? Si eres generosa, he aquí una oportunidad espléndida para que ejercites tu magnanimidad; si eres orgullosa, aquí estoy yo, tu rival, dispuesta a reconocerte deudora de un acto de la más noble indulgencia.

—No se lo diré.

—¡No se lo dirás! —gritó ella, encantada—. ¡Acepta entonces mi agradecimiento más sincero!

Dio un brinco y me ofreció su mano. Yo retrocedí.

—No me lo agradezcas; no es por tu propio bien por lo que no voy a hacerlo. Tampoco es ningún acto de indulgencia: no deseo hacer pública tu deshonra. Lamentaría afligir a tu marido haciéndosela saber.

—¿Y a Milicent? ¿Se lo dirás?

—No, todo lo contrario: haré todo lo posible por ocultárselo. ¡Por nada del mundo querría que conociera la infamia y la deshonra de su prima!

—Utiliza usted palabras muy duras, señora Huntingdon... pero puedo

perdonarla.

—Y, ahora, lady Lowborough —continuó—, déjeme aconsejarle que abandone esta casa lo antes posible. Debe comprender que su presencia aquí es demasiado desagradable para mí..., y no porque le guste al señor Huntingdon —dijo, observando el comienzo de una maliciosa sonrisa en su rostro—. Por lo que a mí se refiere, puede usted acogerle en sus brazos, si le gusta; pero es penoso tener que disfrazar siempre mis verdaderos sentimientos respecto a usted, y esforzarme por mantener una apariencia de cortesía y respeto en favor de alguien que no me merece la más ligera sombra de estima; y si usted permanece aquí, su conducta posiblemente no podrá pasar inadvertida mucho más tiempo para las dos únicas personas que no la conocen todavía. Y por el bien de su marido, Annabella, e incluso por el suyo mismo, deseo... le aconsejo seriamente y le ruego que interrumpa en seguida esta ilícita relación, y que vuelva a sus deberes mientras pueda, antes de que las horrosas consecuencias...

—Sí, sí, desde luego —dijo ella, interrumpiéndome con un gesto de impaciencia—; pero no puedo irme, Helen, antes de la fecha fijada para nuestra partida. ¿Qué pretexto podría inventar para hacer una cosa semejante? Tanto si propongo volver yo sola (cosa que Lowborough no aceptaría) como irme con él, el hecho en sí mismo levantaría sin duda sospechas... Además nuestra visita está a punto de terminar... nos iremos dentro de algo más de una semana... ¡Estoy segura de que podrás soportar mi presencia durante este tiempo! No volveré a molestarte con ninguna de mis amistosas impertinencias.

—Está bien, no tengo nada más que decirte.

—¿Le has mencionado este asunto a Huntingdon? —preguntó, cuando yo estaba a punto de salir de la habitación.

—¡Cómo te atreves a mencionarme su nombre! —fue mi respuesta.

Desde entonces no hemos intercambiado más palabras que las que requieren las buenas costumbres y la pura necesidad.

CAPÍTULO XXXV

PROVOCACIONES

19. — En la medida en que lady Lowborough se da cuenta de que no tiene nada que temer de mí, y cuanto más se acerca la fecha de la partida, más audaz e insolente se vuelve. No se priva de hablarle a mi marido con afectuosa familiaridad en mi presencia, cuando nadie más está cerca, y le gusta

especialmente demostrar su interés por su salud y bienestar, o por todo lo que se refiere a él, como si tratara de hacer evidente el contraste entre su generosa solicitud y mi fría indiferencia. Y él la recompensa con semejantes sonrisas y miradas, semejantes palabras susurradas al oído, o descaradas insinuaciones indicativas de la bondad de ella y de mi abandono, que hacen que el color me suba al rostro a mi pesar; porque sería absolutamente indiferente a todo ello —sorda y ciega a cuanto pasa entre ambos— desde el momento en que cuanto más sensible me muestro a su malignidad, más se regocija ella por su victoria y más se jacta él de que le amo ardientemente todavía, a pesar de mi pretendida indiferencia. En esos momentos me he visto sorprendida a veces por una sutil, perversa sugestión que me incita a hacerle ver lo contrario animando en apariencia a Hargrave en sus avances; pero semejantes ideas son desechadas de inmediato con horror y vergüenza; ¡y entonces le odio diez veces más por haberme conducido a esto! ¡Dios me perdone por ello y por todos mis pecaminosos pensamientos! En lugar de humillarme y purificarme en mis aflicciones, siento que están amargando mi carácter. Esto debe de ser tanto culpa mía como de ellos, que me hacen daño. Ningún verdadero cristiano podría alimentar tan amargos sentimientos como yo lo hago contra él y contra ella, sobre todo contra ella: siento que a él todavía podría perdonarle —de manera espontánea, sin esfuerzo—, a la menor señal de arrepentimiento; pero por esa mujer... no hay palabras que puedan expresar mi aborrecimiento. La razón lo prohíbe, pero la pasión me empuja con fuerza y debo rezar y luchar para no someterme a ella.

Me alivia pensar que se va mañana, porque no podría soportar su presencia ni un día más. Esta mañana se levantó antes de lo habitual. La encontré sola en la estancia cuando bajé a desayunar.

—¡Oh, Helen! ¿Eres tú? —exclamó, volviéndose hacia mí cuando entré.

Hice un involuntario ademán de retroceder al verla, ante el cual dejó escapar una risita y observó:

—Creo que las dos nos hemos llevado un chasco.

Me adelanté y me ocupé de las cosas del desayuno.

—Éste es el último día que abuso de tu hospitalidad —dijo, al tiempo que se sentaba a la mesa—. ¡Ah, aquí viene alguien que no se alegrará por ello! —murmuró medio para sí misma, cuando Arthur entró en la habitación.

Él le estrechó la mano y le deseó buenos días; luego, mirando cariñosamente su rostro y reteniendo todavía su mano, susurró con patetismo:

—¡El último... el último día!

—Sí —dijo ella con cierta aspereza—, y me he levantado temprano para

disfrutar al máximo de él. Llevo aquí sola media hora, y tú, perezoso...

—Bueno, yo también creí que era temprano —dijo él—, pero —bajando el tono hasta convertirlo en un murmullo—, como puedes ver, no estamos solos.

—Nunca lo estamos —replicó ella. Pero era como si estuvieran solos, pues en ese momento yo me hallaba junto a la ventana, observando las nubes y tratando de reprimir mi ira.

Intercambiaron algunas palabras más, que, afortunadamente, no alcancé a oír; pero Annabella tuvo la osadía de ponerse a mi lado, posar incluso una mano sobre mi hombro y decir dulcemente:

—No tienes por qué aborrecerme, Helen, puesto que le amo más de lo que nunca le habrás amado tú.

Esto me puso fuera de mí. Le cogí la mano y la aparté violentamente, con una expresión de rencor e indignación irreprimible. Sorprendida, casi horrorizada, por esta repentina reacción, se retiró en silencio. Habría dado rienda suelta a mi furia, y habría dicho más, pero la risa solapada de Arthur me retuvo. No llegué a pronunciar del todo la invectiva que tenía pensada y me volví con desprecio, lamentando haberle proporcionado tanto entretenimiento. Todavía se reía cuando hizo su aparición el señor Hargrave. No sé cuánto presencié la escena, porque la puerta estaba entreabierta cuando entró. Saludó a su anfitrión y a su prima fríamente, y a mí con una mirada que intentaba expresar la más profunda simpatía mezclada con una gran admiración y estima.

—¿Cuánta lealtad debe usted a ese hombre? —me preguntó en voz baja, cuando se colocó a mi lado ante la ventana, fingiendo hacer observaciones sobre el tiempo.

—Ninguna —respondí. E inmediatamente, volviendo a la mesa, me ocupé de preparar el té. Él me siguió, y habría iniciado alguna clase de conversación conmigo, pero los demás huéspedes empezaron a entrar en ese momento y no me ocupé más de él, salvo para darle su café.

Después del desayuno, decidida a pasar el menor tiempo posible en compañía de lady Lowborough, me oculté de los invitados y me retiré tranquilamente a la biblioteca. El señor Hargrave me siguió poco después, con el pretexto de ir en busca de un libro; volviéndose hacia los estantes seleccionó un volumen; luego, serena, aunque en absoluto tímidamente, se acercó a mí y se quedó de pie, apoyando la mano en el respaldo de mi silla.

—¿Se considera usted entonces libre, por fin? —dijo, dulcemente.

—Sí —respondí, sin moverme, ni levantar los ojos del libro—, libre para hacer cualquier cosa menos ofender a Dios y a mi conciencia.

Se produjo un corto silencio.

—Muy acertado —dijo él—, suponiendo que su conciencia no sea demasiado morbosamente delicada y sus ideas sobre Dios no demasiado erróneamente severas; ¿puede usted creer que ofendería a ese Ser benevolente haciendo feliz a alguien que estaría dispuesto a morir por su felicidad, alzando un corazón devoto por encima de tormentos expiatorios hasta un estado de sublime bienaventuranza, cuando puede usted hacerlo sin infligir el más leve daño a usted misma o a otro?

Esto lo dijo en un tono bajo, solemne, apasionado, inclinándose sobre mí. Entonces levanté la cabeza y haciendo frente firmemente a su mirada, respondí con serenidad:

—Señor Hargrave, ¿pretende usted ofenderme?

No esperaba aquello. Se quedó callado unos instantes para recuperarse de la impresión; luego, irguiéndose y quitando su mano de mi silla, respondió con una tristeza orgullosa:

—No era ésa mi intención.

Miré hacia la puerta con un ligero movimiento de cabeza y luego volví a mi libro. Él se retiró inmediatamente. Esto fue mejor que si hubiera contestado con más palabras, cediendo al colérico estado de ánimo, inspirado por mi primer impulso. ¡Qué buena cosa es ser capaz de dominar el propio temperamento! Debo procurar cultivar esta inestimable cualidad; sólo Dios sabe lo a menudo que la necesitaré en este áspero y oscuro camino que se abre ante mí.

En el curso de la mañana fui en el coche de caballos al Grove con las dos damas, para darle ocasión a Milicent de despedirse de su madre y su hermana. Éstas la convencieron de que se quedara con ellas el resto del día, y la señora Hargrave prometió que la traería de vuelta al atardecer y que se quedaría hasta que los invitados se fueran a la mañana siguiente. Por consiguiente, lady Lowborough y yo tuvimos el placer de volver tête-à-tête en el coche. Durante los dos o tres primeros kilómetros, guardamos silencio, yo mirando por mi ventanilla y ella echada en la esquina. Pero no iba a limitarme a una determinada posición por culpa de ella: cuando me cansé de estar de cara al viento frío y desapacible, examinando los setos bermejos y la enmarañada, húmeda hierba de sus márgenes, dejé de mirarlos y me recosté también. Con su habitual descaro, mi compañera hizo algunos intentos de entablar conversación; pero los monosílabos «sí», o «no», o «hum», fueron lo único que pudieron sacarme sus varias observaciones. Por fin, al pedirme mi opinión sobre algún extremo insustancial de una discusión, le contesté:

—¿Por qué quiere usted hablar conmigo, lady Lowborough? Ha de saber

ya lo que pienso de usted.

—En fin, si siente usted tanto rencor por mí —replicó— yo no puedo evitarlo; pero no pienso enfurruñarme por nadie.

Nuestro corto paseo concluía en ese momento. Tan pronto como se abrió la puerta del coche, ella saltó fuera y caminó por el parque para ir al encuentro de los caballeros, que volvían en ese momento del bosque. Naturalmente, yo no la seguí.

Pero no había acabado todavía su osadía: después de cenar me retiré al salón, como tenía por costumbre, y ella me acompañó; conmigo estaban los dos niños y les dediqué toda mi atención, y estaba decidida a ocuparme de ellos hasta que vinieran los caballeros, o hasta que Milicent llegara con su madre. La pequeña Helen, sin embargo, se cansó en seguida de jugar e insistió en ir a dormir; mientras estaba yo en el sofá con la pequeña en mis rodillas y Arthur a mi lado, jugando mansamente con el sedoso y rubio pelo de la niña, lady Lowborough vino a sentarse con despreocupación al otro lado.

—Mañana, señora Huntingdon —dijo—, se verá libre de mi presencia, lo que, sin duda, le complacerá. Es natural..., pero ¿sabe usted que le he hecho un gran favor? ¿Quiere que le diga cuál es?

—Me encantará saber cualquier favor que me haya hecho usted —dije, decidida a no perder la calma, pues sabía por el tono de su voz que deseaba provocarme.

—Está bien —continuó—. ¿No ha observado usted el saludable cambio que se ha operado en el señor Huntingdon? ¿No se ha fijado en el hombre sobrio y moderado en que se ha convertido? Usted veía con tristeza los lamentables hábitos que estaba adquiriendo, lo sé; y sé que hizo todo lo posible para librarle de ellos, aunque sin éxito, hasta que yo vine en su ayuda. Le dije en pocas palabras que no podía soportar verle degradarse de esa manera, y que dejaría de... No importa lo que le dije, pero ya ve que he conseguido reformarle; debería estarme agradecida por ello.

Me levanté y llamé para que viniera la niñera.

—Pero no quiero que me dé las gracias —siguió diciendo—; lo único que pido a cambio es que le cuide cuando me haya ido, y no le deje, por abandono y severidad, volver a sus viejas costumbres.

Yo me sentía casi enferma de cólera, pero Rachel estaba en la puerta. Le señalé los niños porque no me sentía capaz de hablar; se los llevó y yo la seguí.

—¿Lo harás, Helen? —insistió mi interlocutora.

Le dirigí una mirada que marchitó la maligna sonrisa que asomaba a su

rostro —o al menos la contuvo por un momento— y me fui. En la antecámara me encontré con el señor Hargrave. Se dio cuenta de que no tenía ganas de hablar y me dejó pasar sin pronunciar una palabra; pero cuando, después de algunos minutos de reclusión en la biblioteca, hube recuperado la serenidad y volvía para reunirme con la señora Hargrave y Milicent, a quien había oído bajar las escaleras y dirigirse al salón, le encontré allí todavía, haciendo tiempo en el apenas iluminado cuarto, evidentemente, esperándome.

—Señora Huntingdon —dijo cuando entraba—, ¿me permite un momento?

—¿De qué se trata? Sea breve, por favor.

—La ofendí esta mañana y no puedo vivir con su repulsa.

—Váyase, pues, y no vuelva a pecar —respondí, siguiendo mi camino.

—¡No, no! —dijo apresuradamente, cerrándome el paso—. Perdóneme, pero debo conseguir su perdón. Me voy mañana y puede que no vuelva a tener la oportunidad de hablarle. Me equivoqué al olvidarme de mí... y de usted, como lo hice; pero permítame rogarle que olvide y perdone mi precipitada arrogancia y que se acuerde de mí como si esas palabras no hubieran sido nunca pronunciadas; porque, créame, lamento profundarme haberlo hecho, y la pérdida de su aprecio es un castigo demasiado duro. No puedo soportarlo.

—El olvido es algo que no se compra con un deseo; y no puedo otorgar mi estima a todos los que la desean, a menos que la merezcan.

—Mi vida estará bien empleada si la empleo en merecerla, siempre que perdone usted esta ofensa. ¿Lo hará?

—Sí.

—¿Sí? Lo ha dicho con frialdad. Deme la mano y le creeré. ¿No quiere? Entonces, señora Huntingdon, ¿usted no me perdona!

—Sí... aquí la tiene, y mi perdón con ella; pero... no vuelva a pecar.

Estrechó mi mano fría con fervor sentimental, pero no dijo nada y se hizo a un lado para dejarme entrar en la habitación donde estaban ahora reunidos todos los invitados. El señor Grimsby estaba sentado cerca de la puerta; al verme entrar, seguida casi de inmediato por Hargrave, me miró de reojo con una expresión de intolerable malicia. Le miré hasta que se volvió hacia otro lado sombríamente, si no avergonzado, al menos momentáneamente confundido. Entretanto, Hattersley había cogido del brazo a Hargrave y le estaba susurrando algo al oído. Alguna burda broma, sin duda, pues este último ni se rió ni contestó, sino que, apartándose de él con un ligero mohín en los labios, se libró de su mano y se acercó a su madre, que le estaba diciendo a lord Lowborough cuántas razones tenía para sentirse orgullosa de su hijo.

Gracias a Dios, mañana se van todos.

CAPÍTULO XXXVI

DOBLE SOLEDAD

20 de diciembre de 1824. — Hoy se cumple el tercer aniversario de nuestro dichoso enlace. Ahora hace dos meses que nuestros huéspedes nos dejaron para que disfrutáramos uno de la compañía del otro. Llevo nueve semanas experimentando la nueva fase de la vida conyugal: dos personas que viven juntas como señor y señora de la casa, y padre y madre de un hermoso y alegre niño, comprendiendo los dos que no existe amor, ni amistad, ni simpatía entre ellos. En lo que depende de mí me esfuerzo por vivir apaciblemente con él: le trato con una impecable cortesía, me pliego a su conveniencia siempre que me parece razonable hacerlo, y le consulto con un aire casi profesional sobre los asuntos domésticos, condescendiendo con su placer y juicio, incluso cuando sé que este último es inferior al mío.

En cuanto a él, durante la primera o dos primeras semanas estuvo displicente y algo malhumorado, supongo que por la partida de su querida Annabella, y especialmente desagradable conmigo: todo lo que yo hacía estaba mal; era insensible, dura, insensata; mi rostro huraño y pálido era repulsivo; mi voz le hacía temblar; no sabía cómo podría pasar todo el invierno conmigo; yo le habría cortado en pedacitos. Propuse de nuevo una separación, pero no sirvió de nada: no quería ser objeto de las habladurías del vecindario; no estaba dispuesto a que dijeran que era tan bruto que su esposa no podía vivir con él; no, debía hacer lo posible por soportarme.

—Querrás decir que debo esforzarme por soportarte yo —dije—, porque mientras desempeñe mis funciones de administradora y ama de casa tan bien y concienzudamente, sin recompensa ni agradecimiento, no serás capaz de deshacerte de mí. Por tanto, me eximiré de estos deberes cuando mi cautiverio se vuelva intolerable.

Esta amenaza, pensé, serviría para mantenerle a raya, si es que algo podía hacerlo.

Creo que se llevó una gran desilusión al comprobar que yo no acusaba de manera visible sus frases ofensivas porque cuando decía algo especialmente calculado para herir mis sentimientos, me miraba a la cara escrutadoramente, y luego gruñía contra mi «marmóreo corazón», o mi «insensibilidad salvaje». Si yo hubiera llorado amargamente y lamentado la pérdida de su afecto, quizá él habría condescendido a compadecerse de mí y me habría otorgado su favor

durante un tiempo, sólo para suavizar su soledad y consolarse por la ausencia de su amada Annabella, hasta que pudiera verla de nuevo, o encontrar una sustituta más adecuada. ¡Gracias a Dios, no soy débil hasta ese punto! Antes me había cegado un cariño estúpido, fatuo, que se apegaba a él a pesar de su indignidad, pero ahora había desaparecido del todo... completamente demolido y marchitado; y esto tenía que agradecerse sólo a él y a sus vicios.

Al principio (cumpliendo los mandatos de su dulce dama, supongo), se abstuvo asombrosamente de buscar alivio a sus penas en el vino; pero al fin empezó a ceder en sus virtuosos esfuerzos, y de vez en cuando se excedía un poco, y todavía lo sigue haciendo —más aún— a veces más que un poco. Cuando está bajo el influjo de estos excesos, a veces se exalta y trata de comportarse brutalmente. Entonces yo no hago nada por reprimir mi desprecio y repulsa; cuando está bajo la depresiva influencia de las consecuencias posteriores, lamenta sus errores y sufrimientos, y me los imputa a mí; él sabe que semejantes indulgencias afectan su salud y le causan más mal que bien; pero dice que soy yo quien le conduce a ello con mi conducta antinatural, antifemenina; será finalmente su ruina, pero todo es culpa mía... y entonces me veo obligada a defenderme, a veces con amargas recriminaciones. Ésta es una clase de injusticia que no puedo sufrir con paciencia. ¿No he luchado dura y largamente para salvarle de este vicio? ¿No lucharía todavía por librarle de él, si pudiera? Pero ¿podría hacerlo adulándole y acariciándole cuando sé que me desprecia? ¿Es culpa mía haber perdido mi influencia sobre él, o que él haya perdido todo derecho a mis atenciones? ¿Debería buscar una reconciliación cuando siento que le aborrezco y que me desprecia y cuando todavía se escribe con lady Lowborough, como sé que hace? ¡No, nunca, nunca, nunca! ¡Puede beber hasta morir, pero NO es culpa mía!

No obstante pongo todavía algo de mi parte para salvarle: le doy a entender que la bebida apaga sus ojos y enrojece e hincha su rostro; que tiende a volverle imbecil de cuerpo y mente; y si Annabella le viera tan a menudo como yo, no tardaría en desencantarse; y que con toda seguridad le retirará su favor si sigue por ese camino. Esta especie de advertencias sólo me granjean malos tratos, y la verdad es que casi siento que me lo merezco, pues detesto usar semejantes argumentos, pero éstos inciden en su estupefacto corazón, le hacen detenerse, reflexionar y abstenerse, más que cualquier otra cosa que pudiera decir.

De momento, estoy disfrutando una liberación temporal de su presencia: se ha ido con Hargrave a una cacería lejana, y probablemente no estará de vuelta antes de mañana por la noche. ¡De qué manera tan diferente sentía yo antes su ausencia!

El señor Hargrave está todavía en el Grove. Él y Arthur se reúnen con frecuencia para proseguir la práctica de sus deportes rurales: él viene a

visitarnos a menudo, y con no poca frecuencia Arthur va en su busca a caballo. No creo que ninguno de estos soi-disant amigos esté henchido de amor por el otro; pero semejante relación ayuda a pasar el tiempo, y deseo ardientemente que continúe, puesto que me salva de la incómoda compañía de Arthur, y a éste le proporciona un entretenimiento mejor que la alcoholizada indulgencia de sus apetitos sensuales. La única objeción que pongo a que el señor Hargrave esté en los alrededores es que el miedo a encontrarme con él en el Grove me impide ver a su hermana tan a menudo como de otro modo haría; porque últimamente se ha comportado conmigo con una corrección tan inalterable que he olvidado casi su conducta anterior. Supongo que se está esforzando por «ganar mi estima». Si sigue actuando de esta manera puede conquistarla; pero ¿entonces qué? En el momento que intente pedir algo más, la perderá de nuevo.

10 de febrero. — Es una cosa dura y amarga que le echen a una en cara sus buenas intenciones y bondadosos sentimientos. Comenzaba a ablandarme con mi desgraciado compañero, a compadecerme de su abandonada, irremediable condición, no mitigada por el consuelo de los recursos intelectuales y el respaldo de una buena conciencia, y a pensar que debería sacrificar mi orgullo y renovar mis esfuerzos una vez más para hacerle su hogar agradable y devolverle al camino de la virtud; no con falsas declaraciones de amor, ni con un fingido remordimiento, sino suavizando mi frialdad habitual y convirtiendo mi helada cortesía en generosidad siempre que se presentara la oportunidad; y no sólo empezaba a pensar así, sino que había empezado a actuar en consecuencia. ¿Y cuál fue el resultado? Ninguna chispa de generosidad como respuesta, ningún arrepentimiento incipiente, sino un implacable mal humor y un espíritu de tiránica extorsión que aumentaba con la indulgencia, y un brillo amenazador de triunfo autocomplaciente cada vez que percibía el menor suavizamiento en mi actitud que me congelaba como el mármol otra vez, siempre que se repetía; y esta mañana remató su labor: creo que la petrificación se ha realizado de una manera tan definitiva, que nada puede conmoverme de nuevo. Entre sus cartas había una que leyó con una satisfacción poco habitual. Luego me la arrojó por encima de la mesa, con la siguiente advertencia:

¡Mira, lee eso y aprende la lección!

Era la letra grande y ostentosa de lady Lowborough. Eché una ojeada a la primera página; parecía llena de pródigos declaraciones de afecto, impetuosos anhelos de un nuevo encuentro y un impío desafío a los mandatos de Dios, y andanadas contra Su Providencia por haberle separado de su amado, condenando a los dos al odioso cautiverio de la alianza con aquellos a los que no podían amar. Él soltó una risita al ver que yo cambiaba de color. Doblé la carta, me levanté y se la devolví sin más observación que ésta:

—Gracias... ¡Aprenderé la lección!

Mi pequeño Arthur estaba de pie entre sus rodillas, jugando encantado con el brillante anillo de rubí de su dedo. Movida por un impulso repentino y acuciante, para librar a mi hijo de aquella perniciosa influencia, le cogí en brazos y salí con él de la habitación. No contento con su brusco traslado, el niño comenzó a hacer pucheros y a llorar. Ésta fue una nueva puñalada en mi ya dolorido corazón. No quise dejarle marchar, sino que, entrando en la biblioteca, cerré la puerta y me arrodillé en el suelo junto a él, le abracé, le besé, lloré sobre él con vehemente ternura. Más asustado que consolado por esto, trató de separarse de mí y llamó a gritos a su papá. Le libré de mis brazos, y nunca hubo lágrimas más amargas que aquellas que entonces le ocultaron a mis ojos ciegos, ardientes. Al oír sus gritos, el padre vino a la habitación. Me volví de inmediato para que no viera e interpretara erróneamente mi emoción. Me maldijo y se llevó al niño ya calmado.

Sería cruel que mi pequeño favorito le amara más a él que a mí; y que cuando el bienestar y la educación de mi hijo es la única razón de mi vida, viera mi influencia destruida por alguien cuyo afecto egoísta es más dañino de lo que podrían ser la más fría indiferencia o la más severa tiranía. Si, por su bien, le niego algún favor trivial, se dirige a su padre y éste, a pesar de su indolencia egoísta, es capaz incluso de sacrificarse para cumplir sus deseos; si le llevo la contraria o si le miro con seriedad por algún acto de infantil desobediencia, sabe que su otro progenitor le sonreirá y se pondrá de su lado en mi contra. De esta forma, no sólo tengo que luchar contra el espíritu del padre en el hijo, buscar y erradicar los gérmenes de sus tendencias perversas, y contrarrestar el trato y el ejemplo corruptor en su vida futura, sino que él contrarresta ya mi ardua labor en favor del progreso del niño, destruye mi influencia sobre su mente sensible y hasta me roba su mismo amor; no tengo más esperanza terrenal que ésta, y él parece disfrutar diabólicamente arrancándomela.

Pero es un error desesperar; recordaré el consejo del inspirado escritor a aquel «que teme al Señor y obedece la voz de su siervo, que está en la oscuridad y no tiene luz; ¡que confíe en el nombre del Señor, y se apoye en su Dios!».

CAPÍTULO XXXVII

OTRA VEZ EL VECINO

20 de diciembre de 1825. — Ha transcurrido otro año; estoy cansada de

esta vida. Sin embargo, no puedo desear abandonarla: cualesquiera que sean las aflicciones que aquí me asalten, no puedo desear marcharme y dejar solo a mi pequeño en este mundo oscuro y mezquino, sin un amigo que le guíe a través de sus tediosos laberintos, que le advierta de sus mil trampas y le ponga en guardia contra los peligros que le acechan por todas partes. Sé que no estoy en la disposición Adecuada para ser su única compañera, pero no hay otra que pueda ocupar mi lugar. Soy demasiado seria para contribuir a su entretenimiento y tomar parte en sus juegos infantiles tal como una madre o una niñera deberían hacer, y a menudo sus estallidos de júbilo me inquietan y alarman; veo en ellos el espíritu y el carácter de su padre y me estremecen las consecuencias; demasiado a menudo apago la inocente alegría que debería compartir. Ese padre, por el contrario, no lleva el peso de la tristeza sobre su espíritu, no es turbado por temores o escrúpulos referentes al futuro bienestar de su hijo y por las noches especialmente, que es cuando el niño le ve más y más a menudo, él se muestra particularmente jovial y franco: dispuesto a reírse y bromear con cualquier cosa o con cualquier persona —menos yo— y estoy particularmente silenciosa y triste; por tanto, naturalmente, el niño está chiflado por su aparentemente alegre, entretenido y siempre indulgente papá, y cambia en cualquier momento de buena gana mi compañía por la suya. Esto me inquieta mucho: no tanto por el afecto de mi hijo (aunque lo valoro extraordinariamente y siento que es mi derecho, y sé que he hecho mucho por ganarlo) como por esa influencia sobre él que por su propio bien lucharía por lograr y retener, y la cual su padre se complace por puro rencor en robarme; por simple egoísmo desidioso, él goza conquistándola, sirviéndose de ella nada más que para atormentarme y echar a perder al niño. Mi único consuelo es que, comparativamente, pasa poco tiempo en casa, y, durante los meses que permanece en Londres o cualquier otro sitio, tengo la oportunidad de recuperar el terreno perdido, sojuzgando con el bien el mal que él ha forjado con su premeditada indisciplina. Mas luego es una amarga experiencia ver cómo, a su vuelta, hace todo lo posible por echar por tierra mi labor y transformar a mi inocente, afectuoso, dócil pequeño en un niño egoísta, desobediente y malicioso; de esta manera prepara el terreno para esos vicios que con tanto éxito ha cultivado en su pervertida naturaleza.

Afortunadamente, ninguno de los «amigos» de Arthur fue invitado a venir a Grassdale el pasado otoño: en vez de ello, se marchó él a visitar a algunos. Quisiera que hiciera siempre lo mismo, y me gustaría que sus amigos fueran lo suficientemente numerosos y afectuosos para retenerle entre ellos todo el año. El señor Hargrave, para gran fastidio mío, no fue con él; pero creo que por fin me he desembarazado de ese caballero.

Durante siete u ocho meses se portó tan notablemente bien y fue tan hábil, además, que casi abandoné mi desconfianza, y empezaba de verdad a considerarle un amigo e incluso a tratarle como tal, con prudentes limitaciones

(que apenas juzgué necesarias) cuando, de pronto, apoyándose en mi amabilidad sin recelos, creyó que podría aventurarse a sobrepasar los límites del decoro y la moderación que le habían contenido durante tanto tiempo. El incidente tuvo lugar un agradable atardecer de finales de mayo: yo estaba paseando por el parque y él, al verme allí cuando pasaba a caballo, hizo acopio de valor para entrar y aproximarse a mí; se apeó del caballo y lo dejó a la puerta. Era la primera vez, desde que me había quedado sola, que se atrevía a irrumpir en el parque sin el salvoconducto de la compañía de su madre o de su hermana, o al menos con la excusa de ser portador de un mensaje de ellas. Pero se las arregló tan bien para parecer sereno y cortés, respetuoso y comedido en su talante amistoso, que, aunque un poco sorprendida, ni me alarmé ni me ofendí por la desacostumbrada libertad, y paseó conmigo bajo los fresnos y por la orilla del agua y habló, con una animación, buen gusto e inteligencia considerables, de muchos temas, antes de que yo empezara a pensar en desembarazarme de él. Luego, después de una pausa, durante la cual nos quedamos los dos mirando el agua tranquila y azulada (yo tratando de dar con el mejor medio de despedir a mi acompañante; él, sin duda, reflexionando sobre otras cuestiones igualmente ajenas a los amenos panoramas y sonidos de los que sólo se percataban sus sentidos), me electrizó de pronto, cuando empezó a verter, en un tono peculiar, bajo, dulce, pero perfectamente claro, las más inequívocas expresiones de grave y apasionado amor, defendiendo su causa con toda la atrevida, aunque habilidosa, elocuencia que pudo llamar en su ayuda. Pero atajé su súplica y le rechacé tan decidida y tajantemente, y con una mezcla tal de indignación despreciativa, temperada con fría, desapasionada tristeza y compasión por su mente ofuscada, que se retiró atónito, violento y humillado; pocos días después oí decir que se había marchado a Londres. Sin embargo, regresó al cabo de ocho o nueve semanas y no se mantuvo del todo apartado de mí, aunque se condujo de una manera tan singular que su aguda hermana no pudo dejar de apreciar el cambio.

—¿Qué le ha hecho a Walter, señora Huntingdon? —preguntó una mañana que había ido yo al Grove y él había abandonado la habitación después de intercambiar algunas frases de la más fría cortesía—. Ha estado tan ceremonioso y distante últimamente que no puedo imaginar la causa, a no ser que le haya ofendido usted terriblemente. Dígame de qué se trata; yo puedo ser su intermediaria y convertirlos en amigos de nuevo.

—No he hecho nada intencionadamente para ofenderle —dije—. Si está ofendido, él es quien mejor puede explicarte lo que ocurre.

—Le preguntaré —gritó la atolondrada muchacha, dando un salto y sacando la cabeza por la ventana—. Todavía está en el jardín. ¡Walter!

—¡No, no, Esther! Me disgustaría seriamente que lo hicieras y me marcharía de inmediato y no volvería en meses..., quizá años.

—¿Me llamabas, Esther? —inquirió su hermano, acercándose a la ventana.

—Sí, quería pedirte...

—Buenos días, Esther —dijo, cogiéndole la mano y apretándosela con fuerza.

—Pedirte —continuó ella— que me trajeras una rosa para la señora Huntingdon.

Él se alejó.

—Señora Huntingdon —dijo ella volviéndose hacia mí, reteniendo mi mano con fuerza todavía—, me sorprende usted... Está tan enfadada y distante y fría con él... Estoy decidida a que vuelvan a ser tan buenos amigos como siempre antes de que se vaya.

—Esther, ¿cómo puedes ser tan grosera? —gritó la señora Hargrave, que estaba sentada haciendo calceta en su butaca—. ¡Desde luego, nunca aprenderás a comportarte como una dama!

—Bueno, mamá, tú misma dijiste... —Pero la joven dama fue silenciada por el dedo alzado de su mamá, unido a un severo movimiento de cabeza.

—Parece contrariada, ¿verdad? —me susurró al oído; pero antes de que pudiera añadir mi parte de reprobación, el señor Hargrave apareció de nuevo en la ventana con una bella rosa de Jericó en la mano.

—Esther, te he traído la rosa —dijo, alargando el brazo hacia ella.

—¡Dásela tú mismo, alcornoque! —dijo su hermana, retrocediendo de un salto, dejándonos frente a frente.

—La señora Huntingdon preferiría que se la entregaras tú —replicó él, con un tono grave, pero bajando la voz para que no le oyera su madre. Su hermana cogió la rosa y me la dio.

—Con los mejores deseos de mi hermano, señora Huntingdon, el cual espera que con el tiempo usted y él se comprendan mejor. ¿Está bien así, Walter —añadió la descarada muchacha, volviéndose hacia su hermano y poniéndole el brazo alrededor cuello, mientras él seguía de pie apoyado en el antepecho de la ventana—, o debería haber dicho que lamentas haber sido tan susceptible? ¿O que esperas que ella perdone tu ofensa?

—¡Estúpida niña! No sabes de qué estás hablando —replicó él con severidad.

—Desde luego que no, ¡porque estoy sumida en las tinieblas!

—Vamos, Esther —se interpuso la señora Hargrave, quien, aunque igualmente ignorante de la razón de nuestro alejamiento, se dio cuenta de que

su hija estaba comportándose con poca educación—, ¡debo insistir en que abandone la habitación!

—No, por favor, señora Hargrave, porque me voy a ir —dije, y rápidamente me despedí.

Aproximadamente una semana después, el señor Hargrave trajo de visita a su hermana. Al principio se condujo con el aire frío, distante, altivo, medio melancólico, en definitiva ofendido, que era propio de él; pero esta vez Esther no hizo observación alguna al respecto; evidentemente, le habían llamado la atención. Habló conmigo y se rió y correteó con mi pequeño Arthur, su cariñoso y amado compañero de juegos. En cierto modo para mi disgusto, el niño se la llevó un momento de la habitación para hacer una carrera en el vestíbulo, y de ahí al jardín. Me levanté para avivar el fuego. El señor Hargrave me preguntó si tenía frío y cerró la puerta; una galantería verdaderamente inoportuna, pues al seguir con la mirada a los revoltosos me había preguntado si volverían pronto. Luego se tomó la libertad de acercarse también a la chimenea y preguntarme si sabía que el señor Huntingdon estaba ahora en la residencia de lord Lowborough, y que era probable que permaneciera allí algún tiempo.

—No, pero no importa —contesté con indiferencia; y si mis mejillas se encendieron como el fuego, se debió más a la pregunta que a la información que implicaba.

—¿No se opone a ello? —dijo.

—En absoluto, si lord Lowborough disfruta con su compañía.

—¿No siente ningún amor por él, entonces?

—Ni el más mínimo.

—Lo sabía... ¡Sabía que era usted demasiado elevada y pura por naturaleza para continuar interesándose por alguien tan corrompido y desleal, con otros sentimientos que no fueran indignación, desdén y aborrecimiento!

—¿No es su amigo? —dije, retirando mis ojos del fuego y dirigiéndolos a su rostro, quizá con una ligera pizca de aquellos sentimientos que él asignaba a otro.

—Lo era —respondió, con la misma gravedad de antes—, pero no se equivoque conmigo suponiendo que podía continuar honrando con mi amistad y estima a un hombre que es capaz de ofender y abandonar de una manera tan malvada y deshonrosa a alguien tan fundamentalmente... Bueno, no hablaré de ello. Pero, dígame, ¿nunca piensa en vengarse?

—¡Vengarme! No, ¿de qué serviría? No le haría mejor a él, ni más feliz a mí.

—No sé cómo dirigirme a usted, señora Huntingdon —dijo sonriendo—; es usted sólo en parte una mujer. Su naturaleza debe de ser en parte humana y en parte angélica. Semejante bondad me intimida; no sé qué conclusión sacar de ello.

—Entonces, señor, me temo que debe de ser usted mucho peor de lo que debiera, si yo, una simple mortal, soy, por su propia confesión, tan vastamente superior a usted; y puesto que existen tan pocas afinidades entre nosotros, creo que haríamos mejor en buscar compañeros más afines.

E Inmediatamente, me acerqué a la ventana y empecé a buscar a mi hijito y a su joven y alegre amiga.

—No, soy un simple mortal, insisto —replicó el señor Hargrave—. No puedo admitir que yo sea peor que mis semejantes; pero usted, señora (y lo mantengo con la misma firmeza)..., no hay nadie como usted. Pero ¿es feliz? —preguntó, con gravedad.

—Tan feliz como muchas otras, supongo.

—¿Es usted tan feliz como quisiera?

—Nadie es tan bienaventurado hasta ese punto, a este lado de la eternidad.

—Pero estoy seguro de una cosa —replicó él con un profundo y triste suspiro—: usted es infinitamente más feliz que yo.

—Entonces lo siento por usted —no pude evitar responder.

—¿Lo siente de verdad? No, porque si lo lamentara le gustaría aliviarme.

—Y lo haría si pudiera, sin ofenderme a mí misma ni a nadie.

—¿Y puede usted imaginarse que yo desee que se ofenda a sí misma? No, todo lo contrario, es su felicidad la que deseo más que la mía. Usted está triste ahora, señora Huntingdon —continuó mirándome descaradamente a la cara—. No se queja, pero me doy cuenta, siento, sé que está triste, y que lo seguirá estando mientras mantenga esas murallas de hielo impenetrable alrededor de su corazón todavía cálido y palpitante; y yo también estoy triste. Dígnese sonreírme y seré feliz; confíe en mí y usted también será feliz, porque si es usted una mujer puedo hacerla feliz..., ¡y lo haré a pesar de usted misma! —murmuró entre dientes—; y en cuanto a los demás, el asunto nos concierne sólo a nosotros: no puede usted ofender a su marido, lo sabe, y a nadie más le atañe esta cuestión.

—Tengo un hijo, señor Hargrave, y usted tiene una madre —dije, apartándome de la ventana, adonde me había seguido.

—No tienen necesidad de saberlo —comenzó a decir, pero antes de que ninguno de los dos dijéramos algo más, Esther y Arthur volvieron a entrar en

la habitación. La primera miró el semblante sonrojado y alterado de Walter y luego el mío, un poco sonrojado y alterado también, me atrevería a decir, aunque por razones diferentes. Debí de pensar que habíamos estado riñendo violentamente, y era evidente que estaba perpleja y conmovida por la circunstancia; pero fue demasiado educada o temía demasiado la cólera de su hermano para referirse a ello. Se sentó en el sofá y, echando hacia atrás sus brillantes y dorados bucles, que se le habían alborotado sobre el rostro, comenzó en seguida a hablar sobre el parque y su pequeño compañero de juegos, y siguió charlando con su desenvoltura habitual hasta que su hermano la instó a que se despidiera.

—Si he hablado demasiado calurosamente, excúseme —murmuró él al despedirse—, o nunca me lo perdonaré.

Esther sonrió y me miró. Yo me limité a hacer una inclinación de cabeza, y el semblante de ella se demudó. Consideró aquello una pobre recompensa para la generosa concesión de Walter y se sintió dolida por su hermano. ¡Pobre muchacha, qué poco sabe del mundo en el que vive!

Después de ésta, el señor Hargrave no tuvo oportunidad de encontrarse conmigo a solas durante varias semanas; pero cuando lo hizo, había en su actitud menos orgullo y una tristeza más conmovedora que antes. ¡Oh, qué fastidio era! Al final me vi obligada a renunciar a mis visitas al Grove, a expensas de ofender gravemente a la señora Hargrave y causar un gran disgusto a la pobre Esther, quien realmente valora mi compañía, a falta de otra mejor, y que no debería sufrir por culpa de su hermano. Pero este infatigable perseguidor no se dio, sin embargo, por vencido: parecía estar siempre al acecho. Le veía con frecuencia cabalgar al paso más allá de nuestras tierras, mirando inquisitivamente a su alrededor; y si no yo, le veía Rachel. Esta perspicaz mujer en seguida adivinó lo que pasaba entre nosotros y, divisando los movimientos del enemigo desde la ventana del cuarto del niño, me hacía una discreta advertencia si me veía dispuesta a dar un paseo cuando tenía razones para creer que él andaba cerca o para considerar probable que me encontrara o me abordara en el lugar por donde yo pensaba ir. Entonces renunciaba a mi paseo o me confinaba en el parque o los jardines, o si la excursión era un asunto importante, como una visita a los pobres o a los enfermos, llevaba a Rachel conmigo y de esta forma nunca molestaba.

Pero un apacible y soleado día de principios de noviembre, me aventuré a visitar sola la escuela del pueblo y a algunos de los pobres arrendatarios, y al volver me alarmé con el ruido de los cascos de un caballo que se aproximaba por detrás de mí a trote rápido y firme. No había portillo ni hondonada por los que pudiera escapar en los campos, así que seguí caminando tranquilamente, diciéndome a mí misma: «Después de todo puede no ser él; y si lo es y me molesta, lo hará por última vez, estoy decidida, si es que hay poder en las

palabras y mis miradas contra una insolencia y un sentimentalismo empalagoso tan inagotables como los suyos».

El caballo no tardó en alcanzarme y el jinete lo colocó pegado a mí. Era el señor Hargrave. Me saludó con una sonrisa que pretendía ser tibia y triste, pero su triunfante satisfacción por haberme atrapado por fin era tan visible en ella que fue un fracaso. Después de corresponder brevemente a su saludo e interesarme por las mujeres del Grove, me separé y seguí caminando; pero él me siguió y mantuvo al caballo cerca de mí: era evidente que pretendía ser mi acompañante todo el camino.

«¡Bueno! No me importa mucho. Si quiere otro desaire, encájelo... y bien venido —pensé—. Y ahora, señor, ¿qué pasa?».

Esta pregunta, aunque no formulada, no tardó en ser respondida: después de algunas observaciones pasajeras sobre temas indiferentes, comenzó, en un tono solemne, la siguiente apelación a mi humildad:

—El próximo abril hará cuatro años que la conocí, señora Huntingdon. Usted puede haber olvidado el detalle, pero yo no, nunca. Entonces la admiraba profundamente, pero no me atreví a amarla; al otoño siguiente tomé tan clara conciencia de sus virtudes que no pude evitar amarla, aunque no osé demostrárselo. Durante más de tres años, he soportado un completo martirio. La angustia de emociones reprimidas, anhelos intensos y vanos, silenciosa tristeza, esperanzas aplastadas, sentimientos pisoteados: he sufrido más de lo que mis explicaciones pueden dar a entender o de lo que usted imagina; y usted fue la causa de ello, y no del todo la causa inocente. Mi juventud se consume; mis perspectivas son oscuras; mi vida es un vacío desolado; no descanso ni de noche ni de día: me he convertido en una carga para mí mismo y para los demás, y usted podría salvarme con una palabra, una mirada, pero no va a hacerlo, ¿verdad?

—En primer lugar, no le creo —respondí—; en segundo lugar, no puedo evitar que sea usted tan estúpido.

—Si usted quiere —repuso con solemnidad— considerar estúpidos los impulsos mejores, más fuertes, más divinos de nuestra naturaleza... no la creo. Sé que no es usted el ser desalmado y gélido que aparenta ser; tuvo usted una vez un corazón y se lo entregó a su marido. Cuando se dio cuenta de que él era absolutamente indigno del tesoro, lo reclamó; y no pretenderá haber amado a ese libertino sensual y mundano tan profundamente que no pueda amar a otro. Sé que hay sentimientos en su naturaleza que nunca se han visto obligados a salir. Sé también que en su actual estado de abandono y soledad se siente y se debe sentir triste. Está en su poder alzar a dos seres humanos desde su estado de verdadero sufrimiento hasta una indescriptible beatitud que sólo el amor generoso, noble, abandonado a sí mismo puede proporcionar (porque usted

puede amarme si quiere); puede usted decirme que me desprecia y me detesta, pero (puesto que me ha dado pruebas de hablar claro) ¡le responderé que no la creo! ¡Pero no lo hará! Prefiere abandonarnos a la desgracia y me dice alegremente que es la voluntad de Dios que permanezcamos así. Usted puede llamar a eso religión, ¡pero yo lo llamo idiotismo salvaje!

—Hay otra vida tanto para usted como para mí —dije—. Si es voluntad de Dios que debamos sembrar lágrimas ahora, sólo es para poder cosechar alegría más adelante. Es su voluntad que no dañemos a otros gratificando nuestras pasiones terrenales; usted tiene una madre, hermanas, amigos, que se verían seriamente afectados por su ignominia. Yo también tengo amigos, cuya paz de espíritu no sacrificaré jamás con mi consentimiento a mi placer, ni al suyo tampoco; y si estuviera sola en el mundo, tendría todavía a mi Dios y mi religión, y preferiría morir antes que deshonorar mi fe y romper mi lealtad con el Cielo para obtener unos pocos años de felicidad falsa y efímera, una felicidad que estoy segura de que terminaría en desgracia, incluso en esta vida, ¡para mí o cualquier otro!

—No tiene por qué haber deshonor ni desgracia ni sacrificio para nadie —insistió—. No le pido que abandone su hogar o desafíe la opinión del mundo...

No necesito repetir todos sus argumentos. Lo refuté con mi mejor poder de convicción: pero éste era irritablemente pequeño en aquel momento, porque estaba demasiado ofuscado por la indignación (y hasta por la vergüenza), después de que se hubiera atrevido a abordarme de aquella manera, para conservar un dominio suficiente de las ideas y el lenguaje que me permitiera enfrentarme adecuadamente a sus poderosos sofismas. Dándome cuenta, sin embargo, de que no podía ser silenciado por la razón, y de que hasta se mostraba secretamente exultante por su aparente ventaja y se atrevía a ridiculizar aquellas afirmaciones que yo no podía probar con serenidad, cambié el hilo de mi discurso e intenté otro plan.

—¿Me ama usted verdaderamente? —dije con expresión seria, deteniéndome a mirarle al rostro.

—¡Que si la amo! —gritó.

—¿De verdad? —inquirí.

Su semblante se iluminó, creyendo que su victoria estaba a la vista. Inició una apasionada declaración de la veracidad y el fervor de su afecto, que interrumpí con otra pregunta.

—¿Pero no es un amor egoísta? ¿Siente un afecto lo bastante desinteresado para ser capaz de sacrificar su propio placer al mío?

—Daría mi vida por servirla.

—No le pido su vida, pero ¿siente de verdad la piedad suficiente por mis aflicciones para inducirle a hacer un esfuerzo por librarme de ellas, a costa de un pequeño malestar para usted mismo?

—¡Inténtelo y verá!

—Si la siente, no vuelva a hablarme de esto otra vez. No puede volver a hacerlo, de la forma que sea, sin redoblar el peso de esos sufrimientos que usted deplora tan sentidamente. No me queda nada salvo el alivio de una buena conciencia y una confianza esperanzada en el Cielo, y usted se empeña continuamente en robármelas. Si insiste, deberé considerarle como mi más mortal enemigo.

—Pero escúcheme un momento...

—¡No, señor! Usted dijo que daría su vida por servirme; yo sólo le pido su silencio sobre un punto concreto. He hablado con claridad, y sé lo que digo. ¡Si sigue atormentándome de esta manera, habré de concluir que sus declaraciones son absolutamente falsas y que me odia en el fondo de su corazón tan ardientemente como profesa amarme!

Se mordió un labio y dirigió la vista al suelo en silencio durante unos instantes.

—Entonces debo dejarla —dijo por fin, mirándome fijamente, como con una última esperanza de percibir alguna señal de irreprimible angustia o desmayo producidas por aquellas solemnes palabras—. He de dejarla. No puedo vivir aquí y guardar eterno silencio sobre el objeto obsesivo de mis pensamientos y deseos.

—En otra época, según creo, pasaba usted poco tiempo en su casa —repuse—. No le hará ningún daño ausentarse de nuevo por una temporada, si es en verdad necesario.

—Si es realmente posible —murmuró—; ¿y puede usted rogarme que me vaya tan fríamente? ¿Lo desea de verdad?

—No le quepa la menor duda. Si no puede verme sin atormentarme como lo ha estado haciendo últimamente, le diré de buena gana adiós y no le veré nunca más.

No contestó, sino que, inclinándose, me alargó la mano. Le miré a los ojos y vi en ellos tal expresión de auténtica agonía espiritual que, aun sin saber si predominaba en ella la amarga desilusión, el orgullo herido, el amor que no se apaga, o la cólera encendida, no dudé en poner mi mano en la suya con tanta franqueza como si me estuviera despidiendo de un amigo. Él la apretó con fuerza, e inmediatamente espoleó su caballo y se alejó al galope. Muy poco

después, supe que se había ido a París, donde todavía está; y cuanto más tiempo permanezca allí, mejor será para mí.

¡Doy gracias a Dios por esta liberación!

CAPÍTULO XXXVIII

EL HOMBRE HERIDO

20 diciembre de 1826. — El quinto aniversario de mi boda y, confío, el último que paso bajo este techo. Mi resolución es firme, mi plan está trazado y parcialmente ejecutado ya. Mi conciencia está tranquila, pero mientras mi proyecto madura, permítaseme entretener estas largas veladas de invierno exponiendo el caso para mi propia satisfacción... un entretenimiento bastante triste, pero al tener el aire de una ocupación útil, y al proseguirse como una tarea, me sentará mejor que otro más ligero.

En septiembre el apacible Grassdale se animó de nuevo con una reunión de (así llamados) damas y caballeros, los mismos individuos que habían sido invitados hace dos años, con la adición de dos o tres más, entre los que estaban la señora Hargrave y su hija menor. Los caballeros y lady Lowborough fueron invitados por el placer y la conveniencia del anfitrión, las otras damas supongo que por razón de las apariencias, y para mantenerme a raya y obligarme a ser discreta y cortés en mi conducta. Pero las damas estuvieron sólo tres semanas y los caballeros, con dos excepciones, más de dos meses, pues el dueño de la casa se mostraba reacio a deshacerse de ellos y quedarse solo con su brillante intelecto, su inmaculada conciencia y su amada y amorosa esposa.

El día que llegó lady Lowborough, la acompañé hasta su alcoba y le dije claramente que si llegaba a tener razones para creer que todavía continuaba su ilícita relación con el señor Huntingdon, creería mi ineludible deber informar a su marido del hecho, o al menos despertar sus sospechas, por muy doloroso que fuera hacerlo y por terribles que fueran las consecuencias. Ella al principio se quedó sorprendida por la declaración, tan inesperada y tan decidida y serenamente expresada; pero se recuperó de inmediato y repuso alegremente que sí yo veía algo reprehensible o sospechoso en su conducta, no me pondría ninguna traba para que fuera a contárselo a su señoría. Con el deseo de contentarme con esto, la dejé; y ciertamente desde entonces no vi nada reprehensible o sospechoso en su comportamiento con su anfitrión, aunque yo tenía otros invitados a los que atender y no los vigilé de cerca... porque, a decir verdad, temía ver algo entre ellos. Ya no lo consideraba algo de interés, pero era mi deber poner al corriente a lord Lowborough, un penoso deber, y

me horrorizaba verme obligada a cumplirlo.

Pero mis temores se acabaron de una manera que no había previsto. Aproximadamente quince días después de la llegada de nuestros invitados, me había retirado a la biblioteca cuando el día tocaba a su fin para tomarme unos minutos de descanso de la forzada jovialidad y la conversación agotadora (porque después de un período tan largo de reclusión, realmente monótona como me había parecido a menudo, no siempre me era fácil violentar mis sentimientos, incitar mi talento para hablar, sonreír y escuchar, y representar el papel de la atenta anfitriona, o hasta el de la entretenida amiga): acababa de colocarme bajo el arco de la ventana y estaba mirando hacia el oeste, donde los contornos de las oscuras colinas se alzaban nítidos contra la luz ambarina del anochecer, que se fundió gradualmente hasta desvanecerse en el azul claro y puro del firmamento, donde brillaba una luminosa estrella, como si prometiera: «Cuando esa luz agonizante haya desaparecido, el mundo no será abandonado a la oscuridad, y aquellos que confían en Dios —cuyos espíritus no están empañados por las tinieblas de la incredulidad y el pecado— no quedarán nunca sin consuelo». De pronto oí el ruido de unos pasos apresurados que se acercaban y entró lord Lowborough: esta habitación era todavía su refugio favorito. Cerró la puerta con una violencia insólita en él y arrojó el sombrero sin preocuparse dónde caía. ¿Qué le ocurriría? Tenía el rostro horriblemente pálido; los ojos, fijos en el suelo; apretaba los dientes y la frente le centelleaba con el sudor de la agonía. ¡Era evidente que por fin había conocido su desgracia!

Sin darse cuenta de mi presencia comenzó a pasear por la habitación en un estado de horrible agitación, retorciéndose las manos y dejando escapar profundos gruñidos y exclamaciones incoherentes. Me moví para hacerle saber que no se hallaba solo; pero estaba demasiado preocupado para notarlo. Quizá, aprovechando que me daba la espalda, podría atravesar la habitación y deslizarme fuera inadvertida. Intenté hacerlo, pero se percató de mi presencia. Se sobresaltó y se quedó de pie, inmóvil, un momento; luego, frotándose la frente húmeda y avanzando hacia mí con una especie de serenidad forzada, dijo en un tono grave, casi sepulcral:

—Señora Huntingdon, debo irme mañana.

—¡Mañana! —repetí—. No voy a preguntarle la causa.

—La conoce entonces... ¡y cómo puede estar tan tranquila! —dijo, mirándome con un profundo asombro, no ajeno a una especie de amargura resentida, tal como me pareció a mí.

—Hace tanto tiempo que estoy familiarizada con... —me detuve a tiempo, y añadí—, con el carácter de mi marido, que nada me sorprende.

—Pero esto... ¿cuánto tiempo hace que lo sabe? —inquirió, apoyando la mano cerrada en la mesa que había junto a él y mirándome a la cara.

Me sentí como una criminal.

—No mucho —respondí.

—¡Usted lo sabía! —gritó con amarga vehemencia—. ¡Y no me lo dijo! ¡Contribuyó al engaño!

—Señoría, yo no contribuí a nada.

—Entonces, ¿por qué no me lo contó?

—Porque sabía que sería doloroso para usted. Esperaba que ella volviera a sus deberes de esposa, y entonces no hubiera necesidad de martirizar sus sentimientos con semejante...

—¡Dios mío! ¿Cuánto tiempo hace que empezó esto? ¿Cuánto tiempo hace, señora Huntingdon? Dígamelo... ¡Debo saberlo! —exclamó con una avidez intensa, atroz.

—Dos años, creo.

—¡Cielo santo! ¡Y ha estado engañándome todo ese tiempo!

Se volvió con un gruñido reprimido de angustia y volvió a pasear por la habitación, en un paroxismo de renovada agitación. El corazón me dolía; pero tenía que intentar consolarle, aunque no sabía cómo hacerlo.

—Ella es una mujer maligna —dije—. Le ha engañado y traicionado vilmente. Le importa tan poco su dolor como le importaba su cariño. No permita que le haga más daño; olvídense de ella y resista solo.

—Y usted, señora —dijo severamente, deteniéndose y volviéndose para mirarme—, ¡usted también me ha hecho daño al ocultarme esto de un modo tan poco generoso!

De pronto me sentí indignada. Dentro de mí algo se revolvió que me empujaba a ofenderme por esta desagradable recompensa a mi sincera compasión, y a defenderme con la dureza apropiada. Por fortuna, no cedí al impulso. Me di cuenta de su angustia cuando, golpeándose de pronto la frente, se acercó de pronto a la ventana y, alzando la cabeza para mirar el plácido firmamento, murmuró: «¡Oh, Dios mío, déjame morir!»; y sentí que añadir una gota de amargura a aquella copa ya desbordante sería muy cruel. Y, sin embargo, me temo que hubo más frialdad que amabilidad en el sereno tono de mi réplica:

—Podría ofrecerle muchas excusas, de las cuales algunas admitiría como válidas, pero no me propongo enumerarlas.

—Las conozco —se apresuró a decir—: diría que no era asunto suyo, que yo debería haber cuidado de mí mismo, que si mi propia ceguera me ha conducido a este infierno, no tengo derecho a culpar a otro por haber supuesto que tengo más sagacidad de la que poseo.

—Confieso que estaba equivocada —continué diciendo, sin tener en cuenta esta agria interrupción—, pero si la causa de mi error ha sido la falta de valor o una generosidad mal entendida, creo que me acusa usted con demasiada severidad. Le dije a lady Lowborough hace dos semanas, en el mismo momento en que llegó, que sin lugar a dudas consideraría mi deber informarle a usted si continuaba engañándole; ella me autorizó a hacerlo si yo veía algo reprehensible o sospechoso en su conducta. No he visto nada y he creído que ella había cambiado de actitud.

Él siguió mirando hacia fuera mientras yo hablaba y no respondió, pero, acuciado por los recuerdos que mis palabras despertaron, golpeó el suelo con un pie, apretó los dientes, arrugó la frente, como si estuviera bajo los efectos de un agudo dolor físico.

—¡Fue un error, fue un error! —murmuró por fin—. ¡Nada puede excusarlo, nada puede repararlo, nada puede hacer volver estos años de condenada credulidad, nada puede borrarlos! ¡Nada, nada...! —repitió en un susurro cuya desesperada amargura excluía todo resentimiento.

—Cuando reflexioné sobre ello, confieso que me pareció un error —repuse—; pero ahora sólo puedo lamentar no haberlo visto antes bajo esta luz y que, como dice usted, nada pueda hacer volver el pasado.

Algo en mi voz o en el ánimo de esta respuesta pareció alterar su humor. Se volvió hacia mí y, examinando atentamente mi rostro a la débil luz, dijo en un tono más dulce del que había venido empleando:

—Supongo que usted también ha sufrido.

—Sufrí mucho al principio.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace dos años, y dentro de dos años usted estará tan sereno como lo estoy ahora... y mucho, mucho más feliz, creo, porque usted es un hombre y es libre de hacer lo que le plazca.

Algo parecido a una sonrisa, aunque muy amarga, cruzó su rostro por un momento.

—¿No ha sido feliz últimamente? —dijo, con una especie de esfuerzo por recuperar la calma y renunciar a una posterior discusión sobre su propia desgracia.

—¡Feliz! —repetí, casi irritada por una pregunta semejante—. ¿Podría serlo con un marido así?

—He notado un cambio en su aspecto desde los primeros años de su matrimonio —prosiguió—. Se lo comenté a... a ese demonio infernal —murmuró entre dientes—, y él dijo que se debía a su mismo temperamento avinagrado, que estaba devorando su belleza; la estaba haciendo envejecer y afearse antes de tiempo, y había ya convertido el hogar en el que él vivía en algo tan inhóspito como una celda de convento. Se sonríe, señora Huntingdon..., nada la conmueve. Me gustaría que mi naturaleza fuera tan tranquila como la suya.

—Mi naturaleza no era en principio tranquila —dije—. He aprendido a aparentarlo a fuerza de duras lecciones y muchos y repetidos esfuerzos.

En este punto el señor Hattersley irrumpió en la habitación.

—¡Hola, Lowborough! —empezó a decir—. ¡Oh! Le pido perdón —exclamó al verme—, no sabía que era un tête-à-tête. Anímate, hombre —continuó, dándole a lord Lowborough una palmada en la espalda, que hizo que éste se apartara de él con una expresión inefable de repulsa e irritación—. Ven, quiero hablar contigo un momento.

—Habla, entonces.

—Pero no estoy seguro de que vaya a ser muy agradable para la dama lo que tengo que decirte.

—Entonces tampoco sería agradable para mí —dijo su señoría, iniciando un movimiento para salir de la habitación.

—Sí, lo sería —dijo el otro alzando la voz y siguiéndole hasta el vestíbulo—. Si tienes el corazón de un hombre sería lo adecuado para ti. Se trata de esto, amigo —continuó, bajando considerablemente la voz, aunque no lo suficiente para impedir que oyera todas las palabras que dijo, aunque entre nosotros mediaba la puerta entreabierta—. Creo que eres un hombre vejado... no, vamos, no te enojés... No quiero ofenderte: no es más que mi brusca forma de hablar. Debo hablar con claridad, o de lo contrario no hablo en absoluto; y he venido..., ¡espera un momento! Déjame que te explique... He venido a ofrecerte mis servicios, porque aunque Huntingdon es mi amigo, es un diabólico bribón, como todos sabemos, y seré tu amigo en este caso. Sé cuál es tu deseo: arreglar las cosas debidamente, es decir, batirte a pistola con él. Entonces te sentirás bien de nuevo; y si ocurre un accidente... bueno, eso estaría bien también, me atrevería a decir, para un tipo desesperado como tú. Vamos, dame la mano y no lo veas tan negro. Dime lugar y hora y yo me ocuparé del resto.

—Ése —contestó la voz más grave y pausada de lord Lowborough— es precisamente el remedio que mi propio corazón (o el diablo que hay en él) me sugirió: enfrentarme a él y no despedirme sin sangre. Tanto si cayera yo como si cayera él, o los dos, sería un alivio indescriptible para mí, si...

—¡Exactamente! Bueno, entonces...

—¡No! —exclamó su señoría con un énfasis profundo, decidido—. Aunque le odio con todo mi corazón y me alegraría de que le sucediera cualquier desgracia, lo dejaré en manos de Dios; y aunque aborrezco mi propia vida, también voy a dejarla en manos de Aquel que me la dio.

—Pero verás, en ese caso... —alegó Hattersley.

—¡No quiero escucharte! —exclamó su amigo, alejándose apresuradamente—. ¡Ni una palabra más! Ya me basta con luchar contra el diablo que llevo dentro.

—Entonces eres un estúpido cobarde y yo me lavo las manos —gruñó el tentador, al tiempo que se volvía y se marchaba.

—Muy bien, muy bien, lord Lowborough —grité yo, saliendo rápidamente de la biblioteca y sujetando su mano ardiente, cuando empezaba a subir las escaleras—. ¡Empiezo a pensar que el mundo no es digno de usted!

Sin comprender este estallido repentino, me miró con una impresión de sombrío desconcierto que hizo que me avergonzara del impulso al que había cedido; pero en seguida una expresión más humanizada afloró en su semblante y, antes de que yo pudiera retirar mi mano, la apretó afectuosamente, mientras los ojos se le iluminaban con un brillo de auténtica ternura cuando murmuró:

—¡Que Dios nos ayude!

—¡Amén! —respondí, y nos separamos.

Volví al salón, donde, sin duda, mi presencia era esperada por la mayoría, deseada por uno o dos. En la antecámara estaba el señor Hattersley, que se burlaba de la cobardía de lord Lowborough ante una selecta audiencia, es decir, el señor Huntingdon, que estaba apoyado en la mesa, exultante en su pérfida villanía, riéndose despectivamente de su víctima, y el señor Grimsby, que estaba a su lado, frotándose tranquilamente las manos y riéndose entre dientes con una maligna satisfacción.

En el salón encontré a lady Lowborough, evidentemente en un estado de ánimo nada envidiable; con un esfuerzo denodado por ocultar su inquietud, afectaba una animación y vivacidad poco comunes, verdaderamente gratuitas en aquellas circunstancias, porque había dado a entender a los que la rodeaban que su marido había recibido de su casa una desagradable noticia que exigía su inmediata partida, y que le había perturbado hasta el punto de producirle una

jaqueca, debido a la cual, y a los preparativos que juzgaba necesarios para adelantar su marcha, creía que los presentes no tendrían el placer de verle esa noche. Sin embargo, afirmó, se trataba sólo de una cuestión de negocios, que no creía que debiera inquietarla. Estaba diciendo esto cuando entré, y me lanzó una mirada tal de descaro y desafío que me asombró y sublevó al mismo tiempo.

—Pero estoy preocupada y molesta además —continuó diciendo—, porque creo mi deber acompañar a su señoría, y por supuesto lamento mucho tener que separarme de mis amables amigos tan inesperadamente y tan pronto.

—Y, sin embargo, Annabella —dijo Esther, que estaba sentada junto a ella—, nunca te he visto de mejor humor en toda mi vida.

—Eso es muy cierto, querida, porque deseo aprovechar al máximo vuestra compañía, puesto que parece que ésta será la última noche en que voy a disfrutar de ella hasta el Cielo sabe cuándo; y quiero dejaros a todos una buena impresión. —Dirigió una mirada alrededor y al ver que su tía clavaba los ojos en ella, demasiado escrutadoramente, como con toda probabilidad debió de pensar, se levantó y siguió hablando—: Con este fin, voy a cantarles una canción. ¿Quiere, tía? ¿Quiere, señora Huntingdon? ¿Quieren, damas y caballeros... todos? Muy bien, haré todo lo posible por entretenerlos.

Ella y lord Lowborough ocupaban las habitaciones contiguas a las mías. No sé cómo pasó ella la noche, pero yo estuve despierta la mayor parte escuchando los pesados pasos de él, recorriendo arriba y abajo el tocador, que estaba pegado a mi alcoba. Una vez le oí detenerse y arrojar algo por la ventana al tiempo que soltaba una colérica exclamación; y por la mañana, una vez que se hubieron marchado, se encontró una navaja con la hoja muy afilada en la porción de césped que había debajo de su habitación; igualmente, una navaja de afeitar había sido partida en dos y enterrada entre las cenizas de la parrilla de la chimenea, pero parcialmente corroída por los rescoldos que caían. Tan fuerte había sido la tentación de acabar con su miserable vida, como decidida su resolución de resistirse a ella.

Mi corazón sufría por él mientras, tumbada, escuchaba aquel paseo incesante. Hasta aquel momento había pensado demasiado en mí, demasiado poco en él; entonces olvidé mis calamidades y sólo pensé en las suyas, en el fervoroso cariño tan tristemente malgastado y en la ciega confianza tan cruelmente traicionada, la... no, no intentaré enumerar sus desgracias, pero odio a su mujer y a mi marido más que nunca, y no por mí, sino por él.

«Ese hombre —pensé— es objeto del desprecio de sus amigos y de la sociedad bienpensante. La esposa falsa y el amigo traidor que le han engañado no son tan degradados y desdénados como lo es él; y su negativa a vengar las afrentas le ha alejado todavía más del alcance de la simpatía ajena y

ennegrecido su nombre con una desgracia más honda. Él lo sabe, lo que dobla el peso de su carga. Ve la injusticia de todo ello, pero no puede hacer nada; carece del poder sustentador de la autoestima, que lleva a un hombre, seguro de su propia integridad, a desafiar la maldad de sus desgraciados enemigos y responder al desprecio con el desprecio... o —todavía mejor— a elevarle por encima de los vapores turbulentos y sucios de la tierra, para reposar en la eterna claridad solar del Cielo. Él sabe que Dios es justo, pero no puede ver Su justicia ahora; él sabe que esta vida es corta y que, sin embargo, la muerte parece insufriblemente lejana; cree que existe un estado futuro, pero tanto le absorbe la agonía del presente que no puede experimentar su extático reposo. No puede más que inclinar la cabeza ante la tormenta y aferrarse ciega, desesperadamente, a lo que sabe que está bien. Como el marinero que, víctima de un naufrago, se aferra a una balsa, ciego, sordo, desconcertado, siente las olas que se abalanzan sobre él y no ve posibilidad alguna de escapar; y sin embargo, sabe que no tiene más esperanza que ésta, y mientras se sienta vivir, concentrará todas sus energías para mantenerla. ¡Ojalá tuviera yo el derecho de una amiga a consolarle y decirle que nunca le he tenido en más alta estima como esta noche!».

Se marcharon por la mañana temprano, antes de que nadie bajara, excepto yo; precisamente cuando yo salía de mi habitación, lord Lowborough bajaba para ocupar su sitio en el coche, donde ya estaba sentada su mujer; Arthur (o el señor Huntingdon, que es como prefiero llamarle, porque el otro es el nombre de mi hijo) tuvo la descarada insolencia de salir en bata a despedir a su «amigo».

—¿Cómo? ¿Te vas ya, Lowborough? —dijo—. Bueno, buenos días.

Sonriente le ofreció la mano. Creo que el otro le habría derribado, si Huntingdon no hubiera retrocedido instintivamente ante aquel huesudo puño que temblaba de rabia, apretado hasta el punto de que los nudillos brillaban blancos a través de la piel. Mirándole con un semblante lívido por el odio feroz, lord Lowborough murmuró entre dientes una terrible maldición que no habría pronunciado si hubiera estado lo suficientemente sereno para escoger las palabras, y se fue.

—Yo llamo a eso un espíritu anticristiano —dijo el villano—. Sin embargo, nunca abandonaría a un amigo por culpa de una esposa. Puedes quedarte con la mía si quieres, y yo llamo a esto generosidad... No puedo hacer nada más que ofrecerte reparación, ¿no?

Pero Lowborough había llegado al final de las escaleras y cruzaba ahora el vestíbulo; el señor Huntingdon apoyándose sobre la baranda, gritó:

—¡Transmítale mi amor a Annabella! Y les deseo a los dos un feliz viaje. —Y se retiró riendo a su alcoba.

Después se mostró bastante complacido porque ella se hubiera marchado:

—Era tan condenadamente absorbente y dominante —dijo— que ahora volveré a ser el de siempre, y me sentiré bastante más tranquilo.

Nada más he sabido del proceder ulterior de lord Lowborough, salvo lo que me ha dicho Milicent, que, aunque ignora la causa de la separación de aquél de su prima, me ha informado de que tal separación es un hecho; que llevan vidas totalmente separadas; que ella reparte su alegre y frenética existencia entre la ciudad y el campo, mientras él vive en estricta reclusión en su castillo del norte. Los dos niños del matrimonio permanecen bajo su custodia. El varón, y heredero, es un niño prometedor que tiene casi la edad de mi Arthur, y que es, sin duda, una fuente de esperanza y consuelo para su padre; pero a la otra, una niña de menos de dos años, de ojos azules y pelo castaño rojizo claro, la tiene con él probablemente por motivos de conciencia, convencido de que sería un error abandonarla a las enseñanzas y el ejemplo de una mujer como su madre. Una madre a la que nunca gustaron los niños y que siente tan poco afecto por los suyos que me pregunto si para ella no será un alivio estar separada de ellos y liberada de la responsabilidad y las preocupaciones de su custodia.

No pasaron muchos días desde que lord y lady Lowborough se marcharon y el resto de las damas retiró la luz de su presencia de Grassdale. Quizá podrían haber estado más tiempo, pero ni el anfitrión ni la anfitriona les insistieron para que prolongaran su visita; de hecho el primero mostró de una manera demasiado patente que se sentiría encantado de librarse de ellas; así que la señora Hargrave se retiró con sus hijas y sus nietos (tiene tres) a Grove. Pero los caballeros se quedaron: el señor Huntingdon, como ya insinué, estaba decidido a que permanecieran todo el tiempo que pudiera retenerlos; y, libres de cualquier freno, dieron rienda suelta a toda la locura y brutalidad que llevaban dentro y convirtieron la casa, noche tras noche, en escenario de disturbios, confusión y escándalos. No podría decir quién de ellos se portó peor y quién mejor, porque desde el momento en que me di cuenta de lo que iba a pasar, tomé la resolución de retirarme al piso de arriba, o recluirme en la biblioteca en el mismo instante en que abandonara el comedor, para no volver a acercarme a ellos hasta la hora del desayuno. Debo decir, sin embargo, que el señor Hargrave, por lo que vi, fue un modelo de decencia, sobriedad y modales caballerosos en comparación con los demás.

No se unió a la comitiva hasta una semana o diez días después de la llegada de los demás invitados, pues estaba todavía en el Continente cuando ellos llegaron y yo todavía acariciaba la esperanza de que no aceptara la invitación. Sin embargo, la aceptó, pero su conducta conmigo, durante las primeras semanas, fue exactamente lo que yo deseaba que fuera: respetuosa y educada sin afectar desánimo ni abatimiento, distante sin altivez, o aquella

rigidez y frialdad notables calculadas para perturbar o intrigar a su hermana, o atraer la atención suspicaz de su madre.

CAPÍTULO XXXIX

UN PLAN DE FUGA

La mayor fuente de inquietud, en esta época de prueba, fue mi hijo, a quien su padre y los amigos de su padre se complacían en animar en toda inclinación al vicio que un niño pequeño puede mostrar, y a quien instruían en todas las malas costumbres que pudiera adquirir: en una palabra, «hacer un hombre de él» era uno de sus entretenimientos corrientes. No necesito decir más para justificar mi alarma y mi decisión de librarle a toda costa de las manos de semejantes tutores. Al principio intenté tenerle siempre conmigo o en su cuarto, y le daba a Rachel órdenes precisas para que no le dejara nunca bajar en la sobremesa mientras estuvieran aquellos «caballeros», pero fue inútil; estas órdenes eran inmediatamente revocadas y anuladas por su padre: no iba a permitir que su pequeño se volviera tonto por estar bajo el dominio de una vieja niñera y una madre condenadamente estúpida. Así, el pequeño bajaba todas las noches a pesar del malhumor de su mamá y aprendía a beber vino como papá, a decir palabrotas como el señor Hattersley, y a comportarse como un hombre, y a mandar a mamá al diablo cuando ella trataba de impedirlo. Ver a aquel niño tan pequeño hacer semejantes cosas con aquella traviesa ingenuidad, y oírse las decir con aquella vacilante voz infantil, era para ellos un estímulo tan original y una diversión tan irresistible como indeciblemente angustioso y descorazonador para mí; y cuando hacía reír a toda la mesa a carcajadas, los miraba a todos encantado y añadía su aguda risa a las suyas. Pero si aquellos alegres ojos azules se posaban en mí, su brillo se desvanecía por un momento y decía con cierta preocupación:

—Mamá, ¿por qué no te ríes? Hazla reír, papá... nunca quiere.

Y he aquí que yo me veía obligada a quedarme entre aquellos salvajes, acechando una oportunidad de alejar al niño de su compañía, en lugar de dejarlos inmediatamente después de que retiraban el mantel, como hubiera hecho en otras circunstancias. Él nunca quería irse y con frecuencia tenía que llevármelo a la fuerza, por lo que me consideraba muy cruel e injusta; a veces su padre insistía en que le dejara quedarse; entonces dejaba al niño en manos de sus bondadosos amigos y me retiraba a rumiar sola mi amargura y desesperación, o a devanarme los sesos en busca de una solución para aquel mal.

Pero una vez más debo hacer justicia al señor Hargrave y reconocer que nunca le vi reírse por las fechorías del niño, ni le oí pronunciar una palabra de aliento a su deseo de satisfacer los gustos varoniles. Pero cuando el pequeño libertino decía o hacía algo verdaderamente extraordinario, notaba a veces una expresión peculiar en su rostro que no podía interpretar ni un brillo repentino en los ojos, al tiempo que lanzaba una rápida mirada al niño y luego a mí: entonces pude imaginar que en su rostro aparecía una satisfacción cruel, sutil, tétrica, al contemplar en el mío una expresión de angustia y cólera impotente. Sin embargo, en una ocasión en que Arthur se había estado portando especialmente mal, y el señor Huntingdon y sus invitados se habían mostrado especialmente irritantes y ofensivos conmigo en su manera de alentarle, y yo especialmente deseosa de sacarle de la habitación, al borde mismo de dejarme llevar por un arrebato de ira, el señor Hargrave se levantó de pronto de su asiento con aire decidido, quitó al niño de las rodillas de su padre, donde estaba medio borracho, con la cabeza ladeada riéndose de mí y maldiciéndome con palabras cuyo significado apenas conocía, le llevó de la mano fuera de la habitación, le sentó en el vestíbulo, dejó la puerta abierta para mí, se inclinó con solemnidad cuando yo me retiré y la cerró cuando salí. Oí un intercambio de fuertes palabras entre él y su anfitrión, cuando marchaba llevándome al turbado y desconcertado niño.

Pero esto no podía continuar: mi hijo no debía ser abandonado a esta corrupción; era mucho mejor que viviera en la pobreza y la oscuridad con una madre fugitiva, que en el lujo y la abundancia con semejante padre. Aquellos huéspedes podrían no estar mucho tiempo con nosotros, pero volverían y él, el más dañino de todos aquellos hombres, el peor enemigo de mi hijo, se quedaría. Yo podía soportarle por mí, pero por mi hijo aquella situación no debía prolongarse más: la opinión del mundo y los sentimientos de mis amigos debían ser igualmente desoídos, al menos, en la medida en que me impedían cumplir con mi deber. Pero ¿dónde encontraría asilo y cómo obtendría sustento para los dos? Oh, cogería mi preciosa carga de madrugada, tomaría la diligencia para M..., huiría al puerto de..., cruzaría el Atlántico y buscaría un hogar humilde y tranquilo en Nueva Inglaterra, donde nos mantendríamos con el trabajo de mis manos. La paleta y el caballete, en otro tiempo mis queridos compañeros de juego, debían ser mis compañeros de trabajo ahora. Pero ¿era yo una artista lo suficientemente habilidosa para ganarme la vida en una tierra extraña, sin amigos y sin apoyo? No; debía esperar un poco; debía trabajar de firme para mejorar mi talento, para producir algo valioso como una muestra de mis facultades, algo que hablara favorablemente de mí como una verdadera pintora o profesora. Yo no buscaba, por supuesto, un éxito brillante, pero cierto grado de seguridad frente a la necesidad era indispensable: no podía llevarme a mi hijo para que se muriera de hambre. Además, tenía que conseguir algún dinero para el viaje, el pasaje, y otro poco para mantenernos

en nuestro retiro en el caso de que no tuviera éxito al principio: y no tan poco, porque ¿quién sabía cuánto tiempo tendría que luchar con la indiferencia o el abandono de los demás, o con mi propia inexperiencia o incapacidad para satisfacer sus gustos?

¿Qué debía hacer entonces? ¿Recurrir a mi hermano y explicarle a él mis circunstancias y resoluciones? No, no: aunque le contara todas mis desgracias, cosa que me repugnaba hacer, se opondría firmemente a que diera aquel paso: le parecería una locura, al igual que a mis tíos, o a Milicent. No; debía tener paciencia y reunir una provisión exclusivamente mía. Rachel sería mi única confidente. Pensaba que podría convencerla para que se uniera al proyecto y que me ayudaría, primero, a encontrar un marchante en alguna ciudad lejana; luego, a través de ella, vendería secretamente los cuadros que tuviera a mano que sirvieran a semejante propósito y algunos de los que pintara en el futuro. Además de esto, planeaba vender mis joyas, no las joyas de la familia, sino las pocas que me traje de casa, y las que me dio mi tío cuando me casé. Algunos meses de arduo trabajo podrían sobrellevarse bien con semejante proyecto en la cabeza; entretanto mi hijo no podría sufrir mucho más daño del que ya sufría.

Una vez tomada esta decisión, me puse a trabajar para llevarla a cabo. Posiblemente podría haberme inclinado a olvidarme de ella después, o quizá seguir sopesando los pros y los contras hasta que estos últimos superaran a los primeros y me viera conducida a abandonar el proyecto por completo, o a demorar su ejecución de forma indefinida, si no hubiera ocurrido algo que confirmó mi determinación, a la que todavía permanezco fiel y que pienso que hice bien en tomar y haré mejor en ejecutar.

Desde la marcha de lord Lowborough había considerado la biblioteca exclusivamente de mi propiedad, un refugio seguro a todas horas del día. Ninguno de nuestros caballeros tenía la más mínima pretensión de gustos literarios salvo el señor Hargrave; y él, en aquella época, se conformaba con los periódicos y las revistas. Y si, por casualidad, hacía una visita a la pieza, yo estaba segura de que, si me veía allí, se iría pronto, porque, en lugar de volverse menos frío y distante, lo era notablemente más desde la partida de su madre y sus hermanas, como yo deseaba. Aquí, pues, colocaba mi caballete y trabajaba en mi lienzo desde la mañana hasta el anochecer, con muy pocas pausas, salvo las estrictamente necesarias, o cuando mis deberes con Arthur me obligaban a salir, pues todavía consideraba apropiado dedicar una parte del día exclusivamente a su instrucción y entretenimiento. Sin embargo, en contra de todas mis previsiones, la tercera mañana, cuando estaba trabajando, entró el señor Hargrave y no se retiró al verme. Se disculpó por su intrusión y dijo que sólo había venido a por un libro; pero cuando lo hubo cogido, se permitió echar un vistazo a mi cuadro. Al ser un hombre de gusto, tenía algo que decir

sobre éste así como de cualquier otro tema, y después de comentar mi cuadro comedidamente, poco alentado por mí, extendió su disertación al arte en general. Al no verse secundado en este tema tampoco, lo abandonó, pero no se marchó.

—No se deja usted ver mucho, señora Huntingdon —observó, después de una breve pausa, durante la cual seguí tranquilamente mezclando y afinando mis colores—, y no me extraña, pues debe usted estar harta de todos nosotros. Yo mismo estoy avergonzado de mis camaradas, y tan cansado de sus irracionales diversiones (sobre todo ahora que no hay nadie que los humanice y los mantenga a raya, desde que usted nos abandonó para que hiciéramos lo que quisiéramos) que creo que los dejaré en breve, probablemente esta misma semana... Y no puedo suponer que lamente usted mi marcha.

Hizo una pausa. Yo no contesté.

—Probablemente —continuó— lo único que lamentará es que no me lleve conmigo a todos mis camaradas. A veces me jacto de que, si bien estoy entre ellos, no soy como ellos; pero es natural que a usted le satisfaga verse libre de mí. Puedo lamentarlo, pero no culparla por ello.

—No me alegrará su partida porque es usted capaz de comportarse como un caballero —dije, no pensando más que en expresarle cierto agradecimiento por su buena conducta—, pero debo confesar que de buena gana despediría a los demás, aunque parezca poco hospitalario decirlo.

—Nadie puede reprocharle semejante confesión —repuso muy serio—, ni siquiera los mismos caballeros, supongo. Le diré —continuó, como impulsado por una repentina resolución— lo que se dijo anoche en el comedor, después de dejarnos usted; quizá no le importe, puesto que es usted muy serena en ciertas cuestiones —añadió con una ligera expresión de burla—. Estaban hablando de lord Lowborough y de su deliciosa mujer, la causa de cuya repentina partida no es un secreto para ellos; el carácter de esta dama es tan conocido entre todos, que, aun siendo parienta cercana mía, no pude intentar defenderla. ¡Maldígame —murmuré, par parenthèse— por contarle esto impunemente! Pero si el villano ha de deshonar a la familia, ¿ha de presumir de ello ante el primer bribón zafio que se encuentre? Le pido perdón, señora Huntingdon. En fin, estaban hablando de estas cosas, y algunos de ellos observaron que, puesto que ella estaba separada de su marido, él podría verla otra vez cuando quisiera.

»—Gracias —dijo él—, estoy bastante cansado de ella, de momento: no voy a hacer ningún esfuerzo por verla, a no ser que venga a mí.

»—Entonces, ¿qué piensas hacer cuando nos vayamos? —dijo Ralph Hattersley—. ¿Tienes intención de retractarte de tus errores y ser un buen

marido, un buen padre, etcétera, como hago yo, cuando me libro de ti o de todos estos diablos retozones que llamas tus amigos? Yo creo que ya es hora; tu mujer es cincuenta veces demasiado buena para ti, ya lo sabes...

»Y añadió algunas alabanzas dirigidas a usted, las cuales no me agradecería que repitiera ni le estaría reconocida a él por decir las proclamándolas a gritos, como hizo, sin tacto ni delicadeza, ante una audiencia tal que parecía una profanación pronunciar su nombre y siendo él absolutamente incapaz de comprender o apreciar sus verdaderas virtudes. Huntingdon entretanto se sentó con toda tranquilidad, bebiendo vino, o mirando sonriendo su vaso, sin interrumpir ni replicar hasta que Hattersley gritó:

»—¿Me oyes, hombre?

»—Sí, sigue —contestó él.

»—De ninguna manera, ya lo he dicho —repuso el otro—: sólo quiero saber si tienes intención de seguir mi consejo.

»—¿Qué consejo?

»—Empezar una nueva vida, canalla —gritó Ralph—, implorar el perdón de tu esposa y ser un buen chico en el futuro.

»—¿Mi esposa? ¿Qué esposa? Yo no tengo esposa —repuso Huntingdon, levantando inocentemente la vista de su vaso—; y si la tengo, fíjense, caballeros, en tanto la valoro que cualquiera de ustedes que quiera encapricharse de ella puede quedársela y todos contentos. ¡Podéis hacerlo, por Júpiter, y con la ganga os llevaréis mi bendición!

»Yo... ¡ejem!, uno de nosotros le preguntó si sabía de verdad lo que estaba diciendo, a lo cual respondió jurando con solemnidad que sí, sin duda. ¿Qué piensa usted de eso, señora Huntingdon? —me preguntó el señor Hargrave, después de una pausa, durante la cual yo había tenido la impresión de que escrutaba con interés mi rostro medio vuelto.

—Creo —repuse con calma— que lo que él valora tan a la ligera no va a estar entre sus posesiones mucho tiempo.

—¡No querrá decirme que se le parará el corazón y que morirá por culpa de la detestable conducta de un infame villano tomo ése!

—En absoluto: mi corazón está demasiado seco para fallar tan pronto y tengo intención de vivir tanto como pueda.

—¿Entonces, va a dejarle?

—Sí.

—¿Cuándo... y cómo? —preguntó, con impaciencia.

—Cuando esté preparada y de la manera más eficaz que pueda encontrar.

—¿Y su hijo?

—Mi hijo se viene conmigo.

—Él no lo permitirá.

—No voy a pedirle permiso.

—¡Ah, entonces es una huida secreta lo que usted planea! Pero ¿con quién, señora Huntingdon?

—Con mi hijo y posiblemente su niñera.

—¡Sola... y sin protección! ¿Adónde puede ir? ¿Qué puede hacer? Él la seguirá y la hará volver.

—Lo he planeado todo demasiado bien para que no ocurra eso. Una vez haya conseguido salir de Grassdale, me consideraré a salvo.

El señor Hargrave se acercó a mí un paso más, me miró a los ojos y tomó aire antes de hablar; pero aquella mirada, aquel color que se le había subido al rostro, aquel brillo repentino en los ojos, hizo que mi sangre se sublevara. Me volví bruscamente y, cogiendo mi pincel, comencé a deslizado por el lienzo con demasiada energía para el bien de mi cuadro.

—Señora Huntingdon —dijo él con una solemnidad amarga—, es usted cruel, cruel conmigo, cruel con usted misma.

—Señor Hargrave, recuerde su promesa.

—Debo hablar... ¡Mi corazón estallará si no lo hago! ¡He estado callado bastante tiempo y tiene usted que oírme! —gritó, impidiendo con descaro que me dirigiera a la puerta—. Me dice que no le debe ninguna fidelidad a su marido; él declara abiertamente que está cansado de usted y dispuesto a dejarla en manos de quien quiera llevársela; está usted a punto de abandonarle; nadie creerá que se marcha usted sola. Todo el mundo dirá: «Ella le ha abandonado por fin, y ¿quién puede sorprenderse por ello? Pocos podrán reprochárselo, todavía menos tener piedad de él; pero ¿quién la acompaña en su huida?». Por tanto nadie creerá en su virtud (si es que usted la llama así): incluso sus mejores amigas no creerán en ella; porque es monstruoso, y no fácil de creer, salvo para aquellos que sufren por sus efectos tormentos tan crueles que saben que es una realidad. Pero ¿qué va usted a hacer en este mundo frío y hostil? Usted, una mujer joven y sin experiencia, delicadamente educada y totalmente...

—En una palabra, usted me aconsejaría que me quedara donde estoy —le

interrumpí—. Bueno, lo pensaré.

—¡Abandónele como pueda! —gritó con expresión seria—. ¡Pero no sola! ¡Helen, déjeme protegerla!

—¡Nunca!, mientras el Cielo conserve mi sentido común —repliqué, apartando bruscamente la mano que él se había atrevido a coger y retener entre las suyas. Pero ya no podía detenerse; había roto la barrera: estaba fuera de sí y decidido a arriesgarlo todo por la victoria.

—¡No puede rehusar! —exclamó con vehemencia; y cogiéndome las dos manos, me las sujetó con fuerza, cayó de rodillas y me miró con una expresión medio suplicante, medio imperiosa—. Ahora no tiene razón: está oponiéndose a los designios de la Providencia. Dios ha querido que yo sea su consuelo y su protector... lo siento... lo sé con tanta seguridad como si una voz del Cielo afirmara: «Vosotros dos seréis una sola carne», y usted me rechaza...

—¡Déjeme, señor Hargrave! —dije secamente. Pero él me sujetó con más fuerza—. ¡Déjeme! —repetí, temblando de indignación.

Su rostro estaba casi frente a la ventana. Con un ligero sobresalto, vi que miraba hacia ella; de pronto un brillo de triunfo maligno iluminó su semblante. Miré por encima de mi hombro y vi desaparecer una sombra en la esquina.

—Es Grimsby —dijo intencionadamente—. Contará lo que ha visto a Huntingdon y a los demás, con los detalles que considere oportunos. No siente simpatía por usted, señora Huntingdon, ni respeto por su sexo; no cree en la virtud, ni siente admiración por su imagen. Va a dar una versión tal de esta historia que en la mente de todos aquellos que la oigan no quedará ninguna duda sobre su carácter. Su buena reputación ha desaparecido; nada de lo que yo o usted digamos podrá nunca restablecerla. ¡Pero concédame el poder de protegerla, muéstreme al villano que se atreva a ofenderla!

—¡Nadie se ha atrevido nunca a ofenderme como está usted haciéndolo ahora! —dije, liberando por fin sus manos y separándome de él.

—No la ofendo —gritó—: la adoro. ¡Es usted mi ángel... mi divinidad! ¡Pongo todas mis facultades a sus pies y usted debe aceptarlas y las aceptará! —exclamó, poniéndose en pie de un salto—. ¡Seré su consolador y protector! ¡Y si su conciencia sí lo reprocha, dígame que la dominé y que no tuvo más remedio que someterse!

Nunca vi a un hombre tan fuera de sí. Se precipitó hacia mí. Cogí mi espátula y le hice frente con ella en la mano; él me miró asombrado; me atrevo a decir que mi aspecto era tan feroz y resuelto como el suyo. Me acerqué a la campana y puse la mano en el cordón. Esto le asustó más todavía. Con un gesto medio autoritario medio suplicante de la mano, trató de impedir que

llamara.

—¡No se mueva, entonces! —dije; él dio un paso atrás—. Y escúcheme. No me gusta usted —continué, con tanta decisión como pude, para dar la mayor eficacia a mis palabras—; y aunque estuviera divorciada de mi marido, o él estuviera muerto, no me casaría con usted. ¡Espero que se dé por satisfecho de una vez!

Su rostro fue palideciendo de ira.

—Estoy satisfecho —repuso con un amargo énfasis—: ¡es usted la mujer más cruel, desalmada y desagradecida que jamás he conocido!

—¿Desagradecida, señor?

—Desagradecida.

—No, señor Hargrave; no lo soy. Le doy las gracias por todo el daño que haya podido hacerme, o quisiera hacerme; y por todo el daño que me ha hecho, y todo el que me habría hecho, le pido a Dios que le perdone y le devuelva el juicio.

De pronto se abrió la puerta y aparecieron los señores Huntingdon y Hattersley. Este último se quedó en el vestíbulo, ocupado con su cargador y su escopeta; el primero entró y se colocó de espaldas a la chimenea, observándonos al señor Hargrave y a mí, sobre todo al primero, con una sonrisa insoportable, acompañada como estaba por la insolencia de su frente y un brillo taimado, malicioso en la mirada.

—¿Bien, señor? —dijo Hargrave interrogativamente y con la expresión de alguien dispuesto a la defensiva.

—Bien, señor —repuso su anfitrión.

—Queremos saber si estás libre para unirme a nosotros para ir los faisanes, Walter —intervino Hattersley desde fuera—. ¡Ven! No disparará contra nada más, salvo una liebre o dos; respondo de ello.

Walter no respondió, sino que se acercó a la ventana para recobrase. Arthur silbó por lo bajo y le siguió con la mirada. Un ligero sonrojo de cólera apareció en las mejillas de Hargrave poco después, se volvió con calma y dijo con aire indiferente:

—He venido aquí a despedirme de la señora Huntingdon y a decirle que debo irme mañana.

—¡Hum! Tu decisión parece muy repentina. ¿Puedo preguntar qué es lo que te obliga a marcharte tan pronto?

—Negocios —respondió, repeliendo la incrédula expresión de mofa del

otro con una mirada de despectivo desafío.

—Muy bien —fue la respuesta; y Hargrave se fue. A continuativo, el señor Huntingdon se recogió los faldones de la levita y, apoyando su espalda contra la repisa de la chimenea, se volvió hacia mí, y, en voz baja, apenas audible, soltó una descarga de las palabras más viles y soeces que la imaginación pueda concebir y la lengua pronunciar. No intenté interrumpirle; pero mi espíritu se inflamó y cuando hubo terminado respondí:

—Si su acusación fuera cierta, señor Huntingdon, ¿cómo se atreve a censurarme?

—¡Por Júpiter, ha dado en el blanco! —gritó Hattersley, dejando su escopeta apoyada contra la pared; entró en la habitación, cogió a su querido amigo del brazo e intentó llevarle fuera—. Vamos, muchacho —murmuró—, verdadera o falsa, no tienes derecho a censurarla, ya lo sabes, ni a él tampoco, después de lo que dijiste anoche. Así que vente.

Había en aquellas palabras algo implícito que no podía pasar por alto.

—¿Se atreve a sospechar de mí, señor Hattersley? —dije, casi fuera de mí por la cólera.

—No, de ninguna manera, no sospecho de nadie. Está bien... de acuerdo. Vámonos, Huntingdon, canalla.

—¡No puede negarlo! —gritó el caballero al que se dirigían de esta manera, con una mueca de rabia y triunfo—. ¡No podría negarlo aunque su vida dependiera de ello! —Y, murmurando algunas groserías más, se dirigió al vestíbulo y cogió su sombrero y su escopeta, que estaban encima de la mesa.

—No pienso rebajarme a darle explicaciones —dije—. Pero usted —dirigiéndome a Hattersley—, si presume de tener algunas dudas sobre el asunto, pregúntele al señor Hargrave.

Al oír esto, los dos soltaron al mismo tiempo una carcajada brutal que estremeció mi cuerpo hasta la punta del pie.

—¿Dónde está? ¡Se lo preguntaré yo misma! —grité.

Reprimiendo una nueva carcajada, Hattersley señaló la puerta exterior. Estaba entreabierta. Su cuñado estaba fuera.

—Señor Hargrave, ¿quiere entrar un momento, por favor? —dije.

Él se volvió y me miró sorprendido, con expresión grave.

—¡Entre, por favor! —repetí, de una manera tan decidida que no pudo o prefirió no resistirse a mi autoridad. Subió dos escalones con cierta desgana y entró en el vestíbulo.

—Dígales a estos caballeros —seguí diciendo—, a estos hombres, si accedí a sus deseos.

—No la comprendo, señora Huntingdon.

—Usted me comprende, señor; le exijo, por su honor de caballero (si es que lo tiene), que conteste la verdad. ¿Accedí o no?

—No —murmuró, volviéndose.

—Hable más alto, señor; no pueden oírle. ¿Cedí a sus peticiones?

—No, no lo hizo.

—No, yo juraría que no —dijo Hattersley—, pues de lo contrario no tendría ese aspecto tan tétrico.

—Quiero darte una satisfacción de caballero, Huntingdon —dijo el señor Hargrave, dirigiéndose serenamente a su anfitrión, pero con una expresión de desprecio en su rostro.

—¡Vete al diablo! —replicó el otro con un movimiento impaciente de cabeza. Hargrave se retiró con una mirada de desdén, diciendo:

—Ya sabes dónde encontrarme, en el caso de que quieras enviarme a un amigo.

Esta insinuación recibió por toda respuesta un murmullo de juramentos y maldiciones.

—¡Ya lo ves, Huntingdon! —dijo Hattersley—. ¡Claro como la luz del día!

—No me importa lo que él vea —dije— o lo que se imagine; pero usted, señor Hattersley, cuando oiga mi nombre difamado y calumniado, ¿lo defenderá?

—Lo haré.

Inmediatamente me despedí y me encerré en la biblioteca. ¿Qué pudo apoderarse de mí, para hacerle a un hombre semejante una petición como aquélla? No puedo decirlo, pero cuando los hombres se ahogan se agarran a un clavo ardiendo: entre todos habían conseguido desesperarme; apenas sabía lo que decía. No había nadie más para impedir que mi nombre fuera denigrado y difamado en aquel nido de alegres camaradas, y a través de ellos, en el mundo; entre el desdichado de mi marido, el ruin, maligno Grimsby, y el bellaco desleal de Hargrave, aquel tosco rufián, grosero y brutal como era, brilló como una luciérnaga en la oscuridad, entre sus amigos gusanos.

¡Qué escena fue aquélla! ¿Podía haber imaginado nunca que el destino me condenara a soportar semejantes insultos bajo mi propio techo, a oír aquellas cosas dichas en mi presencia... más aún, sobre mí y dirigidas a mí y por

aquellos que reclamaban por sí mismos el nombre de caballeros? ¿Podía haberme imaginado que sería capaz de soportarlo con tanta serenidad y que repelería sus insultos tan firme y temerariamente como lo había hecho? Una dureza semejante, sólo la proporciona la ingrata experiencia y la desesperación.

Estos pensamientos se apelonaban en mi cabeza, mientras paseaba de un lado a otro de la habitación y ansiaba —¡oh, cómo lo deseaba!— coger a mi hijo y dejarlos en aquel momento, sin más dilación. Pero no podía ser; tenía una tarea ante mí, una dura tarea, que debía hacerse.

«Entonces hagámosla —me dije— y no perdamos ni un momento en quejas inútiles, y comentarios amargos y ociosos sobre mi destino y aquellos que tienen influencia sobre él».

Y, dominando mi agitación con un gran esfuerzo, me puse al momento a trabajar y trabajé de firme todo el día.

El señor Hargrave se marchó a la mañana siguiente; no he vuelto a verle desde entonces. Los demás se quedaron dos o tres semanas más; pero me mantuve apartada de ellos todo lo que pude y continué trabajando, y he continuado haciéndolo con un ardor casi ejemplar hasta hoy. Pronto puse a Rachel al corriente de mis planes, confiándole todos mis proyectos e intenciones, y con agradable sorpresa hallé pocas dificultades para hacerle comprender mis puntos de vista. Es una mujer ecuánime, prudente, pero odia tanto a su señor y ama tanto a su señora y a su hijo, que, después de varias exclamaciones, algunas débiles objeciones y muchas lágrimas y lamentos, aplaudió mi decisión y consintió en todo lo posible con una sola condición: que ella compartiera mi exilio. De lo contrario, se oponía absolutamente, pues consideraba una completa locura que Arthur y yo nos fuéramos solos. Con una conmovedora generosidad, se ofreció humildemente a contribuir con sus pequeños ahorros, esperando que «la perdonaría por la libertad, pero que en realidad, si le hiciera el favor de aceptarlos como un préstamo, la haría muy feliz». Por supuesto no podía ni pensar en cosa semejante; pero ahora, gracias a Dios, he reunido un pequeño tesoro de mi exclusiva propiedad, y mis preparativos están tan avanzados, que estoy deseando una pronta emancipación. Que el rigor de este invierno amaine un poco, y entonces, una mañana, el señor Huntingdon bajará a sentarse a una solitaria mesa para desayunar, y quizá recorrerá la casa llamando a gritos a sus invisibles esposa e hijo, cuando éstos estén ya a unos cien kilómetros hacia el oeste... o quizá más, pues le abandonaremos horas antes de que amanezca y no es probable que nos eche de menos hasta bien avanzado el día.

Soy plenamente consciente de los daños que pueden y han de resultar del paso que estoy a punto de dar; pero esto no me obligará a vacilar en mi

decisión, porque nunca dejo de pensar en mi hijo. Esta misma mañana, se hallaba sentado a mis pies, jugando con los restos de lienzo que había extendido por la alfombra, mientras yo seguía con mi tarea habitual. Pero sus pensamientos estaban ocupados con otra cosa, pues, al poco rato, levantó la cabeza, me miró con aire pensativo y dijo:

—Mamá, ¿por qué eres mala?

—¿Quién te ha dicho que yo era mala, cariño?

—Rachel.

—No, Arthur, Rachel nunca ha dicho eso, estoy segura.

—Bueno, pues fue papá —replicó pensativo. Luego, después de una pausa, añadió—: por lo menos te diré cómo llegué a saberlo. Cuando estoy con papá, si digo que mamá me necesita, o que mamá dice que no haga algo que él me dice que haga, él siempre dice: «Que mamá se vaya al infierno». Y Rachel dice que sólo la gente mala se va al infierno. Así, mamá, por eso creo que debes de ser mala..., y me gustaría que no lo fueras.

—No lo soy, amor mío. Éstas son palabras feas, y la gente mala con frecuencia las utiliza para referirse a los demás más que a sí mismos. Esas palabras no pueden hacer que la gente se condene, ni demuestran que merezca ser condenada. Dios nos juzgará por nuestros propios pensamientos y acciones, no por lo que los demás digan de nosotros. Y cuando oigas esas palabras, Arthur, recuerda que no debes repetirlas: está mal decir esas cosas de los demás ni que te las digan a ti.

—Entonces, es papá el malo —dijo con tristeza.

—Papá hace mal en decir esas cosas, y tú harías muy mal en imitarle ahora que ya sabes lo que significan.

—¿Qué quiere decir «imitar»?

—Hacer lo que él hace.

—¿Él sabe lo que dice?

—Quizá, pero eso no es cosa tuya.

—Si no lo supiera, tendrías que decírselo, mamá.

—Ya se lo he dicho.

El pequeño moralista se calló y reflexionó. Traté inútilmente de hacerle pensar en otra cosa.

—Lamento que papá sea malo —dijo con tristeza, al fin—, porque no deseo que vaya al infierno.

Y después de decir esto se echó a llorar. Le consolé con la esperanza de que quizá su papá cambiara y se volviera bueno antes de morir. Pero ¿no es hora de librarle de semejante padre?

CAPÍTULO XL

UN CONTRATIEMPO

10 de enero de 1827. — Ayer por la noche escribía lo anterior sentada en el salón. El señor Huntingdon estaba presente, pero, eso creí, dormía en el sofá detrás de mí. Sin embargo, se había levantado sin que yo me diera cuenta, llevado por una curiosidad ruin, y había estado mirando por encima de mi hombro durante no sé cuánto tiempo; porque cuando dejé la pluma sobre la mesa y estaba a punto de cerrar el cuaderno, puso inesperadamente su mano sobre él y diciendo: «Con tu permiso, voy a echar una ojeada a esto, querida», me lo quitó con violencia, y, acercando una silla a la mesa, se sentó tranquilamente a examinarlo. Pasó hoja tras hoja buscando una explicación de lo que había leído. Desgraciadamente para mí, estaba más sereno aquella noche de lo que suele estarlo a esa hora.

Naturalmente no le dejé proseguir con tranquilidad esta ocupación: hice varios intentos de arrancarle el cuaderno de las manos, pero lo agarraba con demasiada firmeza y no pude. Le eché en cara con amargura y desprecio su conducta mezquina y deshonrosa, pero no le causó ningún efecto. Finalmente, apagué las dos velas, pero él se dio la vuelta, se acercó al fuego y, avivando las llamas lo suficiente para sus propósitos, continuó con calma su investigación. Pensé seriamente en ir a buscar un jarro de agua y apagar aquella luz también; pero era evidente que su curiosidad estaba demasiado excitada para extinguirla de ese modo, y cuantas más muestras de inquietud daba yo para frustrar su escrutinio, más firme era su decisión de insistir en él. Además, era —dijo— tarde.

—Parece muy interesante, cariño —dijo, levantando la cabeza y volviéndose hacia donde yo estaba retorciéndome las manos con una rabia y una angustia silenciosas—; pero es demasiado largo; le echaré una ojeada en otro momento; entretanto, perdona que te pida las llaves, querida.

—¿Qué llaves?

—Las llaves de tu escritorio, tu buró, tus cajones y de todo lo que posees —siguió, levantándose y alargando la mano.

—No las tengo —respondí. La llave de mi buró, efectivamente, estaba en su cerradura en aquel momento, con las demás en el mismo manojó.

—Entonces debes ordenar que te las traigan —dijo—, y si ese demonio de Rachel no me las trae al punto, se va mañana con todas sus cosas.

—Ella no sabe dónde están —respondí, colocando suavemente mi mano sobre ellas y sacándolas del buró, sin que él se diera cuenta, o por lo menos eso creí—. Yo sí lo sé, pero no te las entregaré sin una razón.

—Yo también lo sé —dijo, cogiéndome inesperadamente la mano cerrada y quitándome las llaves. Luego tomó una de las velas y la volvió a encender acercándola al fuego de la chimenea—. Veamos —dijo con un gesto de burla—, debemos proceder a una confiscación de propiedad. Pero, primero, echemos una ojeada al estudio.

Se guardó las llaves en el bolsillo y se dirigió a la biblioteca. Yo le seguí, no sé si con la idea de impedir un ultraje o sólo para saber lo peor. Había colocado mis materiales de pintura sobre la mesa de la esquina, preparados para usarlos al día siguiente, únicamente tapados por un trapo. En seguida los descubrió y, dejando la vela, empezó a arrojarlo todo al fuego: la paleta, los tubos de colores, los pinceles, el barniz. Vi cómo se consumía todo, las espátulas partidas en dos; el aceite y la esencia de trementina chisporrotearon y avivaron las llamas de la chimenea. Luego llamó al timbre.

—Benson, llévase estas cosas —dijo, señalando el caballete, el lienzo y el bastidor—; y dígle a la doncella que puede encender la cocina con ellas: su señora ya no las necesita.

Benson se quedó aterrorizado y me miró.

—Lléveselas, Benson —le dije; y su señor murmuró una maldición.

—¿Y esto también, señor? —preguntó el atónito sirviente, refiriéndose al cuadro inacabado.

—Eso también —respondió el señor; y todas las cosas desaparecieron.

El señor Huntingdon fue luego arriba. No intenté seguirle, sino que me quedé sentada en el sillón, sin hablar, sin lágrimas y casi rígida, hasta que volvió una media hora después. Acercándose a mí, puso la vela junto a mi rostro y escrutó mis ojos con expresiones y carcajadas demasiado insultantes para que pudiera tolerarlas. Con un repentino golpe tiré la vela al suelo.

—¡Vaya! —murmuró, retrocediendo—. ¡Es un verdadero diablo de odio! ¿Vio alguna vez un mortal ojos semejantes? Brillan en la oscuridad como los de una gata. ¡Oh, vaya dulce gata que estás hecha! —Y diciendo esto recogió del suelo la vela y la palmatoria. Como la primera estaba rota y apagada, llamó para que le trajeran otra.

—Benson, su señora ha roto la vela; traiga otra.

—Se expresa usted primorosamente —observé cuando el criado se fue.

—No dije que la rompiera yo, ¿no? —replicó. Luego dejó caer las llaves en mi regazo—. ¡Aquí tienes! No echarás de menos nada salvo tu dinero y las joyas... y algunas baratijas que creí oportuno guardar conmigo, para que tu espíritu mercantil no tuviera la tentación de convertirlas en oro. He dejado algunas libras en tu monedero, que espero que te duren hasta fin de mes. De todas formas, cuando necesites más serás buena y me dirás en qué lo has gastado. Voy a poner a tu disposición una pequeña gratificación mensual para tus gastos; ya no necesitas preocuparte por mis intereses; buscaré un administrador, querida; no te expondré a la tentación. Y en cuanto a los asuntos domésticos, la señora Graves tendrá cuidado con las cuentas: vamos a seguir un plan completamente nuevo.

—¿Qué gran descubrimiento ha hecho ahora, señor Huntingdon? ¿He intentado acaso estafarle?

—Por lo que parece no exactamente en las cuestiones económicas, pero es mejor mantenerse apartado del camino de la tentación.

Entonces entró Benson con las velas, y luego siguió un breve intervalo de silencio; yo sentada todavía en el sillón y él de pie de espaldas a la chimenea, congratulándose en silencio por mi desesperación.

—Así que —dijo por fin— pensabas deshonrarme escapando y convirtiéndote en una artista, manteniéndote con el trabajo de tus manos ¿verdad? ¡Vaya, vaya! ¿Y pensabas quitarme a mi hijo también, y educarle para que se convirtiera en un asqueroso tendero yanqui, o en un vulgar y miserable pintor?

—Sí, para impedir que se convirtiera en un caballero como su padre.

—Es una suerte que no pudieras guardar tu secreto... ¡Ja ja! Es una suerte que las mujeres no podáis dejar de chismorrear... Si no tenéis una amiga con quien hablar, les contáis vuestros secretos a los peces, o los escribís en la arena, o donde sea; y es una suerte que no me haya excedido esta noche, ahora que lo pienso, pues de lo contrario me habría quedado dormido y nunca hubiera soñado con ver lo que estaba tramando mi dulce esposa, o me habría faltado la fuerza o el juicio necesarios para llevar a cabo mi misión como un hombre, tal como he hecho.

Dejándole entregado a su autocomplacencia, me levanté para asegurar mi manuscrito, pues de pronto recordé que había quedado sobre la mesa del salón, y decidí, si era posible, salvarme de la humillación de verlo en sus manos de nuevo. No podía soportar la idea de verle entretenerse con mis pensamientos y recuerdos íntimos; aunque, indudablemente, leería pocas cosas agradables para él en ellos, salvo en la primera parte. ¡Oh, preferiría quemar todo el

manuscrito antes que leyera lo que había escrito cuando era tan estúpida que le amaba!

—Por cierto —gritó, cuando salía de la habitación—, sería mejor que le dijeras a esa condenada correveidile de niñera que se quite de mi vista durante un día o dos. Le pagaría su sueldo y le ordenaría que se fuera mañana, pero sé que causaría más daños fuera que dentro de casa.

Y cuando salí, siguió maldiciendo e insultando a mi fiel amiga y sirvienta con epítetos que no repetiré para no manchar este papel. Fui a verla tan pronto como puse a salvo mi diario y le conté el fracaso de nuestro proyecto. Se quedó tan angustiada y horrorizada como yo, y más de lo que yo me sentí esa noche, pues estaba en parte bajo los efectos del golpe y en parte excitada y protegida de ellos por la amargura de mi cólera. Pero por la mañana, cuando me desperté sin aquella querida esperanza que había sido mi consuelo y mi apoyo tanto tiempo, y durante todo el día de hoy, cuando deambulaba inquieta y sin rumbo, rehuendo a mi marido, huyendo incluso de mi hijo —sabiendo que no puedo ser ni su maestra ni su compañera, sin esperar nada para su vida futura y deseando ardientemente que no hubiera nacido—, sentí toda la extensión de mi desgracia, y ahora también. Sé que un día tras otro sentiré lo mismo: soy una esclava, una prisionera... pero esto no es nada. Si fuera sólo por mí, no me lamentaría, pero se me prohíbe rescatar a mi hijo de la ruina, y lo que una vez fue mi único consuelo se ha convertido en la mayor causa de desesperación.

¿No tengo fe en Dios? Intento volverme hacia Él y alzar mi corazón al Cielo, pero se hunde en el polvo; sólo puedo decir: «Él me ha cercado para que no pueda salir. Él ha hecho mi cadena pesada». «Me ha llenado de amargura, me ha emborrachado con ajeno»; olvido añadir: «Pero aunque Él cause dolor, Él tendrá compasión, de acuerdo con la grandeza de Su misericordia. Porque Él no afligirá voluntariamente ni oprimirá a los hijos de los hombres». Debería pensar en esto; y este mundo no me deparara más dolor, ¿qué significa la más larga vida de miseria comparada con toda una eternidad de paz? Y en cuanto a mi pequeño Arthur, ¿acaso no tiene más amiga que yo? ¿A quién se le dijo: «No es la voluntad de tu Padre que está en los cielos, que se pierda ni un solo de estos pequeñuelos»?

CAPÍTULO XLI

«LA ESPERANZA BROTA ETERNA EN EL PECHO HUMANO»

20 de marzo. — Ahora que me he librado del señor Huntingdon por una

temporada, mi corazón revive. Me dejó a principios de febrero y en el mismo momento en que se fue, respiré de nuevo y sentí que volvía mi energía vital; no con la esperanza de huir —él se ha cuidado de no dejarme ninguna ocasión posible de hacerlo—, pero sí con la decisión de sacar el mejor partido a las circunstancias en las que me desenvuelvo. Por fin estaba Arthur conmigo solamente; sobreponiéndome a la apatía y desaliento, me dispuse a hacer lo imposible por arrancar todas las malas hierbas que se habían plantado en su mente infantil y sembrar de nuevo la buena ternilla que aquéllas no habían dejado fructificar. Gracias a Dios, no es un terreno baldío o duro; si las malas hierbas crecen rápidas en él, mejor lo harán las plantas. Su sensibilidad es más viva, su corazón más lleno de afecto de lo que haya podido estarlo el de su padre; no es una tarea desesperanza someterle a la obediencia y hacer que ame y conozca a su única amiga verdadera, mientras no haya nadie que anule mis esfuerzos.

Al principio me costó mucho trabajo quitarle todas las malas costumbres que le había enseñado su padre, pero esta dificultad está ya vencida ahora: pocas veces las groserías ensucian su boca y he conseguido que le repugnen todas las bebidas alcohólicas, repugnancia, espero, que ni su padre ni los amigos de su padre sean capaces de vencer. Es una criatura demasiado joven para tener tanta simpatía por ellos, y, acordándome de mi desgraciado padre y del suyo, temí las consecuencias de semejante preferencia. Pero si le hubiera privado de su cantidad habitual de vino, o le hubiera prohibido probarlo por completo, no habría conseguido más que aumentar su preferencia por él y hacer que lo considerara más que nunca como un placer exquisito. Así que le servía tanto como su padre le había acostumbrado a beber, tanto, en realidad, como deseara tomar, pero en cada vaso introducía subrepticamente una pequeña cantidad de tártaro emético: justo lo suficiente para producir inevitablemente náuseas y abatimiento sin que enfermara. Al encontrar que unas consecuencias tan desagradables eran invariablemente el resultado de su gusto por el vino, pronto se hartó de él, pero cuanto más renunciaba a su placer cotidiano, más le instaba yo a que bebiera, hasta que su desgana se convirtió en total aborrecimiento. Cuando le cogió asco a toda clase de vinos, le permití, cuando me lo pedía, que probara brandy con agua, y luego ginebra con agua; porque el pequeño borrachín estaba familiarizado con todas las bebidas, y yo estaba decidida a que las odiase todas por igual. Y esto ya lo he conseguido puesto que afirma que el sabor, el olor, y hasta la sola visión de cualquiera de ellas basta para ponerle enfermo. He dejado de atormentarle con ellas, salvo, de vez en cuando, como objeto de terror, en casos de mal comportamiento: «Arthur, si no eres un niño bueno te daré un vaso de vino», o «Arthur, si vuelves a decir eso te obligaré a beber brandy con agua» es tan buena amenaza como cualquier otra; y una o dos veces, cuando estaba enfermo, he obligado al pobre chiquillo a tragar un poco de vino con agua sin

el tártaro emético, como medicina. Pienso continuar con esta práctica durante bastante tiempo; no es que la crea de verdadera utilidad en su sentido físico, pero estoy decidida a poner todo el poder de asociación a mi servicio: quiero que la aversión se arraigue tan profundamente en su naturaleza que nada en su vida futura pueda ser capaz de vencerla.

Por tanto, me enorgullezco de haberle apartado de este vicio; en cuanto a lo demás, si al volver su padre encuentro alguna razón para temer que mis buenas lecciones serán destruidas, si el señor Huntingdon empieza otra vez el juego de enseñar al niño a odiar y despreciar a su madre y a emular la inmoralidad de su padre, estoy decidida a apartar a mi hijo de sus manos. He ideado otro plan que podría ponerse en práctica en un caso semejante, y si pudiera conseguir la ayuda y el consentimiento de mi hermano, no dudaría de su éxito. La vieja mansión en donde crecimos los dos, y en donde murió nuestra madre, no está habitada ahora, ni está del todo en ruinas, según creo. Si pudiera convencerle de que hiciera habitables una o dos habitaciones y de que me las alquilara como si yo fuera una desconocida, podría vivir allí con mi hijo, bajo un nombre supuesto, manteniéndome con mi arte favorito. Él me prestaría el dinero para empezar, y se lo devolvería y viviría en una modesta independencia y estricta reclusión, pues la casa está situada en un lugar apartado y los alrededores apenas están habitados, y él mismo podría encargarse de la venta de mis cuadros. Tengo todo el plan preparado en la cabeza; lo único que necesito es convencer a Frederick de que el plan es bueno. Va a venir a verme pronto, y entonces le haré la proposición, después de haberle informado sobre las condiciones en las que vivo, lo suficiente para justificar el proyecto.

De hecho, creo que conoce mi situación mucho mejor de lo que debería, teniendo en cuenta lo que le he contado. Digo esto por la tierna tristeza que impregna sus cartas y por las pocas veces que menciona a mi marido, y porque generalmente pone de manifiesto una encubierta acritud cuando se refiere a él; y también por el hecho de que nunca viene a verme cuando el señor Huntingdon está en casa. Sin embargo, nunca ha expresado abiertamente su mala opinión de él ni simpatía por mí; nunca me ha hecho preguntas, o dicho nada que me invite a la confidencia. Si lo hubiera hecho, probablemente yo no habría puesto muchos reparos en abrirme a él. Quizá se siente herido por mi reserva. Es un ser extraño. Me gustaría que nos conociéramos mejor. Él solía pasar un mes en Staningley todos los años antes de que yo me casara; pero, desde la muerte de nuestro padre, sólo le he visto una vez, cuando vino aquí a pasar unos días mientras el señor Huntingdon estaba fuera. Esta vez se quedará muchos días, y habrá entre nosotros más confianza y cordialidad de la que ha habido nunca antes, desde nuestra primera infancia: mi corazón se agarra a él más que nunca y mi alma está harta de soledad.

16 de abril. — Ha venido y se ha ido. No ha estado más de quince días. El tiempo pasó rápida, pero muy, muy dichosamente, y me ha hecho bien. Debo tener un mal carácter, porque mis desgracias me han agriado y amargado en exceso: insensiblemente comenzaba a alimentar sentimientos muy poco amables contra mis congéneres... sobre todo contra los hombres; pero es un consuelo comprobar que al menos hay uno de ellos digno de confianza y estima; sin duda hay más, aunque nunca los he conocido... si exceptúo a lord Lowborough, y fue bastante depravado en otro tiempo. Pero ¿qué habría sido de Frederick, si hubiera vivido en el mundo, mezclado desde la infancia con hombres como los que yo conozco? ¿Y qué será de Arthur, con toda su dulzura natural, si no le salvo de ese mundo y esos compañeros? Comunicué mis temores a Frederick y saqué a relucir el tema de mi plan de rescate la noche siguiente a su llegada, cuando presenté a mi hijito a su tío.

—Es como tú, Frederick —dije—, a veces creo que en algunas de sus tendencias se parece más a ti que a su padre; y eso me gusta.

—Me halagas, Helen —repuso él, acariciando los cabellos suaves, ondulados del niño.

—No, no lo considerarás un cumplido si te digo que preferiría que se pareciera a Benson antes que a su padre.

Él alzó ligeramente las cejas, pero no dijo nada.

—¿Sabes qué clase de hombre es el señor Huntingdon? —dije.

—Creo que me hago una idea.

—¿Te haces una idea tan clara como para poder oír, sin sorpresa ni rechazo, que tengo planeado escapar con este niño a algún refugio escondido en donde podamos vivir en paz y donde no volvamos a verle?

—¿Tan grave es?

—Si no te la haces —continué—, te diré algo más sobre él.

Y le hice una descripción general de su conducta, haciendo hincapié especial en su comportamiento con respecto a su hijo, y le expuse mis temores por el bien de este último, y mi decisión de apartarle de la influencia de su padre.

Frederick se indignó sobremanera con el señor Huntingdon y lamentó mucho mi situación; no obstante, consideró mi proyecto descabellado e impracticable; juzgó mis temores por Arthur desproporcionados a las circunstancias y puso tantas objeciones a mis planes, propuso tantas formas menos drásticas para mejorar mi situación, que me vi obligada a entrar en detalles para convencerle de que mi marido era absolutamente incorregible y de que nada podría persuadirle a renunciar a su hijo, sean cuales fueren las

consecuencias que se derivaran para mí, estando él tan decidido a no permitir que el niño le abandonara como yo lo estaba a no dejar al niño. Y ante eso, no había más solución que la que yo proponía, a no ser que me fuera del país, como había planeado antes. Para evitarlo, Frederick consintió finalmente en tener un ala de la vieja mansión dispuesta para ser habitada, como un lugar de refugio en un momento de necesidad; pero esperaba que yo no me aprovechara de ello, a menos que las circunstancias lo hicieran realmente necesario, lo cual estuve bastante dispuesta a prometer; si pienso sólo en mí, semejante ermita me parece el mismo paraíso, comparada con mi situación actual, pero debo pensar también en mis amigos —en Milicent y Esther, que son como mis hermanas, en los inquilinos de Grassdale y sobre todo en mi tía—, y por tanto me quedará todo el tiempo que me sea humanamente posible.

29 de julio. — La señora Hargrave y su hija han vuelto de Londres. Esther está cansada de su primera temporada en la ciudad; pero su corazón está todavía intacto y sin compromiso. Su madre le buscó un excelente partido, e incluso hizo que el caballero pusiera su corazón y su fortuna a sus pies; pero Esther tuvo la audacia de rehusar tan nobles regalos. Era un hombre de buena familia y rico, pero la díscola muchacha mantuvo que era tan viejo como Adán, feo como un pecado y odioso como... uno al que no mencionaré.

—Pero la verdad es que lo pasé mal por su culpa —me dijo—: mamá se llevó un gran disgusto por el fracaso de su querido proyecto y se enfadó mucho conmigo por resistirme obstinadamente a su deseo, y todavía está enfadada; pero yo no tengo la culpa. Y Walter también está tan disgustado por mi perversidad y mi absurdo capricho, como él lo llama, que me temo que nunca me perdonará. No creí que pudiera ser tan intratable como ha demostrado últimamente. Pero Milicent me suplicó que no cediera, y estoy segura, señora Huntingdon, de que si hubiera visto usted al hombre que querían endosarme, también me habría aconsejado que no lo aceptara.

—Lo habría hecho aunque no lo hubiera visto —dije—. Es suficiente que no te guste.

—Sabía que diría eso; aunque mamá afirmó que usted se quedaría muy impresionada al conocer mi irrespetuosa conducta. No puede imaginarse cómo me sermonea: soy desobediente y desagradecida; estoy frustrando sus deseos, perjudicando a mi hermano y convirtiéndome en una carga para ella... A veces pienso que podrá conmigo, a pesar de todo. Yo soy testaruda, pero ella también lo es, y cuando me dice esas cosas tan desagradables, me pone en un aprieto tan grande que me siento inclinada a hacer lo que me pide, y a hacer de tripas corazón y decir: «¡Está bien mamá, tuya es la responsabilidad!».

—¡Por Dios, no hagas eso! —dije—. Obedecer por ese motivo sería una inmoralidad, y estoy segura de que te acarrearía el fustigo que merece.

Mantente firme y tu madre pronto desistirá de su propósito; el mismo caballero pronto dejará de molestarte con sus atenciones al ver que son decididamente rechazadas.

—¡Oh, no! Mamá cansará a todo el mundo antes de cejar en sus intentos; y en cuanto al señor Oldfield, le ha dado a entendí que yo he rechazado su proposición, no porque me disguste su persona, sino simplemente porque soy joven y atolondrada, y porque por ahora no puedo hacerme a la idea del matrimonio en ningún caso; pero cuando llegue la próxima temporada, no duda que tendré más juicio y espera que mis fantasías juveniles hayan desaparecido. Así que me han traído a casa para instruirme sobre mis deberes, a la espera de que mamá se produzca una nueva oportunidad. La verdad es que creo que mamá no se expondrá a llevarme a Londres otra vez, a menos que yo ceda: no puede permitirse el lujo de llevarme a la ciudad por placer, dice, y no todos los hombres ricos están dispuestos a aceptarme sin fortuna, por muy atractiva que yo me encuentre.

—En fin, Esther, te compadezco; sin embargo, sé firme. Podrías condenarte a la esclavitud para siempre, si te casas con un hombre que no te guste. Si tu madre y tu hermano son insoportables puedes abandonarlos, pero no olvides que estarás encadenada a tu marido para siempre.

—Pero no puedo dejarlos a no ser que me case, y no puedo casarme si nadie me conoce. En Londres conocí a uno o dos caballeros que podían haberme gustado, pero eran hijos menores, y mamá no me permitió tratarlos. Creo que a uno le gustaba, pero ella hizo todo lo posible para que no llegáramos a conocernos mejor. ¿No es indignante?

—No me cabe la menor duda, pero es posible que si te casaras con él, tuvieras más razones para lamentarte que si te casaras con el señor Oldfield. Cuando te aconsejo que no te cases sin amor, no te aconsejo que te cases sólo por amor. Hay otras muchas cosas que deben considerarse. Mantén el corazón y la mano bajo tu dominio hasta que veas una buena razón para entregarlos; y si nunca llegara a presentarse una ocasión semejante, consuela tu espíritu con esta reflexión: aunque la vida de soltera no depara muchas alegrías, al menos las tristezas no son más de las que pueden soportarse. El matrimonio puede hacer que tu situación mejore, pero en mi opinión es mucho más probable el resultado contrario.

—Eso piensa Milicent; pero permítame que le diga que yo pienso de otra manera. Si me viera condenada a ser una vieja solterona, dejaría de valorar mi vida. La idea de vivir año tras año en el Grove, dependiendo de mamá y Walter, como una carga más de la finca (como ahora sé que me considerarían), es totalmente inaguantable. Preferiría escaparme con el mayordomo.

—Admito que tus circunstancias son especiales, pero ten paciencia,

querida; no hagas nada precipitadamente. Recuerda que sólo tienes diecinueve años, y tienen que pasar todavía muchos antes de que alguien te considere una vieja solterona: no sabes lo que la Providencia te tiene reservado. Y entretanto recuerda que tienes derecho a la protección y el apoyo de tu madre y tu hermano, por mucho que les moleste concedértelos.

—Es usted muy seria, señora Huntingdon —dijo Esther, después de una pausa—. Cuando Milicent expresó las mismas descorazonadoras ideas sobre el matrimonio, le pregunté si era feliz: dijo que lo era; pero le creí sólo a medias; y ahora debo preguntarle lo mismo a usted.

—Es una pregunta muy impertinente —dije, riéndome— para que la haga una muchacha a una mujer casada mucho mayor que ella, y no voy a responderle.

—Perdóneme, querida señora —se echó en mis brazos riéndose y besándome con un afecto festivo; pero sentí que una lágrima caía en mi cuello cuando apoyó su cabeza en mi pecho y siguió hablando con una mezcla de tristeza y frivolidad, timidez y audacia—. Sé que no es tan feliz como me gustaría que fuera, porque se pasa la mitad de su vida sola en Grassdale, mientras el señor Huntingdon anda por ahí divirtiéndose donde y cuando quiere. Espero que mi marido no disfrute más que de aquello que comparta conmigo; y si su mayor placer no fuera disfrutar de mi compañía... pues... sería peor para él... nada más.

—Si eso es lo que esperas del matrimonio, Esther, de verdad, debes ser cuidadosa al elegir marido; de lo contrario, no debes casarte.

CAPÍTULO XLII

UNA REFORMA

1 de septiembre. — Ningún asomo del señor Huntingdon todavía. Quizá se quede con sus amigos hasta Navidad; y luego, la próxima primavera estará fuera otra vez. Si sigue de este modo, seré capaz de vivir en Grassdale bastante bien, es decir, seré capaz de vivir, y eso es bastante. Incluso una reunión casual de amigos en la época de caza puede soportarse, siempre que Arthur siga tan firmemente ligado a mí, tan afianzado en el buen sentido y en los buenos principios antes de que ellos vengán, que yo sea capaz, por medio de la razón y el cariño, de mantenerle insensible a su influencia. ¡Vana esperanza, me temo! Sin embargo, hasta que llegue ese tiempo de prueba, dejaré de pensar en mi tranquilo refugio en la querida y vieja mansión.

El señor y la señora Hattersley han estado quince días en el Grove; como el

señor Hargrave está ausente todavía y el tiempo era excelente, no dejé de ver ni un solo día a mis dos amigas, Milicent y Esther, aquí o allí. En una ocasión en que el señor Hattersley las había traído a Grassdale en el faetón, junto con los pequeños Helen y Ralph, y estábamos divirtiéndonos en el jardín, tuve unos minutos de conversación con ese caballero, mientras las damas se entretenían con los niños.

—¿Quiere saber algo de su marido, señora Huntingdon? —preguntó.

—No, a no ser que pueda decirme cuándo vendrá a casa.

—No lo sé. Usted no quiere que venga, ¿verdad? —dijo con cara risueña.

—No.

—Bueno, creo que está usted mejor sin él. Por mi parte estoy francamente harto de él. Le dije que dejaría de verle si no modificaba sus costumbres... y no lo hizo; así que le dejé. Como ve, soy un hombre mejor de lo que usted cree y, lo que es más, tengo el firme propósito de lavarme completamente las manos en lo que a él se refiere, y a todos ellos, y de comportarme de ahora en adelante con toda honestidad y moderación, como debe hacer un cristiano y un padre de familia. ¿Qué le parece?

—Es una decisión que debería haber tomado hace mucho tiempo.

—Bueno, todavía no tengo treinta años; no es demasiado tarde ¿no?

—No; nunca es demasiado tarde para reformarse, siempre que se tenga el deseo de hacerlo y la fuerza de voluntad necesaria para cumplir con el propósito.

—Si quiere que le diga la verdad, he pensado en ello muy a menudo antes, pero, al fin y al cabo, Huntingdon es un compañero tan condenadamente agradable... No puede imaginarse lo jovial y encantador que es cuando no está completamente borracho, sino algo achispado o medio bebido... En el fondo de nuestro corazón todos tenemos debilidad por él, aunque no nos merece respeto.

—¿Pero desearía usted ser como él?

—No, prefiero ser como soy, aunque sea malo.

—No puede usted seguir siendo tan malo como es sin volverse peor y más embrutecido cada día, y por tanto más parecido a él.

No pude evitar sonreírme ante la expresión cómica, medio indignada, medio confundida, que puso ante esta forma poco habitual de dirigirme a él.

—No se inquiete porque le hable tan claramente —dije—; lo hago con la mejor intención. Pero dígame, ¿le gustaría que sus hijos fueran como el señor

Huntingdon, o incluso como usted?

—¡Caramba! No.

—¿Le gustaría que su hija le despreciara o, al menos, que no sintiera el menor respeto por usted, ni más afecto que el que está impregnado de la más amarga de las penas?

—¡Oh, no! No podría soportarlo.

—Y por último, ¿le gustaría que su esposa estuviera dispuesta a meterse bajo tierra cuando oyera hablar de usted? ¿Y que le repugnara el solo sonido de su voz y se estremeciera cuando se aproximara usted a ella?

—Nunca lo hará; le gusto lo mismo, haga lo que haga.

—¡Imposible, señor Hattersley! Usted toma su silenciosa sumisión por afecto.

—Rayos y truenos...

—Vamos, no arme un escándalo por eso. No pretendo insinuar que no le ama; le ama, y mucho más de lo que usted se merece; pero estoy segura de que si usted se portara mejor, le amaría más, y si se portara peor, le amaría cada vez menos, hasta que todo se convertiría en temor, aversión y amargura, si no en odio y desprecio secretos. Pero, dejando el tema del cariño, ¿le gustaría convertirse en un tirano para ella, hacer desaparecer todo rayo de luz de su vida y hacerla absolutamente desgraciada?

—Naturalmente que no; no lo hago, ni pienso hacerlo.

—Se ha acercado a ello más de lo que usted supone.

—¡Bueno, bueno! No es la criatura susceptible, angustiada, preocupada que usted se imagina: es una persona dócil, pacífica y cariñosa; capaz de ser bastante arisca a veces, pero en general tranquila y alegre, y dispuesta a tomar las cosas como vienen.

—Piense en cómo era hace cinco años, cuando se casó usted con ella, y en cómo es ahora.

—Ya sé... Entonces era una jovencita regordeta con una bonita cara sonrosada y pálida; ahora es una criatura pequeña, que se consume y se deshace como un copo de nieve. Pero ¡caramba!, eso no es culpa mía.

—¿Entonces a qué se debe? No a los años, pues no tiene más de veinticinco.

Tiene una salud delicada, y..., ¡maldita sea, señora! ¿En qué quiere convertirme? Además, no cabe duda de que los niños le dan bastantes quebraderos de cabeza.

—No, señor Hattersley, los niños le causan más placer que dolor: son niños excelentes, de buen carácter...

—Ya lo creo... ¡Dios los bendiga!

—¿Por qué echarles la culpa entonces? Le diré lo que es: es el desgaste silencioso y la constante angustia por culpa de usted, mezclados, sospecho, con un miedo físico por parte de ella. Cuando usted se porta bien, sólo se atreve a alegrarse con miedo; no tiene seguridad, ni confianza en su juicio o en sus principios, sino que está siempre temiendo el final de una felicidad pasajera; cuando usted se porta mal, sólo podría enumerar todos los motivos de su terror y su tristeza. Al soportar en silencio la maldad, ella se olvida de que es nuestro deber llamar la atención a nuestros semejantes por sus transgresiones. Puesto que usted toma su silencio por indiferencia, venga conmigo y le enseñaré una o dos cartas suyas; esto no es traicionar su confianza, puesto que es usted su otra mitad.

Me acompañó hasta la biblioteca. Busqué y puse en sus manos dos cartas de Milcent; una estaba fechada en Londres y había sido escrita durante una de las temporadas más frenéticas de temeraria disipación de su marido; la otra, en el campo, en un intervalo lúcido. La primera mostraba preocupación y angustia; no le acusaba a él, pero lamentaba profundamente que tuviera relación con sus libertinos camaradas, el procaz señor Grimsby y los demás, insinuando cosas desagradables sobre el señor Huntingdon, y echando de la manera más ingeniosa la culpa del mal comportamiento de su marido sobre los hombros de los demás. La segunda estaba llena de esperanza y alegría, si bien con la trémula conciencia de que esta felicidad no iba a durar; ponía la bondad de él por las nubes, pero se notaba un deseo medio expresado de que estuviera basada en un terreno más sólido que el de los impulsos espontáneos del corazón, un temor, a medias profético, a la caída de aquel hogar cimentado sobre la arena... caía que se produjo poco después, como Hattersley debió de darse cuenta mientras leía.

Casi al comienzo de la primera carta tuve el inesperado placer de verle ruborizarse; pero inmediatamente me dio la espalda y continuó la lectura junto a la ventana. Cuando le llegó el turno a la segunda le vi una o dos veces pasarse apresuradamente la mano por la cara. ¿Quizá fue para secarse una lágrima? Cuando terminó, hubo un intervalo que empleó en aclararse la garganta y mirar por la ventana, y luego, después de silbar algunos compases de una de sus tonadas favoritas, se giró, me devolvió las cartas y me estrechó silenciosamente la mano.

—Dios sabe que he sido un bribón execrable —dijo, al tiempo que me la apretaba—, pero ya verá usted cómo doy satisfacción por ello. ¡Que me condene si no lo hago!

—No se maldiga, señor Hattersley. Si Dios hubiera tenido en cuenta la mitad de sus invocaciones como ésta, hace tiempo que estaría en el infierno; y usted no puede dar cumplida satisfacción por el pasado cumpliendo con su deber en el futuro, puesto que su deber no es más que lo que le debe usted a su Creador, y no puede hacer otra cosa que cumplirlo: es otro quien debe dar satisfacción por sus delitos pasados. Para reformarse, invoque la bendición de Dios y Su misericordia: no Su condena.

—Dios me ayude, entonces, porque estoy seguro de que lo necesito. ¿Dónde está Milicent?

—Allí viene con su hermana.

Salió por la puerta de cristal y fue a su encuentro. Yo le seguí a poca distancia. Con cierta sorpresa por parte de su esposa, él la alzó en brazos del suelo y la saludó con un beso sincero y un fuerte abrazo; luego le puso las manos en los hombros y le hizo saber, supongo, parte de las grandes cosas que tenía intención de hacer, pues Milicent, de pronto, le rodeó con sus brazos y exclamó rompiendo a llorar:

—Hazlo, hazlo, Ralph... ¡Seremos tan felices...! ¡Qué bueno eres!

—Nada de eso, no lo soy —le dijo, obligándola a volverse y empujándola hacia mí—. Agradéceselo a ella.

Milicent corrió a agradecerme, llena de gratitud. Negué que tuviera ningún mérito, diciéndole que su marido estaba dispuesto a enmendarse antes de que yo añadiera mi pizca de exhortación y ánimo, y que sólo había hecho lo que ella podía... o debería haber hecho.

—¡Oh, no! —exclamó—. Estoy segura de que no hubiera podido influir en él con nada que le hubiera dicho. Si lo hubiera intentado, sólo le habría fastidiado con mis torpes empeños persuasivos.

—Nunca lo intentaste, Milly —replicó él.

Poco después se despidieron. Ahora han ido a visitar al padre de Hattersley. Después volverán a su casa en el campo. Espero que los buenos propósitos de él no se frustren y que la pobre Milicent no se lleve otra decepción. Su última carta estaba llena de alegría por el presente y de agradables premoniciones del futuro; sin embargo, a él todavía no se le ha presentado una ocasión particularmente tentadora que ponga a prueba su virtud. No obstante, a partir de ahora ella será, sin duda, algo menos tímida y reservada, y él más bondadoso y reflexivo. Seguramente, pues, las esperanzas de ella no son infundadas; y yo tengo, por lo menos, un punto luminoso adonde dirigir mis pensamientos.

CAPÍTULO XLIII

MÁS ALLÁ DEL LÍMITE

10 de octubre. — El señor Huntingdon regresó hace unas tres semanas. No me molestaré en describir su aspecto, su conducta, su conversación y mis sentimientos con respecto a él. Sin embargo, al día siguiente de su llegada, me sorprendió anunciándome su intención de procurarle una institutriz al pequeño Arthur; le dije que era absolutamente innecesario, por no decir ridículo, de momento: yo creía que era plenamente competente para la tarea de enseñarle, en los próximos años, por lo menos. La educación del niño era el único placer y la única ocupación de mi vida y, puesto que él me había apartado de todas las demás, estaba segura de que no le costaría ningún trabajo dejar ésta en mis manos.

Me dijo que yo no era la persona adecuada para enseñar a los niños o estar con ellos: ya había reducido al pequeño a poco menos que un autómatas, había estropeado su excelente predisposición con mi rígida severidad; y acabaría haciendo desaparecer toda la alegría de su corazón, convirtiéndole en un niño tan ascético y sombrío como yo misma, si seguía teniéndolo a mi cargo mucho más tiempo. La pobre Rachel fue también víctima de sus abusos verbales, como de costumbre; no puede soportar a Rachel porque sabe que ella tiene una opinión acertada de él.

Yo defendí serenamente nuestras respectivas actitudes como institutriz y niñera, y me resistí firmemente al aumento de nuestra sociedad familiar; pero él me atajó diciendo que era inútil discutir sobre el asunto, porque ya había contratado a una institutriz, que iba a llegar la próxima semana; así que lo único que tenía que hacer yo era tenerlo todo dispuesto para recibirla. Ésta era una información bastante sorprendente. Me aventuré a preguntar su nombre y sus señas, quién se la había recomendado, o por qué la había elegido.

—Es una joven muy estimable y religiosa —dijo—; no tienes por qué preocuparte. Su nombre es Myers, creo; y me la recomendó una respetable viuda, una dama de gran reputación en el mundo religioso. No la he visto y por tanto no puedo darte ninguna información sobre su persona o su trato; pero, si los elogios de la vieja dama son exactos, la encontrarás en posesión de todas las virtudes deseables para su puesto... sobre todas, un amor poco común por los niños.

Dijo todo esto con seriedad y tranquilidad, pero había un demonio risueño en su mirada medio desviada que no presagiaba nada bueno. Sin embargo, pensé en mi refugio del condado de... y no puse más objeciones.

Cuando llegó la señorita Myers, yo no estaba preparada para darle una bienvenida muy cordial. Su aspecto no estaba calculado para producir una impresión precisamente favorable, a primera vista, ni sus modales ni su conducta posterior, de ninguna manera, hicieron cambiar el prejuicio que había concebido contra ella. Su talento era limitado, su inteligencia no superaba la mediocridad. Tenía una voz excelente y podía cantar como un ruiseñor, acompañándose bastante bien al piano; pero éstas eran todas sus habilidades. Había en su rostro una expresión astuta y sutil, un eco de ella en su voz. Parecía tenerme miedo, y se sobresaltaba si me acercaba inesperadamente a ella. En su comportamiento era respetuosa y complaciente, incluso servil: al principio intentó halagarme y adularme, pero en seguida le puse freno. Su cariño por su pequeño discípulo era forzado y me vi obligada a reconvenirla respecto a la excesiva indulgencia y a las alabanzas poco juiciosas; pero era incapaz de ganarse el corazón del niño. Su religiosidad consistía en suspirar de vez en cuando, alzar lo ojos al techo y pronunciar algunas vulgaridades de beata. Me dijo que era hija de un clérigo y que se había quedado huérfana siendo niña, pero que había tenido la buena suerte de encontrar una colocación en una familia muy religiosa. Luego habló con tanto agradecimiento de la bondad de todos sus miembros, que me reproché a mí misma mis pensamientos poco caritativos y mi conducta poco amistosa y me ablandé durante cierto tiempo —pero no mucho—; las causas de mi disgusto eran demasiado racionales, mis sospechas, demasiado bien fundadas para que fuera de otra manera; sabía que mi deber era mantenerme alerta y hacer averiguaciones hasta que mis sospechas desaparecieran o se confirmaran plenamente.

Le pregunté el nombre y la dirección de la bondadosa y religiosa familia. Ella mencionó un nombre común y un lugar o domicilio distante y desconocido, pero me dijo que estaban ahora en el Continente y que su dirección actual la desconocía. Nunca la vi hablar mucho con el señor Huntingdon, pero él hacía frecuentes visitas al cuarto de estudio para ver qué tal le iba a Arthur con su nueva compañera cuando yo no estaba. Por la noche se sentaba con nosotros en el salón, cantaba y tocaba el piano para entretenerle —o entretenernos, como ella pretendía— y estaba muy atenta a sus deseos, anticipándose a ellos, aunque sólo hablaba conmigo —la verdad es que él pocas veces estaba en condiciones de que le dirigieran la palabra—. Si hubiera sido otra persona, hubiera visto su presencia como un alivio, pero para eso habría tenido que olvidar la vergüenza de que alguna persona decente viera a mi marido en el estado en que se encontraba a menudo.

No puse a Rachel al corriente de mis sospechas; pero ella, que ya llevaba medio siglo en esta tierra de pecado y tristeza, había aprendido a sospechar por su cuenta. Desde el principio me dijo que «la nueva institutriz la ponía enferma», y pronto me di cuenta de que la vigilaba tan estrechamente como

yo; me sentí satisfecha por ello, pues deseaba conocer la verdad. La atmósfera de Grassdale era sofocante para mí, y sólo me daba ánimos pensar en Wildfell Hall.

Por fin, una mañana, Rachel entró en mi alcoba con tal información que tomé la decisión antes de que ella hubiera dejado de hablar. Mientras me vestía le expliqué mis intenciones y la ayuda que iba a pedirle, y le expliqué qué cosas más tenía que empaquetar y cuáles tenía que quedarse para ella, puesto que yo no tenía medios para recompensarla por este súbito despido después de su largo y fiel servicio, una circunstancia que yo lamentaba profundamente, pero que no podía evitar.

—¿Y qué hará usted, Rachel? —dije—. ¿Se irá a su casa, o buscará otra?

—No tengo más hogar que el suyo, señora —respondió—; y si la dejo, no volveré a servir en una casa mientras viva.

—Pero ahora no puedo permitirme vivir como una señora —repliqué—: tengo que hacer yo misma de criada y niñera.

—¿Qué importa eso? —repuso ella, algo emocionada—. Necesitará a alguien que limpie, lave y cocine, ¿no? Yo puedo hacerlo; y no se preocupe en absoluto por los honorarios. Todavía conservo mis pequeños ahorros, y si usted no me lleva tendré que buscar alojamiento fuera de aquí o, si no, trabajar entre extraños, y a eso no estoy acostumbrada. Así que puede pedirme lo que quiera, señora.

Su voz temblaba al hablar y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Nada me gustaría más, Rachel, y le pagaría el mejor sueldo que pudiera... el mismo que pagaría a cualquier criada que pudiera emplear; pero ¿no se da cuenta de que se arrastraría conmigo cuando no ha hecho nada para merecerlo?

—¡Oh, tonterías! —exclamó.

—Además, mi futura forma de vida será tan completamente diferente a la del pasado, tan diferente a todo lo que ha estado usted acostumbrada...

—¿Cree usted, señora, que no puedo soportar lo que mi ama puede? No soy tan orgullosa y delicada... y mi pequeño señor, además... ¡Dios le bendiga!

—Pero yo soy joven, Rachel; no me importará; y Arthur lo es también; para él no será nada.

—Tampoco para mí: no soy tan vieja; puedo soportar la comida escasa y el trabajo duro si se trata de ayudarlos a ustedes, a los que he amado como si fueran mis hijos. Para lo que soy vieja es para soportar la idea de dejarlos

preocupados y en peligro, y de marcharme a vivir entre extraños.

—¡Entonces no irás, Rachel! —grité, abrazando a mi fiel amiga—. Marcharemos todos juntos y ya verás qué bien te sienta la nueva vida.

—¡Dios la bendiga! —gritó ella, devolviéndome afectuosamente el abrazo—. Salgamos de esta casa perversa y ya verá cómo nos las arreglamos bien.

—Eso creo yo —fue mi respuesta; de esta forma este asunto quedó solucionado.

Por el correo de la mañana le envié unas apresuradas líneas a Frederick, rogándole que dispusiera el refugio para mi inmediata recepción, porque probablemente lo necesitaría al día siguiente de recibir la nota, y le explicaba, en pocas palabras, la causa de mi repentina decisión. Luego escribí tres cartas de despedida: la primera a Esther Hargrave, en la que le decía que me era absolutamente imposible permanecer más tiempo en Grassdale, o dejar a mi hijo en las manos de su padre; y que, como era de la mayor importancia que nuestra futura residencia fuera ignorada por él y sus conocidos, se lo revelaría únicamente a mi hermano, a través del cual aún esperaba mantener contacto con mis amigas. Luego le daba su dirección y la exhortaba a que escribiera con frecuencia, reiterando algunos de los consejos que había dado en lo relativo a sus propios intereses; finalmente me despedía con un cariñoso abrazo.

La segunda carta era para Milicent; le decía más o menos lo mismo, pero de una manera más confidencial, como correspondía a nuestra vieja intimidad y a su mayor experiencia y conocimiento de mis circunstancias.

La tercera era para mi tía, un empeño mucho más difícil y doloroso, por lo que la escribí en último lugar; pero tenía que darle alguna explicación de la extraordinaria decisión que había tomado y hacerlo rápidamente, pues ella y mi tío se enterarían sin duda de mi marcha uno o dos días después de mi desaparición, puesto que era probable que el señor Huntingdon se dirigiera inmediatamente a ellos para saber qué había sido de mí. Al fin le decía que me daba cuenta de mi error: no me quejaba de su castigo, pero lamentaba tener que molestar a mis amigos con sus consecuencias; pero, por el bien de mi hijo, no debía conformarme más tiempo; era absolutamente necesario librarle de la corruptora influencia de su padre. Ni siquiera a ella podía revelarle la dirección de mi refugio, con el fin de que ella y mi tío pudieran, con razón, negar el conocimiento de cualquier dato referente a aquél; pero todas las cartas que me escribieran, enviadas en un sobre dirigido a mi hermano, me llegarían con seguridad. Esperaba que tanto ella como mi tío comprendieran el paso que había dado, pues si lo supieran todo, estaba segura de que no me lo reprocharían; confiaba en que no se afligirían por mi culpa, porque una vez que llegara a mi retiro a salvo y me quedara allí sin que nadie me molestara,

sería muy feliz, aunque los echaría de menos; y me sentiría muy satisfecha de dedicar mi vida, en la oscuridad, a educar a mi hijo y enseñarle a no cometer los errores de sus padres.

Todas estas cosas las hice ayer: he dedicado dos días enteros a los preparativos de nuestra marcha, para que Frederick tuviera más tiempo para tener a punto las habitaciones y Rachel para empaquetar las cosas, ya que esta última tarea ha tenido que realizarse con la mayor cautela y discreción, y sólo yo podía ayudarla: soy capaz de reunir las cosas, pero no conozco arte de meterlas en cajas de forma que ocupen el menor espacio posible; y hay que meter sus cosas, las de Arthur y las mías. Difícilmente puedo permitirme dejar nada, puesto que no te dinero, salvo algunas guineas en mi monedero; además, como observó Rachel, todo lo que deje muy posiblemente pasará a propiedad de la señorita Myers, y no me agrada la idea.

¡Pero cuántos esfuerzos me ha costado aparentar calma y tranquilidad estos dos días, encontrarme con los dos como de costumbre, cuando me veía obligada a hacerlo, vencer mi resistencia a dejar al pequeño Arthur en manos de ella durante horas! Mas confío en que estas pruebas hayan acabado: lo he acostado en mi cama para mayor seguridad y nunca más, confío, serán profanados sus inocentes labios por los besos corruptores de esos dos, ni sus oídos mancillados por sus palabras. Pero ¿lograremos escapar? ¡Oh, ojalá hubiera llegado la mañana y estuviéramos de camino! Esta noche, después de haber ayudado a Rachel todo lo que pude y cuando no me quedaba sino; esperar, confiar y temblar, me puse tan nerviosa que no sabía qué hacer. Bajé a cenar, pero no fui capaz de comer. El señor Huntingdon hizo notar la circunstancia.

—¿Qué te pasa? —dijo, cuando le retiraron el segundo plato.

—No me encuentro bien —respondí—: creo que debo tenderme un rato. ¡No me echarás mucho de menos!

—Ni lo más mínimo; si dejas la silla vacía será lo mismo... Quizá un poco mejor —murmuró cuando salía de la habitación—, porque puedo imaginarme que la ocupa otra persona.

«Puede que mañana la ocupe otra persona», pensé, pero no lo dije.

—¡En fin! Espero que ésta sea la última vez que te veo —murmuré al cerrar la puerta.

Rachel insistió en que descansara a fin de recuperar fuerzas para el viaje de mañana, ya que debemos irnos antes de que amanezca, pero en mi actual estado de excitación nerviosa no podía ni pensar en ello. Tampoco podía pensar en sentarme o deambular por mi habitación, contando las horas y los minutos hasta el momento señalado, forzando mi oído y estremeciéndome ante

cada ruido, para que nadie nos descubriera y nos traicionara después de tanto cuidado. Cogí un libro e intenté leer. Mis ojos recorrían las páginas, pero me resultaba imposible concentrarme en su contenido. ¿Por qué no recurrir al viejo expediente, y añadir este último acontecimiento a mi crónica? Abrí las páginas de mi diario una vez más y escribí todo lo anterior... con dificultad al principio; pero poco a poco mi espíritu se fue serenando. Así han transcurrido varias horas: se acerca el momento; ahora mis ojos están cansados y mi cuerpo exhausto: encomendaré mi causa a Dios, me acostaré y ganaré una o dos horas de sueño; ¡y luego...!

El pequeño Arthur duerme profundamente. Toda la casa está en silencio: no puede haber nadie vigilando. Las cajas han sido atadas por Benson, y silenciosamente llevadas a las escaleras de atrás después de ponerse el sol, y enviadas en un carro a la agencia de transportes de M... En las etiquetas puse el nombre de señora Graham, que es el que pienso adoptar de ahora en adelante. El nombre de soltera de mi madre era Graham, así que pienso que tengo cierto derecho a adoptarlo, y lo prefiero a cualquier otro, excepto el mío, que no me atrevo a seguir utilizando.

CAPÍTULO XLIV

EL RETIRO

24 de octubre. — ¡Gracias a Dios, por fin estoy libre y a salvo! Nos levantamos temprano, nos vestimos con rapidez y en silencio, bajamos al vestíbulo lenta y furtivamente. Allí nos esperaba Benson con una luz, dispuesto a abrirnos la puerta y cerrarla detrás de nosotros. Nos vimos obligadas a permitir que un hombre conociera nuestro secreto, a causa de las cajas, etc. Todos los criados están de sobra familiarizados con la conducta de su amo, y Benson o John hubieran estado dispuestos a ayudarme, pero como el primero era el de más edad y el más juicioso, y además un compinche de Rachel, le indiqué a ella naturalmente que lo eligiera como ayudante y confidente en esta ocasión, en la medida que fuera necesario. Sólo espero que no le traiga complicaciones, y me gustaría poder recompensarle por el peligroso servicio que no dudó en hacer. Deslicé dos guineas en su mano como recuerdo, mientras estaba en el vano de la puerta, levantando la vela para iluminar nuestra partida, con una lágrima en sus honestos ojos grises y un montón de buenos deseos en su solemne semblante. ¡Ay!, no podía ofrecer más: apenas me quedaba dinero suficiente para los gastos del viaje.

¡Qué estremecida alegría cuando el portillo se cerró cuando salimos del parque! Luego, durante un momento, me detuve, para aspirar una bocanada de

aquel aire fresco, tonificante, y aventuré una mirada a la casa. Todo estaba a oscuras y en silencio; no brillaba ninguna luz en las ventanas; ninguna espiral de humo oscurecía las estrellas que resplandecían por encima de ella en el firmamento helado. Al despedirme para siempre de aquel lugar, el escenario de tanta transgresión y tanto sufrimiento, me alegré de no haberlo dejado antes, porque ahora no me quedaba duda sobre la propiedad de un paso semejante, ni sombra de remordimiento por aquel a quien dejaba: nada perturbaba mi alegría salvo el temor a ser descubierta; y cada paso nos alejaba más de esa posibilidad.

Habíamos dejado Grassdale muchos kilómetros atrás cuando el sol, redondo y rojo, se alzó para saludar nuestra liberación, y si cualquier habitante de su vecindad tuvo la oportunidad de vernos entonces, mientras dábamos tumbos sentados en el coche, dudo de que sospechara nuestra identidad. Como pretendía pasar por una viuda creí aconsejable entrar en mi nueva residencia vestida de luto: así que iba ataviada con un sencillo vestido de seda negro y cubierta por un velo también negro (que me cuidé de que me cubriera la cara durante los primeros treinta o cuarenta kilómetros del viaje), y un sombrero negro de seda que no tuve más remedio que pedirle prestado a Rachel, ya que yo no disponía de una prenda semejante; no era de última moda, pero no podía quejarme teniendo en cuenta las circunstancias. Arthur iba vestido con su ropa más sencilla y envuelto en una rústica manta de lana; Rachel iba enfundada en una capa con capucha que había conocido mejores días y que le daba el aspecto de una mujer vieja vulgar pero decente, más que el de la doncella de una dama.

Oh, qué delicia era ir sentada allí arriba, deslizándome ruidosamente por el ancho y soleado camino, y notar la fresca brisa de la mañana en mi rostro, rodeada por la fragancia una tierra desconocida —que sonreía alegre y esplendorosamente en el resplandor amarillento de aquellos rayos tempranos—, con mi querido hijo en los brazos, casi tan feliz como yo, y mi fiel amiga a mi lado; ¡una prisión y la desesperación detrás de mí, alejándose más y más cada vez que oía los cascos de los caballos, y la libertad y la esperanza por delante! Apenas pude reprimir mis alabanzas en voz alta a Dios por mi liberación o asombrar a mis compañeros de viaje con algún: inesperado estallido de hilaridad.

Pero el viaje fue muy largo y todos nos cansamos bastante antes de que concluyera. Era noche cerrada cuando llegamos a la ciudad de L..., y aún estábamos a unos diez kilómetros de nuestro destino; no pudimos conseguir otro vehículo —o medio de transporte— que un carro común, y esto con gran dificultad, pues la mitad de la ciudad estaba ya en la cama. Y con él la última etapa de nuestro viaje fue agotadora, con frío y cansados como estábamos. Íbamos sentados en nuestras cajas, sin nada a que agarrarnos, nada sobre lo

que recostarnos, lentamente arrastrados y sacudidos por los abruptos y escarpados caminos. Pero Arthur se había dormido en el regazo de Rachel y entre las dos nos las arreglamos bastante bien para protegerle del aire frío de la noche.

Por fin comenzamos a ascender por un empinado y pedregoso sendero, que, a pesar de la oscuridad, Rachel dijo recordar bien: había paseado a menudo por allí conmigo en los brazos, y nunca pensó que volvería a él tantos años después y en unas circunstancias como aquéllas. Como Arthur se había despertado con las sacudidas y las detenciones repentinas, nos bajamos todos y nos pusimos a caminar. No nos quedaba mucho trecho; pero ¿y si Frederick no hubiera recibido mi carta, no hubiera tenido tiempo de prepararnos las habitaciones y las encontraríamos oscuras, húmedas, inhabitables, sin comida, ni fuego, ni muebles, después de todo nuestro afán?

Por fin el austero y oscuro edificio apareció ante nosotros. El sendero nos condujo a la parte de atrás. Entramos en el desolado patio trasero, y conteniendo la respiración inspeccionamos la ruinosa mole. ¿Era toda ella negrura y desolación? No; un débil resplandor rojo nos dio ánimos desde una ventana cuyo enrejado estaba en buenas condiciones. La puerta estaba cerrada, pero después de llamar con los nudillos, y esperar, y cruzar unas palabras con una voz que sonaba en una ventana de arriba, una mujer de edad, que había sido encargada de airear y guardar la casa hasta nuestra llegada, nos hizo entrar en una pequeña pieza bastante abrigada, la antigua despensa de la mansión, que Frederick había habilitado como cocina. Aquí ella nos proveyó de una luz, avivó el fuego hasta que surgieron unas llamas reconfortantes, e inmediatamente preparó un sencillo refrigerio para que repusiéramos fuerzas; mientras, nos desembarazamos de nuestros atavíos de viaje, y echamos una rápida ojeada a nuestro nuevo hogar. Además de la cocina había dos dormitorios, un salón bastante grande, y otro más pequeño, que decidí convertir en mi estudio, todos bien aireados y aparentemente bien reformados, aunque sólo en parte decorados con algunos viejos muebles de roble oscuro: los mismos que habían estado allí antes, y que habían sido guardados como reliquias de anticuario en la residencia actual de mi hermano, y que ahora, a toda prisa, habían sido de nuevo trasladados.

La anciana mujer nos llevó la cena a Arthur y a mí al salón, y me dijo, ceremoniosamente, que «el señor presentaba sus respetos a la señora Graham, y que había preparado las habitaciones lo mejor que había podido teniendo en cuenta lo precipitado del aviso, pero que él personalmente tendría el placer de visitarla mañana, para cumplir sus órdenes».

Sentí una gran satisfacción al subir la austera escalera de piedra y echarme en la lúgubre y antigua cama, junto a mi pequeño Arthur. Él se quedó dormido en seguida; a mí, cansada como estaba, la emoción y los pensamientos

inquietos me tuvieron despierta hasta que la aurora comenzó a disipar las tinieblas; pero el sueño fue dulce y reconfortante cuando llegó, y el despertar fue delicioso más allá de toda expresión. Fue el pequeño Arthur quien me despertó con sus cariñosos besos. ¡Allí estaba él, pues, a salvo entre mis brazos, y a mucha leguas de su indigno padre! La clara luz del día iluminaba la habitación; el sol estaba en la cúpula del cielo, aunque oscurecido por las ondulantes masas de la niebla otoñal.

El escenario no era especialmente alegre en sí mismo, dentro ni fuera. La inmensa y vacía habitación, con su antiguo y austero mobiliario, la estrecha ventana enrejada que dejaba ver el cielo sombrío y gris en lo alto y la tierra desolada yerma de abajo, donde los muros de piedra oscura y la puerta de hierro, el nutrido espesor de la hierba y la maleza, y las robustas siemprevivas de formas extraordinarias eran las únicas señales que quedaban de que allí había habido un jardín, y los campos desolados y baldíos de más allá... todo podía haberme parecido horriblemente tenebroso en otra época, pero ahora cada una de estas cosas parecía devolver como un eco mi regocijante sensación de libertad: visiones indefinidas del pasado lejano y luminosas anticipaciones del futuro parecían saludarme en cada recodo. Me habría regocijado con más seguridad, naturalmente, si el ancho mar se extendiera entre mi hogar anterior y éste, pero seguramente en este lugar solitario podría pasar inadvertida; además, tenía a mi hermano aquí para alegrar mi soledad con sus ocasionales visitas.

Vino esa mañana y he tenido varias entrevistas con él a solas; pero se ve obligado a ser muy prudente sobre cuándo y cómo viene; ni siquiera sus criados, ni sus mejores amigos deben estar al corriente de sus visitas a Wildfell, salvo en aquellas ocasiones en que podría esperarse que un propietario fuera a visitar a una inquilina desconocida, para no levantar sospechas referentes a mí, tanto de la verdad como de alguna mentira difamatoria.

Ya llevo aquí cerca de quince días y, aparte de una molesta inquietud —el obsesionante temor a ser descubierta—, estoy cómodamente instalada en mi nueva casa: Frederick me ha proporcionado los muebles necesarios y los materiales de pintura. Rachel ha vendido por mí la mayoría de mis trajes en una lejana ciudad y me ha procurado un guardarropa más apropiado a mi actual condición: tengo un piano de segunda mano y una librería bastante bien provista en mi salón; mi otra habitación tiene ya un aspecto bastante profesional y ordenado. Estoy trabajando arduamente para recompensar a mi hermano por todos los gastos que ha hecho en mi favor; no es que haya la menor necesidad de ello, pero me satisface hacerlo: disfrutaré mucho más de mi trabajo, mis ingresos, mi comida frugal y mi economía doméstica, si sé que me gana la vida honradamente y que lo poco que poseo es legítimamente mío;

y que nadie sufre por mi locura... por lo menos desde el punto de vista pecuniario. Haré que coja hasta el último penique de lo que le debo, si efectivamente puedo hacerlo sin ofenderle demasiado. Tengo algunos cuadros ya acabados, pues le dije a Rachel que empaquetara todos los que tenía; ella cumplió la orden demasiado bien, pues entre ellos metió un retrato del señor Huntingdon que había pintado el primer año de casados. Me quedé momentáneamente espantada cuando lo saqué de la caja y contemplé aquellos ojos fijos en mí con su alegría burlona, como exultantes, todavía, por su poder para controlar mi destino, y mofándose de mis esfuerzos por escapar.

¡Qué distintos habían sido mis sentimientos al pintar aquel retrato de los que ahora me inspiraba su contemplación! ¡Cuánto había trabajado y me había esforzado para crear, como creí, algo digno de su modelo! ¡Qué mezcla de placer e insatisfacción ante el resultado de mi empeño!: placer por el parecido que había captado; insatisfacción por no haberlo hecho más hermoso. Ahora no veo belleza en él: nada agradable en ninguna parte de su expresión; y, sin embargo, es más hermoso y bastante más atractivo —mucho menos repulsivo, debería decir— de lo que es ahora; porque estos seis años han forjado un cambio casi tan grande en su persona como en sentimientos con relación a él. El marco, sin embargo, es basta te bonito; serviría para otro cuadro. El retrato no lo he destruido como fue mi intención al principio; lo he puesto aparte; no por ninguna oculta debilidad por el recuerdo del cariño de antaño, ni tampoco para que me recuerde mi anterior locura, sino fundamentalmente para que pueda comparar los rasgos y el semblante de mi hijo, cuando crezca, con los de él, y así me dé la posibilidad de apreciar hasta qué punto se parece a su padre... si se me permite tenerlo conmigo hasta entonces y si no vuelvo a contemplar la cara de ese padre, una bendición con la que apenas me atrevo a contar.

Parece que el señor Huntingdon está haciendo todo lo posible para descubrir el paradero de mi refugio. Se ha presentado en Staningley, buscando reparación a su injusticia —esperando saber algo de sus víctimas, cuando no encontrarlas allí—, y ha contado muchas mentiras, con una frialdad tan imperturbable que mi tío le cree algo más que a medias y aboga decididamente por que vuelva y me reconcilie con él; pero mi tía opina de otra manera, es demasiado cauta y fría, y está demasiado familiarizada con el carácter de mi marido y con el mío, para que la engañen las plausibles falsedades que él pudiera inventar. Pero él no quiere que yo vuelva; quiere a mi hijo y da a entender a mis amigas que si prefiero vivir separada de él, respetará mi capricho y dejará que lo cumpla sin molestarme, y que incluso pondría a mi disposición una razonable pensión, siempre que me desprendiera de su hijo. Pero ¡el Cielo me asista!, no voy a vender a mi hijo por oro, aunque esto nos salvara a los dos de morir de hambre: mejor sería que muriera conmigo antes que vivir con su padre.

Frederick me ha enseñado una carta que ha recibido de ese caballero, llena de una tal desvergüenza que dejaría atónito a cualquiera que no le conociera; pero, a pesar de todo, estoy convencida de que nadie habría sabido contestar mejor que mi hermano. No me hizo referencia a su réplica, salvo para decirme que no había reconocido saber el paradero de mi refugio, sino que más bien había dado a entender que le era completamente desconocido, al decir que era inútil recurrir a él, o a cualquier otro de mis parientes, en busca de información sobre el asunto, pues parecía que yo había sido conducida a tal extremo que había ocultado mi retiro hasta a mis mejores amigas; pero que si él lo supiera, o en algún momento llegara a saberlo, el señor Huntingdon podía estar seguro de que sería la última persona a quien le suministrara la información; y que era inútil que se molestara en reclamar al niño, porque él (Frederick) presumía de conocer lo suficiente a su hermana para declarar que dondequiera que estuviera, o cualquiera que fuera su situación, ninguna consideración la induciría a desprenderse de él.

30. — ¡Ay! Mis amables vecinos no van a dejarme en paz. De alguna manera han estado indagando sobre mí, y he tenido que soportar las visitas de tres familias distintas, todas más o menos interesadas en saber quién y qué soy, de dónde vengo, y por qué he elegido una casa como ésta para vivir. Su compañía me resulta innecesaria, por no decir otra cosa, y la curiosidad me molesta y alarma: si la satisfago, puedo conducir a la ruina de mi hijo, y si soy demasiado misteriosa, no haré más que alimentar sus sospechas, invitarlos a la conjetura, y aumentar sus iniciativas... y quizá convertirlas en el medio de extender mi fama de parroquia en parroquia, hasta que llegue a los oídos de alguien que se lo haga saber al señor de Grassdale Manor.

Esperarán que les devuelva sus visitas; pero si después de hacer averiguaciones, descubro que viven demasiado lejos para que Arthur me acompañe, habrán de esperar en vano una temporada, porque no puedo soportar la idea de dejarle, a no ser para ir a la iglesia; y esto no lo he intentado todavía, porque, puede ser una debilidad estúpida, pero tengo tanto miedo a que se lo lleven, que no estoy tranquila cuando no está a mi lado; y temo que estos terrores perturbarían tanto mi devoción que no obtendría ningún beneficio por asistir a la capilla. Sin embargo, tengo intención de hacer el experimento el próximo domingo y obligarme a dejarle bajo la custodia de Rachel durante unas horas. Será una ardua tarea, pero no una imprudencia, estoy segura; además, el vicario ha venido a reñirme por descuidar mis deberes religiosos. No tenía una excusa razonable que ofrecer y le prometí, si todo iba bien, que me vería en mi banco el próximo domingo. No quiero que se me tome por atea; además, sé que me produciría un gran consuelo una asistencia ocasional al culto público, si tuviera la fe y la fortaleza suficientes para adecuar mis pensamientos a la solemne ceremonia y prohibirles estar siempre pendientes de mi hijo ausente, y de la posibilidad de no encontrarlo a

mi vuelta; estoy segura de que Dios en Su misericordia me libraré de una prueba tan dura: por el bien de mi hijo, si no por el mío. Él no permitirá que se lo lleven.

3 de noviembre. — He conocido a otros miembros de esta comunidad. El excelente caballero y galán de la parroquia y sus alrededores (al menos en su propia estimación) es un joven...

**

Aquí terminaba. El resto lo había arrancado. ¡Qué crueldad... precisamente cuando iba a hablar de mí! Porque no me cupo ninguna duda de que iba a ser a tu humilde servidor a quien iba a aludir, aunque no de una forma muy agradable, naturalmente. Estoy seguro de ello, tanto por esas pocas palabras como por el recuerdo de su aspecto y su actitud hacia mí cuando nos conocimos. ¡En fin! Estaba dispuesto a perdonarla por su prejuicio respecto a mí y por sus duras opiniones sobre nuestro sexo en general, teniendo en cuenta los brillantes especímenes a los que se había limitado su experiencia.

Respecto a mí, sin embargo, hacía tiempo que ella había reconocido su error y quizá caído en otro en el extremo opuesto, porque, si bien al principio su opinión había sido inferior a mis méritos, ahora estaba convencido de que mis merecimientos eran inferiores a su opinión; y si la primera parte de esta continuación había sido arrancada para no herir mis sentimientos, quizá la última había desaparecido por miedo a alimentar demasiado mi vanidad. En cualquier caso habría dado cualquier cosa por leerla entera, para comprobar la progresiva amistad hacia mí y cualquier sentimiento más cálido que ella pudiera abrigar, por ver cuánto amor había en su estima y cómo se había ido acrecentando en ella a pesar de sus virtuosas resoluciones y sus tenaces esfuerzos para... Pero no, no tenía derecho a verlo: todo esto era demasiado sagrado para cualquier mirada que no fuera la suya, y ella había hecho bien al no ponerlo a mi alcance.

CAPÍTULO XLV

RECONCILIACIÓN

Bueno, Halford, ¿qué piensas de todo esto? Y mientras lo leías, ¿te imaginaste por algún momento qué sentimientos me habrían embargado al leerlo yo? Seguramente no; pero no voy a comentarlos ahora; sólo haré esta confesión, por poco honrosa que pueda ser para la naturaleza humana, y en particular para mí: la primera parte del diario fue, para mí, más penosa que la última; no es que fuera en absoluto insensible a los pesares de la señora

Huntingdon o inconvencible ante sus sufrimientos, sino que, debo confesarlo, experimenté una especie de satisfacción egoísta al contemplar que el concepto en que tenía a su marido iba degradándose poco a poco, y al ver cómo éste extinguía todo el afecto que ella sentía. El efecto de conjunto, sin embargo, a pesar de toda la simpatía que sentía por ella y la cólera que él me inspiraba, fue librar a mi espíritu de una carga insostenible, y llenar de alegría mi corazón, como si algún amigo me hubiera despertado de una horrible pesadilla.

Eran ya las ocho de la mañana; mi vela se había agotado en mitad de la lectura, sin dejarme más alternativa que hacerme con otra, con riesgo de despertar a toda la casa o irme a la cama y esperar el retorno de la luz del día. Pensando en mi madre elegí lo último; pero con qué gana toqué la almohada y cuánto sueño me proporcionó, lo dejo a tu imaginación.

A los primeros indicios del amanecer, me levanté y me acerqué con el manuscrito a la ventana, pero era imposible leerlo todavía. Dediqué media hora a vestirme y luego volví a él otra vez. Entonces, con cierta dificultad y un intenso y ávido interés, devoré el resto de su contenido. Cuando lo concluí y me recuperé de la pasajera impresión que me había producido su súbito final, abrí la ventana y saqué la cabeza para que me diera en el rostro la fresca brisa matinal y para aspirar profundas bocanadas de aire puro. Era una mañana espléndida; un espeso rocío medio helado cubría la hierba, las golondrinas gorjeaban a mi alrededor, las cornejas graznaban y las vacas mugían a lo lejos; la escarcha temprana y el resplandor del sol del verano mezclaban su dulzura en el aire. Pero yo no pensaba en esto; una confusión de incontables pensamientos y encontradas emociones me invadía mientras contemplaba abstraídamente el bello rostro de la naturaleza. En seguida, sin embargo, este caos de pensamientos y sentimientos se aclaró, dando paso a dos nítidas emociones: indescriptible alegría porque mi adorada Helen era la que yo había soñado, porque a través de los nocivos vapores de las calumnias del mundo y de las propias condenas de mi fantasía, su carácter brillaba cegador, claro, inmaculado como aquel sol que no podía mirar directamente; y vergüenza y profundo remordimiento por mi propia conducta.

Nada más desayunar salí precipitadamente hacia Wildfell Hall. Rachel había ganado muchos puntos en mi estimación desde el día anterior. Estaba dispuesto a saludarla como a una vieja amiga; pero mis cariñosas intenciones fueron contrarrestadas por la fría mirada de desconfianza que me dirigió al abrirme la puerta. La vieja doncella se había constituido en la guardiana del honor de su señora, supuse, y sin duda veía en mí a otro señor Hargrave, sólo que más peligroso al gozar de la estima y la confianza de su ama.

—La señora no puede ver a nadie hoy, señor. Está indisputada —dijo cuando le anuncié mi deseo de ver a la señora Graham.

—Pero debo verla, Rachel —dije, poniendo la mano sobre la puerta para impedir que la cerrara.

—De verdad, señor, no es posible —replicó, mirándome con una frialdad más acerada que antes.

—Sea buena y anúncieme.

—Es inútil, señor Markham, le digo que está indispuesta.

Justo a tiempo de impedir que cometiera la imprudencia de tomar la casa por asalto y entrar en ella violentamente, se abrió una puerta dentro y apareció el pequeño Arthur con su travieso compañero de juegos, el perro. Me cogió la mano con las suyas y sonriendo tiró de mí.

—Mi mamá dice que entre usted, señor Markham —dijo—, y que yo salga a jugar con Rover.

Rachel se retiró con un suspiro, y yo entré en el salón y cerré la puerta. Allí, delante de la chimenea, estaba la alta, hermosa figura, consumida por muchas aflicciones. Arrojé el manuscrito sobre la mesa y la miré. Su rostro, angustiado y pálido, se había vuelto hacia mí; sus ojos oscuros y francos se fijaron en los míos con una gravedad tan intensa que me encadenaron como un hechizo.

—¿Lo ha leído? —murmuró. El hechizo se había roto.

—Lo he leído entero —dije, internándome en la habitación— y quiero saber si me perdonará... si puede usted perdonarme.

Ella no contestó, pero sus ojos brillaron y un leve color rojo se extendió por sus labios y mejillas. Al aproximarme, se volvió bruscamente y se dirigió a la ventana. No fue porque estuviera indignada, estaba bien seguro, sino sólo para ocultar y controlar su emoción. Así que me aventuré a seguirla y ponerme a su lado, pero sin decir nada. Me ofreció la mano, sin volver la cabeza, y murmuró con una voz que en vano se esforzó por que sonara firme:

—¿Puede usted perdonarme?

Podría considerarse un abuso de confianza, pensé, llevar esta pálida mano a mis labios, así que sólo la estreché con la mía y dije sonriendo:

—Me cuesta hacerlo. Debería habérmelo dicho antes. Demuestra una falta de confianza...

—¡Oh, no! —gritó ella, interrumpiéndome—. ¡No era eso! No era falta de confianza en usted; pero si le hubiera contado parte de mi historia, tendría que habérselo contado todo para justificar mi conducta; y tenía buenas razones para evitar semejante revelación, hasta que la necesidad me obligara a hacerla. Pero ¿me perdona? Me he equivocado, lo sé; pero, como de costumbre, he

recogido los frutos amargos de mi propio error..., y debo recogerlos hasta el final.

Fue verdaderamente amargo el tono de angustia, reprimido por una decidida firmeza, con que dijo esto. Entonces llevé su mano hasta mis labios, y la besé fervorosamente una y otra vez; la angustia me impedía dar otra respuesta. Ella soportó estas apasionadas caricias sin resistencia ni resentimiento; luego, apartándose repentinamente de mí, recorrió la habitación dos o tres veces. Me di cuenta por la contracción de su frente, la fuerte compresión de sus labios y el retorcimiento de sus manos, que en su interior se estaba librando un silencioso combate entre la razón y la pasión. Finalmente se detuvo delante de la chimenea vacía y, volviéndose hacia mí, dijo serenamente, si es que podía llamarse serenidad a lo que era resultado de un violento esfuerzo:

—Gilbert, tienes que marcharte, no en este momento, pero pronto, y no debes volver nunca.

—¿Nunca más, Helen? ¡Precisamente cuando te amo más que nunca...!

—Por esa misma razón no deberíamos volver a vernos. Pensé que esta entrevista era necesaria, o al menos me convencí a mí misma de que era así, que podríamos pedirnos y concedernos mutuo perdón por el pasado; pero no puede haber justificación para otra. Dejaré este lugar tan pronto como tenga los medios para buscar otro refugio; pero nuestra relación debe terminar aquí y ahora.

—¡Aquí y ahora! —repetí como un eco; y aproximándome a la alta y tallada repisa de la chimenea, apoyé mi mano en las gruesas molduras y descansé mi frente en ella, con sombría desesperación.

—No debes volver —continuó ella. Había un ligero temblor en su voz, pero me pareció que su aspecto en general era irritantemente sereno, teniendo en cuenta la horrible frase que había pronunciado—. Tienes que saber por qué te lo digo —prosiguió—; y tienes que comprender que es mejor despedirse para siempre; y ya que es terrible decirnos adiós para siempre, deberías ayudarme. —Hizo una pausa. Yo no dije nada—. ¿Me prometes que no volverás? Si no lo haces y vienes aquí otra vez, me obligarás a irme antes de saber dónde encontrar otro refugio, o cómo buscarlo.

—Helen —dije yo, volviéndome hacia ella con impaciencia— no puedo discutir el asunto de una separación definitiva tan serena y desapasionadamente como tú. Para mí no es una cuestión de simple conveniencia: ¡es una cuestión de vida o muerte!

Estaba callada. Sus pálidos labios temblaron y sus dedos se estremecieron al entrelazarse nerviosamente en la cadena de la que colgaba su pequeño reloj

de oro, la única cosa de valor que se había permitido conservar. Yo había dicho algo injusto y cruel; pero a continuación, sin poder evitarlo, dije algo peor:

—¡Pero Helen! —empecé en un tono dulce y bajo, sin atreverme a mirarla a la cara—: ese hombre no es tu marido; a los ojos del Cielo ha perdido todo derecho a...

Ella me cogió un brazo con una asombrosa energía.

—¡Gilbert, no! —gritó con un timbre de voz que habría roto un corazón de diamante—. ¡Por Dios te lo pido, no invoques esos argumentos! ¡Ningún demonio podría torturarme igual!

—¡No lo haré, no lo haré! —dije, poniendo cariñosamente mi mano sobre la suya, casi tan alarmado por su vehemencia como avergonzado por mi conducta.

—En lugar de comportarte como un verdadero amigo —me dijo, separándose de mí, y dejándose caer en el viejo sillón—, y ayudarme con todas tus fuerzas, o participar en la lucha de la razón contra la pasión, dejas caer toda la carga sobre mí; y no satisfecho con eso, haces todo lo posible por enfrentarte a mí... cuando sabes que... —Se paró, y escondió su rostro en el pañuelo.

—¡Perdóname, Helen! —supliqué—, nunca volveré a pronunciar una palabra al respecto. Pero ¿no podemos seguir viéndonos como amigos?

—Eso no puede ser —repuso ella, moviendo pesarosamente la cabeza; luego alzó los ojos en busca de los míos, con una expresión dulcemente reprobadora que parecía decir: «Debes saberlo tan bien como yo».

—Entonces, ¿qué hemos de hacer? —grité con frenesí. Pero inmediatamente añadí en un tono más tranquilo—: Haré lo que desees; sólo te pido que no digas que ésta es la última vez que nos vemos.

—¿Por qué no? ¿No te das cuenta de que cada vez que nos veamos la idea de una despedida final será más dolorosa? ¿No ves que cada encuentro nos hace a cada uno más querido para el otro que el anterior? —Dijo esto último con voz apresurada y baja, y la caída de sus ojos y el encendido rubor demostraban que ella ya lo había sentido así. Era poco prudente admitir semejante cosa, o añadir, cómo efectivamente hizo—: Ahora me siento con fuerzas para rogarte que te vayas; pero la próxima vez podría ser diferente. — Sin embargo, yo no era lo bastante mezquino para aprovecharme de su sinceridad.

—Pero podemos escribirnos —sugerí tímidamente—. ¿Vas a negarme ese consuelo?

—Podemos saber el uno del otro a través de mi hermano.

—¡Tu hermano! —Me invadió la vergüenza y el remordimiento. Ella no sabía la afrenta que él había sufrido a mis manos y no tuve el valor de decírselo—. Tu hermano no nos ayudará —dije—: terminaría con toda relación que hubiera entre nosotros.

—Y tendría razón, supongo. Como amigo de los dos, nos desearía lo mejor; y cualquier amigo nos diría que sería para nosotros lo mejor, y también nuestro deber, que nos olvidáramos el uno del otro, aunque fuéramos incapaces de comprenderlo. Pero no tengas miedo, Gilbert —añadió, sonriendo tristemente al ver mi inquietud—, hay pocas posibilidades de que te olvide. Pero no quise decir que Frederick fuera el medio para intercambiarnos mensajes, sino que cada uno podría, a través de él, saber cómo se encuentra el otro; y no deberíamos sobrepasar este límite porque tú eres joven, Gilbert, y deberías casarte, y lo harás, aunque te parezca imposible ahora. Aunque no puedo decir que deseo que me olvides, sé que deberías hacerlo, tanto por tu felicidad como por la de tu futura esposa, por tanto, debo desearlo y así lo deseo —añadió convencida.

—Tú también eres joven, Helen —osé decir—, y cuando ese canalla libertino haya malgastado su vida, me concederás tu mano. Esperaré hasta entonces.

Pero ella tampoco iba a concederme este consuelo. Independientemente de la mezquindad moral que suponía basar nuestras esperanzas en la muerte de otra persona que además de indigno de este mundo no lo era menos del otro, cuya mejora sería nuestra ruina y la mayor de sus transgresiones, nuestro bien más grande, lo consideró una locura: muchos hombres con los hábitos del señor Huntingdon habían vivido hasta una avanzada aunque miserable vejez.

—Y si soy joven en cuanto a años —dijo ella—, soy vieja en cuanto a sufrimientos; pero aunque la angustia no fuera capaz de acabar conmigo antes de que el vicio le destruyera, piénsalo, si él llegara a los cincuenta años o así, ¿esperarías veinte o quince años, sumido en la incertidumbre, mientras pasa lo mejor de tu juventud, para casarte finalmente con una mujer marchita y cansada, como seré yo, sin haberme visto ni una vez desde hoy hasta ese día? No, no lo harías —siguió diciendo, interrumpiendo mis solemnes declaraciones de constancia infalible—, y aunque lo hicieras no deberías hacerlo. Créeme Gilbert, sobre esto sé más que tú. Crees que soy fría e inmovible, y puede que tú...

—No lo creo, Helen.

—Bueno, qué importa; podrías si quisieras... pero mi soledad no ha sido del todo ociosa, y no estoy hablando bajo el impulso del momento como haces

tú: he pensado en todo esto una y otra vez; he discutido todas estas cuestiones conmigo misma, he reflexionado justamente sobre nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro; y, créeme, finalmente he llegado a la conclusión acertada. Confía en mis palabras más que en tus sentimientos y dentro de unos años comprenderás que tenía razón, aunque ahora a mí misma me cueste comprenderlo —murmuró con un suspiro, al tiempo que apoyaba la cabeza en la mano—. Y no discutas conmigo más: todo lo que puedas decir lo ha dicho ya mi propio corazón y refutado mi razón. Ya fue bastante doloroso luchar contra estas sugerencias cuando me eran susurradas en mi interior; en tu boca son diez veces peores y si supieras lo mucho que me duelen no las harías, lo sé. Si conocieras cuáles son mis sentimientos ahora, tratarías incluso de librarme de ellos a expensas de los tuyos.

—¡Me iré en seguida, si ello puede aliviarte, y NUNCA volveré! —dije con amargo énfasis—. Pero si no podemos vernos nunca más, ni esperar que volvamos a encontrarnos, ¿es un crimen comunicarnos nuestros pensamientos por carta? ¿No pueden espíritus hermanos encontrarse y unirse en comunión, cualesquiera que sean el destino y las circunstancias de sus moradas terrenales?

—¡Sí que pueden! —gritó ella, en un momentáneo estallido de alegre entusiasmo—. Yo también pensé en eso, Gilbert, pero temía mencionarlo, porque tenía miedo de que no entendieras mis puntos de vista. Y todavía lo tengo... Me temo que un amigo leal nos diría que nos estamos engañando a nosotros mismos con la idea de conservar nuestra relación espiritual sin la esperanza o la vista puesta en algo más, sin alimentar vanos reproches y dañinas aspiraciones, y haciéndonos ilusiones que estarían cruel e implacablemente condenadas a perecer de inanición...

—Olvídate de nuestros amigos leales: ya es bastante que puedan separar nuestros cuerpos; ¡pero, en nombre de Dios, no les dejemos que separen nuestras almas! —grité, aterrorizado; ante la idea de que ella considerara su deber negarnos este último consuelo.

—Pero no podemos cruzarnos cartas aquí —dijo— sin encender el fuego del escándalo; y cuando me vaya, mi intención será que mi nueva dirección sea desconocida para ti como para el resto del mundo; no es que dude de tu palabra si me prometes que no irás a visitarme, pero he pensado que te tranquilizaría más saber que no puedes hacerlo, y probablemente te sería menos difícil estar separado de mí si no puedes imaginarte mi situación. Pero, escúchame —dijo, alzando su índice y sonriendo para contener mi impaciente respuesta—: al cabo de seis meses sabrás por Frederick dónde me encuentro; y si sigues deseando escribirme y crees que puedes mantener una correspondencia espiritual, de ideas (tal como podrían mantenerla dos almas o dos amigos desapasionados), escíbeme y te contestaré.

—¡Seis meses!

—Sí, para dar tiempo a que tu ardor se aplaque, y poner a prueba la verdad y la constancia del amor que tu alma siente por la mía. Bien, ya hemos hablado bastante. ¿Por qué no despedirnos de una vez? —exclamó casi con furia, después de un momento de silencio, al tiempo que se levantaba del sillón con las manos firmemente entrelazadas.

Pensé que mi deber era marcharme sin más dilación; y me aproximé y medio extendí la mano como para despedirme. Ella la estrechó en silencio. Pero la idea de la separación final era demasiado insoportable: parecía dejar sin sangre a mi corazón; y mis pies estaban pegados al suelo.

—¿Y no debemos vernos nunca más? —murmuré, en la angustia de mi alma.

—Nos encontraremos en el Cielo. Pensemos en eso —dijo ella con una serenidad desesperada; pero sus ojos brillaban salvajemente y su cara estaba mortalmente pálida.

—Pero no tal como somos ahora —no pude evitar replicar—. Me sirve de poco consuelo pensar que la próxima vez que te vea serás como un espíritu sin cuerpo, o como un ser distinto, con un cuerpo perfecto y glorioso ¡pero no como éste!, y un corazón, quizá, alejado de mí.

—¡No, Gilbert, en el Cielo el amor es perfecto!

—Tan perfecto, supongo, que se eleva por encima de cualquier distinción, y no tendrás más simpatía por mí que por cualquiera de los diez mil ángeles y la innumerable multitud de espíritus beatíficos que nos rodeen.

—Sea lo que fuere yo, tú serás el mismo y, por tanto, posiblemente no lo lamente; sea cual fuere la naturaleza del cambio, sabemos que será para mejor.

—Pero si voy a cambiar de tal manera que deje de adorarte con todo mi corazón y toda mi alma, y de amarte por encima de cualquier otra criatura, no seré yo mismo; y aunque si llego a ganar el Cielo sé que seré infinitamente mejor y más feliz de lo que soy ahora, mi naturaleza terrenal no puede regocijarse en la anticipación de semejante beatitud, de la cual esa misma naturaleza y su principal alegría debe estar excluida.

—¿Es acaso tu amor únicamente terrenal?

—No, pero supongo que no estaremos en más íntima comunión el uno con el otro que con los demás.

—Si es así, eso querrá decir que los amamos más, pero no que nos amemos menos el uno al otro. El crecimiento del amor lleva consigo el aumento de la felicidad, cuando es mutuo y puro como será.

—Pero, Helen, ¿puedes contemplar complacida esta perspectiva de perderme en un océano de gloria?

—Reconozco que no; pero no sabemos si será así; pero sé que lamentar el cambio de los placeres terrenales por las alegrías del Paraíso, es como si el gusano que se arrastra lamentara que un día deba abandonar la roída hoja para remontarse a lo alto y revolotear en el aire, vagando de flor en flor, saboreando la dulce miel de sus cálices, o haraganeando en sus soleados pétalos. Si estas pequeñas criaturas conocieran el gran cambio que les espera, sin duda lo lamentarían; pero ¿no sería equivocada toda esa tristeza? Y si este ejemplo no te conmueve, aquí tienes otro: somos como niños ahora; sentimos como niños, y comprendemos como niños; y cuando se nos dice que los hombres y las mujeres no se divierten con juguetes, y que nuestros compañeros se cansarán un día de los juegos y ocupaciones triviales que ahora les interesan y nos interesan tan profundamente, no podemos evitar entristecernos ante la idea de semejante cambio, porque no podemos concebir que, al crecer, nuestro espíritu se ensanche y eleve hasta el punto de considerar insignificantes esos objetos y diversiones con los que ahora disfrutamos tanto, y que, aunque nuestros compañeros no jueguen más con nosotros a esos pasatiempos infantiles, beberán con nosotros en otras fuentes de placer, y fundirán sus almas con las nuestras en la persecución de objetivos, más elevados y en la dedicación a ocupaciones más nobles que ahora escapan a nuestra comprensión, aunque no por ello menos profundamente disfrutadas o menos verdaderamente buenas... mientras al fin y al cabo ellos y nosotros seguimos siendo en ausencia los mismos individuos de antes. Pero, Gilbert, ¿no puede ser realmente para ti un consuelo la idea de que podamos reunimos donde no hay dolor ni tristeza, ni enfrentamiento con el pecado, ni lucha del espíritu contra la carne; donde los dos contemplaremos las mismas verdades gloriosas, y beberemos la bienaventuranza sublime y suprema de la misma fuente de luz y bondad, ese Ser a quien los dos adoraremos con una misma intensidad de ardor sagrado, y donde las criaturas humildes y felices amarán con el mismo afecto divino? ¿Si no puede ser para ti un consuelo, no me escribas nunca!

—¡Helen, sí puede serlo, si mi fe no se debilita!

—Pues entonces —exclamó—, mientras esta esperanza no se debilite dentro de nosotros...

—Nos separaremos —exclamé—. No tendrás que pasar por el doloroso trance de echarme: me iré de una vez; pero...

No llegué a expresar con palabras mi petición: la comprendió instintivamente y esta vez ella también cedió o, más bien, no hubo nada tan deliberado como pedir o ceder en este punto; hubo un impulso al que ninguno de los dos pudo resistir. Permanecí un segundo mirándola a los ojos y al

siguiente la acerqué a mi corazón, y parecidos fundirnos en un íntimo abrazo que ninguna fuerza física o mental podía deshacer. Un murmurado: «¡Dios te bendiga!» y «¡vete, vete!», fue todo lo que ella dijo; pero al decirlo me abrazaba tan fuertemente que no podía haberla obedecido sin violencia. Al fin, sin embargo, con un esfuerzo heroico, nos separamos y salí de la casa corriendo.

Recuerdo confusamente que el pequeño Arthur corría por el sendero del jardín para venir a mi encuentro y que yo salté el muro para evitarle, y que a continuación corrí por el terreno escarpado, salvando las cercas de piedra y los setos conforme venían hacia mí, hasta que la vieja mansión, cuando llegué al pie de la colina quedó completamente fuera del alcance de mi vista; y después de largas horas entregado a lágrimas y lamentos amargos, y melancólicas meditaciones en el solitario valle, mientras resonaba en mis oídos la música eterna del viento del oeste soplando entre los árboles umbríos y el murmullo del arroyo deslizándose por su pedregoso lecho, mis ojos, inútilmente fijos en el abismo, vislumbraron sombras que jugueteaban inquietas sobre la soleada hierba donde de vez en cuando alguna hoja marchita venía bailando a compartir la algazara; pero mi corazón estaba arriba, en la cima de la colina, en aquella oscura habitación en donde ella lloraba sola y desolada; ella, a quien yo no iba a consolar, ni ver otra vez, hasta que años de sufrimiento nos hubieran vencido a los dos y arrancado nuestros espíritus de sus percederas moradas de barro.

Poco se hizo aquel día, puedes estar seguro. La granja quedó abandonada a los jornaleros, y éstos hicieron lo que se les antojó. Pero había todavía un deber que cumplir: no me había olvidado de mi asalto a Frederick Lawrence; debía verle para pedir disculpas por mi desgraciada hazaña. De buena gana habría postergado mi visita hasta la mañana siguiente; pero ¿y si él me acusaba ante su hermana entretanto? No, no, debía pedirle perdón ese mismo día y rogarle que fuera indulgente en sus cargos, si era necesario hacer la revelación. Pero demoré la ejecución de mi propósito hasta el anochecer, cuando mi espíritu estuviera más sereno, y cuando —¡oh, maravillosa perversidad de la naturaleza humana!— algunas débiles semillas de esperanzas indefinidas comenzaran a fructificar en mi espíritu; no es que yo tuviera la intención de alimentarlas, después de todo lo que se había dicho al respecto, pero debían permanecer durante un tiempo, no fomentadas, aunque tampoco trituradas, hasta que supiera vivir sin ellas.

Al llegar a Woodford, la residencia del joven hacendado, encontré no poca dificultad en conseguir que mi presencia se admitiera. El criado que me abrió la puerta me dijo que su amo estaba muy enfermo, y que creía difícil que estuviera en condiciones de verme. Yo no estaba, sin embargo, dispuesto a fracasar en mi intento. Esperé tranquilamente en el vestíbulo a que se me

anunciara, pero en mi interior decidido a no aceptar una negativa. El recado fue el que yo esperaba: una cortés insinuación de que el señor Lawrence no podía ver a nadie; tenía fiebre y no se le debía molestar.

—No le molestaré mucho tiempo —dije—; pero debo verle un momento; quiero hablar con él de un asunto importante.

—Se lo diré, señor —dijo el hombre. Avancé con él por el vestíbulo y le seguí casi hasta la puerta del cuarto donde se encontraba su amo, pues parecía que no se hallaba en la cama. La respuesta que recibí fue que el señor Lawrence esperaba que yo fuera tan amable de dejarle un mensaje o una nota al criado, puesto que no podía ocuparse de ningún asunto en aquel momento.

—Puede verme igual que a usted —dije; y anticipándome al atónito criado, llamé a la puerta, entré, y la cerré detrás de mí. La habitación era espaciosa y estaba agradablemente amueblada, muy confortable, además, para un soltero. Un fuego rojo y luminoso ardía en la brillante parrilla; un viejo galgo, entregado a la ociosidad y la buena vida, estaba tumbado delante de él sobre la gruesa, mullida alfombra, en cuya esquina, junto al sofá, estaba sentado un joven perro de ojeo que miraba atentamente el rostro de su dueño; quizá, pidiéndole permiso para compartir su sofá, o, tal vez, solicitando sólo una caricia suya o una palabra amable. El mismo enfermo ofrecía también un aspecto hartamente interesante, tendido allí, vestido con la bata y con un pañuelo de seda que le cubría las sienes. Su rostro, habitualmente pálido, estaba sonrojado y febril; sus ojos estuvieron entrecerrados hasta que advirtió mi presencia, y entonces los abrió con desmesura; alargó negligentemente una mano hacia el respaldo del sofá y cogió un pequeño volumen con el que, en apariencia, había estado intentando en vano pasar el tiempo. Lo dejó, sin embargo, en su sobresalto de indignada sorpresa cuando avancé por la habitación y me detuve delante de él de pie sobre la alfombra. Se incorporó con la ayuda de sus almohadas y me miró, con el horror, la cólera y el aturdimiento reflejándose en su rostro.

—¡Señor Markham, no esperaba esto de usted! —dijo; y el color desapareció de sus mejillas.

—Ya sé que no —contesté—, pero tranquilícese, le diré para qué he venido.

Me acerqué inconscientemente un poco más a él. Se sobresaltó al ver mi aire decidido. Su expresión de disgusto y de instintivo miedo físico no me pareció conciliadora. Sin embargo, retrocedí.

—Sea breve —dijo, poniendo la mano en el pequeño timbre de plata que estaba en la mesa situada junto a él—, de lo contrario me verá obligado a pedir ayuda. No me encuentro en condiciones de soportar sus brutalidades o siquiera

su presencia.

Y efectivamente el sudor asomaba a sus poros y brillaba en su pálida frente como si fuera rocío.

Un recibimiento semejante no podía considerarse dirigido a disminuir las dificultades de mi difícil misión. Pero, en cualquier caso, yo debía cumplirla; así que fui directamente al asunto y expliqué, vacilante, el objeto de mi visita lo mejor que pude.

—La verdad, Lawrence —dije— es que no he sido muy correcto con usted, sobre todo la última vez que nos vimos; he venido a..., en fin, he venido a decirle que lamento lo que hice y a rogarle que me perdone... Si decide no concederme su perdón —añadí apresuradamente, porque no me gustaba la expresión de su cara—, no importa..., sólo que he cumplido con mi deber... nada más.

—Es muy fácil —replicó, con una débil sonrisa, que se acercaba a una mueca de burla— ofender a un amigo y golpearle en la cabeza, sin razón alguna, y luego decirle que la afrenta no fue muy correcta, sin dar importancia a que la perdone o no.

—Olvidé decirle que todo fue la consecuencia de un error —murmuré—. Le habría dado una explicación apropiada, pero me ha irritado usted tan profundamente con su... Bueno, supongo que la culpa es mía. El hecho es que yo no sabía que usted era el hermano de la señora Graham, y vi y oí algunas cosas relativas a su conducta con ella, que despertaron desagradables sospechas, las cuales, permítame decir, podrían haberse desvanecido con un poco de sinceridad y confianza por su parte; y por último, dio la casualidad de que oí a medias una conversación que usted mantuvo con ella que me hizo pensar que tenía razones para odiarle.

—¿Y cómo ha llegado a saber que soy su hermano? —preguntó un poco inquieto.

—Me lo dijo ella misma. Me lo ha contado todo. Sabía que podía confiar en mí. Pero no tiene por qué inquietarse, señor Lawrence, ¡pues la he visto por última vez!

—¡Por última vez! ¿Acaso se ha ido?

—No, pero se ha despedido de mí. Le he prometido que no me acercaré a aquella casa mientras viva en ella.

Podía haber suspirado escandalosamente ante los amargos pensamientos que suscitó esta parte de mi explicación. Pero me limité a cerrar las manos y golpear la alfombra con el pie. Mi acompañante, sin embargo, se sentía evidentemente aliviado.

—¡Ha hecho usted bien! —dijo en un tono de inmoderada aprobación, mientras su rostro se iluminaba con una expresión casi alegre—. Y en cuanto a la confusión, lamento por los dos que haya ocurrido. Quizá pueda usted perdonar mi falta de sinceridad y recordar, como una suavización parcial de la ofensa, lo poco que me ha ayudado a confiar amistosamente en usted su comportamiento en los últimos días.

—Sí, sí, lo recuerdo todo: nadie puede reprochármelo más de lo que de todo corazón me lo reprocho a mí mismo; en cualquier caso, nadie puede lamentar con más sinceridad que yo el resultado de mi brutalidad, como la ha denominado usted correctamente.

—Olvídese de ello —dijo, sonriendo débilmente—; olvidémonos de todas las palabras desagradables que hemos pronunciado, así como de las afrentas, y confinemos al olvido todo lo que tenemos razones para lamentar. ¿Tiene algún reparo en estrechar mi mano?

Temblaba de debilidad mientras la tenía extendida y la dejó caer antes de que yo tuviera tiempo de cogerla y darle un cariñoso apretón que no pudo devolverme por falta de fuerzas.

—Qué seca y caliente está su mano, Lawrence —dije—. Está usted enfermo de verdad, y le he puesto peor con toda esta charla.

—Oh, no es nada: no es más que un resfriado que cogí bajo la lluvia.

—Por culpa mía, además.

—No se preocupe. Dígame, ¿le mencionó usted este incidente a mi hermana?

—Si quiere que le diga la verdad, no tuve valor para hacerlo, pero cuando usted se lo cuente, ¿querrá decirle que lo lamento profundamente y que...?

—¡Oh, no tema! No le diré nada en contra suya, siempre que cumpla con su promesa de mantenerse alejado de ella. ¿Tiene usted alguna noticia de que sepa lo de mi enfermedad?

—Creo que no lo sabe.

—Eso me tranquiliza, pues todo este tiempo ha estado atormentándome la idea de que alguien le dijera que yo estaba agonizando, o gravemente enfermo, con lo que se habría angustiado por la imposibilidad de tener noticias mías y de cuidarme, o quizá habría cometido la locura de venir a verme. Debo hacer lo posible por hacerle saber cómo me encuentro —continuó diciendo con expresión reflexiva—, o de lo contrario acabará enterándose de una historia semejante. A muchos les gustaría llevarle una noticia así, simplemente para ver cómo la encaja; y luego ella podría exponerse a un escándalo.

—Me hubiera gustado decírselo —dije—. Si no fuera por mi promesa iría a decírselo ahora.

—¡De ninguna manera! No estaba pensando en eso; pero si le escribiera una nota ahora, sin mencionarlo a usted, Markham, sino simplemente comunicándole brevemente mi enfermedad, qué me impide ir a verla, poniéndola en guardia contra las exageradas informaciones que pueda recibir, escribiendo en el sobre su dirección con una letra deformada, ¿sería tan amable de echarla en el buzón de correos cuando pase por él? No me atrevo a confiar en ningún criado en un caso semejante.

Accedí de buena gana y le llevé inmediatamente lo necesario para que escribiera la nota. No tuvo que hacer grandes esfuerzos para desfigurar su letra, porque al hombre le costó mucho mantener firme el pulso, así como conseguir que sus trazos resultaran legibles. Cuando terminó, creí oportuno retirarme y me despedí después de preguntarle si había alguna cosa que yo pudiera hacer por él, por pequeña que fuera, para aliviar sus sufrimientos, y reparar el daño que le había causado.

—No —dijo—, ya ha hecho bastante; ha hecho por mí más de lo que el más sabio de los médicos podía hacer; porque he librado a mi espíritu de dos pesadas cargas: la inquietud por la situación de mi hermana, y la preocupación que era usted para mí, porque creo que estas dos fuentes de dolor han hecho más en contra de mi salud que cualquier otra cosa; ahora estoy convencido de que me recuperaré pronto. Hay otra cosa que puede hacer por mí, y es que venga a verme de vez en cuando, porque, verá, yo estoy muy solo aquí y le prometo que no le negaré la entrada otra vez.

Me comprometí a satisfacer su deseo y me marché después de estrecharle cordialmente la mano. Camino de casa, eché la carta al correo, resistiendo valerosamente la tentación de poner una palabra de mi parte.

CAPÍTULO XLVI

CONSEJOS AMISTOSOS

A veces me sentía fuertemente tentado de revelar a madre y a mi hermana el verdadero carácter y las circunstancias reales de la acosada inquilina de Wildfell Hall, al principio lamenté haberme olvidado de pedirle a la dama permiso para hacerlo; pero, después de reflexionar debidamente, me di cuenta de que si ellas los conocieran, no sería por mucho tiempo un secreto para los Millwards y los Wilsor y es tal mi opinión sobre el carácter de Eliza Millward que, si alguna vez llegara a conocer la clave de la historia, me temo que

encontraría la forma de revelarle al señor Huntingdon el lugar del refugio de su esposa. Por tanto debía esperar pacientemente a que pasaran estos seis meses, y luego, cuando la fugitiva hubiera encontrado otro hogar, y se me permitiera escribirle, le rogaría que me dejara limpiar su nombre de estas mezquinas calumnias; de momento tenía que contentarme con la simple afirmación de que sabía que eran falsas, y que lo probaría algún día, para vergüenza de aquellos que la calumniaban. No creo que me creyera nadie, pero todo el mundo aprendió en seguida a evitar pronunciar una palabra en contra de ella, o incluso mencionar su nombre en presencia mía. Me creían tan trastornado por las seducciones de aquella infeliz mujer que estaba decidido a defenderla contra toda lógica; entretanto me volví cada vez más malhumorado y misántropo por culpa de la idea de que todos los que me encontraba ocultaban pensamientos indignos sobre la supuesta señora Graham y que los expresarían si se atrevieran. Mi pobre madre estaba muy preocupada por mí; pero yo no podía evitarlo o por lo menos creía que no podía, aunque a veces sentía remordimientos por mi irrespetuosa conducta hacia ella y hacía un esfuerzo por corregirme, logrando mi objetivo sólo parcialmente; la verdad es que yo era más humano en mi trato con ella que con ninguna otra persona, a excepción del señor Lawrence. Rose y Fergus rehuían mi presencia; y era mejor así, pues yo no era una compañía apropiada para ellos, ni ellos para mí, en las circunstancias presentes.

La señora Huntingdon no dejó Wildfell Hall hasta unos dos meses después de nuestra última entrevista. En todo ese tiempo nunca apareció por la iglesia, y yo nunca me acerqué a la casa. Únicamente sabía que ella estaba todavía allí por las breves contestaciones de su hermano a las muchas y variadas preguntas que le hacía sobre ella. Fui un visitante asiduo y atento de su casa mientras duró su enfermedad y convalecencia; no sólo por el interés que tenía en su recuperación y mi deseo de animarle y hacer méritos que compensaran mi anterior «brutalidad», sino por mi afecto creciente por él y el placer cada vez mayor que me proporcionaba su compañía, en parte debido a su mayor cordialidad hacia mí, pero fundamentalmente por su íntima relación, tanto por sangre como por cariño, con mi adorada Helen. Le quería más por ello de lo que me gustaba admitir; y encontré un secreto placer en estrechar aquella mano de dedos finos y pálidos, tan maravillosamente parecidos a los de ella, teniendo en cuenta que no era una mujer, y en contemplar los cambios sucesivos que se operaban en su cara pálida y bella, y observar las entonaciones de su voz, detectando semejanzas que nunca me había llamado la atención antes. A veces me indignaba, realmente con su evidente renuncia a hablar de su hermana, aunque y no ponía en duda sus buenas intenciones de no tratar de fomentar mi recuerdo de ella.

Su recuperación no fue tan rápida como él había esperado. No pudo montar su jaca hasta unos quince días después de la fecha de nuestra reconciliación; y

el primer uso que hizo de su recuperadas fuerzas fue ir a caballo por la noche a Wildfell Hall para ver a su hermana. Era un empeño azaroso tanto para él como para ella, pero creyó necesario consultarle el asunto de su proyectada marcha, cuando no tranquilizarla con respecto a su salud, y el peor resultado fue una ligera recaída; nadie salvo yo y los moradores de la vieja mansión supieron de su visita, y creo que no fue su intención mencionármela, pues cuando fui a verle el día siguiente y me di cuenta de que no estaba tan bien como era de esperar, dijo simplemente que se había resfriado por haber permanecido demasiado tiempo fuera de casa al anochecer.

—No podrá ver nunca a su hermana si no se cuida —le dije, un poco irritado, en lugar de compadecerle por lo que a ella concernía.

—Ya la he visto —dijo, tranquilamente.

—¿La ha visto? —inquirí, alzando la voz, atónito.

—Sí. —Y entonces me explicó las consideraciones que le habían impelido a correr el riesgo y las precauciones que había tomado.

—¿Y cómo estaba? —pregunté, ansioso.

—Como de costumbre —fue la breve aunque triste respuesta.

—Como de costumbre, es decir, nada feliz y nada animada.

—No está enferma —replicó—, y recuperará su ánimo dentro de poco, estoy seguro. Pero tantas penalidades han sido casi demasiado para ella. Qué amenazadoras son esas nubes —siguió diciendo, mirando por la ventana—. Me parece que vamos a tener tormenta y lluvia antes de que anochezca..., y precisamente en el momento en que estoy en la mitad de la recogida del trigo. ¿Ha recogido el suyo ya?

—No... Lawrence, su hermana... ¿le habló de mí?

—Me preguntó si le había visto últimamente.

—¿Y qué más le dijo?

—No puedo decirle todo lo que me dijo —repuso con una débil sonrisa— porque hablamos mucho aunque mi visita fue corta; pero nuestra conversación versó fundamentalmente sobre su proyectada marcha, la cual le rogué que retrasara hasta que me encontrara en condiciones de ayudarla a buscar una nueva casa.

—Pero ¿no dijo nada más sobre mí?

—No habló mucho de usted, Markham. Yo no la habría animado a hacerlo, si se hubiera inclinado a ello; pero afortunadamente no fue así; sólo me hizo algunas preguntas referentes a usted y pareció satisfecha con mis breves

respuestas, en lo que se mostró más sensata que su amigo; y puedo asegurarle que le preocupaba más que usted pensara demasiado en ella, que el que usted la olvidara.

—Tiene razón.

—Pero me temo que la preocupación de usted es la opuesta.

—No, de verdad: deseo que sea feliz, pero no quiero que me olvide en absoluto. Ella sabe que es imposible que yo llegue a olvidarla; y tiene razón al desear que no la recuerde demasiado. No me gustaría que me echara de menos demasiado profundamente; pero me cuesta creer que se sienta muy desgraciada por mi culpa, porque sé que no lo merezco, salvo en lo que se refiere a mi opinión de ella.

—Ninguno de los dos se merece un corazón destrozado, ni todos los suspiros, las lágrimas y los pensamientos tristes que se han malgastado y, me temo, se malgastarán, por parte de los dos; pero, en este momento, cada uno tiene una opinión más exaltada del otro de lo que usted o ella se merecen. Los sentimientos de mi hermana son tan vehementes por naturaleza como los suyos, y creo que más constantes; pero ella tiene el buen sentido y la entereza de luchar contra ellos; y confío en que no descansa hasta haber alejado del todo esos pensamientos... —Dudó.

—Referentes a mí —dije.

—Y deseo que usted intente lo mismo —continuó.

—¿Le dijo ella que ésa era su intención?

—No; no aludimos a esa cuestión: no había necesidad de hacerlo, porque no dudé de que ésa era su determinación.

—¿Olvidarme?

—¡Sí, Markham! ¿Por qué no?

—¡Oh, bueno! —fue mi única respuesta audible; pero interiormente contesté: «No, Lawrence, está usted en un error, ella no está decidida a olvidarme. Sería un error olvidar a alguien tan profunda y fervorosamente apegado a ella, que puede apreciar tan plenamente sus virtudes y comprender sus ideas como puedo hacer yo, y sería un error por mi parte olvidarme de una criatura tan excelsa y divina salida de las manos de Dios como ella, después de haberla conocido y amado con tanta sinceridad». Pero no le dije nada más sobre el asunto. De inmediato inicié una conversación banal y me despedí de mi amigo con un sentimiento menos cordial que de costumbre. Quizá no tenía derecho a sentirme molesto con él, pero así era.

Algo más de una semana después de esta conversación me lo encontré

cuando volvía de hacer una visita a los Wilson. Entonces decidí hacerle un favor, aun a costa de sus sentimientos, y, quizá, con el riesgo de llevarme ese disgusto que suele ser la recompensa de quienes comunican una información desagradable o dan un consejo no requerido. En esto, créeme, no me impulsaron motivos de venganza por las inquietudes que me había causado en los últimos tiempos, ni ningún sentimiento de malevolente enemistad hacia la señora Wilson, sino únicamente el hecho de que yo no podía soportar que semejante mujer se convirtiera en la hermana política de la señora Huntingdon y que, tanto por su bien como por el de él, me resistía a admitir que se uniera a una persona que le merecía tan poco, y tan absolutamente inadecuada para compartir su tranquilo hogar y ser la compañera de su vida. Él mismo había tenido desagradables sospechas sobre aquella cabeza hueca, supuse; pero era tal su inexperiencia, y tales los poderes de atracción de la dama, y su habilidad para conseguir que éstos se grabaran en su joven imaginación, que aquellas sospechas no le habían vuelto a preocupar, y creo que la única causa real de la vacilante indecisión que le había impedido hacer una definitiva declaración de amor era la consideración que le merecía su familia, en especial su madre, a quien él no podía soportar. Si vivieran lejos, podría haber vencido la objeción, pero dentro de los tres o cuatro kilómetros de Woodford, no era un asunto banal.

—¿Viene usted de visitar a los Wilson, Lawrence? —pregunté mientras paseaba junto a su jaca.

—Sí —me dijo, volviendo ligeramente el rostro—; creí una obligación de cortesía aprovechar la primera oportunidad para agradecerles sus amables atenciones, puesto que han mostrado un interés constante a lo largo de mi enfermedad.

—Todo se debe a la señorita Wilson.

—Y si es así —replicó él, sonrojándose de forma perceptible—, ¿es ésa una razón para que yo no les muestre adecuadamente mi agradecimiento?

—Es una razón para que no muestre usted el agradecimiento que ella busca.

—Dejemos ese tema, por favor —dijo, evidentemente molesto.

—No, Lawrence, con su permiso continuaré con él un rato más; y le diré, ahora que hablamos de ello, algo que puede usted creer o no, como prefiera; sólo le pido que recuerde que no es mi costumbre hablar calumniosamente y que, en este caso, no tengo motivos para desfigurar la verdad.

—¡En fin, Markham! ¿Qué ocurre?

—La señorita Wilson odia a su hermana. Puede parecer lógico que, en su

ignorancia del parentesco, sintiera cierta enemistad hacia ella, pero ninguna mujer honesta o amable sería capaz de exhibir una malicia tan mordaz, cruel y premeditada contra alguien que piensa que es su rival, como yo he podido comprobar.

—¡¡Markham!!

—Sí..., y estoy convencido de que Eliza Millward y ella, si no las autoras de las informaciones calumniosas que han sido propagadas, fueron quienes con toda intención las fomentaron y quienes principalmente las propagaron. La señorita Wilson no deseaba mezclar el nombre de usted en este asunto, por supuesto, pero era, y es todavía, un placer para ella hacer todo lo posible por calumniar a su hermana, sin arriesgarse demasiado a que se descubra su malignidad.

—No puedo creerlo —me interrumpió mi acompañante, con la cara encendida por la indignación.

—En fin, como no puedo probarlo, debo contentarme con afirmar que estoy plenamente convencido de ello; pero como usted no se casaría de buena gana con la señorita Wilson si fuera verdad, hará bien en ser cauto, hasta que haya probado que no es así.

—Nunca le he dicho, Markham, que tuviera la intención de casarme con la señorita Wilson —dijo, con orgullo.

—No, piense usted hacerlo o no, ella pretende casarse con usted.

—¿Se lo dijo ella?

—No, pero...

—Entonces no tiene usted derecho a hacer una afirmación semejante.

Obligó a la jaca a que aligerara el paso, pero yo cogí su crin, decidido a que no se fuera todavía.

—Espere un momento, Lawrence, y déjeme que le explique; no sea tan... no sé cómo llamarlo... inaccesible. Sé lo que piensa de Jane Wilson y creo que sé hasta qué punto está usted equivocado en su opinión sobre ella; cree que es singularmente encantadora, elegante, sensible y refinada; no se da usted cuenta de que es egoísta, cruel, ambiciosa, taimada, inconsciente...

—Ya basta, Markham, ya basta.

—No; déjeme terminar. Usted no sabe que si se casara con ella su hogar sería sombrío, inhóspito; y al fin se le rompería el corazón al verse unido a una persona tan absolutamente incapaz de compartir sus gustos, sus sentimientos, sus ideas, tan desprovista de sensibilidad, buenos sentimientos y verdadera nobleza de espíritu.

—¿Ha terminado? —preguntó mi acompañante con serenidad.

—Sí; sé que me odia por mi impertinencia, pero no me importa si con ello consigo impedir que cometa ese error fatal.

—¡Bien! —repuso él, con una sonrisa glacial—. Me complace que haya superado u olvidado sus propias aflicciones, hasta el punto de ser capaz de estudiar tan exhaustivamente los asuntos de los demás, y de preocuparse, sin necesidad, por las posibles o supuestas calamidades de su vida futura.

Nos despedimos con cierta frialdad una vez más; pero no hemos dejado de ser amigos; mi bienintencionado consejo, aunque podría haber sido ofrecido con más precauciones, y aceptado con más agradecimiento, no fue del todo inútil en cuanto al efecto deseado: su visita a los Wilson no se repitió y, aunque en nuestras entrevistas siguientes nunca mencionó su nombre, ni yo se lo mencioné a él, tengo razones para creer que ponderó mis palabras en solitario, que con solicitud aunque en secreto buscó información sobre la bella dama por otros medios, que comparó sin advertirlo la descripción que yo había hecho del carácter de ella con la que él se había imaginado y con la que dedujo de las afirmaciones de otras personas, y que finalmente llegó a la conclusión, valorándolo todo, de que más valía que ella siguiera siendo la señorita Wilson de Rycote Farm, en vez de convertirse en la señora Lawrence de Woodford Hall. Creo asimismo que pronto comenzó a contemplar con íntima estupefacción su anterior predilección y a felicitarse por la afortunada huida que había emprendido; pero nunca me lo confesó, ni insinuó una palabra de agradecimiento por la participación que yo había tenido en su liberación. Pero esto no fue una sorpresa para alguien que le conocía como yo.

En cuanto a Jane Wilson, se llevó una decepción y le amargó el inesperado y frío abandono y la final deserción del que había sido su admirador. ¿Hice mal en echar por tierra sus queridas esperanzas? Creo que no; y debo decirte con toda seguridad que nunca hasta ahora me ha acusado mi conciencia de haberme dejado guiar por una malvada intención en este asunto.

CAPÍTULO XLVII

NOTICIAS ALARMANTES

Una mañana, en los primeros días de noviembre, cuando redactaba algunas cartas comerciales poco después del desayuno, Eliza Millward vino a visitar a mi hermana. Rose no tenía la lucidez ni la virulencia necesarias para ver al pequeño demonio como yo le veía, y las dos todavía conservaban su intimidad. Sin embargo, en el momento de su llegada no estábamos en la

habitación más que Fergus y yo; mi hermana y mi madre estaban ausentes, ocupadas «en sus labores domésticas»; pero yo no tenía ninguna intención de entretenerla, si podía entretenerla otro; me limité a dedicarle un saludo indiferente y algunas palabras irrelevantes, y luego seguí escribiendo, dejando a mi hermano que fuera más cortés, si quería. Pero ella deseaba importunarme.

—¡Qué placer encontrarle a usted en casa, señor Markham! —dijo con una sonrisa solapadamente maliciosa—. Le veo poco últimamente, porque no viene nunca por la vicaría. Le aseguro que papá está bastante enfadado —añadió con aire festivo, mirándome con una risa impertinente, al tiempo que se sentaba casi enfrente, no muy alejada de mi escritorio, a la altura de la esquina de la mesa.

—He tenido mucho que hacer últimamente —dije, sin levantar la vista de mi carta.

—¿De veras? Alguien me dijo que ha estado usted descuidando sus asuntos estos últimos meses.

—Pues ese alguien se equivocó, porque precisamente los últimos dos meses he sido muy trabajador y diligente.

—¡Ah! Bueno, supongo que no hay nada mejor que una ocupación activa para consolar a los afligidos; permíteme, señor Markham, pero no tiene usted muy buen aspecto, y, según mis referencias, ha estado tan triste y pensativo últimamente, que casi me inclino a pensar que tiene alguna preocupación íntima que agobia su espíritu. Antes —dijo con timidez— podía haberme aventurado a preguntarle lo que era y qué podía hacer para consolarle; ahora no me atrevo a hacerlo.

—Es usted muy amable, señorita Eliza. Cuando crea que puede hacer algo para consolarme, tendré el descaro de decírselo.

—¡Hágalo, se lo ruego! Supongo que no puedo adivinar lo que le preocupa.

—No tiene necesidad de hacerlo, porque se lo diré con claridad. La cosa que más me molesta en este momento es una joven dama que está sentada cerca de mí y que me impide terminar mi carta y, por tanto, cumplir con mis obligaciones cotidianas.

Antes de que pudiera dar réplica a esta afirmación poco galante, Rose entró en la habitación. La señorita Eliza se levantó para saludarla y las dos se sentaron cerca de la chimenea, donde aquel muchacho ocioso, Fergus, estaba de pie, apoyando su espalda contra la esquina de la repisa, con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos del pantalón.

—Rose, tengo que contarte unas noticias. Espero que no las sepas ya, pues

sean buenas, malas o indiferentes, a una siempre le gusta ser la primera en contarlas. Se refiere a esa triste mujer, la señora Graham...

—¡Chitón! —susurró Fergus, con un ademán solemne—. Nunca la mencionamos; nunca se pronuncia su nombre.

Y alzando la mirada, le sorprendí mirándome de soslayo señalando su frente con un dedo; luego, guiñando un ojo a la joven dama con un lastimero movimiento de cabeza, susurró:

—Una monomanía... pero no la mencione..., todo menos eso.

—Lamentaría herir los sentimientos de alguien —repuso ella hablando en voz baja—; en otra ocasión, quizá.

—¡Hable alto, señorita Eliza! —dije, sin condescender a hacer caso de las bufonadas del otro—. No tenga miedo de decir nada en mi presencia.

—Está bien —contestó—, quizá sepa usted ya que el marido de la señora Graham no ha muerto en realidad y que ella le había abandonado. —Me sobresalté y sentí que se me encendía el rostro; pero lo oculté con la carta y seguí doblándola conforme ella hablaba—. Pero quizá no sabe que ha vuelto con él y que se han reconciliado. Fíjate —continuó, volviéndose hacia la confundida Rose—, ¡qué estúpido debe de ser el hombre!

—¿Y quién le proporcionó a usted esa información, señorita Eliza? —pregunté, interrumpiendo la exclamación de mi hermana.

—La he obtenido de una fuente fidedigna, señor.

—¿Puedo preguntar de quién?

—De los criados de Woodford.

—¡Oh! No sabía que tuviera usted un conocimiento tan íntimo de los asuntos domésticos del señor Lawrence.

—No me lo contó el criado, pero él se lo dijo en confianza a nuestra doncella Sarah, y Sarah me lo contó a mí.

—En confianza, supongo, y usted nos lo cuenta en confianza a nosotros; pero puedo asegurarle que es una historia disparatada, y más de la mitad, mentira.

Mientras hablaba, terminé de poner el sello y la dirección a los sobres de mis cartas con una mano un tanto vacilante a pesar de todos mis esfuerzos por aparentar serenidad y a pesar de mi firme convicción de que la historia era disparatada, de que la supuesta señora Graham no había vuelto con su marido y que jamás había soñado con una reconciliación. Lo más probable es que se hubiera ido, y que el chismoso del criado, no sabiendo lo que había sido de

ella, hubiera inventado la historia, y nuestra bella visitante nos la contaba ahora como cierta, encantada de tener la oportunidad de atormentarme. Pero era posible —difícilmente posible— que alguien la pudiera haber traicionado, y que se hubiera visto obligada a marcharse. Dispuesto a conocer lo peor, cogí rápidamente las dos cartas y murmurando algo sobre llegar demasiado tarde al correo, abandoné la habitación, me precipité al patio y pedí a gritos mi caballo. Como no había nadie por allí, lo saqué yo mismo de la cuadra, le coloqué la silla y las bridas, monté en él y salí al galope camino de Woodford. Encontré a su propietario vagando pensativamente por el campo.

—¿Se ha ido su hermana? —fueron mis primeras palabras al tiempo que le estrechaba la mano, en lugar de mi habitual pregunta sobre su salud.

—Sí, se ha ido —fue su respuesta, pronunciada tan serenamente que mi terror desapareció.

—Supongo que no puedo saber dónde está... —dije, mientras desmontaba y ponía mi caballo en manos del jardinero, que, como era el único criado que estaba cerca, había sido requerido por su amo para que dejara su ocupación de rastrillar las hojas muertas del prado para llevar el caballo a la cuadra.

Mi amigo me cogió gravemente del brazo y, conduciéndome hacia el jardín, contestó así a mi pregunta:

—Está en Grassdale Manor, en el condado de...

—¿Dónde? —grité, con un sobresalto convulsivo.

—En Grassdale Manor.

—¿Qué ocurrió? —dije, sin aliento—. ¿Quién la traicionó?

—Fue por su propia voluntad.

—¡Imposible, Lawrence! ¡No puede estar tan loca! —exclamé, cogiéndole vehementemente del brazo, como para obligarle a desmentir aquellas odiosas palabras.

—Es la verdad —insistió él con la misma gravedad—, y no lo hizo sin razón —continuó diciendo, desembarazándose suavemente de mi mano—: el señor Huntingdon está enfermo.

—¿Así que ha ido a cuidarlo?

—Sí.

—¡Estúpida! —no pude evitar exclamar, y Lawrence me miro con una expresión llena de reproche—. ¿Está muriéndose acaso?

—Creo que no, Markham.

—¿Y cuántas enfermeras más tiene a su alrededor? ¿Cuántas damas, además de ella, están allí para cuidarle?

—¡Ninguna! Estaba solo, de lo contrario ella no habría ido.

—¡Oh, maldita sea! ¡Esto es intolerable!

—¿El qué? ¿Que esté solo?

No intenté replicar, porque no estaba seguro de que aquella circunstancia no me condujera a la locura. Continué paseando angustiado, en silencio, con una mano pegada a la frente; de pronto, me detuve y, volviéndome hacia mi acompañante, exclamé:

—¿Por qué tomó esa descabellada decisión? ¿Qué demonio la obligó a hacerlo?

—Nada salvo su propio sentido del deber.

—¡Patrañas!

—Yo me incliné a decir lo mismo al principio, Markham. Le aseguro que ella no fue siguiendo mi consejo, pues detesto a ese hombre tan fervientemente como puede usted detestarlo, aunque, si quiere que le diga la verdad, su enmienda me satisfaría más que su muerte; pero lo único que hice yo fue informarla de la circunstancia de su enfermedad (que se debe a una caída del caballo cuando cazaba), y decirle que aquella desgraciada mujer, la señorita Myers, le había dejado hace tiempo.

—¡Hizo mal! Ahora que le conviene que ella esté allí, se dedicará a soltarle toda clase de discursos mentirosos y a hacerle bonitas y falsas promesas para el futuro, y ella le creará, y luego su situación será diez veces peor y diez veces más irremediable que antes.

—De momento no parece que haya mucha base para semejantes temores —dijo él, sacando una carta del bolsillo—: por la información que recibí esta mañana, yo diría...

¡Era su letra! Con un impulso irresistible alargué la mano y las palabras «¡Déjeme verla!» salieron involuntariamente de mis labios. Era evidente que él se resistía a satisfacer mi deseo, pero mientras dudaba, se la arrebaté de la mano. Pero un minuto después recuperé la compostura y le ofrecí devolvérsela.

—Cójala —dije—, si no quiere que la lea.

—No —repuso él—, puede leerla si lo desea.

La leí, como puedes leerla tú ahora.

Grassdale, 4 de noviembre

Querido Frederick:

Sé que estarás impaciente por saber de mí, y te contaré todo lo que pueda. El señor Huntingdon está muy enfermo, pero no agonizando, ni ante una amenaza inminente; está bastante mejor en este momento que cuando llegué. Encontré la casa en un estado de triste confusión: la señora Greaves, Benson, todos los criados honrados se habían ido y los que habían venido a sustituirlos formaban una pandilla negligente, desordenada, por no decir algo peor. Tengo que cambiarlos de nuevo si me quedo. Una enfermera profesional, una mujer de edad, ceñuda y severa, había sido contratada para atender al infeliz enfermo. Éste tiene muchos dolores y carece de fortaleza para soportarlos. Sin embargo, los daños inmediatos que sufrió a consecuencia del accidente no fueron muy graves y, según el doctor, habrían sido de poca importancia para un hombre de hábitos más moderados, pero en su caso es diferente. La noche de mi llegada, cuando entré por primera vez en su habitación, yacía en una especie de delirio. No advirtió mi presencia hasta que hablé y entonces me confundió con otra persona.

—¿Eres tú, Alice, has vuelto? —murmuró—. ¿Por qué me dejaste?

—Soy yo, Arthur... soy Helen, tu mujer —respondí.

—¡Mi mujer! —dijo, en un sobresalto—. ¡Por Dios, no la nombres! No tengo mujer. El diablo se la lleve —gritó, poco después—. ¡Y a ti también! ¿Por qué lo hiciste?

No dije nada más; pero al ver que él se quedaba mirando los pies de la cama, fui a sentarme allí, colocando la vela de forma que me iluminara perfectamente, porque pensé que podría estar agonizando y quería que me reconociera. Durante mucho tiempo fijó sus ojos en mí, primero con una mirada vacía y luego inmóvil, de una extraña y creciente intensidad. Por último, me asustó cuando se incorporó repentinamente y, apoyándose en un codo, me preguntó con un murmullo terrorífico, sin dejar de mirarme:

—¿Quién es?

—Soy Helen Huntingdon —dije, levantándome tranquilamente al mismo tiempo y colocándome en un sitio menos visible.

—Debo estar volviéndome loco —gritó— o quizá estoy delirando; pero déjeme, quienquiera que sea usted... No puedo soportar esa cara blanca y esos ojos. ¡Por Dios bendito, váyase, y envíeme a alguien que no tenga ese aspecto!

Por fin me fui y le envié a la enfermera contratada; pero a la mañana siguiente me aventuré a entrar de nuevo en su alcoba. Ocupé el lugar de la enfermera junto a su cama, le cuidé y le hice compañía durante varias horas, dejándome ver lo menos posible y hablando sólo cuando era necesario, y

siempre en voz baja. Al principio se dirigió a mí como si fuera la enfermera, pero, al cruzar la habitación para abrir la celosía, obedeciendo sus órdenes, dijo:

—No, no es la enfermera; es Alice. ¡Quédate conmigo! Esa vieja bruja va a llevarme a la tumba.

—Tengo intención de quedarme contigo —dije. Y a partir de ese momento me llamaría Alice, o cualquier otro nombre casi igual de repulsivo para mis sentimientos. Me obligué a mí misma a soportarlo durante cierto tiempo, temiendo que contradecirle pudiera afectarle demasiado, pero cuando, habiendo pedido un vaso de agua, se lo acercaba a sus labios, murmuró: «¡Gracias, amor mío!», no pude evitar hacer la siguiente observación—: No dirías eso si supieras quién soy.

Tenía intención de aclarar una vez más mi identidad a continuación, pero él murmuró una respuesta incoherente, así que lo dejé para otro momento. Cuando le estaba humedeciendo la frente y las sienes con vinagre y agua para aliviar el calor y el dolor que sentía en la cabeza, observó, después de mirarme ávidamente durante un minuto:

—Tengo unas alucinaciones extrañas... No puedo librarme de ellas y no me dejan descansar; y la más singular y pertinaz de todas es que tu cara y tu voz me parecen las de ella. Podría jurar en este momento que está a mi lado.

—Lo está —dije.

—Parece reconfortante —continuó diciendo él sin comprender el sentido de mis palabras—; cuando estás aquí las otras fantasías se desvanecen, pero ésta no hace más que cobrar fuerza. Quédate... quédate, hasta que se desvanezca también. No puedo soportar una obsesión semejante; ¡me mataría!

—Nunca se desvanecerá —dije claramente—, porque es la verdad.

—¡La verdad! —gritó sobresaltándose como si un áspid le hubiera mordido—. ¿No querrás decir que tú eres realmente ella?

—Eso es precisamente lo que quiero decir; pero no tienes necesidad de apartarte de mí como si fuera tu mayor enemiga: he venido a cuidarte y a hacer lo que ninguna de ellas haría.

—¡Por amor de Dios, no me atormentes ahora! —gritó en un estado de agitación lastimoso; luego comenzó a murmurar amargas maldiciones contra mí, o contra la mala suerte que me había llevado allí; mientras, volví a poner en su lugar la palangana y la esponja, y ocupé de nuevo mi sitio junto a la cama.

—¿Dónde están? —dijo—. ¿Me han abandonado... todos?

—Hay criados a los que puedes llamar si quieres; pero sería mejor que siguieras acostado y no te movieras: ninguno de ellos te atendería ni podría atenderte tan cuidadosamente como lo haré yo.

—No entiendo nada —dijo, perplejo y aturdido—. Aquello fue un sueño. —Y se tapó los ojos con las manos, como tratando de descifrar el misterio.

—No, Arthur, no fue un sueño que tu conducta me obligara a abandonarte; pero me enteré de que estabas enfermo y solo, y he venido a cuidar de ti. Puedes confiar en mí sin temor: pídemelo todo lo que quieras y trataré de satisfacerte. No hay nadie más que pueda cuidar de ti, y no voy a reprenderte ahora.

—¡Oh, ya comprendo! —dijo con una amarga sonrisa—. Es un acto de caridad cristiana, por medio del cual esperas ganar un lugar más elevado en el Cielo para ti y cavar un pozo más profundo en el infierno para mí.

—No; he venido a ofrecerte el consuelo y la ayuda que tu situación requería; y si pudiera hacer bien a tu alma así como a tu cuerpo, y despertar cierto sentido de la contrición, y...

—¡Oh, sí; si pudieras abrumarme con el remordimiento y el bochorno, éste es el momento! ¿Qué has hecho con mi hijo?

—Se encuentra bien y podrás verle cuando te tranquilices, pero no ahora.

—¿Dónde está?

—Está bien atendido.

—¿Está aquí?

—Donde quiera que esté, no le verás hasta que hayas prometido dejarle bajo mi protección y cuidado exclusivos, y permitirme llevarlo a donde y cuando yo quiera, si en el futuro juzgara necesario de nuevo que cambiáramos de casa. Pero hablaremos de esto mañana; no debes agitarte ahora.

—No, déjame verle ahora. Lo prometo si es necesario.

—No...

—¡Lo juro ante Dios que está en los Cielos! Ahora déjame verle.

—No puedo confiar en tus juramentos y promesas; he de tener en mi mano un acuerdo escrito y debes firmarlo en presencia de un testigo... pero no hoy, mañana.

—No, hoy... ahora mismo —insistió; y estaba en semejante estado de excitación febril, y tan decidido a satisfacer su deseo, que creí mejor complacerle, puesto que me di cuenta de que no descansaría hasta que lo hiciera. Pero yo estaba decidida a que no se olvidaran los intereses de mi hijo

y, después de escribir claramente sobre una hoja de papel la promesa que quería que hiciera el señor Huntingdon, la leí con toda intención en voz alta y le dije que la firmara en presencia de Rachel. Me rogó que no insistiera en esto: era una exhibición innecesaria ante la criada de mi falta de confianza en su palabra. Le dije que lo lamentaba, pero puesto que había perdido mi confianza, debía aceptar las consecuencias. A continuación alegó que se sentía incapaz de coger la pluma.

—Entonces tendremos que esperar hasta que puedas hacerlo —dije. Ante esto dijo que lo intentaría; pero entonces resultó que le fallaba la vista y que no podía escribir. Coloqué mi dedo en el lugar donde debía poner la firma y le dije que podía escribir su nombre a oscuras si sabía dónde hacerlo. Pero no tenía fuerzas para trazar las letras.

—En ese caso, debes de estar demasiado enfermo para ver al niño —dije. Se dio cuenta de que mi actitud era inexorable por lo que se las arregló finalmente para ratificar el acuerdo y ordené a Rachel que trajera al niño.

Todo esto puede que te sorprenda por su dureza, pero me di cuenta de que no podía perder mi ventaja actual y que el futuro bienestar de mi hijo no debía sacrificarse a ninguna ternura equivocada por los sentimientos de este hombre. El pequeño Arthur no se había olvidado de su padre, pero trece meses de ausencia, durante los cuales raras veces se le había permitido oír una palabra sobre él, o difícilmente susurrar su nombre, le habían vuelto algo huraño; cuando fue conducido a la oscura habitación en donde se encontraba el enfermo, tan cambiado físicamente, con el rostro sonrojado y los ojos con un brillo brutal, instintivamente se aferró a mí y se quedó mirando a su padre con un semblante que expresaba más temor que placer.

—Ven aquí, Arthur —dijo este último, alargando su mano hacia él. El niño se acercó y tocó tímidamente aquella mano ardiente, pero casi retrocedió alarmado cuando su padre le cogió de pronto de un brazo y lo acercó más hacia sí.

—¿Me conoces? —preguntó el señor Huntingdon, intensamente pendiente de su rostro.

—Sí.

—¿Quién soy yo?

—Papá.

—¿Te alegras de verme?

—Sí.

—¡No! —replicó el desilusionado padre, soltando el brazo y lanzándome una mirada llena de rencor.

Al verse libre, Arthur se acercó a mí y me cogió una mano. Su padre juró que yo había conseguido que el niño le odiara, y me ofendió y maldijo amargamente. En el mismo instante en que empezó a hacerlo envié a nuestro hijo fuera de la habitación; y cuando se calmó, le aseguré, sin alterarme, que estaba muy equivocado; nunca había intentado predisponer a su hijo contra él.

—Deseaba de verdad que te olvidara —dije— y sobre todo que olvidara las lecciones que le habías dado; por esa causa, y para atenuar el peligro del descubrimiento, reconozco que en general le he desalentado en su inclinación a hablar de ti; pero creo que nadie puede reprocharme que lo haya hecho.

El enfermo, como respuesta, gimió y deslizó su cabeza por la almohada en un paroxismo de impaciencia.

—¡Esto es el infierno! —gritó—. ¡Esta condenada sed está convirtiendo mi corazón en cenizas! Por favor...

Antes de que pudiera terminar la frase, yo había llenado un vaso con una especie de bebida agria y fresca que estaba sobre la mesa y se la había llevado. Lo bebió ávidamente, pero murmuró, cuando le retiré el vaso:

—Supongo que pretendes avergonzarme devolviendo bien por mal.

Pasando por alto su observación, le pregunté si había algo más que pudiera hacer por él.

—Sí, te daré ocasión de mostrar tu magnanimidad cristiana —se burló—; arrégrame la almohada y estas condenadas ropas de cama. —Lo hice—. Y ahora dame otro vaso de ese potingue. —Se lo ofrecí—. Es delicioso, ¿verdad? —dijo, con una mueca maliciosa, cuando se lo acerqué a sus labios—. Nunca soñaste con una oportunidad tan magnífica, ¿no es así?

—Ahora, ¿quieres que me quede contigo —dije, poniendo de nuevo el vaso sobre la mesa—, o te sentirás más tranquilo si me voy y hago venir a la enfermera?

—¡Oh, eres maravillosamente amable y solícita! ¡Pero me vuelves loco! —respondió, moviéndose con inquietud.

—Entonces te dejo —dije; y me retiré, no volviendo a molestarle con mi presencia ese día, salvo durante un minuto o dos para comprobar cómo estaba y si necesitaba algo.

A la mañana siguiente el médico ordenó que le sacaran sangre; después de hacerlo, se quedó más tranquilo y dócil. Pasé la mitad del día en su habitación, a intervalos. Mi presencia no parecía irritarle o inquietarle como antes y aceptó mis servicios con serenidad, sin observaciones amargas; la verdad es que apenas habló, salvo para hacer saber sus necesidades, y aun así lo hizo con pocas palabras. Pero al día siguiente —es decir, hoy— en la medida en que se

recuperaba de su estado de aturdimiento y agotamiento, su maligna naturaleza pareció revivir.

—¡Oh, qué dulce venganza! —gritó, después de haber estado haciendo todo lo posible para que se sintiera cómodo y para remediar la negligencia de su enfermera—. Además puedes disfrutar de ella con la conciencia tranquila, porque lo haces para cumplir con tu deber.

—Me complace cumplir con mi deber —dijo, con una acritud que no pude reprimir—, porque es el único consuelo que tengo; ¡y parece que la satisfacción de mi propia conciencia es la única recompensa que necesito buscar!

Él pareció sorprenderse mucho por la seriedad de mi actitud.

—¿Qué recompensa buscas? —preguntó.

—Me crearás una mentirosa si te lo digo, pero esperaba hacerte bien: tanto mejorar tu espíritu como aliviar tus sufrimientos; pero parece que no voy a conseguir ninguna de las dos cosas; tu mala predisposición no me lo va a permitir. Por culpa tuya he sacrificado mis propios sentimientos y el poco consuelo terrenal que me quedaba para nada. ¡Y cualquier cosa que hago por ti, por pequeña que sea, es atribuida a una intención egoísta y a una venganza refinada!

—Todo esto está muy bien, supongo —dijo, mirándome con una estúpida sorpresa—, y por supuesto debería deshacerme en lágrimas de arrepentimiento y admiración ante la vista de tanta generosidad y bondad sobrehumanas..., pero, verás, me es imposible hacerlo. Sin embargo, te ruego que me hagas todo el bien que puedas, si realmente encuentras algún placer en ello; porque te das cuenta de que ahora mismo soy casi tan desgraciado como puedas desear. Confieso que desde que llegaste estoy mejor atendido que antes, porque estos miserables me descuidaban vergonzosamente y todos mis viejos amigos parecen haberme abandonado por completo. Te aseguro que lo he pasado horrorosamente mal: a veces pensaba que debería haber muerto. ¿Crees que hay alguna posibilidad?

—Siempre existe la posibilidad de morir y es siempre conveniente vivir teniendo en cuenta semejante posibilidad.

—Sí, sí..., pero ¿crees que hay alguna probabilidad de que esta enfermedad tenga un desenlace fatal?

—No sabría decirlo; pero, suponiendo que la haya, ¿estás preparado para enfrentarte al acontecimiento?

—¿Para qué? El doctor me dijo que no moriría, por qué pensar en ello, puesto que no había ninguna duda de que me curaría, si seguía su régimen y

sus prescripciones.

—Espero que sea así, Arthur; pero ni el doctor ni yo podemos hablar con seguridad en un caso semejante; hay una lesión interna y es difícil saber el alcance que tiene.

—¡Vaya! Quieres asustarme para que me muera.

—No; pero no quiero tranquilizarte con una falsa seguridad. Si una conciencia de la fragilidad de la vida puede predisponerte a pensar seria y provechosamente, no te privaré del beneficio de semejantes reflexiones, tanto si al fin te recuperas como si no. ¿Te asusta mucho la idea de la muerte?

—Es la única cosa en la que me horroriza pensar; así que si tú tienes...

—Pero es un hecho que ha de producirse alguna vez —le interrumpí—; y aunque vivas muchos años, con certeza te sorprenderá como si te sobreviniera hoy, y no cabe duda de que será tan poco deseada como ahora, a menos que tú...

—¡Caramba! No me atormentes con tus prédicas ahora, a no ser que quieras matarme ahora mismo... Te digo que no puedo soportarlo, ya he sufrido bastante sin pensar en eso. Si crees que hay peligro, sálvame de él; y luego, como gratitud, escucharé todo lo que quieras decirme.

Siguiendo sus deseos dejé el desagradable tema. Y ahora, Frederick, creo que debo terminar mi carta. Por estos detalles puedes hacerte tu propia idea sobre el estado de mi paciente, y de mi situación y perspectivas futuras. Escríbeme pronto, y te contestaré para contarte cómo siguen las cosas por aquí; pero ahora que mi presencia en la habitación del enfermo es aceptada, e incluso requerida, me quedará poco tiempo libre entre atender a mi marido y a mi hijo, pues no debo abandonar del todo a este último: no estaría bien dejarle todo el tiempo con Rachel, y no me atrevo a dejarle ni un momento con ninguno de los criados, ni permitir que esté solo para que no se encuentre con ellos. Si su padre empeora, le pediré a Esther Hargrave que se encargue de él durante un tiempo, por lo menos hasta que yo haya reorganizado la casa; sin embargo me gustaría mucho más tenerle a mi cuidado.

Me encuentro en una situación bastante singular: me esfuerzo todo lo que puedo con el fin de facilitar la recuperación y la enmienda de mi marido. Pero si lo consigo, ¿qué haré? Mi deber, naturalmente..., pero ¿cómo...? No importa; puedo ejecutar la tarea que tengo ante mí ahora, y Dios me dará fuerza para hacer lo que Él exija en el futuro. Adiós, querido Frederick.

HELEN HUNTINGDON

—¿Qué le parece? —dijo Lawrence, mientras yo volvía a doblar en silencio la carta.

—Me parece —respondí— que está arrojando margaritas a los cerdos. ¡Puede estar satisfecha si la pisotean y vuelven a hacerla pedazos! Pero no diré nada en contra de ella: me doy cuenta de que en todo lo que ha hecho se ha movido por los motivos más nobles y mejores; y aunque el acto no es sensato, ¡quiera el Cielo protegerla de sus consecuencias! ¿Puedo quedarme con esta carta, Lawrence? Como ve, no me ha mencionado ni una sola vez en ella, ni ha hecho las más ligera alusión a mí; por tanto, no puede haber ningún mal en ello.

—Pero ¿por qué desea guardarla?

—¿No fueron escritos estos caracteres por su mano? ¿Y no fueron estas palabras concebidas en su pensamiento y muchas de ellas pronunciadas por sus labios?

—Está bien —dijo. Así que la conservé; de lo contrario, Halford, nunca podrías haber conocido todo su contenido.

—Y cuando le escriba —dije—, ¿tendría usted la bondad de preguntarle si me da permiso para revelarle a mi madre y mi hermana su verdadera historia y su situación, sólo en la medida en que sea necesario hacer saber al vecindario la vergonzosa injusticia que han cometido con ella? No quiero enviarle recuerdos cariñosos, sino simplemente pedirle eso, y decirle que es el favor más grande que podría hacerme; y decirle... No, nada más. Sabe que conozco su dirección, y podría escribirle yo mismo, pero soy lo bastante virtuoso para contenerme.

—Está bien, haré esto por usted, Markham.

—Y tan pronto como reciba contestación, ¿me permitirá conocerla?

—Si todo se desarrolla satisfactoriamente, iré yo mismo a decírselo.

CAPÍTULO XLVIII

MÁS NOTICIAS

Cinco o seis días después, el señor Lawrence nos hizo el honor de una visita, y cuando nos quedamos a solas los dos —lo que procuré tan pronto como me fue posible, llevándole fuera conmigo para que viera mi cosecha de trigo—, me enseñó otra carta de su hermana. Estaba bastante dispuesto a someterla a mi ansiosa lectura; supongo que pensó que me haría bien. La única respuesta que daba a mi petición era ésta:

«El señor Markham está en libertad de hacer aquellas revelaciones

referentes a mí que considere necesarias. Él debe saber que me gustaría muy poco que se hablara del tema. Espero que se encuentre bien; pero dile que no debe pensar en mí».

Puedo transcribirte algunos pasajes de la carta, porque se me permitió también conservar ésta, quizá como un antídoto contra todas las esperanzas y fantasías perniciosas.

Ha mejorado notablemente, pero está muy abatido por los efectos depresivos de su grave enfermedad y el régimen estricto que está obligado a observar, tan contrario a todos sus hábitos anteriores. Es deplorable comprobar hasta qué punto su vida pasada ha degenerado su constitución en otro tiempo noble, y viciado todo el sistema de su organismo. Pero el doctor dice que puede considerársele fuera de peligro, siempre que continúe observando las necesarias restricciones. Debe tomar algunos licores estimulantes, pero han de ser diluidos convenientemente y utilizados espaciadamente; y me resulta difícil que se atenga a ello. Al principio su terror a la muerte me hizo fácil la tarea; pero a medida que siente que sus agudos dolores ceden, y ve alejarse el peligro, se vuelve más intratable. También está empezando a volverle el apetito por la comida; y en esto, una vez más, sus antiguos e indulgentes hábitos se vuelven contra él. Le vigilo e impido que se exceda todo lo que puedo, y a menudo me reprocha amargamente mi rígida severidad; a veces trata de eludir mi vigilancia y otras actúa en contra de mi voluntad. Pero ahora se ha acostumbrado tanto a mis atenciones en general que nunca está satisfecho cuando no estoy a su lado. A veces me veo obligada a ser inflexible con él, pues de lo contrario me convertiría en su esclava y sé que sería una debilidad imperdonable abandonar por él mis otras ocupaciones. Tengo que vigilar a los criados y cuidar a mi pequeño Arthur, y también de mi salud, todo lo cual sería desatendido si me dedicara a satisfacer sus desorbitadas peticiones. Generalmente no velo por la noche, porque creo que la enfermera que lo hace está mejor preparada para este servicio que yo; no obstante, una noche entera de descanso es algo de lo que disfruto en pocas ocasiones y nunca puedo aventurarme a contar con ello, porque mi paciente no tiene escrúpulos en llamarme a cualquier hora cuando sus deseos o sus caprichos requieren mi presencia. Pero él teme claramente mi disgusto, y si en ocasiones pone a prueba mi paciencia con sus exigencias poco razonables y sus quejas y reproches malhumorados, en otras me deprime con su sumisión abyecta y un suplicante rebajamiento de sí mismo cuando teme haber ido demasiado lejos. Mas puedo perdonar todo esto sin esfuerzo; sé que es fundamentalmente una consecuencia de su debilitada constitución y sus nervios alterados; lo que más me molesta son los ocasionales intentos de demostrar su afecto, que no puedo ni creer auténticos ni corresponder. No es que le odie: sus sufrimientos y mis laboriosos cuidados le han hecho merecedor de cierta consideración por mi parte, incluso de mi afecto, pero me gustaría que se tranquilizara y fuera

sincero, y se limitara a dejar las cosas como están; pero cuanto más trata de atraerme, más me aparto de él y del futuro.

—Helen, ¿qué piensas hacer cuando me encuentre bien? —me preguntó esta mañana—. ¿Te marcharás otra vez?

—Depende totalmente de tu comportamiento.

—Oh, seré muy bueno.

—Pero si creo necesario dejarte, Arthur, no me «escaparé»: sabes que tengo tu promesa de que puedo ir a donde quiera, y llevarme conmigo a mi hijo.

—Oh, pero no tendrás motivos para hacerlo. —Y a continuación vinieron una serie de declaraciones que atajé con bastante frialdad.

—¿No vas a perdonarme entonces? —inquirió.

—Sí, te he perdonado; pero sé que no puedes amarme como lo hiciste una vez y lamentaría mucho que fueras a hacerlo, porque no tengo intención de corresponderte; así que dejemos el tema y no volvamos a hablar de él. Puedes deducir lo que haré de lo que he hecho por ti, siempre que no sea incompatible con la obligación más importante que tengo con mi hijo (más importante porque él nunca perdió sus derechos y porque espero serle más útil de lo que nunca pueda serlo a ti); y si quieres que tenga consideración por ti, son los hechos, y no las palabras, los que deben ganarte mi afecto y mi estima.

Su única respuesta a esto fue una ligera mueca y un encogimiento de hombros apenas perceptible. ¡Qué lástima de hombre! Para él las palabras son mucho más baratas que los hechos; era como si yo hubiera dicho: «Son las libras y no los peniques las que deben comprar el artículo que deseas». Y luego soltó un suspiro quejicoso de autocompasión, como si lamentara que él, que había sido amado y cortejado por tantas adoradoras, se viera abandonado a la misericordia de una mujer severa, exigente y cruel como aquélla, y aun en la necesidad de sentirse agradecido por la amabilidad que ésta quisiera otorgarle.

—Es una pena, ¿verdad? —dije; no sé si adiviné sus meditaciones, pero la observación estuvo de acuerdo con sus pensamientos porque respondió: «No tiene remedio», con una triste sonrisa.

He visto dos veces a Esther Hargrave. Es una criatura encantadora, pero su alegre espíritu está casi destrozado, y su dulce carácter casi echado a perder, a causa de las implacables persecuciones de su madre en favor de su rechazado pretendiente, no violentas, pero agotadoras e incesantes como un goteo. La madre parece decidida a hacer una carga de la vida de su hija, si ésta no cede a sus deseos.

—Mamá hace todo lo que puede —dice ella— para hacerme sentir que soy

una carga y un estorbo para la familia, y la más desagradecida, egoísta y desobediente de todas las hijas; Walter, además, se muestra antipático, frío, arrogante, como si me odiara realmente. Creo que habría cedido al principio si hubiera sabido la resistencia que iba a costarme; ¡pero ahora, por pura obstinación, resistiré!

—Un mal motivo para una buena resolución —respondí—. Sin embargo, sé que tienes mejores motivos, en realidad, para tu perseverancia: y te aconsejo que no los pierdas de vista.

—Confíe en que lo haré. A veces amenazo a mamá con escaparme y deshonorar a la familia ganándome la vida, si sigue atormentándome; y entonces eso la atemoriza un poco. Pero lo haré, en serio, si siguen así.

—Ten paciencia —dije— y vendrán mejores tiempos.

¡Pobre muchacha! Me gustaría que alguien que fuera digno de ella viniera y se la llevara. ¿No te gustaría a ti también, Frederick?

Si la lectura de esta carta me llenó de desaliento respecto a la vida futura de Helen y la mía, había una gran fuente de consuelo: estaba ahora en mi poder limpiar su nombre de toda sucia calumnia. Los Millward y los Wilson verían con sus propios ojos el luminoso sol estallando detrás de las nubes y sus rayos los deslumbrarían y abrasarían; también lo verían mis propios amigos, aquellos cuyas sospechas habían amargado tanto mi alma. Para llevar mi tarea a cabo, no tenía más que dejar caer la semilla en la tierra, y pronto se convertiría en una hierba frondosa y majestuosa: unas palabras a mi madre y a mi hermana bastarían para que la noticia se extendiera por todo el vecindario, sin más esfuerzo por mi parte.

Rose estaba encantada; tan pronto como le conté todo lo que consideré necesario —aparentando que era todo lo que sabía—, se precipitó con alegría a ponerse el sombrero y el chal, y corrió a llevar la buena nueva a los Millward y los Wilson. Sospecho que no fue buena nueva para nadie salvo para ella misma y para Mary Millward, esa muchacha sensata y sensible cuyas cualidades de buena ley habían sido rápidamente percibidas y valoradas por la supuesta señora Graham, a pesar de su sencilla apariencia; y quien, por su parte, había sido capaz de ver y apreciar el verdadero carácter y cualidades de aquella dama mejor que el genio más brillante de ellos.

Como puede que nunca tenga la oportunidad de mencionarla otra vez, puedo decirte también ahora que, por esta época, Mary estaba comprometida en secreto con Richard Wilson —un secreto, creo, para todo el mundo—. Aquel buen estudiante estaba ahora en Cambridge, en donde su conducta ejemplar y su diligente perseverancia en aprender le hicieron terminar los estudios, adquiriendo junto con los laureles arduamente ganados, una

reputación sin mancha. Con el tiempo se convirtió en el primer y único párroco del señor Millward, pues la decadencia obligó a este caballero a reconocer al fin que los deberes de su extensa parroquia eran demasiado para sus cacareadas energías, de las que tenía por costumbre jactarse delante de sus hermanos de hábito más jóvenes y menos activos. Esto era lo que los pacientes y fieles amantes habían planeado y esperado desde hacía años; y a su debido tiempo se unieron, ante el asombro del pequeño mundo en el que vivían, que hacía tiempo los había declarado a los dos nacidos para la bienaventuranza del celibato; pues les parecía imposible que el pálido y retraído ratón de biblioteca llegara nunca a tener el coraje necesario para buscar esposa, o fuera capaz de hacerse con una si lo hacía, e igualmente imposible que la fea, bondadosa, poco atractiva señorita Millward encontrara nunca un marido.

Continuaron viviendo en la vicaría; la dama dividió su tiempo entre su padre, su marido y sus pobres feligreses, y luego los nuevos miembros de la familia; ahora que el reverendo Michael Millward ha ido a reunirse con sus antepasados, lleno de años y honores, el reverendo Richard Wilson le ha sucedido en la parroquia de Lindenhope, para gran satisfacción de sus moradores, que tanto tiempo llevaban comprobando sus méritos y los de su excelente y bien amada compañera.

Si estás interesado en el destino ulterior de la hermana de la dama, sólo puedo decirte —lo cual, quizá, habrás oído por otro conducto— que hace unos doce o trece años libró a la feliz pareja de su presencia casándose con un potentado comerciante de L...; no le envidio su suerte. Me temo que ella le hace llevar una vida poco agradable, aunque, afortunadamente, él es demasiado insensible para darse cuenta de su desgracia. He tenido poca relación con ella: no nos vemos desde hace años; pero estoy seguro de que no ha olvidado ni perdonado a su admirador de antes, ni a la dama cuyas superiores cualidades le hicieron comprender la estupidez de su afecto pueril.

En cuanto a la hermana de Richard Wilson, siendo absolutamente incapaz de volver a cazar al señor Lawrence, o de conseguir un pretendiente lo suficientemente rico y elegante para encajar en sus ideas sobre cómo debería ser el marido de Jane Wilson, sigue soltera. Poco después de la muerte de su madre, retiró la luz de su presencia de Ryecote Farm, al resultarle imposible soportar por más tiempo los zafios modales y las costumbres poco sofisticadas de su honrado hermano Robert y de su digna esposa, o la idea de ser confundida a los ojos del mundo con una gente tan vulgar. Se alojó en una pensión de..., la ciudad en la que ha vivido y todavía vive, supongo, en una especie de tacaña, fría e incómoda exquisitez, no haciendo bien a los demás y poco a sí misma; pasando los días entre sus labores y sus escándalos; refiriéndose frecuentemente a su «hermano, el vicario», y a su «hermana, la esposa del vicario», pero nunca a su hermano, el granjero, y su hermana, la

mujer del granjero; viendo a tantos acompañantes como puede, sin demasiado esfuerzo, pero sin amar a nadie ni ser amada por nadie: una solterona insensible, arrogante, insidiosa y profundamente critica.

CAPÍTULO XLIX

«Y DESCENDIÓ LA LLUVIA, Y VINIERON LAS RIADAS, Y SOPLARON LOS VIENTOS, Y ROMPIERON CONTRA AQUELLA CASA, Y CAYÓ: Y SU DERRUMBAMIENTO FUE GRANDE»

Aunque el señor Lawrence estaba ahora completamente restablecido, mis visitas fueron más frecuentes que nunca, aunque no tan prolongadas como antes. Raras veces hablábamos de la señora Huntingdon; no obstante, nunca nos encontrábamos sin mencionarla, porque nunca busqué su compañía sin la esperanza de saber algo de ella, y él no buscaba nunca la mía porque ya me veía bastante a menudo sin necesidad de hacerlo. Pero yo siempre empezaba hablando de otras cosas, y esperaba primero a ver si él sacaba el tema. Si no lo hacía, yo decía, como por casualidad: «¿Ha tenido noticias de su hermana últimamente?». Si él decía: «No», no hablábamos más del asunto; si él decía: «Sí», me aventuraba a preguntarle: «¿Cómo está?», pero nunca: «¿Cómo se encuentra su marido?», aunque estuviera deseando saberlo; porque no tenía la hipocresía de aparentar ninguna inquietud por su recuperación, y ni el descaro de expresar ningún deseo por un resultado adverso. ¿Tenía yo semejante deseo? Me temo que debo considerarme culpable; pero puesto que has leído mi confesión, debes prestar atención también a su justificación, o a algunas de las excusas, al menos, con las que yo buscaba apaciguar mi remordimiento.

En primer lugar, como sabes, su vida perjudicaba a los demás, y evidentemente no le beneficiaba a sí mismo; y aunque yo deseaba que se terminara, no habría acelerado su final aunque hubiera podido hacerlo con sólo levantar un dedo, o aunque un espíritu me hubiera susurrado al oído que un esfuerzo de voluntad sería suficiente... a menos, realmente, que tuviera el poder de cambiarle por cualquier otra víctima de la tumba cuya vida pudiera ser beneficiosa para su raza, y cuya muerte fuera lamentada por sus amigos. Pero ¿había algún mal en desear que, entre los miles de personas cuyas almas serían ciertamente requeridas antes de que terminara el año, este desdichado mortal fuera una de ellas? Yo creía que no; y por tanto deseaba con todas mis fuerzas que el Cielo tuviera a bien llevárselo a un mundo mejor, o, si esto no podía ser, que se lo llevara de éste; porque si ahora no estaba en condiciones de responder a la llamada, después de una aleccionadora enfermedad, y con semejante ángel a su lado, no cabía esperar que lo estuviera nunca; y era

indudable, en cambio, que el retorno de la salud traería consigo el retorno de la sensualidad y la vileza, y cuanto más seguro estuviera de su recuperación, más acostumbrado a la generosa bondad de ella, más crueles se volverían sus sentimientos, más insensible e impenetrable su corazón a los razonamientos persuasivos de ella. Pero todo estaba en manos de Dios. Entretanto, sin embargo, no podía más que estar ansioso por el resultado de Sus designios, sabiendo, como yo sabía, que (dejándome a mí completamente aparte), aunque Helen pudiera sentirse interesada en el bienestar de su marido, aunque pudiera deplorar su suerte, mientras él viviera ella sería desgraciada.

Transcurrieron quince días y mis preguntas siempre fueron contestadas de forma negativa. Por fin un deseado «sí» me impulsó a hacer la segunda pregunta. Lawrence adivinaba mis angustiosos pensamientos y apreciaba mi prudencia. Al principio temí que fuera a torturarme con respuestas insatisfactorias, dejándome en la más absoluta oscuridad en lo que se refería a lo que yo deseaba saber, o forzándome a arrancarle la información, gota a gota, por medio de preguntas directas. «Y te estaría bien empleado», dirás; pero él era más compasivo; al poco rato puso mis en manos la carta de su hermana. La leí en silencio, y se la devolví sin comentario alguno. Este modo de proceder le gustó tanto que en adelante siempre me enseñó las cartas cuando le preguntaba por ella, si es que había carta que enseñar —era mucho menos molesto que contarme su contenido—; yo recibía aquellas confidencias con tanta discreción que nunca cambió de costumbre.

Pero yo devoraba aquellas cartas preciosas con los ojos, y nunca las devolvía hasta que su contenido se quedaba grabado en mi mente; y cuando volvía a casa, registraba los pasajes más importantes en mi diario junto con los más notables acontecimientos del día.

La primera de estas cartas daba cuenta de una grave recaída del señor Huntingdon, debida exclusivamente a su imprudencia al insistir en abandonarse a su afición a las bebidas alcohólicas. En vano le había ella llamado la atención, en vano le había mezclado el vino con agua: sus argumentos y sus amenazas eran un fastidio, su interferencia un insulto tan intolerable que, finalmente, una vez, al descubrir que le había aguantado el oporto que le llevaba, tiró la botella por la ventana, diciendo que no estaba dispuesto a permitir que le engañara como a un niño; ordenó al mayordomo, bajo amenaza de inmediata expulsión de la casa si no obedecía, que le llevara la botella del vino más fuerte que hubiera en la bodega, declarando que habría estado bien hacía tiempo si se le hubiera dejado hacer lo que quería, pero que ella quería mantenerlo débil para poder tenerlo bajo su férula —y, por todos los diablos, no iba a permitir que le dieran más la lata—, cogió un vaso con una mano y una botella con la otra, y no descansó hasta dejar ésta vacía. Unos síntomas alarmantes fueron las inmediatas consecuencias de su «imprudencia»

—como ella la denominó suavemente—, síntomas que aumentaron más que disminuyeron desde entonces; ésta fue la causa de que ella dejara de escribir a su hermano. Todos los signos de la enfermedad anterior de su marido habían vuelto a presentarse con mayor virulencia; la ligera herida exterior, medio cicatrizada, se había vuelto a abrir; se había desarrollado una inflamación interna, que podría tener consecuencias fatales si no se atajaba de inmediato. Naturalmente, el carácter del desdichado enfermo no mejoró con su calamidad; de hecho, sospecho que se volvió casi insoportable, aunque su bondadosa enfermera no se quejaba; pero decía que al fin se había visto obligada a poner a su hijo en manos de Esther Hargrave, ya que su presencia era tan a menudo requerida en la habitación del enfermo que casi ya no podía atenderle; el niño le había rogado que le dejara quedarse con ella y ayudarle a cuidar de su papá, y aunque a ella no le cabía duda de que habría sido muy bueno y pacífico, no podía soportar la idea de que sus infantiles y tiernos sentimientos tuvieran que enfrentarse a la visión de tanto sufrimiento, o permitir que fuera testigo de la impaciencia de su padre, u oír el horroroso lenguaje que estaba acostumbrado a utilizar en sus paroxismos de dolor o irritación.

Este último —continuaba ella— lamenta profundamente el comportamiento que ha ocasionado su recaída, pero, como de costumbre, me echa la culpa a mí. Si hubiera razonado con él como una criatura racional, dice, nunca habría ocurrido; pero ser tratado como un bebé o como un estúpido era suficiente para acabar con la paciencia de un hombre, y llevarle a afirmar su independencia aun a costa de su propio interés; él se olvidaba de cuán a menudo le había razonado yo hasta «acabar con su paciencia». Parece darse cuenta del peligro que corre; pero nada puede persuadirle a considerarlo en la perspectiva adecuada. La otra noche mientras le hacía compañía, e inmediatamente después de llevarle una pócima para aliviar su ardiente sed, observó, volviendo a su antigua y sarcástica amargura.

—¡Sí, tú eres sumamente atenta ahora! Supongo que no hay nada que no estuvieras dispuesta a hacer por mí.

—Ya sabes —dije, un poco sorprendida por su actitud— que de buena gana haría cualquier cosa que pudiera aliviarte.

—Sí, mi ángel inmaculado; pero cuando hayas asegurado tu recompensa y te encuentres a salvo en el Cielo, y yo aullando en el fuego del infierno, ¡no moverás ni un dedo para ayudarme! ¡No, me mirarás con placer, y ni siquiera mojarás la punta de tu dedo para refrescarme la lengua!

—Si ocurre así, la causa será el gran abismo que no podré salvar; y si pudiera mirarte con placer en un caso semejante, sería sólo por la seguridad de que estarías purificándote de tus pecados y preparándote para disfrutar de la

felicidad que sintiera yo. Pero, Arthur, ¿estás decidido a que yo no te encuentre en el Cielo?

—¡Hum! Me gustaría saber qué es lo que haría allí.

—En realidad, no puedo decírtelo, y me temo que es demasiado cierto que tus gustos y tus sentimientos deben cambiar radicalmente antes de que puedas tener algún goce en el Cielo. Pero ¿prefieres hundirte en el estado de tortura que predices para ti mismo sin hacer nada por evitarlo?

—Oh, todo es un cuento —dijo, con desdén.

—¿Estás seguro, Arthur? ¿Estás completamente seguro? Porque si tienes alguna duda, si después de todo te dieras cuenta de que estás equivocado cuando fuera demasiado tarde para...

—Desde luego sería bastante embarazoso —dijo—: pero no me molestes ahora. No voy a morirme todavía. No puedo ni quiero —añadió con vehemencia, como si de pronto se sintiera aterrorizado ante la posibilidad de aquel terrible acontecimiento—. ¡Helen, debes salvarme! —Y cogió ansiosamente mi mano y me miró a los ojos con una angustia tan suplicante que mi corazón se deshizo y las lágrimas me impidieron hablar.

La siguiente carta nos hizo saber que la dolencia se agravaba rápidamente; el horror a la muerte del pobre enfermo era todavía más angustioso que su falta de resistencia ante el dolor físico. No todos sus amigos le habían abandonado, pues el señor Hattersley, al enterarse de su estado, había ido a verle desde su lejana casa en el norte. Su mujer le había acompañado, tanto por el placer de ver a su querida amiga, de quien llevaba separada tanto tiempo, como por visitar a su madre y a su hermana.

La señora Huntingdon se mostró complacida por ver a Milicent una vez más, y le agradó comprobar que se encontraba tan bien y tan feliz...

Ahora está en el Grove —seguía diciendo la carta—, pero viene a verme a menudo. El señor Hattersley pasa gran parte del tiempo junto a la cama de Arthur. Con más sensibilidad de la que le atribuía, manifiesta una considerable compasión por su desdichado amigo, y se muestra mucho más deseoso que capaz de consolarle. A veces trata de bromear y reírse con él, pero no sirve de nada; otras, se esfuerza por levantarle el ánimo hablándole de los viejos tiempos, y esto en ocasiones sirve para distraer al paciente de sus tristes pensamientos, y en otras, sólo le sume en una melancolía más profunda que antes; entonces Hattersley se queda perplejo, y no sabe qué decir, salvo hacer una tímida sugerencia de que podría irse a buscar al sacerdote. Pero Arthur nunca lo consiente: sabe que en otras ocasiones ha rechazado las bienintencionadas amonestaciones del sacerdote con una frivolidad burlona, y no puede ni soñar en volver a él ahora en busca de consuelo.

El señor Hattersley ofrece a veces sus servicios en lugar de los míos, pero Arthur no deja que me vaya: este extraño capricho sigue creciendo conforme declina su fuerza —el antojo de tenerme siempre a su lado—. Casi nunca le dejo, salvo para ir a la habitación vecina, en donde a veces duermo una o dos horas cuando él está tranquilo; pero incluso entonces, dejo la puerta medio abierta para que sepa que puede llamarme. Ahora estoy con él mientras escribo; me temo que mi ocupación le molesta, aunque interrumpo con frecuencia mi carta para atenderle y aunque el señor Hattersley está también a su lado. Este caballero vino, según dijo, para implorar un descanso para mí, para que pudiera dar un paseo por el parque esta excelente, fría mañana, junto con Milicent, Esther y el pequeño Arthur, a quien él había traído para que me viera. A nuestro pobre enfermo evidentemente esta proposición le pareció cruel y le habría parecido todavía más cruel que yo la aceptara. Por tanto, dije que sólo iría un momento a hablar con ellos, y que luego volvería. Así que no hice más que intercambiar unas palabras con ellos, junto al pórtico —aspirando el aire fresco y vigorizante— y luego, resistiéndome a los voluntariosos y elocuentes ruegos de los tres para que me quedara un poco más y me uniera a ellos en un paseo por el parque, me marché y volví con mi paciente. No había estado ausente ni cinco minutos, pero él me reprochó amargamente mi frivolidad y abandono. Su amigo salió en mi defensa.

—No, de ninguna manera, Huntingdon —dijo—, eres demasiado duro con ella; debe comer y dormir, y aspirar una bocanada de aire fresco de vez en cuando, o de lo contrario no podrá resistirlo, te lo aseguro. Mírala, hombre, se está quedando en los huesos.

—¿Qué son sus sufrimientos comparados con los míos? —dijo el desdichado enfermo—. No me guardas rencor por estas atenciones, ¿verdad, Helen?

—No, Arthur, si pudiera ayudarte realmente con ellas. Si pudiera daría mi vida por salvarte.

—¿Lo harías, de verdad? ¿No?

—Lo haría muy gustosamente.

—¡Ah! Eso es porque crees que estás mejor preparada para morir.

Se hizo un penoso silencio. Era evidente que estaba sumido en lúgubres reflexiones, pero mientras pensaba en algo que decir que pudiera consolarle sin alarmarle, Hattersley, cuya mente había estado siguiendo el mismo curso, rompió el silencio diciendo:

—Mira, Huntingdon, yo haría venir a algún clérigo. Si no te gusta el párroco, puedes hacer venir al coadjutor o algún otro.

—No; ninguno de ellos puede hacerme ningún bien si ella no puede —fue la respuesta. Y las lágrimas brotaron de sus ojos al tiempo que exclamaba con verdadera angustia—: ¡Oh, Helen, si te hubiera escuchado, nunca habría llegado a esto! ¡Y si te hubiera hecho caso hace mucho tiempo...! ¡Oh, Dios, qué diferente habría sido!

—Escúchame entonces ahora, Arthur —dijo, apretándole cariñosamente la mano.

—Es demasiado tarde —dijo con desdén. Y a continuación le sobrevino otro paroxismo de dolor; entonces su lucidez comenzó a vacilar, y temimos que su muerte estuviera próxima; pero esta vez le suministramos un opiáceo, y sus sufrimientos comenzaron a ceder, se fue serenando poco a poco y finalmente se sumió en una especie de modorra. Desde entonces ha estado más tranquilo. Hattersley se ha marchado hace poco, expresando su esperanza de que mañana se encuentre mejor cuando venga a visitarle.

—Quizá pueda recobrarme —ha respondido el enfermo—. ¿Quién sabe? Ésta puede haber sido la crisis. ¿Qué crees tú, Helen?

Para no deprimirle le he dado la contestación más optimista que he podido, a pesar de lo cual le he recomendado que se preparara para la posibilidad que yo temía con mayor certeza. Pero él estaba decidido a confiar. Poco después, ha vuelto a caer en una especie de sopor y ahora gime de nuevo.

Se ha producido un cambio repentino. De pronto me llamó a su lado, con una excitación tan extraña que temí que estuviera delirando; pero no era así.

—¡Eso fue la crisis, Helen! —dijo, complacido—. Tenía un dolor infernal; ahora me ha desaparecido del todo; nunca me encontré mejor desde la caída... ¡Dios mío, me ha desaparecido! —Y me cogió la mano y me la besó lleno de emoción; pero, al darse cuenta de que yo no participaba de su alegría, la soltó de golpe y maldijo con amargura mi frialdad e insensibilidad. ¿Qué podía yo decir? Arrodillándome junto a él, cogí su mano y la apreté cariñosamente contra mis labios (por primera vez desde nuestra separación) y le dije, en la medida en que las lágrimas me dejaron hablar, que no era eso lo que me había mantenido en silencio; era el temor a que la repentina desaparición del dolor no fuera un síntoma tan favorable como él suponía. Inmediatamente mandé a buscar al doctor. Ahora le esperamos, impacientes. Te escribiré lo que diga. La ausencia de dolor, la ausencia de sensaciones en donde el dolor era más agudo siguen siendo las mismas.

Mis peores temores se han confirmado, se ha presentado la gangrena. El doctor le ha dicho que no hay esperanza. No hay palabras para describir su angustia. No puedo escribir más.

Lo que seguía era todavía más penoso en cuanto a su contenido. El

enfermo se acercaba rápidamente a la extinción; era arrastrado casi al borde de aquel horroroso vacío, que él se estremecía al contemplar y del que ni la agonía de las oraciones ni las lágrimas podían salvarle. Nada podía consolarle ahora; los burdos intentos de Hattersley fueron pronunciados en vano. El mundo no era nada para él: la vida y todos sus atractivos, sus insignificantes solicitudes y placeres eran una burla cruel. Hablar del pasado era torturarlo con vanos remordimientos; referirse al futuro hacía aumentar su angustia; y no obstante, permanecer callado era dejarle presa de sus propios lamentos y miedos. A menudo insistía con una estremecedora minuciosidad en el destino de su cuerpo percedero: la lenta y progresiva disolución que invadía ya su cuerpo; el sudario, el ataúd, la oscura y solitaria tumba, y todos los horrores de la corrupción.

—Si intento —decía su afligida esposa—, apartar estas cosas de su pensamiento, obligarle a concentrarse en temas más elevados, no es mejor.

—¡Peor y peor! —gime—. Si hubiera verdaderamente otra vida más allá de la tumba y un juicio después de la muerte, ¿cómo voy a enfrentarme a ello?

No puedo hacerle ningún bien; no conseguiré hacerle ver, ni animarle, ni reconfortarle con nada que diga; y sin embargo se agarra a mí con una obstinación implacable, con una especie de desesperación infantil, como si yo pudiera salvarle del destino que teme. Estoy día y noche junto a él. Me tiene cogida la mano izquierda ahora, mientras escribo; me la ha tenido así durante horas: a veces aferrándose con violencia a mi brazo, mientras le corren grandes gotas por la frente ante la idea de lo que ve, o cree que ve ante sí. Si retiro mi mano un momento, se angustia.

—Quédate conmigo, Helen —dice—, déjame cogerte así: parece como si no pudiera pasarme nada malo mientras estés aquí. Pero la muerte vendrá, se acerca ahora... ¡deprisa, deprisa! y... ¡oh, si pudiera creer que no hay nada después!

—No intentes creerlo, Arthur; después está la alegría y la gloria; ¡sólo tienes que intentar alcanzarla!

—¿Yo? —dijo con algo parecido a una risa—. ¿No vamos a ser juzgados de acuerdo con lo que hemos hecho en vida? ¿Cuál es la utilidad de una existencia llena de pruebas, si un hombre puede emplearla como quiera, precisamente en contra de los mandamientos de Dios, si luego va al Cielo con los mejores, si el más vil pecador puede ganar la recompensa del más bienaventurado santo, sólo con decir: «me arrepiento»?

—Pero si te arrepientes sinceramente...

—No puedo arrepentirme; únicamente tengo miedo.

—¿Sólo te arrepientes del pasado por las consecuencias que ha tenido para ti mismo?

—Exactamente..., salvo que lamento haberte hecho daño, Helen, porque eres tan buena conmigo...

—Piensa en la bondad de Dios y no podrás más que lamentarte por haberle ofendido a Él.

—¿Qué es Dios? No puedo verle ni oírle. Dios no es más que una idea.

—Dios es Infinita Sabiduría, y Poder, y Bondad, y AMOR; pero si esta idea es demasiado vasta para tus facultades humanas, si tu entendimiento se pierde en su abrumadora infinitud, fíjala en Aquel que condescendió a asumir nuestra naturaleza, que ascendió a los Cielos incluso en Su glorificado cuerpo humano, en quien la plenitud de la divinidad brilla.

Pero no hizo más que mover la cabeza y suspirar. Luego, en otro paroxismo de horror, apretó mi brazo y mi mano, y, gimiendo y lamentándose, se aferró a mí todavía con esta frenética y desesperada avidez tan angustiosa para mi alma, porque sé que no puedo ayudarle. Hice todo lo que pude para calmarle y reconfortarle.

—¡La muerte es tan terrible..., no puedo soportarla! —gritó—. Tú no sabes, Helen, no puedes imaginarte lo que es, porque no la tienes delante de ti; y cuando me hayan enterrado, tú volverás a tu vida de antes y serás más feliz que nunca, y todo el mundo seguirá tan ocupado y feliz como si yo no hubiera existido nunca; mientras yo... —Se echó a llorar.

—No tienes que afligirte por eso —dije—; todos te seguiremos bastante pronto.

—¡Ojalá quisiera Dios que pudiera llevarte conmigo ahora! —exclamó—. Deberías interceder por mí.

—Ningún hombre puede liberar a su hermano, ni hacer por él un acuerdo con Dios —repliqué—: costó más redimir sus almas; costó la sangre de un Dios encarnado, perfecto y sin mancha en Sí mismo, para redimirnos del cautiverio del maligno: deja que Él interceda por ti.

Pero parece que hablo en vano. Él no se ríe ahora, como antes, de estas verdades sagradas hasta despreciarlas; pero no puede todavía creer en ellas o comprenderlas. No puede tardar en morir. Sufre terriblemente y también sufrimos los que velamos por él. Pero no te fatigaré con más detalles. Creo que he dicho bastante para convencerte de que hice bien en venir aquí.

¡Pobre, pobre Helen! ¡Verdaderamente terribles han debido de ser las pruebas que pasó! Y yo no pude hacer nada por suavizarlas..., todo lo contrario, parecía casi como si yo mismo la hubiera expuesto a ellas, por

medio de mis secretos deseos; y al contemplar sus sufrimientos, o los de su marido, era como si me sintiera juzgado por haber acariciado semejante anhelo.

A los dos días llegó otra carta. Ésta también me fue entregada sin ningún comentario, y éste era su contenido:

5 de diciembre

Se ha ido por fin. Estuve sentada junto a él toda la noche, con mi mano fuertemente cogida por la suya, observando los cambios en sus rasgos y escuchando su respiración desfalleciente. Llevaba callado mucho tiempo y yo creía que nunca volvería a hablar, cuando murmuró, débil pero claramente:

—¡Ruega por mí, Helen!

—Ruego por ti, cada hora, cada minuto, Arthur; pero debes rogar por ti mismo.

Sus labios se movieron, pero no emitieron ningún sonido; luego sus ojos se agitaron y, suponiendo que estaba inconsciente por las palabras incoherentes, pronunciadas a medias, que se le escapaban de vez en cuando, desembarqué suavemente mi mano de la suya, con la intención de respirar un poco de aire, pues estaba casi a punto de desmayarme; pero un convulsivo movimiento de sus dedos y un «¡No me dejes!» débilmente susurrado me retuvo inmediatamente: cogí de nuevo su mano y no la solté hasta que dejó de existir. Y entonces me desmayé: no fue el dolor; fue el agotamiento, que, hasta ese momento, había sido capaz de combatir. ¡Oh, Frederick, nadie puede imaginarse la tristeza, física y mental, de aquel lecho mortuario! ¿Cómo podía soportar la idea de que aquella alma trémula se había precipitado al tormento eterno? ¡Una idea así iba a volverme loca! ¡Pero, gracias a Dios, tengo esperanza, no sólo por la confianza en la posibilidad de que la penitencia y el perdón puedan haberle alcanzado en el último momento, sino por la fe sagrada en que, sean las que fueren las llamas expiatorias que el espíritu extraviado pueda estar condenado a sufrir, sea cual fuere el destino que le espere, no obstante, no está perdido, y Dios, que no aborrece nada que Él haya creado, lo santificará al final!

Su cuerpo será depositado el jueves en esa oscura tumba que tanto temía; pero el ataúd debe cerrarse lo antes posible. Si piensas asistir al funeral ven pronto, porque necesito ayuda.

HELEN HUNTINGDON

CAPÍTULO L

DUDAS Y DECEPCIONES

Al leer esto no tenía razones para ocultar mi alegría y mi esperanza a Frederick Lawrence, porque no tenía nada de que avergonzarme. Lo único que me producía alegría era que su hermana se había liberado al fin de su penosa y abrumadora labor; mi única esperanza era que ella se recuperara con el tiempo de sus efectos y que se le permitiera descansar en paz y tranquilidad, por lo menos, el resto de su vida. Yo experimentaba una dolorosa piedad por su desdichado marido (aunque era plenamente consciente de que había sido él el causante de todos sus sufrimientos y de sobra merecedor de ellos), una profunda condolencia con ella por sus calamidades y una gran preocupación por las consecuencias de aquellos agotadores cuidados, aquellas terribles vigiliass, aquel confinamiento incesante y nocivo junto a un agonizante, porque estaba convencido de que no había aludido a la mitad de los sufrimientos que había tenido que soportar.

—¿Va a ir usted a verla, Lawrence? —pregunté, poniéndole la carta en las manos.

—Sí, inmediatamente.

—¡Muy bien! Le dejaré entonces para que haga los preparativos para su marcha.

—Ya los he hecho, mientras leía usted la carta y antes de que viniera; y el coche acaba de llegar.

Aprobando interiormente su prontitud, me despedí de él y me retiré. Me dirigió una mirada penetrante al tiempo que nos estrechábamos las manos para despedirnos; sea lo que fuere lo que buscaba en mi semblante, no vio en él nada más que la más decorosa gravedad... quizá mezclada con un poco de rigor porque por un momento me ofendí por lo que sospechaba que le estaba pasando por la cabeza.

¿Había olvidado yo mis propias expectativas, mi ardiente amor, mis pertinaces esperanzas? Parecía como un sacrilegio volver a ellas ahora, pero no las había olvidado. Reflexioné, sin embargo, sobre estas cosas con un lúgubre sentido de la oscuridad de esas expectativas, la falacia de esas esperanzas, y la fatuidad de este afecto, al montar de nuevo en mi caballo y hacer lentamente el viaje de vuelta a casa. La señora Huntingdon era libre ahora; ya no era un delito pensar en ella; pero ¿pensó ella alguna vez en mí? No, en aquel momento, naturalmente, no era de esperar, pero ¿lo haría cuando se hubiera recuperado de la impresión? A lo largo de toda su correspondencia con su hermano (nuestro mutuo amigo, como ella misma le llamaba), no me había mencionado más que una vez, y había sido por necesidad. Esto sólo

daba fuerza a la presunción de que me había olvidado; no obstante, no era esto lo peor: podría haber sido su sentido del deber lo que la había hecho guardar silencio, podría estar tratando sólo de olvidar; pero además de esto, tenía la sombría convicción de que las horribles realidades que ella había visto y padecido, su reconciliación con el hombre que había amado una vez, los sufrimientos y la muerte espantosos de éste, debían de haber borrado finalmente de su pensamiento todas las huellas de su efímero amor por mí. Ella podría recuperarse de estos horrores hasta el punto de recuperar su antigua salud, su tranquilidad, incluso su alegría, pero nunca aquellos sentimientos que a partir de entonces le parecerían un afecto pasajero, un sueño vano, ilusorio; sobre todo cuando no había nadie que le recordara mi existencia, ni medio de hacerle saber mi ferviente constancia, ahora que estábamos tan lejos el uno del otro, y la delicadeza me prohibía verla o escribirle durante meses por lo menos. ¿Cómo podía conseguir que su hermano me ayudara? ¿Cómo podía romper aquella helada corteza de cautelosa reserva? Quizá él desaprobaba ahora mi afecto igual que antes; ¿no me consideraría quizá, demasiado pobre, demasiado humilde, para su hermana? Sí, había otra barrera: era indudable que había una gran diferencia entre el rango y la situación de la señora Huntingdon, la dama de Grassdale Manor, y los de la señora Graham, la artista, la inquilina de Wildfell Hall; quizá los amigos de ella, el mundo, si es que no ella misma, considerarían una presunción que yo ofreciera mi mano a la primera... una penalidad que yo podría arrostrar, si estuviera seguro de que ella me amaba; pero si no me amaba, ¿cómo podía hacerlo? Y, finalmente, su difunto marido, con su habitual egoísmo, podría haber redactado su testamento de tal manera que le pusiera impedimentos para que se casara otra vez. Como ves, tenía bastantes razones para desesperarme si hubiera querido.

No obstante, esperé el regreso del señor Lawrence de Grassdale con poca impaciencia, impaciencia que aumentaba a medida que se prolongaba su ausencia. Estuvo fuera unos diez días. Me parecía muy bien que se quedara allí para consolar y ayudar a su hermana, pero podía haber escrito para decirme cómo se encontraba ella, o al menos cuándo pensaba volver; porque podría haber tenido en cuenta que yo estaba angustiado por ella y sumido en la incertidumbre en cuanto a mis planes futuros. Y cuando regresó por fin, lo único que me dijo fue que se hallaba exhausta y rendida por sus incesantes esfuerzos en favor de aquel hombre que había sido el azote de su vida y la había arrastrado con él hasta las mismas puertas de la muerte, y que estaba todavía muy impresionada y deprimida por su triste fin y las circunstancias que lo habían rodeado. Pero no dijo ninguna palabra que se refiriera a mí, no hizo ninguna alusión a que ella pronunciara alguna vez mi nombre, o que éste fuera mencionado en su presencia. Naturalmente yo tampoco le hice ninguna pregunta: no se me pasó por la cabeza hacerlo, creyendo, como creía, que

Lawrence era contrario a la idea de mi unión con su hermana.

Me di cuenta de que él esperaba que yo le hiciera más preguntas sobre su visita y también, con la aguda percepción de los celos, o del amor propio —o como quiera que deba llamarlo—, de que a él no le gustaba la idea del interrogatorio que le amenazaba, y se mostró no menos complacido que sorprendido al ver que no se producía. Como es natural, yo ardía de cólera, pero el orgullo me obligó a reprimir mis emociones, y a mantener sereno mi semblante —o al menos a aparentar una estoica calma— a todo lo largo de la entrevista. Hice bien en comportarme así, pues volviendo a considerar el asunto una vez recuperada la calma, debo decir que habría sido absurdo e impropio discutir con él en una ocasión semejante; debo confesar también que lo detesté en mi fuero interno; la verdad era que me tenía una gran simpatía, pero era plenamente consciente de que una unión entre la señora Huntingdon y yo sería lo que el mundo llama una *mésalliance*; y no era propio de su naturaleza burlarse del mundo, sobre todo en un caso como éste, porque la risa de aquél, o su opinión desfavorable, sería para él más terrible que se dirigiera contra su hermana que contra sí mismo. Si hubiera creído que la unión era necesaria para la felicidad de los dos, o de uno de los dos, o hubiera sabido con cuanto fervor la amaba yo, se habría comportado de forma diferente; pero viéndome tan sereno y frío, por nada del mundo habría alterado mi fortaleza de ánimo y, aunque absteniéndose absolutamente de toda oposición activa a la boda, tampoco habría hecho nada para que se celebrara, y se habría inclinado más bien a actuar con moderación, ayudándonos a superar nuestro apego mutuo, que a dejarse arrastrar por la emoción, y fomentarla. «Y no se equivocaba al hacerlo», dirás. Quizá no; en cualquier caso, yo no ganaba nada con estar resentido con él como lo estaba; pero en aquel momento no podía juzgar el asunto con semejante moderación; y después de una conversación sobre temas indiferentes, me fui, sintiendo el escozor del orgullo herido y de la amistad traicionada, además del dolor que me producía el temor de que ella me hubiera olvidado verdaderamente, y la certeza de que aquella a la que amaba se encontraba sola y apenada, padeciendo falta de salud y abatimiento de espíritu, sin que yo pudiera hacer nada para consolarla o ayudarla, ni siquiera demostrarle mi condolencia, pues la comunicación de un mensaje semejante a través del señor Lawrence no podía ni plantearse.

Pero ¿qué iba a hacer? Esperaría y vería si ella daba muestras de acordarse de mí, lo cual por supuesto no iba a ocurrir sino por medio de una especie de mensaje confiado a su hermano, el cual, con toda probabilidad, no me haría llegar, y entonces —¡horrible pensamiento!— ella creería que me había enfriado y que había cambiado por no contestarlo... O, quizá, él ya le había dado a entender que yo había dejado de pensar en ella. Sin embargo, esperaré a que hubieran transcurrido los seis meses de nuestra despedida (es decir, hasta finales de febrero), y entonces le enviaré una carta en la que le recordaría

humildemente su anterior permiso para escribirle al final de ese período y esperaba que pudiera hacer uso de él, al menos para expresarle mi sincero pesar por sus últimas desdichas, mi justa apreciación de su generosa conducta y mi esperanza de que se hubiera restablecido del todo, y de que, algún día, se le permitiera disfrutar de las bendiciones de una vida tranquila y feliz que durante tanto tiempo se le habían negado. Vida que nadie podía decir que mereciera con mayor motivo que ella; añadiría algunas palabras de cariñoso recuerdo para mi pequeño amigo Arthur, con la esperanza de que no me hubiera olvidado, y, quizá, algunas más referentes a épocas pasadas, a las deliciosas horas que había pasado en su compañía, y mi imperecedero recuerdo de ellas, que era la sal y el consuelo de mi vida, y la esperanza de que sus sinsabores recientes no me hubieran desterrado de su pensamiento. Si no contestaba a esta carta, no le escribiría ninguna otra; si la contestaba (como seguramente haría, de alguna manera), mi actuación posterior dependería de su respuesta.

Diez semanas era mucho tiempo para esperar en un estado de tan triste incertidumbre, pero ¡valor!, debía soportarlo; entretanto continuaría viendo a Lawrence de vez en cuando, aunque no tan a menudo como antes, y continuaría incluso con mis habituales preguntas sobre su hermana, si había sabido algo de ella últimamente, que cómo estaba, pero nada más.

Así lo hice, y las respuestas que recibía se limitaban irritantemente a la carta objeto de mis pesquisas: se encontraba como de costumbre, no se quejaba, pero el tono de la última carta ponía de manifiesto una gran depresión; decía que se encontraba mejor, y, por último, que estaba bien, y muy ocupada con la educación de su hijo y con la administración de las propiedades de su difunto marido, y la reorganización de sus asuntos. El pícaro nunca me dijo cómo habían sido dispuestos esos bienes, o si el señor Huntingdon había muerto sin hacer testamento o no; y yo prefería morirme antes que preguntárselo, para que no interpretara mi deseo de saber como codicia. Él nunca se ofrecía ahora a enseñarme las cartas de su hermana, y yo nunca insinué el deseo de verlas. Febrero, sin embargo, se aproximaba; diciembre había pasado; enero, por fin, estaba terminando... algunas semanas más y después, una cierta desesperación o renovación de la esperanza pondría fin a aquella larga agonía de incertidumbre.

Pero ¡ay!, fue precisamente por esa época cuando ella tuvo que encajar otro golpe con la muerte de su tío..., un viejo bastante carente de méritos, me atrevería a decir, pero que había mostrado siempre más generosidad y afecto hacia ella que hacia ninguna otra criatura, y ella se había acostumbrado a tratarle como a un padre. Estaba con él cuando murió y había ayudado a su tía a cuidarle en el último estadio de su enfermedad. Su hermano fue a Staningley para asistir al funeral y me dijo, a la vuelta, que ella estaba allí todavía,

tratando de levantar el ánimo a su tía con su presencia, y probablemente con intención de quedarse algún tiempo. Ésta era una mala noticia para mí, porque mientras estuviera allí no podía escribirle, puesto que no sabía la dirección y no iba a pedírsela a él. Pero una semana seguía a otra, y cada vez que le preguntaba por ella me decía que estaba todavía en Staningley.

—¿Dónde está Staningley? —le pregunté, por fin.

—En el condado de... —fue la escueta contestación; y en ella había algo tan frío y seco que me disuadió de pedirle una explicación más detallada.

—¿Cuándo regresará a Grassdale? —fue mi siguiente pregunta.

—No lo sé.

—¡Maldita sea! —murmuré.

—¿Por qué, Markham? —me preguntó mi acompañante, con un aire de inocente sorpresa. Pero no me digné contestarle, salvo con una mirada de desdén hosco y desdeñoso, ante la cual él inclinó la cabeza y contempló la alfombra con una ligera sonrisa, medio sombría, medio distraída. Luego, alzando la mirada con presteza, comenzó a hablar de otros temas, tratando de arrastrarme a una conversación alegre y cordial; pero yo estaba demasiado irritado para divagar con él y en seguida me despedí.

Verás, de alguna manera Lawrence y yo no conseguíamos llevarnos muy bien. La verdad es, creo, que los dos éramos demasiado susceptibles. Es una cosa molesta, Halford, esta susceptibilidad por afrentas en las que nadie está implicado. Ahora ya no soy víctima de ella, como puedes atestiguar tú mismo: he aprendido a ser alegre y sensato, a estar más de acuerdo conmigo mismo y ser más indulgente con mis semejantes, y puedo hasta reírme de ti y de Lawrence.

En parte por casualidad y en parte por una negligencia voluntaria por mi lado (porque estaba empezando a disgustarme de verdad), pasaron varias semanas antes de que volviera a ver a mi amigo. Cuando nos encontramos, había sido él el que me había buscado por todas partes. Una luminosa mañana de primeros de junio, se presentó en el campo en donde yo estaba empezando la siega del heno.

—Hacía mucho tiempo que no le veía, Markham —dijo, después de intercambiar algunas palabras—. ¿No piensa venir a Woodford nunca más?

—Fui una vez, pero estaba usted fuera.

—Lo lamenté, pero eso fue hace mucho tiempo; esperaba que volviera otra vez; entonces fui a verle, pero usted estaba fuera, como ocurre a menudo, pues de lo contrario hubiera ido con más frecuencia; pero estando decidido a verle esta vez, he dejado mi jaca en el camino y he saltado el seto y la zanja para

encontrarle; es que voy a dejar Woodford por una temporada y puede que no tenga el placer de volver a verle durante un mes o dos.

—¿Adónde va?

—Primero a Grassdale —dijo, con una media sonrisa que de buena gana habría reprimido si hubiera podido.

—¡A Grassdale! ¿Está ella allí entonces?

—Sí, pero dentro de un día o dos se marchará para acompañar a la señora Maxwell a F..., para beneficiarse del aire del mar, y yo iré con ellas (F... era en aquella época un tranquilo y acreditado balneario; ahora es mucho más frecuentado).

Lawrence parecía esperar que yo aprovechara esta circunstancia para confiarle algún tipo de mensaje dirigido a su hermana; y creo que se habría comprometido a entregarlo sin objeciones, si a mí se me hubiera ocurrido pedírselo, aunque, naturalmente, no se habría ofrecido a hacerlo si yo me contentaba con dejarlo marchar sin más. Pero no pude decidirme a hacer la petición. Hasta que él se marchó no me di cuenta de la excelente oportunidad que había dejado escapar y entonces, de verdad, lamenté mi torpeza y mi estúpido orgullo, pero ya era demasiado tarde para remediar el mal.

No regresó hasta los últimos días de agosto. Me escribió dos o tres veces desde F..., pero sus cartas fueron irritantemente insatisfactorias: versaban sobre generalidades y nimiedades que no me interesaban en absoluto, o estaban repletas de divagaciones y reflexiones igualmente mal acogidas por mí en aquel momento, y no decían prácticamente nada sobre su hermana y poco más sobre sí mismo. Esperaría, sin embargo, a que volviera; quizá pudiera entonces sonsacarle algo. De todas formas, no le escribiré a ella entonces, mientras estuviera con él y con su tía, quien sin duda sería todavía más hostil que él a mis presuntuosas aspiraciones. Cuando regresara al silencio y la soledad de su propia casa sería mi mejor oportunidad.

Cuando Lawrence regresó, sin embargo, se mostró más reservado que nunca sobre el tema de mi impaciente curiosidad. Me dijo que a su hermana le había sentado muy bien su estancia en F..., que su hijo se encontraba muy bien y que —¡ay!— los dos habían vuelto con la señora Maxwell a Staningley, y allí permanecieron por lo menos tres meses. Pero en lugar de aburrirme con mi disgusto, mis esperanzas y desilusiones, la fluctuación entre mi triste desaliento y mis esperanzas vacilantes, mis diversas resoluciones, unas veces abandonadas y otras mantenidas —pensando unas veces en un arranque temerario y otras en dejar correr las cosas y esperar—, me dedicaré a explicar la situación de uno o dos personajes presentados en el curso de esta narración, a quienes puede que no tenga ocasión de mencionar de nuevo.

Poco antes de producirse la muerte del señor Huntingdon, lady Lowborough se escapó con otro galán al Continente, en donde, después de haber vivido una temporada en alborotada disipación, riñeron y se separaron. Durante un tiempo siguió dando tumbos, pero los años pasaban y el dinero se iba; finalmente naufragó en medio de necesidades y deudas, desgracia y miseria; murió según he oído, en la penuria, el abandono y la más absoluta vileza. Pero esto podría ser sólo un rumor: puede que viva todavía, si nos atenemos a los datos que yo o cualquiera de sus parientes o antiguos conocidos sabemos; porque éstos no han vuelto a verla desde hace mucho años y si pudieran se olvidarían de ella del todo. Su marido, sin embargo, después de aquella segunda calaverada, trató inmediatamente de obtener el divorcio, lo obtuvo y no mucho después volvió a casarse. Fue una acertada decisión, pues lord Lowborough, triste y raro como parecía, no era hombre para una vida de soltero. Ni los intereses públicos, ni ambiciosos proyectos, ni absorbentes ocupaciones —ni siquiera lazos de amistad (si es que había tenido algún amigo)—, podían compensarle de la ausencia de comodidades y ternuras domésticas. Tenía un hijo y una hija nominal, es verdad, pero le recordaban demasiado dolorosamente a su madre, y la pequeña Annabella era una fuente perpetua de amargura para su alma. Se había impuesto a sí mismo tratarla con bondad paternal; se había obligado a no odiarla e incluso, quizá, a sentir una amable simpatía hacia ella, al final, como respuesta al cariño sencillo y confiado que la niña sentía por él; pero la amargura de su autocondena por los secretos sentimientos que le inspiraba aquella inocente criatura, su lucha constante para subyugar las malas ocurrencias de su naturaleza (pues no era una naturaleza generosa), aunque parcialmente adivinadas por aquellos que le conocían, sólo las conocían Dios y su propio corazón; también duros eran sus conflictos con la tentación de volver al vicio de su juventud —y buscar el olvido de sus desgracias pasadas y el amortiguamiento de la tristeza presente de un corazón marchito, de una vida sin alegría ni amistad, y una mente mórbidamente desconsolada—, cediendo de nuevo ante ese enemigo de la salud, el juicio y la virtud, que tan deplorablemente le había esclavizado y degradado antes.

El segundo objeto de su elección fue muy distinto del primero. Algunos se asombraron de su gusto; algunos incluso lo ridiculizaron, pero en esto la estupidez de sus críticos era más aparente que la suya. La dama tenía aproximadamente su edad —es decir, entre treinta y cuarenta años—, no era notable por su belleza, ni por su salud, ni por sus brillantes dotes, ni por ninguna otra cosa de la que haya oído hablar alguna vez, salvo una auténtica sensatez, una integridad inquebrantable, una activa piedad, un corazón cálido y benevolente, y una inagotable alegría. Estas cualidades, sin embargo, como puedes fácilmente imaginar, se combinaban para convertirla en una madre excelente para los niños y en una inapreciable esposa para su señoría. Él, con

su habitual falta de estima por sí mismo, la creía demasiado buena para él, y aunque se asombraba de la bondad de la Providencia al haberle favorecido con semejante regalo, e incluso del gusto de ella por haberle preferido a otros hombres, hizo todo lo posible por devolverle el bien que le hizo y tuvo tanto éxito en su propósito que ella fue, y creo que todavía es, una de las esposas más felices y enamoradas de Inglaterra; y todos los que ponen en duda el buen gusto de los dos pueden estar agradecidos si sus respectivas elecciones les aportan la mitad de auténtica satisfacción con el mismo fin, o si recompensan su preferencia con un afecto la mitad de duradero y sincero.

Si estás interesado de alguna manera en el destino de aquel bellaco llamado Grimsby, sólo puedo decirte que fue de mal en peor, hundiéndose patéticamente en el vicio y la vileza, sin otra compañía que los peores miembros de su club y la escoria de la sociedad —por fortuna para el resto del mundo—, y que finalmente encontró su fin en una reyerta de borrachos, a manos, se dice, de un compañero de aventuras, a quien había engañado en el juego.

En cuanto al señor Hattersley, nunca olvidó del todo su resolución de «apartarse de ellos» y comportarse como un hombre y un cristiano, y la última enfermedad y muerte de su en otro tiempo jovial amigo Huntingdon le impresionó tan profunda y seriamente y le hizo reflexionar tanto sobre el peligro de sus anteriores costumbres, que nunca más necesitó otra lección parecida. Evitando las tentaciones de la ciudad, continuó viviendo en el campo, inmerso en las habituales ocupaciones de un hacendado activo y cordial; eran éstas la labranza y la crianza de caballos y ganado, alternadas con la caza y aliviadas por la compañía ocasional de sus amigos (mejores que los de su juventud) y la de su diminuta y feliz esposa (ahora alegre y confiada como pudiera desear el corazón), y la de su excelente familia de fornidos hijos y lozanas hijas. Como su padre, el banquero, murió hace años y le dejó toda su fortuna, ahora tiene todos los medios necesarios para ejercitar sus aficiones preferidas, y no necesito decirte que Ralph Hattersley es famoso en todo el país por su noble cría de caballos.

CAPÍTULO LI

UN SUCESO INESPERADO

Volveremos ahora a una tarde tranquila, fría y nubosa de comienzos de diciembre, cuando la primera nevada se extendía como una fina capa sobre los campos yermos y los caminos helados, o se amontonaba más espesa en los huecos de las huellas profundas de los carros y las pisadas de hombres y

caballos impresos en el fango, ahora petrificado, de las últimas lluvias torrenciales. La recuerdo bien porque volvía andando a casa de la vicaría, en compañía nada menos que de la señorita Eliza Millward. Yo había ido a visitar a su padre: un sacrificio en aras de la cortesía aceptado exclusivamente para complacer a mi madre, no a mí mismo, pues odiaba acercarme a la casa; no sólo a causa de mi antipatía hacia la en otro tiempo encantadora Eliza, sino porque no había perdonado al anciano caballero por su mala opinión de la señora Huntingdon; pues aunque ahora reconocía que se había equivocado en su primer juicio, seguía manteniendo que había hecho mal en abandonar a su marido: esto era una violación de sus sagrados deberes de esposa y una prueba para la Providencia al exponerse a la tentación; únicamente los malos tratos (y éstos de no poca importancia) podían excusar semejante paso... y ni siquiera eso, porque en un caso semejante habría debido apelar a las leyes para protegerse. Pero no era de él de quien quería hablar; era de su hija Eliza. En el momento en que me despedía del vicario, ella entró en la habitación, dispuesta a dar un paseo.

—Precisamente iba a ver a su hermana, señor Markham —me dijo—; así que, si no pone objeciones, le acompañaré hasta su casa. Me gusta ir acompañada cuando salgo. ¿No le gusta a usted?

—Sí, cuando la compañía es agradable.

—Naturalmente —replicó la joven dama, sonriendo con malicia. Así que salimos juntos.

—¿Cree que encontraré a Rose en casa? —dijo cuando cerramos la puerta del jardín y nos encaminamos en dirección a Linden-Car.

—Creo que sí.

—Confío en que así sea, pues tengo algunas noticias que contarle..., si es que usted no se me ha adelantado.

—¿Yo?

—Sí. ¿Sabe usted por qué se ha ido el señor Lawrence? —Me miró deseosa de conocer mi contestación.

—¿Se ha ido? —dije; y su cara se iluminó.

—¡Ah! Entonces ¿no le ha dicho lo de su hermana?

—¿Qué? —pregunté, aterrorizado ante la idea de que le hubiera pasado algo malo.

—¡Oh, señor Markham, cómo se ha ruborizado! —gritó ella, con una risa inquietante—. ¡Ja, ja, todavía no la ha olvidado! Pero le digo que sería mejor que lo hiciera deprisa, porque (¡ay!, ¡ay!) va a casarse el próximo jueves.

—¡No, señorita Eliza! Eso es mentira.

—¿Quiere acusarme de mentirosa, señor?

—Está usted mal informada.

—¿Lo estoy? ¿Acaso lo está usted mejor?

—Creo que sí.

—Entonces ¿qué es lo que le ha hecho ponerse tan pálido? —dijo sonriendo, encantada de verme tan impresionado—. ¿Está indignado conmigo por contarle un embuste? Pues ha de saber que le «cuento el cuento tal como me lo contaron»: no respondo de su verdad; pero al mismo tiempo no veo por qué razón iba a engañarme Sarah, o iba a engañarla a ella su informador. Ella me dijo que el criado le había dicho esto: que la señora Huntingdon iba a casarse el jueves y que el señor Lawrence se marchaba para asistir a la boda. Me dijo el nombre del caballero, pero me he olvidado de él. Quizá pueda usted ayudarme a recordarlo. ¿No hay alguien que vive cerca, o que hace frecuentes visitas a los alrededores, y que lleva mucho tiempo enamorado de ella? Es un tal señor... ¡Oh, cielos! El señor...

—¿Hargrave? —sugerí, con una amarga sonrisa.

—¡Eso es! —gritó ella—. Ése era precisamente el nombre.

—¡Imposible, señorita Eliza! —exclamé en un tono que la sobresaltó.

—En fin, verá, eso fue lo que me dijeron —dijo, mirándome tranquilamente a la cara. Y luego estalló en una carcajada estridente que me hizo enloquecer de ira.

—Realmente debe usted perdonarme —dijo en voz alta—. Sé que es muy duro, pero ¡ja!, ¡ja!, ¡ja! ¿Pensaba usted casarse con ella? ¡Pobrecito, pobrecito, qué pena! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Válgame Dios, señor Markham!, ¿va usted a desmayarse? ¡Oh, cielos! ¿Llamo a ese hombre? ¡Eh, Jacob! —Pero impidiendo que siguiera gritando, la cogí por el brazo y le di, creo, un buen pellizco, porque se encogió con un débil grito de dolor o terror; mas el demonio que había dentro de ella no se sometió: recuperándose inmediatamente, continuó, con un interés bien fingido—: ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Quiere un poco de agua, o de brandy? En la taberna de abajo deben de tener; si quiere que vaya...

—¡Acabe de una vez con esta estupidez! —grité, terminante—. Ya sabe que detesto estas bromas —continué.

—¡Una broma, dice! ¡No estaba bromeando!

—En cualquier caso se estaba riendo y no me gusta que se rían de mí —repliqué, esforzándome por hablar con la compostura y la dignidad adecuadas,

y por no decir más que lo que era sensato y coherente—. Y puesto que está usted de tan buen humor, señorita Eliza, debe de ser usted bastante buena compañía para sí misma; por tanto la dejaré para que concluya sola su paseo, porque, ahora que pienso en ello, tengo cosas que hacer; así que buenas tardes.

Con estas palabras la dejé (frenando su maliciosa carcajada) y me adentré en los campos, salvando la zanja y atravesando el seto por la abertura más cercana. Decidido a probar de una vez la verdad —o más bien la falsedad— de la historia, me dirigí apresuradamente a Woodford, corriendo lo más rápidamente que permitían mis piernas —primero dando un rodeo, pero en cuanto estuve fuera del ángulo de visión de mi bella atormentadora, atajando a campo traviesa, casi como podría volar un pájaro—, sobre prados y barbechos, rastrojeras y senderos, saltando setos, zanjas y vallas, hasta que llegué a las puertas de la casa del joven hacendado. Nunca hasta ese momento había conocido yo todo el apasionamiento de mi amor, toda la fuerza de mis esperanzas, no del todo aplastadas ni siquiera en mis horas de más profundo desaliento, en las que me agarraba tenazmente a la idea de que un día ella podría ser mía, y si no eso, por lo menos a que algo en mi memoria, algún luminoso recuerdo de nuestra amistad y nuestro amor, sería acariciado para siempre en su corazón. Me encaminé a la puerta, decidido, si veía al señor de la casa, a preguntarle descaradamente sobre su hermana, a no esperar y vacilar por más tiempo, sino a desembarazarme de la falsa delicadeza y el estúpido orgullo y saber mi suerte de una vez.

—¿Está el señor Lawrence en casa? —le pregunté ansiosamente al criado que me abrió la puerta.

—No, señor, el amo se fue ayer —respondió él, pareciendo muy alarmado.

—¿Adónde?

—A Grassdale, señor. ¿No lo sabía, señor? Es muy reservado —dijo el tipo con una sonrisa estúpida, forzada—. Supongo, señor...

Pero me volví y le dejé, sin esperar a oír lo que él suponía. No estaba dispuesto a quedarme allí para exponer mis torturados sentimientos a la carcajada insolente y la impertinente curiosidad de un hombre como aquél.

Pero ¿qué iba hacer ahora? ¿Era posible que ella me hubiera dejado por aquel hombre? No podía creerlo. ¡Podía abandonarme, pero no entregarse a él! Bien, sabría la verdad..., no podía atender mis intereses en la vida cotidiana mientras esta tempestad de duda y temor, de celos y rabia, me obsesionaran. Cogería la diligencia de la mañana siguiente procedente de L... (la de la tarde se habría ido ya) y volaría hacia Grassdale. Debía estar allí antes de que se celebrara la boda. ¿Y por qué? Porque se me ocurrió la idea de que podría impedirla, que, si no lo hacía, ella y yo podríamos lamentarlo hasta el fin de

nuestros días. Se me ocurrió que alguien podría haberle mentido respecto a mí: quizá su hermano... sí, no había duda de que su hermano la había convencido de que yo era desleal e infiel, y aprovechándose de su lógica indignación, y probablemente de su desalentada indiferencia por su vida futura, la había alentado, engañosa y cruelmente, a casarse de inmediato con aquel hombre con el fin de alejarla de mí. Si éste fuera el caso, y si ella descubría su error cuando fuera demasiado tarde para repararlo, ¡a qué vida de tristeza y vanas lamentaciones podíamos los dos vernos condenados! ¡Y qué remordimiento para mí darme cuenta de que mis estúpidos escrúpulos habían conducido a ello! ¡Oh, debía verla, ella debía conocer mi verdad aunque tuviera que decírsela a las puertas de la iglesia! Podría pasar por loco o por un estúpido impertinente —incluso podría ofenderse por semejante irrupción, o al menos decirme que era demasiado tarde—, ¡pero si pudiera salvarla, si ella pudiera ser mía...! ¡Era un pensamiento demasiado arrebatado!

Impulsado por esta esperanza y aguijoneado por estos temores, volví deprisa a casa con el fin de disponer lo necesario para mi marcha al día siguiente. Le dije a mi madre que asuntos urgentes que no admitían demora, pero que no podía explicar en ese momento, reclamaban mi presencia fuera.

Mi profunda ansiedad y mi grave preocupación no pudieron quedar ocultas a sus ojos maternos; me costó mucho trabajo convencerla de que su temor a que se tratara de algún misterio desastroso carecía de fundamento.

Aquella noche cayó una gran nevada, que retrasó tanto la marcha de las diligencias al día siguiente, que creí que me iba a volver loco. Viajé toda la noche, naturalmente, pues era miércoles: al día siguiente, sin duda, se celebraría la boda. Pero la noche era larga y oscura: la nieve dificultaba enormemente el giro de las ruedas y enredaba los cascos de los caballos; los animales estaban agotados y eran lentos; los cocheros, execrablemente cautelosos; los pasajeros, condenadamente apáticos en su supina indiferencia ante la lentitud de nuestro avance. En lugar de ayudarme a intimidar a los cocheros y obligarlos a que aceleraran la marcha, se limitaban a mirarme fijamente y sonreír ante mi impaciencia: hubo uno que incluso se atrevió a burlarse de mí, pero le hice callar con una mirada que lo apaciguó para el resto del viaje; y cuando, en último término, estuve dispuesto a tomar las riendas personalmente, todos se pusieron de acuerdo para oponerse.

Era ya pleno día cuando llegamos a M... y nos detuvimos delante del Rose and Crown. Yo bajé y pedí a gritos un coche de caballos para ir a Grassdale. No había nadie que lo tuviera; el único que había en la ciudad estaba reparándose.

—¡Entonces una calesa, un calesín, un carro, lo que sea, pero rápido!

Había un calesín pero no un caballo disponible. Hice que fueran a la

ciudad en busca de uno; pero tardaban tanto en volver que no pude esperar más: pensé que mis propios pies podrían llevarme más rápido y, rogándoles que enviaran el medio de transporte detrás de mí, si es que estaba listo antes de una hora, me marché tan deprisa como pude caminar. La distancia era poco más de nueve kilómetros, pero el camino me era desconocido y tuve que pararme varias veces para preguntar por dónde debía ir, llamando a gritos a carreteros y patanes e invadiendo frecuentemente las casas, pues había poca gente fuera aquella mañana invernal; a veces levantando a los perezosos de la cama, pues había tan poco que hacer, quizá tan poca comida y leña para el fuego, que no les importaba dormir demasiado. Sin embargo, yo no tenía tiempo para pensar en ellos; con el cuerpo dolorido de fatiga y desesperación, seguí corriendo. El calesín no me alcanzó: había hecho bien en no esperarlo; me indignaba, más bien, haber sido tan estúpido como para esperar tanto tiempo.

Por fin, sin embargo, llegué a las cercanías de Grassdale. Me acerqué a la pequeña iglesia rural, pero he aquí que había una fila de carruajes delante de ella. No fueron necesarios los blancos colores que adornaban a los caballos y a los criados, ni las alegres voces de los holgazanes del pueblo que se habían reunido para contemplar el espectáculo, para darme cuenta de que estaba celebrándose una boda. Me abrí paso entre ellos, preguntando si hacía mucho que había comenzado la ceremonia. Se limitaron a dejarme paso y mirarme atónitos. Desesperado, me adelanté a ellos y estaba a punto de entrar en el cementerio de la parroquia, cuando un grupo de golfillos harapientos, que habían estado colgados de las ventanas como avispas, se bajaron de pronto y se precipitaron hacia el atrio, vociferando en el tosco dialecto de su tierra algo que significaba: «Ha terminado. ¡Ya salen!».

Si Eliza Millward me hubiera visto en aquel momento, habría disfrutado mucho. Me agarré a la columna de la entrada, y me quedé mirando fijamente hacia la puerta para contemplar por última vez la delicia de mi alma, y por primera a aquel detestable mortal que la había separado de mi corazón, condenándola, estaba seguro, a una vida desgraciada y vacía, de lamentos inútiles. Porque ¿a qué felicidad podía ella aspirar? Yo no quería impresionarla con mi presencia pero me sentía incapaz de moverme. Aparecieron la novia y el novio. A él no le vi; yo sólo tenía ojos para ella. Un largo velo cubría a medias su graciosa figura, pero no la ocultaba; pude ver, mientras su cabeza permanecía erguida, que sus ojos miraban el suelo y que su rostro y su cuello estaban bañados en un rubor carmesí; pero todos sus rasgos estaban radiantes por las sonrisas y brillando a través de la brumosa blancura de su velo se veían racimos ¡de rizos dorados! ¡Oh, cielos, no era mi Helen! La primera mirada me sobresaltó..., pero mis ojos estaban empañados por el agotamiento y la desesperación. ¿Podía atreverme a fiarme de ellos? ¡Sí... no era ella! Era una belleza más joven, más delicada, más sonrojada... preciosa, realmente, pero

con mucha menos dignidad y profundidad de alma, sin aquella gracia indefinible, aquel encanto espiritual aunque delicioso, aquel inefable poder para atraer y subyugar el corazón, mi corazón al menos. Miré al novio: ¡era Frederick Lawrence! Me sequé las frías gotas que me corrían por la frente y retrocedí conforme él se aproximaba; pero sus ojos se fijaron en mí y me reconoció, a pesar de mi alterada apariencia.

—¿Es usted, Markham? —dijo, sobresaltado y confundido por la aparición, quizá también por mi extravagante aspecto.

—Sí, Lawrence. ¿Es usted? —Recuperé mi compostura para responder.

Sonrió y se sonrojó, como si se sintiera medio orgulloso y medio avergonzado de su identidad. Si tenía razón para estar orgulloso de la dulce dama que llevaba del brazo, no tenía menos motivo para avergonzarse por haber ocultado durante tanto tiempo su buena suerte.

—Permítame que le presente a mi esposa —dijo, esforzándose por ocultar su turbación y adoptando un aire de indolente jovialidad—. Esther, éste es el señor Markham; querido Markham, la señora Lawrence, antes señorita Hargrave.

Le hice una reverencia a la novia y estreché la mano del novio.

—¿Por qué no me dijo nada de esto? —dije reprobadoramente, fingiendo un resentimiento que no sentía (porque la verdad es que estaba casi loco de alegría al darme cuenta de mi feliz error, y desbordante de afecto hacia él por la vil injusticia que había cometido en mis pensamientos. Él podría haberme engañado, pero no hasta ese punto; le había odiado como a un demonio durante las últimas cuarenta horas y la reacción contraria a semejante sentimiento fue tan grande que podía perdonar todas las ofensas de momento... y quererle a pesar de ellas además).

—Se lo dije —repuso, con un aire de confusión culpable—; ¿recibió usted mi carta?

—¿Qué carta?

—La carta en la que le anunciaba mi próxima boda.

—Jamás he recibido nada parecido.

—Debe de haberse cruzado con usted en el camino; debería haberle llegado ayer por la mañana; era bastante tarde, lo reconozco. Pero ¿qué le trajo aquí, entonces, si no estaba informado?

Ahora me tocaba a mí sentirme turbado; pero la joven dama, que se había entretenido en dar golpecitos sobre la nieve con el pie durante nuestro breve coloquio sotto voce, vino en mi ayuda muy oportunamente pellizcando el

brazo de su acompañante y sugiriéndole al oído que su amigo debería ser invitado a subir en el carruaje e irse con ellos, pues era muy poco agradable permanecer allí entre tantos mirones y hacer esperar a sus amigos inútilmente.

—¡Y con el frío que hace además! —dijo él, mirando consternado la ligera ropa de ella y ayudándola a subir inmediatamente al carruaje—. ¿Viene, Markham? Vamos a París, pero podemos dejarle en cualquier parte entre aquí y Dover.

—No, gracias, adiós. No necesito desearles un feliz viaje; pero esperaré una excelente excusa a su debido tiempo, no se olvide, y montones de cartas antes de que nos volvamos a ver.

Me estrechó la mano y se apresuró a ocupar su sitio junto a su dama. Aquél no era el momento ni el lugar adecuados para una explicación o una conversación: ya habíamos hablado durante el tiempo suficiente para llamar la atención de los mirones del pueblo y quizá para excitar la cólera de los asistentes a la fiesta nupcial; aunque, naturalmente, todo esto ocurrió en mucho menos tiempo del que me ha llevado relatarlo, o incluso del que te llevará leerlo. Me quedé junto al carruaje y, como la ventanilla estaba bajada, vi cómo mi feliz amigo rodeaba cariñosamente el talle de su acompañante con su brazo, mientras ella apoyaba su encendida mejilla en el hombro de él: parecían la verdadera personificación de la confiada felicidad del amor. Mientras el lacayo cerraba la portezuela y ocupaba su sitio detrás, ella alzó los ojos marrones y sonrientes y, mirándole, observó, con alegría:

—Temo que vas a creermelo muy insensible, Frederick: sé que es normal que las damas lloren en estas ocasiones, pero me siento incapaz de verter una lágrima.

Él sólo contestó con un beso y la estrechó más fuertemente contra su pecho.

—Pero ¿qué es esto? —murmuró—. Pero ¿cómo, Esther? ¡Estás llorando!

—Oh, no es nada..., es sólo el exceso de felicidad y el deseo —sollozó— de que nuestra querida Helen fuera tan feliz como nosotros.

«¡Dios te bendiga por ese deseo! —respondí interiormente mientras el carruaje se alejaba—. ¡Y que el Cielo no permita que haya sido expresado del todo en vano!».

Me pareció que una nube había oscurecido repentinamente el rostro de su marido mientras hablaba. ¿Qué pensaba? ¿Podía codiciar semejante felicidad para su hermana y su amigo tal como se sentía entonces? En semejante momento era imposible. El contraste entre su suerte y la de ella debía oscurecer su felicidad durante un tiempo. Quizá, también pensó en mí: quizá

lamentaba el papel que había desempeñado en la obstaculización de nuestra unión, negándose a ayudarnos, cuando no realmente conspirando contra nosotros. Le exoneré de ese cargo, entonces, y lamenté profundamente mis mezquinas sospechas anteriores; pero él nos había perjudicado, todavía esperaba, sabía que lo había hecho. No había intentado detener el curso de nuestro amor cerrando el paso a las corrientes, pero había contemplado, pasivo, cómo los dos torrentes corrían perdidos por el árido desierto de la vida, declinando quitar los obstáculos que los separaban, esperando secretamente que los dos se perdieran en la arena antes de que pudieran convertirse en uno solo. Y entre tanto, había seguido ocupándose de sus propios asuntos: quizá su cabeza y su corazón se habían entregado tan plenamente a su bella dama que apenas había tenido un pensamiento para los demás. Sin duda la había conocido —o al menos había entrado en su intimidad— durante sus tres meses de estancia en F..., porque entonces me acordé de que una vez había hecho la ligera insinuación de que su tía y su hermana estaban con una joven amiga en esa época, y esto explicaba por lo menos la mitad de su silencio sobre todo lo que ocurría allí. Entonces también comprendí la razón de muchas pequeñas cosas que me habían dejado ligeramente perplejo antes: entre otras, las diversas salidas de Woodford y las ausencias más o menos prolongadas, de las que nunca dio una explicación satisfactoria, y sobre las que detestaba ser preguntado a su vuelta. Con razón había dicho el criado que su amo era «muy reservado». Pero ¿por qué esta extraña prevención contra mí? En parte, por aquella notable idiosincrasia a la que he aludido antes; en parte, quizá, por consideración hacia mis sentimientos, o miedo a alterar mi serenidad sacando a relucir el contagioso tema del amor.

CAPÍTULO LII

FLUCTUACIONES

El lento calesín me había dado alcance por fin. Monté en él y le rogué al hombre que lo había traído que lo condujera a Grassdale Manor. Estaba demasiado ocupado con mis propios pensamientos para llevarlo yo mismo. Quería ver a la señora Huntingdon. No podía considerarse impropio que lo hiciera ahora que hacía un año que había muerto su marido.

Y por su alegría o su indiferencia ante mi inesperada visita, podría saber en seguida si su corazón era verdaderamente mío. Pero mi acompañante, un tipo listo y locuaz, no estaba dispuesto a permitir que me entregara a mis cavilaciones.

—¡Allá van! —dijo al ver el carruaje que iba delante de nosotros—.

¡Menudo revuelo se va armar hoy allá abajo! ¿Sabe algo de esa familia, señor?
¿O no conoce estas tierras?

—Me han hablado de ellos.

—¡Hum! De todas formas, la mayor parte se ha ido. Y supongo que la señora se marchará cuando todo este alboroto termine y se irá a vivir a alguna parte de su heredad; y la joven (bueno, en realidad no es nada joven) viene a vivir al Grove.

—¿Se ha casado acaso el señor Hargrave?

—Ay, señor, hace meses. Tenía que haberse casado con una viuda, pero no pudieron ponerse de acuerdo sobre el dinero: ella tenía una buena bolsa y el señor Hargrave la quería toda para él; pero ella no quería perderla, así que riñeron. Ésta no es tan rica, ni tampoco tan guapa, pero no ha estado casada antes. Dicen que es muy fea y que tiene cuarenta años o más, y así, ya sabe, si no aprovechaba esta oportunidad, pensaba que nunca tendría otra mejor. Supongo que pensó que un marido tan apuesto y joven valía todo lo que ella tenía, y él podría tomarlo y todos contentos; pero apuesto a que no tardará mucho en arrepentirse del negocio que ha hecho. Dicen que ya empieza a darse cuenta de que él no es en absoluto la perla, el caballero generoso, simpático y encantador que creía antes del matrimonio; él empieza ya a ser dejado y dominante. Ay, y ella lo encontrará más malo y dejado de lo que cree.

—Parece usted conocerle muy bien —observé.

—Le conozco, sí, señor; le conozco desde que era muy joven; era orgulloso y testarudo. Fui criado allí abajo durante años; pero no podía soportar la tacañería de aquella casa. Ella era cada vez peor con sus exigencias, su vigilancia y su codicia; así que decidí buscar otro sitio.

Entonces su monólogo se extendió sobre su trabajo actual de palafrenero en el Rose & Crown y sobre cuánto mejor era éste comparado con el anterior, en libertad y comodidad aunque aparentemente menos respetable; y entró en detalles respecto a la economía en el Grove y los personajes que allí vivían, la señora Hargrave y su hijo, detalles a los que yo —estando tan sumido en mis esperanzas, colmadas de nerviosismo y angustia—, no presté atención y que abarcaron también el carácter del paisaje que estábamos atravesando, que, a pesar de los árboles deshojados y el suelo nevado, había empezado a revelar signos inequívocos de que nos aproximábamos a la finca de un caballero.

—¿No estamos cerca de la casa? —le pregunté, interrumpiéndole.

—Sí, señor; allí está el parque.

Mi corazón desfalleció al contemplar aquella majestuosa mansión en medio de sus inmensas tierras. El parque parecía tan bello ahora, con su

apariencia invernal, como podía serlo en su esplendor veraniego: el grandioso trazado, la ondulación del terreno, que destacaba al máximo en aquel manto de deslumbrante pureza, inmaculado y sin huellas —salvo el largo y sinuoso rastro dejado por una manada de ciervos—, los majestuosos árboles con sus pesadas ramas blancas brillando contra el cielo sombrío, gris; los frondosos bosques que nos rodeaban; la ancha extensión de agua que dormía en helada quietud, y el fresno y el sauce llorón cuyas ramas cubiertas de nieve pendían sobre ella... todo presentaba un aspecto realmente impresionante y agradable para un espíritu libre, pero de ninguna manera era alentador para mí. Había un consuelo, sin embargo: todo aquello formaba parte de la herencia del pequeño Arthur y no podía, en ningún caso, estrictamente hablando, pertenecer a la de su madre. ¡Pero de qué situación gozaba ella! Venciendo con un repentino esfuerzo mi repugnancia a mencionar su nombre a mi locuaz acompañante, le pregunté si sabía si su marido había dejado testamento y qué había dispuesto de la propiedad. Oh, sí, él lo sabía todo; y fui rápidamente informado de que ella había recibido todo el control y la administración de la herencia mientras su hijo fuera menor de edad, además de la absoluta e incondicional posesión de su propia fortuna (pero yo sabía que su padre no le había dejado mucho) y de la pequeña suma adicional que había sido puesta a su disposición antes de casarse.

Antes de que concluyera la explicación, nos detuvimos a las puertas del parque. ¡Ahora, a pasar la prueba!, si la encontraba a ella dentro, pero ¡ay! quizá estuviera todavía en Staningley: su hermano no me había insinuado lo contrario. Pregunté en la casa de los guardas si la señora Huntingdon estaba en casa. No, estaba con su tía en el condado de..., pero esperaban que volviera antes de Navidad. Ella pasaba la mayor parte del año en Staningley y venía a Grassdale sólo ocasionalmente, cuando la administración de la finca o los intereses de sus arrendatarios o subordinados requerían su presencia.

—¿Cerca de qué ciudad está situada Staningley? —pregunté. La imprescindible información me fue facilitada inmediatamente—. Entonces, amigo, deme las riendas y volveremos a M... Debo desayunar algo en el Rose & Crown y luego iré a Staningley en la primera diligencia que vaya a...

—No llegará hoy, señor.

—No me importa, no quiero llegar hoy. Deseo llegar mañana y pasar la noche en el camino.

—¿En una fonda? Estaría mejor en nuestra casa; y mañana puede partir descansado y dispone de todo el día para hacer el viaje.

—¿Qué? ¿Y perder doce horas? Ni hablar.

—¿Es usted acaso pariente de la señora Huntingdon? —dijo, buscando

satisfacción a su curiosidad, ya que no podía llevarme a su posada.

—No tengo ese honor.

—¡Ah, claro! —replicó mirando sospechosamente de reojo mis pantalones grises llenos de manchas y mi encogido sobretodo de lana—. Pero —añadió como para darme ánimo—, yo creo que hay muchas señoras finas como ésa que tienen parientes más pobres que usted.

—No lo dudo... y hay muchos caballeros que se sentirían muy honrados de declararse emparentados con la dama que usted menciona.

Entonces me miró con expresión astuta.

—¿Quiere acaso decir usted que...?

Adiviné lo que iba a decir, así que interrumpí la impertinente conjetura con un:

—Seguro que es usted tan amable de callarse un momento. Estoy ocupado.

—¿Ocupado, señor?

—Sí, con mis pensamientos, y no deseo que los perturbe.

—Faltaría más, señor.

Como verás, mi decepción no me había afectado demasiado, pues de lo contrario no hubiera podido soportar con tanta paciencia la impertinencia del individuo. El hecho es que me pareció más que bien, teniendo en cuenta las circunstancias, no verla ese mismo día y que me diera tiempo para ordenar mis ideas con vistas al encuentro y prepararme para una decepción aún más grande, después del intenso placer experimentado por la desaparición de mis miedos anteriores; por no mencionar que, después de viajar una noche y un día enteros sin parar y correr desenfrenadamente diez kilómetros por un suelo recién nevado, mi estado no podía ser muy presentable.

En M... tuve tiempo, antes de que saliera la diligencia, de reponer fuerzas con un sustancioso desayuno, lavarme, mejorar un poco mi aspecto y también echar al correo una breve nota dirigida a mi madre (yo era un hijo excelente) en la que le daba señales de vida y me excusaba por no aparecer en la fecha prevista. Me esperaba un largo viaje antes de llegar a Staningley porque los caminos no estaban en buenas condiciones; pero no me negué a mí mismo el necesario descanso, ni siquiera dormir por la noche en una posada del camino; prefería sufrir cierta demora antes que presentarme agotado, como un salvaje, curtido por la intemperie, ante mi dueña y su tía, quienes ya se asombrarían bastante de verme sin necesidad de eso. A la mañana siguiente, por tanto, no sólo me fortalecí con un desayuno tan abundante como mi excitado estado de ánimo me permitió devorar, sino que me entretuve más de lo habitual en

acicalarme; después de cambiarme la ropa interior por otra que llevaba en mi pequeña maleta, con el traje bien cepillado, las botas brillantes, y guantes nuevos, me subí a El Relámpago, y proseguí mi viaje. Todavía me quedaban dos etapas, pero la diligencia, me informaron, pasaba por los alrededores de Staningley y, como deseaba que me dejaran lo más cerca posible de la mansión, no tenía nada que hacer salvo sentarme con los brazos cruzados y hacer especulaciones durante la hora siguiente.

Era una mañana clara, muy fría. El mismo hecho de ir sentado en lo alto, alegre, examinando el paisaje nevado y el hermoso cielo soleado, aspirando el aire puro, reconfortante, y haciendo crujir con el coche la rizada y helada nieve, era bastante regocijante; pero añade a esto la idea de hacia qué meta corría y a quién esperaba ver, y podrás tener una vaga idea de mi estado de ánimo en aquellos momentos... sólo una vaga idea, sin embargo, porque mi corazón estaba henchido de un deleite indescriptible y mi espíritu se elevaba casi hasta la locura, a pesar de mis prudentes esfuerzos por obligarle a una razonable normalidad, pensando en la innegable diferencia de rango entre Helen y yo; en todo lo que le había pasado a ella desde nuestra despedida; en su largo silencio nunca roto; y, sobre todo, en su fría y cautelosa tía, cuyos consejos, sin duda, tendría cuidado en no desatender de nuevo. Estas consideraciones estremecían mi corazón de ansiedad e hinchaban mi pecho de impaciencia por superar la crisis, pero no podía oscurecer su imagen en mi pensamiento, ni desfigurar el vivido recuerdo de lo que habíamos dicho y sentido, ni destruir la vehemente anticipación de lo que iba a pasar; de hecho, no podía darme cuenta de los terrores que implicaban. Sin embargo, hacia el final del trayecto, dos de mis compañeros de viaje vinieron generosamente en mi ayuda y me deprimieron bastante.

—Una excelente tierra ésta —dijo uno de ellos, señalando con su paraguas los extensos campos de la derecha, que destacaban por sus macizos setos de arbustos, sus zanjas profundas y bien cortadas, y sus magníficos árboles, que se alzaban unas veces en los bordes y otras en medio del coto—, realmente excelente, cuando se ve en verano o primavera.

—Desde luego —respondió el otro, un ceñudo hombre de edad, con un gabán gris pardusco abotonado hasta el mentón y una sombrilla entre las rodillas—. Supongo que es del viejo Maxwell...

—Era suyo, señor, pero murió, ¿sabe usted?, y se lo dejó todo a su sobrina.

—¿Todo?

—¡Todos y cada uno de los acres, y la mansión, todos sus bienes terrenales! Salvo una nadería, a modo de recuerdo, que dejó a su sobrino, que vive en el condado de..., y una pensión para su esposa.

—Es extraño, señor.

—Lo es. Y ella tampoco era su sobrina en realidad; pero no tenía parientes cercanos, ninguno salvo un sobrino con el que estaba reñido, y él siempre tuvo predilección por ésta. Dicen que su esposa le aconsejó hacerlo así: ella había aportado la mayor parte de las propiedades al matrimonio y era su deseo que esta dama las poseyera.

—¡Hum! Será una buena presa para alguien.

—Ya lo creo. Es viuda, aunque muy joven todavía, y extraordinariamente atractiva, dueña de una fortuna, además, y sólo tiene un hijo. Y está administrando una excelente herencia para él en... ¡Habrá muchos que suspiren por ella! Pero me temo que no tenemos ninguna posibilidad —dándome jocosamente con el codo, así como a su compañero—. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Espero no haberle molestado, señor —a mí—. ¡Ejem! Yo creo que ella no se casaría más que con un noble. Mire allí, señor —continuó, dirigiéndose al otro vecino y señalando por delante de mí con su sombrilla—, ésta es la mansión. Un gran parque, como ve, y bosques llenos de árboles madereros, y buena caza... ¡Eh! ¿Qué ocurre?

Esta exclamación fue provocada por la repentina parada de la diligencia junto a las puertas del parque.

—¿El caballero para Staningley Hall? —gritó el cochero. Me levanté y arrojé mi pequeña maleta al suelo, antes de saltar.

—¿Enfermo, señor? —me preguntó mi locuaz vecino, mirándome fijamente (me atrevería a decir que yo estaba bastante pálido).

—No. Aquí, cochero.

—Gracias, señor. ¡Vámonos!

El cochero guardó en su bolsillo sus honorarios y la diligencia se puso en marcha; cuando se alejó, no entré aún en el parque, sino que paseé de un lado a otro delante de sus puertas con los brazos cruzados y los ojos fijos en el suelo. Un torrente abrumador de imágenes, pensamientos e impresiones se agolpaban en mi cabeza, y nada veía con claridad salvo esto: había estado acariciando un amor en vano; mi esperanza se había perdido para siempre; debía marcharme en contra de mi voluntad de una vez, y desterrar o reprimir todos los pensamientos referentes a ella como si fueran el recuerdo de un sueño descabellado, frenético. Me habría quedado de buena gana dando vueltas por el sitio durante horas, con la esperanza de verla fugazmente desde lejos, al menos, antes de entrar, pero eso no era posible: no debía tolerar que me viera; porque ¿qué me había llevado hasta allí sino la esperanza de hacer revivir su afecto, y la pretensión, después, de pedir su mano? ¿Y podía yo

soportar la idea de que ella me considerara capaz de hacer semejante cosa? ¿O abusar de la intimidad —el amor, si quieres— accidentalmente surgida, o más bien impuesta en contra de su voluntad, cuando era una fugitiva desconocida, que trabajaba para mantenerse, aparentemente sin fortuna, ni familia ni conocidos, para presentarme ante ella ahora, cuando volvía a estar instalada en su propia esfera, y pretender compartir su prosperidad, sin cuya privación lo más seguro es que yo nunca la hubiera conocido? ¿Y esto cuando nos habíamos separado hacía dieciséis meses, y ella me había prohibido expresamente que confiara en un encuentro en este mundo, cuando no me había enviado ni unas líneas ni un mensaje desde entonces? ¡No! La sola idea era inconcebible.

Y aun en el caso de que sintiera por mí un cierto afecto todavía, ¿debería yo perturbar su paz despertando aquellos sentimientos, obligándola a librar una batalla entre el deber y la inclinación —cualquiera que fuera el grado de seducción de la segunda o la fuerza con que sintiera la llamada del primero—, tanto si consideraba su deber exponerse a los desaires y las censuras del mundo, la pena y el disgusto de aquellos a los que amaba, por una romántica idea de la fidelidad hacia mí, como si lo consideraba sacrificar sus deseos personales a los sentimientos de sus amigos y a su propio sentido de la prudencia y la corrección? ¡No... y yo tampoco! Me iría para siempre, y ella nunca sabría que me había aproximado al lugar de su residencia; pues aunque yo pudiera renunciar a la idea de aspirar a su mano, o incluso de solicitar un lugar entre sus amistades, su paz no debía ser rota por mi presencia, ni su corazón afligido por el espectáculo de mi fidelidad.

¡Adiós, entonces, querida Helen, para siempre! ¡Adiós para siempre!

Eso dije..., y sin embargo, no fui capaz de marcharme. Di algunos pasos, luego me volví, para mirar por última vez su majestuoso hogar, para poder tenerlo grabado en mi pensamiento tan indeleblemente como su imagen, la cual, ¡ay!, no debía volver a ver. Después di algunos pasos más; y luego, perdido en melancólicas meditaciones, me detuve de nuevo y apoyé mi espalda contra un robusto y viejo árbol que se alzaba junto al camino.

CAPÍTULO LIII

CONCLUSIÓN

Estaba así, absorto en mis tristes ensoñaciones, cuando un carruaje apareció por una curva del camino. No me fijé en él y si hubiera pasado sin más, no habría recordado ahora su aparición en absoluto; pero una voz

menuda me sobresaltó al exclamar:

—¡Mamá, mamá, ahí está el señor Markham!

No oí la contestación, pero inmediatamente después la misma voz respondió:

—Sí, es él, de verdad. Míralo.

Yo no alcé la vista, pero supongo que su madre me miró, porque una voz clara, melodiosa, cuyo timbre me hizo estremecer, exclamó:

—Oh, tía, ahí está el señor Markham... ¡El amigo de Arthur! ¡Pare, Richard!

Había una excitación tan alegre y, aunque reprimida, tan evidente en el tono en que fueron pronunciadas aquellas palabras —especialmente aquel trémulo: «Oh, tía»— que casi me cogió desprevenido. El carruaje se detuvo inmediatamente, alcé los ojos y me encontré con la mirada de una mujer mayor, pálida y seria, que me examinaba desde la ventanilla abierta. Me hizo una inclinación de cabeza, que yo devolví, y luego se apartó, mientras Arthur pedía a gritos al cochero que le dejara bajar; pero antes de que aquel empleado pudiera bajar de su cabina, una mano salió silenciosamente por la ventanilla. Yo conocía aquella mano, aunque un guante negro ocultara su delicada blancura y en parte sus bellas proporciones y, cogiéndola con presteza la estreché con fervor durante unos instantes. Luego, recuperando inmediatamente la compostura, la solté, y en un instante desapareció.

—¿Venía usted a visitarnos o sólo pasaba por aquí? —preguntó la voz grave de su propietaria, quien, lo sentía, estaba examinando mi semblante, desde detrás de su grueso velo negro que, junto con la carrocería, me ocultaba completamente el suyo.

—Vine... vine a ver el lugar —balbucí.

—El lugar —repitió ella, en un tono que denotaba más disgusto y desilusión que sorpresa—. ¿No entrará entonces?

—Si usted quiere...

—¿Cómo puede dudarlo?

—¡Sí, sí, tiene que entrar! —gritó Arthur, saliendo por la otra puerta y corriendo hacia mí. Cogió mi mano entre las suyas y la estrechó calurosamente.

—¿Se acuerda de mí, señor? —preguntó.

—Sí, muy bien, jovencito, aunque estás muy cambiado —respondí, examinando la figura comparativamente alta, delgada del muchacho con la

efigie de su madre estampada en sus rasgos bellos e inteligentes, a pesar de los ojos azules brillantes de júbilo y los luminosos rizos que se apretaban bajo su gorra.

—¿No estoy alto? —dijo, estirándose todo lo más que podía.

—¡Ocho centímetros más alto por lo menos!

—He cumplido los siete años —fue la orgullosa respuesta—. Dentro de siete años seré casi tan alto como usted.

—Arthur —dijo su madre—, dile que entre. Siga, Richard.

Había un toque de tristeza y al mismo tiempo de frialdad en su voz, que yo no sabía a qué atribuir. El coche se puso en marcha de nuevo y entró en el parque. Mi pequeño acompañante me condujo por él, hablando alegremente todo el camino. Cuando llegué a la puerta de la mansión, me detuve ante las escaleras y miré a mi alrededor, esperando recuperar la calma, si me era posible, o, en cualquier caso, recordar mis recientes resoluciones y los principios en los cuales se basaban. Después de que Arthur estuviera un rato tirando de mi levita y repitiendo su invitación a que entrara, consentí finalmente en acompañarle a la estancia en donde nos esperaban las damas.

Helen me miró al entrar como examinándome amable y seriamente, y luego me preguntó con cortesía por la señora Markham y Rose. Yo contesté respetuosamente sus preguntas. La señora Maxwell me rogó que me sentara, observando que hacía bastante frío, aunque ella suponía que no había hecho un largo viaje aquella mañana.

—No ha llegado a los cuarenta kilómetros —respondí.

—¿A pie?

—No, señora, en diligencia.

—Aquí está Rachel, señor —dijo Arthur, el único que era verdaderamente feliz entre nosotros, llamando mi atención sobre aquella buena persona que acababa de entrar para llevarse las cosas de su señora. Me dedicó una sonrisa casi amistosa al reconocermme (un favor que requirió, al menos, un saludo cortés por mi parte, que fue apropiadamente pronunciado y respetuosamente devuelto); se había dado cuenta de lo equivocada que había sido su anterior estimación de mi carácter.

Cuando Helen fue despojada de sus lúgubres sombrero y velo, de su pesada capa de invierno, etc., me pareció tan igual a antes que no supe cómo reaccionar. Me gustó particularmente ver su hermoso pelo negro, suelto todavía y mostrando su brillante lozanía.

—Mamá se ha quitado el sombrero de luto en honor a la boda del tío —

observó Arthur, leyendo mis pensamientos con la sencillez y rapidez de observación de un niño. Su mamá tenía una expresión grave y la señora Maxwell meneó la cabeza—. Y la tía Maxwell nunca va a quitarse el suyo — insistió el travieso muchacho; pero cuando se dio cuenta de que su descaro era muy desagradable y penoso para su tía, se acercó en silencio a ella, le rodeó el cuello con el brazo, la besó en la mejilla y se retiró a uno de los grandes miradores, donde se entretuvo con su perro sin decir nada, mientras la señora Maxwell hablaba solemnemente conmigo de los interesantes temas del tiempo, la estación y los caminos. Consideré su presencia muy útil como freno a mis impulsos naturales, un antídoto contra aquellas emociones de turbulenta excitación que de otra manera me hubieran arrastrado en contra de mi razón y mi voluntad, pero en aquel momento aquella limitación me pareció casi intolerable, y tuve grandes dificultades para obligarme a atender a sus observaciones y contestarlas con amabilidad porque no podía dejar de sentir que Helen estaba junto al fuego, a unos pasos de mí. No me atrevía a mirarla, pero sentía sus ojos clavados en mí, y por una rápida y furtiva mirada de soslayo me pareció que sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas y que los dedos, que jugaban con la cadena del reloj, se agitaban con ese inquieto, tembloroso movimiento que denota gran agitación.

—Dígame —dijo, aprovechando la primera pausa en la conversación vacilante entre su tía y yo, y hablando rápidamente y en voz baja, con la vista puesta en la cadena de oro (porque me había aventurado a volver a mirarla de reojo)—, dígame cómo están todos ustedes en Lindenhope. ¿No ha pasado nada desde que los dejé?

—Creo que no.

—¿No ha muerto nadie? ¿Nadie se ha casado?

—No.

—¿O... va a casarse alguien? ¿No se han deshecho antiguos lazos, o se han formado algunos nuevos? ¿No hay viejos amigos olvidados o sustituidos?

Bajó tanto la voz en la última frase que nadie salvo yo podía haber comprendido las últimas palabras y al hablar fijó sus ojos en mí con una sonrisa apenas esbozada, dulcemente melancólica, con una expresión tímida aunque decididamente interrogante que hizo estremecer mis mejillas con indecibles emociones.

—Creo que no —contesté—; desde luego que no, si es que los demás han cambiado tan poco como yo.

Su rostro se encendió en solidaridad con el mío.

—¿Y realmente no tenía usted intención de visitarnos? —exclamó.

—Temía molestar.

—¡Molestar! —gritó ella con un gesto de impaciencia—. Qué... —Pero como si se percatara de pronto de la presencia de su tía, se contuvo y, volviéndose hacia esta dama, continuó—: ¿Qué le parece, tía? ¡Este hombre es íntimo amigo de mi hermano y fue también amigo mío (al menos durante unos meses), y profesaba un gran cariño a mi hijo... y cuando pasa por delante de la casa, que está a muchos kilómetros de la suya, prefiere no entrar por miedo a molestar!

—El señor Markham es muy delicado —observó la señora Maxwell.

—Demasiado ceremonioso, diría yo —dijo su sobrina—, demasiado... bueno, no importa.

Y dándose la espalda, se sentó en una silla junto a la mesa, cogió un libro y comenzó a pasar las hojas en una enérgica especie de ensimismamiento.

—Si hubiera sabido —dije— que usted me honraría recordándome como a un íntimo amigo, lo más probable es que no me hubiera negado el placer de visitarla, pero creí que se había olvidado de mí hacía tiempo.

—Juzga a los demás por usted mismo —murmuró ella sin levantar la vista del libro, pero poniéndose más colorada conforme hablaba y pasando apresuradamente una docena de páginas de una vez.

Hubo un silencio, del cual Arthur pensó que podría aprovecharse para enseñarme su hermoso perro perdiguero y mostrarme lo maravillosamente crecido que estaba, y para preguntarme por el bienestar de su padre, Sancho. La señora Maxwell se retiró entonces para despojarse de sus cosas. Helen dejó el libro inmediatamente y, después de examinar en silencio durante unos instantes a su hijo, a su amigo y a su perro, envió al primero fuera de la habitación con el pretexto de que quería que fuera a buscar su nuevo libro para enseñármelo. El niño obedeció con presteza; pero yo continué acariciando al perro. El silencio podría haber durado hasta que regresara su dueño si hubiera dependido de mí romperlo, pero, antes de que transcurriera medio minuto, mi anfitriona se levantó impacientemente y, volviendo a ocupar su anterior sitio en la alfombra, entre la esquina de la chimenea y yo, exclamó con inquietud:

—Gilbert, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás tan cambiado? Es una pregunta muy indiscreta, lo sé —se apresuró a añadir—: quizá muy brusca. No la contestes si no quieres, pero detesto los misterios y los secretos.

—No he cambiado, Helen. Desgraciadamente sigo siendo tan vehemente como siempre. No soy yo, son las circunstancias las que han cambiado.

—¿Qué circunstancias? ¡Dime! —Sus mejillas palidecieron de angustia; ¿se debía al temor de que me hubiera comprometido alocadamente con otra?

—Te lo diré de una vez —dije—. Confieso que vine aquí con el propósito de verte (no sin cierta desconfianza y temor a ser recibido con tan poco entusiasmo como con seguridad suponía cuando llegué), pero yo no sabía que esta hacienda era tuya, hasta que fui informado sobre tu herencia por una conversación entre dos compañeros de viaje cuando éste estaba a punto de concluir; entonces me di cuenta de lo descabellado de las esperanzas que yo había acariciado y de la locura de seguir las manteniendo un minuto más; y aunque me bajé delante de tus puertas decidí no sobrepasarlas; me entretuve unos minutos viendo el lugar, pero completamente decidido a volver a M... sin ver a su dueña.

—¿Y si mi tía y yo no hubiéramos vuelto en ese momento de nuestro paseo, no habría sabido nunca de ti?

—Pensé que sería mejor para los dos que no nos encontráramos —respondí, tan serenamente como pude, pero sin atreverme a hablar muy alto, dándome cuenta de que no podía afianzar mi voz, y sin atreverme tampoco a mirarla a la cara por miedo a que se desmoronara mi firmeza—. Pensé que una entrevista no serviría más que para alterar tu paz y enloquecerme. Pero ahora estoy contento por esta oportunidad de verte una vez más y me alegra saber que no me has olvidado y poder asegurarte que nunca he dejado de recordarte.

Hubo un momento de silencio. La señora Huntingdon dio unos pasos y se acercó al mirador. ¿Consideraba aquello como una insinuación de que sólo la modestia me impedía pedir su mano? ¿Estaba considerando la manera de rechazarme hiriendo lo menos posible mis sentimientos? Antes de que pudiera hablar para librarla de semejante perplejidad, ella rompió el silencio volviéndose repentinamente hacia mí y observando:

—Podrías haber tenido una oportunidad semejante antes, por lo menos, quiero decir, para asegurarme que me recordabas con afecto, y yo también, si me hubieras escrito.

—Lo habría hecho, pero no sabía tu dirección y no quería pedírsela a tu hermano, porque creí que se opondría a que te escribiera, aunque esto no me habría detenido ni un momento si hubiera podido arriesgarme a creer que deseabas saber algo de mí, o que te acordabas de tu infeliz amigo; pero tu silencio me hizo concluir lógicamente que me habías olvidado.

—¿Acaso esperabas que te escribiera?

—No, Helen... señora Huntingdon —dije sonrojándome por la implícita acusación—, desde luego que no; pero si me hubieras enviado un mensaje por medio de tu hermano, o si le hubieras preguntado por mí de vez en cuando...

—Pregunté por ti con frecuencia. No iba a hacerlo más —continuó, sonriendo—, mientras tú siguieras limitándote a interesarte cortésmente por mi

salud.

—Tu hermano nunca me dijo que hubieras mencionado mi nombre.

—¿Se lo preguntaste alguna vez?

—No, porque me di cuenta de que a él no le gustaba que le preguntara por ti, ni fomentar lo más mínimo mi obstinado afecto. —Helen no dijo nada—. Y tenía razón —añadí. Pero ella seguía callada, mirando el prado nevado. «Oh, la libraré de mi presencia», pensé; me levanté de inmediato y di unos pasos para despedirme, heroicamente resuelto; pero el orgullo era la causa de mi decisión, pues de lo contrario no habría sido capaz de tomarla.

—¿Te vas ya? —dijo ella, cogiendo la mano que yo le ofrecía, sin soltarla de inmediato.

—¿Por qué iba a quedarme más tiempo?

—Espera a que vuelva Arthur, al menos.

De sobra dispuesto a obedecer, me quedé apoyado contra la otra pared del mirador.

—Me dijiste que no habías cambiado —dijo ella—: pero has cambiado, y mucho.

—No, señora Huntingdon, aunque debería haber cambiado.

—¿Quieres decir que me consideras igual que cuando nos vimos la última vez?

—Sí, pero sería un error hablar de ello ahora.

—Fue un error hablar de ello entonces, Gilbert; no lo sería ahora, a no ser que hacerlo fuera faltar a la verdad.

Estaba demasiado nervioso para hablar; pero, sin esperar una respuesta, ella volvió su centelleante mirada y su mejilla carmesí, abrió la ventana y miró hacia fuera, no sé si para serenarse o para alejar su turbación o simplemente para coger aquel hermoso eléboro que crecía en el pequeño arbusto que asomaba por encima de la nieve; la nieve lo había defendido hasta entonces de la helada y ahora estaba deshaciéndose con el calor del sol. Lo cogió y, después de quitarle el polvo blanco de las hojas, lo acercó a sus labios y dijo:

—Esta flor no es tan fragante como una flor del verano, pero ha soportado penalidades que ninguna de ellas podría sufrir: la fría lluvia del invierno ha bastado para alimentarla y su débil sol para calentarla; los helados vientos no le han hecho perder el color, ni han roto su tallo, y la dura helada no la ha marchitado. Mira, Gilbert, sigue fresca y lozana como cualquier otra flor, aun con la fría nieve sobre sus pétalos. ¿La quieres?

Alargué la mano: no me atreví a hablar por miedo a que la emoción me dominara. Ella puso la rosa sobre mi palma, pero yo apenas la rodeé con mis dedos, tan absorto estaba pensando en cuál podría ser el significado de sus palabras y en lo que debía hacer o decir al respecto, si expresar libremente mis sentimientos o contenerme aún. Interpretando equivocadamente esta vacilación como indiferencia —o incluso renuncia— a aceptar su regalo, Helen me la arrebató repentinamente de la mano y la arrojó de nuevo a la nieve, cerró la ventana con énfasis y se acercó a la chimenea.

—Helen, ¿qué significa esto? —grité, paralizado por este sorprendente cambio de actitud.

—No comprendiste mi regalo —dijo—, o, lo que es peor, lo despreciaste; lamento habértelo ofrecido; pero puesto que cometí semejante error, el único remedio que se me ocurrió fue tirarla.

—Me has entendido cruelmente mal —repuse, y en un minuto volví a abrir la ventana, salté fuera, recogí la flor, volví a entrar dentro y se la ofrecí a ella, rogándole que me la diera otra vez, para conservarla para siempre y valorarla más que todo lo que poseía en el mundo.

—¿Y eso te satisfará? —dijo ella, al cogerla.

—Sí —respondí.

—Entonces, tómala.

La presioné solemnemente contra mis labios y la guardé celosamente, mientras la señora Huntingdon me miraba con una sonrisa medio sarcástica.

—¿Te marchas ya? —preguntó.

—Lo haré si debo hacerlo.

—Has cambiado —insistió ella—: o te has vuelto muy orgulloso o muy indiferente.

—No soy ninguna de las dos cosas, Helen... señora Huntingdon. Si pudieras ver mi corazón...

—Debes ser una de las dos cosas o las dos. ¿Y por qué señora Huntingdon? ¿Por qué no Helen, como antes?

—Helen, entonces... ¡querida Helen! —murmuré. Yo estaba en una agonía en la que se mezclaban el amor, la esperanza, el placer y la incertidumbre.

—La flor que te he dado era un emblema de mi corazón —dijo ella—; ¿te la he dado, dejándome aquí sola?

—¿Me concederías tu mano, si te la pidiera?

—¿No he dicho bastante? —respondió con la más encantadora de las sonrisas. Cogí su mano y estaba a punto de besarla fervientemente cuando me contuve y dije:

—Pero ¿has pensado en las consecuencias?

—Detenidamente, creo, pues de lo contrario no me habría entregado a alguien demasiado orgulloso para aceptarme, o demasiado indiferente para hacer que su amor pesara más que mis riquezas.

¡Era un maldito estúpido! Estaba deseando estrecharla entre mis brazos, pero no me atrevía a creer en tanta felicidad y aún me paré a preguntar:

—¿Y si te arrepintieras?

—Sería culpa tuya —respondió—. Nunca me arrepentiré, a no ser que me decepciones amargamente. Si no tienes la confianza suficiente en mi afecto para creer esto, déjame.

—¡Mi ángel querido, mi Helen! —grité, besando apasionadamente su mano, que todavía retenía, y rodeándola con mi brazo izquierdo—. Nunca te arrepentirás si depende de mí. Pero ¿has pensado en tu tía?

Esperaba ansiosamente la respuesta y la estreché aún más contra mí, por un temor instintivo a perder mi recién encontrado tesoro.

—Mi tía no debe saberlo todavía —dijo ella—. Lo consideraría un paso precipitado, una locura, porque no puede imaginarse lo bien que te conozco, sino que debe conocerte ella misma y aprender a quererte. Debes dejarnos ahora, después del almuerzo, y volver en primavera para quedarte más tiempo y cultivar su amistad. Sé que os gustaréis el uno al otro.

—Y entonces serás mía —dije, besándola en los labios una y otra vez; porque ahora me mostraba tan osado e impetuoso como antes tímido y reprimido.

—No, al año siguiente —repuso ella, desembarazándose con suavidad de mi abrazo, pero apretando todavía mi mano con cariño.

—¡Otro año más! ¡Oh, Helen, no voy a poder esperar tanto tiempo!

—¿Dónde está tu fidelidad?

—Quiero decir que no podré soportar la tristeza de una separación.

—No será una separación: nos escribiremos todos los días; mi espíritu estará siempre contigo y a veces nos veremos. No seré tan hipócrita para decir que deseo esperar tanto yo misma, pero como mi matrimonio sólo va a complacerme a mí, debería consultar a mis amigos sobre la fecha del mismo.

—Tus amigos lo desaprobarán.

—Ellos no se opondrán a él, querido Gilbert —dijo, besándome cariñosamente la mano—; no podrán, cuando te conozcan, y si lo hicieran no serían verdaderos amigos. No me importaría que se distanciaran. ¿Estás satisfecho ahora?

Me miró a los ojos con una sonrisa de innegable ternura.

—¿Podría acaso no estarlo con tu amor? ¿Me amas de verdad, Helen? —dije, sin dudar de ello, pero deseando oír que lo confirmaba su propio reconocimiento.

—Si me amaras como yo te amo —respondió con expresión seria—, no habrías estado tan cerca de perderme; esos escrúpulos de falsa delicadeza y orgullo jamás te habrían turbado de esa manera; habrías visto que esas diferencias y distinciones de rango, nacimiento y fortuna tan importantes para el mundo son como polvo comparadas con esa unidad de pensamientos y de sentimientos, de almas y corazones que se aman y se comprenden sinceramente.

—Sin embargo, es demasiada felicidad —dije, abrazándola otra vez—; no la he merecido, Helen. No me atrevo a creer en tanta dicha y cuanto más tenga que esperar, más grande será mi temor a que ocurra algo que te separe de mí y pensaré: ¡miles de cosas pueden pasar en un año! Seré presa de una larga fiebre de terror e impaciencia todo el tiempo. Además, el invierno es una estación tan triste...

—Yo también he pensado lo mismo —dijo con aire grave—: no me casaría en invierno, no en diciembre por lo menos —añadió con un escalofrío, pues en ese mes había tenido lugar el desdichado matrimonio que la había esclavizado a su anterior marido y la terrible muerte que le había librado de él—; por eso dije un año más, en primavera.

—¿La próxima primavera?

—No, no..., el próximo otoño, quizá.

—En verano, entonces.

—Bueno, a finales del verano. ¡Vaya! ¿Estarás satisfecho, supongo?

Mientras hablaba, Arthur volvió a entrar en la habitación... buen muchacho, por haber estado fuera tanto tiempo.

—Mamá, no pude encontrar el libro en ninguno de los sitios en los que me dijiste que buscara —había algo intencionado en la sonrisa de mamá que parecía decir: «No, querido, ya sabía que no podrías»—; pero Rachel dio al fin con él. Mire, señor Markham, una historia natural con toda clase de pájaros y animales, ¡y el texto es tan bonito como los grabados!

De un humor excelente me senté a examinar el libro y puse a mi pequeño amigo sobre mis rodillas. Si hubiera venido un minuto antes, le habría recibido menos amablemente, pero ahora acaricié sus ensortijados cabellos y hasta besé su marfileña frente: él era el hijo de mi Helen y, por tanto, mío; y desde entonces le he considerado como tal. Este guapo niño es ahora un apuesto joven: ha hecho realidad las esperanzas más queridas de su madre y ahora reside en Grassdale Manor con su joven esposa, la alegre y pequeña Helen Hattersley de antaño.

No había hojeado la mitad del libro cuando apareció la señora Maxwell para invitarme a pasar a la otra pieza para almorzar. Los modales fríos y distantes de aquella dama más bien me desalentaron al principio; pero hice todo lo posible para ganarme su estima, y no del todo sin éxito, creo, incluso en aquella primera y corta visita; porque cuando le hablé animadamente, se fue volviendo poco a poco más cordial y amable, y cuando me dispuse a partir se despidió afablemente de mí, esperando no tardar en tener de nuevo el placer de verme.

—Pero antes de marcharse debe usted ver el invernadero, el jardín de invierno de mi tía —dijo Helen, cuando me acerqué a despedirme de ella, con toda la serenidad y dominio de que fui capaz.

Me aproveché, complacido, de semejante prórroga, y la seguí y entré en un enorme y hermoso invernadero, abarrotado de flores, teniendo en cuenta la estación en la que nos encontrábamos. Pero, naturalmente, les presté poca atención. No fue, sin embargo, para celebrar un tierno coloquio por lo que mi acompañante me había llevado allí.

—A mi tía le gustan extraordinariamente las flores —observó—, y también le gusta Staningley: te he traído aquí para pedirte que éste sea su hogar mientras viva y, aunque no el nuestro, que yo pueda verla a menudo y estar con ella, porque me temo que le producirá una gran pena perderme; aunque lleva una vida retirada y contemplativa, puede deprimirse si se la deja demasiado sola.

—¡Pero por Dios, Helen, puedes hacer lo que quieras! Nunca se me habría ocurrido proponer que tu tía dejara este lugar, en ningún caso; y nosotros viviremos aquí o en cualquier otro sitio, según lo que ella y tú decidáis, y la verás tan a menudo como quieras. Me doy cuenta de que le entristecería separarse de ti, y estoy dispuesto a compensarla de la mejor manera que pueda. La quiero por ti y su felicidad será tan querida para mí como la de mi propia madre.

—¡Gracias, cariño! Te mereces un beso por ello. Adiós. Basta, Gilbert, vamos, déjame ir; ahí viene Arthur: no impresiones su mente infantil con tus locuras.

En fin, ya es hora de que concluya mi narración; cualquiera menos tú diría que ya la he alargado demasiado; pero, para tu satisfacción, añadiré algunas palabras más, porque supongo que sentirás simpatía por la vieja dama y te gustará saber la última parte de su historia. Volví en primavera y, felizmente para los requerimientos de Helen, hice todo lo posible por cultivar su amistad. Ella me recibió muy amablemente, ya preparada, sin duda, para tener un gran concepto de mi carácter por las cosas demasiado favorables que su sobrina le había contado de mí. Yo mostré muy buena disposición, naturalmente, y nos entendimos maravillosamente bien. Cuando conoció mis ambiciosas pretensiones, las aceptó más cuerdate de lo que yo me había aventurado a esperar. La única observación que hizo sobre el tema delante de mí fue:

—Así, señor Markham, que va usted a robarme a mi sobrina, según parece. ¡Bueno! Espero que Dios bendiga su unión y haga feliz por fin a mi querida niña. Reconozco que si se hubiera contentado con permanecer viuda me habría sentido más satisfecha; pero, si debe casarse otra vez, no conozco a nadie de una edad apropiada a quien yo se la entregara más gustosamente que a usted, o que fuera más sensible para apreciar su valía y hacerla verdaderamente feliz, por lo que yo sé.

Naturalmente me agradó el cumplido y confié en demostrarle que no se había equivocado en su favorable juicio.

—Tengo, sin embargo una solicitud que hacerle —continuó diciendo—. Según parece todavía podré considerar Staningley como mi hogar: deseo que lo consideren el suyo también, porque Helen siente afecto por el lugar y por mí, y yo la quiero mucho. Existen penosos recuerdos relacionados con Grassdale, que ella no puede desterrar fácilmente; y aquí yo no les molestaré con mi compañía, ni seré un estorbo: soy una persona muy pacífica; me recluiré en mis habitaciones, me dedicaré a mis ocupaciones y sólo los veré de vez en cuando.

Naturalmente acepté de muy buena gana la proposición y vivimos en la mayor armonía con nuestra querida tía hasta el día de su muerte, un triste acontecimiento que ocurrió pocos años después; no triste para ella misma (pues le sobrevino apaciblemente y ella deseaba llegar al final de su viaje), sino sólo para los pocos amigos que la querían y los agradecidos subordinados que dejaba atrás.

Volvamos, sin embargo, a mis propios asuntos: me casé en verano, una gloriosa mañana de agosto. Fueron necesarios los ocho meses, y toda la bondad y generosidad de Helen para vencer los prejuicios de mi madre en contra de la mujer de mi elección, y reconciliarla con la idea de que yo dejara Linden Car y viviera tan lejos. No obstante, después de todo, se sentía satisfecha de la buena suerte de su hijo, y con orgullo la atribuyó enteramente

a sus méritos y dotes extraordinarios. Legué la granja a Fergus, con más esperanza sobre su prosperidad de la que habría tenido un año antes en circunstancias parecidas; se había enamorado últimamente de la hija mayor del vicario de L..., una dama cuya superioridad había hecho aflorar sus virtudes latentes, y le había estimulado de una manera sorprendente a esforzarse no sólo para ganar su estima y conseguir una fortuna suficiente para aspirar a su mano, sino para ser más digno de ella, ante sus propios ojos, así como ante los de los padres de ella; y finalmente lo consiguió, como ya sabes. En cuanto a mí, no necesito decirte lo felices que hemos sido Helen y yo, y los felices que somos todavía el uno en compañía del otro y con los prometedores vástagos que crecen alrededor de nosotros. Ahora esperamos con impaciencia que vengáis tú y Rose, pues se acerca la época de vuestra visita anual y de dejar vuestra polvorienta, neblinosa, agotadora, ruidosa ciudad para pasar una temporada de estimulante descanso y retiro con nosotros.

Hasta entonces, adiós.

GILBERT MARKHAM

Staningley, 10 de junio de 1847.



¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es